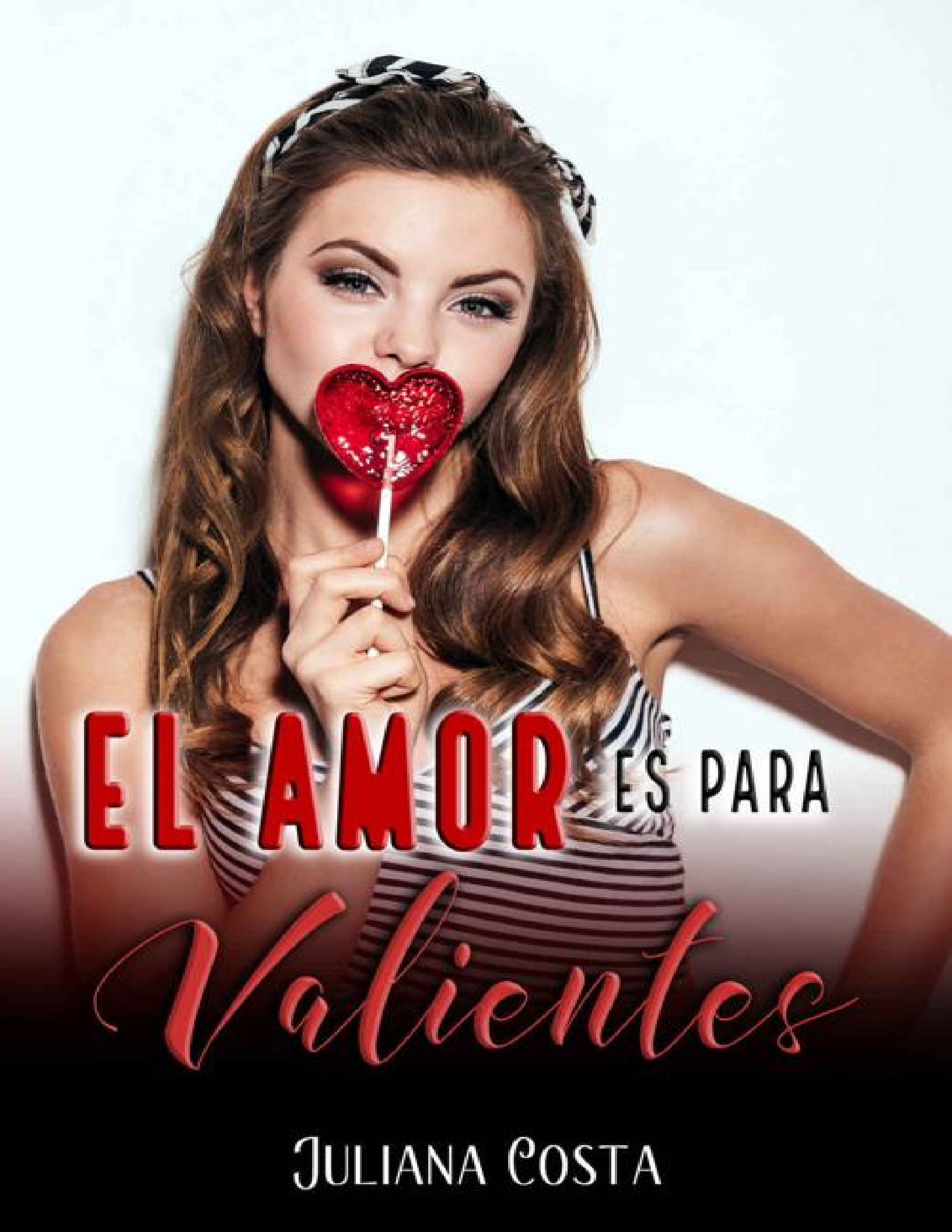

EL AMOR ES PARA
Valientes
Juliana Costa

El amor es para valientes

JULIANA COSTA

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75

Copyright © 2025 Publicado en Amazon
Todos los derechos reservados
Edición 2025
Título: El amor es para valientes
Cubierta: Imagen utilizada con licencia Depositphotos™
Registro de propiedad intelectual.
No es legal la reproducción total o parcial de esta obra. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada a un sistema de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material.

* * *

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Creado con Vellum

Capítulo Uno

ROMAN

No había un mejor lugar para estar durante la temporada de otoño que la ciudad de Nueva York. Había experimentado el otoño en Harvard, en Texas, y en muchos otros estados y países como para mencionarlos. Crecer como el hijo del dueño de una de las mejores compañías del mundo, me permitió viajar y conocer mucho.

Tales viajes me calificaron para hacer la declaración de que no existía mejor lugar para vivir la temporada que en la ciudad que había sido mi hogar durante los últimos cinco años, y que esperaba que lo siguiera siendo por al menos los próximos cincuenta años.

Una vez que ese tiempo terminara, entonces tal vez el encanto de retirarme a Florida sería atrayente para mí. Pero por ahora, Nueva York era mi lugar.

El clima era lo suficientemente fresco como para beber cerveza de verdad otra vez, no esa porquería aguada con la que me mojé las entrañas durante el verano. Podía beber whisky, pero con tanto calor iba a dar la imagen equivocada. Los mosquitos al fin se habían ido, y la escena del otoño era brillante. Un adiós a las giras de los viejos tiempos, y el saludo a una temporada estable.

Y, sin embargo, ninguna de esas cosas importaba ahora porque estaba atrapado en uno de los sesenta y tantos rascacielos que formaban el horizonte de mi amada ciudad, y estaba a punto de despedir a un incompetente por ser… bueno, justo por eso, ser un incompetente.

—He hecho todo lo que me has pedido que haga. He hecho más de lo que me has pedido, en realidad. La mitad de lo que hago ni siquiera se acerca a la descripción de mi trabajo.

Me aparté de la magnífica vista ante mi ventana con calma, y arqueé una ceja.

—¿En serio? ¿Discutes porque has hecho todo lo que te pedí? ¿Crees que has hecho más de lo que esperaba? —Tomé una pila de archivos de mi escritorio y los deje caer sobre él, uno por uno, mientras miraba sus ojos de comadreja muy abiertos—. Con

Lawrence, te olvidaste de hacer el cambio. Con Khartoum, perdiste al cliente de dos millones porque no hiciste tu tarea. Con Collins… ya sabes lo que le hiciste a Collins.

El banquero de inversiones al que regañaba trabajaba en la empresa de mi padre; mi empresa algún día. Se llamaba John, y según él, trabajaba muy bien.

Emitió un suspiro exasperado, con las manos volando hacia su cabello.

—Ese tipo de cosas suceden. Si no tuviera que...

Levanté una mano, frunciendo tanto el ceño que la línea entre mis cejas se sentía como el Gran Cañón.

—¿De verdad estás tratando de inventar excusas? ¿Te escuché bien? ¿Ese tipo de cosas pasan? No, John. Esas cosas no pasan. No en mi turno.

—Si no estuviera haciendo el trabajo de cinco personas, no habría sucedido —insistió con terquedad—. No puedes esperar que trabajemos ochenta horas a la semana y no cometamos errores.

Resoplé, sacudiendo la cabeza.

—Trabajo más de ochenta horas a la semana, y no me ves cometiendo errores como este.

—Bueno, felicitaciones, Roman; pero yo no soy tú. No crecí en este juego. Hago lo mejor que puedo. Pero siendo realistas, no es factible hacer todo lo que esperas que haga.

—Más excusas. —Me pellizqué el puente de la nariz, luchando por mantener la calma—. No estás actuando como espero que lo haga cualquiera de mi equipo. Eso es todo. Ya no quiero oír más excusas.

—Mira, te estás centrando solo en mis errores. He hecho un buen trabajo aquí. Piénsalo. Conseguí la cuenta de Donnelly, saqué a Smith de aquel aprieto, y le di a Parker cinco barras. —La frustración se desprendía de él en oleadas.

Si el tipo quería una estrellita dorada por hacer su trabajo con Donnelly y Parker, vino al lugar equivocado. En cuanto a la otra cosa...

—Smith no habría estado en un aprieto con la Bolsa de Valores si no fuera por ti. Todo lo que hiciste fue levantar el teléfono para

llamar a tu amigo investigador para aclarar un malentendido que tú causaste.

Sus hombros se desplomaron mientras el odio ardía en sus ojos marrones apagados y sus manos se apretaban en puños.

—Te equivocas. No fue culpa mía. ¿Qué sabes tú de eso, de todos modos? Ni siquiera estabas allí. Probablemente estabas de fiesta con tus amigos del club de chicos multimillonarios en un yate en algún lugar.

—No existe tal club —respondí con calma, tentado de poner los ojos en blanco. Si pensaba que iba a sacarme de quicio insinuando que no era más que un rico fiestero, definitivamente se iba a decepcionar. Crecí lidiado con insinuaciones como esa; así que llegué a un punto de mi vida donde cualquier comentario de ese tipo simplemente me resbalaba. Solo yo sabía cuan duro había trabajado, y no tenía nada que probarle a nadie, incluido a John—. No estaba allí porque estaba haciendo lo que tú deberías haber hecho en primer lugar. Trabajando. Escuché todo lo que pasó con la Bolsa de Valores. ¿Quién crees que redactó los informes? —Me apunté con el pulgar—. Yo. Los escribí porque tú desapareciste dos días después.

—Estaba enfermo —protestó en voz alta, echando las manos a los lados.

—Te estabas escondiendo —le respondí, dándole la espalda para mirar a la ciudad una vez más. —. Ahora, no busco más excusas. Si quieres seguir trabajando aquí, dame una buena razón para mantenerte.

Eso es. Recursos Humanos estaría orgulloso. Estaba haciendo un trabajo estelar fingiendo que no había decidido ya despedirlo, sin importar lo que dijera. La realidad era que no era buen material para la Corporación Burnett.

Nuestra gente no podía tener miedo de trabajar las horas que lo hacíamos. No podían acobardarse en un rincón después de haberla cagado, fingiendo estar enfermos, y definitivamente no podían venir a mí con excusas patéticas. John había hecho todas esas cosas en varias ocasiones, y ya había superado mi paciencia.

También se quejaba regularmente en voz alta, y detesto los quejicas. "Lidia con eso" ese era mi lema. Quejarte no te llevará a

ninguna parte. Tienes que agarrar a la vida por sus proverbiales pelotas y exprimir hasta la última gota de ellas. John no tenía el agarre o el apretón en él, lo que hizo que fuera una decisión fácil para mí.

Se aclaró la garganta detrás de mí, pero no me di la vuelta. Ya estaba aburrido de esto. Era mediodía, y la ciudad afuera se estremecía con una energía que no podía sentir en este piso cincuenta y ocho. Estaba desesperado por salir a la calle a almorzar y tomar un café.

Estar en la calle me daba energía, me recargaba. Toda la mañana estuve enfrentado con mediocridades y metidas de pata. Mi oficina era un santuario en este edificio, pero los eventos de la mañana la habían contaminado.

La única concesión ocasional a mis 27 años era un paseo por la acera, mezclándome y volviéndome anónimo. Me permitía respirar y ordenar mi mente antes de volver a la empresa que me estaba preparando para asumir el control cuando llegara el momento.

No es que mi padre estuviera cerca de entregar las riendas. El hombre probablemente volvería a la oficina para comprobar unas últimas cosas antes de su funeral. Era una máquina.

John, sin embargo, no lo era. Y estaba empezando a comerse los pocos minutos que tendría para mi paseo antes de mi próxima ronda de reuniones de esta tarde. Enganchando mis manos en los bolsillos, me volví hacia él.

—¿Y bien?

Me miró fijamente, con los ojos entrecerrados.

—Soy un buen trabajador, y lo sabes. Es por eso que deberías mantenerme. Mis errores no son tan malos en comparación con lo que sumo, y estoy apuntado para ser un mentor cuando los nuevos reclutas lleguen la próxima semana.

¿Este tipo planeaba ser mentor de nuestra carne fresca?

Casi resoplé.

A quienquiera que hubiera guiado como mentor tampoco habría durado mucho. Se les habría enseñado mal desde el principio, y no habrían tenido ninguna oportunidad.

No, no podía dejar que se acercara a nuestros nuevos reclutas o a nuestros clientes. Lo que estaba a punto de hacer era un servicio público, en realidad.

—Eso no es suficiente. Estás despedido, John. Tienes dos horas para empacar tus cosas y salir del edificio. Si sigues aquí después de eso, haré que seguridad te acompañe a la salida, con o sin tus cosas.

—Te vas a arrepentir de esto —escupió después de un momento de aturdido silencio. Estaba claro que no esperaba que lo despidiera, pero debió haberlo hecho.

—No me amenaces —respondí con calma—. Te hace parecer patético. No me preocupas. No estás actuando como debes, y te niegas a asumir la responsabilidad por ello. Si no planeas mejorar, no podemos ayudarte aquí. Para mejorar, debes reconocer que no estás donde deberías estar, y no lo estás haciendo. Así que se acabó el juego. Adiós, John.

Y no dejes que la puerta te golpee en el trasero al salir…

Estuve tentado a decirle eso, pero eso sería infantil, y por mucho que quisiera actuar de la mitad de mi edad a veces; no podía. No en esta situación ni en muchas otras.

John no dio mucha pelea. Me miró un poco más antes de girar sobre su talón y salir furioso de mi oficina, con una serie de insultos murmurados sonando detrás de él. No me importaba que me maldijeran o que me amenazaran, así que me aferré a mi palabra en vez de hacer que los de seguridad lo echaran de inmediato.

Mientras él estaba empacando, pasé por la oficina de mi papá. John había sido una carga para nosotros durante meses, y ahora, necesitaba hacerle saber a mi padre que me había ocupado del problema. Le gustaba tener el dedo en el pulso en todo momento, y era un infierno si no le decía lo que hacía de inmediato.

Nuestras oficinas eran todas de cromo y cristal, con enormes pantallas planas montadas en casi todas las superficies planas. Nuestros clientes nunca volvían a las oficinas y al toril, donde cada empleado tenía al menos dos monitores de ordenador en su escritorio.

Era ruidoso y pulsante con una energía frenética. Me encantaba estar aquí. La oficina de mi padre estaba en el lado más apartado del edificio, lejos de donde estaba la mía. Ocupaba la esquina y varios cientos de metros cuadrados a su alrededor. Había una gran ventana que daba al resto del piso, permitiéndole vigilar a sus secuaces.

Llamé a su puerta antes de entrar, y luego crucé el amplio espacio para acercarme a una de las dos sillas de cuero frente a él. Mi padre levantó la vista, con una molestia brillando en sus profundos ojos azules.

—No te sientes —dijo—. De lo que sea que quieras hablar, no deberías estar aquí lo suficiente como para tener que sentarte.

Bueno, entonces está bien. Me detuve detrás de la silla en la que estaba a punto de sentarme y puse mis manos en su respaldo.

—John Honeyball. Quería decirte que acabo de despedirlo.

—¿Qué? —Frunció el ceño, y su comportamiento glacial se volvió severamente irritado—. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque era una carga —respondí con confianza.

Mi padre no era un hombre amable. Incluso de niño, nunca me mimó. Era todo negocios, todo el tiempo. No me intimidaba, pero lo respetaba.

A los cincuenta y cuatro años, papá seguía siendo tan imponente como siempre. Yo era alto, pero papá era unos cinco centímetros más alto aún. Heredé mis ojos de él, pero el cabello rubio de mi madre. Él lo tenía casi negro azabache, manchado con rayas grises, lo que solo le añadía más autoridad y poder.

Me mantuve firme a mi decisión ante él.

—Era una carga, y lo ha sido durante meses. Anoche arruinó el trato con Christie. Era hora de que se fuera antes de que empezara a causar daños de verdad.

—Estoy al tanto del trato con Christie —respondió, con su familiar frialdad—. También soy consciente de que era una carga. Lo que quise decir es, ¿por qué lo despedirías ahora cuando los nuevos reclutas empiezan la próxima semana?

—Necesitábamos que se fuera ahora. ¿Quién sabe cuánto más daño podría haber causado en una semana? Estará bien. No te

preocupes por eso. Es solo una semana.

—Es una semana durante la cual te harás cargo de todo el trabajo de Honeyball además del tuyo propio —declaró con voz severa.

No se discutía con papá cuando usaba ese tono de voz.

No entendía por qué se comportaba de esta forma por esto, pero no era como si no pudiera hacer el trabajo de John encima del mío. Lo haría, incluso mejor y él debería saberlo.

—Bien. Considéralo hecho.

Capítulo Dos

LIA

Con una cerveza en una mano y un rollo de cinta de embalar en la otra, me abrí paso con cuidado por los suelos de madera de mi pequeño apartamento de estudiante en Cambridge. Esos pisos me habían oído reír, llorar, y me tuvieron durmiendo en ellos de vez en cuando durante los últimos tres años.

Estaba a un día de dejar mi pequeño apartamento en el campus de Harvard y dirigirme a la ciudad de Nueva York. No tenía ni idea de cómo iba a meter en mi auto todas las cajas esparcidas por mi apartamento.

Pero al menos no iría sola. Mi mejor amiga Regina estaría conmigo. Seguramente entre nuestros dos autos, podríamos hacer toda la mudanza. Saqué una de las cajas más pequeñas de mi camino y me dejé caer en mi sofá gris por última vez, llevando el glorioso liquido dorado a mis labios.

Beber cerveza en mi sofá no me iba a ayudar a terminar de empacar a tiempo, pero como estaba dejando atrás la vida universitaria y no había bebido tanto como algunos de mis amigos, pensé que sería mejor aprovechar mis últimas veintiún horas como estudiante.

Una vez que mis pies tocaran el suelo de Manhattan, o mejor dicho, las aceras, ya sería oficialmente una adulta. Una adulta con un trabajo en finanzas en el predecible Distrito Financiero. Tenía firmado el contrato de alquiler de un apartamento que compartiría con Regina, y dos trajes nuevos ya empaquetados en mi maleta; lavados y listos para mi primer día de trabajo.

La emoción zumbaba en mis venas, causando una amplia sonrisa en mi cara. Había derramado sangre, sudor y lágrimas para llegar hasta este momento de mi vida, pero finalmente estaba en camino. Tenía un flamante título de una de las mejores universidades del mundo para respaldarme, mi hermano ya estaba en Nueva York y mi mejor amiga estaría empezando en la misma empresa que yo.

La vida era buena.

Incluso aunque iba a extrañar tener mi cabello apilado en un moño desordenado en la parte superior de mi cabeza y pasar el día estudiando en pantalones de yoga y mi sudadera de Harvard usada.

—¿Por qué sonríes así? —La voz de Regina se filtró en mis pensamientos autocomplacientes—. ¿Estás pensando en alguien?

—No. —Salté del sofá, casi tropezando cuando mi tobillo se enganchó en una caja que había olvidado que estaba ahí. Riendo, me las arreglé para estabilizarme y atravesé mi apartamento de concepto abierto. Fui a la cocina y busqué una cerveza para Regina—. Estaba pensando en lo lejos que hemos llegado.

Ella se encogió de hombros, con su cabello rubio y disperso enmarcando su cara de duendecillo. El nerviosismo hizo que sus grandes ojos grises se abrieran.

—Lo sé. Todavía no puedo creer que haya terminado. ¿Adónde fueron los últimos tres años?

—Lejos —bromeé antes de tomar una botella del paquete de seis y dársela a ella—. Al fin estamos en el siguiente paso. Harvard fue genial, pero tienes que admitir que estás emocionada por salir de aquí.

Al hurgar en la etiqueta de su botella, suspiró.

—Supongo. Nuestras vidas finalmente están empezando. Debería estar emocionada.

—Nuestras vidas comenzaron hace veintitrés años —señalé, sonriendo mientras me apuntaba con la boca de la botella al pecho—. No veo que nuestras vidas empiecen ahora. Esto es solo otro paso. La siguiente fase.

—Pero me gusta esta fase —argumentó, enrollando trozos de la etiqueta de cerveza entre sus dedos—. ¿Por qué no solicitamos trabajos en algún lugar de Cambridge? Podríamos habernos quedado. Esta es una gran ciudad. Podríamos haber sido felices aquí.

—Éramos felices aquí —le recordé—. Pero ahora es el momento de seguir adelante. Hacia adelante y hacia arriba, y todo eso.

—Nueva York parece tan... grande —susurró antes de tomar unos pequeños sorbos de cerveza—. Nunca debí haber solicitado un trabajo allí.

—Pero entonces no estarías trabajando conmigo. —Regina y yo habíamos conseguido trabajos en la misma empresa, una hazaña milagrosa que tomé como una señal del universo de que estábamos haciendo lo correcto—. O viviendo conmigo, para el caso.

Se estremeció, como si el pensamiento fuera demasiado para ella.

—Si tú no fueras, de ninguna manera yo habría ido.

—Lo habrías hecho —insistí—. Porque eres demasiado lista para no haber terminado en una de las mejores empresas en una de las grandes ciudades.

Se encogió de hombros otra vez, pareciendo un poco perdida mientras sacudía la cabeza.

Regina era mi mejor amiga en todo el mundo y lo había sido durante años. Nos conocimos durante la orientación de primer año, y por muy improbable que fuera nuestra amistad, rápidamente nos hicimos inseparables.

Y digo lo de improbable porque éramos completamente opuestas en casi todos los sentidos. Un ejemplo del viejo adagio que dice que los opuestos se atraen.

Regina era delgada como un rastrillo con el cabello rubio, casi blanco; mientras que mis mechones eran gruesos y oscuros, y en toda mi vida no había llegado a ser delgada. Me describirían mejor como una mujer voluptuosa y bonita.

No es que fuera atractiva, pero era pasable. Regina, por otro lado, era hermosa en todos los sentidos de la palabra, por dentro y por fuera. Era suave, gentil, audaz, y a veces un poco descarada.

Mientras ella solo hablaba cuando tenía algo que decir y era muy tímida con la gente nueva, a mí me costaba detenerme de decir todo lo que tenía en mente. En cuanto a la gente nueva, me imaginaba que los extraños eran solo amigos que aún no había conocido.

Una vez me subí a un autobús, y en el viaje de tres horas desde mi ciudad natal en Texas, hasta donde iba a pasar un fin de semana en Houston; conocí a una pareja de mi edad. Y no solo nos hicimos buenos amigos para cuando llegamos a nuestro destino, sino que terminaron invitándome a su boda.

Nos mantuvimos en contacto durante las siguientes semanas, y fue una gran sorpresa cuando me pidieron que fuera dama de honor. Fue una locura, pero muy divertida. Seguíamos siendo buenos amigos, aunque no nos habíamos visto desde que me mudé a Cambridge.

El problema de hablar tanto era que sufría de un hilarante caso de boca diarreica. Me lo tomaba en serio, y había momentos en los que me preguntaba si debía empezar a ser tan educada y apropiada como mi mejor amiga.

Sin embargo, decidí no hacerlo. Era quien era, y estaba bien con ello. Feliz, incluso.

Regina me miraba mientras tomaba otro sorbo de su cerveza. Se subió al mostrador de la cocina, donde sus piernas colgaban mientras contemplaba lo que quería decir.

Esperé, sabiendo que hablaría cuando estuviera lista.

Y mientras la esperaba, revisé todos los armarios de la cocina para asegurarme de que estaban vacíos.

—Cambridge ha sido nuestro hogar durante tres años —dijo finalmente—. ¿De verdad esperas que crea que no estás ni un poco nerviosa por mudarte?

Me encogí de hombros, cerré la última puerta del gabinete y taché la cocina de mi lista de cosas por hacer.

—Estoy emocionada. Mentiría si dijera que no estoy nerviosa, pero es más emoción nerviosa que simples nervios.

—¿Cómo estás tan calmada con esto? —preguntó, frunciéndole el ceño a su cerveza—. Desearía ser más así. Estás tan segura de todo. Esta mudanza se avecina como un gran agujero negro, y tú estás muy contenta con eso.

—Oye, puedes tener más confianza si quieres. Todo está en la mente. Solo no te menosprecies por eso.

Me dio una pequeña sonrisa esperanzadora.

Una de las cosas que más me gustaban de Regina era la forma en que se tranquilizaba. No se preocupaba por las cosas. A pesar de lo que pensaba, era una de las personas más fuertes que conocía.

—Todo está en la mente, ¿eh? Tal vez debería intentarlo. Nueva ciudad, nueva yo.

Levanté mi cerveza en el aire, inclinando el cuello hacia ella.

—¡Por los nuevos comienzos!

—¡Por los nuevos comienzos! —repitió, reflejando mi gesto. Tomando un sorbo de su cerveza, sus ojos se alejaron de los míos hacia el caos que era mi apartamento.

Para ser justa, parecía que una bomba había explotado allí. Varias bombas, en realidad.

¿Qué podía decir? Había sido una semana muy ocupada.

—No entrecierres los ojos así. Nos graduamos la semana pasada. Estaba demasiado ocupada para hacer las maletas.

—Es curioso que yo también me haya graduado, pero mis cosas están empacadas y en mi auto. —Guiñó el ojo y sacudió la cabeza en dirección a mi sala de estar—. Déjame ayudarte. Soy una genio en el embalaje de cajas. Me encantaba el Tetris.

Le saqué la lengua un momento, pero luego asentí.

—Frota tu lámpara. Intenté hacer las maletas, pero con todo lo que estaba pasando, me desvié del camino. Pero sí, por favor ayúdame, Oh Maestra Empacadora. Nunca lo lograría sin tu tutela.

Girando sus ojos grises, saltó del mostrador y fue a inspeccionar los daños.

—Sabes, si pensábamos vivir juntas, probablemente debimos coordinarnos sobre qué cosas tomaremos y qué dejaremos aquí.

—Pero, ¿qué habríamos hecho sin dos tostadoras y dos fogones? —pregunté, con las comisuras de mis labios levantados en una sonrisa—. Es la nueva decoración para los departamentos, tener dos de todo.

Regina se rio antes de mirarme.

—No es tan grande, ¿sabes?

—Es lo suficientemente grande —argumenté, con la emoción surgiendo a través de mí una vez más.

No podía esperar a ver el apartamento que Regina y yo compartiríamos. Lo alquilamos con fotos que vimos en línea y un "tour" virtual.

Cuando lo encontré, no podía creer que pudiéramos permitirnos un lugar así. Costaba el doble de lo que costaron nuestros dos alquileres en Cambridge, pero con los bonos de la firma que

obtuvimos por aceptar nuestros futuros trabajos, podíamos permitírnoslo con facilidad sin tener que preocuparnos.

Fue la sensación más liberadora que jamás había experimentado, poder elegir el apartamento que quería y firmar en la línea punteada, sabiendo que lo hacía con mi propio dinero. Regina y yo abrimos una botella de champán después de firmar y nos emborrachamos en el suelo del salón; llevábamos nuestros tacones más elegantes con pijama.

Hicimos las maletas en silencio durante un tiempo antes de que pudiera verla pensando de nuevo en las cosas. La tensión que se desprendía de ella era casi palpable.

—¿Qué pasa?

Selló otra caja con el fuerte desgarro de la cinta de embalar.

—Es que empecé a pensar en nuestro apartamento. Luego empecé a pensar en cómo podremos pagarlo, lo que me hizo pensar en nuestros trabajos.

Las grandes mentes piensan igual.

—¿Sí? ¿Y qué pasa con eso?

—Está reconocida como una de las mejores empresas del mundo, Mee. —Mordió su labio inferior mientras movía la caja empaquetada a un lado y empezaba a doblar otra—. Es una gran responsabilidad para cada uno de los empleados. ¿Y si me equivoco?

—No vamos a meter la pata —dije con firmeza—. Vamos a ayudar a esta compañía. Tienen suerte de tenernos.

—¿En serio crees eso? —La duda oscureció sus ojos, y sus dedos golpearon nerviosamente contra su pierna.

Me acerqué a ella y puse mis manos sobre sus hombros, mirándola directo a los ojos.

—De verdad lo creo.

Y lo hacía. Planeaba tomar esa compañía por sorpresa.

Siendo un poco más grande que la media de las chicas de mi edad sabía lo que era que se burlaran de mi y me llamaran por los nombres más ocurrentes. Me enfrenté a ello endureciéndome y volviéndome divertida y amistosa en lugar de flaca.

Con el tiempo, me hice amiga de la mayoría de la gente que solía burlarse de mí, pero eso no fue suficiente. Por mucho que me

quisieran ahora y yo a ellos, les probaría a todos quién era realmente. A los que se hicieron mis amigos y los que siempre me ignoraron por igual.

El tamaño no dicta nuestro valor, pero siempre hubo gente que trató de convencerme de lo contrario. Quería mostrarles a todos exactamente cuánto valía, y seguro que era más de lo que pesaban.

Capítulo Tres

ROMAN

Gracias a Dios ya era viernes. Si no hubiera una canción escrita sobre ello, podría haberla escrito yo.

Los viernes solían ser una ocasión alegre en mis días, pero esta vez era incluso más feliz que de costumbre, porque la semana me había succionado la vida. Como me prometí a mí mismo que haría; hice mi trabajo y el de John. Pero fueron cinco días de infierno.

Los archivos del tipo eran un desastre, más de lo que esperaba. Pasaron horas antes de que pudiera distinguir entre el codo y el culo de lo que pasaba con esos clientes.

Como mi vida tampoco era un musical; cantar y escribir canciones para celebrarlo estaba fuera de discusión. Sin embargo, beber después del trabajo con mi mejor amigo, era justo lo que el doctor recetaba. Miré la impresión por última vez y engrapé los papeles de mi propuesta. Abriendo el archivo en cuestión, los dejé dentro y la añadí a mi pila de trabajo completado de la semana.

Era más una torre que un montón. Estaba muy orgulloso. Realmente adelanté las cosas, y se sentía bien.

Revisando la agenda de mi ordenador, comprobé que no me quedaban cosas urgentes por hacer antes de enviarle un mensaje a Lucas. Mi mejor amigo trabajaba como arquitecto en una firma cercana, y tenía horarios tan locos como los míos.

Cada vez que uno de nosotros veía un hueco en su agenda agitada, lo comprobábamos con el otro para ver si beber era una posibilidad. Esperaba que estuviera libre hoy, ya que estaba de humor para celebrar y desahogarme.

Tiré el teléfono en mi escritorio, sabiendo que Lucas me respondería cuando pudiera.

Antes de que pudiera llamarlo oficialmente fin de semana, uno en el que no pensaba trabajar, me ocupé de una tarea más que me quedaba por hacer.

Mi padre estaba detrás de su escritorio cuando llegué a su oficina, ladrando órdenes a su teléfono. Había algunos papeles que

necesitaban su firma antes de que pudiéramos ir a esas cuentas por ahora. Planeaba dejarlos en su escritorio y recogerlos el lunes por la mañana, pero levantó un dedo para decirme que esperara un minuto.

—¿Qué es esto? —Se acercó la pila de papeles una vez que volvió a colocar su teléfono en su lugar. Revisándolos, vi la insatisfacción tirando de las esquinas de su boca.

—Son cuentas que tomé de Honeyball, las que querías revisar antes de firmar —le expliqué, preguntándome qué podría haber encontrado mal en los archivos al darles solo un vistazo.

No esperaba una palmadita en la espalda, conocía a mi padre, pero ¿declarar que hacía un buen trabajo lo mataba? Conociéndolo, probablemente.

—Los hice yo mismo. No hay nada malo en ninguno de ellos —agregué.

—Tal vez no. —Dejó caer los papeles con un golpe seco—. Pero si hubieras mantenido el ingenio y hubieras esperado para despedirlo, habrías podido hacer tu propio trabajo en vez de tener que lidiar con esta estupidez.

Me mordí una réplica. Había hecho mi propio trabajo además de hacer ese, pero discutir con papá solo iba a resultar en una larga batalla en la que los dos nos pondríamos a prueba. Eso reduciría mi tiempo de beber con Lucas. El trabajo ya había ocupado lo suficiente, así que no estaba de humor para pasar más tiempo de mi viernes tratando de llevar a casa un punto contra un hombre que era tan terco como una mula.

—Te veré el lunes —dije en su lugar, asintiendo antes de darle la espalda y dejarle contemplar mi estupidez en su tiempo libre.

Lucas respondió con un emoji de pulgar hacia arriba mientras estaba en la oficina de papá, y en menos de una hora después, me reuní con él en un local a unas pocas manzanas de nuestras oficinas. Era un típico pub; con una barra de madera, el olor de cerveza añeja y perfume mezclándose en el aire e iluminación tenue.

Había una chimenea interior que crepitaba en una esquina, y un montón de personas compitiendo por la atención del barman. Lucas

ya había ganado en eso, me esperaba en nuestra mesa habitual junto a la ventana del frente con dos whiskys delante de él.

—Hola —saludé, deslizándome en el banco de piel roja frente a él.

Deslizó mi whisky por la mesa ligeramente pegajosa y sonrió.

—¿Qué pasó? ¿Cómo es que me invitaste, y aun así estuve aquí antes que tú?

Me encogí de hombros, saboreando la suave quemadura del whisky mientras llegaba a mi estómago.

—Tuve que lidiar con mi padre antes de salir. Qué semana tuve.

Lucas asintió, con un mechón de su cabello negro cayendo sobre su frente. Se lo quitó y tomó un profundo sorbo de su bebida.

—Te entiendo, hombre. También ha sido una locura para mí. Tengo que consultar sobre un nuevo estadio que quieren construir en casa, así que será divertido.

"En casa" para Lucas era Texas. Nos conocimos allí en el instituto, y después de que mi padre me trasladara a Nueva York con él, nos mantuvimos en contacto hasta que finalmente aterrizamos juntos en Harvard. Yo estaba en negocios y finanzas, mientras que Lucas estaba en arquitectura, pero nuestra amistad creció como si nunca nos hubiéramos separado, y se mantuvo.

—¿Qué tipo de estadio? —pregunté, girando mi vaso entre mis dedos sobre la mesa.

Lucas sonrió, haciendo que sus ojos verde pino se iluminaran.

—De fútbol. ¿Hay algún otro tipo?

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Supongo que no.

—¿Qué hay de ti? —me preguntó, con una expresión más seria esta vez—. ¿Qué quería tu padre antes de que vinieras?

—Lo de siempre. —No me molesté en luchar contra las ganas de poner los ojos en blanco. Lucas me conocía mejor que la mayoría. También conocía la historia con mi padre—. Menospreciarme por nada, solo porque puede. El lunes despedí a un tipo que hizo mal su trabajo, pero papá pensó que actué como un idiota por no esperar hasta hoy para hacerlo. Me hizo hacer el trabajo del tipo para probar su punto.

—Qué duro —comentó, pero no parecía sorprendido. Papá era predecible respecto a la forma en cómo me trataba—. ¿Cómo hiciste todo eso? Ya estabas muy ocupado. Le habría dicho a mi jefe que se pudriera si tratara de pasarme el trabajo de otro.

—Decirle a mi padre eso no terminaría bien.

Sabía que llevarle la contraria era una forma segura de pasar más tiempo con él, ya que era como un perro con un hueso. No lo dejaba pasar. Me mantendría allí, reprendiéndome hasta el cansancio. Y yo no tenía tiempo para esa estupidez.

Lucas se encogió de hombros, frunciendo los labios.

—Así es la familia, supongo. Mandarlos al carajo nunca termina bien. ¡Ah, demonios!

—¿Qué? —pregunté, mientras la cara de Lucas caía hacia el final de su oración.

Se pasó una mano por su cabello y volvió a maldecir. Suspirando, sacudió la cabeza y bebió su whisky.

—Hoy es el cumpleaños de Lia. Aún no la he llamado. Acabo de recordarlo, en realidad.

Me llevó un minuto recordar que el nombre de su hermana era Lia. Yo no tenía hermanos, y no sabía cómo eran esas cosas, pero sabía que Lucas no era tan cercano a la suya. Nunca hablaba de ella, e incluso mientras crecíamos no pasamos mucho tiempo con ella.

Apenas recordaba que tenía una hermana. Pero si era su cumpleaños, probablemente debería haber llamado.

—Adelante. Llámala ahora. Nos conseguiré otra ronda.

—No. —Me hizo señas para que me quedara, sacudiendo la cabeza otra vez—. La llamaré más tarde. No te preocupes por eso. ¿Te conté sobre la conferencia a la que fui el fin de semana pasado?

Su hermana fue aparentemente olvidada cuando se lanzó a una colorida descripción de la conferencia a la que se refirió como nada más que una excusa para emborracharse con otras personas de la industria. Me reí a carcajadas de sus payasadas en la conferencia, y me pregunté por qué no querría llamar a su propia hermana en su cumpleaños.

Hablamos durante un par de horas, poniéndonos al día. Y durante ese tiempo tuve la sensación de que alguien me miraba, y

cuando volví a sentirlo, mis ojos se apartaron de los de Lucas y busqué un par de ojos marrones chocolate al otro lado de la habitación, en la barra.

Pertenecían a una mujer que tuvo el valor de lamerse los labios cuando me pilló mirándola al fin, a pesar del hecho de estar sentada con un tipo que tenía la mano en su rodilla.

Típico.

Lucas siguió mis ojos, y luego los suyos se pusieron en blanco.

—Déjalo en paz, hombre. No vale la pena.

—Tienes razón.

La mujer era muy atractiva. No había ninguna duda al respecto. Tenía el cabello rojo brillante y lápiz labial a juego. Llevaba un vestido blanco ajustado que revelaba un amplio escote.

—Por eso no me involucro con mujeres. Son todas iguales —comentó.

—¿Qué? ¿Y te involucras con hombres?

Se rio.

—No es lo que quise decir, y lo sabes. —Suspiró, divertido.

—Nunca te perdonaré por lo de Isanda Bell.

—Qué ganas de revivir el pasado cuando me recuerdas eso.

Isanda fue a Harvard con nosotros. Era una belleza exótica con un agudo ingenio y sentido del humor a la altura. Ni Lucas ni yo teníamos el tiempo ni queríamos una relación, incluso entonces. Pero él había estado trabajando con ella cuando me la encontré en una fiesta una noche, y una cosa llevó a la otra.

—¿Qué es de su vida?

Lucas se encogió de hombros, todavía riéndose mientras agitaba el whisky.

—No lo sé. Creo que abandonó la carrera en nuestro último semestre. Recuerdo que alguien dijo algo al respecto.

Hablar de Isanda nos lanzó a una conversación sobre uno de los hermanos de la fraternidad de Lucas, lo que nos llevó a recordar algunas de las cosas que hicimos en aquel entonces. Casi me había olvidado de la pelirroja cuando ella y su cita pasaron por delante de nuestra mesa al salir por la puerta.

Ella estaba sosteniendo la mano del tipo, pero cuando pasaron, me pasó una servilleta con lo que parecía ser su número. Cuando llegaron a la puerta, giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

Arrugué la servilleta mientras ella miraba y la dejé caer en el suelo salpicado de cerveza. No pude ver su reacción antes de que su cita la sacara por la puerta justo cuando la servilleta golpeó el suelo.

Lucas miró incrédulo entre la servilleta y yo, riéndose.

—Mujeres de Nueva York, ¿eh?

—Típico. —Estuve de acuerdo con él—. No es lo mío

Capítulo Cuatro

LIA

—¡Feliz cumpleaños! —gritó Regina, levantando su copa de champán hacia mí—. Espero que todos tus sueños se hagan realidad este año.

—Gracias. —Sonreí, chocando mi copa contra la de ella.

Ya habíamos hecho nuestro viaje a Nueva York y nos mudamos al nuevo apartamento esa semana. Todo empezaba a sentirse real, y era emocionante.

Ni Regina ni yo habíamos estado en Nueva York antes, pero estaba resultando exactamente como yo pensaba. Ambas habíamos visto películas y leído lo suficiente para saber qué esperar, pero lo que los libros y las películas no podían transmitir era la atmósfera eléctrica de la ciudad. No olía muy bien, y nuestro apartamento era un poco más pequeño de lo que habíamos imaginado, pero ya me estaba enamorando del lugar.

Despertarme aquí en mi cumpleaños y saber que lo llamaría mi hogar en el futuro inmediato era increíble. Realmente se sentía como un nuevo comienzo donde todo era posible para el año que se avecinaba. Yo no era una eterna optimista, pero había algo en la ciudad que se me metía en los huesos y despertaba una esperanza creciente en mi alma.

Explorar nuestro nuevo hogar fue un regalo de cumpleaños sin precedentes. Convertirnos en parte de las multitudes anónimas y dejar que la ciudad nos abrazara fue como renacer. Al finalizar el día, nos sentimos un poco diferentes de lo que habíamos sido 24 horas antes.

Nos fuimos a pasear a Prospect Park luego de despertarnos esa mañana. Una vez leí en alguna parte que era un oasis naranja y amarillo en esta época del año, y vaya que resultó ser cierto.

Había un crujido satisfactorio de hojas secas mientras caminábamos; lo que nos impulsó a vagar durante horas. Hombres bien vestidos corrían desenfrenadamente por la ciudad. Estaban vestidos más como adultos, y menos como enormes y peludos niños

pequeños que iban al patio de recreo como el estilo favorito de muchos chicos de Harvard.

Bebimos café con leche con especias de calabaza mientras caminábamos, usando unos bonitos botines como muchos de los otros neoyorquinos elegantes que andan por ahí. Ambas nos compramos un abrigo de moda, del tipo que yo no habría usado cuando era estudiante.

El mío era un abrigo rojo vino que tenía botones que lo sujetaban hasta la barbilla; que junto con una bufanda y mis botas parecía que pertenecía a la ciudad, como la joven profesional que era. La sensación era de otro mundo.

Después de nuestra caminata, Regina sugirió que derrocháramos en una última cosa para mi cumpleaños, usando nuestros bonos de firma: la cena bajo el suave brillo de los calentadores exteriores, en la dichosa temperatura otoñal después de la oscuridad. Bebimos un vino tinto rico y con cuerpo, según el camarero que lo sirvió. No conocía nada de vinos, excepto que definitivamente no era la bazofia que estaba acostumbrada a poder pagar en Cambridge.

Ordenamos un plato de pasta cremosa que resultó ser mejor que cualquier orgasmo que hubiera tenido recientemente; lo que no decía mucho ya que había estado ocupada estudiando para los finales, la graduación, y preparándome para nuestra mudanza aquí. Pero aun así, la pasta fue alucinante. De nuevo, definitivamente no como los paquetes que solía tirar en una olla mientras estudiaba.

Con todo, había sido uno de los mejores cumpleaños que había tenido, excepto por una cosa. Revisé mi teléfono por lo que debe haber sido la octogésima vez del día, viendo que esa única cosa aún no había cambiado.

Regina frunció el ceño, pero lo dejó pasar mientras dejaba caer mi teléfono en mi bolso.

—Entonces, ¿cómo se siente tener veintitrés años? —preguntó.

—Es solo un número. No se siente realmente diferente. Aunque fue un día mágico.

—Eso es seguro —dijo de todo corazón, mostrando una de sus raras sonrisas genuinas de alegría. Sin embargo, yo estaba

demasiado preocupada por alguna razón para sonreír así de verdad—. ¿Cuál fue tu parte favorita?

—La verdad, todo. Pero si me pones una pistola en la cabeza y me haces elegir, probablemente sería solo el caminar por ahí.

Puso los ojos en blanco, riéndose.

—Caminamos todo el día. Eso cubre casi todo lo que hicimos.

Me sonreí.

—Exacto.

Después de tragar otro bocado de su comida, Regina gimió y dejó su tenedor, empujando el tazón lejos de ella y dándose palmaditas en el estómago.

—Eso es todo. No puedo comer más. Ojalá pudiera, pero no.

—Vamos, chica. Puedes hacerlo. Empújalo en tu estómago y termínalo. Está demasiado bueno para desperdiciarlo. —Ella agitó la cabeza y yo me encogí de hombros—. Tú te lo pierdes, pero mañana lo lamentarás.

—No. Si sigo adelante, me arrepentiré mañana. No quiero pasar en cama nuestro primer fin de semana en Nueva York, el único que nos queda antes de unirnos a las filas de los trabajadores desesperados. —Sus ojos se cerraron mientras sorbía del vino—. Amiga, sabe tan bien. ¿Por qué solíamos beber esa basura?

—Porque era todo lo que podíamos pagar —le recordé riendo, y terminé la pasta antes de tomar un sorbo de mi propio vino—. Ni siquiera estamos trabajando todavía, pero ser capaces de pagar cosas como esta definitivamente va a valer la pena.

Me dio una mirada de advertencia.

—Como dijiste, no estamos trabajando todavía. No tenemos ni idea de bajo quién vamos a terminar trabajando.

—No podemos trabajar bajo nadie. Estoy segura de que va en contra de la política del lugar de trabajo estar bajo la gente de tu oficina. —Sonreí y luego empecé a reír cuando Regina se retorció y se sonrojó. Hablar o incluso insinuar algo sobre sexo tenía ese efecto en ella.

No era una mojigata de ninguna manera, pero tampoco estaba lo suficientemente cómoda consigo misma y con su sexualidad para

hablar de ello. Yo, por otro lado, no tenía ese problema. Podía hablar de sexo e insinuarlo con naturalidad.

—Lia —protestó, llevando ambas manos a su copa de vino para no moverse—. No digas cosas como esas. No podemos llegar al trabajo el lunes para nuestro primer día con pensamientos de... eso en nuestras cabezas.

—Los pensamientos de "eso" están siempre en mi cabeza —bromeé sutilmente, guiñándole el ojo para mostrarle que estaba bromeando.

Aunque solo era una verdad a medias. Una de las grandes cosas de Nueva York era que había una nueva piscina de citas a la que saltar. Cambridge se había vuelto aburrido en ese aspecto después de un tiempo, y los universitarios... Bueno, digamos que los que terminaron conmigo no sabían realmente lo que estaban haciendo.

De ahí que la pasta sea mejor que mis últimos orgasmos, ya sea que hayan sido autoinducidos o el resultado de un tipo demasiado confiado que solo logró llevarme allí. Era una situación triste si un tazón de carbohidratos podía vencerlo, aunque había pocas cosas que pudieran vencer a un tazón de carbohidratos en mi opinión. Añádele queso y no lo superará nada.

Regina me hizo volver a nuestra conversación.

—Bueno, destierra esos pensamientos ahora mismo. Podríamos terminar trabajando para algunos viejos. No querrás pensar en eso cuando sea un viejo arrugado al que le tengas que informar.

—¿Un viejo verde? —Me ahogué con el sorbo de vino estaba tomando mientras reía—. ¿En serio?

Regina hizo un puchero, pero la comisura de sus labios traicionó su sonrisa.

—No, en realidad no. No sé por qué lo dije. Me pongo nerviosa al hablar de eso.

—¿De sexo o del trabajo?

—Ambos —admitió—. Y hablando de viejos, ¿sabes para quiénes vamos a trabajar?

Levanté los hombros y sacudí la cabeza.

—¿Importa? No se molestarán con un par de universitarias de poca monta de todas formas. No sé quién es el dueño de la

compañía o quiénes son los gerentes, pero tampoco me importa. ¿Y a ti?

Se metió ambos labios en la boca, y un brillo contemplativo se le apareció en los ojos mientras pensaba.

—Me hubiera gustado saber un poco sobre ellos. Podría ayudarnos a sentirnos más preparadas. ¿Conociste a alguno antes de firmar el contrato?

—No. —Una vez que me hicieron la oferta y vi que estaba en Nueva York, firmé sobre la línea de puntos sin importar lo que pasara. Añade el salario y el bono por firmar y habría aceptado trabajar para cualquiera—. Solo hablé y conocí a los reclutadores que fueron al campus. Sin embargo, creo que así es como funciona siempre con las grandes empresas. Los jefes están demasiado ocupados para reclutar. Probablemente ni siquiera los conozcamos durante años.

—Buen punto. —Regina suspiró, y pude ver las ruedas de su cabeza girando mientras tomaba otro sorbo.

Sabía que se habría sentido más cómoda si una de nosotras conociera aunque sea a una sola cara familiar para buscar el lunes, pero al menos nos tendríamos una a la otra.

Mientras la dejaba para que lo pensara, volví a revisar mi teléfono. La luz de notificación estaba parpadeando. Más buenos deseos de amigos de casa y de Harvard, pero aun así, nada de la única persona de quien esperaba tener noticias.

Cuando Regina parpadeó sus pensamientos preocupados y me pilló comprobando mi teléfono otra vez, sacudió la cabeza.

—¿Por qué sigues mirando esa cosa? Cada vez que lo haces pareces tan decepcionada. ¿Qué es lo que pasa?

—No he sabido nada de mi hermano todavía —admití—. No somos tan cercanos, pero normalmente me manda un mensaje por mi cumpleaños.

—Bueno, si no lo hace, es un tonto —dijo, frunciendo los labios.

Queriendo reírme por su elección de palabras, me quedé atrapada pensando qué podría estar haciendo que le impide tanto escribir un simple texto breve.

—Lucas está ocupado. Es un arquitecto prometedor en una firma exitosa. No puede estar llamando a su hermanita cada cinco minutos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cada cinco minutos? Solo quedan un par de horas de tu cumpleaños. ¿Le habría matado el haberte enviado un mensaje o un audio?

—Probablemente aún esté en el trabajo. —Realmente me gustaría saber si eso era cierto o no—. Sabré de él más tarde.

—¿En el trabajo un viernes por la noche? —Regina levantó una ceja e inclinó la cabeza.

Ella no creía que él estuviera en el trabajo. A decir verdad, yo también lo dudaba.

—Llamará —insistí, pero la duda persistía en mi mente. Lucas no era un mal hermano, pero tampoco era el mejor. No habíamos sido cercanos por mucho tiempo. Aun así, le envié un mensaje de texto cuando estábamos llegando y le di nuestra dirección. Sabía que yo estaba en la misma ciudad que él ahora, por primera vez en muchos años—. O tal vez pase por el apartamento más tarde.

—En todos los años que te conozco, ni siquiera he conocido al tipo. Estábamos a un par de horas de distancia, pero no te visitó ni una sola vez.

Suspiré, liberando parte del dolor causado por saber que ella tenía razón.

—Los dos estamos en Nueva York ahora. Es una de las razones por las que acepté un trabajo aquí para ser honesta. Espero que nuestra relación mejore ahora. Lucas es todo lo que tengo. Quiero estar más cerca de él.

Fue una confesión que nunca había hecho en voz alta. No me avergonzaba ni me apenaba por querer estar más cerca de mi hermano, pero el decirlo lo hacía real, lo que significaba que podía resultar herida por ello.

La simpatía se deslizó en los ojos de Regina.

—Entonces espero que vaya más tarde.

Ninguna de nosotras lo creía realmente.

Regina se levantó para buscar el baño, y mientras no estaba, revisé mi teléfono otra vez. La estúpida esperanza implantada en mis huesos por la propia ciudad se negó a desvanecerse, sin importar lo improbable que fuera que hubiera enviado un mensaje de texto en los últimos minutos.

Todavía no había nada de él. Una oleada de molestia me recorrió, luchando con la esperanza. Era mi hermano, y era mi primer cumpleaños cerca de él en años.

Además, ¿por qué tenía que esperarlo?

Con rabia, escribí un texto.

Lia: *¡Feliz cumpleaños para mí! ¿Beberás más tarde para celebrarlo?*

Mi pulgar pasó por encima del botón de envío, y giré la cabeza hacia atrás, mirando al cielo mientras me preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Entre la luz ambiental de la ciudad, los calentadores de gas a mi alrededor, y el esmog, apenas podía ver ninguna estrella.

La falta de las bolas de luz parpadeantes sobre mí me hizo darme cuenta de que incluso en esta ciudad, las cosas no siempre eran exactamente como deberían ser. Si quería una relación con mi hermano, iba a tener que trabajar en ella. El hecho de estar aquí no borraba los años de distancia entre nosotros.

Me decidí a borrar el texto. Sería mejor hablar con él en persona; cuando tuviera un minuto me pasaría por su oficina. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar.

Capítulo Cinco

ROMAN

El odiado lunes. La oficina era un hervidero de actividad cuando llegué, y los teléfonos sonaban sin parar. Varios de mis colegas estaban involucrados en un acalorado debate sobre algo, y las secretarias y los asistentes personales estaban ocupados entregando montones de papeleo y metidos en los teléfonos.

Las impresoras tarareaban sin cesar porque quién necesita a las selvas tropicales, ¿verdad? Los tacones sonaban, y las máquinas de café trabajaban horas extras.

El silencio en mi oficina privada era casi ensordecedor cuando cerré la puerta detrás de mí. Mi propia asistente había estado ocupada esta mañana, vi cómo se acercaba a mi escritorio con mi café en la mano y me senté.

Unos cuantos montones de papeles esperaban mi firma, con banderas de colores marcando los puntos que tenía que firmar. Mi ordenador ya estaba encendido, pero tenía que introducir mi contraseña para entrar en él. Las pantallas montadas en mis paredes también estaban encendidas y fijadas a los canales que necesitaba.

Dejando caer mis manos sobre mi chaqueta, la desabroché y estaba empezando a quitármela para poder arremangarme y empezar cuando mi puerta se abrió de golpe. La intrusión me irritó, llegando tan pronto como yo llegué, pero me enfureció el hecho de que quienquiera que fuera no hubiera llamado.

Levanté la vista con un resplandor, y a quien vi no era a quien esperaba.

Mi mirada se transformó en un ceño fruncido.

—¿Papá? ¿Qué estás haciendo aquí?

Mi padre llevaba un traje negro con una camisa negra y una corbata roja. Hacía que sus ojos azules parecieran más fríos y su figura más imponente; y no es que lo necesitara. Entró a mi oficina sin llamar y se detuvo a mitad de camino hacia mi escritorio, haciéndome saber que no se sentaría ni se quedaría.

Bueno, al menos eso es lo que hay.

Sacó su reloj de debajo de la manga y lo miró.

—Los nuevos reclutas deberían estar aquí. Y los que no estén aquí todavía no conservarán sus puestos de trabajo.

Una rápida mirada al reloj montado sobre mi puerta me dijo que era justo antes de las siete.

—¿No dicen sus contratos que empiezan a las ocho y media?

Levantó la ceja.

—¿Parece que me importa lo que dicen sus contratos?

Mi padre tenía una visión del mundo de los negocios muy diferente al resto, estuvo en bancarrota la mayor parte del tiempo, eso le dio una forma de hacer las cosas que no es la tradicional. Él no trabajaba de lunes a viernes y con horarios definidos, mi padre no tenía descansos y los horarios los imponía él. Así se acostumbró a saber que los resultados se basan en la cantidad de tiempo y esfuerzo que pones para lograr los objetivos y él no tenía miedo de sacrificar nada por lograrlos. Él estaba seguro de que el resto debíamos hacerlo como él o no servían.

—Es su día de orientación. Deberían estar aquí. Si no lo están, no están hechos para esta empresa.

Curiosamente, ahora decía casi exactamente lo que yo había dicho una semana antes sobre el calibre de la gente que pertenecía a este lugar, pero como era él quien lo decía, esta vez era lo correcto.

No iba a discutir el punto.

—¿Por qué me dices esto?

Los reclutas comenzaban en los niveles de entrenamiento unos diez pisos más abajo de nosotros. Apenas los veía hasta el tercer o cuarto año. Había gente trabajando en esta compañía que no había visto un solo día en mi vida. No tenía nada que ver con los reclutas, en especial el primer día.

Mi padre entrecerró los ojos.

—Uno de nosotros tiene que ir allí y pasar un rato con ellos. Dales la bienvenida a la empresa, hazles saber lo que esperamos de ellos. Los entrenadores hicieron un pedido especial hace meses, y recursos humanos acordó que tiene que ser uno de nosotros.

—No estaba al tanto de eso. —Como de costumbre, mi padre no me había dicho nada sobre el cambio de las políticas internas de la empresa. Señalé la pila de carpetas sobre mi escritorio—. Como puedes ver, tengo una mañana completa por delante. Puedo hacer que David baje.

David era uno de los banqueros de inversión, una de las primeras contrataciones de mi padre. Era mayor que papá, con una gran experiencia y, en estos días, con un interés en la generación más joven. Dios sabía por qué, pero asumí que era porque sus propios hijos estaban fuera de la casa y él estaba luchando contra el síndrome del nido vacío.

No es que haya estado mucho tiempo en el nido, ya que había estado vacío de él, pero supuse que todavía estaba acostumbrado a que su hijo sorpresa, que llegó dieciséis años después del primero, estuviera en la casa durante las pocas horas que pasaba allí.

Ahora que Andy también estaba fuera de la casa (mi secretaria me lo había dicho, aunque no tenía ni idea de por qué pensaba que me importaba), asumí que David quería impartir sus conocimientos en otro lugar.

—Iré a preguntarle yo mismo. Creo que es mucho más adecuado para el trabajo que yo, de todos modos —agregué.

Papá cruzó sus brazos, pareciendo una figura intimidante en negro. Jesús, podría haber sido un gorila si todo el asunto de las finanzas no le hubiera funcionado.

—Si quisiera que David se encargara, estaría hablando con él ahora mismo. Y no lo estoy haciendo. Estoy hablando contigo. Tengo una reunión con un nuevo banco con licencia en Tokio. No puedo moverla, ni quiero perder mi tiempo allí con los nuevos.

—Tampoco tengo tiempo, papá. Para eso están los entrenadores, ¿no?

Ladeando la cabeza, se encogió de hombros.

—Estaba bien. Lo pondré de este modo: No estoy preguntando si quieres hacerlo, Roman. Te ordeno que vayas a pasar un rato con los niños, juegues bien con ellos un par de minutos, y luego puedes volver a lo que sea con lo que estes tan ocupado.

Estaba ocupado negociando un trato que le sumaría al menos ocho millones de dólares a su cuenta, pero eso no le importaba. Estaba seguro de que pensaba que pasaba todo el día sentado jugando al solitario en mi ordenador.

—Claro, está bien. Iré allí, pero no me quedaré para la orientación.

—Nadie dijo que tuvieras que hacerlo.

Si fuera el tipo de hombre que pone los ojos en blanco, lo habría hecho. Pero en vez de eso, simplemente frunció el ceño como si fuera estúpido y se fue de mi oficina.

El piso de entrenamiento tenía una serie de salas de conferencias a lo largo de las paredes exteriores, y un gran bloque de cubículos que se extendía en el centro de la misma. No había oficinas aquí abajo, excepto por algunas que pertenecían a los entrenadores.

Los cubículos estaban hechos de tabiques blancos esparcidos como un laberinto por el suelo. No tenía la vibra del personal alrededor de los espacios de trabajo todavía. Sin duda, el cuadro sería un poco diferente en un par de semanas una vez que los reclutados se hayan instalaran.

Pero por ahora, era estéril y frio. Blanco, impersonal y organizado. La energía aquí también era diferente. El aire estaba lleno de nerviosismo, aprensión, incertidumbre y vacilación, con solo un toque de orgullo y arrogancia por haber llegado tan lejos.

Si supieran lo que les esperaba; la mitad de ellos no durará ni un mes, y sin mencionar a los que aún tendrán trabajo a la hora del almuerzo.

Encontré a los reclutas y al entrenador, un tipo que pensé que se llamaba Blake, en la gran sala de conferencias de atrás. Estaba en medio de una presentación de diapositivas que mostraba la disposición del edificio y las salidas de emergencia, cuando abrí la puerta.

Volteó dos veces y cuando vio quién le molestaba, sus ojos marrones se abrieron de par en par mientras tartamudeaba.

—Se-señor Burnett. Señor, no me dijeron a qué hora bajaría.

A mí tampoco, pero eso no importaba. Sonreí con mi más complaciente y encantadora sonrisa.

—No hay problema, Blake. Esperaba poder robarte unos minutos de tu tiempo para presentarme a mí y a la compañía a nuestro nuevo grupo de futuras estrellas.

Era una completa estupidez, pero sabía cómo jugar el juego. La sorpresa cruzó los rasgos de Blake, quien se hizo a un lado y pausó su presentación.

—Por supuesto, señor.

Me giré para ver bien la habitación por primera vez. Estaba llena de más nuevos reclutas de lo que esperaba, pero sabía que era algo bueno. A pesar de ser quien era, tenía muy poca idea de cómo iba la empresa.

Si contratamos a tanta gente nueva, significaba que nos iba lo suficientemente bien como para necesitarlos y justificar sus salarios y bonos de firma. Una sensación de bienestar viajó a través de mí. Era bueno ver que nuestro trabajo duro estaba dando sus frutos donde más importaba: el crecimiento.

—Él es Roman Burnett, reclutas —dijo Blake.

No pude ver las caras de la mayoría de los presentes en la sala ya que las luces habían sido atenuadas para la presentación, pero escuché una fuerte pero baja toma de aire colectiva.

Definitivamente mi reputación me había precedido.

Blake continuó mientras se movía hacia el interruptor de la luz.

—Por favor, acompáñenme a darle la bienvenida al señor Burnett a nuestra orientación. Es un honor tenerlo aquí en su primer día.

Un inesperado aplauso sonó. Me adelanté cuando las luces volvieron a brillar, haciendo contacto visual con algunos de los reclutas más cercanos.

—A todos, bienvenidos a la Corporación Burnett —anuncié. No tenía ni idea de qué decir, y obviamente no se me había dado tiempo para prepararme, pero podía disparar desde la cadera tan bien como cualquiera. No tenía miedo de hablar en público, incluso lo disfrutaba, y más antes una habitación llena de ojos expectantes, asombro y nervios—. Felicitaciones por haber sido reclutados para trabajar en la Corporación Burnett. Sé que han estudiado mucho para llegar hasta aquí, y les felicito por ello. —Unas pocas sonrisas tocaron las caras de los reclutas, pero no estarían allí por mucho

tiempo—. Dicho esto, deberían mirar la habitación en la que están ahora mismo, mirarse entre ustedes mismos. Conózcanse.

Todos hicieron lo que les pedí, la mayoría frunciendo el ceño confundidos antes de que yo continuara.

—Al menos la mitad de la gente que acaban de ver no estará aquí el mes que viene. —Las bocas se abrieron mientras otros parecían desconcertados—. Han elegido una industria dura, y no tomamos prisioneros en nuestra Corporación. Deberían saberlo desde el principio. Pongan sus horas, trabajen duro y serán recompensados. Si no lo hacen, bueno, deben saber que no me interesan las excusas. Queremos resultados, de lo contrario se les mostrará la puerta.

Incluso el entrenador parecía incómodo ahora, pero asentía como si supiera que esto iba a pasar.

Aplaudí una vez, dándole a los reclutas una última sonrisa.

—No le quitaré más tiempo a su entrenador.

Mis ojos se deslizaron a lo largo de la larga mesa de conferencias, haciendo contacto con tantos reclutas como fuera posible. Cerca de la parte de atrás, una mujer me llamó la atención. El cabello negro azabache pasaba por sus hombros y pechos hasta la cintura. Y casi instantáneamente me imaginé su cabello grueso envuelto alrededor de mi puño mientras me chupaba.

¿De dónde había salido ese pensamiento?

Tenía tanta sangre como cualquier hombre, más que la mayoría en realidad, si así lo prefieren, da igual, pero nunca permitía que fantasías al azar se me escaparan en el trabajo. Sobre todo cuando estaba molesto y trataba de infundir miedo a los nuevos reclutas.

Algo brillaba en sus profundos ojos verdes, tan abiertos que podía distinguir el color incluso a la distancia, pero no sabía qué era ese algo. Sus labios rosados en forma de corazón se separaron, como si hubiera tomado un respiro.

Era preciosa.

Mientras su cabeza se inclinaba ligeramente hacia un lado, una astilla de reconocimiento me atravesó. Era vagamente familiar, aunque no tenía ni idea de dónde la conocía.

El entrenador se aclaró la garganta, recordándome que estaba en medio de un discurso.

—Sé que Blake tiene un día muy ocupado con muchas sesiones importantes planeadas para ustedes. Así que, de nuevo, bienvenidos y buena suerte. Veré a algunos de ustedes pronto. —En realidad tartamudeé la última frase después de arrancar mis ojos de la mujer.

Tenía que salir de allí rápido. Que me pillaran desprevenido no era algo con lo que estuviera cómodo o que conociera bien.

Girando el talón, salí de la sala sin decir una palabra más. Y mientras caminaba por el lado de atrás hacia el ascensor, eché otro vistazo a la hermosa recluta nueva a través de la gran ventana.

¿De dónde diablos la conozco?

Capítulo Seis

LIA

No puede ser. Roman Burnett.

Verlo, fue como presenciar una explosión del pasado que no me esperaba. Aunque probablemente debí haberlo sabido.

Burnett no era un apellido tan común, y siempre supe que el mejor amigo de mi hermano venía de una familia con más dinero que Dios. Y en el fondo de mi mente, también sabía que Roman estaba en Nueva York con Lucas. Lo mencionó una vez.

Sin embargo, nunca pensé que terminaría trabajando con el que ocupaba el primer lugar en mi lista de amores platónicos de la secundaria. Casi se me sale el corazón del pecho cuando entró en la sala de conferencias con ese pavoneo familiar y la misma sonrisa descarada.

Quién lo diría.

El hombre seguía tan hermoso y arrogante como siempre. Ser tan sexy debería ser ilegal.

Y definitivamente, el tiempo había sido demasiado bueno con él. En todo caso, había crecido para ser aún más guapo que antes. Además de fanfarrón.

Tenía el tipo de apariencia que hacía que tus ovarios dolieran mientras te ruegan ser dotados con su código genético. Incluso así no quisieras un bebé, querrías tener el suyo. Porque si lo hicieras, serías capaz de mirar esos ojos azules todo el tiempo que quisieras si el chico fuera bendecido con los ojos de Roman, lo cual fue legendario durante el tiempo que lo conocí.

Una mirada de él y prácticamente se podía oír caer cada par de bragas de los alrededores. Había oído que podía hacer que una chica acabara con solo mirarla, y aunque nunca averigüé si era verdad, aun así apostaría por ello.

Una vez vi una foto del punto donde el Océano Índico se encuentra con el Atlántico. Ese era el color de los ojos de Roman. Una profusión de detalles, una cornucopia de azul, tan claro como el

cielo en pleno día. Una mezcla entre el azul y el cian, moteado con el brillo nítido del Atlántico más claro.

Esos ojos eran hipnotizantes, fascinantes y fantásticos. No lo había visto durante muchos, muchos años, pero ese par todavía aparecían en mi memoria de vez en cuando.

La última vez que lo vi, su cabello solía ser una melena que colgaba a medio camino de sus hombros, pero ya no más. Ahora tenía ese estilo de moda de corte limpio, en el que el cabello era lo suficientemente corto a los lados como para tener por donde pasar los dedos, y lo suficientemente largo en la parte superior para agarrarlo correctamente.

Probablemente aparecería en mis fantasías una vez que estuviera sola en mi cama más tarde. Esperaba que mi vibrador tuviera suficiente carga. Tenía mucho tiempo que no lo usaba.

Roman siempre había sido algo fornido, pero parecía que el tiempo lo había favorecido en eso también. A pesar de que llevaba un traje ajustado donde la chaqueta pegaba justo debajo de su cinturón, con las mangas ceñidas perfectamente a sus bíceps redondeados, podía ver que su físico muscular aún era para derretirse.

Lucas y Roman solían nadar en nuestra piscina a veces mientras crecían. La primera vez que conocí el cuerpo de un tipo fue la primera vez que Roman Burnett se quitó la camisa frente a mí.

Dios mío. Era imposible no mirarlo.

Me intrigaba saber si su piel seguía bronceada, y si sus abdominales de tabla de lavar seguían formando una deliciosa escalera que conducía a las líneas de follaje, con un rastro de pelo rubio casi imperceptible que conducía a... bueno, eso lo vería en mis fantasías bajo mis sábanas. Cielos, incluso mis pensamientos divagaban cuando se trataba de él.

Tantos años después, y todavía no podía pensar con claridad a su alrededor.

Y si su discurso tan intimidante era algo a tener en cuenta, eso no había cambiado.

—Pronto veré a algunos de ustedes —dijo. Luego, con una sonrisa diabólica y un asentimiento agudo, giró y salió de la

habitación.

Roman era una de esas personas que tenía tal presencia que se podía sentir en el aire cuando estaba cerca. Tan pronto como salió de la habitación, sentí que podía respirar un poco más fácil. Por la forma en que mis compañeros de reclutamiento se relajaban en sus asientos, no era la única que se sentía así a su alrededor.

El entrenador, Blake o algo así, se rio nervioso después de que se fuera. Esperó a que la puerta encajara en su lugar antes de girar hacia nosotros y mover los dedos.

—Bueno —dijo, girando para mirar fijamente por un momento la puerta como si se asegurara de que no siguiera allí—. Ese era Roman Burnett.

Se intercambiaron miradas cautelosas a mi alrededor, todos se preguntaban lo mismo que yo. ¿Quién de nosotros lo lograría, y quién sería despedido?

Blake trató de aligerar el ambiente.

—No suele ser tan frio. No se preocupen demasiado por eso. Es un jefe justo, y una buena persona.

Las cejas levantadas a mi alrededor fueron suficientes para convencerme de que nadie creyó una palabra de lo que dijo Blake.

Moviéndose con rapidez, terminó su presentación y nos envió a nuestros cubículos.

Regina y yo nos pusimos al lado y empezamos a desempacar nuestros bolsos y las pocas cosas que habíamos traído con nosotras. En cuanto a mí, era un pequeño elefante de peluche que Lucas había ganado para regalármelo en una feria cuando tenía cuatro años.

Estaba raído pero limpio, y era el amuleto de buena suerte que había tenido conmigo en todas las fases de la vida, desde el día en que me lo presentó con orgullo en esa feria. Él tenía ocho años en ese momento y le faltaban algunos dientes, y cuando me lo entregó su pecho estaba hinchado de orgullo por haberlo ganado.

—Bien, todo el mundo. —La voz de Blake retumbó desde el frente del enorme espacio, y me corregí mentalmente—. Introduzcan su nombre como nombre de usuario, y aparecerá una contraseña

generada por el ordenador. Necesitarán cambiar esa contraseña por una que hayan elegido ustedes mismos antes de continuar.

Los teclados sonaban mientras seguíamos sus instrucciones. Después de un minuto, la mayoría de nosotros habíamos terminado y mirábamos a nuestro alrededor, lo que él tomó como una señal para continuar.

—Una vez que terminen con eso, hay una serie de videos de entrenamiento precargados en cada computadora que tienen que ver. Después de cada video, habrá un pequeño examen o cuestionario que deben completar para demostrar su comprensión del tema.

Explicó cómo llegar a los videos de entrenamiento y procedió a caminar entre nosotros durante la siguiente hora, comprobando nuestros progresos y respondiendo a las preguntas. Cuando llegó a mí, ya había terminado el primer curso de entrenamiento.

Alejé mi silla del escritorio como había visto hacer a otros, dejándole ver mi trabajo.

—Lia Vang, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respondí, viendo cómo se agachaba para hojear mi trabajo—. Estoy a punto de pasar al siguiente curso.

—Ya veo —comentó, sonando impresionado—. Es rápida, pero ¿es precisa?

—Creo que sí.

Había superado el curso cuando el límite de tiempo establecido estaba en la mitad. Confiaba en mis respuestas, pero supuse que había una razón por la que el curso permitía el tiempo de entrega. Esperaba no haberme perdido nada.

Blake se puso al día con mi trabajo antes de volverse para mirarme con una sonrisa.

—Parece que tiene razón. Fue acertada. No cometió ni un error, señorita Vang. La estaré observando de ahora en adelante. Creo que le irá bien aquí.

No pude evitar que la sonrisa se extendiera por mis labios.

¡Sí!

—Gracias. Espero que tenga razón.

Blake me habló durante unos minutos antes de aplaudir para llamar la atención de todos y anunciar que era hora de comer. Nos informó que la compañía patrocinaba nuestros almuerzos hoy, y nos dirigió hacia el comedor.

Regina giró su silla para mirarme.

—Ya conseguiste impresionar al entrenador. Bien hecho.

Me encogí de hombros, agarrando mi bolso mientras me levantaba.

—Tú también lo impresionarás —dije—. Somos un equipo de oro. Les vamos a encantar.

Se mordió el labio y luego bajó la voz.

—Dudo que el señor Burnett nos quiera a ninguna de nosotras. Era duro, hasta daba miedo. Puedo ver por qué los dueños no suelen mostrar sus caras a los reclutas. Incluso Blake se sorprendió al verlo. Está muy bueno, pero me asusta.

Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza mientras me reía.

—Roman no es el diablo. Ladra más de lo que muerde.

—¿Roman? —Sus cejas se levantaron y miró furtivamente para comprobar si alguien me había oído referirme a él tan casualmente.

Los otros reclutas se sentaron en el comedor a nuestro alrededor, los grupos ya se estaban formando mientras se sentaban a almorzar.

Por fortuna, nadie se unió a la mesa en la que Regina y yo nos sentamos. Hice mi pedido de las opciones del menú que tenía delante; lasaña con ensalada, y me incliné sobre la mesa cuando el camarero se fue.

—Roman es el mejor amigo de mi hermano —confesé—. Lo conozco desde siempre. Solo que no me di cuenta de que esta era la compañía de su padre.

—¿Qué? —preguntó en voz alta, abriendo los ojos hasta el punto de que pude ver donde terminaba su delineado gris. Un par de grupos sentados a nuestro alrededor giraron sus cabezas hacia nosotras al oír su voz. Cuando se dio cuenta, se inclinó sobre la mesa también—. ¿Cómo es que no te diste cuenta de que era la compañía de su padre?

—Nunca conocí a sus padres. Creo que se separaron o algo así, pero no estoy muy segura. Roman era el mejor amigo de mi

hermano, y Lucas y yo ya nos habíamos separado para entonces. Para ser honesta, nunca me prestó mucha atención. Tampoco Lucas. Nunca quisieron que su hermana menor saliera con ellos, e incluso entonces, él era un... total cretino.

—No creo que puedas decir eso de él ahora, ya que es tu jefe —susurró lo suficientemente fuerte para que yo lo oyera, pero no lo suficiente para que alguien más lo hiciera.

Echando la cabeza hacia atrás, levanté las cejas.

—¿En serio? Claro que puedo decirlo porque su personalidad no ha cambiado mucho desde que lo conocí.

Bueno, por muy fastidioso que fuera, había deseado al hombre desde que tenía conciencia del deseo; pero eso estaba en el pasado. Era sexy, pero muy desagradable como persona. Siempre lo había sido, y parecía que siempre lo sería.

Además, ahora estaba probablemente muy fuera de mis límites. Y eso era si recordaba quién era yo, y si alguna vez me hablaba.

Capítulo Siete

ROMAN

—Que fastidio no poder confiar en nadie para el trabajo —murmuré camino a mi oficina vacía.

Mis palabras resonaron en el aire, junto con el bajo zumbido del aire acondicionado, las luces, y la suave lluvia que golpeaba la ventana de mi oficina.

La voz de mi asistente llegó por el intercomunicador poco después de que mi puerta se cerrara detrás de ella.

—¿Dijo algo, señor?

—No —me quebré, sacudiendo la cabeza ante la carpeta que me había entregado hace solo un minuto antes.

Ese trabajo era algo que podían hacer los reclutas de abajo. No tenía ni idea de cómo se había filtrado hacia mí.

Debí haberlo captado. Después de cinco años, debería hacer su trabajo tan bien como yo puedo hacer el mío. Sin embargo, iba a tener que llevar el archivo a la planta de entrenamiento personalmente.

Contemplé llamarla de nuevo y hacer que lo retirara, pero luego decidí no hacerlo. De todas formas, quería comprobar a los reclutas. La hermosa chica aparecía en mi mente de vez en cuando, y pensé que si podía echarle otro vistazo, podría activar mi memoria y averiguar al fin de dónde la conocía.

La columna vertebral de Blake se rompió cuando me vio doblar la esquina desde el banco de los ascensores, con la carpeta en la mano y caminando a paso ligero. No llamó la atención de los reclutas hacia mí, lo cual agradecí.

Acercándose, sacó su mano.

—Señor Burnett. Bienvenido de nuevo. Estoy seguro de que le gustaría una actualización de las nuevas contrataciones.

En realidad no, pero como buscar a alguien a quien pasarle este archivo era una de las razones por las que estaba ahí, asentí.

—Claro. ¿Cómo están?

—Algunos mejor que otros. —Hizo un ruido de desaprobación en la parte posterior de su garganta mientras echaba un ojo a un lado del bloque—. Las cosas se están moviendo bien, sin embargo. En términos generales.

Vi a la hermosa chica empujando su silla y recogiendo algunas carpetas de su escritorio. Blake me vio mirándola, y asintió con discreción.

—Esa es la mejor hasta ahora. Está por delante del resto, a pasos agigantados.

Mis ojos se entrecerraron.

Quedé convenientemente impresionado por su elogio. Era raro que los entrenadores se impresionaran por alguien en la primera semana. Todavía estaban acostumbrados al nivel que habían alcanzado los reclutas que acababan de avanzar del lote anterior.

—Eso es bueno —dije—. Será bueno para ellos tener una verdadera competencia. Algo por lo que esforzarse. —Mi mente seguía acelerada, tratando de averiguar de dónde la conocía.

Caminó hacia nosotros, con una sonrisa de disculpa mientras sostenía las carpetas que llevaba encima.

—Completé las tareas que me dio antes. Dijo que quería el papeleo tan pronto como terminara.

Tenía un débil acento que teñía su suave y lírica voz.

La cabeza de Blake se ladeó y sus ojos se abrieron de sorpresa cuando le quitó los archivos.

—¿Ya terminaste? Esperaba esto como pronto para mañana por la mañana.

Se encogió de hombros, pero pude ver un poco de orgullo en sus ojos.

—Fue más fácil de lo que esperaba.

—Buen trabajo, Lia —dijo Blake con aprobación, hojeando los papeles—. Muy buen trabajo. Ya que estás aquí, te presento al señor Burnett.

Cuando giró la cabeza hacia mí, esa chispa de reconocimiento me golpeó de nuevo en las tripas. Y el nombre... Lia. Conocía a esta chica, pero ¿de dónde?

Una sonrisa divertida tocó sus labios mientras extendía su mano.

—Es un placer conocerle, Rom… Señor Burnett.

Por esa sonrisa y la forma en que casi me llama Roman, ella también me conocía. Y por mucho que pareciera que lo estaba disfrutando, me molestaba no poder señalar de dónde.

—Bienvenida a la Corporación Burnett, Lia. Escuché que le estás mostrando a los otros desde el principio a quién van a tener que vencer. —Un rubor rosado se deslizó por sus mejillas, pero esa fue su única reacción a mis elogios. Me iba a volver loco tratando de recordar de dónde la conocía si no lo averiguaba pronto—. Voy a almorzar. Acompáñame para que podamos hablar de negocios. Podrías tener un futuro muy brillante aquí si eres tan buena como dice Blake, aunque no me impresiono tan fácil como él.

El fantasma de un ceño fruncido cruzó sus rasgos, y sus ojos verde gema se oscurecieron cuando una de sus cejas casi se levantó. Sentí una respuesta en la punta de su lengua, pero decidió no decirlo. Entonces levantó su barbilla solo una fracción como si estuviera aceptando un desafío.

Tenía curiosidad por saber cuál habría sido esa respuesta. Tenía el presentimiento de que me daría una pista de dónde la conocía. Por otro lado, era un poco intrigante tratar de resolverlo... ella en su totalidad lo era.

Antes de que pudiera exigir saber la respuesta, asintió.

—Por supuesto, lo acompañaré señor Burnett. Me encantaría tener un futuro brillante aquí, y si todo lo que se necesito es impresionarlo... entonces lo tendré fácil.

Blake se convirtió en una sombra antinatural, en algún lugar entre el rojo y el verde. Parecía que estaba a punto de regañarla por hablarme de esa manera, pero me metí antes de que pudiera hacerlo.

—Tiene confianza. Me gusta. Vamos, Lia; claramente puedes hablar, pero estoy interesado en saber si puedes seguir el camino. —Le entregué el archivo que tenía a Blake, diciéndole que encontrara a alguien para hacer el trabajo pesado de él. Entonces me di la vuelta y caminé hacia los ascensores.

Ella me siguió sin necesidad de que se lo dijeran o de esperar una invitación. No necesitaba que la mimaran. Se estaba perfilando

para ser exactamente el tipo de recluta que necesitábamos en la empresa.

—Tienes un poco de acento —le dije mientras le hacía señas para que me precediera en el ascensor—. ¿De dónde eres?

—Texas —respondió, aparentemente conteniendo la risa. Sus ojos se arrugaron en las esquinas, mientras la diversión brillaba en sus ojos. Cuanto más la miraba, más familiar era.

El descaro no era algo que valorara en los subordinados en absoluto, pero en ella, se sentía algo natural. La cualidad me hacía querer sonreír en lugar de señalarle la puerta.

—Texas, ¿eh? —Sonreí—. Pasé algún tiempo en Texas.

—Me imagino. —Se mordió el labio, pero no de la forma tan sexy como para llamar la atención a su boca como algunas mujeres hacían. Fue un genuino "Oh Dios, estoy a punto de reírme".

Fue una reacción jovial y casi despreocupada que la mayoría de los reclutas no se atreverían a mostrar en mi presencia. Una parte de mí quería molestarse porque debería mostrar más respeto. Pero la mayor parte de mí, sin embargo, estaba encandilada por ella.

Al entrar en la cafetería a su lado, no me sentí como si fuera la primera vez. Sentí como si la conociera de toda la vida y hubiera pasado horas con ella en lugar de minutos.

—Texas es un gran Estado, Lia. ¿De qué parte de Texas eres?

Cuando era más joven, me mudé a Texas con mi madre por un par de años. Fue donde conocí a Lucas, que seguía siendo mi mejor amigo. Cree algunos buenos recuerdos allí, algunos de los mejores que tenía.

—¿De dónde es usted? —preguntó en lugar de responder a mi pregunta, dejando caer sus ojos en el menú del almuerzo del día—. Escogeré el pollo.

Me pregunté por qué me había dicho lo que quería comer hasta que me di cuenta de que una camarera se había materializado al lado de nuestra mesa. Por lo general era más observador, pero estaba muy distraído con la forma en que las piezas del rompecabezas luchaban por juntarse en mi cerebro.

—Comeré el filete *Wellington* —ordené a la camarera, quien asintió y se fue. Luego doblé las manos sobre la mesa y le levanté

una ceja a Lia—. ¿De dónde vengo? ¿No lo sabes ya?

No estaba tan distraído como para no notar la sonrisa de satisfacción que llevaba cuando hizo la pregunta.

Se encogió de hombros.

—Me pareció educado preguntar, ya que nunca has sido tú quien me lo ha dicho.

La respuesta críptica envió mi cerebro a una sobrecarga. Algo vago se estaba formando en el fondo de mi mente. Todo lo que tenía que hacer era seguir avanzando. La respuesta estaba justo ahí, a segundos de comprenderla.

Cambiando de táctica, decidí centrarme en su presente en lugar de su pasado. Le estaba dando demasiada importancia al pasado, y eso le permitía estar un paso adelante de mí. No me gustaba.

—Así que dime, ¿estudiaste en la Universidad de Nueva York?

—Harvard —respondió con rapidez.

Otra pista. Los vagos remolinos estaban empezando a tomar forma.

—Yo también.

—Lo sé. —Una sonrisa tímida enroscó las comisuras de sus labios.

—¿Cuándo te mudaste a Nueva York? —arremetí.

La respuesta me iba a ayudar a determinar su edad. Si tenía la edad que yo pensaba que tenía, entonces podría tener una idea de quién era.

—La semana pasada.

Eso confirmó mis sospechas.

Ahora más confiado, sonreí.

—¿Y por qué Nueva York de todos los lugares?

—Porque mi hermano está aquí. —Se le formó un mohín en los labios, casi como si se decepcionara de sí misma por abandonar el juego tan pronto.

Eso provocó una risa de mi parte. Así como así, supe quién era. La hermosa joven sentada frente a mí estaba mentalmente llena de recuerdos de una adolescente divertida.

Seguro que había crecido en sus rasgos, por lo que no la reconocí inmediatamente. Su gordura se había convertido en curvas

redondeadas que me hacían fantasear con agarrarme a ellas mientras me empujaba en su interior. La mopa de cabello era más larga y elegante. Los pómulos se habían revelado a lo largo de los años, y su boca ya no era demasiado grande para su cara.

La pequeña Lia Vang, ahora era toda una mujer condenadamente sexy.

—Espero que te hayas divertido, Vang —la llamé por su apellido a propósito, entendiendo por qué sentí que la conocía desde siempre—. Lucas no me dijo que ibas a aceptar un trabajo en mi empresa. —Hizo una mueca al oír su apellido. Me recordó la forma en que Lucas reaccionó el viernes por la noche cuando le pregunté si no quería llamarla por su cumpleaños—. Feliz cumpleaños tardío, por cierto.

Sus ojos se abrieron de par en par justo cuando la camarera se acercó a nosotros con nuestra comida.

La hermana pequeña de Lucas empujó su silla y se puso de pie.

—¿Puedo tener eso para llevar, por favor? Debo volver al trabajo.

—Claro —dijo la camarera, deslizando mi almuerzo sobre la mesa delante de mí.

Se fue con el plato de pollo, y Lia se fue tras ella, dejándome aturdido mientras la veía esperar que la comida fuera empaquetada. Tan pronto como lo estuvo, salió de la cafetería.

Fruncí el ceño viendo hacia la puerta por la que había salido. Ni siquiera el olor de mi almuerzo, que sabía que sería delicioso, fue suficiente para tentarme a alejarme de mi concurso de miradas con la puerta.

¿Por qué se iría así? Yo era el mejor amigo de su hermano. No nos habíamos visto desde que me fui de Texas hace casi una década, y ella estaba trabajando en mi empresa ahora. Parecía que debíamos tener mucho de qué hablar.

Lo que me hizo preguntarme, ¿por qué no quería hablar sobre eso?

Capítulo Ocho

LIA

—Qué semana.

Regina se dejó caer en el sofá de nuestra sala con un tazón de yogur, todavía con su pijama, aunque eran más de las nueve de la mañana de un viernes.

Arrastré una cuchara a través de mi propio tazón, pero en realidad, ¿quién quería yogur natural con fruta picada para el desayuno? Era una farsa que incluso se pudiera llamar desayuno si no había tocino a la vista.

—Sí, fue dura —estuve de acuerdo, aunque el trabajo no fue la parte difícil para mí. Roman lo fue.

Verle luchar para averiguar quién era yo fue divertido.

Bueno, no fue luchar exactamente.

Roman Burnett no era de los que se dedicaban a la lucha. Era calculador y preciso en su enfoque. Tranquilo y con control total, aunque obviamente sabía que yo sabía algo que él no. Fue genial que siempre estuviera tan claro de que ambos nos conocíamos.

Me permitió tener un poco de diversión inesperada en una tarde de jueves. Lo que me molestó fue que sabía sobre mi cumpleaños, y la única forma de que lo supiera era que Lucas se lo hubiera dicho.

Eso significaba que mi hermano no había olvidado mi cumpleaños, sino que no le pareció adecuado hacerme saber que lo recordaba. Aunque pensar que lo había olvidado era doloroso, era peor saber que lo recordaba y aun así no había oído ni pío de él.

Sin embargo, no quería que Roman viera que me había afectado. Era mi primera semana en el trabajo. Nos habían dejado claro que la Corporación Burnett no era el tipo de empresa que apreciaba los arrebatos emocionales. Para sobrevivir allí, tenía que ser dura.

Mi piel tenía que ser tan gruesa como la de un rinoceronte, o tal vez como la de un elefante. La Corporación Burnett era un lugar de superlativos, y no podía tener solo piel gruesa, tenía que ser la más gruesa.

Estar enfadada con mi hermano mayor porque no me llamó por mi cumpleaños no era algo que pudiera ser un gran problema para uno de los mayores jefes. Incluso si hubiera crecido con él.

Salí de la cafetería como si estuviera en llamas porque si no, habría interrogado a Roman sobre cómo lo sabía. ¿Había visto a Lucas el fin de semana? ¿Mi propio hermano había salido con Roman en mi cumpleaños sin pensar en invitarme? ¿Incluso cuando supo que era mi primer cumpleaños en mi primera semana en Nueva York, que también resultó ser la ciudad en la que él vivía y que conocía mucho mejor que yo?

¿Alguno de ellos había considerado que sería un buen gesto invitarme a salir y mostrarme el lugar para mi cumpleaños?

Apuesto a que ni siquiera lo pensaron. Habían pasado diez años, y nada había cambiado.

Roman y Lucas todavía eran parte de su pequeño dúo exclusivo en el que nadie más podía entrar.

Muy maduros, chicos.

No era como si les pidiera que me enseñaran su apretón de manos secreto y me introdujeran en su hermandad, pero yo era la verdadera hermana de Lucas, por el amor de Dios. Llevarme a tomar una copa en mi cumpleaños no parecía que violara su hermandad.

La voz de Regina se filtró en mi despotricamiento interno contra esos dos.

—Lia, ¿me estás escuchando? —Estaba sosteniendo su cuchara, mirándome expectante.

Suspiré, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, me desvié por un segundo. ¿Qué estabas diciendo?

—Te pregunté por qué tu semana fue dura. Eres la estrella brillante de los novatos de la Corporación Burnett.

No había celos en sus ojos, solo una resignación que me llegaba al corazón.

—Por ahora. —Deseaba que Regina se viera a sí misma a través de mis ojos. Era mucho más resistente y mucho más fuerte de lo que se creía—. Solo tienes que dejar de preocuparte por lo que piensan y dejar que vean lo genial que eres realmente. Me sacarás del primer lugar en poco tiempo.

También era cierto. Regina tenía un enfoque metódico de las cosas en las que normalmente me metía sin pensar. Me daba cuenta de las cosas cuando ya estaba en el medio, pero ella lo averiguaba primero, diseñando un plan de juego para sí misma antes de sumergir el dedo del pie en el agua.

Sin embargo, no estaba de acuerdo con mi evaluación. Nunca lo estaba. La preocupación se reflejaba en sus delicados rasgos.

—Voy a cortarte ahí, Lia. No sé si voy a superarlo.

—Vas a superarlo —le aseguré—. Eres una estrella de rock, nena. Lo verán muy pronto. Eres más inteligente que yo en esto.

Encogiéndose de hombros, puso su tazón vacío en nuestra mesa de café de madera lavada.

—Tal vez. Espero que sí.

Yo también dejé mi tazón, aunque no lo había tocado.

—Tenemos la mañana libre del entrenamiento. Tómate el tiempo para recalibrar. No dejes que esta semana te deprima. Apenas fue nuestra primera semana. Aún tenemos mucho que ajustar. Sé que es un lugar intimidante, solo tienes que entrar en el ritmo de las cosas.

De verdad creía que ella tomaría el hilo eventualmente. Fue menos intimidante para mí por Roman. Sabía que no salvaría mi trabajo si lo estropeaba o algo así, pero me dio un giro diferente de las cosas.

Siempre había sido mucho más adaptable y menos sensible al cambio. Los nuevos desafíos me entusiasmaban, pero a Regina la asustaban; hasta que encontraba su zancada, que siempre lo hacía. Entonces ahí empezaba a patear traseros.

Mirando mi yogurt, me levanté del sofá. Tenía cosas que hacer y gente que ver. Mi desayuno no era tan tentador como agarrar un panecillo en el camino.

—Escucha, ¿estarás bien aquí sola por un rato? Tengo algunos recados que hacer.

Miró alrededor de nuestro apartamento, asintiendo.

—Sí, estaré bien. Creo que un tiempo a solas para instalarme en el lugar será bueno.

Seguí su mirada alrededor de nuestro nuevo espacio. Nuestro apartamento era sorprendentemente chic por el dinero que

pagábamos por él. Claro, no estaba en uno de los barrios más caros, pero nuestra zona tampoco era sórdida.

El apartamento estaba en un almacén renovado o algo así. Tenía pisos de concreto, vigas de madera expuestas y muchos accesorios de acero inoxidable. Las alfombras cubrían el piso en algunos lugares, y los muebles eran agradablemente modernos.

Madera lavada, sofás rojos y almohadas grises y amarillas. Toda una pared fue pintada de rojo con una variedad de relojes e impresiones abstractas. Me encantaba todo eso, pero el estilo de Regina era más hogareño. Le tomaría algún tiempo para acostumbrarse a la decoración.

Después de una ducha rápida, me vestí con mi nuevo abrigo y me puse el bolso al hombro.

—Te veré más tarde.

Nos despedimos, y luego me fui.

Incluso con todos los mapas del metro y una ruta que había trazado con antelación, navegar hasta la oficina de mi hermano era más difícil de lo que pensaba.

La empresa de arquitectura en la que trabajaba no estaba tan lejos de la Corporación Burnett, pero nunca antes me había bajado en su parada, y todos sabían que era imposible descifrar lo que decía el altavoz del metro.

Cuando finalmente llegué a mi parada, fue una corta caminata a su oficina, un poco más larga por el hecho de que hice dos vueltas equivocadas. Pero estuve orgullosa de mí misma cuando encontré su edificio.

—Estoy aquí por Lucas Vang —le anuncié a una recepcionista estirada.

Hizo clic en algunas cosas de su ordenador y luego frunció el ceño.

—¿Tiene una cita?

—No —dije, sintiéndome de repente estúpida por no haber pensado en llamar antes. Pero ese era el punto de la sorpresa, ¿verdad?—. Soy su hermana. Vine a saludar.

Su fría expresión se descongeló, pero seguía pareciendo desconcertada.

—No sabía que Lucas tenía una hermana, pero espere. Déjeme llamar a su oficina.

Poco después, Lucas entró a zancadas en el área de recepción. Había una amplia sonrisa en su rostro mientras abría los brazos para envolverme en un enorme abrazo de oso.

—Hermanita. Esto es una sorpresa.

A pesar de que todavía estaba enojada con él, me acerqué a su abrazo. Su olor era como estar en casa para mí. Llevaba la misma colonia que había descubierto en el instituto y nunca dejó de usarla. Era picante y masculina, pero también familiar y reconfortante.

—Hola, Lucas. Sí, quería que fuera una sorpresa.

Era un tipo alto, casi tan alto como Roman. Su altura me hacía sentir protegida en su abrazo. Y me recordaba lo mucho que lo había extrañado.

Demasiado pronto, me soltó y puso sus manos sobre mis hombros.

—Te ves bien, Maní. ¿Cómo te trata Nueva York?

Maní. Mi corazón se derritió un poco por el apodo, y parte de mi ira se suavizó también. Lucas solo era cuatro años mayor que yo, pero recordaba cuando mamá estaba embarazada de mí. Me llamaron Maní antes de saber que era una niña y me pusieran un nombre.

El apodo se quedó para Lucas, y me llamó así desde entonces. Bueno, lo hacía siempre que hablábamos, lo cual no era muy frecuente en estos días. Con suerte, todo eso cambiaría después de hoy.

—Ha estado bien… —empecé, pero me interrumpió un tipo de aspecto tenso que tenía más o menos mi edad.

El cabello del tipo estaba despeinado, como si hubiera estado tirando de él toda la mañana.

—Señor Vang, lo he estado buscando por todas partes. Se le necesita para firmar el proyecto Maxwell.

—Estaré allí en unos minutos —dijo Lucas, con voz más dominante de lo que nunca había oído antes.

Él y Roman, seguro que se habían convertido en personas con autoridad y éxito.

—Tiene la reunión con Kent en una hora, señor Vang —añadió la recepcionista.

—Demonios —maldijo en voz baja—. Todavía tengo una montaña de preparación que hacer para eso. —Primero asintió al tipo, que seguía rondando, esperando algo—. Iré a firmarlo en un minuto.

¿Un minuto? Mi corazón se hundió. Claramente estaba ocupado, pero esta no era exactamente la recepción que esperaba. Miró a la recepcionista a continuación, dándole una sonrisa coqueta por la que había visto desmayarse a tantas chicas hace años.

—Estaré listo para eso, Mags. Cuando el cliente llegue aquí, solo muéstrale la Sala Gehry.

Reconocí el nombre que usó. Lucas solía hablar de Frank Gehry todo el tiempo después de que se enamoró de la arquitectura en el instituto. No es que me hablara mucho de eso, pero lo había escuchado de todas formas. Aparentemente, el tipo era uno de los mejores arquitectos que jamás haya existido. Un héroe para Lucas.

Lucas volvió su atención hacia mí.

—¿Qué decías?

—Nueva York ha estado genial hasta ahora. —Mis palabras salieron en un barullo apresurado—. Ahora trabajo para Roman. ¿Tienes tiempo para un café rápido para ponerte al día?

—Ahora mismo no, maní. Lo siento. —A su favor, hubo una fracción de segundo de arrepentimiento real en sus ojos antes de que sus labios se enroscaran en una sonrisa desconcertada—. Estás trabajando para Roman, ¿eh? ¿Cómo sucedió eso?

—Los reclutadores de la Corporación Burnett fueron a Harvard. No me di cuenta de que era ese Burnett hasta que lo vi en la oficina el lunes.

Estaba a punto de añadir algo para intentar que cambiara de opinión sobre el café, pero él habló primero.

—Estoy feliz de que trabajes allí. Es una gran empresa. Dura como los cojones, pero definitivamente una de las mejores en términos de futuros avances.

—Los cojones no son duros —murmuré, preguntándome por qué tenía tiempo de especular sobre mi futuro avance, pero no me preguntó cómo estaba.

Lucas se rio con un sonido genuino, casi aliviado.

—Veo que no has cambiado.

Me sonreí al ver una astilla de mi hermano asomándose a través del señor Arquitecto que tenía puesto.

—Si es tan duro allí, deberías haber dicho "dura como una vagina", como Betty White dijo una vez. Esas cosas pueden soportar un golpe.

La nariz de Lucas se arrugó.

—Eww. No quiero volver a oírte decir la palabra vagina nunca más. O refiriéndose a una que está siendo golpeada. Esa no es una imagen mental para la que vaya a estar preparado, mucho menos viniendo de ti.

Me sentí bien al volver a conectarme con él, viéndolo y oyéndolo actuar más como mi hermano de lo que lo había hecho en años. Pero se acabó antes de que pudiera decírselo.

—Escucha, maní. Gracias por la sorpresa, pero tengo que irme.

Por supuesto que sí. Estaba mucho más centrado en el trabajo que en mí. Sin embargo, lo entendía.

—Supongo que te veré por ahí.

Asintió y se despidió con prisa cuando vio a alguien detrás de mí, y se alejó corriendo para alcanzar a la persona.

—Oye, Levi. Espera. Necesito hablar contigo.

Pestañeé cuando se retiró. Para cuando me di la vuelta, ya estaba a medio camino del pasillo, y no se había dado la vuelta para nada.

Sabía que estaba ocupado, pero esto me pareció un poco excesivo.

—Yo también te quiero, hermano —susurré, mientras caminaba hacia la puerta giratoria.

Capítulo Nueve

ROMAN

Me desperté agradeciendo a Dios que fuera viernes. Esperaba pasar un fin de semana lejos de la oficina y planeaba llamar a Lucas para preguntarle si quería jugar al golf conmigo el sábado.

Pero toda esa idea voló.

Sentado en mi escritorio, escuchaba a Boyd Morrison; uno de mis mayores y más viejos clientes, desgajándome de nuevo.

—He estado con esta compañía durante mucho tiempo, Burnett. Si mi negocio se da por sentado, estaré encantado de llevarlo a otra parte.

—No se te da por sentado, Boyd —le aseguré con calma. Sabía quién tenía que ser delante de cualquier cliente que estuviera en frente. Morrison era un pez gordo en un gran estanque, pero quería sentir que todo el mundo estaba a su disposición en cualquier momento—. Suenas como si estuvieras frustrado con nuestra compañía. ¿Qué puedo hacer para probarte que te valoramos tanto como siempre lo hemos hecho?

—Vuelve a ponerme en la cima, Roman —exigió—. Tus lacayos han terminado con mi cartera, y necesito un plan de juego sólido sobre cómo piensas arreglarlo.

Su portafolio estaba muy lejos de estar arruinado. Revisaba constantemente las carteras de mis clientes, aunque le pasara el día a día a mi gente. Girando en mi asiento, me conecté a mi computadora para ver su archivo de todos modos.

Sabía lo que estaba pasando, pero él querría que yo trabajara. Le haría sentir que estaba recibiendo la atención que creía merecer. Fruncí el ceño ante la hoja de cálculo que tenía delante cuando le hice clic.

Había recibido algunos golpes recientemente. Eran lo suficientemente grandes como para ser banderas rojas y motivo de preocupación. No era de extrañar que estuviera aquí amenazando con dejarnos. Incluso nuestros mayores clientes a menudo no entendían por completo la naturaleza de nuestro trabajo.

—¿Lo ves? —Se agitó, rodeando mi escritorio para pinchar un dedo en mi monitor—. ¿Ves de lo que estoy hablando? Por Dios, Roman. Ni siquiera sabías de esto.

—Por supuesto que lo sabía.

Los problemas habían aparecido en mi última revisión, pero pensé que los resolveríamos antes de que los detectara. No era nada que no sucediera a diario.

—Si lo sabías, entonces debiste haberlo arreglado —insistió con firmeza—. Quiero garantías, Roman. Quiero una evaluación completa en mi escritorio para el lunes por la mañana, o voy a retirar mis cuentas.

—No habrá necesidad de eso —dije, levantándome para mirarlo a los ojos—. ¿Alguna vez te he decepcionado antes?

—Nunca antes había recibido golpes como este —respondió.

Por supuesto que le había pasado. Todos en algún punto pasan por este tipo de situaciones. Pero en nuestra compañía lo manejamos antes de llegar a esto, lo que significaba que uno de los míos la había cagado, y eso era inaceptable.

—No respondiste a mi pregunta, Boyd. ¿Te he decepcionado antes? —Mantuve mi voz tranquila, confiando en su respuesta a pesar de este percance.

Finalmente, sacudió la cabeza.

—No lo has hecho. No hasta ahora.

—¿Quieres un plan de acción? —pregunté, encontrando una solución—. Tendré un plan de juego para ti a primera hora del lunes, como me pediste. Nunca te he defraudado antes, y no voy a empezar ahora. Pondré a mi mejor analista en ello y trabajaré con ellos todo el fin de semana para conseguirlo.

—Bien. —Me dio una mirada de advertencia, estrechando sus ojos antes de apretar mi mano con firmeza—. Lo estaré esperando. Hablaré contigo el lunes.

Después de que salió de mi oficina, me relajé en mi silla y la giré para mirar hacia el horizonte de la ciudad. Era un día brillante y nítido. El tipo de viernes donde ves a los jóvenes profesionales tomar la ciudad por asalto para desahogarse después de la semana que habían tenido.

Lástima que no me uniría a ellos. Había trabajo que hacer, y cuanto antes lo hiciera, mejor. Trabajar durante los fines de semana no era raro, pero no era algo que alentábamos.

Nuestra gente trabajaba muchas horas durante la semana, y el agotamiento no era un mito o una historia de niños. Era un problema muy real que encontraba la gente de mi industria, y algo contra lo que nos protegíamos tanto como podíamos. Nos costaba demasiado cada vez que le pasaba factura a uno de los nuestros.

Los mejores miembros de mi equipo harían lo que les pidiera en un santiamén, pero eran las armas, no los tipos que las limpiaban.

Este era un trabajo de limpieza para el cual sería necesario un análisis profundo. Mi equipo sería la gente que pondría el plan en acción una vez que estuviera allí, pero necesitaba un par de ojos frescos con una mente aguda y un enfoque analítico en lugar de uno práctico.

Y sabía exactamente dónde encontrarlo. Los novatos siempre estaban hambrientos de este tipo de experiencia. Aún no se habían establecido en su camino, y tendían a ver las cosas desde una perspectiva diferente a los mas antiguos.

El ambiente en el piso de entrenamiento era más relajado de lo que había sido hace más de una semana, cuando fui allí y terminé llevando a Lia a almorzar. Había un borde de competición en el aire, pero ya no era esa tensión de ojos abiertos y mandíbula apretada.

Blake estaba en su oficina. Parecía sorprendido cuando me vio caminar hacia él.

—Señor Burnett. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo un problema —le dije de inmediato.

No tenía tiempo para sutilezas. Después de explicarle la situación y decirle lo que necesitaba, asintió.

—Querrá a Lia Vang para eso. Ella es la única que podrá hacerlo bien y rápido. Trabaja a gran velocidad, y es sorprendentemente intuitiva para alguien de su edad.

—La voy a sacar por el día, entonces.

No pedí permiso, pero Blake asintió de todos modos.

Saliendo de su oficina tan abruptamente como entré, me fui a buscar a Lia.

Estaba sentada en su escritorio con un par de auriculares colgando de sus oídos. Un elefante rosado de aspecto andrajoso con un ojo se sentaba en su escritorio. Entrecerraba los ojos sobre su computadora y con sus dedos volando sobre las teclas.

Le di un golpecito en el hombro y esperé a que se arrancara los auriculares.

—¿Roman?

—Ven conmigo —le dije con vigor, sacudiendo la cabeza hacia una de las salas de conferencias más pequeñas cerca de su escritorio.

Sin pedir explicación, me siguió hasta la sala donde cerró la puerta tras ella.

—¿Qué pasa?

—Te necesito —dije, y luego casi me reí cuando se le formó un ceño fruncido en sus rasgos—. No así.

—Oh. —Se sonrojó pero no se acobardó—. Por supuesto que no. No pensaba que fuera así. Cielos, qué presuntuoso.

—Siempre —bromeé ligeramente. Luego agarré el respaldo de una silla tan fuerte que mis nudillos se pusieron blancos al volver al negocio—. En un tono más serio, ¿tienes planes para este fin de semana? Si es así, voy a necesitar que los canceles.

Sus ojos verdes se estrecharon y sus brazos se cruzaron sobre su pecho.

—¿Por qué haría eso?

—Porque necesito que seas quien tu entrenador dice que eres. —Le expliqué lo mismo que a Blake—. Lo necesito hecho para el lunes.

Me miró fijamente, frunciendo los labios.

—Bien, pero solo porque es refrescante verte en tal estado de desesperación.

—No estoy des... —empecé a protestar—. Da igual. Sí, estoy desesperado. No soy inseguro. Puedo admitir cuando estoy en un aprieto, y este es uno. ¿Me ayudarás?

—Seguro. —Había un mínimo indicio de engreimiento en su cara cuando accedió—. Pregunta rápida, sin embargo. ¿Cómo se supone que voy a entrar en la oficina si está cerrada el fin de semana?

—Te dejaré entrar. Estaré aquí contigo.

—Bien, puedo hacerlo —aceptó, asintiendo—. Pero ahora me iré a comer. Pasaré por tu oficina cuando regrese para recoger los documentos.

—Perfecto —dije, con el alivio aflojando los nudos de tensión en mis músculos.

Blake habló muy bien de ella, y entre los dos, podríamos ser capaces de hacerlo.

Lo que me desconcertó, sin embargo, fue por qué estuvo dispuesta a renunciar a su fin de semana tan fácilmente. Era nueva en la ciudad, y como cualquier persona, seguramente estaba ansiosa por explorar. Pero aparentemente me equivoqué, porque aceptó renunciar a su fin de semana como si no fuera nada.

La pequeña Vang estaba resultando ser una sorpresa tras otra.

Capítulo Diez

LIA

Roman me preparó una oficina en el tiempo que me tomó almorzar y volver corriendo. No sabía si la conservaría después del lunes por la mañana, ya que no era más que un armario de almacenamiento glorificado al final del pasillo, pero a fin de cuentas era mi armario. Hecho para mí.

Los reclutas nunca tenían oficinas. De hecho, ni siquiera había en nuestro piso. Algunos de los entrenadores tenían oficinas, y estaba bastante segura de que lo que ahora calificaba como la mia era el par de metros cuadrados sobrante después de que las otras oficinas se instalaron.

Pero eso no me importaba. Cuando acepté ayudarlo, no esperaba nada a cambio. Estaba dispuesta a hacerlo para demostrarle a él y a todos los demás que estaba comprometida con este trabajo. Quería que todos supieran que no tenía miedo del trabajo duro; y también, quería un poco de crédito extra en la bolsa en caso de que la fastidiara en algún momento.

Yo era material de la Corporación Burnett, y quería que todos lo supieran. El trabajo significaba mucho para mí, y aunque quería que Regina estuviera conmigo, no quería que nadie dudara de que era de las mejores reclutas que tenían.

Quería ese futuro brillante del que me hablaron Roman y Lucas. Lo deseaba tanto que casi podía saborearlo. Pero también sabía que esta industria era difícil, y que se cometían errores. Si lograba terminar todo lo que necesitaba de mí este fin de semana, podría tener una tarjeta de "salir de la cárcel gratis" cuando eventualmente cometiera un error.

Aunque la oficina fue un buen toque por su parte. Me dijo que era porque necesitaba el espacio. El cliente había estado con la Corporación Burnett por mucho tiempo, y todo el papeleo que iba a tener que hacer no cabía en mi escritorio. También sabía que la confidencialidad con este tipo de cosas era completamente necesaria.

Sin embargo, debo admitir que la pequeña oficina me hizo sentir valorada como empleada. Se sentía como si él pudiera ver a través de mi actuación indiferente, y reconociera lo importante que era para la corporación lo que estaba haciendo.

¡Tomen eso, perras!

Ni siquiera me importaba si deshacía la oficina el lunes. Por ahora, el pequeño espacio, que consiste en poco más que un escritorio, dos sillas, un ordenador y una maceta de plástico, era todo mío.

Sonreí mientras anotaba otra idea en el cuaderno de notas a mi lado. El papeleo para el problema de Morrison estaba en mi escritorio, con una multitud de banderas de colores, notas *post-it* y párrafos resaltados que rompían la monotonía del blanco y negro. Siempre operaba mejor cuando había color involucrado.

Tomando una pausa por primera vez en horas, me froté los ojos. Estaban cansados y quemados, pero la increíble sensación de satisfacción que tenía cada vez que descubría algo me mantenía en marcha.

Era emocionante lo que estaba haciendo, más de lo que nunca imaginé. Me despejé el cabello de la cara, atándolo en un moño desordenado sostenido por un lápiz. Me había quitado los tacones antes de empezar, y los botones de mi camisa estaban desabrochados.

Estaba en la zona de confort, y había estado en ella durante horas, sin importarme cómo me veía y sintiendo que mi cerebro se estrujaba. Pero era un trabajo gratificante, y estaba volando a través de él.

El único sonido en mi piso era el tictac de un reloj montado en la pared sobre mi puerta abierta, y el zumbido silencioso del aire acondicionado. No había visto ni oído a nadie desde que llegué antes del amanecer.

Por eso me levanté en cuanto oí pasos, sorprendida cuando Roman apareció en mi puerta y golpeó sus nudillos contra ella.

—Toc, toc. ¿Se puede?

Parecía que él también había tenido una larga mañana. La chaqueta y la corbata que solía usar ya no estaban. Su cabello rubio estaba despeinado; y como yo, se desabrochó los botones de su camisa.

Lucía devastadoramente sexy vistiendo su armadura corporativa; pero luciendo un poco desaliñado y a un par de pasos más cerca de estar desnudo, era como un golpe para el clítoris. O tal vez se debía a que me quedé sin baterías la otra noche y mis dedos no eran tan diestros como me hubiera gustado.

Con el calor que tenía, estaba decidida a no dejarle ver que mi cuerpo aún quería el suyo. Se había burlado de mí implacablemente cuando éramos más jóvenes. Si tenía la oportunidad, iba a darle a probar su propia medicina. Yo no probaría otra vez de la suya.

—Deberías tomarte un descanso —dijo, entrando y apoyando sus manos en el respaldo de mi otra silla—. Has estado en esto por más de seis horas seguidas.

Me ofreció una botella de agua que no había notado que llevaba consigo. Colgaba de sus largos dedos, lo que me hizo preguntarme por un momento si sus dedos eran más diestros que los míos.

Borré el pensamiento de mi cerebro.

Recuerda: el sabor de su propia medicina. No dejes que te vea retorcerte.

Tomé el agua, pero sonreí.

—Aww, ¿tienes problemas de resistencia en tu vejez? Seis horas no son nada para mí. Puedo seguir todo el día.

La mirada en su rostro era épica. Una mezcla de shock, sorpresa, diversión, y por un segundo, podría jurar que solo había un poco de lujuria. Como si hubiera pensado brevemente en tirarme contra la pared y demostrarme que no tenía problemas con su resistencia.

Nuestros ojos se encontraron, el azul del océano contra el verde del bosque. Una corriente pasó entre nosotros junto a un extraño destello de calor que no esperaba sentir con él… de él. Solo duró la más mínima fracción de un microsegundo, pero fue suficiente para darme cuenta de que podría tener la oportunidad de darle al poderoso Roman Burnett un poco de lo que me había dado tan eficazmente a lo largo de los años.

—Recuerdo la primera vez que te vi —dijo de repente, abriendo su propia botella de agua. Ocupando la silla disponible como si fuera el dueño del lugar, lo cual supuse que hacía o haría de todos modos, siguió adelante sin esperar a que yo respondiera—. Tenías qué, ¿diez años en ese momento?

—Ocho —corregí.

Cuando Lucas y Roman se conocieron, yo era una niña y ellos se acercaban a la pubertad. Me tomó un tiempo notar a Roman porque tenía que salir de la etapa de "los chicos tienen piojos" primero, pero una vez que lo hice... No hubo vuelta atrás.

Estaba convencida de que no había otro tipo en el mundo para mí. Casi pongo los ojos en blanco al ver lo ingenua que era entonces. Aunque para ser justa conmigo misma, apenas era una adolescente cuando ocurrió.

Roman asintió pensativo, con los ojos azules arrugándose en las esquinas mientras rememoraba un buen recuerdo.

—¿Recuerdas cuando te llevamos a ese parque acuático?

—¿Te refieres a la vez que mis padres hicieron que me llevaran con ustedes, solo para que dejaran sola en la piscina e ir a enrollarse con esas desagradables animadoras?

Me acordaba de ese día, ¿de acuerdo? En definitiva, no era un buen recuerdo para mí.

Fue el día en que probé por primera vez los celos, al verlo de la mano de una chica que siempre se burlaba de mí por mi peso. También fue el día en que me di cuenta de que nunca me iba a parecer a esa chica, y que necesitaba algo más.

Con ello aprendí sobre el sentido del humor y añadí algo de maldad a mi espíritu atrevido. Hmm, tal vez es un buen recuerdo después de todo. Esas eran dos de mis cosas favoritas sobre mí ahora.

Roman se rio y sus manos subieron para cepillarse el cabello.

—Oh, Dios. Lo hicimos, ¿no?

—Sí, lo hicieron —respondí, tratando de evitar que la baba saliera de mi boca por cómo estaba haciéndose agua. Su cabello estaba aún más desordenado ahora. Más sexy, como si fuera posible.

—Dime, pequeña Vang. ¿Cómo terminaste en Nueva York luego de ser abandonada en ese parque acuático? No sé mucho sobre tu historia después de eso.

Levanté mi dedo, moviéndolo con fuerza.

—En primer lugar, no más pequeña Vang. Es Lia. Ahora soy una mujer adulta.

Ladeó la cabeza, con otra bocanada de calor en sus ojos mientras asentía con lentitud.

—Sí, supongo que sí. Considéralo hecho. No más pequeña Vang. Así que dime, Lia. ¿Por qué Nueva York?

Me encogí de hombros, enrollando la botella de agua entre mis manos. Estaba fresca, con la condensación de los lados mojando mis manos.

—Te lo dije el otro día, mi hermano está aquí.

—¿Ustedes dos siguen en contacto? —Extrañamente, una mirada de preocupación recorrió su rostro.

Miré hacia abajo, girando la tapa de mi botella para tomar un largo sorbo de agua.

—Sí, estamos hablando. Sé que suena raro, venir a Nueva York solo porque mi hermano está aquí, pero es la única familia que me queda, ¿sabes?

Sacudió la cabeza.

—No me suena nada raro.

—No quería perderlo a él también. Sentía que si no venía aquí iba a perder el contacto con él por completo, y no quería que eso sucediera.

No tenía ni idea de por qué le estaba admitiendo eso. Era mi jefe, no mi amigo.

Aunque la forma en que me hablaba y me miraba desde que entró, se sentía como si fuera mi amigo. El amigo que siempre quise que fuera para mí.

—Lo entiendo —dijo, con un entendimiento en sus ojos que me convenció de que de verdad lo hacía—. ¿Cómo ha sido Nueva York desde que llegaste? Elegiste la mejor temporada para mudarte.

Sonreí.

Solo había tenido breves *flashes* de este Roman antes, pero me gustaba. Me hizo querer hablar más con él.

—Lo sé. Ha sido tan increíble hasta ahora. Este lugar es algo más. Es como...

Dudé, buscando la palabra correcta. Y cuando finalmente la encontré, él también lo hizo, y de alguna manera terminamos diciéndolo al unísono.

—¡Eléctrico!

—¡Sí! —dije, sintiendo como si hubiera una chispa recorriera mi cuerpo. Roman se rio y tomó otro sorbo de su agua, lo que hizo desaparecer la repentina incomodidad que sentí—. Se siente como si hubiera una posibilidad a la vuelta de cada esquina.

—Hace mucho tiempo que no lo veo de esa manera —admitió, con un malvado brillo en sus ojos—. Solo ten cuidado. Muchas de esas posibilidades tienen enfermedades, o te ignoran para siempre en el momento en que se retiran.

Me ahogué con el agua, golpeándome el pecho mientras jadeaba buscando aire y me reía al mismo tiempo.

—No esperaba escuchar eso de ti.

Sus labios llenos se levantaron en esa sexy y sabia sonrisa, que hizo que mis rodillas temblaran.

—Estamos fuera de horario ahora mismo, ¿recuerdas? Puedo decir lo que quiera.

—¿Y eso es lo que querías decir? ¿Por qué? ¿Tienes conocimiento personal de alguna de estas enfermedades? —Me burlé de él, volviendo a meter la cabeza en el juego.

Me miró horrorizado, con los ojos azules abriéndose de par en par con asco.

—¿Eso es lo que piensas? No. Absolutamente no, muchas gracias. Estoy limpio. Siempre lo he estado. Solo sentí que debía advertirte sobre las citas en esta ciudad.

—¿Esa es tu manera de preguntarme si estoy saliendo con alguien?

Se suponía que era una broma, pero la sonrisa diabólica y el pequeño encogimiento de hombros que me dio antes de contestarme me hizo sentir diferente al respecto.

—Tal vez. —Se inclinó hacia adelante, fijando su mirada en la mía.

De repente, la atmósfera de la habitación cambió. Se volvió más pesada, menos juguetona y más tensa… Del tipo sexual. ¡Cielos!

El combate verbal y el coqueteo nunca me habían mojado antes, pero seguro que ahora amenazaba con hacerlo. Si tuviera dinero en esa apuesta de que él podría hacerte venir con una mirada, la habría doblado después de ver la mirada con la que me estaba aderezando ahora.

—No estoy saliendo con nadie —le dije, luchando para que no me faltara el aliento.

No me verá retorcerme. Recuérdalo.

—Bueno, entonces. —Se puso de pie, sus movimientos eran lentos y gráciles—. Es bueno saberlo.

Parecía que estaba a punto de moverse a mi lado del escritorio, pero eso no podía pasar. Este escritorio era lo único que me impedía empujarlo y montarlo hasta la mañana, con toda esta nueva y extraña química que se desataba entre nosotros. No, eso no podía suceder.

Compraría pilas de camino a casa y fantasearía con este encuentro más tarde en mi cama, sola.

—Tengo que trabajar —dije de repente, aclarándome la garganta y deteniéndolo en seco.

Sonriendo, asintió.

—Claro. Sí, por supuesto. Te veré más tarde.

Después de que se fue de mi oficina, me sonreí a mí misma. Definitivamente estuvo a punto de hacer sus movimientos seductores para mí. Lo sabía. Y no puedo negar que estaba orgullosa de mí misma.

Sentía solo un pequeño escozor comparado con lo que antes solía hacerme, pero aun así me sentí bien por ello.

Anota uno para el equipo local.

Capítulo Once

ROMAN

El sol se estaba poniendo afuera, cerrando el fin de semana un domingo por la noche. Era como si el universo anunciara que el fin de semana había terminado. Entra en la melancolía del domingo y guarda tus zapatos de baile, porque volverás a trabajar pronto.

No es que haya hecho una sola diferencia para mí este fin de semana. Lia y yo permanecimos en la oficina desde el amanecer hasta el atardecer del sábado y el domingo. Francamente, estaba esperando el lunes por una vez en mi vida. Al menos podría volver a venir a una hora decente.

Nadie normal empezaba a trabajar antes de las siete de la mañana, excepto Lia. Cuando me dijo el viernes que me vería a las seis de la mañana del sábado, estuve a punto de decirle que estaba loca y que la vería a las siete.

Me gustaba hacer ejercicio antes de venir a la oficina y tomar el desayuno en algún lugar. Pero viendo que yo era el que había dado la impresión de la importancia de hacer esto durante el fin de semana, no podía decirle que empezara más tarde.

Entonces, eran las seis de la mañana. Aunque no sabía a quién creía que estaba engañando cuando le prometí a Morrison que tendría el informe para el lunes por la mañana. No se podía hacer. Simple y llanamente era así.

Aunque habíamos dado lo mejor de nosotros. Tendría que tomar lo que fuera que se me presentara mañana por la mañana e improvisar. Como ya era de noche, sentí que le debía una cena a Lia al menos, por trabajar todo el fin de semana.

Había trabajado todo el día de nuevo, y yo no sabía si había comido todavía. Preocuparme por la nutrición de los demás no era mi estilo, pero no era un total imbécil. Se trataba de la hermana de Lucas, y solo había estado en casa unas ocho horas todo el fin de semana.

Pedí comida china para llevar en un lugar cercano que usaba a menudo, y una vez que pasaron los treinta minutos requeridos, bajé

a esperar al repartidor. Le pagué cuando llegó y llevé la comida a la oficina de Lia.

Ella no lo sabía, pero después de mostrarle su oficina el viernes, dejé la puerta abierta un poco cuando salí, y me detuve a escuchar el bajo grito y el suave tintineo de sus joyas mientras hacía lo que imaginé que era un baile feliz de celebración.

Hubiera dado cualquier cosa por ver dicho baile, pero su oficina no tenía ventanas para verla, y la puerta estaba prácticamente cerrada. Aun así, me hizo feliz escuchar su emoción.

A pesar de lo duro que actuaba y que pretendía haber cambiado tanto, hubo breves momentos aquí y allá de la chica que una vez creí conocer. En retrospectiva, debería conocerla mucho mejor por todos los días que pasé en casa de Lucas, pero en ese entonces, él nunca quiso salir con su hermana pequeña, y yo estaba de acuerdo en ese momento. No creí que fuera particularmente malo con ella, pero podría haber sido más amistoso. Una parte de mí deseaba haberlo sido ahora que estaba de vuelta en mi vida.

Algo en ella era diferente de lo que yo estaba acostumbrado en las mujeres. Ella no era típica, tenía los ovarios para enfrentarse a mí, para desafiarme. Era aguda e ingeniosa, y no temía bromear a su costa o a la mía.

Cuando me miraba, sentía que veía dentro de mí. No al dinero o la posición, ni los abdominales o los bonitos ojos azules; aunque sabía que le gustaban ambas cosas. Sin embargo, sentía como si pudiera ver al tipo que era debajo de toda la indumentaria.

Lo que era desconcertante y me hacía sentir un poco incómodo; pero oye, la vida toma sentido cuando sales de tu zona de confort. Quedarme dentro de ella siempre me había aburrido.

Llevando la comida a su oficina, me preguntaba cómo me iba a sorprender. Siempre parecía sorprenderme con algo. Todo era parte de lo que la hacía tan intrigante.

Bueno, eso y el hecho de que me rechazó ayer. No es que lo hubiera intentado de todas formas, pero aun así dio un paso atrás cuando yo estuve listo para dar un paso adelante. Era refrescante, divertida; incluso cuando estaba atrapada en el trabajo un sábado.

—¿Has comido? —pregunté cuando entré en su oficina.

Ella miró hacia arriba, se sobresaltó, y luego sacudió la cabeza.

Mientras tanto, mi libido volvió al mismo nivel que estaba cuando salí de este lugar ayer. Semiduro y frustrado.

Porque Dios mío, con el lápiz en el cabello, las uñas de sus pies rosas bajo el escritorio, con los talones en el suelo, y la parte superior del amplio escote visible desde los botones desabrochados, se veía tan dulcemente atractiva.

Yo era un hombre de tetas. Seguro que sí. Si alguna vez lo dudé, ahora lo estaba seguro. Gruñendo en mi interior, ignoré el torrente de lujuria y llevé la comida a su escritorio.

—No creí que hubieras comido, así que traje la cena. Espero que te guste la comida china.

—No voy a preguntar si el Papa es católico porque creo que todos saben la respuesta a eso ya, así que me iré con una nueva. ¿Justin Bieber es el sueño húmedo de toda adolescente?

Y esa fue la sorpresa del día.

Me arrancó una risa del estómago. Tenía este efecto en mí, aunque muy pocas personas podían hacerme reír.

—Estoy tentado de decir que sí. Probablemente. Es el tipo rubio, ¿verdad? O no. ¿Banda de chicos? ¿Alguien de One Direction?

Puso los ojos en blanco con más exageración que esas adolescentes de las que hablaba, mientras una risa melódica fluía de ella.

—¿Intentas traicionar tu edad diciéndome que crees que Justin Bieber es parte de *One Direction*?

Fruncí el ceño.

—¿No es así?

—Ya ni siquiera existen —me informó, todavía riéndose.

—Lo tomaré como un no —dije, volviendo a su comentario sobre mi edad—. Parece que tienes muchas ideas preconcebidas sobre mi edad. Resistencia, cultura pop... Solo soy cuatro años mayor que tú. Te aseguro que no me falta nada de resistencia, y en cuanto a la música, nunca he sido un fan del pop.

Con sus ojos verdes parpadeando, sonrió dulcemente.

—Estoy segura de que no hay nada por lo que te pongas tan susceptible que hablar de tu resistencia.

Esta vez, me quejé en voz alta y le pasé la comida después de sacar la mía.

—Solo comamos, ¿de acuerdo?

—Bien —dijo, de una manera cantarina.

La verdad era que, si seguía hablando de mi resistencia, me vería obligado a probarle que estaba equivocada.

Empezando por el escritorio. El piso. La pared. El toril de afuera. Las salas de conferencias… No era tímido, y no era exigente con el lugar; y si seguía pensando en ello iba a hacer todas esas cosas de todos modos.

—Así que, quise conseguir algo de comida para agradecerte. Ya es hora de que te tomes un descanso. Has trabajado todo el día de nuevo. Pero mira, sé que no vamos a terminar esto, y está bien. No será la primera vez que me pase, y no será la última. Sé dónde están enterrados los esqueletos con Morrison. Ya se me ocurrirá qué decirle.

—¿Por qué querrías hacer eso? —preguntó, encendiendo su ordenador para hacer clic unas cuantas veces antes de voltear la pantalla hacia mí con una sonrisa—. Mira. Ya está hecho.

Levanté la ceja, con la cabeza ladeada.

—¿Qué quieres decir con que está hecho?

—¿Qué crees que quiero decir? —Se burló un poco—. Me refiero a lo de Morrison. Ya está hecho, acabo de terminarlo. Y una vez que la impresora que se oye al final del pasillo se despierte, lo tendrás en tus manos.

—¿Lo terminaste?

Tuve que evitar dejar caer mi mandíbula. Era una novata. No había manera.

Pero ella asintió.

—Todo listo. —Acercando la comida, inhaló profundamente y soltó un suave gemido—. Gracias por esto. Estoy lista para comer.

Todavía la miraba fijamente.

No podía creer que de verdad hubiera terminado. No podía estar listo.

—¿Cómo terminaste todo eso?

Se encogió de hombros, dando un mordisco al tenedor con el pollo que le di en lugar de los palillos. Recordé vagamente que ella odiaba esas cosas.

—Soy muy buena en mi trabajo.

—Sí —estuve de acuerdo—. Eres realmente buena. Tendré que ver eso pronto.

Unas cuantas veces durante el fin de semana, hablamos de lo que ella propondría y cómo nos sugería que lo hiciéramos. Todo estaba bien, sólido. No podía creer que además de formular el plan y localizar toda la información relevante, ella también lo había escrito.

Lia sonrió tan ampliamente que me hizo sonreír un poco también.

—Sé que soy buena. Eso es lo que pasa cuando no eres la chica linda. No puedes ser gorda y no ser lista, tener sobrepeso me enseñó que tenía que ser buena en algo. Entre otras cosas, elegí el trabajo.

Me burlé, casi dejando caer mi comida al suelo.

—¿Gorda? No lo creo. No te recuerdo para nada de esa manera.

De verdad no lo hacía. Tener un poco de grasa extra no equivalía a ser gorda en absoluto.

Lia no se lo creía, sin embargo. Solo levantó las cejas, con una sonrisa apenas tocando sus labios.

—¿En serio? ¿Vas a intentar jugar esa carta? Solías burlarte de mí todo el tiempo.

Mis ojos se entrecerraron. No parecía que estuviera bromeando, pero realmente no lo recordaba así. Claro que no fui tan amable con ella como podría haber sido, sin embargo, no recordaba haberme comportado de tan mala forma.

Pero algo en la forma en que hablaba me hizo saber que era algo que estuvo reteniendo durante mucho tiempo. Algo que necesitaba que yo escuchara. Tal vez incluso algo que ella tuvo en mi contra todos estos años.

También había una vulnerabilidad en sus ojos que no había estado allí un par de minutos antes. ¿Se preguntaba si todavía la veía de esa manera? Lo que sea que usé para burlarme de ella, todavía la resentía.

Cielos, ¿qué tan cruel había sido?

O lo que es más importante, ¿cómo lo arreglaría?

Solo se me ocurrió una forma. Tenía que hacerle saber que estaba equivocada.

Era increíblemente sexy, y si yo era responsable de hacerla sentir diferente, tenía que hacerle saber lo verdaderamente hermosa que era para mí.

Tomando el riesgo, levanté su barbilla, la miré y la sostuve; dejándole ver exactamente cuánto la deseaba.

—No quiero burlarme de ti ahora.

Y realmente no lo hacía.

En un segundo estaba pensando en hacerlo, y al siguiente, ya había caminado a su lado del escritorio y estaba tomando sus manos. Ella frunció el ceño pero no se retiró.

Una vez que estuvo parada frente a mí, la acerqué presionándola contra mi pecho, y luego hice lo que quise hacer desde que la vi por primera vez en esa sala de conferencias hace una semana… La besé.

Capítulo Doce

LIA

Roman Burnett me está besando. Mi adolescente interior se desmayó y, como era típico de ella, tropezó con un cubo de basura antes de estrellarse contra el suelo.

Y por supuesto, la yo de 23 años, la que fue abordada por esos labios llenos, también estaba muy cerca de desmayarse. Mis piernas apenas me sostenían, y mis rodillas amenazaban con doblarse.

Porque, oh mi Dios. El sexy Roman Burnett me estaba besando, y estaba bastante segura de que estaba sobrio y lo hacía por su propia voluntad.

¿Te imaginas eso?

Mientras me desmayaba por dentro, me mantenía firme por fuera. Mi lengua se retorció y bailó con la suya, moviéndose con tanta perfección que era como si lo hubiéramos hecho cientos de veces antes.

La idea de que lo que hacíamos estaba mal se esfumó fuera de mi cabeza en cuanto el dedo de Roman rozó la punta de mi pezón endurecido, alejando todas mis preocupaciones.

Lucas, ¿quién?

Trabajo, ¿qué?

Nada me importaba.

Sus labios estaban en los míos, sus fuertes manos afirmaban mi nuca y cintura, y su cadera presionaba su erección contra mí.

—Oh Dios, Roman.

Me pellizcó el lóbulo de la oreja y sonrió para que pudiera sentirlo contra mi mejilla.

—Me gusta escucharte decir mi nombre de esa manera. Voy a intentar que lo repitas al menos tres veces más.

—Estás loco —le susurré al oído—. Nadie tiene ese tipo de reacción más de dos veces en una sesión, excepto quizás las lesbianas. Los chicos no tienen la resistencia para durar tanto tiempo.

Roman se alejó de mí lo suficiente como para que pudiera ver la sonrisa sexy que tenía puesta.

—Si de verdad crees eso, entonces no has estado con demasiados chicos, Lia. Los hombres tienen la resistencia. Y hablando de eso, deberías dejar de preocuparte por la mía.

Mi mente se iluminó con esa misma conversación que habíamos tenido antes, y mi mano serpenteó por su abdomen hasta alcanzar su abultado paquete. Lo apreté, tomándome un momento para saborear su gemido.

—Tendremos que ver eso, ¿no?

Soltó un aliento estremecido cuando apreté su punta.

—Si quieres disfrutar de esto, deberías dejar de hacer eso.

Una sonrisa burlona se enroscó en mis labios mientras me encogía de hombros, aunque mi cuerpo ya no se sentía bien. Estaba ansiosa por acabar, pero no quería apresurarme.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que se necesita para que tu supuesta resistencia se desvanezca? ¿Un poco de acción con las manos? Y sobre los pantalones, debo añadir.

Me echó una mirada y me quitó la mano de su entrepierna.

—Esto no iba a ser un juego para mí, pero creo que ahora te lo has ganado. ¿Cuántas bromas crees que puedes soportar?

—Muchas —murmuré, arqueando mi espalda para que mis pechos se presionaran contra el suyo.

Me sostuvo de las muñecas, haciéndome retroceder hasta que mi espalda estuvo en la pared y subió mis manos sobre mi cabeza.

Sus ojos ahora eran oscuros, hambrientos y crudos.

—No juego a lo que tú quieres jugar, pequeña Vang. No soy el ridículo Christian Gray ni ninguno de tus pequeños héroes de novelas románticas. Podemos ir despacio si quieres, pero debes saber que no soy como los llorones de esos libros, cariño. Dime lo que quieres ahora, o calla para siempre.

—¿Quieres decir que tienes algunos movimientos dominantes escondidos en algún lugar? —Respiré tan fuerte que algunos podrían llamarlo jadeo.

¿Cuánto tiempo he querido esto?

—No me gustan las pinzas, los látigos ni nada de esa porquería. No las necesito. —Rio bajo y profundo, mientras sus ojos malvados nunca dejaron los míos.

Una risa estrangulada se me escapó, incluso mientras mis muslos estaban inundados de calor. La charla sucia era una de las jugadas que más funcionaba en mí, así que por supuesto Roman sería genial en ello.

Le sostuve la mirada, luchando contra el impulso de retorcerme y rogar.

—¿Qué necesitas entonces?

Levantó una ceja, acariciando mi cuello antes de levantar la mano y agitar los dedos.

—Estos. —Luego siguió su lengua, desde el hueco de mi clavícula hasta mi mandíbula—. Y esto.

Rechazando la impresión por lo suave que era, me las arreglé para hablar sin tartamudear.

—Lengua y dedos. Lo tengo.

—¿Ahora lo tienes? —Me mordió el lóbulo de la oreja, aspirándolo en su boca. Mi aliento se quedó atascado en mi pecho, y lo sentí sonreír contra mi piel—. Oh, esto va a ser divertido. Eres tan sensible.

¿Lo era?

—¿Y tú no lo eres?

Mis manos seguían cautivas en una de las suyas, pero tenía otras partes del cuerpo con las que burlarme de él. Moviendo mi cadera hacia adelante, me froté contra ese delicioso bulto.

Roman siseó, dándole a mi cuello otro sorbo.

—Touché, pequeña Vang.

—Lia —susurré.

Lo último que quería ahora mismo era que pensara en mí como la pequeña Vang.

Ladeó la cabeza y luego llevó sus labios a los míos para un beso sorprendentemente suave. Llevó su mano libre a mi mejilla, acariciándola antes de romper el beso y deslizar un dedo bajo mi barbilla.

—Lia.

—Así está mejor.

Lo miré a los ojos, a ese azul casi completamente tragado por sus pupilas. Pasó un momento entre nosotros en el que nos miramos fijamente. Luego nos besamos de nuevo; duro, urgente, y tan apasionadamente.

Luché contra su agarre en mis manos, y él las soltó, para mi sorpresa. Una parte de mí se preguntaba dónde estaba el juego de bromas que quería jugar, en el que no era el ridículo Christian Gray.

Quería jugar a ese juego, sonaba divertido. Pero al parecer Roman había cambiado su enfoque, lo que me parecía perfectamente bien a mí también. Mientras pudiera seguir tocándolo, seguir deslizando mis manos por su suave cabello, y sentir los lados más cortos raspando con suavidad contra mis palmas.

Aun así, tenía que saberlo.

—¿Qué pasó con el juego que pensaste que no quería jugar?

Una sonrisa diabólica se extendió en sus labios.

—Estamos llegando a eso.

—Oh —jadeé mientras se agachaba y ponía su boca sobre mi pecho. Mis pezones estaban tensos, el calor de su boca les hacía anhelar sentirlo piel sobre piel—. ¿Me vas a desnudar pronto?

Roman se rio de mí, y sus manos cayeron a mi cintura.

—Estoy entre decirte que seas paciente o que tus deseos son mis órdenes.

—Lo de los deseos. —Respiré, soltando un gemido por lo bajo cuando sentí sus largos dedos arrastrándose por las capas de tela que los separaban de donde yo los quería tan desesperadamente—. Definitivamente la cosa de los deseos.

—Me inclinaba por ser paciente, pero al carajo —gruñó, dándome la vuelta para mirar a la pared mientras al fin hacía realidad mis sueños.

Mi ropa golpeó el suelo con una velocidad que decía que no era su primer descubrimiento de tetas o trasero. Sus hábiles dedos desengancharon el cierre de mi sostén sin dudar ni torcerse ni un momento.

Cuando me quedé en ropa interior, oí su respiración aguda antes de que su calor desapareciera detrás de mí.

—Date la vuelta, Lia. Déjame mirarte.

Mis ojos se dirigieron hacia el techo y a las muy poco halagadoras luces que salían de él. Una ola de autoconciencia me golpeó en las tripas, haciéndome olvidar mi lujuria. Estaba bastante confiada con mi apariencia, sabía que no era una supermodelo y que tampoco tendría una carrera como tal, pero me parecía bien.

Sin embargo, era a Roman a quien estaba a punto de enfrentar. Llevando solo panti. En la iluminación más poco favorecedora del mundo desde que se inventaron las luces de los vestuarios. La ansiedad se extendió a través de mí como un incendio forestal, ahuyentando el calor previo causado por sus besos y sus manos.

Notando mi vacilación, sus manos de repente estuvieron en mi cadera otra vez, y su boca en mi oreja.

—Eres tan hermosa, Lia. No puedo esperar a verte bien. Si te cuento un secreto, ¿me dejarás mirarte?

—Hazlo —susurré, con los ojos cerrados.

Sus labios se movieron contra mi piel, susurrando sus palabras puntuadas por besos suaves.

—Te he deseado desde que te vi por primera vez en esa sala de conferencias. Cada vez que pienso en ti, me pongo duro. Lo que es un gran inconveniente, ya que solo te veo en el trabajo.

Me reí, tan sorprendida por sus palabras y su capacidad de hacerme sentir a gusto que me volteé a mirar su cara, sin pensarlo dos veces. Él me deseaba. Podía sentir su pene duro presionando en la parte baja de mi espalda mientras hablaba, y ya había visto mi trasero casi desnudo con toda la celulitis en mis muslos. Y todavía así me deseaba.

Sintiéndome audaz y descarada en mi recién descubierta confianza, puse mis manos en sus hombros y lo empujé unos pasos hacia atrás para que pudiera tener su mirada completa de mí. Me devoró con sus ojos, soltando un sonido estrangulado que venía de la parte posterior de su garganta mientras su mirada permanecía en mis senos desnudos.

Luego se me echó encima como un toro, con sus manos vagando como si no tuvieran suficiente mientras me besaba.

—Eres tan deliciosa —susurró.

Sus besos llegaron a un punto febril antes de que se separara, con sus labios bajando por mi garganta y sobre mi clavícula. Aunque yo estaba de pie y él tenía que estar súper incómodo, me cubrió el abdomen con besos tan finos que me olvidé por completo de nuestro ángulo incómodo.

Dejé caer mi cabeza contra la pared, apoyándome en ella, para así poder sentir y perderme en la sensación de sus labios y sus manos sobre mí. Estaba tan mojada que temía que lo sintiera mientras sus manos subían por mis muslos.

Pero no podía preocuparme por eso. No podía preocuparme por nada excepto por la necesidad que tenía en mi interior. Me dolía el clítoris, y mi cadera se mecía hacia adelante por su propia voluntad.

Roman cayó de rodillas delante de mí con tanta gracia. Cualquier otro hombre podría haber estado en esa posición solo cuando pedía matrimonio, pero lo que él hizo fue mucho mejor. Me agarró los muslos y los extendió, sonriéndome antes de enganchar sus pulgares en mis calzones y hacerlos rodar.

El aroma de mi excitación estaba en el aire, y de nuevo, debí haberme avergonzado, la ola de autoconciencia debió haber vuelto, pero no lo hizo.

Gimió al ver mi vagina brillante, desnuda, excepto por una fina tira de bello en mi montículo.

—Tú... —tartamudeó—. Tú eres... solo... Dios.

En el fondo de mi mente, se me ocurrió que podía bromear sobre su tartamudez en este momento, pero el hecho de que lo hiciera por lo mucho que le afectaba prendió fuego en mis venas. Todo mi ser lo quería con una necesidad que no sabía que podía sentir.

Inclinándose hacia adelante, lamió a través de mi rendija. Jadeé y gemí, sintiendo chispas de placer que viajaban desde mi núcleo hasta cada extremo que tenía.

Animado por el sonido, Roman se metió en mí como un hombre hambriento que come su platillo favorito. Y cuando sus dedos se unieron a la fiesta, vi estrellas.

—¡Oh Dios! —Clavé mis manos en su cabello y luego en sus hombros.

Me di cuenta vagamente de que aún no se había quitado la camisa, pero me ocuparía de eso muy pronto. Mis dedos se enroscaron mientras me cogía con los suyos y me lamía hasta que me empujó tan alto que estaba entre los ángeles. En serio, juro que los oí cantar, pero probablemente era mi sangre la que zumbaba en mis oídos.

Su lengua agasajó mi clítoris, y eso fue todo para mí. No podría contenerme ni aunque lo intentara. Exploté en una brillante bola de puro placer, lo único que me mantenía en pie era su mano agarrando mi cadera.

Cuando empecé a bajar, me di cuenta de que no se había detenido. Siguió lamiendo mi carne sensible y sacudió ligeramente la cabeza cuando intenté liberarme.

Fue la primera vez para mí que un tipo no se detuviera cuando lograba el resultado deseado de forma tan espectacular. Y antes de que me diera cuenta, lo logró de nuevo.

Mis rodillas casi se rindieron, pero entonces me sostuvo y me bajó con suavidad a la alfombra.

Mi vagina se sentía dolorosamente vacía. Abandonando todas las inhibiciones, le sostuve la mirada y abrí las piernas como la zorra en la que parecía haberme convertido.

—Demonios, Lia. —Su voz era tosca, áspera y gruesa. Estaba de rodillas entre mis piernas y desafortunadamente, completamente vestido.

—¿Vas a hacer que te pida que te desnudes y te metas dentro de mí? —Levanté una ceja, orgullosa de mí misma por parecer confiada y atrevida, incluso cuando estaba allí tumbada jadeando por él.

Roman se rio, pero parecía tenso.

—Nunca.

Y luego empezó a deshacerse de su ropa.

¡Santo Cristo!

Al fin iba a poder verlo en toda su gloria. La vista de él fue aún más impresionante de lo que jamás podría haber imaginado, incluso en mis sueños más salvajes, de los cuales había habido muchos, embarazosamente.

Todo su cuerpo duro, y sus músculos tonificados. ¿Y su pene? ¿No podría haber tenido un pequeño defecto?

Si lo había, sin dudas no era su pene. Era largo, grueso, erguido y orgulloso, con una brillante humedad en la punta. Se me hizo agua la boca por probarlo, y me senté para hacer justo eso.

Mirando a Roman a los ojos, separé mis labios y lo deslicé entre ellos.

—Cielos —gruñó, envolviendo su puño con mi cabello.

Me agarró con fuerza, mientras envolvía mi mano en su base y pasaba mi lengua por su punta.

Me perdí en su gusto salado y masculino hasta que me arrancó de él. En un instante, sostuvo un condón que había tomado de algún lugar entre sus ropas.

Lo hizo rodar rápido y hábilmente, y luego volvió al suelo, ubicándose en mi entrada con sus músculos tensos y pequeñas gotas de sudor en la frente.

—Por favor, dime que no te gusta lo suave.

—No en este momento. —Me las arreglé para sonreír, pero entonces él entro en mí, y perdí cada pizca de descaro o humor que poseía.

Roman me llenó tan perfectamente. Me estiró y me tocó en lugares que no sabía que existían.

Su cadera se movía con intensidad, con un ritmo constante que me persiguió hasta el cielo. No supe cuánto tiempo estuvo ahí, pero fue el tiempo justo para alcanzar el climax. Me aferré a su alrededor y sentí su cadera chocar contra la mía mientras me seguía hacia el borde con un fuerte gruñido.

Nos tumbamos en la alfombra, recuperando el aliento durante quién sabe cuánto tiempo. Y cuando salió de mí, me ayudó a ponerme de pie en un gesto sorprendentemente caballeroso, dado lo que acabábamos de hacer.

—Eso fue inesperado. —Exhaló.

Me vestí con toda la dignidad que pude reunir, luchando para no sonreír de oreja a oreja.

—Pero bueno.

—¿Bueno? —preguntó incrédulo, levantando las cejas mientras se abotonaba la camisa.

Me encogí de hombros.

—Bien, fue genial, pero no puede volver a pasar. Jamás. De hecho, esto no sucedió.

Salí por la puerta y bajé por el pasillo para buscar el informe en la impresora. Cuando volví a mi oficina, se lo entregué, encontrándolo sonriente de una manera que decía que no creía una palabra de lo que acababa de decir.

Se encogió de hombros.

—Gracias. Por el informe. Respecto a lo otro… bueno, eso está por verse.

Capítulo Trece

ROMAN

Mucha gente pensó que no había trabajado duro para llegar a donde estaba. "Es el negocio de tu padre", decían. "Por supuesto que te va a dar un buen lugar".

Si tuviera un dólar por cada vez que escuché esas palabras, sería aún más rico de lo que ya era.

Lo que esa gente no conocía era a mi padre. Si lo hubieran conocido, sabrían que al ser su hijo tuve que romperme el culo el doble de veces para conseguir el trabajo que tenía.

Papá apoyaba muchas causas de caridad diferentes, pero yo no era una de ellas. Trabajé el doble y me dieron la mitad del crédito, si es que lo conseguía.

Para ser justos, no necesitaba su crédito o aprobación. Había aprendido que esto lo hacía por mi, no tenía opción de ser un mediocre, y no necesitaba felicitaciones por algo que era para mi beneficio.

Mi historial hablaba por sí mismo. Cuando jugaba, jugaba duro, pero cuando trabajaba, lo hacía aún más duro. El domingo por la noche con Lia fue la primera vez que mezclé esas dos cosas.

Besarla fue suficiente para que me rindiera al tipo de lujuria que te adormece la mente. La clase de lujuria que te hacía olvidar tu propio nombre, o en mi caso, me hacía olvidar el nombre de mi mejor amigo.

Que Lucas se enterara de lo que pasó no me molestaba tanto como debería. No era realmente el tipo de hermano mayor protector, y dudaba que le importara mucho mientras no la lastimara o engañara.

Y ninguna de esas opciones estaba sobre la mesa, ya que herirla implicaba que hubiera sentimientos en la mezcla, y engañarla requería algún tipo de relación que a ninguno de los dos nos interesaba.

En cuanto a Lucas, estaríamos bien. Obviamente no es algo que alardearía en su cara, pero no era una situación que me preocupara.

Por otra parte, yo no tenía una hermana pequeña. Tal vez habría un golpe en mis pelotas en mi futuro pero aun así habría valido la pena. Más que eso.

Cuando la besé, no pude pensar con claridad. No planeé necesariamente cogerla, pero una vez que mis labios se encontraron con los suyos, todas las apuestas se cancelaron.

Porque... Los sonidos que hizo, la sensación de esas curvas en mis manos... Nunca había sido un santo, pero con ella el pecador estaba en todo, desde el principio.

Mi pene nunca me habría perdonado si intentaba detenerla. La idea de hacerlo ni siquiera se me pasó por la cabeza hasta que fue demasiado tarde. Y ahora tenía que tomar una decisión. Era la hermana de mi mejor amigo y mi colega. Ambas cosas significaban que tenía que andar con cuidado.

Lia fue quien estableció la ley de que no volviera a suceder. Pero no nos haría daño asegurarme de que hablaba en serio, entonces tendría que decidir si seguir adelante con ello o no.

Mi mente estaba en "sí, hagámoslo de nuevo", por eso estaba en la cola esperando dos tazas de café para llevar a la oficina.

Iba a ganármela, le gustara o no. Me había gustado demasiado estar con ella como para que fuera un trato de una sola vez; lo que decía mucho de mí ya que los tratos de una sola vez eran mi especialidad.

No era un idiota al respecto. Las mujeres siempre supieron lo que les esperaba antes de que pasara algo. No lo oculté, no las convencí prometiéndoles la luna y las estrellas. En realidad, no les prometí nada en absoluto.

Les daba una noche de orgasmos y eso era todo. Sin desayuno, sin abrazos, y sin compromisos futuros. Con Lia, sin embargo, necesitaba unas cuantas noches más para sacarla de mi sistema.

Había demasiado entre nosotros, era demasiado tentador para dejarlo pasar después de una vez. A pesar del bullicio de la cafetería en la hora pico que me rodeaba, mi mente seguía en esa oficina doce horas atrás.

Era consciente de las fuertes charlas que se producían a mi alrededor, de los baristas que daban órdenes, y del olor amargo pero

dulce del café y los pasteles. Pero si alguien me preguntaba, no habría podido describir la escena más tarde. Más vale que no haya un robo o algo así, porque sería un testigo inútil.

Lia estaba en el centro de mi mente, así como mis estrategias para ganármela. Estaba muy decidida cuando me dijo que no volvería a pasar, pero cambiaría de opinión. Siempre conseguía el sí, eventualmente.

Ya sea de una mujer o de un nuevo cliente, era casi lo mismo. Para llegar al sí, tenía que tentarlos y hacer que me quisieran. Tenían que creer que solo yo podía hacer el trabajo por ellos. Era muy, muy bueno para conseguir ese sí.

Mi lista de clientes lo demostraba, al igual que mi pequeño libro negro. Si quería a alguien, lo conseguía. Fin de la historia.

Y ahora, quería a Lia.

Cuando volví a la oficina con nuestros cafés, mi mente seguía atascada en ella. Estaba más ansioso por verla de lo que jamás admitiría en voz alta. La anticipación hacía que mi sangre hirviera a fuego lento en mis venas y mi corazón se acelerara. Era la misma sensación que tenía antes de cualquier gran lanzamiento, y me encantaba.

Al pulsar el botón del piso de entrenamiento dentro del ascensor, sonreí y me pregunté cómo iba a reaccionar ante mí hoy. Justo antes de que las puertas se cerraran, una mano las detuvo y se abrieron de golpe para revelar a mi padre.

Y sin más preámbulos, el zumbido que tenía murió en mis venas.

—Te he estado buscando —declaró, con los ojos entrecerrados acusadoramente. Llevaba un traje hecho a medida con un cuadrado de bolsillo azul hielo, y la molestia y la autoridad irradiaban de él en igual medida—. Ven a mi oficina, necesito hablar contigo.

Eso nunca era bueno.

¿Y hoy de todos los días?

—Estaré allí enseguida.

Después de dejar los cafés en mi escritorio, me dirigí a la oficina de papá y me sorprendió encontrar a Boyd Morrison allí esperándome.

—Roman —saludó.

—Boyd —le asentí y me acerqué para darle un firme apretón de manos.

Mi padre y Boyd estaban sentados en una gran sala de estar en el lado opuesto de la oficina, donde estaba una mesa de conferencias personal.

Al lado de la zona de asientos había un bar completo que conducía a un balcón. Papá y Boyd no se habían metido en el bar todavía, lo que supuse que era una buena señal. Pero por las tazas vacías de café sentadas en la mesa delante de ellos, también supuse que habían estado allí un buen rato.

Se me pusieron los pelos de punta. Esto era un ataque furtivo. Instantáneamente, en defensa, me senté frente a Boyd y no perdí el tiempo con bromas. Papá usaba la zona de asientos de su oficina en lugar de la zona de conferencias cuando necesitaba aplacar a los clientes o quería que se relajaran.

Al igual que yo, él sabía quién estaba frente a qué cliente en un día cualquiera. A juzgar por este montaje, sabía que me iban a joderme, a pesar de haber trabajado en la basura de Boyd todo el fin de semana.

—Terminé lo que hablamos el viernes. Lo envié por correo electrónico a tu oficina esta mañana.

Boyd me miró, levantando la barbilla al aire mientras sus ojos se deslizaban hacia los de papá.

¿En serio? ¿Corrió hacia mi padre?

Pude ver por su reacción que aún no había visto mi correo electrónico, lo que significaba que se había dirigido aquí con la intención de quejarse con papá, sin siquiera esperar a ver lo que yo tenía para él. Estaba claro que ya había hecho un escándalo con mi padre.

Papá le hizo una seña casi imperceptible y me miró fijamente.

—El señor Morrison me ha planteado algunas preocupaciones legítimas esta mañana. Parece que sus últimas adquisiciones han fracasado, y las negociaciones de fusión de los dos últimos acuerdos se han hundido. ¿Qué está pasando aquí, Roman? ¿Por qué la cartera de uno de nuestros clientes más valiosos se ve como esta?

Casi pongo los ojos en blanco por su elección de palabras. Dudaba que supiera quién era Morrison cuando llegó esta mañana. Estaba dispuesto a apostar que solo sabía el nombre del hombre porque habría tenido que darlo para entrar en su oficina.

Sentado, me enfrié y me puse a tono con la modulación tranquila y distante de papá. Odiaba cuando intentaba afirmar su dominio frente a los clientes.

Nunca me echaba atrás cuando hacia eso. Nunca me disculpaba, y mucho menos me acobardaba.

—Hubieron contratiempos con las ultimas ofertas. Dado el clima económico actual y las nuevas regulaciones, hemos tenido que revisar nuestro enfoque para lograr los objetivos predeterminados del señor Morrison. Desde el viernes, hemos hecho eso. Tuve una empleada trabajando en ello todo el fin de semana, como le aseguré que haría, y está todo arreglado. Hay un nuevo plan de juego que he revisado, y confío en que estará contento con él.

Morrison se movió incómodo en su asiento, negándose a mirarme a los ojos.

Oh, ¿así que ahora también eres un cobarde?

Los ojos de mi padre se entrecerraron. Me preguntaba en qué momento sus ojos se iban a fijar permanentemente de esa manera y no se recuperarían nunca más. Cuando se trataba de mí, al menos.

Yo sostuve su mirada.

Adelante, viejo. No te tengo miedo.

Lia la había sacado del parque con el trabajo que hizo este fin de semana. Puse a punto lo poco que faltaba por poner cerrar puse en fila algunas empresas potenciales que podríamos comprar y vender como repuestos, y redacté los acuerdos de crédito necesarios.

—¿Dónde está el archivo? —preguntó papá, literalmente chasqueando sus dedos en mi cara.

Tuve el impulso de decirle que consiguiera la información de Morrison, ya que los dos parecían estar tan unidos ahora que se quejaban a mis espaldas, pero tomé el camino correcto.

—Déjame conseguirte una copia impresa y enviarte una copia electrónica.

—Tienes tres minutos —dijo, girándose para hablar con Morrison, como una forma de mostrarme efectivamente que estaba despedido por ahora.

Cuando salí de su oficina, ya no pude luchar contra girar los ojos mientras sacudía la cabeza.

¿Quién sentía la necesidad de entrar en un concurso de meadas contra su propio hijo?

Tenía noticias para él. Yo era más joven, y mi próstata estaba en perfectas condiciones. No hay aumento de tamaño para mí todavía. Si estábamos en un concurso de meadas, yo iba a ganar. Sin duda alguna.

Le entregué el archivo a papá cuando regresé, ya que ahora era el perro faldero de Morrison. Sin decir una palabra, lo hojeó, mientras la chismosa de Boyd y yo permanecimos en silencio esperando su veredicto.

De vez en cuando, asentía o hacía un sonido de satisfacción en el fondo de su garganta. Cuando miró hacia arriba para verme a los ojos de nuevo, dijo de mala gana:

—No veo ningún problema con lo que me propones.

Por supuesto, porque no lo había. Me retracté de una respuesta a ese efecto, no quería contradecirlo cuando todo lo que quería era salir de su oficina para llegar a Lia. En vez de eso, asentí y vi cómo le entregaba el archivo a Boyd.

Después de su propia lectura de la información en el archivo, me sonrió.

—Estoy satisfecho con lo que has conseguido en tan poco tiempo. No me pongas en esta posición otra vez.

Sí, porque yo era responsable de la economía, los problemas con las nuevas regulaciones, y la porquería que causó en su propia empresa.

—Me alegro de que estés satisfecho. Si me pasas las páginas firmadas, podemos empezar a trabajar hoy.

—Lo haré —dijo Boyd, de pie mientras se despedía de nosotros.

Una vez que se fue, papá se volvió hacia mí con la misma mirada dura en sus ojos, a pesar de la sonrisa del cliente cuando se fue.

—No estás haciendo tu trabajo, chico.

La rabia se arremolinó en mi estomagó, pero no le daría la satisfacción. Era una acusación ridícula en este momento, pero él la había hecho de todas formas.

Levanté una ceja.

—Arreglé un problema que no causé, y lo hice durante un fin de semana. ¿Cómo es que no estoy haciendo mi trabajo?

—Si está en esta empresa, es tu problema —respondió con dureza, estrechando sus ojos una vez más. Se quedó así por un segundo, mirándome fijamente. Luego, con una pequeña sacudida de su cabeza, se dio la vuelta—. Sal de mi oficina.

En la punta de mi lengua había un argumento que me había estado dando vueltas durante mucho tiempo, uno que rogaba ser liberado, pero no era el momento adecuado. Tenía que esperar el instante oportuno y jugar bien mis cartas.

Por ahora, tenía que hacer algo que raramente hacía; alejarme de la batalla para ganar la guerra. Sin decir una palabra más, salí de su oficina y resistí el impulso de azotar la puerta tras de mí.

Capítulo Catorce

LIA

El lunes por la mañana en el trabajo, miraba por encima del hombro el brillante banco de ascensores de metal cada vez que oía ese familiar «ping» bajo, que señalaba la llegada de uno a nuestro piso. Me dije a mí misma que era solo porque el sonido me distraía, pero era una pequeña mentira piadosa.

Bueno, más bien una mentira del tamaño de una ballena blanca, pero oye, disfrutaba intentando engañarme a mí misma. La verdad es que seguía buscando a Roman. Temprano en la mañana, creí ver un destello de su cabello rubio y su cara perfectamente esculpida cuando las puertas se abrieron por una fracción de segundo, pero se volvieron a cerrar casi inmediatamente. Como si hubiera presionado el botón del piso equivocado.

No es que estuviera desesperada por verlo ni nada de eso. No lo estaba. Hablaba en serio cuando dije que lo que pasó entre nosotros no podía repetirse, pero tenía curiosidad por ver cómo me iba a tratar ahora.

¿Me coquetearía como lo había hecho este fin de semana? ¿O volveríamos a ser colegas que apenas se conocían? Aunque odiaba admitirlo, no quería que fuera la segunda opción.

Me gustaba el Roman coqueto. Me hacía sentir reivindicada por todas esas largas noches que pasé anhelando por él cuando era adolescente. Y bueno, también debía admitir que alimentaba un poco mi ego que un tipo como él me prestara atención.

Yo era una mujer fuerte, independiente e inteligente, pero seguía siendo una mujer. Tener a un hombre guapo coqueteando conmigo se sentía bien. Y saber que era uno de los pocos tipos que realmente podía hacer que una chica escuchara a los ángeles cantar y echara un breve vistazo al cielo cuando él estaba dentro de ella, le añadió más a ese sentimiento.

Muchos hombres creían que podían hacerle eso a una mujer, llevarla a esas alturas donde el coro celestial resonaba en sus oídos y un trozo de cielo se hacía visible por un instante, pero no era

cierto. En mi experiencia, había muy pocos hombres cuyas habilidades coincidían con el pavoneo con el que caminaban y hablaban.

Solo quería verlo, quería ver si estaba tan afectado por lo que pasó entre nosotros como yo. O más bien, como lo estaban mis entrañas.

A medida que pasaba el día, me di cuenta de que no iba a venir a verme. No sabía cómo sentirme al respecto. No esperaba que me visitara, finalmente era el jefe, pero hubiera estado bien que reconociera lo que pasó.

No debía estar pensando en eso de todos modos. Ya estaba hecho, terminado. Y me pareció bien de esa manera. Era lo que quería…

Además, Regina me necesitaba ahora.

Saliendo de mis pensamientos, parpadeé para volver a enfocarme. Ella estaba sentada detrás de su computadora a mi lado, y me preocupaba como tenía su labio inferior, ya que parecía que estaba a punto de llorar.

—¿Crees que puedes arreglarlo? —murmuró.

Sonreí y me enfrenté a mi mejor amiga, decidida a darle el impulso de confianza que se merecía.

—Por supuesto que puedo. En verdad no es tan malo.

Mirando uno de los primeros informes que había preparado para Blake, luché contra el impulso de hacer una mueca de dolor. Estaba un poco malo, pero nada más allá de la salvación.

Regina me dio una larga mirada.

—Estás mintiendo.

—En serio no está tan malo —insistí, y señalé una línea en la propuesta—. Son pequeñas cosas como esa. No necesitas especificar eso, por ejemplo. Puedes incluirlo aquí.

Tomó notas en un pequeño cuaderno rosa mientras yo hablaba, arrugando su nariz de vez en cuando. No noté que Blake se acercaba por detrás de nosotras hasta que sentí una presencia en mi espalda. Por un breve momento, una prisa me atravesó hasta que me di cuenta de que no era Roman. La conciencia que sentía pincharme la piel cuando él estaba allí no estaba presente.

—¿En qué están trabajando? —Blake preguntó, agachándose para estudiar la pantalla sobre mi hombro.

Girando con cuidado para no acercar demasiado mi cara a la suya, respondí.

—Estamos repasando algunas cosas del informe de Regina. Se ve muy bien.

Nos miró a las dos, asintiendo despacio.

—Sabes, Lia, estás haciendo un muy buen trabajo aquí. No me sorprendería que empezaras a ascender en la compañía más rápido de lo que he visto hacer a un recluta desde que empecé aquí.

—Gracias. —El orgullo floreció en mi pecho con el cumplido—. Pero este es el informe de Regina. Solo estoy poniendo puntos sobre las íes, eso es todo.

—Aun así. —Sonrió, extendiendo la mano para dar una palmada amistosa a mi hombro—. Sigue trabajando así y saldrás de la pista de entrenamiento en poco tiempo.

Blake se alejó y nos dejó en lo nuestro.

Regina me sonrió, moviendo la cabeza.

—Eres una súper estrella. Gracias por tratar de cubrirme, pero no es estúpido. Sabrá que si es bueno, es gracias a ti.

—Tonterías. —Le hice señas para que parara—. Ya estaba bien. Puede que él no sea estúpido, pero tú tampoco lo eres. Date un poco de crédito donde corresponde.

No respondió, pero vi la duda que se le metió en los ojos cuando me alejé de su escritorio para volver al mío. Íbamos a tener que hacer algo al respecto. No sería lo mismo aquí sin Regina, y en realidad era su propia duda la que la retenía.

Después del trabajo, ambas salimos del edificio juntas, como la mayoría de las tardes. Justo antes de llegar a la acera, me dijo que necesitaba usar el baño antes de salir. La esperé en el bullicioso vestíbulo, parada a un lado mientras veía a nuestros compañeros de trabajo irse por el día.

Mi mente regresó a Roman, lo que me hizo pensar en Lucas.

Me pregunté qué diría mi hermano si supiera lo que su mejor amigo y yo habíamos hecho. No planeaba decírselo, pero tenía curiosidad.

Lucas nunca fue del estilo sobreprotector de hermano mayor. Ni siquiera se enteró de las pocas veces que salí en citas en el instituto. Nunca conoció a los chicos, nunca les dio el discurso de "si le haces daño, estás muerto" que oía que otros hermanos le decían a los pretendientes de sus hermanas.

En ese momento, me molestó un poco. No podría decir que todavía me molestaba, pero era de Roman de quien estábamos hablando. Podría hacer las cosas diferentes a los ojos de Lucas, sabiendo lo que su mejor amigo había hecho con su hermana.

Dios mío, esperaba que nunca se enterara de eso.

La sola idea de que Lucas escuchara detalles tan íntimos sobre mí me hizo estremecer. Me habría dado asco saber que algo así pasaba entre él y Regina.

Pensar en mi hermano me hizo darme cuenta de que no había sabido nada de él desde que fui a verlo a su oficina.

Decidí arriesgarme, saqué mi teléfono y lo llamé. Cuando el tono de llamada finalmente se apagó en mi oído, no me sorprendió que no contestara.

Y mientras guardaba el teléfono resignada, Regina salió del baño.

—Acabo de oír a unas chicas allí hablando de los lugares a lo largo del río Hudson en esta época del año. ¿Quieres ir a verlos? Deberíamos ir a comer algo de todas maneras. Nos saltamos el almuerzo otra vez.

—Genial. Vamos —estuve de acuerdo, guiando a la salida.

Caminando a lo largo del río, cuando el sol se puso, sentí una pequeña punzada en el romanticismo de todo el lugar. Una pequeña, muy pequeña parte de mí se preguntaba cómo sería caminar por allí con Roman, pero cerré esa parte rápidamente y me centré en Regina.

Nos instalamos en un lugar con vista al río desde dos terrazas y un enorme comedor en su interior. Exudaba la sensación de un restaurante americano con la decoración que incluía una barra de cobre, sillas altas y manteles de cuadros azules.

Una camarera entusiasta tomó nuestros pedidos de cócteles y pollo de corral asado antes de irse. Sentadas en una de las terrazas, teníamos el lugar perfecto para la gente que nos miraba.

Me encantaba todo, pero había una tristeza en la expresión de Regina que no me gustaba.

—¿Qué pasa?

Suspiró, con sus ojos fijos en el brillo anaranjado del sol sobre el río, antes de aventurarse poco a poco de vuelta a los míos.

—¿No sientes que Nueva York te está tragando?

Mi cabeza se echó hacia atrás cuando mi ceño se frunció.

—No, en absoluto. ¿Tú sí?

Inclinando la cabeza en otro pequeño suspiro, asintió.

—Todo es tan grande y abrumador, ¿sabes? Solo somos dos entre literalmente millones de personas en esta isla.

—Pero somos dos personas increíbles —bromeé, cambiando de rumbo cuando noté que la tristeza se intensificaba en lugar de disminuir—. Nueva York no nos tragará enteras. Vamos a dominar esta ciudad algún día. Seremos como nuestra generación de chicas en Sex and the City.

—Solo somos dos —señaló Regina, con una leve sonrisa tocando sus labios antes de deslizar sus ojos hacia la gente que se apresuraba a lo largo de la acera—. Necesitaremos refuerzos si quieres ser como esas chicas. Y para ser honesta, no puedo imaginarme encontrando dos personas más afines en este lugar.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño.

No habíamos conocido a mucha gente, pero había compañeros del trabajo que eran agradables y podían ser amigos potenciales. También había una chica súper moderna que vivía en nuestro edificio. Era un par de años mayor que nosotras, pero siempre nos saludaba antes de ponerse sus enormes gafas de sol y desaparecer entre la multitud.

—Todos son tan groseros —respondió, casi con nostalgia—. Supongo que echo de menos Cambridge. Algunos de los estudiantes eran unos imbéciles, pero no eran nada comparados con este grupo.

—Solo tienes que salir de tu zona de confort —dije, dolida por la mirada abatida en sus ojos—. Cambridge era una zona de confort para ambas. Solo tenemos que adaptarnos aquí. Eso sucederá.

—Para ti tal vez —admitió con una sonrisa triste antes de cambiar el tema a un drama familiar que se estaba produciendo en

casa.

No pude evitar preguntarme si se sentía un poco nostálgica e impotente por no estar ahí para apoyar a su familia durante todo el proceso.

Hablamos mientras comíamos, nuestra comida se intercalaba con ráfagas de cómodo silencio. De vuelta en la calle cuando nos dirigíamos a casa después de la cena, volví la conversación a sus preocupaciones por vivir en la ciudad.

—Creo que disfrutarías más este lugar si intentaras ser un poco más asertiva. No necesitas dejar que esta gente te pisotee. —Como si el universo tratara de ayudarme a probar mi punto, un tipo empujó a Regina justo cuando dije la última parte de mi frase.

Un ahogado chillido se escapó de sus labios, pero nada más. Le devolví el ceño al tipo, que ni siquiera se molestó en disculparse, y de repente, abrumada por el deseo de mostrarle lo que estaba hablando, grité por encima del hombro.

—Vete al carajo, patán maleducado.

—¿Patán? —Regina jadeó a mi lado, sus ojos se abrieron de par en par cuando un ataque de risas se apoderó de ella.

Sonreí, encogiéndome de hombros.

—¿Qué? Se lo merecía.

—No sé si alguna vez podré hacer eso —admitió en voz baja, con los ojos pegados al río a nuestro lado.

La acera estaba más tranquila ahora que antes, la mayoría de la gente se había refugiado de la fría noche junto a las chimeneas de los bares y restaurantes que pasábamos.

Una idea saltó a mi cabeza, y sostuve a mi amiga por sus hombros con ambas manos, sonriéndole.

—Podrías hacerlo totalmente. De hecho, creo que deberías hacerlo.

—¿Qué? ¿Gritarle a alguien que se joda? —Regina frunció el ceño.

Una amplia sonrisa se extendió en mis labios, arrugando las esquinas de mis ojos.

—Exacto. No necesitas gritarle a nadie, solo necesitas gritarlo. Sal de esa zona de confort y vive un poco.

—¿Solo gritarlo? ¿Ahora mismo? —Levantó una ceja, mirándome como si me hubiera salido un tercer ojo.

Me negué a echarme atrás. Esto era exactamente lo que necesitaba.

—Sí. Ahora mismo. Tan fuerte como puedas.

—No lo sé —dijo, intentando reanudar la caminada, pero me negué a moverme hasta que lo hiciera.

Después de unos segundos más, exhaló con fuerza.

—Bueno… ¿por qué diablos no?

Y luego, lo mejor que me pasaría en todo mi día se desarrolló ante mis ojos. Ver a Regina girarse, caminar hacia la barandilla del rio y gritar a todo pulmón, fue vigorizante.

—¡Vete al carajo Nueva York! ¡Jódanse todos!

Estallé en una risa feliz, ignorando las miradas de las pocas personas que pasaban por allí. Era una costumbre en la ciudad que ninguna persona se detuviera, apenas se estremecieron. Probablemente pensaron que era una estudiante de teatro practicando, o algo así. Probablemente no era ni siquiera la cosa más rara que habían visto esa noche, sin mencionar el resto de su día.

Regina, sin embargo, estaba totalmente entusiasmada cuando se volvió hacia mí. Sus mejillas estaban sonrojadas, y la primera sonrisa genuina que vi de ella en todo el día se extendió por su cara.

—Eso fue increíble.

Caminando hacia ella, uní su brazo con el mío y golpeé mi cadera contra la suya.

—¿Ves? Fuera de tu zona de confort es donde la vida empieza a ser divertida.

—Tienes mucha razón. —Su voz tenía un tono entusiasmado. Escucharla envió un estallido de felicidad a mi corazón. Me encantaba ayudarla a sentirse bien, ayudar a cualquiera a sentirse bien de verdad—. Sabes Lia, no deberías ser solo una empleada. Deberías estar dirigiendo a la gente. Serías muy buena en eso. Eres buena ayudando a la gente a ser lo mejor que pueden ser.

—Quiero eso —admití, aunque no era algo que me hubiera permitido decir en voz alta antes. Sabía que tenía muchas deudas

que pagar antes de que se convirtiera en una posibilidad. Sin embargo, no tenía problemas para ascender—. Llegará eventualmente. Es por lo que estoy trabajando.

Capítulo Quince

ROMAN

El martes por la mañana llegó antes de lo que yo quería. Después de la charla con mi padre y Boyd el día anterior, el resto resultó ir de mal en peor. Lo que debió haber sido un día increíble se convirtió en una pesadilla gracias a la pequeña jugada sucia que hicieron.

Terminé obstinado e irritado, lo que no era el mejor ánimo para tratar con mi equipo. Como resultado, decidí tomarme el día para refrescarme. No había nada urgente que tuviera que hacer, y los correos electrónicos que tenía que responder ya los había atendido en la mañana.

Tomar unas horas libres no era algo que hiciera a menudo, así que no me sentía mal por hacerlo ahora. Todos necesitaban un descanso de vez en cuando, y mis empleados ciertamente no se avergonzaban de hacerlo cuando lo necesitaban, gracias a mi estímulo e insistencia. Me debía a mí mismo lo mismo que les daba.

No iba a enfrentarme a mi padre hoy. De ninguna manera. No estaba de humor. Necesitaba reagruparme después de lo que me había hecho, o iba a hacer algo de lo que terminaría arrepintiéndome.

El arrepentimiento no estaba en mi repertorio precisamente. No apretaba el gatillo y lloraba por ello después. Todo lo que hacía era exactamente lo que quería. Si apretaba el gatillo, era porque quería apretarlo y disparar a quienquiera que fuera. No me escondía detrás del viejo adagio de que los accidentes ocurren. Las reacciones a lo idiota no eran lo mío.

Caminando por mi apartamento usando solo un par de calzoncillos, mordí una manzana crujiente y consideré mis opciones para el día. Acostarme a ver Netflix solo terminaría con mis pensamientos en Lia, lo que solo me llevaría a una cosa: pasar el día masturbándome por ella. Manos ociosas y todo eso.

Como ya no era un adolescente, no podía dejar de lado esa opción. Por otro lado, no tenía ganas de pasar todo el día tratando

de no pensar en ella, ya que eso era el equivalente de estar obsesionado, lo cual tampoco quería.

Teniendo en cuenta que no había pasado mucho tiempo con Lucas en las últimas semanas, decidí matar dos pájaros de un tiro. Lo convencería de tomarse el día libre conmigo, lo que me permitiría pensar en Lia de forma natural porque Lucas era su hermano, y pasaría un buen rato junto a mi mejor amigo al mismo tiempo.

Una vez hecho esto, fui al gimnasio de mi edificio y sudé mucho antes de darme una ducha rápida y vestirme. Mientras estaba en la ducha, puede que haya sucumbido brevemente a mis instintos básicos de todos modos, pero al menos no les dedicaba mi día.

La recepcionista de la firma de Lucas y yo nos conocíamos de pasada, de tantas veces que había ido a la oficina, tal como mi recepcionista lo conocía a él. Llamó a Lucas sin darme el discurso habitual sobre una cita, y Lucas apareció en el vestíbulo unos minutos después.

Sonrió cuando me vio, agarrando mi mano con un firme apretón.

—Amigo, ¿qué haces aquí un martes por la mañana?

Me encogí de hombros, pasándome la mano por el cabello y sonriéndole con malicia.

—¿No lo escuchaste? Los tipos geniales ya no trabajan los martes.

Lucas se rio, sacudiendo ligeramente su cabeza.

—¿Y esto ocurrió entre el martes pasado y hoy?

—Conoces las tendencias. —Chasqueé los dedos—. Cambian así. Entonces, ¿qué dices? ¿Listo para unirte a los tipos geniales para un día de diversión?

—No soy tan genial, lamentablemente —dijo, rascándose su barba rasposa—. Tengo que trabajar, amigo. Fechas límite. Ya sabes cómo va esto.

—Sí, lo sé. Por eso sé que no va a pasar nada irreversible si te tomas el día libre.

Ladeó la cabeza, y apareció un pliegue entre sus cejas.

—¿Qué está pasando en realidad?

—Solo necesito desahogarme un poco —admití vagamente—. Estaba buscando a alguien con quien compartir la resaca que planeo

tener esta noche.

—¿Y yo soy tu primera opción? —preguntó, riéndose a pesar de que pude ver que todavía estaba preocupado por el motivo por el que yo en realidad estaba allí.

Sonreí.

—Lo eres, sí. Ha pasado mucho tiempo desde que nos hemos relajamos por un día.

—Cierto. —Suspiró, inclinando la cabeza hacia el techo. Cuando la bajó de nuevo, vi que estaba dentro—. Déjame ir corriendo a mi oficina y aclarar algunas cosas. Volveré en un par de minutos, y luego podremos salir.

Fiel a su palabra, Lucas y yo salíamos de su vestíbulo en menos de diez minutos. Decidimos almorzar primero y luego pensar qué hacer después. Se volvió hacia mí cuando llegamos a la acera, soltando su corbata y guardándola en el bolsillo mientras caminábamos.

—¿Hamburguesas de Tony?

Asentí, prácticamente ya salivando por lo que, en mi opinión, era la mejor hamburguesa de la ciudad.

—Me leíste la mente.

Pedimos un taxi y nos dirigimos al agujero en la pared de la hamburguesería que había estado allí durante veinticinco años. Olía a grasa, cebollas y parrilla en el pequeño y abarrotado comedor.

Conseguimos una mesa cuando un par de chicos se fueron, y pedimos una cerveza de barril y su hamburguesa especial del día. Después de ponerlo al tanto de todo lo sucedido en el trabajo, cambié la conversación a Lia.

—Así que sabes que tu hermana trabaja para nosotros ahora, ¿verdad? —Empecé, sorbiendo mi cerveza.

Lucas asintió, con una sonrisa en los labios.

—Sí. Me lo dijo. Me alegro de que esté allí. No sabía que estaba empezando contigo, o te habría avisado de ello.

—No te preocupes. —Me encogí de hombros, como si no significara nada para mí que ella estuviera allí—. Lo está haciendo muy bien, Lucas. Deberías estar orgulloso de ella.

La sorpresa se reflejó en sus ojos.

—¿En serio? Debo admitir que tengo dudas de que pueda lograrlo ahí. No me malinterpretes. Es muy lista, pero no sé si tiene lo necesario para triunfar en una empresa como la tuya y en una ciudad como esta.

Su obvia ignorancia acerca de lo que su hermana estaba hecha me molestaba. Su propio hermano debía saber eso de ella. En efecto, yo solo la había vuelto a conocer en las últimas semanas; pero Lucas había sido su hermano toda su vida.

—Ella tiene más que suficiente para lograrlo —le aclaré, luchando por mantener mi tono de voz natural, incluso cuando quería sonar duro—. Si se lo propone, algún día gobernará esta ciudad.

Se burló, enviando otro escalofrío de irritación a través de mí.

—¿Me estás tomando el pelo? Es mi hermanita. Como dije, es inteligente, pero eso no significa mucho. Hay mucha gente inteligente por ahí.

Sí, esa fue toda la ignorancia que pude soportar.

—Sin ofender, Lucas. Sé que es tu hermana y todo eso, pero ¿por qué no la conoces mejor? Ya no es tu hermanita. Se ha convertido en una mujer que la gente de mi oficina admira.

No añadí que yo fuera una de esas personas. Los ojos de Lucas se abrieron de par en par ante mis palabras de todos modos. Él conocía lo despiadada que era nuestra compañía, así como también sabía que yo no era del tipo que acumula elogios donde no los merecen.

Tomando un largo sorbo de cerveza, contempló lo que le dije antes de encogerse de hombros.

—Sé que ya no es mi hermanita. Lógicamente, lo sé. Pero en mi corazón, supongo que eso es lo que siempre será.

Mantuve mi boca cerrada, viendo que no había terminado todavía. Cuando siguió adelante, fue después de otro sorbo de cerveza y una profunda exhalación mientras sacudía la cabeza.

—Cuando nuestros padres murieron, no supe qué decirle. Con el paso del tiempo, no supe cómo explicarle que no había sabido qué decir. Supongo que al final pasó tanto tiempo sin que dijera nada que sentí que había perdido mi derecho a decir algo. —Se bebió el resto de su cerveza y pidió otra. No era algo que le había visto hacer

antes. Siguió adelante una vez que la camarera le entregó su siguiente cerveza, con la voz más gruesa de lo habitual—. Fue un momento difícil para los dos, y yo no estuve ahí para ella. Y ya no había vuelta atrás. No importaba lo que hiciera, nunca sería capaz de volver atrás el reloj y estar ahí para ella. Al final, lo mejor fue dejarla vivir su vida. Ella siguió adelante, y no tenía sentido tratar de arrastrarla de nuevo a ese lugar oscuro conmigo.

Reflexioné sobre sus palabras en mi mente. Lucas y yo habíamos hablado a menudo después del accidente de sus padres. Sabía por lo que había pasado y lo duro que había sido para él. Me avergonzaba ahora que casi no pensaba en Lia en ese entonces, y en lo que debió haber pasado.

Lucas era mi mejor amigo, y mi preocupación en ese momento era por él, no por su hermanita. Como dije, el arrepentimiento puede que no sea algo que sintiera a menudo, pero eso no significa que fuera incapaz de vivirlo. Durante esa conversación con Lucas fue una de las pocas veces en mi vida adulta que recordé haber sentido un verdadero y genuino arrepentimiento.

De todas formas, podría patear mi trasero mentalmente más tarde.

Recostado en mi silla, bebí mi cerveza.

—Una de las razones por las que está en Nueva York es para reconectarse contigo, hermano. Creo que serías un idiota si dejaras pasar la oportunidad otra vez.

Me dio una larga mirada. Luego se encogió de hombros y deslizó sus ojos hacia el mostrador detrás de mí.

—Sí, pensé que podría serlo cuando fue a mi oficina a verme el otro día. No es un buen momento para mí ahora, con el trabajo y todo eso.

—Tal vez deberías pensar en hacer algo de tiempo para ella. Hoy has hecho tiempo para mí. No debería ser tan difícil hacer un hueco para ella en tu agenda.

Meneó su cabeza de lado a lado, reemplazando su expresión contemplativa con una sonrisa cuando la camarera vino a entregar nuestras hamburguesas.

—Lo pensaré. Por ahora, dejémoslo y comamos.

Y comimos… Pero estaba loco si pensaba que dejaría pasar el tema. Lia se merecía más que eso.

Capítulo Dieciséis

LIA

—El Sr. Burnett no está en la oficina hoy —me informó con ironía una recepcionista en su piso. El tono que usó me hizo preguntarme si había algo más entre ellos, pero desestimé el pensamiento.

Probablemente era solo una perra. Como Regina señaló, la gente de aquí tenía la configuración por defecto como grosera.

Le sonreí, negándome a rebajarme a su nivel.

—¿Sabes cuándo volverá? Tengo asuntos importantes que discutir con él.

Lo que quería discutir no era un negocio o particularmente importante, pero estaba cansada de esperar que él viniera a mí. Necesitaba averiguar si el aire tenía que ser despejado entre nosotros, y me preguntaba mucho sobre ello.

Si no tenía las pelotas para venir a mí, entonces yo iría a él. O lo intentaría, de todos modos.

Y aparentemente, había elegido el día equivocado para hacerlo.

La recepcionista, cuyo nombre no conocía y no quería saber, me miró fijamente.

—No soy su asistente personal, así que no sé cuándo volverá o dónde está. ¿Quieres dejar un mensaje conmigo?

¿Dejar un mensaje con ella? ¿Estaba loca? Ni siquiera le dejé mi nombre. Parecía una de esas que no solo ponía en marcha el molino de chismes de la oficina, sino que seguía alimentándolo con mentiras y tonterías para seguir siendo relevante.

—No, gracias. —Mostrándole otra dulce sonrisa, me puse en marcha y me fui.

El tiempo no estaba a mi favor. Subí las escaleras con la intención de hablar con Roman y despejar el aire entre nosotros si era necesario. No haber podido cumplir mi misión me dejó un poco desolada, y algo preocupada por él.

No tenía forma de saber si había estado en la oficina el día anterior, pero ahora sabía que no estaba allí, y en pleno martes.

Tomar un día por enfermedad no parecía propio de él, a menos que hubiera sido golpeado por alguna cosa desconocida de 24 horas.

Definitivamente no estaba enfermo antes. Lo sabría, ya que lo había visto en acción. Y si tuviera la gripe, seguramente yo también la tendría ahora.

Aunque no era asunto mío dónde estaba. Cuadrando mis hombros, decidí olvidarlo. Él sabía dónde encontrarme. Si quería hablar conmigo, podía venir a mí.

Cuando volví a mi escritorio, me sorprendió encontrar un mensaje que decía que el señor Burnett quería verme de inmediato. Mi ceja se arrugó. Me acababan de decir que el señor Burnett no estaba en la oficina.

Entonces me di cuenta. Había más de un señor Burnett en el edificio. Me tragué un bulto nervioso que apareció en mi garganta. Si Roman no estaba aquí y un tal señor Burnett quería verme, eso significaba que el Burnett en cuestión era Paul, el padre de Roman y el jefe de la corporación.

Cielos. No sabía si enviaba a menudo a buscar reclutas, pero no había oído que nadie más fuera llamado a verlo.

Se formó una fosa en mi estómago.

¿Y si sabe lo que Roman y yo hicimos el fin de semana? ¿Y si me está llamando para despedirme por eso? No sería justo. Si estoy a punto de ser despedida, ¿no debería despedir a Roman también?

Sacudí la cabeza para mí misma. Por supuesto, no lo despedirían conmigo. Era de su hijo de quien estábamos hablando.

Siempre eran las mujeres quienes eran despedidas por ese tipo de cosas, ¿no?

Tal vez Roman no estaba aquí porque sabía qué iba a pasar hoy y era demasiado cobarde para enfrentarme él mismo. Miré a mi alrededor con discreción. No vi ninguna cámara de seguridad, pero cada centímetro del lugar probablemente estaba lleno de ellas. Quería patearme a mí misma por ser tan estúpida.

Cuando llegué a la oficina del señor Burnett, estaba hecha un manojo de nervios, porque Roman debió haberme hablado de las estúpidas cámaras. Alguna advertencia habría estado bien.

En cuanto entré en la oficina del señor Burnett, me di cuenta de que mi preocupación por la integridad de Roman había sido en vano. El hombre que estaba delante de mí no iba a despedirme. En todo caso, se veía complacido por algo.

Tenía una sonrisa fácil y acogedora, y dos ensaladas de pollo en una pequeña mesa de café en un rincón lujoso que tenía en su oficina. No recordaba haber conocido a Burnett padre cuando era más joven.

Me sorprendió ver lo mucho que se parecía a Roman. Era tan alto, ancho, y sus rasgos muy cincelados. Por supuesto, también estaba un poco más arrugado, pero eso simplemente lo hacía parecer más distinguido, además de intimidante, claro.

Roman no me intimidaba porque lo conocía prácticamente de toda la vida; recordaba cuando aún se escabullía con Lucas y nuestros padres lo regañaban por hacerlo.

Pero a pesar de todo eso, nunca conocí a su padre; y ahora frente a mí, definitivamente me intimidaba con actitud, su traje hecho a medida y los zapatos más brillantes que había visto.

Me tendió la mano, todavía con esa sonrisa amistosa.

—Señorita Vang. Soy Paul Burnett. Encantado de conocerla.

Su agarre fue tan fuerte que casi me estranguló la mano, pero yo no era una de esas chicas que se acobardaba como un pez flojo. Una de mis profesoras de Harvard nos había inculcado la importancia de tener un apretón de manos tan fuerte como el de los hombres con los que inevitablemente terminaríamos trabajando.

Le devolví su apretón de manos con más confianza de la que sentía, rizando mis labios en una sonrisa.

—Señor Burnett, es un placer conocerle.

—Me he tomado la libertad de ordenar el almuerzo para usted. Esperaba que se uniera a mí. —Hizo un gesto hacia la zona de asientos con las ensaladas que esperaban, mirándome expectante.

Como si fuera a decir que no a una invitación a almorzar con el jefe más grande que tenía.

—Me encantaría.

—Estoy seguro de que te preguntas por qué te llamé —dijo una vez que nos instalamos.

Asentí, cruzando los dedos en mi mente para que todo esto no fuera una actuación y que no me fuera a despedir de todos modos, a pesar de haberme comprado el almuerzo primero.

—Sin duda, el pensamiento ha cruzado mi mente.

El señor Burnett se rio de buena manera. Era un sonido extraño viniendo de un hombre como él, quien comandaba todo el imperio financiero que había construido desde esta misma oficina. Las risas no parecían encajar con su aspecto.

Sin embargo, era un sonido rico, profundo y cordial, que encontré relajante. Desplegó su servilleta y la dejó caer en su regazo con una floritura.

—Y veo que también eres ingeniosa, además de ser una recluta extraordinariamente dotada.

Mi boca casi se abre.

—¿Perdón?

Un humorístico, pero sabio destello entró en sus ojos.

—¿Piensa que no sé lo que pasa en mi empresa, señorita Vang?

—Lia, por favor, señor. Yo... no. Yo solo...

Era raro que me quedara sin palabras, pero ¿cuántas veces había sido elogiada e invitada a almorzar por un billonario de buena fe? Nunca. No tenía ni idea de cómo bromear con él.

Se rio de nuevo de mi evidente incomodidad, sacudiendo la cabeza.

—Estaba bromeando, Lia. Pero sé todo lo que pasa dentro de estas cuatro paredes. Revisé el trabajo que hiciste en el informe Morrison. Fue algo impresionante.

—Gracias, señor.

Tomó un bocado de su ensalada mientras yo me preguntaba cómo iba a comer la mía sin parecer una tonta. Nunca había descubierto cómo comer ensaladas sin abrir la boca lo suficiente para acomodar un trozo de lechuga entero de una vez.

Se tragó su mordisco, haciéndolo parecer mucho más fácil de lo que yo sabía, y tomó un trago de agua.

—Quería conocerte para felicitarte por el gran trabajo que hiciste, pero también para saber de ti. ¿Cuáles son tus intenciones aquí en la Corporación Burnett, Lia? ¿Planeas quedarte con nosotros, o solo

completar tu entrenamiento antes de tomar un trabajo en una firma competidora?

Disparó las preguntas una tras otra sin esperar a que yo respondiera a ninguna. Tomando nota mentalmente de cada una, respondí.

—Tengo la absoluta intención de quedarme, señor. Si la compañía me acepta, por supuesto. Su empresa ha logrado cosas maravillosas, y espero subir de rango y ayudarle a lograr las próximas grandes cosas en el horizonte. Quiero ser parte de algo más grande que yo, y creo que podré hacerlo aquí.

Parecía satisfecho con mi respuesta.

—Estoy feliz de escuchar eso. Siempre buscamos a los mejores y más brillantes, y creo que tú eres la indicada para este año. Tal vez para los pocos años que le preceden también. Si no le importa, me gustaría mantener un estrecho contacto personal con usted. Como dije, me gusta saber todo lo que pasa entre estas cuatro paredes.

—Por supuesto, señor. —De nuevo, no podía decir que no y que nunca más se pusiera en contacto conmigo. Después de todo, era su teléfono fijo el que estaba contactando conmigo. Además, se sentía bien saber que iba a tener una pista interna con el gran jefe en persona. Ciertamente debería ayudarnos a Regina y a mí a lograr nuestros objetivos más rápido—. Lo espero con ansias.

Volvió a asentir y continuamos con una charla informal durante el resto de la comida. Por muy intimidante que fuera, me resultó fácil hablar con él una vez que me relajé sobre el motivo por el que me llamó. Tuvimos una conversación cortés mientras terminábamos nuestras ensaladas y luego nos despedimos.

Cuando salí de su oficina, estaba flotando en una nube. Solo llevaba un par de semanas en el trabajo y el señor Burnett ya se había fijado en mí. Se sentía increíble, como un logro que debería ser celebrado.

Saqué mi teléfono para enviarle un mensaje a Regina para que se reuniera conmigo abajo donde podría contarle todo sin que los otros reclutas lo oyeran, pero un mensaje me distrajo antes de que pudiera hacerlo.

Era de mi hermano.

Lucas: *Estoy feliz de que estés aquí, hermana. Siento que no hayamos podido pasar más tiempo juntos, pero te prometo que intentaré hacer más tiempo para ti.*

Me detuve, viendo boquiabierta a mi teléfono. ¿Primero el señor Burnett y ahora Lucas? Mi día se estaba poniendo cada vez mejor. En el caso del señor Burnett, sabía por qué había elegido el día de hoy. Me dijo que leyó mi informe ayer por la mañana, pero había tenido un día ocupado. Esta fue la primera oportunidad que tuvo de hablar conmigo.

En el caso de Lucas, eso no era cierto. Sabía que yo estaba aquí y que quería pasar tiempo con él durante semanas, desde que fui a su oficina. Entonces, ¿por qué ahora?

De repente, todo encajó en su lugar. Roman no estaba en la oficina, y Lucas como cosa extraña me estaba enviando un mensaje de texto, justamente después de que le dije a Roman hace poco que estaba en Nueva York para reconectarme con mi hermano.

Él estaba detrás de este mensaje. Simplemente lo sabía. Y por alguna razón que no podía entender, el pensamiento de que Roman estaba detrás del mensaje me hizo sonreír aún más que el mensaje mismo.

Roman, ¿a qué estás jugando?

Capítulo Diecisiete

ROMAN

Volviendo al trabajo el miércoles por la mañana, me detuve a recoger dos cafés más. Era la toma dos para mi intento de hablar con Lia. Me negaba a que alguien me impidiera hacerlo hoy. Ni siquiera mi padre iba a interponerse en mi camino.

Cuando llegué a nuestro edificio, fui a mi oficina primero para dejar mis cosas y comprobar con mi asistente para hacerle saber que había vuelto. Desde allí, iría al piso de entrenamiento para encontrar a Lia.

Al doblar la esquina de mi oficina, me sorprendió encontrarla esperándome. Se levantó de los sofás de cuero negro de la sala de espera de los ejecutivos cuando me vio, alisándose la falda.

Su jodida falda muy apretada y sexy.

Se me secó la boca al ver esas curvas, tan claramente mostradas en la falda y en la chaqueta.

Demonios. ¿Era posible que una persona se volviera más sexy en dos días? Tenía que serlo. Eso era lo único que podía explicar cómo había pasado de sexy a devastadora en menos de setenta y dos horas.

—Roman. —Sonrió cuando me acerqué a ella, encontrándome a mitad de camino—. Me alegro de verte.

—Igualmente —respondí, entregándole el café que le compré—. En realidad estaba planeando ir a verte una vez que dejara todo aquí.

—¿Lo estabas? —La sorpresa se reflejó en sus ojos, pero la sonrisa que tocaba sus labios me dijo que era una sorpresa agradable.

Asentí, informándole a mi asistente que estaría en una reunión cuando pasamos de camino a mi oficina.

Abriendo la puerta, le hice un gesto a Lia para que me precediera y la seguí dentro.

—Lamento no haber llegado a ti antes. Fueron días pesados.

Inclinó la cabeza, sosteniendo su café.

—Esto lo compensa. De Joe's, ¿verdad? Me encanta ese lugar. Me llevaría a la bancarrota si me la pasara allí todos los días.

Me reí, acomodándome en mi silla mientras la veía hacer lo mismo en mi escritorio. Aunque no era un escritorio muy amplio, la distancia entre nosotros era demasiado grande. Quería alcanzarla y acercar su silla a la mía, o la mía a la suya. Pero no lo hice.

Mi plan del lunes permanecía sin cambios. Ganármela seguía en mi mente, pero primero, tenía que medir dónde estaba sobre todo lo que pasó entre nosotros. No podía hacerlo si me ponía demasiado fuerte e insistente.

—Me alegro de que estuvieras aquí esperándome. De verdad quería ir a verte el lunes por la mañana, pero me desvié. Mi padre me llamó.

No tenía ni idea de por qué le explicaba las cosas, pero me pareció necesario.

Lia asintió con un entendimiento que suavizaba la expresión de sus ojos. En verdad era un tipo de mujer diferente. Lo veía más y más cada vez que estábamos juntos.

Por lo general, las mujeres se sienten despreciadas si no te pones en contacto con ellas de inmediato. Estaba esa regla de tres días no expresada y universalmente aceptada, pero después de un día, la mayoría de las chicas estaban hastiadas y amargadas por ello, a pesar de la estúpida regla. No estaba generalizando, lo había aprendido de mi propia experiencia y de mis amigos.

Sin embargo, Lia no parecía ni cansada ni amargada. De hecho, ni siquiera había esperado a que yo la buscara. Ella había venido a mí. Demostró que no seguía las estúpidas reglas de la sociedad, sino las suyas propias. Eso me gustaba.

—Quise venir por algunas razones —dijo, dejando su café y mirándome a los ojos. Esos claros ojos verdes estaban felices, relajados, incluso brillantes. Aclarando su garganta, continuó—: En primer lugar, quería comprobar si iba a haber alguna incomodidad entre nosotros ahora.

¡Boom! Qué manera de abordar el tema, chica.

Tiros directos, sin rodeos. Sin dudas, jugaba con sus propias reglas. Mis labios pusieron una sonrisa apreciativa.

—A quemarropa. Consigues puntos por eso.

—El tiempo es dinero, Burnett —respondió sin dudarlo ni un segundo—. Creía que tú de entre todos lo sabías.

Mi pene reacción a su actitud. Esta chica me hacía cosas, incluso desde el otro lado de mi escritorio. Ella era un desafío, una mujer que daba lo mejor de sí misma y no titubeaba al hacerlo.

—Tienes razón. El tiempo es dinero. Y no, no va a haber ninguna incomodidad entre nosotros. No hay razón para que la haya, ¿verdad? No ha pasado nada.

—No. —Ella sonrió, levantando su vaso hasta sus labios llenos y dejándolo colgando allí—. Siguiente pregunta entonces. Hablaste con Lucas ayer, ¿verdad?

Atrapado.

Me encogí de hombros, tratando de poner una expresión inocente.

—Sí, hablé con él.

Sonriendo, inclinó la cabeza y asintió despacio.

—Lo sabía. ¿Qué le dijiste?

—La verdad —admití, animado por la sonrisa de sus deliciosos labios. Por un momento temí que me acusara de interferir, pero no parecía que estuviera justificado—. Quería que supiera por qué estás aquí. A veces es denso para comprender las cosas. Necesitaba que se lo explicara.

—¿Acabas de llamar denso a tu mejor amigo? —Se rio, acercando su barbilla al pecho.

Me encogí de hombros.

—En este caso, es la verdad. Nunca lo habría descubierto si no se lo decía directamente.

—Bueno, gracias —dijo—. Te debo una.

—No me debes nada. Estaba feliz de hacerlo. Solo espero que las cosas mejoren entre ustedes dos. Él también lo quiere, ¿sabes? Solo que no necesariamente sabe cómo hacer que suceda.

—Lo resolveremos —dijo con confianza, pasando el cabello por encima de su hombro—. Bien, bueno, probablemente debería irme. Gracias por la charla y por hablar con Lucas. —Levantándose de la

silla, agarró su café—. Gracias por esto también. Puede que me hayas salvado la vida con esto. Me he estado muriendo por Joe's.

Una risita salió de mi boca.

—Eso es un poco dramático, ¿no crees? En realidad no habrías muerto.

Su cabeza rebotó de un lado a otro como si en serio lo estuviera considerando. Luego se encogió de hombros.

—Por suerte, nunca tendremos que averiguarlo. Así que, gracias por eso también.

—¿Algo más que quieras agradecerme ya que estamos en ello? —No pude evitarlo, a pesar de la seriedad de nuestra conversación anterior sobre nuestra situación y de haber hablado con su hermano sobre algo que me había dicho en privado. Quería joderla ahora—. ¿Como un par de orgasmos, tal vez?

Los ojos de Lia se abrieron mucho antes de que pestañeara inocentemente.

—No estoy segura de saber lo que quieres decir. Nunca ha pasado nada entre nosotros, ¿recuerdas?

—Estaré encantado de refrescarte la memoria —le ofrecí en broma, aunque mi pene esperaba que lo aceptara—. Sé que hay mucho más de donde esos vinieron. De hecho...

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señor Burnett —dijo, tomándome desprevenido.

¿Qué fue eso del señor Burnett? ¿Estábamos haciendo un juego de roles o algo así? Mi pene se movió, creciendo contra mi cremallera. El juego de roles no era exactamente lo mío, pero cualquier tipo de juego con Lia podría seguirlo.

—Mi error, señorita Vang. Deben ser sueños lo que estoy recordando. —Fingí rascarme la barbilla entre el pulgar y el índice.

Lia consideró lo que dije antes de ladear su cabeza, inclinándose ligeramente.

—Cuéntame más sobre estos sueños.

—Soy más un tipo de espectáculo que de narración.

Dios mío, ¿qué diablos estamos haciendo?

Fuera lo que fuera, Lia parecía estar disfrutándolo, porque sus labios se cerraron en una sonrisa.

—Si sigues con tus líneas, me voy a reír a carcajadas. Es una advertencia justa.

Chasqueé los dedos.

—Demonios, me atrapaste. ¿Qué tal si yo te muestro tus líneas y tú me muestras las mías?

—Estoy segura de que conozco muchas de las tuyas. —Su sonrisa se amplió.

La diversión mezclada con la lujuria puso una interesante chispa en sus ojos. Ella levantó su mano y sus ojos se fijaron en su reloj antes de abrirse de par en par.

—Oh cielos. Voy muy tarde. Blake me va a matar. Sin embargo, esto fue divertido. Nos vemos, Roman.

—Sí. —Carajos. ¿Qué se suponía que debía hacer con esta erección que estaba creciendo ahora?—. Nos vemos por ahí.

Estaba casi en la puerta cuando se dio la vuelta de repente, mirándome por encima del hombro.

—Última pregunta rápida. Sé que hablaste con Lucas, pero ¿también hablaste con tu padre?

Fruncí el ceño.

—Ahora soy yo quien no tiene ni idea de lo que estás hablando.

Sus ojos se entrecerraron por un momento.

—Oh, claro. Bien. Me llamó a su oficina ayer. Me preguntaba si tenías algo que ver con eso.

—Para nada.

¿De qué podría haber querido hablar papá con Lia?

Abrí la boca para preguntarle, pero ella ya estaba saliendo por la puerta.

Ir tras ella al piso de entrenamiento solo para averiguar lo que le dijo llamaría demasiado la atención. Me conformé con la otra opción que tenía.

Papá estaba sentado detrás de su escritorio cuando entré, apenas levantó los ojos para ver quién era antes de dejarlos caer de nuevo a su papeleo.

—Roman.

—Escuché que tuviste una charla con Lia Vang ayer.

No tenía sentido andarse con rodeos.

Finalmente me miró, con una línea que se formaba entre sus cejas.

—Sí, tuve una charla con ella. Miré el trabajo que ha estado haciendo después de ver su nombre en los documentos de Morrison. Me gustó lo que vi.

—Bien.

Aun así, ¿por qué llamarla?

Como si pudiera leer mis pensamientos, se encogió de hombros.

—Te salvó el culo con Boyd Morrison. Pensé que merecía saber que su duro trabajo no fue pasado por alto.

—Seguro.

¿Desde cuándo hacía eso? Frotarme la basura de un cliente en la cara era muy común en él, pero hablar con reclutas de primer año en su primer mes de trabajo no lo era.

—¿Algo más? —preguntó bruscamente.

Sacudí la cabeza.

—No. Solo estoy comprobando.

Al girar para irme, la voz de mi padre sonó detrás de mí.

—Sabes, Roman, deberías ser más como Lia. Ella es aguda y trabajadora.

No lo dijo, pero podría haberlo hecho: "No como tú, Roman. Eres perezoso y aburrido". Pero lo dejé pasar.

La misma porquería, diferente día.

Salí de su oficina sin decir una palabra más.

Capítulo Dieciocho

LIA

Después de mi conversación con Roman el miércoles, el resto de ese día y del siguiente se prolongaron. Me encontré revisando los ascensores de nuevo cuando escuchaba una parada en nuestro piso.

Se volvió una rutina molesta. Pensaba que desarrollaría un calambre en mi cuello por eso. Mi cabeza giraba hacia esas cosas al menos doce veces al día, si no más.

La gente de este edificio era muy perezosa. ¿Era demasiado pedir que empezaran a subir por las escaleras en su lugar?

Me lo pregunté mientras estaba de pie en uno de los ascensores. Me sonreí a mí misma, puesto que no estaba tomando las estúpidas escaleras, no con estos tacones. Eran muy bonitos, todos rojos y sexys, pero no funcionales. Tan pronto como caminé con ellos por la acera, los declaré inútiles. Pero gracias al cielo tenía un par de zapatos en mi bolso con mi nombre en ellos.

La cabina del ascensor se detuvo en demasiados pisos durante su descenso, dejando que me preguntara si alguien más era tan neurótico como yo acerca de la llegada a sus pisos. La cosa era que, por mucho que lo intentara, no podía dejar de hacerlo.

No quería sentir tanta necesidad de ver a Roman, pero lo hacía. Vine a la ciudad para reconectarme con Lucas, pero era con Roman con quien me conectaba. Él también era un pedazo de mi infancia, pero el equivocado.

Aunque no se sintió mal mientras estuve con él. Se sentía demasiado bien, como si fuera bueno para mí. Y bromear con él fue el mejor momento que tuve desde, bueno... desde que me lo cogí.

¿Quién sabía que Roman Burnett podía ser tan divertido? Para ser justos, mi hermano probablemente lo sabía, pero yo no. Sin embargo, era divertido, ingenioso, y de pensamiento rápido. Si no me hubiera dado cuenta de que ya me había retrasado treinta minutos ayer en su oficina, habría terminado quedándome allí con él todo el día.

Realmente debía haber un defecto en él. En secreto, siempre esperé que fuera su pene, pero ahora sabía que no era eso. También esperaba que fuera su destreza sexual, pero me demostró que estaba equivocada.

Así que, era caliente como la lava, agudo como una tachuela, un billonario, una leyenda en la industria, fenomenal en la cama, tenía un pene divino, y aparentemente, era agradable y divertido también. Si alguna vez intentaba volver conmigo, estaría jodida. No era lo suficientemente fuerte para decir no a todo eso.

No lo habría sido si no hubiera sido mi primer amor, al que tanto quería apegarme ahora.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que casi me quedo en el ascensor cuando llegamos al vestíbulo. Regresando a la realidad cuando mis compañeros desembarcaron, me abrí camino a través de los pisos de mármol con mis tacones de tortura.

Quedarme quieta en el ascensor me hizo sentir el pellizco mucho peor de lo que había sido antes.

No podía esperar a quitármelos.

En cuanto salí al aire fresco de la tarde, me detuve y me apoyé en el lateral del edificio. Estaba levantando mi pie izquierdo cuando me di cuenta de que ya no estaba sola. Regina había salido del trabajo hacía una hora, pero yo tenía cosas que quería terminar antes de despegar, así que supe que no era ella.

Me tomó dos segundos darme cuenta de eso y otro más para notar el punzón de la conciencia viajando a través de mi piel.

Roman.

Demonios.

—Parece que te atrapé con las manos en la masa. —Podía oír la sonrisa en su voz incluso antes de mirar hacia arriba para ver que estaba, de hecho, firmándome fijamente.

Bueno, ¿no es esto humillante? Se veía tan fresco y perfecto como si acabara de salir de la ducha, usando otro traje hecho a la medida y una camisa azul profundo que resaltaba más sus ojos.

Yo, por otro lado, me había visto en el espejo del ascensor. Parecía que acababa de tener un día de trabajo de doce horas. Mi maquillaje, lo poco que me molesté en ponerme para empezar, había

desaparecido hacía tiempo. Mis ojos estaban un poco rojos, y mi cabello estaba colgando flojo. Oh, y no olvidemos que estaba de pie con mi zapato en la mano y un viejo zapato negro tirado en la sucia acera delante de mí.

Vaya, glamur.

Aunque me negué a que me viera sudar.

—¿En mis zapatos? ¿Es lo mejor que tienes?

—No —contestó felizmente, pero no dijo nada más al respecto—. ¿Qué estás haciendo, exactamente?

—Cortando el césped —me burlé, deslizando el pie en el zapato. Hubo un breve debate interno, pero Roman me había visto desnuda con una iluminación horrible, y como una adolescente torpe y regordeta. Tendría que lidiar con que yo usara zapatos viejos—. ¿Qué parece que estoy haciendo?

—Desvestirte en público. —El humor se le hizo evidente cuando finalmente tuve ambos pies plantados con firmeza en unos zapatos que no intentaban comerme.

—¿Desvestirme? ¿En serio? ¿Quién dice eso?

Se rio.

—Yo. Roman Burnett. Creí que habíamos hablado ayer, pero ¿de verdad tienes problemas de memoria? ¿Necesito recordarte quién soy?

Puse los ojos en blanco, pero las comisuras de mis labios se convirtieron en una sonrisa.

—No es necesario. Eres el bastardo engreído para el que trabajo, que solía ser el bastardo engreído que andaba por mi casa ignorándome todo el tiempo.

—No te ignoraba —protestó.

Levanté una ceja.

—No creo que yo sea la que tiene problemas de memoria.

—Bien. —Se encogió de hombros—. Era un adolescente idiota en ese entonces. Todos los adolescentes son idiotas, ¿no lo has oído?

—Sí —respondí alegremente—. Solo quería oírte decirlo en voz alta. ¿Por qué me seguiste hasta aquí?

Burlándose, sacudió la cabeza.

—No te estaba siguiendo. Te vi aquí de pie desnudándote y pensé que podría venir a ofrecerte una mano.

—Siempre un caballero —murmuré, luchando contra otra sonrisa.

Si alguien me hubiera dicho que la única persona en Nueva York que podía hacerme sonreír tanto y tan a menudo sería Roman, habría pensado que me había vuelto loca.

Loca por él, tal vez, pensé secamente antes de regañarme a mí misma. *No. No. No por él, por cierto miembro suyo con el que sabe qué hacer.*

Roman se aclaró la garganta, ofreciéndome su brazo como el caballero galante que no era.

—Me alegro de haberte alcanzado, en realidad. Iba a llamarte más tarde. ¿Ya tuviste la oportunidad de hacer turismo?

—En realidad no —admití—. Tengo este conductor de esclavos como jefe, que me mantiene en la empresa los fines de semana. Me he centrado en el trabajo más que en tener una vida social.

—Qué lástima. Recuérdame hablar con este explotador pronto. Mientras tanto, ¿quieres acompañarme a hacer turismo?

—¿Quieres mostrarme la ciudad? —Sentí que las preguntas salían de mis ojos.

¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué significa esto?

No las respondió, aunque le vi reconocer mi mirada interrogadora.

—Por supuesto, es una gran ciudad para lucirse. La más grande del mundo.

—¿Y tú eres el indicado para eso? —pregunté, dejando de lado temporalmente todas las preguntas que tenía sobre sus motivos para hacer esto.

Asintiendo, me tomó la mano y la metió en su codo que aún estaba esperando.

—Por supuesto que sí. Conozco todo de esta ciudad.

—Bien —estuve de acuerdo, un poco indecisa acerca de pasar más tiempo con él. Por mucho que haya querido verle en el trabajo todo el día, ahora que sugería que pasáramos tiempo juntos, estaba nerviosa por alguna razón—. ¿Qué tienes en mente?

—La comida primero —respondió, sin dudar en absoluto por su parte—. Sé dónde encontrar la mejor pizza. Después de eso, decidiremos. Estoy de ánimo para una película al aire libre, tal vez.

—¿Te gustan las películas al aire libre?

Asintió, mostrándome una sonrisa irónica.

—Las películas de terror de medianoche en el parque resultan ser un placer culposo para mí.

—¿Medianoche? —Casi rechiné—. Es una semana de trabajo.

Y también, ¿horror? No era aprensiva, pero sabía que me asustaría caminando todo el camino de vuelta al apartamento yo sola después de eso. Si los asaltantes olieran el miedo como algunos creían que lo hacían, yo sería un objetivo principal.

Roman frunció el ceño, doblando su brazo bajo mi mano.

—En realidad no empiezan a medianoche, pero ¿quién tiene miedo de una noche larga? Vale totalmente la pena la falta de sueño.

—Una noche larga y una película de terror —reflexioné, quitando mi mano de su brazo. Era demasiado tentador apretarla—. Acabo de recordar que tengo que lavarme el cabello esta noche.

Roman se rio.

—Mentira. Vamos, te prometo que te mantendré a salvo durante la gran película de terror.

—Eso no suena como una petición.

Se encogió de hombros.

—Eso es porque no lo fue. Te vienes conmigo, Vang. Ya es hora de que alguien te venda la idea de Nueva York.

No necesitaba que me la vendieran más de lo que ya estaba, pero podría ser divertido verle intentarlo. Cepillando mis dudas anteriores sobre pasar más tiempo con él, volví a poner mi mano en su brazo tentador.

—Bien, pero tú vas a comprar la pizza. Solo soy una recluta, ¿sabes?

—Trato hecho. —Sonrió, comenzando a avanzar por la acera.

La pizzería a la que me llevó aparentemente no era muy conocida, pero las pizzas resultaron ser divinas. Tenían la proporción perfecta entre la corteza, la cobertura y el queso, y se cocinaban a

leña. Roman y yo hablamos durante toda la cena, y me sorprendió lo fácil que era hablar con él.

Después de la cena, pagó y puso su mano en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba fuera del restaurante. Era totalmente innecesario, ya que solo había una salida, pero el movimiento envió un pequeño escalofrío a través de mí de todos modos.

Cuando llegamos a la acera de nuevo, me volví hacia él.

—Bueno, gracias por esta noche. Fue divertido. Oh, y por cierto, esa pizza tiene que ser la mejor de la ciudad. No puedo imaginar que sea mejor en ningún otro lugar.

—Yo tampoco —dijo, pero tuve la sensación de que no estaba hablando necesariamente de la pizza—. ¿Pero cómo que gracias por lo de esta noche? Esto es solo el comienzo.

Capítulo Diecinueve

ROMAN

Si hubiera sabido que Lia era tan divertida, no la habría ignorado en el instituto, sino todo lo contrario, habría sido mi mejor amiga en lugar de su hermano. Lucas era el mejor, pero Lia lo superaba con creces.

Bueno, habría sido mi mejor amiga durante cinco minutos, y luego la habría hecho mía. Así que probablemente fue lo mejor que no la hubiera conocido en ese entonces.

Le habría roto el corazón porque no era inmodesto decir que eso es lo que hacía, y entonces ¿dónde estaríamos ahora? Definitivamente no con un par de cervezas y una botella de vino fuerte después de una película de terror de categoría B, ni tomando shots en un bar cerca del parque.

Lia levantó su pequeño vaso, lleno solo de lo que el camarero sabía, con una sonrisa ligeramente borracha en sus labios.

—Por ti, por ampliar mis horizontes al presentarme la película más horrible conocida por el hombre.

Choqué mi vaso con el de ella y lo tragué al tiro. Me quemó hasta el fondo, a pesar de que la cerveza y el vino adormecieron un poco su descenso.

—Demonios, esto está fuerte.

Lia se balanceó un poco, asintiendo con una sonrisa pegada en sus labios.

—Pero sabe tan bien. Me va a hacer sentir terrible mañana por la mañana, pero solo se vive una vez, ¿verdad?

—Sí, cierto —estuve de acuerdo, alcanzando mi vaso otra vez—. Por tu jefe de esclavos, que finalmente te dejó salir a jugar.

—Brindaré por eso. —Nuestros pequeños vasos tintinearon de nuevo, y luego hicimos la siguiente toma—. Ordenar todo esto creo que fue una mala idea.

Vi la línea de tragos que habíamos ordenado cuando entramos. Cinco cada uno. Lia me apostó que podía beber más que yo porque

había sido estudiante más recientemente. Le recordé que tenía más de unos kilos de más que ella y un hígado de acero.

Afirmó que el suyo era de hormigón y ordenó los tragos de todos modos. Dos menos, quedan tres, y nuestras cervezas ya se están rellenando. Pero con su declaración, ya no parecía tan segura del hígado de cemento.

—Quizás deberíamos regalárselos a alguien en el bar. —Miré a los otros clientes que nos rodeaban. El lugar no estaba muy lleno. Solo había un puñado de gente alrededor y un grupo de chicos jugando al billar en una mesa cerca de la pared trasera. Levantando las manos para taparme la boca, grité—: ¿Quién ha tenido una semana horrible hasta ahora?

Algunas personas se rieron, pero uno de los chicos de la mesa de billar gritó, alzando una de sus manos.

—¡Yo!

Lia se rio y me acercó los seis tragos. Los recogí con ambas manos y se los llevé a los chicos.

—Entonces esta ronda es para ustedes.

Cuando volví a la barra, Lia bebió su cerveza y me miró con esos ojos verdes bosque, levemente nebulosos.

—Eso fue muy amable de tu parte. Amable con nosotros, y amable con ellos.

—Soy un tipo amable. —Sonreí, sabiendo que estaba a punto de contradecirme.

No lo hizo, lo que me demostró una vez más que esta chica sabía cómo mantenerme alerta.

—Cuéntame sobre tu vida después de que te fuiste de Texas.

—No hay mucho que contar —mentí. Empacar y dejar ese lugar fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer, y saber que era para ir a vivir con mi padre lo hizo mucho peor—. Terminé la secundaria en unos tres estados más después de que me fui, y luego fui a Harvard con Lucas. Pero eso ya lo sabías.

—La versión que dice la prensa, ¿eh? —Ella ladeó la cabeza—. ¿Tres estados más? Eso es duro.

—Como la arena en el culo —estuve de acuerdo.

Lia estalló en risa, extendiendo su mano para agarrarse a mi brazo cuando se balanceó de nuevo.

—Creo que debería irme. —Mis cejas saltaron en mi frente, pero antes de que pudiera comentar, me detuvo—. Quiero decir, vamos a nuestra próxima parada. Necesito un poco de aire fresco, a menos que quieras llevarme a casa.

—No tengo problemas para llevarte a casa.

Puso los ojos en blanco.

—De todas formas, me prometiste hacer turismo, y hasta ahora solo he visto una pizzería, un par de calles, una licorería, un parque y un bar. Oh, eso en realidad es mucho.

—Pero espera. —Extendí los brazos a los lados e hice algo de jazz con los dedos. Tal vez estaba más emocionado de lo que me daba cuenta—. Hay más.

—Serías un horrible presentador de un anuncio —se burló con una sonrisa, caminando delante de mí mientras salíamos del bar.

Puse mi mano en la parte baja de su espalda otra vez, sin tener idea de por qué seguía haciendo eso.

—Creo que sería excelente en eso —argumenté—. Soy excelente en la mayoría de las cosas que intento.

—Excepto por ser modesto, aparentemente —murmuró, pero la escuché.

—¡Ja! —bromeé—. ¿Me conoces? No hay mucho por lo que ser modesto, querida.

Volviéndose hacia mí una vez que estuvimos en la acera, me empujó juguetonamente el pecho.

—Tienes el ego más grande que jamás haya visto.

—No es lo único que tengo que sea más grande de lo que ya has visto —bromeé.

Sus ojos se pusieron exageradamente en blanco, cuando una risa tintineante se escapó de sus labios.

—Nunca dije eso. Además, recuerda, no he visto nada.

—Oh sí, lo de la pérdida de memoria. —Incapaz de resistirme, probablemente gracias a los tragos cual gasolina, la agarré de la mano y la tiré a mi pecho—. Permíteme recordarte.

—Podrías convencerme —susurró justo antes de que mis labios se chocaran contra los suyos.

La besé con fuerza, enredando mis dedos en el cabello de su nuca y sosteniéndola hacia mí.

Sus labios se separaron para mí como el Mar Rojo, con un suave gemido que me incitó a besarla con más necesidad. Tenía un leve sabor a alcohol en su lengua, pero todavía podía saborear la dulzura que era solo ella.

En la oficina el domingo, su sabor me enloqueció, y no lo estaba haciendo menos ahora. Una vez que los dos quedamos sin aliento y a punto de empezar a cogernos en la acera, la solté.

—Recuérdalo esta vez, ¿quieres? —susurré.

—No lo sé. —Las comisuras de sus labios se elevaron con una sonrisa tímida—. Puede que tengas que refrescar mi memoria de nuevo en algún momento. He bebido mucho, ¿sabes?

—Oh, lo sé. —Sonriendo, le tomé la mano y la arrastré hasta la acera para llamar un taxi—. Próxima parada, Times Square.

La llevé a algunos lugares más antes de que me dijera que no podía aguantar más.

—Demasiadas luces. Voy a dormir como una bebé sobreestimulada esta noche.

—¿Eso significa que vas a dormir bien?

Se rio.

—Significa que no voy a dormir nada.

—Puedo ayudarte con eso. —Sonreí, recibiendo el impacto de un golpecito en el pecho—. Pero en serio, debería llevarte a casa. ¿Dónde vives?

—Llévame a tu casa.

¿Había mencionado que esta mujer no dejaba de tomarme desprevenido? Al principio pensé que estaba bromeando, pero cuando la miré, había un calor inconfundible en sus ojos.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Me incliné y le di mi dirección al taxista.

Lia me tomó la mano mientras hablaba y la sostuvo durante todo el camino a casa.

La anticipación corría por mis venas y se asentó directo en mi entrepierna. Ella siguió dibujando estos patrones en la piel entre mi pulgar y mi índice, y mi mente fue directamente a sentir cada uno de esos suaves golpes en mi pene.

Me gustaba, y mucho. Tanto que tuve que poner la palma de mi mano sobre mi bulto mientras pasábamos por una parte oscura del camino. Me presioné para aliviar la necesidad, pero mi pene palpitaba impaciente. Moría por sentir su mano en él.

Los ojos de Lia cayeron en mi miembro al mismo tiempo que intentaba ajustar las cosas, y una sonrisa sexy y sabia se extendió en sus labios, pero no dijo ni una palabra.

Cuando llegamos a mi apartamento, abrí la puerta y la hice pasar delante de mí.

—Bienvenida.

Se adentró en el espacio oscuro mientras yo caminaba hacia los interruptores de luz. Encendiéndolos, me volví para preguntarle si quería otro trago, pero lo que vi me dejó absolutamente atónito. Si creía que estaba duro en el taxi, ahora mi excitación había llegado a niveles inimaginables para mí.

Mi mandíbula se aflojó y casi cayó al suelo. ¿Dónde diablos estuvo esta mujer toda mi vida?

En los pocos segundos que me llevó encender las luces, Lia había empezado a quitarse la ropa. Su abrigo y su camisa ya estaban a sus pies; y mientras yo la miraba, sus ojos verdes ardientes se encontraron con los míos al mismo tiempo que se quitaba los pantalones.

El juego estaba en marcha.

—Mantén tu panti puesta. Voy a ser yo quien te la quite, con mis dientes.

Capítulo Veinte

LIA

En una de las tantas revistas para mujeres que antes hojeaba, leí algunos artículos que decían que a muchas les gustaba desnudarse para sus hombres. Aparentemente, eso les daba algún tipo de estimulación.

Recuerdo que me horroricé cuando lo leí la primera vez. Desnudarse ya era una cosa, pero desnudarse para una sola persona en un ambiente tan íntimo sin luces que te cieguen, y ser capaz de ver cada reacción en la cara de esa persona era totalmente aterrador.

A diferencia de la mayoría, yo respetaba a la gente que tenía la autoestima necesaria para desnudarse para los extraños, en serio. Había oído todos los argumentos de que era una profesión nacida de la desesperación, pero cualquiera tenía que admitir que se necesitaban agallas al quitarse la ropa para el disfrute de los demás.

Mi autoestima no faltaba de ninguna manera, pero nunca en cien años tendría la confianza de desnudarme para un solo hombre.

Los tragos que Roman y yo tomamos antes, probablemente tuvieron algo que ver con esta nueva confianza, pero no estaba de ninguna manera borracha. Ya no, de todos modos. Había estado en camino antes, pero estuve sobria durante las horas desde que tomamos nuestros últimos tragos.

Ahora solo había una persistente sensación de coraje líquido, y una abrumadora necesidad de tentar esa hambre primitiva que se deslizaba en los ojos de Roman cuando me vio desnuda.

A veces, cuando tenía tiempo, leía una que otra novela romántica. Leía escena tras escena donde el protagonista devoraba a su chica con una mirada. Nunca pensé que fuera posible que un hombre devorara a una mujer solo con sus ojos. Hasta que conocí a Roman.

Ahora sabía que no solo se podía mirar de esa manera, sino que era tentador, e incluso adictivo. Nunca me sentí más sexy que

cuando me miró así, y después de una noche cargada de electricidad sexual chispeante, lo necesitaba.

Roman, por fortuna, era más que fiable en ese sentido. Encendió las luces de la caverna de su ático, y cuando se giró para ver mi ropa golpeando el suelo, su mandíbula casi lo hizo también.

Esa mirada que anhelaba más que mi próximo aliento, voló a sus ojos a la velocidad de la luz. Sus pupilas se dilataron, y sus párpados se hicieron más pesados. El deseo viajó de sus ojos a los míos, atravesando mi cuerpo y asentándose en el ápice de mis muslos.

—Mantén tu panti puesta. Yo seré el que te las quite, con mis dientes.

Su voz era más profunda y ronca que de costumbre, lo que envió un escalofrío de anticipación a través de mí, uniéndose a los espasmos de deseo que me hacían doler por él. Sabía que muy pronto escucharía esa voz contra mis oídos.

Le mostré una sonrisa descarada.

—Si quieres tomarla, mejor ven a hacerlo. Porque de lo contrario, se caerá en tres segundos.

Acechando hacia mí como una pantera, su mirada se centró en la mía y me mantuvo arraigada en el lugar.

Demonios, ¿cómo es que es tan increíblemente sexy?

—No te la quitarás ahora que sabes que quiero hacerlo. Sobre todo cuando que sabes cómo planeo hacerlo.

Cielos. Él tenía razón. Quería desesperadamente que lo hiciera. Con sus dientes, nada menos. Iba a ser un desastre, o estúpidamente erótico. Pero conociéndol0, estaba dispuesta a apostar por la segunda opción.

Sus dientes rozaron el interior de mi muslo izquierdo mientras arrastraba el encaje negro.

—Me encanta lo dulce que hueles cuando te excitas —murmuró Roman, liberando un aliento contenido.

Allí mismo, se agachó en el suelo y me abrió las piernas con sus amplios hombros.

—Roman —jadeé mientras movía su cabeza entre mis piernas.

Me tambaleé un poco, inestable con su hermosa cara enterrada en mi lugar más privado, pero me tenía. Me rodeó la cadera con un

brazo y me sujetó con fuerza.

Grité cuando empezó a comerme como un muerto de hambre en un restaurante de cinco estrellas otra vez. Alguien debería darle una o tres estrellas doradas por su entusiasmo y desempeño, porque tenía habilidades increíbles.

No dejaba de lamerme; suave, como solo pueden hacerlo los grandes hombres que saben lo que hacen, y al mismo tiempo era perfecto, exquisitamente rudo. Mi interior estaba apretado, suplicando ser llenado.

No tuve que decir ni una palabra. Roman solo sabía lo que necesitaba y cuando. Casi tan pronto como el pensamiento entró en mi cabeza, él deslizó dos dedos gruesos en mí y comenzó a moverlos rítmicamente.

Perdiendo la noción del tiempo y de mí misma, gemí y me aferré a sus hombros mientras me volvía completamente loca. Al bombearme más fuerte con sus dedos, su boca se sentía como si estuviera en todas partes a la vez.

No solo me lamía el clítoris, sino que pintó todo mi sexo con su lengua, burlándose de cada nervio hasta el límite.

La tensión se anudó dentro de mí, acumulándose mientras él continuaba implacable. Casi grité cuando la presa explotó, pero me las arreglé para detenerme, y el sonido se liberó como un coro de gemidos en su lugar. Jadeé, recibiendo sus dedos y cogiendo su cara mientras mis propios dedos se retorcían en las suaves hebras de su cabello.

Cada golpe de su lengua acompañado con el empuje de sus dedos, fue jodidamente magnífico, mientras el placer recorría mi cuerpo en una ola tras otra.

Las ondas de choque del orgasmo se desvanecieron poco a poco, y una cantidad indeterminada de tiempo después, Roman se puso de pie. Empecé a temblar, pero sus grandes brazos ya estaban allí envolviéndome, mientras susurraba palabras sexys en mi oído.

—Dios, eres hermosa cuando acabas. Quiero verlo una y otra vez. Estás bien, gatita. Solo respira. Te tengo.

Me tiró contra su pecho, acariciando mi cabello mientras murmuraba. Me di cuenta una vez más de lo grande que era, de lo

mucho que se sentía como una pared de ladrillo, y de lo duro que estaba su pene; lo que por supuesto hizo que me diera otro escalofrío. Incluso cuando todavía estaba completamente vestido.

—¿Tiemblas de frío o necesidad? —Se retiró lo suficiente para mirarme a los ojos, con una interesante mezcla de preocupación, petulancia y necesidad de luchar por mi atención en sus ojos.

—Ambos —respondí, llevando mis manos a los botones de su camisa para empezar a desabrocharlos. Me dejó separar dos de ellos a través de sus agujeros antes de levantarme de repente y tirarme por encima de su hombro al estilo cavernícola—. ¿Qué estás haciendo?

—Dijiste ambas cosas, lo que significa que hace demasiado frío para que te quedes aquí desnuda, y no voy a volver a ponerte la ropa. Encenderé un fuego para nosotros más tarde. Por ahora, vamos a un lugar más cálido.

Se fue por el piso de su sala de estar, y mientras colgaba en su hombro, noté su vestíbulo de entrada, sala, y el comedor que se abría a su cocina, lo que era más grande que todo mi apartamento. Las paredes y los pisos eran blancos, mientras que los muebles eran de madera oscura y cuero oscuro con detalles de metal. ¡Vaya lugar para ser de un hombre!

No tuve mucho tiempo para detallarlo, mientras me llevaba por un pasillo. Conté cuatro puertas antes de que me llevara a través de una quinta y finalmente me dejara sobre una cama del tamaño de mi cocina.

—¿Tienes una familia que debería conocer? —pregunté cuando me di cuenta de lo extenso que era el asunto.

Sus cejas se arrugaron y dejó de hacer lo que estaba haciendo; lo que fue desafortunado, porque estaba a punto de aflojar el último botón de su camisa.

—¿Qué?

—Tu cama es lo suficientemente grande para una familia de seis —respondí, y luego hice un movimiento de rotación con mi mano—. Por favor, no dejes que te distraiga de la tarea que tienes entre manos.

—Nada me va a distraer de esto —dijo, y finalmente se quitó la camisa, revelando ese hermoso y cincelado torso, con las perfectas líneas de "cógeme" que planeaba seguir.

Oh, hola, viejos amigos. Los eché mucho de menos.

Miré abiertamente mientras se ocupaba del resto de su ropa, tragando cuando su grueso y largo pene se hizo visible. Estaba tan duro y tan preparado, que gemí suavemente solo al verlo. No entiendo cómo Roman se las arreglaba para actuar con tanta calma cuando estaba tan excitado.

Sin embargo, mi gemido rompió el control que tenía sobre sí mismo. De repente, cada vestigio de hombre frío y sin afectación desapareció, y un hombre de sangre caliente y muy listo lo reemplazó. Se arrastró sobre mí, haciéndome sentir pequeña y delicada.

—Demonios, me vuelves loco cuando haces ruidos como ese —dijo, con la voz tensa y los músculos ondulantes.

Al llegar a su mesita de noche, sacó un condón y se lo puso. Probablemente deberíamos tener una conversación sobre eso, en algún momento, si íbamos a seguir haciendo esto.

Roman se alineó con mi entrada y me miró profundamente a los ojos, mientras se dirigía a mi abertura. La sensación era eléctrica. Moví mi cadera al mismo tiempo que la suya, amando la plenitud que sentí con su pene dentro de mí mientras anhelaba más.

Sabía lo que podía hacerme sentir cuando se movía de verdad, así que ¿por qué no lo hacía?

Y como si pudiera leer mi mente, dijo:

—¿Podemos tomarnos esto con calma? ¿Tomarnos nuestro tiempo?

—Por favor, no —gemí.

Roman me agarró de la cadera y tiró hacia atrás, tanto que su pene casi se deslizaba fuera de mí. Controlaba cada movimiento que hacíamos y me encantaba, así que me permití disfrutarlo. Quería rogar y suplicar por él, pero tampoco quería apresurarlo. No quería apresurar esto.

Además, él ni siquiera había acabado todavía. Yo sí. Si aun así podía reunir la fuerza de voluntad para ir despacio, yo también.

Empezó a moverse correctamente entonces, volviéndome loca mientras nuestros cuerpos se mecían juntos.

Cuando nos llevó al límite, nos unimos como el gran final en un espectáculo de fuegos artificiales. Hubo gemidos, maldiciones y gruñidos mientras el placer electrizante corría a través de mí.

La forma en que terminamos, ambos colapsando en su cama con nuestros miembros enredados y nuestra pesada respiración mezclada en el aire, se sintió muy íntima; más que la vigorosa cogida en la que acabábamos de participar. Deslizándome lo suficiente para que su trasero estuviera en el colchón en vez de en el aire, apoyé mi cabeza en su pecho y cerré los ojos.

Su corazón golpeaba contra mi oído, en su ritmo que coincidía con el mío. Era bueno saber que estábamos en la misma página. Inesperadamente, su mano se metió en mi cabello y empezó a acariciarlo casi con amor.

Es solo un reflejo. No lo hace con amor porque te ame. Cálmate.

No podía permitirme creer que esta cosa con Roman se convertiría en algo más de lo que era. Era capaz de tener sexo casual, pero como cualquier otra, necesitaba recordarme los límites de vez en cuando.

Su voz me asustó, sonando más profunda ahora que podía oírla reverberar a través de su pecho.

—No creo que sea una coincidencia que estés en Nueva York.

Mi corazón se detuvo. El oxígeno se atascó en algún lugar entre mis vías respiratorias y mis pulmones.

—¿Estás insinuando que el destino tuvo algo que ver con esto?

—Tal vez —dijo en voz baja, sonando casi incierto por una vez en su vida.

¡No! ¡No, no, no, no, no!

No podía dejarle ir por ese camino. Si lo dejaba, Roman me arrancaría el corazón del pecho, saltaría sobre él, bailaría sobre él, y luego lo escondería donde nunca lo encontraría de nuevo.

—No fue el destino.

Se quedó callado durante un rato antes de responder.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Porque eres un mujeriego, y yo una reclutada más.

Escucharle decir cosas como estas tocaba mis fibras sensibles. Solía albergar demasiadas fantasías que se parecían demasiado a esto, pero eso era todo lo que eran; sueños inútiles. Fantasías que nunca se hicieron realidad porque la realidad era fugaz y momentos como este nunca duraban. Aunque no podía decirle nada de eso a Roman.

Eventualmente, me conformé con la otra parte de la verdad.

—No es el destino porque no existe tal cosa, Burnett. Creo que esos tragos están jugando con tu cerebro. Duérmete. Todo volverá a la normalidad por la mañana.

Capítulo Veintiuno

ROMAN

Cuando me desperté, supe por la luz del sol que entraba por las ventanas que me había quedado dormido. Era demasiado brillante para ser mi hora habitual de levantarme, lo que significaba que tendría que perder mi entrenamiento de la mañana.

El sol también era lo suficientemente brillante como para enviar pequeños elfos con mazos a mis ojos con sus rayos. Me quejé, recordando repentinamente los tragos de anoche. Eso explicaba que los duendes me martillaran el cerebro y los ojos.

Junto con ese pensamiento vinieron los recuerdos de la chica hermosa con la que compartí dichos tragos, y fue cuando empecé a ser consciente de una calidez a mi lado y en mi brazo. Girando la cabeza despacio para no despertarla, vi el cabello oscuro de Lia esparcido por mi piel y contrastando fuertemente contra mis sábanas blancas.

Un calor que no tenía nada que ver con la luz del sol, sino con despertar con Lia a mi lado, se extendió a través de mí. Cuando le dije antes de dormirnos que no creía que su llegada a Nueva York fuera una coincidencia, no había pensado en el destino.

Sin embargo, tan pronto como dije la palabra, comenzó a sentirse como si fuera exactamente eso. No fuimos unidos de niños, pero nos conocíamos. Después de la secundaria, sin darse cuenta estudió exactamente lo mismo que yo, y luego; de todas las miles de empresas en todo el país para ser reclutada, entró en la mía, y en mi ciudad.

No me parecía una coincidencia. A pesar de sus protestas, se sentía mucho más como el destino, o como una intervención divina, si eso era más su estilo. Incluso aceptando que eligió Nueva York porque Lucas estaba aquí, terminó en mi firma, en mi campo. Programada para unirse a un grupo que yo dirigía. Esas fueron muchas coincidencias para alguien como yo, que no creía en ellas.

Viéndola dormir, lo cual no solía hacerlo con nadie, no pude evitar sentir que estaba destinada a estar allí, en mi cama conmigo.

De ninguna manera estaba diciendo que quería una relación con ella, o con cualquiera, pero quería seguir haciendo lo que estábamos haciendo. Salir con ella era lo más divertido que había hecho en años, y el sexo era fantástico. Sin compromisos y sin resentimientos cuando finalmente siguiera su curso. Solo nosotros dos haciendo lo que hacíamos. Me parecía inofensivo.

Lia se movió, y abrió los ojos con el mismo gesto de dolor que seguramente yo también hice cuando abrí los míos. Se estiró dormida, y sonrió cuando me miró.

—Nota para mí. Puede que no tengas miedo de las noches, pero yo sí. ¿Por qué estamos despiertos tan temprano?

—No es tan temprano, gatita —le dije, sorprendiéndonos a los dos cuando me di la vuelta y le besé la punta de la nariz.

Ella la arrugó, soltando una suave risa mientras me esquivaba.

—En primer lugar, ¡eww! Por el aliento de la mañana. Y también, ¿gatita?

—Me recordaste a un gato antes cuando te estiraste, y como eres una chica, entonces eres una gatita —expliqué—. En cuanto al aliento de la mañana, tampoco eres un picnic.

—Sí, pero no llevé mi boca a tu nariz. —Se rio, llevando la sábana con ella mientras rodaba de la cama—. Hablando de eso, ¿tienes un cepillo de dientes que me puedas prestar?

—Debería haber un par de cepillos de repuesto en el armario del baño. —Señalé la puerta que lleva al baño de mi habitación—. Hazlo.

—¿Me estás dando rienda suelta en tu baño? —preguntó—. Qué confiado eres.

Doblé los brazos detrás de la cabeza después de mullir mi almohada. Estaba muy consciente del hecho de que estaba completamente desnudo y extendido sin ninguna sábana que me cubriera. No me importaba, pero Lia hizo una lenta toma doble que despertó a mi pene.

—Confío en ti. Eres bienvenida a darte una ducha si quieres.

Le dio a mi pene endurecido una larga mirada, lo que aceleró el proceso de crecimiento significativamente.

—Bien, pero voy a cerrar la puerta. Quiero desayunar antes del trabajo, y no sé si confío en tu... eso.

Riendo, sacudí mi cabeza hacia ella.

—¿Mi pene? Puedes decirlo, gatita. Te has convertido en una muy buena amiga suya.

—Bueno, tu pene. —Un adorable rubor se deslizó por sus mejillas mientras decía la palabra—. Mejor que se comporte esta mañana. Tenemos que estar en el trabajo en menos de noventa minutos.

—¿En verdad necesitas tanto tiempo para ducharte? —pregunté, levantándome de la cama y acechándola.

Ella gritó cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y corrió al baño mientras chillaba.

—No, pero necesito una camisa o algo cuando termine para que parezca que no llevo la ropa de ayer.

—Te daré una camisa.

Y antes de que terminara en la ducha, también le di dos orgasmos más, un masaje en la cabeza cuando me ofrecí a lavarle el cabello, y un masaje en los hombros.

Fui a recoger su ropa esparcida en un camino desde la puerta de mi casa hasta mi dormitorio. Ella combinó una de mis camisas de vestir púrpura real con su traje, sacó por arte de magia una bufanda de su bolso de lona, y se deslizó de nuevo en los tacones que me informó que daban sentido a la frase de que la belleza duele.

—Te ves hermosa —afirmé cuando entró en mi cocina.

Me golpeó el trasero cuando pasó a mi lado, y luego metió la cabeza en la nevera.

—Tú tampoco estás tan mal, Burnett.

—Me alegro de que pienses así.

Me puse uno de mis trajes gris carbón, hecho a medida para mí por un joven indio que era un mago absoluto. No sabía si mi camisa azul marino hacía que mis ojos brillaran como los de Lia, pero de todas formas no me miraba a mí mismo. Entonces, ¿a quién le importaba? Seguro que a mí no.

Cocinamos el desayuno juntos y nos sentamos a comer. Había una domesticidad en todo el proceso que sorprendentemente me encontré disfrutando.

—Vas a ser genial para esta compañía —le dije con honestidad después de que me explicara la revisión que quería darle a una de

nuestras plantillas en las que trabajaban los reclutas.

Me miró detenidamente, contemplando algo antes de hablar.

—Hay algo que he querido preguntarte.

No tenía mucho que esconder de ella.

—Dispara.

—¿Por qué empezaste a trabajar en la empresa de tu padre?

Era una pregunta que me había hecho más veces de las que podía contar.

—Siempre supe que quería ser un banquero de inversión. No planeaba necesariamente convertirme en el director financiero, pero fue inevitable. De todos modos, trabajar para mi padre significaba que tenía una vía rápida para hacer dinero decente, así que lo acepté.

Ella asintió despacio.

—Supongo que lo entiendo. Habría hecho lo mismo si hubiera tenido la oportunidad.

Hablamos un poco más sobre el trabajo. Lia admitió que quería subir de rango tan rápido como pudiera, lo que me pareció muy realista en su caso. No tenía ninguna duda de que iba a hacer añicos a nuestros anteriores registros de reclutamiento.

Tampoco era porque yo fuera parcial. Había visto su trabajo, era buena, muy, muy buena.

Terminamos el desayuno, lavamos los platos y nos fuimos juntos a la compañía.

Hice una pausa antes de entrar por las puertas giratorias.

—Lia, vamos a tener que mantener lo que sea que esté pasando entre nosotros en secreto.

—No hay nada entre nosotros, Roman. Por lo tanto, no hay nada que mantener en secreto y nada de lo que preocuparse. Tú eres mi jefe. Eso es todo lo que importa. —Me dio una sonrisa brillante que parecía un poco forzada, se despidió y se fue antes de que pudiera decir algo más sobre el tema.

Apenas había llegado a mi oficina cuando revisé mi reloj. Solo faltaban cinco horas para la hora del almuerzo, o mejor dicho, cinco horas para volver a ver a Lia.

Capítulo Veintidós

LIA

—Siento que no te he visto en toda la semana —dijo Regina.

Era sábado por la mañana y ambas estábamos haciendo café en la cocina, aún en pijama.

Ella había comprado una nueva mezcla con sabor a caramelo y tofe que estábamos preparando, llenando el aire con un enfermizo olor dulce con el rico aroma del café debajo.

A mí me olía muy parecido al cielo. Lo más parecido a lo que imaginé que olería mi cielo, siempre y cuando no oliera ya a Roman. Si cerraba los ojos, todavía podía oler su costosa colonia mezclada con una especia almizclada que era todo él, y todo hombre.

—¿Acabas de gemir? —preguntó Regina, mientras la confusión se apoderaba de sus delicados rasgos.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—No puede ser. Quiero decir, sí. Tal vez un poco. El café huele muy bien.

—Ajá. —Cruzó los brazos, arqueando una ceja bien cuidada—. He oído tus gemidos de café, Mee. Ese no fue uno de ellos. Escúpelo. ¿Qué está pasando?

—Está relacionado con lo que dijiste antes sobre que no nos hemos visto mucho esta última semana.

El fin de semana pasado, estuve trabajando, con Roman y la diversión de la oficina. Durante la semana, a menudo me quedaba más tarde para terminar las tareas que me habían dado, mientras que Regina se iba antes.

—¿Te refieres a la razón por la que no viniste a casa la otra noche? —me preguntó, con sus ojos grises y curiosos.

Asentí, tragando con culpa.

De repente, mi pijama de unicornio se sintió demasiado apretada, como si el agujero del cuello se hubiera reducido varias tallas. Cielos. Regina era mi mejor amiga, pero Roman era nuestro jefe.

—Yo... como que fui a cenar con un amigo.

—¿Un amigo? —La forma en que ladeó la cabeza me dijo que no creía ni por un segundo que eso era todo lo que él era—. ¿Adónde fuiste a cenar de todos modos? ¿A Islandia? La última vez que lo comprobé, la cena no duraba toda la noche. Sin embargo, sabes lo que sí lo hace. El sexo.

—Gracias, Sherlock. —Le hice un pequeño gesto, guiñándole el ojo—. Puede que haya habido algo de eso después de la cena. Después de todo, es el mejor tipo de postre que hay.

Suspiró y luego empezó a reírse.

—No puedo creer que digas eso. No lo es en absoluto. Piensa en todos los postres: el helado, pastel, chocolate, batidos.

El sexo con Roman era, por mucho que odie admitirlo, mucho mejor que todas esas cosas combinadas. Pero lo mejor era seguirle la corriente a mi amiga.

—Hmm, sí, creo que tienes razón.

—Por supuesto que sí. —Me sirvió un poco de café cuando estuvo listo, en mi taza que decía "Me importa un carajo"—. Así que dime, ¿quién es? ¿Y cuándo tuviste tiempo de encontrar un nuevo compañero para el sexo?

—Ya lo conocía —dije, esquiva.

No le llevó ni un minuto conectar los puntos.

—¿Roman Burnett? —Su voz era antinaturalmente alta.

También la mía.

—Sí.

—¿Tuviste sexo con Roman? ¿El súper sexy, súper rico jefe Roman? —Prácticamente estaba chillando ahora.

—Baja la voz. —Mis ojos se dirigieron a nuestro desván antes de darme cuenta de que estábamos solas. Había música a todo volumen de uno de nuestros vecinos, y el ruido se filtraba desde la calle. Sí, probablemente estábamos a salvo sin importar lo fuerte que hablara—. Sí, él.

—¿Cómo?

No lo preguntó de una manera perra, de "¿Cómo una chica como tú consiguió a un tipo así?", sino como un "Dime cada detalle ahora mismo".

—Toma tu café y siéntate —dije—. Esto podría llevar un rato.

Hizo lo que le pedí, y ambas llevamos nuestro café y una rebanada de tostada hacia la sala, donde procedí a informarle de cada detalle sórdido y sexy.

—La primera vez que lo vi, todo lo que pude pensar fue dónde diablos planea meter esa cosa.

Regina reía a carcajadas, escuchando pacientemente e interviniendo con preguntas en las que sentía que yo no estaba dando suficiente información.

—¿De verdad es tan bueno?

Asentí.

—Lamentablemente, sí.

—¿Por qué lamentablemente? —Frunció el ceño—. El hombre parece un dios nórdico, y tú eres la que está cosechando los beneficios de sus talentos. No parece algo de lo que una deba arrepentirse.

—No me arrepiento de haberlo hecho con él. Pero solo quería que hubiera algo malo en él, ¿sabes? Quiero decir, yo estaba loca por este tipo cuando era una adolescente. Solo quería algo a lo que aferrarme para poder tener un momento en el que pudiera ver que él nunca ha sido todo eso que pensaba.

—Pero él es todo eso —argumentó.

—¿De qué lado estás? —me burlé, pero Regina no se rio.

—Siempre del tuyo, pero sinceramente, entiendo por qué querías que tuviera un defecto para poder dejar esa imagen de perfección que siempre has tenido sobre él. Pero ahora que sabes que no lo tiene, ¿en serio es tan malo?

—Tiene defectos —me burlé—. Deberías haber olido su aliento la otra mañana.

Regina se rio, drenando los últimos restos de su café.

—Todo el mundo tiene mal aliento por la mañana. ¿Has olido el tuyo alguna vez? Porque yo lo hice antes, y ¡uf! —Fingió taparse la nariz y se rio otra vez.

Yo me volteé, sonriendo mientras sacudía la cabeza.

—A pesar de todo, tiene un gran defecto que necesito recordar. Es un mujeriego total. Nunca va a sentar cabeza, y yo no quiero un

hombre de todas formas. Soy una mujer profesional, joven, prometedora. Él es una distracción temporal, eso es todo.

—Una distracción temporal, ¿eh? —No hacía falta ser científica de la NASA para intuir que no me creía—. Puedes ser una mujer profesional, joven, prometedora, y tener un novio, ¿sabes?

—No digas esa palabra —gemí, llevando la taza de café a mi frente—. Además, para mí no puede ser nada más que la palabra con "J".

—¿Cuál es la palabra con J? —preguntó.

—Jefe —respondí de inmediato—. O jodedor, aunque ha sido amable conmigo las últimas semanas. Y créeme, lo he visto ser el peor tipo de bastardo que hay.

—No le eches en cara lo que hizo de chico —razonó Regina, pero yo le hice señas para que no siguiera.

—Basta de hablar de él. Bien, una última cosa sobre él. Me llevó a hacer turismo la otra noche, y pensé que podríamos hacer algunas de esas cosas juntas hoy. ¿Te apuntas?

—Siempre. —Se veía muy entusiasmada, rebotando en el sofá—. Creo que empiezo a aceptar a Nueva York después de tu lección de la otra noche. Me gustaría ver más de eso. El viaje entre aquí y el trabajo ya se está volviendo tedioso.

—Grandioso. —Drené mi último sorbo de café y me levanté del sofá, de repente con ganas de salir.

La energía de la ciudad me llamaba, y tenía que hacer algo para olvidarme de cierta persona de cabello rubio y ojos azules.

Llevé a Regina a almorzar a la pizzería que Roman me presentó. Le encantó la pizza tanto como a mí, y programó la dirección en su teléfono. Luego, nos encontramos con todas las grandes atracciones que de alguna manera nos habíamos saltado en nuestro primer día de exploración durante mi cumpleaños.

Nos perdimos entre los turistas en *Times Square*, paseamos por *Broadway*, y vimos un mimo. Comimos rosquillas y tomamos un paseo en ferry para visitar la Estatua de la Libertad. Una cosa que no había hecho con Roman, pero tampoco era la medianoche de un día de semana.

Más tarde, compramos café en un lindo sitio cerca de *Central Park* y lo bebimos junto a la fuente. Hice que Regina fingiera ser una modelo y tomé fotos de ella entre las hojas de colores brillantes mientras me reía gritando instrucciones cliché al azar. "Finge que eres un tigre" o el típico "Hazle el amor a la cámara".

Un tipo mayor con un traje a rayas se detuvo a mirarnos por un minuto, lo cual me pareció muy raro; y cuando se acercó a nosotras, noté que caminaba con brío, con un propósito comercial pero aun así había algo que no me agradaba de él.

—Disculpa —empezó, hablando con Regina—. Soy Sam Hollier de la Agencia Hollier Cross. ¿Eres modelo?

Regina se congeló, abriendo la boca mientras agitaba la cabeza.

—No.

—Deberías serlo —dijo con suavidad, metiendo la mano en su bolsillo y sacando una tarjeta de presentación—. Soy un agente, y me encantaría que pudiéramos concertar una reunión alguna vez.

—No tengo intención de ser modelo —dijo Regina, negándose a tomar su tarjeta—. Gracias por la oferta, pero no.

—Escucha, puedo hacer que te sucedan grandes cosas. —El hombre siguió adelante, mirándola fijamente—. Mi agencia siempre está buscando nuevos talentos, y tú los tienes.

Sus ojos se deslizaron hacia los míos, y pude ver el terror en ellos. Empecé a avanzar para decirle que nos dejara en paz, pero Regina se me adelantó.

Mirando a hurtadillas otra vez hacia mí, cuadriculó los hombros y respiró hondo.

—Escucha, amigo, estás siendo excepcionalmente grosero. Ya te lo dije, no tengo intención de ser modelo. —El hombre abrió la boca, pero ella lo cortó antes de que pudiera decir nada—. Así que como dije, gracias por la oferta, pero no gracias. Estás interrumpiendo un día de chicas con mi amiga a quien no he visto en toda la semana. ¿Puedes dejarnos solas ahora? Gracias.

La emoción me invadió al verla ser tan asertiva. Sabía que lo tenía en su interior. Casi empezaba a aplaudir, pero lo pensé mejor.

Hollier se fue a regañadientes, pero se alejó de nosotras, sacudiendo la cabeza y murmurando en voz baja.

Regina me miró con una amplia y feliz sonrisa.

—Lo hice.

—Sí, lo hiciste. —Corrí y la rodeé con mis brazos—. Estoy tan orgullosa de ti. Fue increíble ver eso.

Cuando la solté, me apretó el brazo.

—Gracias, Lia. Creo que nunca podría haber hecho eso sin ti. Tenías razón la otra noche. Necesito salir de mi zona de confort y regañar a la gente cuando lo necesiten.

—Bien hecho —la animé—. Eso estuvo muy bien hecho.

Se encogió de hombros, pero seguía radiante.

—Probablemente ni siquiera era un agente de todos modos. ¿Viste lo barata que parecía su tarjeta?

Asentí.

—Si realmente fuera un agente, ¿habrías considerado su oferta?

—No —dijo de inmediato—. Lo dije en serio cuando dije que no quería ser modelo.

Sin embargo, ella podría haber sido una si hubiera querido. Con su alto y delgado cuerpo y sus llamativos pero delicados rasgos, la podía ver en la portada de las revistas.

—Lo que sea que quieras hacer, solo debes saber que siempre te apoyaré.

—Lo sé —dijo—. Eres la mejor.

Unimos los brazos y salimos del parque. Me estaba acostumbrando a la disposición de la ciudad, y sabía dónde teníamos que ir sin usar los mapas de mi teléfono.

—Te estás adaptando muy bien aquí, ¿sabes? Estás conociendo la ciudad, eres una súper estrella en el trabajo, has hablado con tu hermano, y tienes un nuevo viejo amigo. Todo se está uniendo.

—Estoy trabajando en todos los frentes. El resto caerá en su lugar cuando tenga que hacerlo —declaré.

Creía firmemente que era la verdad. Nueva York y yo íbamos a hacer grandes cosas juntas. Podía sentirlo en mis huesos, y no podía esperar para que sucediera.

Capítulo Veintitrés

—¿Tienes planes para este fin de semana? —Lia me preguntó, mientras nos dirigíamos al trabajo; una semana después de la primera vez que hicimos el recorrido a la compañía juntos.

Me encogí de hombros, cambiándome en el asiento del taxi que compartíamos.

Mi orgullo y alegría era mi flamante Bugatti, pero Lia se negaba a acompañarme en él. Afirmaba que la gente que nos veía salir de un taxi juntos podía explicarse la situación fácilmente, pero salir de mi auto era demasiado sospechoso.

—La gente comparte taxis todo el tiempo —argumentó cuando la llevé al estacionamiento de mi edificio esa mañana—. Podríamos vivir cerca el uno del otro, o podríamos volver de una reunión temprana, pero salir de tu auto dice que estábamos juntos desde donde veníamos.

—Eso no tiene sentido —le dije, agarrándole la mano y tirando de ella a mi lado—. Podríamos haber estado juntos en la reunión de la mañana y compartimos mi auto también.

—Sí, pero eso parece sospechoso —insistió, pasando con rapidez a mi auto y bajando por la rampa del garaje hasta el nivel de la calle—. Puedes usar tu auto, pero yo voy a tomar un taxi.

—¿No es el metro? —pregunté, sabiendo lo mucho que aún le costaba navegar por el extenso sistema de metro.

Me sacó la lengua juguetonamente.

—No. Quiero llegar al trabajo a tiempo, y si tengo que averiguar cómo usar esa cosa desde tu casa, apenas llegaré la semana que viene.

Y así, sopesando entre conducir mi auto yo solo o un taxi con Lia, me decidí por el taxi. Ya estábamos en la calle, después de todo. Además, significaría al menos otros treinta minutos más con ella.

Esta última semana, habíamos pasado unas cuantas noches más juntos. Mantenerme alejado de ella por un largo período de tiempo

se estaba volviendo cada vez más difícil. Ella era como una droga, y mi pene era adicto.

Vimos otra película en el parque, la llevé a más de mis lugares favoritos, y le mostré más lugares de interés. Lo que sea que hiciéramos más temprano en la noche, inevitablemente terminaba con ambos sudados, saciados, y en mi cama.

Acostarse con cualquier mujer era algo totalmente diferente a acostarse con ella. No era algo que hiciera muy a menudo, pero con Lia, me encontraba deseando dormir a su lado cada noche y hacer el desayuno por la mañana.

No tenía ni idea de lo que me pasaba. Le echaba la culpa al sexo fantástico y a la buena compañía. Anhelaba su opinión sobre las noticias financieras por las mañanas cuando no estaba conmigo, y mi cama se sentía demasiado grande en las noches que pasábamos separados.

Fue una cogida mental total, el sentirme así por tener una mujer conmigo en mi espacio. Por lo general hacía lo que podía para evitar que las mujeres se quedaran más tiempo del estrictamente necesario, y definitivamente no quería a nadie en mi espacio personal, excepto a Lia.

Aunque me había dado por vencido en tratar de averiguarlo; fuera lo que fuera, no duraría para siempre. Ninguno de nosotros creía que lo haría, o siquiera quería que lo hiciera. Me prometí a mí mismo disfrutarlo por el tiempo que durara y dejé de cuestionarme los sentimientos que no podía cambiar de todos modos.

Alcanzando su mano como si fuera la cosa más natural del mundo, uní nuestros dedos en mi regazo.

—No tengo nada planeado para el fin de semana. ¿Por qué? ¿Y tú?

—En realidad, no —dijo, girando su cabeza para ver el tráfico mientras el taxi se dirigía a nuestras oficinas—. Aunque tengo ganas de hacer algo divertido.

—Soy divertido —le dije, sonriendo—. Podrías hacerlo conmigo.

—Ja, ja. —Finalmente se volvió hacia mí, con una risa que brillaba en sus ojos—. Ya estuve allí, ya hice eso. Tengo la camiseta, la gorra y la jarra de cerveza. ¿Qué más tienes?

Incliné la cabeza, preguntándome hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Tomémonos el día libre. La ciudad es genial por la noche, pero todavía hay cosas que solo se pueden ver de día. Si quieres, incluso podemos dar un paseo al norte del estado. Salir de la ciudad por un par de horas.

El pliegue que se formó entre sus cejas me dijo que pensaba que estaba loco.

—Es viernes.

—¿Y? Tienes días de vacaciones por una razón. Toma uno. Dile a recursos humanos que es un día de salud mental. Te has estado rompiendo el culo. Lo entenderán.

Su expresión no cambió. Era tan intensa que empezaba a preguntarme si me brotaban cuernos o algo de mi frente.

—No. Tengo que trabajar, Roman. Tengo demasiado que hacer para faltar al trabajo por un día.

—No es faltar al trabajo. Es tomarte un día libre para darte tiempo para respirar y reagruparte. —Utilicé el texto exacto del manual del personal—. La salud mental es tan importante como la salud física. Ni todas las sillas ergonómicas del mundo ayudarán a tu productividad si tu cerebro está frito.

—Pero mi cerebro no está frito —respondió, reclamando su mano de la mía y doblándola en su propio regazo—. Soy nueva para hacer cosas así. Es diferente para ti. Has estado en la compañía durante años.

—Sí, y has hecho más trabajo en el tiempo que llevas allí que todos los demás reclutas juntos —respondí—. Podrías tomarte el próximo mes libre si quisiera y luego seguir adelante.

—No es mi manera de seguir adelante —dijo con firmeza y sus ojos verdes ardientes—. Lo siento, Burnett. Si buscas una cita para jugar hoy, tendrás que ir a otra parte.

Le guiñé un ojo.

—No quiero jugar con nadie más. Solo contigo.

Suspirando, enroscó sus labios en una suave sonrisa.

—Es bueno saberlo, pero todavía no puedo tomarme el día libre. Sin embargo, deberías hacerlo tú.

Lo había pensado. Pedirle que se tomara el día libre conmigo se hizo sobre la marcha. En realidad no planeaba tomarlo, pero ahora que la idea estaba en mi cabeza, se hacía atractiva. No estaba de humor para lidiar con mi padre, no tenía reuniones programadas, y mi equipo estaría bien sin mí.

—Podría. —Jugué con la idea durante un poco más de tiempo antes de decidirme. El taxi se detuvo frente a nuestro edificio, y como no podía inclinarme para darle un beso de despedida en caso de que alguien lo viera, le di un suave apretón en la pierna—. Te veré más tarde. Hazme saber lo que decidas hacer este fin de semana.

Lia asintió, sonriendo mientras me apretaba la mano sobre su pierna y saltaba del taxi.

—No te metas en demasiados problemas hoy, ¿de acuerdo? Diviértete.

—Siempre.

Entonces la puerta se cerró de golpe, y el taxista me miró por el espejo retrovisor.

—¿Adónde? —preguntó, esperando impaciente mi respuesta y abriendo su camino de vuelta al tráfico, con las bocinas alrededor sonando—. Está bien. Está bien. Solo déjame volver al carril.

Mientras intentaba ganar su lugar en la carretera en la hora pico, mi mente nadaba en las posibilidades. Todavía le debía una respuesta a su pregunta. ¿Adónde íbamos?

Con lo de pasar el día con Lia fuera de discusión, pensé en Lucas. Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que nos pusimos al día. Claro, había pasado la mayor parte de ese tiempo en la cama con su hermana, pero aun así echaba de menos a mi mejor amigo.

Le respondí dándole la dirección del trabajo de Lucas, y el taxista asintió una vez y giró su indicador, llevándome de a poco en la dirección correcta.

En poco tiempo ya estaba en el edificio y Lucas caminaba hacia el vestíbulo, con curiosidad en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Convencerte para que faltes al trabajo conmigo —dije.

Puso los ojos en blanco, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¿Otra vez? ¿Qué está pasando en la Corporación Burnett? ¿Están sufriendo por el trabajo o algo así?

Levanté una ceja.

—¿Hablas en serio?

—Amigo, es la segunda vez en tres semanas que te presentas a mi oficina en medio de una mañana de trabajo.

La preocupación irradiaba de él.

Eso era lo que pasaba con Lucas. Era más observador de lo que la gente pensaba. Me hizo preguntarme cómo era posible que fuera tan despistado con Lia. Siempre que tenía un problema, lo veía desde una milla de distancia.

Me encogí de hombros.

—Tal vez solo te extraño.

Una de sus cejas saltó mientras que la otra se hundió.

—No me lo creo. ¿Qué es lo que pasa?

Suspiré.

—Mi padre está siendo jodidamente imposible. No ha estado tanto sobre mí desde mi primer año. Solo quiero desahogarme un poco, ¿de acuerdo? ¿Te apuntas?

Sacudió la cabeza con lentitud.

—Hoy no puedo, hombre. Estoy lleno de reuniones con clientes. Empezando en unos quince minutos, estoy programado para estar en la sala de conferencias hasta después de las ocho de la noche.

—Demonios.

Ahí va fue mi plan.

—Lo sé. —Lucas se encogió de hombros—. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué tal unos tragos mañana? Iba a enviarte un mensaje de texto sobre eso más tarde. Hay una cata de cerveza previa al festival en La Capital de la Cerveza. Comienza al mediodía.

La cara de Lia apareció en mi mente.

—Podría tener planes. ¿Puedo hacértelo saber mañana?

—Claro —dijo, sacando el teléfono de su bolsillo cuando empezó a sonar una fuerte canción de *rock*—. Tengo que contestar.

Hablaremos mañana. Nos vemos, Burnett. No te metas en problemas.

¿Por qué los hermanos Vang me dijeron que no me metiera en problemas?

—¡Nunca lo hago! —grité, pero el teléfono ya estaba en su oído.

Se alejó de mí hacia atrás, despidiéndose antes de darse la vuelta y volver a su oficina.

Saliendo de las puertas dobles del vestíbulo de su edificio, consideré mi siguiente movimiento. Odiaba la idea de ver a mi padre hoy. Desde lo de Morrison, había sido una completa pesadilla.

Nuestra relación siempre fue tensa y nada buena, pero cuando bajaba aún más, se volvía imposible. Y estábamos en una de esas caídas en este momento.

Pero como Lucas y Lia señalaron, era viernes. Si ninguno de los dos quería tomarse el día libre en el trabajo, supuse que tendría que tragarme mi orgullo y hacer lo mismo.

Cuando llegué a la oficina, había un mensaje esperándome de que mi padre quería verme esta tarde. La frustración se acumuló en mi pecho. Si tenía que verlo, no quería esperar horas para hacerlo.

Después de encender mi ordenador con la rodilla rebotando como si intentara acumular suficiente energía frenética para el despegue, decidí mandarlo todo al diablo. No esperaría por él.

Subí las escaleras de dos en dos hasta su piso, y luego me abrí paso entre los empleados que corrían de un lado a otro, tratando de satisfacer sus demandas a veces extrañas. Su oficina estaba a la vista, y mi puño se cerró cuando lo vi.

Estaba a un par de metros de su asistente cuando una figura familiar salió de su oficina.

Lia.

¿De qué carajo pudo haber estado hablando con él?

Capítulo Veinticuatro

LIA

Gracias a Dios que no me tomé el día libre con Roman. No había estado en la oficina ni una hora cuando Blake me dijo que el señor Burnett quería verme. Si no hubiera estado en la oficina cuando eso pasó, probablemente habría recibido una llamada diciéndome que viniera a empacar mi caja de cartón con mis cosas y no volviera nunca más.

Mentalmente, respiré un suspiro de alivio.

Estuve tentada cuando Roman me pidió que pasara el día con él. Pasábamos más y más tiempo juntos después del trabajo, pero la idea de pasar un día entero era tentadora.

¿Cómo sería estar con él cuando no estuviera cansado por el trabajo o medio distraído por él?

Cuando estábamos juntos, nunca me hacía sentir ignorada por estar distraído, pero sabía que debía estarlo. Tenía un trabajo de alta presión y podía decir lo que quisiera, pero sabía que a veces se estresaba por eso.

Un día completo de solo nosotros dos, lejos del trabajo y todo lo que venía con ello, sonaba celestial. Esperaba que fuéramos capaces de encontrar un tiempo para hacerlo pronto.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que se acercaba a mí hasta que se paró delante de mi cara. Pestañeé, mirando esos preciosos ojos azules y notando que estaban llenos de preocupación.

—¿Qué quería de ti? —preguntó, moviendo la cabeza en dirección a la oficina de su padre.

Me sorprendió tanto al verlo, cuando pensaba que había decidido tomarse el día libre, que no pensé en una ocurrencia inteligente que decir.

—Solo quería hablar.

Sus ojos se debatieron entre los míos y la puerta de la que acababa de salir. Con la mandíbula tensa y los hombros bloqueados, casi parecía que se estaba preparando para la batalla.

—¿Te trató mal?

—No. —Fruncí el ceño, preguntándome de dónde había salido la pregunta—. Estaba perdida en mis pensamientos, eso es todo.

Roman me miró detenidamente antes de poner su gran mano en mi codo.

—Vamos. Te llevaré a almorzar temprano.

—Estoy bien, de verdad —protesté.

—Aun así, tienes que comer, y quiero hablar contigo. —Llevándome con suavidad lejos de la oficina de su padre por el codo, solo dejó caer su mano cuando cruzamos el piso y estuvimos esperando un ascensor.

—¿Adónde quieres ir a almorzar? —pregunté, viendo los números digitales rojos sobre las puertas metálicas corredizas que cuentan hasta el piso ejecutivo.

Roman se encogió de hombros.

—La cafetería está bien. Sus comidas de los viernes suelen ser de fusión asiática. A menos que estés de humor para otra cosa.

—No me importa —dije con honestidad—. No tengo tanta hambre. Acabamos de desayunar hace un par de horas.

Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa privada, y el primer signo de tensión se desprendió de él en olas que se disipaban.

—Tengo que mantenerte con fuerza. Ya trabajas demasiado, y no ayuda que te mantenga despierta la mitad de la noche.

—Baja la voz —susurré, tentada de clavarle el codo en las costillas.

—Nadie nos está escuchando —dijo, extendiendo la mano a un lado para indicar que no había nadie a nuestro alrededor.

Había varios empleados que se movían por los alrededores, pero probablemente tenía razón. No parecía que nadie se fijara en nosotros.

—Sea como sea, no puedes andar por ahí gritando cosas así en el trabajo.

Sonrió con suficiencia.

—No estaba gritando. ¿Quieres que grite?

—Diablos, no —respondí con firmeza.

El ascensor llegó con un timbre bajo, revelando el interior vacío, así que seríamos los únicos en él.

—Si alguna vez quieres que grite, házmelo saber. Estaré encantado de hacerte una demostración para exponerte lo que es de verdad un grito.

—¿Por qué te gustaría gritar? —me burlé, pero luego me arrepentí de la pregunta cuando el humor se esfumó en su expresión.

—¿Qué te parece la pesadilla que puede ser mi padre? —respondió escuetamente.

Mi cabeza se echó hacia atrás. No me esperaba eso. Puse mi mano en su antebrazo, arrancándola justo cuando las puertas se abrieron para dejar ver la cafetería.

—No fue un idiota para mí, Roman. Te juro que no tienes nada de qué preocuparte.

Caminamos uno al lado del otro hasta una mesa en el extremo de la enorme cafetería, tomando asientos opuestos junto a un banco de ventanas del piso al techo. Había un extraño brillo en sus ojos que no pude ubicar.

—¿Qué quería de ti?

—Como te dije antes, solo quería hablar.

Me había sorprendido tanto la petición como parecía sorprenderle a Roman, pero el señor Burnett había sido el epítome de la cortesía. Cuando me dijeron que quería verme, hubo otro momento de pánico sobre si había descubierto que su hijo y yo habíamos estado intimando.

No estaba segura de cuál sería su reacción si se enteraba, pero no parecía del tipo de tomar el té con la novia de su hijo.

La amiga de su hijo, me corregí rápidamente. *No soy su novia. Nuestra relación no es nada de eso.*

En mi camino a su oficina, me pregunté de nuevo si estaba a punto de ser despedida por mis lazos con Roman, pero aparté las preocupaciones. Me dije a mí misma que estaba siendo tonta. Nadie sabía de nosotros, y aunque lo supieran, yo era muy buena trabajadora.

Resultó que tenía razón al no preocuparme. El señor Burnett había sido tan agradable como la última vez que pidió verme, y solo pareció interesado en hablarme de mi trabajo en la empresa.

El nombre de Roman no surgió ni una sola vez, ni el hecho de que yo tuviera el mismo apellido que su mejor amigo. Aunque ni siquiera podía estar segura de que el señor Burnett supiera quién era Lucas, ya que Roman y su padre no parecían tener el tipo de relación en la que compartían sus vidas tomando una cerveza.

—¿De qué te habló? —preguntó, llevándome de vuelta al presente.

Todo en él parecía más duro y más afilado que nunca. Luché con la decisión de si poner actitud defensiva o comprensiva.

En un momento, me di cuenta de que mis defensas podían mantenerse por ahora. Dudé que su repentino cambio de actitud fuera por mi culpa. Su padre parecía afectarlo mucho, y estaba claro que estaba preocupado por lo que me había dicho.

—Nada en realidad —dije—. Solo trabajo. Me dijo que ha estado vigilando mi progreso desde lo de Morrison. Aparentemente, ha leído algunas de mis propuestas y ha revisado algunos acuerdos de crédito que redacté.

—Bien. —El tono de Roman me dijo que quería que continuara. Sus ojos estaban fijos en los míos, con algo oscuro en ellos que no estaba ahí cuando solo éramos nosotros dos.

—¿Recuerdas que te hablé de las actualizaciones que quería hacer a algunas de las cosas en las que trabajan los reclutas?

Asintió pero no dijo nada, así que seguí adelante.

—Tu padre se enteró de lo que hice. También he estado ayudando a algunos de los otros reclutas con cosas con las que lidian. Solo ajustes, nada importante. Somos un equipo, ¿sabes? Por ahora, de todos modos.

—¿Has sido su mentora? —preguntó, ladeando la cabeza mientras la oscuridad daba paso a la sorpresa. Y tal vez incluso a un toque de admiración.

Mi corazón se calentó. No me miraban así a menudo.

—No lo había pensado así, pero supongo que en cierto modo, eso es exactamente lo que ha sido. No me malinterpretes. No creo

estar por encima de ninguno de ellos ni nada, como supongo que lo estaría un mentor. Algunas cosas me resultan fáciles, y cuando alguien más lucha con esas cosas, quiero ayudar.

Me dio una pequeña sacudida de cabeza, con una sonrisa incrédula tirando de los bordes de sus labios.

—Eres excepcional, ¿sabes?

Me encogí de hombros, pero un hormigueo feliz me atravesó.

—Hago lo que puedo para ayudar. Así que de todas formas, aparentemente tu padre también ha oído hablar de eso. Dijo que estoy avanzando muy rápido, y está agradecido de que he estado ayudando a otros empleados a crecer.

—¿Agradecido? —Las cejas de Roman saltaron, mientras la mirada en sus ojos me decía que aunque me creía, no era una palabra que estuviera acostumbrado a escuchar en el contexto de su padre.

—Sí, dijo que cualquier compañía es tan fuerte como su eslabón más débil, y se alegra de que haya tratado de fortalecer incluso esos eslabones.

Todavía no sabía qué quería decir con eso. Supongo que era una especie de juego sobre la supervivencia del más fuerte.

—¿De verdad eso es todo lo que quería hablar contigo? —La preocupación de Roman era clara. Resonaba en su voz y brillaba en sus ojos—. ¿No hubo excavaciones o puñaladas?

—Nada de eso —confirmé, preguntándome por qué demonios pensaba eso. Tenía que admitir que ahora tenía demasiada curiosidad como para dejarlo pasar—. ¿Por qué estás tan preocupado por todo esto? Tu padre es mi jefe principal. Solo quería hablar, y en realidad fue muy halagador.

Roman suspiró, aparentemente luchando con algo.

—Tienes que tener cuidado con él. No siempre es lo que parece. Puede ser tu mayor apoyo un minuto y volverse contra ti al siguiente. Un error y pasa de ser tu mayor fan a tu más amargo rival.

Había una historia que no conocía detrás de esa declaración, pero no parecía ser el lugar o el momento adecuado para preguntar. Ambos teníamos que volver al trabajo en breve, y además, parecía

el tipo de conversación para la que podría necesitar una botella de licor fuerte.

Me quedé callada, deseando poder al menos ofrecerle algún tipo de consuelo o comprensión al tomar su mano. Pero por supuesto, no podía. Me conformé con tratar de tranquilizarlo.

—No tienes que preocuparte por mí. Puedo cuidar de mí misma. —El Señor sabía que lo había estado haciendo durante mucho tiempo—. Aprecio la advertencia, sin embargo. Tendré cuidado. Lo prometo.

—Es todo lo que pido —dijo finalmente después de mantener mi mirada cautiva durante varios segundos de silencio.

Había algo muy cercano al dolor en sus ojos. No lo entendía, y aunque no era mi responsabilidad, quería averiguarlo. Lo que sea que pasara o no entre Roman y yo, parecía que algo había cambiado entre nosotros en el curso de las últimas semanas. Lenta y casi imperceptible, pero definitivamente estaba ahí.

Estaba a punto de responder cuando un tipo de aspecto atormentado, muy delgado, con cabeza calva y gafas enormes se acercó a nosotros. No lo conocía, pero por la forma en que la columna vertebral de Roman se enderezó, asumí que él sí.

—Señor Burnett —dijo el hombre con una voz tan estresada, que le hizo sonar como si pudiera estallar en cualquier momento—. Su padre me envió a buscarlo. Quiere verlo en su oficina de inmediato.

—Estoy almorzando con la señorita Vang —respondió—. Dile que estaré allí esta tarde. Ya recibí el mensaje de que quería verme entonces, Scotty.

El hombre, Scotty aparentemente, sacudió la cabeza.

—Me temo que eso no servirá, señor. Me alegro de haberla encontrado a usted también, señorita Vang. —Inesperadamente, deslizó sus ojos hacia los míos—. Al señor Burnett le gustaría verlos a ambos de inmediato.

¿A ambos? La sangre drenó de mi cara.

Oh no. Esto no puede ser bueno.

Capítulo Veinticinco

ROMAN

Caminando hacia la oficina de mi padre, supe que algo estaba a punto de pasar. No tenía ni idea de qué, pero lo podía sentir hasta en mis huesos.

Cuando papá me llamaba a su oficina, normalmente era yo solo. A veces, otros miembros del personal se unían. Otras veces, eran clientes. El asunto de Morrison había sido un ejemplo de eso.

En los cinco años que llevaba trabajando para la Corporación Burnett, sin embargo, nunca me llamaron al mismo tiempo que a una recluta. El hecho de que nos llamara a Lia y a mí a su oficina al mismo tiempo, me hizo pensar que esto podría ser personal.

Lo que sea que tuviera que decir sobre Lia y yo acerca de lo que estábamos haciendo, eso no me detenía. No tenía nada que ver con él. Los dos nos rompíamos el culo por la compañía, y hacíamos nuestro trabajo.

No alardeábamos de nuestra relación en el trabajo, y no nos encontrábamos a hurtadillas en armarios de almacenamiento o salas de conferencias, aunque la idea se me pasara por la cabeza más de una vez. Bueno, cogimos en la oficina la primera vez, pero eso fue un domingo por la noche cuando todo nuestro trabajo estaba hecho.

Lo que hacíamos cuando estábamos fuera de horario no era de su incumbencia. No había conflictos de intereses entre nuestros clientes o nuestros departamentos y no había forma de que nuestras actividades pudieran afectar a la empresa. No era un idiota. Nunca me hubiera arriesgado a perseguirla de haber sabido que habría riesgos legales si nuestra relación quedaba expuesta.

Me preparé para afrontar la tormenta que se avecinaba. Si pensaba que iba a dejar a Lia ahora, estaba muy equivocado. No estaba listo para hacer eso, no todavía. No importaba lo que tuviera que decir al respecto.

Los nervios se desprendían de Lia, su tensión era tan palpable que casi podía saborearla. Quise tranquilizarla, pero Scotty seguía con nosotros. Era como si pensara que tenía que llevarnos en

manada a la oficina de mi padre para demostrarle al hombre que, de hecho, había hecho lo que le habían pedido.

En el ascensor, mientras bajaba, Lia pulsó el botón de la planta de entrenamiento. Sus ojos se dirigieron a los míos en respuesta a la mirada de extrañeza que le di.

—Discutimos sobre un archivo cuando estuve allí antes. Creo que debería ir a buscarlo, por si acaso.

Los ojos de Scotty parpadearon muy abiertos. Pude ver que estaba a punto de protestar, pero también vi que Lia necesitaba un minuto o dos para recuperarse.

—Déjala ir a buscar su expediente, Scotty. Iré a la oficina de su señoría contigo mientras tanto. La señorita Vang sabe dónde está. Se reunirá con nosotros allí en un par de minutos.

Fui recompensado con una sonrisa de alivio de ella cuando Scotty y yo nos bajamos en el piso de papá. Le di una ligera inclinación de cabeza, esperando que lo tomara como lo que era. Podría tomarse su tiempo, tenía esto controlado. Era mi padre, y yo lucharía esta batalla en nombre de los dos. Nada malo le iba a pasar a ella.

—Te veré ahí dentro.

Ella asintió.

—Solo será un minuto.

Papá caminaba a lo largo de su oficina cuando entré, sus ojos se fijaron en la llovizna que caía en el exterior de las ventanas. Se giró cuando me oyó entrar, y sus ojos se estrecharon.

—¿Dónde está Lia Vang?

—Tenía que recoger algo en su escritorio, creo. —Jugando a la calma, me acerqué a las ventanas también. Scotty sin duda le diría a papá que nos había encontrado juntos en la cafetería, pero papá aún no lo sabía—. Estoy seguro de que estará aquí pronto.

—Bien —dijo, con la mandíbula apretada. Ni siquiera me miró, manteniendo los ojos en la ventana—. La esperaremos antes de empezar.

—¿Empezar con qué? —pregunté, metiendo los pulgares en los bolsillos y girando yo mismo hacia las ventanas—. ¿Por qué nos hiciste venir a los dos esta tarde?

—Te lo diré a su debido tiempo —dijo crípticamente.

Cristo, le encantaba molestarme.

—Entonces hazme saber cuándo será eso. —Me giré, a punto de volver a mi oficina—. Volveré. Tengo trabajo que hacer.

—Quédate —ordenó—. No te voy a volver a rastrear. Tan pronto como Lia llegue aquí, todo será revelado.

¿Todo será revelado? ¿Acaso estaba organizando una estúpida búsqueda del tesoro?

—¿De qué estás hablando, papá? ¿Para qué quieres vernos a los dos?

Una vena de su cuello palpitó, pero aun así no me miró.

—¿Estás sordo? Dije que te lo contaría todo cuando ella llegara. No me gusta tener que repetir las cosas.

—No las repitas entonces. Dime qué está pasando y le transmitiré el mensaje a Lia.

Si podía librarla de lo que sea que le hacía actuar tan hostilmente, lo haría.

Sacudió la cabeza con firmeza.

—Haz lo que te digo por una vez. Siéntate y espera.

Mis ojos se entrecerraron. No podía estar de pie cuando me hablaba así. La confrontación se había estado gestando entre nosotros desde hacía un par de semanas, y yo estaba listo para hablar con él.

Nunca tuvimos una buena relación, mi padre y yo. Las cosas siempre fueron tensas y difíciles entre nosotros. Cuando era más joven, solía albergar la ilusión de que una vez que me graduara en Harvard y me uniera a la empresa, las cosas cambiarían entre ambos. Pero resultó que estaba totalmente equivocado.

En todo caso, nuestra relación se deterioró después de que empecé a trabajar aquí. Amenacé con irme una o dos veces antes, decidiendo que ya había tenido suficiente de su basura. Era muy bueno en mi trabajo, y él lo sabía. No era como si no hubiera recibido ofertas de otros lugares, de hecho, rechacé más ofertas de las que podría recordar.

La realidad, sin embargo, era que todos los caminos siempre me llevarían de vuelta a la Corporación Burnett. Sería mi empresa una

vez que papá decidiera retirarse, y me parecía estúpido dejarla cuando sabía que eventualmente tendría que volver.

¿Y cómo me verían los empleados entonces? Empecé aquí, me peleé con mi padre, y luego me jodí hasta que se retiró y se mudó a Florida. Nunca me respetarían. Así que me quedé y lo soporté.

Cuando Lia me preguntó por qué acepté el trabajo con mi padre, le dije que era porque era un camino rápido hacia el dinero. Aunque eso era parte de la verdad, no lo era en su totalidad.

Papá me ofreció un montón de dinero como bono de firma y como salario de primer año para atraerme a empezar con él de inmediato. Si yo hubiera tenido un hermano o una hermana, si hubiera cualquier otro posible heredero de su imperio, dudaba que hubiera sido tan generoso. Pero él estaba atascado solo conmigo, al igual que yo estaba atascado con él ahora. Una de las otras grandes empresas de la ciudad incluso rebatió su oferta, pero no pudieron superarla.

La oferta de papá era mejor, y como me crié sabiendo que la Corporación Burnett sería mía y no tenía elección en el asunto, la acepté. No podría decir que nunca me arrepentí, pero tenía sentido.

Una vez que papá se retirara, supuse que podía vender la compañía si quería. O incluso contratar a alguien más que la dirigiera mientras me sentaba en mi trasero y cogía y bebía en mis días fuera, pero ese no era yo.

A pesar de la imagen de "playboy" engreído que tantos tenían de mí, nunca fui el hijo de ese multimillonario que lo daba todo por sentado. No era una puta de la alta sociedad o de los tabloides. Nunca traté de conseguir la publicidad que los herederos de otras fortunas buscaban, y no la quería.

Fui criado por un ejército de niñeras, incluso cuando mamá todavía estaba cerca, pero aun así me criaron con un sentido del deber y del honor. Mi padre pasó su vida construyendo su imperio, y yo no lo tiraría o lo regalaría.

Cuando llegara el momento, yo me haría cargo. Haría lo mejor que pudiera, como lo hacía cada día de mi vida, y hasta que llegara ese día, soportaría toda su porquería porque no sentía que tuviera muchas opciones.

Papá me conocía lo suficiente como para saber todas estas cosas. Cuando acepté la primera oferta, sabía que estaría en esto de por vida y que si quería ganarme el respeto por mí mismo, no podría irme.

Pero la forma en que me trataba se estaba volviendo ridícula ahora. Me llamaba a su oficina y esperaba que saltara inmediatamente, lo cual era una cosa, pero para hacerme esperar a una recluta podría haberme puesto al corriente de lo que había pasado. No era por Lia, sino por mi padre.

—Realmente no me tienes respeto —me quebré.

No me pondría en una diatriba o empezaría a despotricar porque entonces me daría un sermón sobre la madurez, pero no pude contener ese único comentario.

Le llegó. Finalmente, al alejarse de la ventana, entrecerró los ojos. Uno de estos días, se iban a quedar así.

—¿Respeto? ¿Y qué carajo has hecho para ganarte mi respeto?

Por mucho que esperara que me respondiera con algo así, me quedé sorprendido.

—¿De verdad tienes que preguntarme eso? ¿Eres ciego, sordo o mudo? ¿Tienes idea de lo que he hecho por esta empresa?

Se burló, levantando las dos cejas mientras me señalaba con el dedo en el aire.

—¿Qué crees que has hecho exactamente por esta compañía, Roman? Como yo lo veo...

Fue interrumpido por un golpe en la puerta. Se abrió para revelar a Scotty con un ámbar muy pálido detrás de él.

—La señorita Vang ha llegado, señor.

—Ya lo veo —dijo papá—. Eso es todo por ahora.

Pobre Scotty, el sufrido segundo asistente de papá. Asintió y se retiró de la oficina. Lia entró, blanca como una sábana. No creí que mi padre se diera cuenta, pero vi un temblor que la atravesó al vernos allí de pie, enfrentándonos entre sí.

Luché contra cada uno de mis instintos para protegerla de él con mi cuerpo. Para agarrar su mano, aplastarla contra mi pecho para consolarla, y luego empujarla detrás de mí para que no tuviera que lidiar con mi padre.

Pero conociéndola, incluso pensando en eso me ganaría una severa regañina. Ella pensaría que mis instintos protectores se debían a que yo la veía débil, y eso era lo último que quería porque sabía que ella era todo menos débil.

—Señorita Vang —dijo papá, obligado a tomar un respiro y recuperarse ahora que ella estaba aquí—. Por favor, únase a nosotros.

Parecía que Lia prefería que le sacaran todos los dientes antes de cumplir con la petición de papá, pero asintió y se adentró más en la oficina. Dudó cuando llegó a las sillas de los visitantes en su escritorio, causando que él asintiera con amabilidad.

—Por favor, querida, toma asiento.

¿Querida? Eso era algo que no había escuchado antes cuando se refería a un empleado, es decir, cuando hablaba con su legión de chupamedias. Para sus empleados, tendía a usar apodos como imbécil, idiota, y mi favorito personal: "Estás despedido, eres tan inútil como un dispensador de condones en el Vaticano".

"Querida" era sin lugar a dudas algo nuevo.

Lia parpadeó, pareciendo tan aturdida al oírlo como yo.

—Gracias, señor Burnett.

—Tú también, Roman —prácticamente me ladró.

Me mordí una réplica sobre ser tratado amablemente. No quería que Lia quedara atrapada en el fuego cruzado en uno de nuestros combates verbales. En cambio, me hundí en el asiento junto al suyo.

Papá tomó asiento en su trono detrás del escritorio y luego juntó los dedos. Hizo contacto visual con Lia primero y después conmigo.

—He tomado una decisión que creo que es en el mejor interés de esta compañía. —Algo en sus ojos me dijo que estaba a punto de lanzar una bomba, mientras su mirada se deslizaba hacia Lia—. Te nombraré como nuestra Directora Financiera.

Me llevó un segundo darme cuenta de las consecuencias de ese nombramiento. Ese era mi trabajo.

—¿Me estás degradando y haciéndola mi jefa? —me quejé.

Asintió, casi con alegría.

Corrección. Acaba de lanzar una maldita bomba atómica justo en el centro de mi vida.

Lia se quedó boquiabierta, sin palabras por una vez mientras mi cerebro trataba de alcanzar los sucesos. El término "cólera" no empezaba a describir lo que sentía mientras lo miraba. Estaba colocando a una recluta en una posición en la que incluso yo tendría que reportarme ante ella.

¿Qué carajos?

Capítulo Veintiséis

ROMAN

Pestañeé sorprendido, mientras la sangre me golpeaba en los oídos haciéndome preguntarme si había oído bien a mi padre.

No, seguramente escuché mal.

—¿Hablas en serio? —pregunté—. ¿Me estás degradando, y nombrando a una recluta que ha estado aquí tan poco tiempo como Directora Financiera de una de las mayores firmas de banca de inversión de la ciudad?

Decirlo todo en voz alta me convenció. Tenía que haberlo escuchado mal. No había manera de que pudiera decir que nombraba a Lia Vang para mi puesto de Director Financiero. No es que pensara que Lia no pudiera hacerlo, tenía una fe total en su capacidad para hacer cualquier cosa que se propusiera, pero solo llevaba unos meses en la empresa.

Teníamos gente trabajando para nosotros que había dedicado toda su vida a esta compañía. Gente que estaba más que calificada tanto en educación como, más importante, en experiencia para asumir el rol. Y eso si necesitáramos de un nuevo Director Financiero, cosa que no era así porque yo estaba sentado allí mismo, frente a él.

Lia, la hermosa, inteligente, divertida, atrevida e increíble Lia, con quien desperté hace un par de horas, estaba sentada como una tabla a mi lado. Sus ojos verde esmeralda se abrieron de par en par con la sorpresa. El shock y la incredulidad irradiaban de ambos, mezclándose para crepitar en el aire entre nosotros.

Mi padre, CEO y fundador de la Corporación Burnett, nos enfrentó a ambos con una expresión petulante sobre sus rasgos envejecidos. Juré que había líneas en su cara que no estaban ahí la última vez que lo vi, que fue hace solo un par de días. Tal vez su cara estaba finalmente en camino de poner un ceño fruncido permanente, ya que era la única mirada que podía usar cuando me veía.

Le sonrió a Lia tras estudiarme e ignorarme.

—La señorita Vang ha demostrado estar muy por encima de la media para seguir siendo recluta. Es hora de que sea bienvenida a la familia de la Corporación Burnett como miembro del personal permanente. Creo que la posición correcta para ella es la de nuestra Directora Financiera, como acabo de decir. La decisión está tomada.

Lia no dijo una palabra. Su única reacción fue que sus ojos se agrandaron y su mandíbula se aflojó como si estuviera a punto de caer. En cualquier otra situación me habría burlado de ella, pero esta no era "otra situación".

En este momento, no había una sola parte de mi cuerpo, mente o alma que encontrara algo gracioso.

Papá me había reclutado directamente de la universidad como a todos los demás. Me hizo una oferta que no pude rechazar, y como era una vía rápida para conseguir buen dinero y sentía que todos los caminos me llevarían a la Corporación Burnett de todos modos, había aceptado el trabajo.

Como su único hijo, sabía que la compañía algún día sería mía. Pensé que si me acercaba a los que eventualmente trabajarían para mí, podría ganarme su confianza y respeto como líder en lugar de entrar y exigirlo después.

En los cinco años desde que empecé, había subido de rango y finalmente fui nombrado Director Financiero cuando George Michael -quien no tiene relación alguna con el cantante- se jubiló el año pasado. Me había ganado el nombramiento con sangre, sudor y quizás hasta una o dos lágrimas.

Pero eso no cambió la percepción; todos y cada uno de los días durante todos y cada uno de esos cinco años, la gente asumió que solo chasqueaba los dedos y mi padre me daba las cosas. Un trabajo, un salario masivo, un ascenso.

Lo que no sabían era que todos y cada uno de mis días me enfrentaba al abuso verbal, menosprecio y a que mi padre me tratara con condescendencia. No tenía otros hijos a los que dejar su imperio, y estaba demasiado orgulloso de su legado familiar como para dejar la empresa a alguien que no fuera de su familia.

Si hubiera tenido otros hijos, no me cabía la duda de que le habría dejado la empresa a uno de ellos. A pesar de mi trabajo duro,

las horas que invertí, y todo lo que hice por la compañía, nunca me apreció. Nunca me aprobó, y estaba seguro de que nunca me daría ningún reconocimiento.

Lo soporté todo porque en el esquema mayor de las cosas, al menos estaba progresando en una trayectoria profesional normal y la gente que me rodeaba me conocía y respetaba. Mi piel era lo suficientemente gruesa como para soportar los constantes golpes, las insinuaciones y las acusaciones de que no podía hacer mi trabajo, además de manejar la actitud despectiva hacia lo que hacía. Podía manejar todo.

¿Pero esto?

Si realmente no estuviera haciendo mi trabajo habría sido una cosa, pero yo era el Director Financiero. Tenía acceso a los números de todos, y mi récord le ganaba al de todos. Era jodidamente bueno en lo que hacía, a pesar de lo que pensaba mi padre.

Ni siquiera era algo de orgullo para mí ahora. Era el principio de ello. Mi padre pensaba que podía pasar por encima de mí y que yo no haría nada al respecto, pero se equivocaba.

Cuando me gradué, había otras ofertas sobre la mesa. A lo largo de los años, he tenido mi parte justa de otras empresas tratando de robarme y atraerme lejos de la Corporación Burnett. No estaba encadenado a este lugar.

Sin embargo, me quedé en la compañía de mi padre por lo que era, aparentemente, un sentido equivocado de lealtad a mi padre y al negocio que había ayudado a construir. Pero ya no. Mis ojos estaban muy abiertos ahora, y podía ver que me había equivocado.

Habiendo llegado a esta conclusión, una calma antinatural se apoderó de mí.

Me levanté, mirándolo a los ojos.

—¿Sabes qué? Jódete. No voy a aceptar más basura de ti. Jódete, y que se joda esta compañía. Estoy fuera.

Los ojos de Lia se dirigieron hacia los míos, con incredulidad en ellos. Mi padre empezó a decir algo, pero ya había oído bastante de él. Con un pequeño despido a Lia, me aparté de ambos y salí furioso de la oficina.

Tan pronto como llegué a la acera, respiré el aire fresco del atardecer que finalmente había empezado a descender en la ciudad de Nueva York, y traté de hacer que mi corazón acelerado se apaciguara. La calma que sentí hace unos minutos había desaparecido cuando estaba bajando las escaleras. La rabia y la traición se agolparon en mi pecho mientras me calentaban la sangre y me prendían fuego.

Respirando profundo, apreté los puños y me pregunté adónde carajos iría ahora. La gente se acumulaba a mi alrededor, parados como estatuas en la acera. Unos pocos me empujaron o chocaron conmigo, pero la mayoría me dio un amplio margen y no me miró. Tal era la situación de un extraño traumatizado en estas calles. Nadie se detenía a preguntar si estabas bien. Podían ver que no lo estabas, y no tenían nada que hacer al respecto.

Arraigado en el lugar, pasé por encima de las posibilidades en mi mente. Había ido antes al trabajo de mi mejor amigo Lucas para intentar que se tomara el día libre conmigo, pero dijo que estaba muy ocupado. En este momento, me importaba un carajo con qué estaba ocupado. Iba a terminar haciendo algo de lo que me arrepentía si no lo tenía a él para sondear esto.

Además de ser mi mejor amigo, Lucas era el hermano de Lia. No sabía que habíamos estado durmiendo juntos las últimas semanas, pero obviamente sabía que ella trabajaba en nuestra compañía... mi antigua compañía ahora. También había estado allí para todos los ataques de mi padre a través de los años.

Sabía que estaría orgulloso de Lia por el ascenso, pero también era la única persona que entendería por lo que estaba pasando. Llamé a un taxi, le di al conductor la dirección del edificio de Lucas y le envié un mensaje de texto diciendo que estaba en camino.

Le dije lo suficiente en el texto para que despejara su agenda. Cuando llegué, estaba terminando de trabajar. Caminando hacia mí en el vestíbulo, me sorprendió de nuevo lo mucho que él y Lia se parecían.

Ambos tenían el cabello oscuro, y ojos del color de las esmeraldas enmarcados por gruesas y negras pestañas mirando al mundo con ardiente intensidad y fácil humor, todo al mismo tiempo.

Solo sus tipos de cuerpo eran diferentes. Lucas era tan alto como yo y casi tan musculoso. Lia medía un metro y medio, y encajaba perfectamente con sus hombros debajo de mis brazos. Era suave y curvilínea, sin ninguno de los planos musculosos y bordes afilados de Lucas.

Una línea profunda se asentó entre sus cejas mientras se acercaba a mí.

—¿Qué está pasando? Acabo de verte hace un par de horas.

—Sí, lo sé, pero entre entonces y ahora, han pasado algunas cosas. Dejé mi trabajo. No voy a volver a la Corporación Burnett. —La ira se mezcló con mi tono mordaz.

La mandíbula de Lucas cayó, sus ojos se abrieron de par en par con el shock.

—¿Qué hiciste ahora?

—Renuncié —repetí, y luego me encogí de hombros—. Bueno, técnicamente, fui degradado, y luego le dije que se joda a mi papá y a su compañía, y le dije que estaba fuera.

—¿Te degradaron? —La mirada en su cara hubiera sido graciosa si esta fuera cualquier otra situación, pero de nuevo, no lo era.

Asentí.

—Sí, mi padre nombró a otra persona como Director Financiero.

Sus cejas se apretaron con fuerza.

—¿A quién?

—A Lia —le dije de plano, viendo como su expresión se torcía de desconcertada, a incrédula, a preocupada, y finalmente volvía a confundirse.

—¿Por qué carajo haría eso? —preguntó—. Solo ha estado ahí como dos minutos.

—Cree que es lo mejor para la empresa. —Sacudí la cabeza, incapaz de creer lo que estaba diciendo—. Quiero decir, no me malinterpretes. Estoy seguro de que puede hacerlo. Yo solo...

—¿Pero por qué? —Lucas preguntó de nuevo, levantando la mano hasta la barbilla para rascarse la barba—. ¿Cuál es su juego?

Levanté mis hombros.

—Ni idea. Probablemente es un juego de poder para ver hasta dónde puede empujarme. Siempre ha sido un idiota, así que ¿quién

sabe? Sea cual sea su juego, estoy fuera. No voy a jugar más.

Lucas me miró un largo rato antes de que finalmente asintiera despacio.

—¿Estás bien?

Consideré su pregunta antes de responderle.

¿Estaba bien? Le había dado cinco largos años de mi vida a ese lugar, solo para que él hiciera esto. No tenía sentido tratar de ocultarlo o mentirle a Lucas. Me conocía demasiado bien.

—No, no estoy bien, carajo.

Inclinó la cabeza, extendiendo la mano para darme una palmada en la espalda.

—Lo estarás. Solo tenemos que ir a tomar una cerveza.

—Es una idea con la que puedo vivir —le dije, ya girando para salir—. Una cerveza no me va a servir hoy, sin embargo. Que sean varias cervezas y un par de tragos.

—Vamos a eso. —Lucas sonrió, justo en mis talones mientras salía de su edificio.

Terminamos en un viejo pub de tipo británico a pocas cuadras de su firma. Los techos eran bajos, las luces tenues, y la barra y las mesas de madera dura estaban agujereadas y pegajosas. Era perfecto.

Ambos nos tomamos un trago de whisky en el barra antes de llevar dos cervezas cada uno a una mesa en la esquina más oscura del lugar. Nos deslizamos a nuestros asientos frente al otro y bebimos nuestras cervezas, ambos perdidos en los pensamientos.

Lucas rompió el silencio primero.

—Has pasado demasiado tiempo con la compañía como para renunciar a ella ahora. Sé que no quieres oírlo, pero...

—Tienes toda la razón. No quiero oírlo.

Tomé mi cerveza y me bebí la mitad de una vez. Las burbujas me quemaron la garganta, pero disfruté del dolor. Estaba enojado y en camino de emborracharme al ritmo que iba. En ese momento, no quería oír razones o lógica sobre lo que papá había hecho.

Cuando Lucas cambió el tema a Lia, le di la bienvenida. Ladeó la cabeza, y sus ojos se enfocaron en la distancia media antes de cortar el silencio.

—Siento decir esto, pero siempre supe que ella iba a ser alguien genial, ¿sabes? Siempre lo ha tenido en su interior.

—No lo sientas. —Suspiré, tomando otro largo sorbo de mi cerveza—. Tienes toda la razón. Ella va a ser alguien importante. Ya lo es. Se merece un ascenso. Es muy lista, y tiene un don para este trabajo que no había visto antes. La compañía necesita a alguien como ella.

Después de eso, cerré la boca. Si seguía hablando de lo increíble que creía que era esta mujer, Lucas podría sumar dos más dos sobre nuestra relación. No era estúpido, y me conocía desde hacía mucho tiempo, lo suficiente para saber que no deliraba con las mujeres.

Lo que pasa con Lia es que realmente quería hablar de ella. Quería decirle lo bien que sabía que le iría y lo bien que quería que le fuera. Por primera vez, me di cuenta de que en serio quería que le fuera bien.

Estaba muy enfadado con mi padre por esta maniobra, pero al mismo tiempo, estaba sinceramente feliz por Lia, porque le hubieran dado un ascenso tan grande. Era una mezcla de emociones muy confusa la que me llevó a pedir otra ronda de tragos.

Después de la siguiente ronda de tequila, pensé en por qué me alegraba tanto por ella. Y la verdad era que, por mucho que tratara de negarlo, empezaba a preocuparme por esta chica. Tal vez incluso más de lo que pensaba.

Capítulo Veintisiete

LIA

Mi corazón se aceleró, mis palmas estaban húmedas y mis oídos zumbaban.

¿Qué demonios estaba pasando?

Escuché a Roman hablando con su padre, pero no sonaba como si estuviera parado a mi lado, sino como si su voz viniera de debajo del agua.

Estaba aturdida, y por un momento solo esperaba que algún presentador de un programa de bromas saltara desde la espalda del señor Burnett para gritar, ¡Caíste!

Parpadeando con fuerza, traté de darle sentido a todo. Antes de que pudiera empezar, Roman le clavó dagas a su padre y apretó los puños.

—¿Sabes qué? Jódete. No voy a aceptar más basura de ti. Jódete, y que se joda esta compañía. Estoy fuera.

Sin esperar una respuesta mía o de su padre, se dio la vuelta y salió furioso de la oficina.

Me quedé en mi silla, viendo todo esto a mi alrededor con total incredulidad.

—Bueno —dijo finalmente el señor Burnett, rompiendo el silencio que reinaba en la oficina—. Pensé que lo manejaría mejor, pero debí saber que haría un berrinche.

Mis ojos se abrieron de par en par. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Un berrinche?

Era una idea irrisoria, pero no pude conseguir ni siquiera una pequeña sonrisa. Lo que Roman había hecho no era hacer un berrinche, ni por asomo. Desde donde yo estaba sentada, se parecía mucho a que se había defendido ante lo que debió ser un shock mayor que tocar los cables de la instalación de sonido del *Times Square* en Nochevieja.

El señor Burnett me miró expectante, levantando la frente mientras esperaba que yo dijera algo, cualquier cosa. Y sucedió que, por una vez en mi vida, me quedé sin palabras. Puede que incluso

me haya quedado un poco boquiabierta. ¿Quién lo sabía? Yo no lo sabía.

—¿Tiene alguna pregunta? —demandó el señor Burnett, cuando se hizo evidente que no era capaz de formular una sola frase por mi cuenta.

¿Que si tengo alguna pregunta? Claro que sí.

¿Qué está haciendo? ¿Por qué lo hace? ¿Se da cuenta de que mi toga de graduación aún no ha sido lavada?

Pensando en eso, hice una nota mental para limpiarla y devolverla. Entonces, apenas me detuve de reírme a carcajadas de lo absurdo de la dirección que habían tomado mis pensamientos.

Mi mirada se fijó en los ojos azul hielo del hombre sentado frente a mí, quien no era ningún idiota. No sabía por qué hacía lo que hacía, pero tenía que haber una razón. Bueno, una razón que no fuera simplemente ser un completo idiota con su propio hijo.

Mi corazón se tambaleó cuando pensé en lo que Roman debía estar pasando, sentía como una grieta astillada en el medio. Me dolía y me gritaba que le dijera al señor Burnett que se metiera el ascenso en su arrugado trasero y corriera tras Roman.

Pero mis pies no se movían y mi boca seguía intentando recordar cómo funcionaba todo el asunto de hablar. Además, no podía decirle al señor Burnett dónde podía meterse el ascenso.

Mi futuro dependía de este trabajo. Claro que había otras empresas en la ciudad donde podría conseguir un puesto, pero una oportunidad como esta no me llegaría en años en ninguna otra empresa. Cuando el señor Burnett me preguntó hacia dónde veía que iba mi carrera, le dije que quería subir la escalera corporativa, y lo dije en serio.

Sin embargo, no pensé que pasaría tan pronto, y nunca consideré ni remotamente la posibilidad de que le pisara los talones a Roman y que él fuera degradado, pero esto estaba sucediendo. No podía cambiarlo, y no podía tirarlo por la borda por un hombre que se había convertido en mucho más que un amigo para mí.

—No sé nada sobre el trabajo de tal puesto. —Finalmente logré decirle al señor Burnett. Jugando con los dedos en mi regazo, decidí ser brutalmente honesta con él—. Pero me siento honrada de que

me haya ofrecido este ascenso. Estoy dispuesta a aprender, y hacerlo rápido.

Una sonrisa suave y amable que no hubiera pensado que un hombre como él fuera capaz de esbozar, tocó sus labios.

—Sé que es nueva en esto, pero he trabajado con mucha gente, señorita Vang. He tenido miles y miles de empleados trabajando para subir de rango a través de los años. Veo algo en usted, una rara cualidad que me hace sentir cómodo al promoverla a este puesto, a pesar de su falta de experiencia.

¿Pero por qué a expensas de su propio hijo?

Quería gritarle la pregunta, pero mantuve la boca cerrada. Vio algo en mí. No sabía qué era ese algo, pero significaba mucho que de todos los de la compañía, me hubiera elegido a mí para ocupar el lugar de Roman.

Por otro lado, no podía evitar la sensación de que no estaba viendo el cuadro completo aquí. Algo estaba pasando, aparte de su enorme cantidad de confianza en una persona que, en el papel, no estaba aún calificada para este trabajo.

Sin embargo, no me correspondía entrometerme o cuestionar al hombre que había convertido la compañía en el éxito que era hoy. Cualesquiera que sean los efectos de este ascenso en mi relación con Roman, me debía a mí misma el aceptar la confianza que el señor Burnett depositaba en mí, y necesitaba probarle que no había estado totalmente loco al nombrarme a la alta dirección a menos de tres meses de haber empezado a trabajar en su compañía.

Aunque afrontémoslo, era una locura.

Aplasté el pensamiento con rapidez, incluso cuando quería mover la cabeza para estar de acuerdo con él. Deslizando mis ojos al claro cielo azul más allá de las amplias ventanas del señor Burnett, me tomé un segundo para componerme.

—¿Quién me entrenará? —pregunté, parpadeando ante una nube hinchada pasajera antes de volver mis ojos hacia los suyos—. Como dije, estoy dispuesta a aprender, pero necesitaré aprender de alguien.

Dudaba que Blake, el entrenador de reclutas con el que había estado trabajando desde que empecé, fuera a entrenarme para este

puesto. Tradicionalmente, eso lo hace la persona que se retira o se va de la compañía, pero en este caso...

—Roman —dijo el señor Burnett con simpleza, como si su hijo no acabara de salir de su oficina después de maldecirlo.

Ladeé la cabeza, insegura de lo que escuché.

—¿Roman, señor? Dudo que esté dispuesto a volver aquí.

—Tu primer deber como Directora Financiera será traerlo de vuelta aquí para entrenarte —dijo, y su mirada helada transmitía el mensaje de que no había manera de evitarlo.

En una empresa de este tamaño, seguramente tenía que haber otra manera. Tenía que haber alguien más que pudiera entrenarme.

—¿De verdad cree que estará dispuesto a volver aquí para entrenarme y que yo pueda asumir su posición?

La duda coloreó mis palabras, haciendo que mi voz pareciera gruesa.

—Tendrá que convencerlo. Confío en usted para que lo haga, señorita Vang. —Su tono no admitía discusión.

Suspirando por dentro, asentí.

—No lo decepcionaré. Lo traeré de vuelta.

—Bien… —dijo, cuando una repentina y espantosa tos le recorrió el cuerpo. Sus ojos se cerraron, y su mano voló a su pecho.

Me quedé congelada, sin saber si era apropiado levantarme y empezar a golpearle la espalda. Seguro que parecía que necesitaba ayuda, pero no sabía qué hacer. No podía estar ahogándose con nada. No había comido ni bebido nada desde que llegué aquí. Golpearle la espalda probablemente no ayudaría mucho.

Una vez que el ataque de tos disminuyó, sus ojos estaban rojos y llorosos, y sus manos temblaban ligeramente.

—Puede irse, señorita Vang. Ya estoy deseando trabajar con usted.

—Lo mismo digo. —Me levanté de mi silla y me dirigí hacia la puerta—. Que tenga un buen día, señor Burnett.

Cerré la puerta detrás de mí, escuchando otro ataque de tos cuando la puerta se cerró.

Todavía estaba tan conmocionada por lo que acababa de pasar que no pensé en volver a ver cómo estaba. Un sorbo de agua

probablemente le ayudaría.

Caminando hacia el ascensor en un aturdimiento, casi me choco con Regina. Mi mejor amiga frunció el ceño cuando miró a su alrededor y se dio cuenta del lugar de dónde venía.

—¿Qué estabas haciendo en la oficina del gran jefe? ¿Está todo bien?

—Sí, muy bien —le respondí.

Una cosa era aceptar mi ascenso mientras estaba sentada en la relativa seguridad de la oficina del señor Burnett, y otra cosa era mirar alrededor del opulento edificio y las vistas del exterior y saber que estaba a punto de tomar una de las oficinas del nivel superior.

Me preguntaba si estaba soñando. Tendría sentido si todavía estuviera en la cama al lado de Roman, soñando con un ascenso muy por encima de las posibilidades. Incluso en mis sueños, nunca hubiera querido que fuera así con Roman, así que estaba segura de que no era un sueño.

La voz de Regina se filtró a través del aturdimiento una vez más.

—¿Qué pasa? Estás un poco pálida.

Una risa seca se escapó de mis labios.

—Es lo primero que he oído en los últimos treinta minutos o algo así, que tiene sentido.

Sus cejas se apretaron.

—¿Por qué?

Asintiendo hacia el ascensor, caminé al lado de Regina, y le di un rápido resumen de la monumental reunión de la que acababa de salir. Diciéndolo en voz alta, sentí un hormigueo que me recorría la columna vertebral. Nunca hubiera querido que me ascendieran a costa de Roman, pero no podía negar que estuve emocionada cuando la realidad empezó a caer.

—¡Eso es enorme! —chilló Regina mientras esperábamos el ascensor. Su cadera empujó la mía mientras una sonrisa se extendía en sus labios—. Sabía que ibas a subir de rango. Eres una súper estrella.

—Gracias.

Las relucientes puertas plateadas frente a nosotras se abrieron deslizándose.

—Pero, ¿qué vas a hacer con Roman? —preguntó.

Por fortuna, el ascensor en el que nos subimos estaba vacío. No quería que la noticia de mi ascenso empezara a difundirse así. Era inevitable que la gente se enterara tarde o temprano, pero esperaba poder controlar la situación antes de que lo hicieran.

Y solo había una manera de hacer que eso ocurriera. Enderecé los hombros, apretando el botón para el piso de entrenamiento antes de levantar mi mirada a la de Regina.

—Simple. Me han dado mi primera tarea como Directora Financiera, y no voy a fallar en ella. Voy a recuperar a Roman.

Eran palabras atrevidas para alguien que no tenía ni idea de cómo hacer que eso ocurriera, pero crucé los dedos y empecé a formular un plan.

Cueste lo que cueste, no iba a arruinar mi primera misión, de ninguna manera.

Capítulo Veintiocho

ROMAN

Las resacas apestan. Si alguien pudiera inventar una cura genuina para estas cosas, invertiría cada centavo que tengo en ese negocio. Valdría la pena, en especial si ese alguien pudiera aparecer en mi habitación esta mañana con un frasco de la cura milagrosa.

Dándome la vuelta en mi cama, gemí cuando una puñalada de dolor se disparó a través de mi cabeza. Sentí como si alguien me hubiera clavado un cuchillo en la sien y lo hubiera retorcido.

Había un sonido sordo que venía de alguna parte, aunque no podía decir si estaba dentro de mi cabeza o si era un sonido real. Mi boca sabía como si un gran animal hubiera vaciado sus intestinos en ella, y sin moverme mucho, pude ver que mi cuerpo estaba temblando.

El sonido de los golpes se hizo más fuerte. Más insistente. Poco a poco, me di cuenta de que era alguien que llamaba a mi puerta. Me arriesgué a abrir los ojos, solo para estremecerme ante el brillo de mi habitación.

Las cortinas estaban abiertas, permitiendo que el sol brillara sin piedad en mi dormitorio. Los rayos malignos ya se arrastraban por mi cama, diciéndome que era de mañana.

Parpadeando unas cuantas veces, me las arreglé para mantener mis ojos llorosos abiertos. Me senté en la cama, luchando contra una oleada de náuseas antes de que los golpes en mi puerta comenzaran de nuevo.

—Jesús —murmuré, moviéndome con cautela para agarrar mis pantalones del suelo.

No tenía ni idea de cuándo o cómo había sucedido, pero estaba desnudo hasta el culo y con una gran erección. Mi pene palpitaba, buscando atención con desespero.

Estaba dividido entre volver a la cama e ignorar a quien tuvo la audacia de interrumpir mi primer día como desempleado, o salir a darle mi opinión. Mi pene se movió, tratando de guiarme hacia su elección, pero los golpes a mi puerta eran incesantes. No había

forma de que pudiera volver a dormirme o hacer otra cosa mientras durara.

Gruñón y más cachondo que nunca, me puse los pantalones negros y los acomodé en su sitio. Dejé escapar un gemido bajo mientras la suave tela acurrucaba mi paquete, deseando estar solo para poder hacer algo con esta situación. Aunque algo me decía que no iba a ser satisfecha por un rápido tirón en la ducha.

Estúpidas resacas. Por alguna razón, yo era una de las pocas personas que no quería hacer nada más que aporrear una vagina caliente y húmeda durante horas, una y otra vez. Después de beber un galón de agua, por supuesto.

—¡Roman! —Escuché una voz femenina familiar gritando entre los fuertes golpes que emanaban de mi puerta.

Lia.

La molestia me pinchó la piel. Ella era la razón de la erección de mis pantalones que simplemente se negaba a bajar. Los recuerdos nebulosos de un sueño de borracho estaban empezando a volver a mí.

Estaba entre sus piernas cuando el golpeteo me despertó de mi sueño, lamiendo su húmedo montículo con gusto. Si cerraba los ojos, prácticamente podía saborearla en mis labios. Mi pene palpitó con el recuerdo, insistiendo en que abriera la puerta e hiciera realidad el sueño.

Pero mi cabeza no estaba de acuerdo. Si no hubiera sido por sus persistentes golpes en mi puerta, no habría tenido que lidiar con dolor palpitante o el sabor asqueroso en mi boca. Habría estado perfectamente feliz de comérmela en mis sueños por un par de horas más.

Abriendo la puerta, vi como Lia hacía una doble toma lenta sobre mí. Sus ojos se oscurecieron repentinamente al deslizarse por mi cuerpo sin camisa. Se quedaron en el evidente bulto de mis pantalones cuando su lengua rosa salió, corriendo para humedecer sus labios.

Una sonrisa burlona me tiró de las esquinas de la boca, pero cayó cuando otra puñalada de dolor me atravesó la cabeza. Frunciendo el ceño, me aclaré la garganta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Vas a dejarme entrar? —Ella dio un paso adelante, y el calor todavía parpadeaba en sus ojos incluso cuando yo sacudía la cabeza.

—No. Me despertaste. Estoy enojado contigo.

El sueño que estaba teniendo era tan bueno, sobre todo porque no había ningún golpe en la cabeza.

Una suave sonrisa tocó los labios de Lia mientras sus ojos apuntaban al voluminoso reloj de plata que llevaba.

—Es casi mediodía. ¿Cómo iba a saber que planeabas convertirte en vampiro y dormir todo el día?

Me encogí de hombros.

—Pudiste haber llamado. Te habría contado mis planes de convertirme en un rastrero nocturno.

—Revisa tu teléfono —dijo muy alegremente. Luego se acercó a mí y entró en mi apartamento—. Te llamé un montón de veces. No es mi culpa que estuvieras tan fuera de ti que no lo oíste sonar.

—Estaba teniendo un buen sueño —me quejé, medio tropezando con mi sofá y recostándome sobre él.

Estar de pie era demasiado esfuerzo. Cerrando los ojos, cogí una almohada y la puse sobre mi cabeza en un intento de bloquear lo jodidamente iluminado que estaba mi apartamento.

¿Por qué diablos pensé que las paredes de vidrio eran una buena idea cuando compré este lugar?

—¿Qué soñabas? —preguntó, moviéndose en dirección a mi cocina por el sonido de sus pasos—. ¿Que me asesinabas mientras dormía?

Fruncí el ceño, aunque ella no podía verlo a través de la almohada que aún tenía en la cara.

—No. ¿Por qué iba a soñar eso?

—Ni idea —respondió con sarcasmo—. Te haré el desayuno. ¿Tienes alguna preferencia para la resaca?

—¿Cómo sabes que tengo resaca? —gemí, y mi voz fue amortiguada por la almohada.

Una suave risa llegó a mis oídos, y de alguna manera se extendió como un bálsamo a través de mi dolorida cabeza.

—Por favor. Estoy bastante segura de que tienes whisky puro saliendo de tus poros. ¿Qué demonios hiciste anoche?

—Probé cuánto whisky tienes que beber antes de que salga de tus poros en forma tan pura —respondí, sintiéndome cada vez peor cuanto más tiempo estaba despierto.

El olor a tocino comenzando a chisporrotear me hizo sentir marginalmente mejor.

Hasta que Lia habló de nuevo.

—¿Intentabas ahogar tus penas?

Si no me doliera físicamente sentarme y poner los ojos en blanco ante su ridícula pregunta, lo habría hecho.

—No tengo ninguna pena, gatita. Por fin soy un hombre libre. ¿Tienes idea de cuánto tiempo he querido mandar a mi padre al carajo?

Estuvo callada por un minuto. El sonido de los platos golpeando el mostrador envió otros golpes de dolor a mi cabeza.

Me estremecí, gimiendo.

—¿Podrías hacer silencio? —le pedí.

—Lo siento —dijo, sin parecer que lo sentía en absoluto. El olor del tocino se hizo más fuerte, y la grasa chisporroteaba en la sartén. Fue el único sonido durante unos segundos antes de que finalmente dijera—: No puedo hacer este trabajo sin ti, Roman.

Resoplé en la almohada.

—Sí, bueno, vas a tener que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó mientras escuchaba la tostadora aparecer y el olor del pan recién hecho mezclado con el tocino. Mi estómago gruñó y finalmente me senté, incapaz de resistir los olores que venían de mi cocina y la vista del enorme vaso de jugo de naranja helado que me esperaba en mi isla.

Al acercarme, lo agarré y me tomé el jugo de una sola vez antes de responderle.

—Porque trabajar para ti está fuera de discusión. No es nada personal. Es el principio de las cosas.

Colocó la mano en su cadera izquierda, inclinando la cabeza y frunciendo el ceño antes de amontonar el tocino en un plato y romper dos huevos en una sartén.

—No tienes que trabajar para mí, entonces. Puedes volver y mostrarme cómo hacer el trabajo.

Ojeé hambriento los huevos y añadí un par de tostadas al plato lleno de tocino, untándolas con mantequilla mientras veía las claras de huevo empezar a burbujear.

—No te ofendas, pero ¿por qué haría eso?

—Para ayudarme —dijo. Le dio a los huevos unas puntadas con una espátula antes de sacarlos—. He pensado en ello, y no hay manera de que pueda hacer esto sin que me muestres las cuerdas. Hablé con algunas personas ayer por la tarde, y la compañía seguirá pagándote mientras completes la entrega correctamente.

Me dio mi plato y me miró fijamente, esperando mi respuesta mientras me devoraba la aceitosa maravilla que aliviaba mis náuseas y reemplazaba el sabor de mi boca.

—Lo siento, gatita, pero no puedo hacerlo. No volveré allí.

Manteniéndome cautivo con su mirada, pude ver cómo cambiaba la marcha mentalmente.

—Me debes una, Roman. Haz esto, y estaremos en paz.

Arqueé una ceja, entrecerrando los ojos ante el brillo que entraba por la ventana de la cocina.

—¿Por qué te debo algo?

—Por ser un idiota conmigo cuando éramos más jóvenes —replicó, uniendo su mano derecha a la izquierda para plantarla también en su cadera.

Se veía adorable, haciendo pucheros con esos labios llenos y la indignación santurrona ardiendo en sus ojos.

Esquivé su juego, demasiado temeroso de las consecuencias en mi cabeza si la sacudía.

—Lo siento. Inténtalo de nuevo. Creo que eso ya lo he compensado con creces, varias veces en realidad.

Me sonreí, viendo cómo la indignación se desvanecía para dar lugar a algo mucho más interesante. Se levantó y se dio un golpecito en la barbilla, fingiendo que pensaba.

—Sabes, tal vez tengas razón. —Dando vueltas a mi lado de la isla, dejó caer su mano sobre mi muslo y empezó a acariciarlo. Mi erección regresó con toda su fuerza, volviendo a latir en segundos.

Ella lo notó sin romper el contacto visual conmigo—. Pero si haces esto por mí, yo haré algo por ti.

—¿Sí? —Me mordí el labio, luchando para evitar agarrar sus manos y tirarlas hacia donde más necesitaba su contacto. Su toque me quemaba a través de los pantalones delgados, prendiendo fuego sobre mi piel a su paso—. ¿Algo como qué?

Se encogió de hombros, alejándose de mí y quitándome sus manos de encima.

Demonios, quería que me tocara. Sin ninguna barrera esta vez.

Sonriendo con timidez, se deshizo de su chaqueta gris; luego agarró los bordes de su camiseta negra de manga larga y se la quitó sobre su cabeza, tirándola en algún lugar fuera de la vista. Se llevó la mano a la garganta y la arrastró despacio por la clavícula hasta el valle entre sus senos.

Cubierta solo por un sujetador negro con un lazo rosa sobre un cierre frontal, podía ver sus pezones colados a través de la tela de encaje. Aspiró un aliento fuerte mientras rozaba uno, y pasaba su mano libre a lo largo de su abdomen.

—Me di cuenta de que tenías un pequeño problema cuando llegué aquí —ronroneó, recordándome mi pregunta.

Mi boca estaba seca, mis ojos se fijaron en los patrones que ella dibujaba en su piel antes de que abriera el botón de sus jeans negros.

—¿Ah, sí? ¿Qué problema? —Mi voz salió ronca.

Una suave risa cayó de sus labios, pero no me extrañó lo susurrada que era su voz cuando se quitó los zapatos y empujó los jeans al suelo. Parada frente a mí, usando solo su ropa interior a juego, puso las manos en su cadera.

—Algo no tan pequeño que tiene mucha importancia para ti —dijo, con voz baja y seductora. Mis rodillas se separaron por instinto cuando cerró la distancia entre nosotros. Sus manos acariciaron mi cadera antes de llegar a mis muslos—. ¿Interesado?

—Tienes toda mi atención, gatita —gemí mientras el dorso de su mano rozaba mi pene.

—Puedo ver eso.

Para mi decepción, tomó mi mano y me puso de pie. La desilusión se desvaneció rápidamente cuando me di cuenta de que me estaba llevando hacia el sofá, mostrándome una sonrisa sexy y diabólica mientras alcanzaba la cintura de mis pantalones.

Finalmente, teniendo piedad de mí, me bajó la cintura por encima de mi pene y empujó los pantalones al suelo. Cuando se cayeron, puso sus manos en mi pecho y me dio un ligero empujón. Mi trasero golpeó el sofá de cuero justo cuando ella cayó de rodillas frente a mí.

La sangre me golpeaba en los oídos mientras me abría los muslos y se arrastraba entre ellos, sonriéndome.

—Solo siéntate y disfrútalo, cariño. Esto es para ti.

Un fuerte gruñido resonó en mi garganta cuando su boca se cerró sobre mi punta hinchada. Su mano formó un puño alrededor de mi eje, y se inclinó, lamiéndome como una piruleta cuando su mano empezó a hacer su magia.

Mi cabeza cayó hacia atrás contra el sofá mientras mis manos se entrelazaban con su cabello, tirando del soporte de su cola de caballo para agarrar las suaves ondas entre mis dedos.

—Dios. Se siente tan bien —gemí.

Me recompensó colocando la lengua plana en los nervios justo debajo de mi punta, y dobló sus esfuerzos. Me estremecí bajo sus capaces manos, sintiendo ya que la base de mi espina dorsal comenzaba a temblar.

No me importó un carajo lo que dijo sobre que esto era para mí. No podía simplemente sentarme y disfrutarlo. Mis pensamientos de antes sobre empujarme en una vagina húmeda y caliente durante horas y horas volvieron a mí.

Y el hecho de que dicha vagina pertenezca a Lia solo solidificó mi decisión. No había manera de que pudiera resistirme. Su boca me empujaba cada vez más cerca del borde con demasiada rapidez, pero yo no acabaría así. No hoy. No importaba cuánto me doliera lo que estaba a punto de hacer.

Capítulo Veintinueve

LIA

—Demonios, Lia. —Roman soltó un aliento tambaleante, con voz áspera y necesitada—. Detente.

La forma en que su cadera se mecía me decía que era lo último que quería. Ya podía sentirlo… cada vez más duro, más grueso en mi boca. Estaba cerca, y aun así me decía que parara.

Lo ignoré, demasiado desesperada por saborear su semen mientras mi propia necesidad giraba y se anudaba en mi interior. Entre mis muslos, estaba húmeda y palpitante por él.

Su agarre se apretó en mi cabello, y soltó otro gruñido animal y primitivo que hizo que mis entrañas se apretaran antes de que arrancara mi cabeza de él.

—Súbete encima de mí, ahora.

Su orden hizo que mi clítoris palpitara más fuerte que su cabeza cuando llegué. La piel de mi cuero cabelludo me ardía por la forma brusca en que me sacó de él, pero no me importó. No fue exactamente doloroso, solo lo suficiente para hacerme saber lo desesperado e impaciente que estaba.

Un hormigueo recorrió mi columna vertebral. Me encantaba saber que podía afectarle de esta manera, convertir su arrogancia engreída y controlada en sensaciones de un hombre tembloroso y gruñón, con una lujuria cruda que irradiaba más picante que el dulce olor del whisky.

Sus ojos estaban encapuchados y oscuros, como el cielo durante una tormenta. No estaba lista para rendirme ante él todavía. El hambre en sus ojos envió una emoción a través de mí, un poderoso sentimiento del que no estaba lista para renunciar.

Había llegado aquí con la única intención de que aceptara volver para ayudarme, pero no esperaba encontrarlo en el estado en el que estaba, con los ojos inyectados en sangre y el pene duro como una roca. Parecía que había nadado hasta el fondo de varias botellas, pero afirmaba que al fin era libre.

La angustia de sus ojos no tenía nada que ver con dejar la compañía que había ayudado a construir y todo que ver con lo que le costó decirme que parara. Mis intenciones anteriores volaron de mi mente.

Con Roman mirándome así, no podía pensar en nada más que en él dentro de mí, mientras gime mi nombre. Lo quería llevar a tal estado que abandonara todas sus inhibiciones y autocontrol, y me cogiera hasta que no pudiera caminar.

El dolor entre mis piernas creció en anticipación a lo que las próximas horas traerían. Sabía por mi experiencia previa con él que su resistencia era legendaria, y su tiempo de recuperación casi inexistente.

Tuve la suerte de pasar varias noches comprobando tal hecho. Ambos eran impresionantes, y aun así nunca me había mirado como lo hacía ahora.

Los músculos de su cuello se tensaban mientras yo tomaba mis senos y los juntaba, jadeando mientras las palmas de las manos rozaban mis pezones a través del fino encaje de mi sostén. No dijo nada al principio, viendo como mis dedos se acercaban al cierre y aspirando un agudo aliento mientras los liberaba.

Deslicé las correas de mis brazos y lo arrojé lejos, sin importar donde cayera. Era mi ropa interior más sexy, pero no podía importarme menos en ese momento. Cuando me la puse unas horas antes, me dije que era solo para sentirme bien y no porque pensara que Roman pudiera echar un vistazo, pero me estuve mintiendo a mí misma.

En el fondo, siempre esperé que llegara a esto. Roman me alcanzó y me pellizcó el pezón antes de agarrarme de repente de la cadera y acercarme para ponerme de pie entre sus rodillas. Su cabeza se inclinó para llevar mi pecho a su boca, y lamer círculos perezosos contra los extremos arrugados. Gemí, sosteniendo su cabeza hacia mí mientras la mía rodaba hacia atrás.

—Oh, sí. Roman. Sí. No pares.

Era un exasperante controlador entre las sábanas cuando quería serlo, una cualidad que me excitaba tanto como me frustraba en

momentos como éste, donde hacía exactamente lo contrario de lo que le pedía.

Se detuvo, sonriendo y ladeando la cabeza.

—Te dije que te detuvieras y no lo hiciste. —Su voz baja me hizo temblar—. Te dije que te pusieras encima de mí, y no lo hiciste. Lo siento, gatita. Pero diste el ejemplo de que no nos escuchamos hoy.

—Si hoy es un día opuesto, entonces no te atrevas a poner tus manos sobre mí. —Me quedé paralizada, cada una de mis terminaciones nerviosas estaba alerta con la necesidad de sentirlo tocándome de nuevo.

La sonrisa no se le escapó de la cara cuando me alcanzó, y muy lentamente y con cuidado de no tocarme, me sacó el panti. Cayó a mis pies y salí de él, sin sentir ni un ápice de autoconciencia por estar completamente expuesta a él.

Esos días ya habían pasado. Roman me había dicho y mostrado muchas veces antes que pensaba que yo era muy sexy, e incluso la luz del sol que entraba en su sala de estar cambiaba la forma en que me miraba. No tenía ninguna duda de que había algunas hendiduras y abolladuras en la piel de mis muslos, y sombras debajo de mis pesados pechos y mi redondo estómago, pero ninguna de esas cosas le importaban.

En cuanto me desnudé ante él, soltó un fuerte aliento, con los ojos ardiendo mientras se sentaba en el sofá. Parecía un dios esculpido sentado ahí, con su largo y grueso pene curvándose casi con elegancia.

Su cabello rubio estaba despeinado por el sueño y por mis manos que lo atravesaban. Sus ojos azules estaban encendidos por la necesidad y el deseo.

—Me gustó ver la forma en que te tocabas. Hazlo de nuevo. Quiero que te hagas gemir.

—Pensé que no nos escuchábamos el uno al otro hoy.

Intenté parecer indiferente, pero no pude llegar hasta allí. Mi ritmo cardíaco se disparó, y mi respiración se volvió dificultosa. Me gustaba la idea de verlo mientras montaba un espectáculo para él.

—Escuché cuando me dijiste que no te pusiera las manos encima, ¿no? —Sus ojos se posaron sobre mi cuerpo, llenos de tanta

necesidad que el impulso de bromear con él desapareció por completo.

Su tono era tan bajo y tan autoritario que me encontré obedeciéndolo sin dudarlo. Mis ojos se cerraron mientras mis manos se arrastraban por mis pezones, bajando hasta mi sexo.

—Mírame —dijo, y de nuevo, seguí sus instrucciones sin dudarlo.

Lo miré a los ojos mientras me abría a él usando dos de mis dedos, llevando mi mano libre hacia mi clítoris para dibujar pequeños círculos a su alrededor, que se hicieron más y más estrechos a medida que mi respiración se aceleraba y astillas de placer corrían a través de mí.

—Roman —gemí, insegura de lo que necesitaba de él.

Sus respiraciones iban tan rápido como las mías, pero el dominio no se había disipado de sus ojos. Se desprendía de él en oleadas, nunca más obvio que cuando ladeó la cabeza y dijo:

—Detente. Ahora mismo. No acabes.

Estaba tan cerca del borde, que me quejé cuando obligué a mis manos a detenerse.

—¿Por qué?

—Porque necesito una mejor vista —dijo, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Se levantó y me cargó sobre su hombro como si no pesara nada, y luego prácticamente nos llevó a su dormitorio.

Mi espalda apenas había golpeado su colchón antes de que se instalara entre mis muslos.

—Continúa —exigió.

Roman me mantuvo en vilo durante varios minutos u horas eléctricas, no lo sabía. Cuando al fin me dijo que acabara, mi orgasmo fue tan explosivo que me hizo olvidar mi propio nombre. Después de que acabé, él ya estaba allí, más que listo para seguir.

Estaba de rodillas entre las mías, acariciando su duro miembro mientras me miraba con unos ojos tan hambrientos que sabía que estaba a punto de penetrarme. Y así lo hizo.

Para cuando se derrumbó encima de mí, no estaba segura de si mis miembros estaban hechos de gelatina o de carne y hueso. No tenía ni idea de cómo había aguantado tanto tiempo, pero perdí la

cuenta de cuántas veces me hizo acabar como una boca de incendios.

Respirando con pesadez, me di vuelta y me volví para mirarlo. Sus ojos estaban cerrados y su pecho subía y bajaba tan rápido como el mío.

Alcancé su mano, uniendo nuestros dedos.

—Entonces, ¿qué dices? Hice algo por ti. ¿Vas a hacer lo que te pedí para mí?

Una sonrisa satisfecha se dibujó en la comisura de sus labios, pero sus ojos no se abrieron.

—Diría que ya hice algo por ti. Unas cuantas veces en realidad.

—Pero eso no fue lo que te pedí. De hecho, recuerdo específicamente haberte dicho que te sentaras y te relajaras.

Se rio, finalmente giró la cabeza y abrió un ojo para mirarme.

—Sí, no lo creo. Dame unos cinco minutos, repite tu acto para mí, y tal vez me lo piense. Me encanta verte y oírte acabar por mí, demasiado.

Un dolor sordo comenzó entre mis piernas de nuevo con sus palabras. Este hombre y su sucia boca me volvían loca. No importaba cuán satisfecho estuviera, siempre se las arreglaba para que mi motor funcionara de nuevo.

Decidida a no perderme en la lujuria de nuevo hasta que tuviera mi respuesta, le apreté la mano.

—Por favor, dime si lo harás tú primero, Roman. Necesito saberlo.

—Bien —gimió, rodando sobre mí. Para mi sorpresa, ya podía sentirlo crecer contra mi estómago otra vez—. Pero no te llamaré jefa.

—No te obligaría a hacer eso.

Me reí, pero mi risa disminuyó cuando su boca encontró el punto sensible detrás de mi oreja y su lengua se unió a la fiesta. Y entonces me olvidé de la risa y de lo que sea que estábamos hablando cuando se arrastró a lo largo de mi cuerpo y le dio a mi clítoris la atención que estaba pidiendo de nuevo.

Definitivamente tenía una boca talentosa y perfecta que me hacía gritar una y otra vez, tantas veces que perdí la noción del tiempo y me entregué puramente a Roman y a cómo me hacía sentir.

Capítulo Treinta

ROMAN

Mis dedos se apretaron alrededor del volante de cuero negro que sostenía. Cuando acepté ayudar a Lia mientras estaba desnuda a mi lado, el lunes parecía tan lejano. Solo quería era darle todo en ese momento.

No me pareció gran cosa entonces. No volvería a la Corporación Burnett por mi padre o incluso por mí mismo, sino por ella. Porque necesitaba mi ayuda. Me di cuenta de que siempre que Lia me necesitara, yo quería estar allí. Lo que sea que ella necesitara, yo lo querría hacer.

En especial cuando se trataba de sus necesidades en el dormitorio, la cocina, la oficina o la sala de estar, pero a pesar de lo que me dije, sabía que mi necesidad de satisfacerla no terminaba con el sexo. Así que había hecho algo que no me habría imaginado hacer ni en un millón de años. Acepté volver a la Corporación Burnett para entrenarla, y que así se hiciera cargo de mi trabajo.

Ahora, estacionado en un lugar que solía ser mío pero que ya no tenía mi nombre en la pared, empecé a cuestionar mi cordura al aceptar hacer esto.

Nota para mí: No tomes ninguna decisión mientras estés desnudo con Lia.

El sábado dejé que mi pene pensara por mí, y ahora me arrepiento. No más.

Tus privilegios de decisión quedan revocados, amigo.

Viendo el flujo y reflujo de la gente que va de sus autos a los ascensores para ser llevados a unirse a la carrera de ratas durante otro día, me debatí sobre ir. Le dije a Lia que lo haría, pero tal vez podría encontrar otra manera de ayudarla.

Podría ofrecerle entrenarla desde mi ático a través de Skype. O podría traerme los archivos de los clientes que necesitara para mostrarle qué hacer. Asintiendo lentamente, pensé que estaba en algo.

Antes de que pudiera decidirme de forma definitiva, hubo un toque en mi ventana. Lia me miraba radiante desde fuera, levantando una bandeja de cartón que contenía dos tazas de café.

Suspiré, sabiendo que tan pronto como la viera estaría jodido. No tenía más opción ahora, debía entrar.

Presionando el botón para bajar mi ventana, hice un último intento de resistencia.

—¿Tocaste?

La emoción brillaba en sus ojos, iluminándolos como un rayo de sol que golpea las esmeraldas que yacen en el suelo del bosque.

—Ven. Vamos a llegar tarde.

—No puedes llegar tarde a un trabajo que no tienes —murmuré, pero cerré la ventana y salí del auto.

No podía rechazarla cuando tenía esa mirada en sus ojos.

Me dio mi café mientras caminábamos hacia el ascensor.

—No puedo esperar todo lo que voy a aprender. Tanto conocimiento nuevo que absorber. Lamento que esté sucediendo así, pero no lamento que esté sucediendo.

—No deberías lamentarlo. —Mi mano rozó la parte de atrás de la suya mientras caminábamos. Deseaba poder darle un apretón tranquilizador, pero tenía que valerme de mis palabras—. Vas a estar bien, gatita. Me aseguraré de eso.

Lia mostró una sonrisa que me hizo ver lo aliviada que estaba al oírme decirlo.

—Gracias por venir.

—Realmente no tuve elección, ¿verdad? —Las esquinas de mi boca se inclinaban en una sonrisa a pesar de las circunstancias y de donde estábamos—. No es que pueda decirte que no cuando estás completamente desnuda ante mí.

—Roman. —Respiró hondo y sus ojos se movieron para asegurarse de que nadie hubiera escuchado lo que dije—. No puedes ir por ahí diciendo cosas como esas aquí.

Me encogí de hombros. Me importaba un carajo quién lo sabía y quién no, pero entendía que a Lia le importara tanto.

Sintiendo la emoción que se desprendía de ella en oleadas, una punzada de nostalgia me golpeó justo en el estómago. Recordé mi

primer día aquí. Recordé cuando mi padre me trajo directamente de la universidad, la emoción nerviosa y la tensa anticipación. La determinación de dejar mi huella y la sensación de euforia que tenía cada vez que me ascendían.

No había mejor sensación en el mundo que esa sensación de logro, ese indescriptible impulso de lanzar los puños al aire como Mel Gibson en Corazón Valiente, golpeando el pecho mientras lanzas un grito de batalla y luchas por ganar otro peldaño de la escalera.

Podía sentirlo viniendo de Lia, esa obstinada determinación de patearle el trasero a todo y a todos. Habiendo tenido el placer de trabajar con ella, sabía que también lo haría. Si mi padre tenía razón en algo, era en lo buena que iba a ser para la compañía.

Me entristeció pensar en el hecho de que no estaría para verlo, pero cuanto antes lo aceptara, mejor. Esta parte de mi vida había terminado por ahora.

Ni siquiera sabía si volvería cuando papá me pidiera hacerme cargo de la compañía, si es que alguna vez lo hacía. Ya no sabía nada sobre mi futuro. Lo que se había sentido tan grabado en piedra hace solo unos días, de repente se hizo borroso e incierto.

Lo único que sabía con seguridad era que en cuanto terminara de entrenar a Lia, me iría. No volvería a la Corporación Burnett. Lo pensé un poco el domingo después de que Lia dejara mi apartamento, y decidí tomarme un tiempo libre cuando terminara aquí.

Podía permitírmelo, y pensé que sería una tontería no hacerlo. Nunca antes había tenido que pensar mucho en mi futuro, y ahora, a los veintisiete años, estaba en la misma posición en la que se encontraban muchos jóvenes de diecisiete años. Mi futuro estaba como un libro abierto delante de mí. Tenía que decidir con qué iba a llenar sus páginas, y no tenía ni puta idea de cómo iba a ser. Era un sentimiento extrañamente liberador, y descubrí que me gustaba.

Lia estaba prácticamente rebotando a mi lado, sonriendo mientras saludaba a todos los que pasaban.

—Estoy tan lista para aprender. Siento que este es un nuevo capítulo que estoy a punto de empezar.

—Lo es. —Estuve de acuerdo, aunque me peleaba con si decirle que su nuevo capítulo significaba tener que soportar las constantes críticas de mi padre día y noche.

Cuando llegamos a mi oficina, decidí no decirle eso. Estaba tan emocionada que no quería arruinarlo. Lo descubriría por sí misma muy pronto.

Lia se detuvo cuando entramos en la oficina, sus ojos recorrieron el espacio como nunca lo hubiera visto antes.

—¿Dónde están todas tus cosas?

—Hice que las trasladaran el fin de semana. —Todo lo que quedaba eran las pantallas planas contra las paredes, el archivador que formaba dos paredes enteras, y la máquina de café que me encantaba, pero que quería que tuviera—. ¿Te gusta?

Asintió, dando un paso adelante tentativamente.

—Esto es muy raro. Apuesto a que así se sintió Alicia cuando se cayó en la madriguera del conejo.

—Excepto que esto no es una fiesta de té —le informé con ligereza, pero había sombras en el borde de mi tono que sabía que había captado.

Girando para mirarme por encima de sus hombros, se dirigió al enorme escritorio que alguien había instalado después de que el mío fuera retirado. Estaba hecho de vidrio y acero, y no pude evitar lamentar el hecho de que probablemente no íbamos a coger en su escritorio en una de las largas noches que seguro pasaríamos allí juntos.

Mis ojos se dirigieron hacia el suelo y al alféizar de la ventana y a la pared. No importa, podría haber un plan B.

—¿Deberíamos empezar? —preguntó Lia con entusiasmo, guardando su bolso al lado de la silla. Me miró con una expectación que ardía en sus ojos.

Cierto, estaba allí para entrenarla. Desabrochando mi chaqueta, la coloqué en el respaldo de una de las sillas para visitantes y me aflojé la corbata para desabrochar mis dos botones superiores. Si iba a hacer esto, iba a estar muy cómodo.

Los ojos de Lia se abrieron de par en par cuando empecé a arremangarme.

—Estamos en el trabajo, Roman. No te quites la ropa aquí.

Le sonreí.

—Lo sé. Me estaba poniendo cómodo. No es mi culpa que me hayas imaginado desnudándome por completo.

Una dosis de lujuria golpeó sus ojos, pero la empujó hacia abajo con prisa.

—En algún momento voy a hacer que te desnudes para mí. Dios sabe que ya lo he hecho bastante por ti.

—Nunca es suficiente —dije con firmeza, haciéndole un rápido guiño cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

Ella los giró y se acercó a los archivadores.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó, llevándonos de vuelta al negocio.

No estaba de humor para hablar de trabajo, pero cuanto antes la entrenara, antes podría poner este lugar en mi espejo retrovisor.

—Organicé mis archivos alfabéticamente. —Me acerqué a ella y abrí el cajón que contenía el archivo del cliente en el que habría trabajado hoy si todavía fuera el Director Financiero—. Harley mantiene la lista de tareas diarias. Debería tenerla actualizada para mí durante las próximas semanas, pero después de eso, estarás sola.

—¿Quién es Harley? —Lia masticó su labio inferior, el primer signo de nerviosismo que vi en ella.

—La rubia. Segunda asistente por el pasillo a la derecha. Ella vendrá a presentarse. No te preocupes. —Comprobando sobre mi hombro que la puerta seguía cerrada, cedí a las ganas de agarrar las muñecas de Lia y aplastarla contra mí—. Vas a estar bien. Te lo prometo.

Al principio, estuvo rígida como una tabla en mis brazos. Pero luego se relajó y levantó sus brazos para envolverlos alrededor de mi cuello, y enterró su cara en mi pecho. Nos quedamos así por unos segundos, permitiéndonos este momento robado antes de separarnos para no ser descubiertos.

A pesar de lo enojado que estaba con mi padre y lo mucho que no quería estar allí, de alguna manera estar con Lia estaba bien.

Hacía que todo estuviera bien al saber que era ella quien me reemplazaba.

—Saca el archivo de Nicrob Oman de ese cajón —dije, señalando el gabinete en el que sabía que estaba el archivo—. Déjame mostrarte cómo se hace esto.

Pasamos las siguientes horas revisando los archivos de los clientes. Harley me envió la lista de archivos en los que tendría que haber trabajado hoy y le di la dirección del correo de Lia en su lugar, diciéndole que lo reenviara allí. Estuvo un poco sorprendida, pero la noticia empezaba a extenderse.

Detrás de la puerta cerrada de la oficina, Lia estaba a salvo del escrutinio, por ahora. Como esperaba, estaba aprendiendo muy rápido qué hacer y cómo hacerlo. En el tercer archivo en el que trabajó, estuvo haciendo sugerencias y se sentía lo suficientemente cómoda como para decirme cuál era su plan de juego en cada cliente antes de pedirme que revelara el mío.

Cuando la puerta se abrió de golpe a media mañana, tanto Lia como yo nos sobresaltamos. Levanté la mirada hacia la figura de mi padre que se encontraba allí de pie. Tentado a poner los ojos en blanco, los dejé caer en el archivo del cliente en el escritorio. No estaba allí para pelear con él. No quería ni siquiera hablarle, en absoluto.

Evidentemente, él sentía lo mismo. Sin reconocerme, le dio a Lia una cálida sonrisa que solo capté en mi visión periférica.

—Estoy tan feliz de verla aquí, señorita Vang. Espero que se esté adaptando bien. Por favor, considere esta oficina como su nuevo hogar, y haga con ella lo que quiera.

—Gracias —le respondió Lia.

Su voz aturdida estaba justo encima de un susurro, como si en realidad no hubiera esperado que esta oficina se convirtiera en suya.

Una tos fuerte y ladradora vino de la dirección de la puerta. Siguió y siguió hasta que finalmente mi padre se excusó. Salió de la habitación, todavía tosiendo mientras cerraba la puerta. No le presté ninguna atención mientras se alejaba.

Por suerte, pensé que al final la puerta se cerró detrás de él. Lia seguía parpadeando en el lugar del que había desaparecido, con una

extraña mirada en sus ojos. La empujé con el codo, sonriendo mientras golpeaba la hoja con mi bolígrafo.

—¿Deberíamos continuar?

Capítulo Treinta Y Uno

LIA

—En serio estás empezando a agarrarle el truco a esto. —Roman me sonrió.

Era la noche del miércoles. El sol se había ido y también la mayoría de nuestros compañeros de trabajo. Bueno, mis compañeros de trabajo y los antiguos compañeros de Roman. La idea todavía era casi imposible de procesar para mí.

Era la Directora Financiera de la Corporación Burnett. Una empresa valorada en 250 millones de dólares, en la ciudad de Nueva York. Todavía me sorprendía cuando pensaba en ello. A la joven edad de veintitrés años, tenía una de las posiciones más codiciadas en la industria financiera de la ciudad.

Pellizcándome a diario, me preguntaba cuándo iba a terminar el sueño y me iba a despertar sola en mi desván. La mayoría de las cosas que me sucedían desde que llegué a este lugar se sentían como si fueran demasiado buenas para ser verdad.

Nuestro apartamento era elegante e impresionante. Todavía no podía creer que pudiéramos permitírnoslo. Mi mejor amiga trabajaba conmigo, mi hermano había accedido a hacerme más tiempo, y el chico con el que tanto fantaseé en mi adolescencia compartía mi cama. O mejor dicho, yo compartía la suya. Él no había estado en mi apartamento todavía. Regina siempre estaba ahí, y Roman no quería hacer publicidad de nuestra relación, ni siquiera a ella.

Lo mejor de todo es que mi trabajo iba muy bien. Había subido de rango a una velocidad meteórica que aún me mareaba, y aparentemente, le estaba agarrando el truco. No había un espejo en mi oficina, pero estaba bastante segura de que si me miraba en uno, vería estrellas en mis ojos.

Estaba totalmente enamorada de mi nueva vida. Hace solo unos meses, estaba empacando en mi departamento en Harvard, esperanzada y emocionada por el futuro, pero también lamentando dejar atrás mis días de universidad. Me burlaba de ese pensamiento ahora.

Nueva York ya había sido mucho más amable conmigo que Cambridge. Gracias a Lucas, Roman, Regina y el señor Burnett, todos mis sueños se hicieron realidad. Era increíble.

Zumbando de asombro por todo, me volví para sonreírle a Roman y me sorprendió encontrarlo parado y estirándose.

Buscó su chaqueta colgada en el respaldo de la silla.

—Bien, estoy listo para dar por terminado el día. Se hizo tarde muy rápido. ¿Puedo llevarte a casa?

Mis ojos se abrieron de par en par cuando lo miré.

—No, no puedes irte todavía. Por favor, no lo hagas.

Roman frunció el ceño, luciendo más hermoso de lo que nadie tenía derecho a verse, aun con el entrecejo arrugado y preguntas en los ojos. Aunque para ser justa, parecía más guapo de lo que nadie tenía derecho, sin importar lo que hiciera. Incluso con resaca el sábado por la mañana, mis pulmones amenazaron con fallar si lo miraba por demasiado tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó, deteniéndose con un brazo ya dentro de la manga de su chaqueta. Sus ojos se dirigieron hacia el voluminoso reloj de plata en su muñeca—. Son casi las ocho, gatita. Aún no has cenado, y tenemos una reunión a las seis de la mañana. No hay nada urgente que hacer aquí esta noche.

Mi mirada se detuvo en su reloj, con sus músculos enlazados mientras se arrastraban bajo la manga enrollada de su camisa blanca.

¿Qué tenía un hombre sexy en un traje y con un reloj caro que hacía que mi boca, y otras partes, se llenaran de humedad?

—¿Lia? —preguntó, incitándome a romper mi mirada obsesionada. Mis ojos se dirigieron a su cara, donde su sonrisa se unió a la divertida expresión de su tono—. ¿Por qué no podemos irnos todavía?

—Bien. —Aclaré mi garganta y miré la pila de carpetas de clientes que todavía estaban en mi escritorio—. Pediré algo de comida para llevar, pero ¿podemos terminar esto antes de irnos?

Vi sus ojos azules encontrarse con los míos; suspiró, y se hundió de nuevo en la silla.

—¿Qué te hace querer aprender todo esto tan rápido? Tienes todo el tiempo del mundo.

Pedí algo de comida que pudiéramos comer en la oficina mientras pensaba en su pregunta. No se equivocaba. No estaba en ningún horario por la rapidez con la que necesitaba adaptarme a mi nuevo papel. De hecho, el señor Burnett ya me había dicho que aprendiera todo lo que pudiera de Roman, sin importar el tiempo que tomara.

La urgencia que sentía era totalmente de mi propia cosecha, y aun así no podía reprimir la sensación de que no tenía mucho tiempo para acostumbrarme a mi nuevo puesto.

—No lo sé. Siento que no puedo quedarme quieta. Necesito aprender.

Roman me miró y me dijo que sabía que había algo más, pero como yo no podía ponerle palabras al sentimiento, no intenté explicarle más. Tampoco me presionó.

Poniendo una mano sobre la carpeta superior del archivo, la levanté y la abrí entre nosotros. Los dos estábamos sentados en mi lado del escritorio, con el flamante ordenador en ángulo para que los dos pudiéramos ver la pantalla.

—Bien, gatita. Si quieres saber más, abre el portafolio de Amelie Newton en el programa de seguimiento. Veamos qué pasa con ella.

Hice lo que me pidió, y me habló de lo que se sentía como nuestro noveno cliente del día. Lógicamente, sabía que no habían sido tantos, pero seguro que se sentía así. Garabateé notas en un cuaderno espiral mientras Roman hablaba, y mi mano volaba a través de las páginas para mantener el ritmo.

La comida llegó cuando estábamos a la mitad de la revisión de un acuerdo que él había estado redactando para la señora Newton. Se levantó a buscarla, pero me adelanté y le pagué al repartidor.

Roman suspiró, entrecerrando los ojos antes de encogerse de hombros.

—Está bien, pero la próxima cena corre por mi cuenta.

—Estás cenando aquí por mi culpa. Es lo menos que puedo hacer. —No quería que se sintiera como si tuviera que pagar para estar aquí entrenándome—. Considéralo un gasto de negocios.

Se burló un poco, pero luego asintió en un gesto aprobatorio.

—En verdad estás aprendiendo rápido.

—Es porque tengo un excelente entrenador. —El cumplido salió de mi boca antes de que pudiera detenerlo.

Las cejas de Roman se arquearon, su cabeza se inclinó y sus labios se levantaron en una sonrisa.

—Excelente, ¿eh?

En broma, me llevé la palma de la mano a la cara, gimiendo.

—Me voy a arrepentir de haber dicho eso.

—No, no. Por favor. Siéntete libre de decirme que soy excelente todo el tiempo. —Se rio.

El sonido bajo y suave hacía que las mariposas revolotearan en mi vientre.

No queriendo que viera el efecto que su risa tenía en mí, metí la mano en la bolsa de papel marrón para tomar nuestra comida.

—Vieira con brócoli y dos albóndigas para ti.

Le entregué su orden, abriendo mi contenedor de camarones con anacardo. El aire de la oficina se impregnó del fragante aroma de nuestra comida mientras nos instalábamos para cenar.

—Gracias —dijo Roman, gimiendo alrededor de su primer bocado—. Ah, está increíble. Siempre me ha encantado ese lugar.

—Lo sé —admití, tratando de ignorar los ruidos que hacía. Eran suficientes para distraer a cualquiera, pero sabiendo cómo sonaba… *¡Ugh! Concéntrate en otra cosa, Lia*—. Entonces, hablando de que eres un entrenador regular, ¿qué vas a hacer una vez que termines conmigo?

Una extraña expresión se deslizó en los ojos de Roman antes de que se encogiera de hombros y tragara.

—Solo voy a disfrutar por un tiempo. No necesito trabajar, y necesito tiempo para dejar atrás esta empresa.

—¿Cómo es eso?

Mi corazón se hundió al pensar en que algún día se iría para siempre, en que vería sus hombros y espalda musculosa retirándose por última vez por mi puerta. No sería lo mismo por aquí sin él.

—Solo quiero abandonar la idea de esta empresa, y me va a llevar algún tiempo llegar a eso —dijo con franqueza—. Ayudé a mi padre a construir esta compañía para que tuviera la reputación que

tiene, pero nunca he sido apreciado por eso. Necesito pensar en mí mismo por un tiempo.

Ladeé la cabeza, tomando otro delicioso bocado para ganar tiempo y formular mi respuesta. Sin embargo, no había una forma delicada de preguntar lo que quería preguntar.

—¿No fue suficiente la apreciación monetaria? Quiero decir, no es como si hubieras hecho una miseria.

Su mandíbula se apretó, y sus ojos se estrecharon en un punto de la pared frente a nosotros.

—Un "buen trabajo" dicho de su parte habría significado más para mí que todo el dinero.

—Suenas como un verdadero niño rico —me burlé, tratando de aligerar el momento. Roman puso los ojos en blanco, pero sus hombros seguían cerrados—. ¿Pasó algo con tu padre que evitara que te dijera algo así?

—No —dijo, demasiado rápido y demasiado fuerte.

Aun así, no me miró y apuñaló su siguiente vieira con los palillos. Claramente había algo más en esta historia, pero al igual que él hizo conmigo antes, no lo presioné.

Poco a poco nos fuimos haciendo amigos. Nos acostábamos y nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, pero mucho del pasado de Roman y de quién era seguía siendo un misterio para mí. La realidad era que por mucho que quisiera saber todas esas cosas, no era una de esas chicas que obligan a alguien a decirle algo para lo que aún no está preparado.

Respetaba su privacidad, y sabía que el hecho de compartir la cama y unos cuantos orgasmos no me daba el derecho a conocer todos los detalles de su vida. Le ocultaba partes de mí misma, y él tenía todo el derecho a hacer lo mismo. No estábamos en una relación o comprometidos el uno con el otro con un posible felices para siempre en el horizonte.

Éramos solo dos personas que disfrutaban del cuerpo y la compañía del otro, que trabajaban juntos y que tenían un entendimiento mutuo de lo que queríamos del otro. Y eso no era ser confidentes.

Tenía a Regina para eso. Y Roman tenía a Lucas.

Con eso en mente, cambié el tema.

—Está bien. Cuando termines, estoy lista para seguir aprendiendo.

Capítulo Treinta Y Dos

ROMAN

—Es viernes, gatita —le dije a Lia, agarrando su abrigo del estante junto a la puerta de lo que ahora era su oficina y manteniéndola abierta para ella—. Vamos. Es hora de ir a casa.

Hizo pucheros con sus labios llenos, mientras sus ojos me imploraban que me quedara.

—Aún no son las seis. Si nos quedamos una hora más, podemos estar en casa justo después de que oscurezca.

Sacudí la cabeza.

—Es viernes por la noche. Date un respiro mientras puedas. Habrá muchas semanas en las que no podrás salir de aquí antes de medianoche y tendrás que volver antes del amanecer del sábado por la mañana.

Resopló, y una luz burlona se le metió en los ojos.

—Por eso te degradaron. Eres un holgazán.

Sonreí, girando la cabeza de lado a lado.

—Esa es una razón tan buena como cualquier otra. Permíteme guiarte hacia el lado oscuro, tenemos galletas para el recorrido.

—¿Con chispas de chocolate? —preguntó en broma, y su frente se arrugó como si realmente lo estuviera considerando.

Asintiendo, le levanté el abrigo otra vez.

—Por supuesto. Ponte esto y salgamos de aquí.

—¿Estás seguro de que no podemos quedarnos solo un poco más? —Sus ojos se deslizaron de nuevo a su escritorio para mirar con nostalgia las carpetas que había arreglado para que abordáramos el lunes por la mañana, dudó y se mordió el labio inferior.

Sacudiendo la cabeza con firmeza, le entregué el abrigo y le di golpecitos en el brazo para que lo agarrara.

—Nos vamos, Vang. De todos modos, yo sí me iré. Si quieres quedarte, no te arrastraré, pero deberías irte. No queda nadie aquí y no hay nada que hacer ahora. Esos archivos no irán a ninguna parte.

Finalmente, cedió.

Después de ponerse el abrigo, se levantó el cabello negro de la espalda y lo dejó caer sobre sus hombros.

—Está bien, pero solo porque me estás obligando a irme.

Le guiñé el ojo, innegablemente atraído por su determinación e incluso por lo terca que era.

Y de repente, no me sentí listo para dejarla por el día.

—¿Qué tal si te lo compenso?

Su cabeza giró poco a poco hacia un lado.

—¿Cómo?

—Quiero mostrarte algo.

Una inyección de alegría me invadió ante la perspectiva de mostrarle lo que era, sin duda, la mejor parte del edificio. Sabía que le iba a encantar, y me encantaría ver su reacción la primera vez que lo viera.

No quise pensar demasiado en lo que significaba que quisiera compartir su felicidad. No era de ese tipo, pero aun así con Lia parecía que estaba ampliando cada vez más mis propios límites.

Lo que sea, lo atribuí a nuestra historia compartida y al hecho de que era la hermana de Lucas. Ella me conocía más que casi cualquier otra persona en la ciudad, y me gustaba ser el que le mostrara todas las grandes cosas de aquí.

—¿Qué quieres mostrarme? —preguntó, siguiéndome cuando salí de su oficina y la llevé a los ascensores.

Las normalmente bulliciosas oficinas estaban en silencio. Las pantallas planas suspendidas daban un brillo azul a la oscuridad previa al anochecer, y el sol empezaba a bajar en el cielo.

Sintiéndome seguro al saber que estábamos solos en la oficina, tomé su mano y junté nuestros dedos.

—Ya verás, pero te va a encantar.

Pateándome mentalmente a mí mismo por no haber pensado en esto antes para poder darle una celebración adecuada de su primera semana completa como Directora Financiera, se me ocurrió otra idea.

—Espera aquí un segundo, ¿de acuerdo? Ahora mismo vuelvo.

—No digas eso. —Su sonrisa se extendió con amplitud—. La gente en las películas de terror siempre dice que volverá, y nunca lo

hace.

—Esto no es una película de terror —le dije, inclinándome para darle un beso en la frente. Sonriendo, solté su mano y señalé la sala de conferencias ejecutivas de la esquina—. Solo voy a ir allí. Podrás verme prácticamente todo el tiempo.

—Bien —dijo con vacilación, retrocediendo hasta que estuvo de pie contra la pared—. Seguiré vigilando, por si esto empieza a convertirse en una película de miedo.

Me pareció irónico que lo que estaba a punto de hacer se pareciera más a una película romántica que a una de terror, pero estaba demasiado convencido de este plan como para abandonarlo ahora. Los corazones y las flores no eran realmente lo mío. Ni siquiera podía recordar la última vez que vi una película romántica, y no estaba seguro de haberla visto.

Pero sabía lo suficiente sobre el romance como para saber que lo que estaba a punto de hacer sería considerado romántico.

Caminando a la sala de conferencias donde sabía que había una caja de vino tinto en un gabinete cerrado, junto con unas copas de cristal para los que se reunían con ejecutivos que llegaban tarde y necesitaban un trago fuera de horario, localicé la llave donde estaba escondida.

Después de abrir el gabinete tomé una botella de vino importado y dos copas, envolví mis dedos alrededor de los tallos de las copas y llevé la botella en la otra. Lia entrecerró los ojos cuando vio lo que había ido a buscar.

—Si querías ir a tomar una copa, podríamos haber ido a un bar cercano. No tenemos que robarle a la compañía.

Levantando mis hombros, le mostré lo que sabía que era una sonrisa ganadora.

—Para tu información, no estamos robándole a la compañía. Compré esto yo mismo para reponer el suministro después de mi última reunión allí.

Sonriendo, murmuró en voz baja.

—Debí haberlo sabido.

—Sí —respondí—. Deberías haberlo hecho. Ahora sígueme.

Tomamos el ascensor hasta el último piso, donde la llevé a una puerta cerrada en la esquina. Era una puerta de emergencia anodina con un lector de llaves electrónicas instalado al lado de la manija. Buscando mi billetera, saqué una tarjeta-llave que no había usado en mucho tiempo.

Lia la miró con curiosidad, observando sin cuestionarme. La puerta se abrió con un pitido bajo después de pasar la tarjeta, y usé mi codo para empujar la manija y abrirla.

—Después de ti. —Hice un gesto hacia la oscura escalera con la mano que llevaba las copas.

Suspirando, Lia sacudió la cabeza.

—No, de verdad. Puedes ir primero. La edad antes que la belleza, después de todo.

Tuve la loca necesidad de sacarle la lengua, pero en vez de eso, solo me burlé.

—Nenita asustada. Vamos, te prometo que estás perfectamente a salvo aquí.

Tan pronto como pisé el rellano al final de la escalera, un sensor automático captó mi movimiento y las luces luminiscentes se encendieron.

—Ya, ¿ves? No hay ningún monstruo esperando aquí arriba.

La risa de Lia rebotó entre las paredes de hormigón desnudo de la escalera. Ascendimos lado a lado, y una vez que abrí la última puerta que llevaba al techo, salí primero.

Esta vez, me adelanté a ella para poder captar todo el impacto de su reacción, y fui recompensado por un suave jadeo y una mirada de absoluto asombro y pura alegría volando a sus ojos.

—Roman. —Su cabeza giró de lado a lado mientras lo observaba todo.

Una de las ventajas de tener un edificio de sesenta y tantos pisos en esta parte de la ciudad era que su azotea tenía una vista que rivalizaba con la mejor de la ciudad.

Desde nuestro techo en particular, había una vista casi sin obstáculos de toda la amplitud. Teníamos uno de los edificios más altos de nuestra manzana y de las manzanas que nos rodeaban. Las manos de Lia volaron a sus mejillas mientras caminaba más lejos

sobre la losa plana que formaba nuestro techo. Una mirada que me dijo exactamente cuán abrumada estaba, se unió a la alegría y al asombro de sus brillantes ojos.

—Esto es increíble —dijo, asimilando la vista del horizonte iluminado por el sol poniente.

Llené nuestras copas con vino y choqué la mía con la suya después de entregarla.

—Por tu primera semana como Directora Financiera —dije en voz baja, sin querer arruinar la magia del momento.

Tocando su copa contra la mía, tomó un pequeño sorbo antes de volverse hacia mí.

—¿Por qué no he oído a nadie hablar de este lugar?

—No saben lo que hay aquí arriba —respondí, recordando la primera vez que mi padre me trajo—. Apenas me enteré de esto años después de que la compañía se mudara a este lugar. He estado aquí unas pocas veces desde que me mudé a vivir en la ciudad con papá.

—¿Por qué? —preguntó, con arrugas en la frente—. Es precioso.

—Lo es —estuve de acuerdo, con mi voz apenas audible por el lejano sonido del tráfico y una ciudad con varios millones de personas viviendo en ella—. Es el lugar especial de mi padre. Viene aquí a pensar cuando algo le preocupa. Es donde me trajo para decirme que mi madre había muerto.

Lia aspiró un aliento con fuerza.

—Vaya, lo siento, Roman. Quiero decir, me enteré de su fallecimiento, por supuesto. Pero nunca lo mencionaste, así que nunca he podido decirte cuánto lo siento.

—También siento lo de tus padres. Eran personas maravillosas.

Asintió, mientras las lágrimas se asomaban en sus ojos.

—Lo eran.

Nos quedamos en silencio durante un par de minutos, perdidos en los recuerdos y el dolor que nunca se desvanecería.

Después de que alguien moría, la gente se apresuraba a decirte que el tiempo curaría tus heridas. Pero yo había aprendido por las malas que no era verdad. Cuando alguien a quien amabas muere, la herida nunca se curaba. El tiempo solo te enseña a vivir con el

agujero en tu corazón. Lia era una de las pocas personas que conocía que realmente podía entender eso. Ella y Lucas habían perdido a sus padres en un accidente.

Papá y yo no éramos cercanos, pero aun así no podría imaginar perderlos a ambos al mismo tiempo.

Mi mano se abrió paso hasta la cintura de Lia sin pensar conscientemente en hacerlo.

—¿Viniste hace poco? —Lia preguntó después de un rato.

Sacudí la cabeza.

—No, no vengo tan a menudo como me gustaría. Como dije, es el lugar de mi padre. No aprecia que otras personas estén aquí, y honestamente, no me gusta la idea de pasar más tiempo con él de lo necesario, así que lo evito.

—Sin embargo, me has traído aquí esta noche.

No era una pregunta, sino una declaración suave en un tono que transmitía su aprecio.

—Mi padre ya no está en la oficina —le dije—. Sabía que estaríamos a salvo esta noche.

—Aun así, gracias.

Escarbando en mi bolsillo, le entregué una de las dos tarjetas-llave existentes que funcionaban en el lector de abajo.

—Esta es tuya ahora.

Sus ojos se abrieron de nuevo.

—No, Roman. No podría quitarte esto.

—Tómala, es tuya. Es una de las ventajas de este trabajo, tener acceso para subir aquí. —Dios sabía que no planeaba volver al edificio una vez que lo dejara. Si alguna vez quería venir aquí por cualquier razón, podría hacer que alguien más lo abriera—. No me iré hasta que termines tu entrenamiento, pero no quería olvidarme de darte la llave.

—Gracias. —Sus dedos rozaron los míos mientras los cerraba alrededor de la tarjeta. El momento de silencio pasó entre nosotros mientras nuestras miradas se fijaban en el otro, y Lia lo rompió cuando se puso de puntillas para besarme en la mejilla—. Gracias por hacer esto, Roman. Entiendo lo mucho que este lugar significa para ti.

Capítulo Treinta Y Tres

LIA

—¿Café? —me preguntó Regina cuándo entró en nuestra cocina el domingo por la mañana.

Llevaba un suéter de Harvard descolorido con pantalones de pijama, y sus zapatillas de conejo favoritas apoyadas en el mostrador mientras esperaba que la tetera hirviera.

Asentí, hundiéndome en un taburete retro, de espaldar rojo.

—Por favor. Si pudieras conectarlo con una intravenosa, eso sería aún mejor.

Regina sonrió, agarrando la taza más grande que teníamos del armario sobre su cabeza.

—Es lo mejor que puedo hacer. ¿Semana difícil?

—La más dura.

No me había dado cuenta de lo agotada que estaba hasta que mi cabeza golpeó la almohada después de llegar a casa de la oficina el viernes por la noche. Ni siquiera me había quedado despierta lo suficiente para cenar. Pasé la mayor parte del fin de semana relajándome en la cama.

Cuando Roman me dijo que era hora de salir de la oficina, en verdad quería quedarme. Sentí que estábamos en la racha, y no quería perder el impulso. Sin embargo, le agradecí en retrospectiva por hacerme salir.

La semana me había afectado mucho, y tenía razón en que necesitaba un descanso.

—No me malinterpretes. Me siento honrada de haber conseguido el puesto. Pero es muy estresante saber que tengo que reemplazar a Roman, y aprender todo de él tan rápido.

—Te sientes honrada por el puesto, pero ¿lo estás disfrutando? —preguntó Regina, siempre rápida en ir al grano conmigo.

—Hay mucho que aprender, pero sí. Creo que lo estoy disfrutando.

Aprender de Roman, en particular, era algo que disfrutaba. Era paciente y minucioso, más metódico que impulsivo, pero con la

cantidad justa de riesgo y de "vamos por ello" lanzada a la mezcla.

Ahora que lo pienso, aborda el trabajo de la misma manera que el sexo.

El pensamiento me divirtió, trayendo una suave sonrisa a mis labios. Definitivamente era minucioso y atento en ambos casos.

Los ojos grises de Regina se iluminaron de felicidad por mí.

—Me alegro de que lo estés disfrutando. Para ser honesta, temía que fuera a ser demasiado, y tan pronto. Ni siquiera he averiguado todas las cosas para las que nos contrataron como reclutas, y tú ya eres una alta directiva. Debe ser desalentador como el infierno.

Nos preparó el café y me dio el mío. Envolví mis dedos alrededor de la mega taza, haciendo pequeñas ondas en la superficie. El vapor bailaba a través de ella, llevando el delicioso aroma a mis fosas nasales.

—Sí, es desalentador. Mentiría si dijera que no lo es, pero también es emocionante.

Sacudiendo la cabeza, Regina tomó un pequeño sorbo de café.

—Emocionante o no, no sería capaz de hacerlo.

—Todo llegará para ti —le dije, suave pero firmemente—. Solo tienes que darle tiempo. Hay muchos matices en el trabajo, pero una vez que los tienes, es para siempre.

—No lo sé. —Tomó un asiento a mi lado—. No creo que esté hecha para este trabajo después de todo. Ni siquiera sé de qué matices estás hablando.

Pensando en todos los consejos que Roman me había dado durante la semana, se los conté a Regina. Explicándole apasionadamente todo lo que aprendí, y todo en lo que me dijo que me concentrara y de lo que no debía preocuparme.

Mientras yo hablaba, Regina escuchaba con atención y asentía con la cabeza. Terminamos nuestra segunda taza de café para cuando terminé.

Con los ojos bien abiertos, me miró fijamente.

—Eso es mucho para asimilar, y aún más para recordar de memoria.

—Tomé notas —admití, aunque no había tenido la oportunidad de volver a leerlas. Una onda de orgullo viajó a través de mí, por

haber logrado absorber tanto de él que no había necesitado mis notas para hablar con Regina sobre ello—. De todas maneras, Roman ha sido increíble. Está tan bien informado. La forma en que funciona su cerebro es tan interesante y diferente. Él viene con soluciones a problemas como ese así. —Chasqueé los dedos para enfatizar mi punto.

Regina sonrió, pero noté cierta preocupación por el oscurecimiento de sus ojos.

—¿Cómo se está tomando todo esto? No puede ser fácil para él estar entrenando a una recluta, y una con la que se acuesta, nada menos; para que se haga cargo de su trabajo.

Suspirando, dejé que mi cabeza cayera hacia atrás y mantuve los ojos en el techo.

—No creo que sea fácil para él.

Al encontrarme con sus ojos de nuevo, vi mi propia preocupación por él reflejada en ella.

Una de las cosas más maravillosas de tener una amiga como Regina era su empatía. Me conocía a fondo, y no solo me amaba por mis defectos tanto como por mis puntos fuertes, sino que también entendía y compartía mis sentimientos sobre la mayoría de las cosas.

Era una de esas raras personas que se permitían sentir el dolor de los demás tan agudamente como el suyo propio, y se mantenía a su lado por mucho que algo le doliera. Era incluso más raro encontrar a alguien que compartiera tan genuinamente tu felicidad como ella.

—Está bien —confesé—. Dice que está listo para seguir adelante, y aunque sé que hay más en la historia que lo que me está diciendo, creo que realmente está listo para dejar la compañía.

—¿Qué más crees que hay? —preguntó, con un tono curioso y un poco comprensivo, del tipo "estoy de acuerdo contigo".

Un escalofrío ominoso recorrió mi columna vertebral, pero lo ignoré.

—No lo sé. No le pedí que fuera honesto. No me pareció que fuera mi lugar el curiosear. Por lo que me dijo, lo esencial es que quiere algún reconocimiento, pero nunca lo obtendrá de su padre.

—Supongo que es justo. —Regina inclinó su cabeza de lado a lado, considerándolo—. Hay cosas más importantes en el mundo que el dinero. Me imagino que el reconocimiento de un padre que ves todos los días y para el que trabajas muy duro sería una de esas cosas.

Y ahí estaba. Su legendaria forma de reunir las cosas de forma rápida y precisa de una manera que era difícil de discutir. Aunque le había preguntado por el dinero, Regina ni siquiera tuvo que hacerlo. Cuando lo pensé de la manera en que ella lo hizo, también entendí mejor su punto.

—¿Quieres un poco de pizza para el almuerzo? —preguntó, sacándome de mis pensamientos—. Es casi mediodía, y todavía no hemos desayunado.

—Dormir en casa era más importante que la comida para mí esta mañana.

Regina se rio.

—Aunque estoy totalmente de acuerdo, no pensé que alguna vez escucharía esas palabras saliendo de tu boca.

—No esperes volver a oírlo pronto —advertí en broma, saltando de mi taburete—. Vamos a alistarnos y nos encontraremos en la puerta principal cuando hayamos terminado.

—¡Lo haré más rápido que tú! —dijo, entrando en acción tan rápido que no me dio tiempo a responder.

El lugar al que fuimos no era tan bueno como al que Roman me llevó hace semanas, pero estaba cerca de nuestro apartamento y era barato. Una vez que nos instalamos en una mesa de plástico con vistas a la estampida de gente en la acera, hicimos nuestros pedidos y bebimos limonada mientras esperábamos.

Regina estaba perdida en sus pensamientos, no hablaba mucho. Era más reservada que yo, pero no solía ser tan tranquila. No conmigo, de todas formas.

—¿Qué tienes en mente? —le pregunté.

Suspiró, viendo a la gente pasar corriendo por la ventana antes de deslizar sus ojos hacia los míos.

—Yo solo… no sé si me gusta Nueva York.

El temblor ominoso de antes volvió con una venganza que hizo que mi estómago se revolviera.

—¿De qué estás hablando? La última vez que hablamos de eso, dijiste que le estabas tomando el ritmo.

—Me equivoqué. —Se encogió de hombros—. Lo intenté, de verdad, pero no me gusta la ciudad. No me gusta la gente. No estoy a gusto en el trabajo, y no siento que pertenezca a este lugar.

La miseria se asentó pesadamente en sus ojos, haciendo que el gris se viera tormentoso y oscuro. Estaba clara la profundidad de su infelicidad. Aunque sabía que no le gustaba este lugar desde el primer día que llegamos, no podía creer no haber notado lo mucho peor que se había puesto.

—Dale un poco más de tiempo para que te acomodes —dije, con mi tono a una pulgada de distancia de rogar—. Las dos hemos estado muy ocupadas, pero te prometo que pasaré más tiempo contigo. Saldremos. Nosotras...

Agitó la mano antes de apretar ambas muñecas contra sus ojos.

—No, Mee. No se trata de darle más tiempo. No estoy hecha para esta vida en esta ciudad. Tú lo estás, por lo que no dejaré que pases el poco tiempo libre que tienes tratando de venderme un lugar que no quiero que me vendan.

—¿Por qué no?

Intentaba entenderlo, pero era difícil. Me encantaba estar aquí, y el que Regina estuviera a mi lado era una de las razones por las que la vida me parecía tan perfecta. Pero eso no significaba que lo fuera para ella. Yo quería desesperadamente que lo fuera, pero no era tan egoísta como para tratar de convencerla de algo que no le parecía bien.

—Este lugar. —Señaló a la calle—. No soy yo. No soy nerviosa y rápida, ni el tipo de chica que toma café en la calle y se reúne para beber después del trabajo. Pensé que podría serlo, pero no. No me gusta comer en restaurantes o pedir comida para llevar, y no creo que pueda tener calidad de vida con las horas que pasamos aquí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, aceptando lo que dijo sin discutir. Porque para ella, era verdad. La animé a salir de su zona de

confort, pero no quería que sintiera que tenía que convertirse en una persona totalmente diferente para encajar.

—Hablé con algunas personas en casa —admitió, moviendo sus manos y mirando sus dedos como nunca la había visto hacer antes. Regina era de Seattle, y sabía que una parte de su corazón siempre había apuntado a casa.

Disfrutaba de nuestro tiempo en Cambridge, pero volvía a Seattle a ver a su familia tan a menudo como podía. Al final, pensé que se quedaba en Harvard en vez de en una universidad cercana a su casa simplemente porque era Harvard y obtener un título allí siempre había sido su sueño.

Finalmente, al levantar los ojos de sus manos, su mirada se dirigió hacia la acera.

—La gente con la que hablé me ofreció un trabajo. Las horas son mejores, la empresa es más pequeña, y no es un gran recorte de sueldo. Te echaré de menos, por supuesto, pero siempre puedes venir a visitarme. Creo que voy a aceptarlo.

Mis entrañas se congelaron. Quería que Regina fuera feliz, y si mudarse a Seattle lo haría, entonces ahí era adonde debía ir. Pero eso no disminuyó el dolor que ya se estaba instalando en mi corazón, o la oscuridad que se avecinaba y que de repente había reemplazado a la luz cuando miraba hacia nuestro futuro.

—¿Cuándo tendrías que irte? —Me atreví a decirle, preguntándome cuándo iba a descender la oscuridad.

Mis esperanzas se hicieron añicos cuando me dijo que no iba a terminar su contrato como recluta en la Corporación Burnett por el resto del año.

—Tendría que irme en dos semanas —dijo en voz baja—. Como mucho. Quieren que empiece el mes que viene.

Dos semanas. Dos míseras semanas y Regina se habría ido. Comprendí por qué tenía que irse, pero el pánico se apoderó de mis entrañas cuando me di cuenta de que en dos semanas como mucho, estaría sola en esta ciudad.

Claro, todavía tenía a Lucas, pero ni siquiera había empezado a hacer tiempo para mí. Supuse que también tenía a Roman, pero él no era Regina.

Roman…

Incluso el pensamiento de su nombre me trajo la más mínima medida de paz. Puede que no sea Regina, pero era él, y lo que necesitaba ahora mismo era verlo.

Lucas no tendría tiempo para mí y mi drama, ¿pero Roman? Esperaba que lo hiciera.

Capítulo Treinta Y Cuatro

ROMAN

No me gustaba llevar mucha ropa cuando estaba solo en casa. Dormía desnudo la mayoría de las noches, y cuando no esperaba compañía o planeaba salir, me quedaba en calzoncillos.

Pero al menos me duchaba antes de ir al sofá y ver el juego.

Lucas se me unía a veces, y esta vez no pudo. Pero claro, cuando venía, por supuesto no andaba en ropa interior, así que me esperaba el domingo sin pantalones.

Puede que suene algo inmaduro, pero si alguien le preguntara a un soltero de veintitantos años si usa pantalones en casa estando solo los domingos y este dice que sí, definitivamente estaría mintiendo. O vivían en un iglú.

Bebiendo una cerveza, casi pensé que me lo imaginaba cuando llamaron a mi puerta. Me quedé quieto porque era un conocimiento universal que uno podía oír mejor cuando entrecerraba los ojos y no se movía. Luego fruncí el ceño cuando determiné que efectivamente había sido un golpe.

Mirando mi actual atuendo, decidí que me importaba un carajo lo que pensaran. No esperaba a nadie. Si querían irrumpir en una tarde de domingo, iban a tener que lidiar con ello.

Como no era un exhibicionista total, revisé la mirilla por si acaso era un vecino que necesitaba pedir prestada una taza de azúcar o algo así. Cuando vi un ojo verde brillante y una melena oscura, sentí un movimiento abajo.

—¿Lia? —pregunté al abrir la puerta para dar la bienvenida a la única persona en el mundo a la que felizmente le abriría ahora. Supuse que no me hubiera desanimado mucho si hubiera sido Lucas el que estuviera allí, pero no podía ni quería hacer la mitad de las cosas con él que sí podría hacer con ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy tu jefa, y puedo venir cuando yo quiera —bromeó, con sus ojos brillando de diversión incluso cuando un párpado se deslizó cerrado en un guiño exagerado.

—Quieres decir que te vendrás cuando me plazca —respondí, agarrándole la muñeca y tirando de ella hasta mi pecho desnudo.

Una risa burbujeaba de sus labios mientras se metía en mi pecho, dándome un rápido abrazo antes de golpearme el brazo.

—No estoy aquí para eso. ¿Podrías ponerte algo de ropa, por favor?

—¿Por qué? —Sonreí, mirándola a los ojos—. No es nada que no hayas visto antes. Seamos realistas aquí. Además, sé que me prefieres desnudo.

—Esta vez te prefiero tranquilo —bromeó, pero la luz de sus ojos se había desvanecido.

Frunciendo el ceño, dejé de jugar y tomé su mano, enrollando mis dedos alrededor de los suyos mientras la llevaba a mi sofá.

—¿Qué pasa?

Suspiró, sus ojos se concentraron en la vista desde mi sala de estar mientras reclamaba su mano y juntaba nuestros dedos en su regazo.

—Regina se va.

—¿Qué? —Mi frente se arrugó.

En la Corporación Burnett, Regina ocupaba el mismo puesto que Lia solía ocupar. Era un año duro, siendo una recluta, y les advertí en su primer día que al menos la mitad de ellos no lo lograría.

Nunca pensé que la mejor amiga de Lia sería una de las que no continuaría. La misma Lia, obviamente y definitivamente ya lo había logrado, les pateó el trasero a todos. Asumí que su amiga estaba hecha de la misma madera que ella, o al menos de una similar. Pero sin lugar a dudas, estaba equivocado.

Dejó caer sus hombros.

—Tomó un trabajo en Seattle.

—¿Por qué carajo elegiría a Seattle? He estado allí. Ese lugar no tiene nada que ver con esto.

Lia respiró profundo, y su mirada se deslizó sobre el horizonte fuera de las ventanas otra vez.

—Ella dice que no pertenece a este lugar. Siente que no encaja, y no quiere hacerlo.

Su tono estaba abatido, pero había una corriente subterránea que se parecía mucho al miedo.

Colocando mi brazo alrededor de sus hombros, la acerqué a mi lado.

—Lo siento. Personalmente, creo que debería darle más tiempo porque no hay ningún lugar mejor que este. Pero estoy seguro de que ya intentaste decirle ese argumento, así que siento que se vaya a pesar de todo eso.

—De verdad lo intenté —se lamentó, apoyando la cabeza en mi hombro. Su cabello me hacía cosquillas en la piel, rozándola lo suficiente para que mis terminaciones nerviosas se dieran cuenta de su proximidad—. Pero ella no es feliz aquí. Quiero que sea feliz. No quiero tratar de convencerla de que se quede cuando puedo ver lo miserable que es.

—Eres mejor persona que yo —le dije, girando la cabeza para que mis labios rozaran su cabello mientras hablaba—. ¿Cuándo se va?

—Dos semanas como máximo —respondió en voz baja, soltando un aliento pesado—. En dos semanas voy a estar sola en la gran ciudad. La persona por la que me mudé a este lugar no quiere hacer tiempo para mí, y la persona que pensé que siempre estaría a mi lado se va.

¿Sola? La repentina urgencia de agarrarla por los hombros y señalarle que yo no me iba a ir a ninguna parte pronto se estrelló contra mí, pero no actué en consecuencia. Las acciones hablaban más fuerte que las palabras, y le demostraría que no estaría sola sin hacer promesas que probablemente sonarían vacías. Además, ella vino aquí para buscar consuelo en mí. No era un papel que estuviera acostumbrado a cumplir para la gente. En todo caso, yo era la persona que necesitaba ser consolada. Ya sea en mi vida personal o profesional, yo tendía a ser el más duro. Nadie me había acusado nunca de ser blando o reconfortante antes, pero me encontré deslizándome fácilmente en ese papel para Lia.

Apretando sus hombros, le di un beso en la cabeza.

—¿Has intentado contactar con Lucas? Dijo que iba a intentar hacer más tiempo para ti.

Sentí su cabeza moverse en mi hombro.

—No debería ser yo quien tenga que hacerlo todo. Acepté el trabajo aquí para estar cerca de él. Fui a verlo. Le envié unos cuantos mensajes de texto. Si quiere verme, sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

Por primera vez desde que lo conocía, quería retorcerle el cuello a Lucas. Se me rompía el corazón al oír el dolor en su voz cuando hablaba de él. Y como un tipo cuyo corazón se había convertido en piedra negra en algún lugar de su adolescencia, no era algo que esperaba sentir.

—Deberías ir a verlo —le insté; porque a pesar de mi propia rabia hacia él, sabía por qué Lucas no se acercaba a ella.

Lo entendía mejor que la mayoría, y sabía que lo estaba posponiendo porque simplemente no sabía qué hacer con ella o cómo hablarle.

Los recuerdos de nuestra noche juntos después de dejar la compañía jugaron en mi cabeza. La forma en que los ojos de Lucas se iluminaron cuando le conté sobre el ascenso de Lia. El tono de su voz cuando dijo que siempre había sabido que ella estaba destinada a grandes cosas…

—Aunque no lo creas, está orgulloso de ti, gatita. Tan orgulloso que pensé que el pecho se le iba a salir de la camisa por cómo creció cuando hablamos de que te harías cargo como Directora Financiera. No deberías tener que hacerlo todo, estoy de acuerdo con eso, pero da un paso más. Solo haz una cosa más.

La oí suspirar, pero no dijo nada. No aceptó ir a ver a su hermano, pero al menos no dijo que se negaba a hacerlo.

No tenía ni idea de por qué estaba interfiriendo entre ellos. Reparar su relación no era mi problema, pero por alguna razón, quería hacerlo por ella. Por ellos. Quería ayudarlos a ambos.

Estuvimos sentados en silencio durante mucho tiempo, ambos mirando distraídamente la ciudad que amamos, pero que tenía una forma de tomar tanto como daba. Tomé mi cerveza caliente hasta que estuvo lista, pero no quise levantarme para tomar una nueva.

Finalmente, Lia levantó su cabeza de mi hombro.

—Creo que debería irme. Siento haberme entrometido en tu día.

—¿Tienes que estar en algún sitio?

Su cabeza giró de lado a lado.

—Solo quiero sumergirme en una bañera hasta que el agua se enfríe y mi piel se arrugue. Ya sabes, despejar mi cabeza.

Levantándome del sofá, le tendí la mano.

—Pues, sucede que tengo una bañera bastante decente que podríamos usar.

—¿Quieres que me bañe aquí? —Sus cejas se levantaron, pero también su melancolía—. ¿Por qué, señor Burnett? Si no te conociera mejor, diría que estás tratando de desnudarme.

—No tengo ni que intentarlo. —Le sonreí, envolviendo mis dedos alrededor de los suyos—. Solo tengo que decírtelo, porque ya sabes que quieres hacerlo.

Sus labios se enroscaron en una sonrisa y sus ojos hicieron un lento repaso a lo largo de mi cuerpo mientras estaba de pie frente a ella.

—Bueno, ya que estás casi desnudo, supongo que yo también podría desnudarme.

—Esa es mi chica.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensar en ellas, y mucho menos detenerlas.

¿Mi chica? No era mi chica, ni mucho menos. ¿De dónde carajos ha salido eso?

Por fortuna, Lia no se dio cuenta de mi desliz, y si lo hizo, eligió ignorarlo. Levantándose con su mano aún en la mía, comenzó a caminar hacia el baño.

Mi confusión sobre de dónde habían salido mis estúpidas palabras se desvaneció en la oscuridad tan pronto como la camisa de Lia golpeó el suelo de baldosas junto a la bañera independiente de mi baño. Era una monstruosidad ovalada y sombreada que casi nunca usaba, pero me alegré de que estuviera allí ahora. Abrí los grifos y empecé a llenarla, mientras el vapor subía a medida que el agua se calentaba.

Los ojos verdes de Lia se me quedaron grabados cuando finalmente mostró su torso desnudo. Nuestras miradas se mantuvieron mientras se sacaba los pantalones y se quitaba la ropa

interior. Inclinó la cabeza, rompiendo el contacto visual por un segundo para mirar mis calzoncillos.

—Tu turno, Burnett.

Habiendo visto a Lia desnudarse para mí, ya estaba tan duro como los azulejos sobre los que estaba parado. Solía tener un pequeño mechón de pelo en su montículo, pero ya no estaba. La vista le prendió fuego a mi sangre, pateando mi ya palpitante deseo a la clase de alturas donde nada más importaba, y la necesidad de cogerla se apoderó de mí.

Todas las demás partes de mi cerebro y mi cuerpo se apagaron. La anticipación del momento en que finalmente me hundiría en ese centro caliente y aterciopelado hizo que solo una palabra se repitiera en mi mente: Cogerla.

Un gruñido primitivo me hizo vibrar el pecho. Mis ojos estaban pegados a ella, mi corazón se aceleró y mi pene suplicaba que le metiera hasta las bolas en lo profundo.

—Demonios, gatita. Voy a hacer que acabes tantas veces que te olvidarás de lo que se siente no hacerlo.

Capítulo Treinta Y Cinco

LIA

Roman hizo exactamente lo que me prometió que haría, me hizo acabar tantas veces que el resto del día pasó en lo que se sintió como un largo orgasmo. Si intentaba quitarme cosas de la cabeza, sin duda alguna tuvo éxito en su misión. Cuando sus ojos me devoraron al despojarme de mi ropa, el calor en ellos quemó mis preocupaciones, mis miedos y mis frustraciones, hasta que todo lo que quedó fue él.

Sus calzoncillos golpearon el suelo, revelando su grueso y largo miembro erecto. No pasó mucho tiempo para que su punta goteara, haciendo que se me hiciera agua la boca y mi sexo se apretara. Me acechó en su baño, agarrándome de la cadera y llevándonos a la pared hasta que mi espalda chocó contra los fríos azulejos.

Una vez que me tuvo donde quería, puso su boca sobre la mía en un necesitado beso de dientes y lengua, donde se tragó hasta mis gemidos.

Esos talentosos dedos me llevaron de un hervor a la ebullición en no más de unos pocos minutos, y se burló de mis pezones hasta que yo quedé jadeando y arqueándome contra su mano. Gemí cuando apartó la mano de ellos, y luego jadeé cuando sentí que se deslizaba por mi costado y sobre mi abdomen.

Para cuando llegó a mi montículo, estaba dolorido y empapado entre las piernas. Sus dedos se arrastraban por mi piel desnuda y sensible de la zona, lo que me volvía loca con la necesidad de que me tocara adecuadamente.

—Roman, por favor. Solo...

Me pellizcó el labio inferior antes de sonreír y reclamar mis labios una vez más en un beso ardiente que me dejó lloriqueando en su boca. No era la típica chica que mendigaba en la cama, pero con él, parecía suceder casi siempre.

Era un jugador, y este definitivamente era su juego. Era un maestro en ello. Si alguna vez se agregaba un evento a las

Olimpíadas que involucrara sexo, Roman se llevaría todas las medallas.

No me molesté en pensar en cómo había llegado a ser tan bueno en su oficio, ni me importaba saber que era un mujeriego y hacer esto con él de todos modos. Se sentía demasiado bien. Me hacía olvidar cualquier preocupación que pudiera haber tenido.

Yo era masilla en sus muy capaces manos, y me encontré queriendo que me moldeara y me doblara como quisiera, siempre y cuando terminara con los orgasmos devastadores que él daba sin esfuerzo. Ya podía sentir que el placer comenzaba a subir y bajar en mi vientre, y ni siquiera me había tocado donde yo lo necesitaba.

Aunque no me hizo pedírselo de nuevo. Besándome como si se estuviera ahogando y yo fuera su única fuente de oxígeno, sus dedos se deslizaron en mi vulva. Estaba casi embarazosamente húmeda ahí abajo, pero no sentí vergüenza.

El agudo aliento y el bajo gemido de Roman no me permitieron sentir nada más que lujuria en ese momento. Estaba demasiado mojada, demasiado necesitada. Yo era todo, el espécimen perfecto que entregaba exactamente lo que él orquestaba.

Fue una sensación embriagadora que disfruté por un segundo hasta que la punta de su dedo rozó mi clítoris, y los primeros fuegos artificiales se dispararon detrás de mis ojos. Mis gemidos resonaban en los azulejos del baño, mezclándose con los sonidos que hacía en una sinfonía de necesidad tan intensa que me dolía.

Mis muslos empezaron a temblar, mis ojos se cerraron en el momento antes de que el puro éxtasis se apoderara de cada fibra de mi ser. Y antes de que acabara por completo, Roman me levantó, y lo siguiente que supe fue que estaba entrando en la bañera conmigo con una sonrisa satisfecha y nada más.

—¿Ese "Roman por favor" fue suficiente para ti? —preguntó, buscando una esponja que no hubiera pensado que un tipo como él tendría. Era roja brillante y contrastaba con los azulejos blancos y la pizarra de la bañera, la ducha y los mostradores.

Hubiera puesto los ojos en blanco ante su pregunta si hubiera podido reunir la fuerza, pero mis miembros estaban todos lánguidos

y mi mente estaba nublada por los efectos persistentes de un orgasmo espectacular.

—Sabes que lo fue.

—Bien. —Exprimió una porción de gel de ducha sobre la esponja y la frotó entre sus manos hasta que empezó a hacer espuma—. Vamos a limpiarte antes de que nos ensuciemos de nuevo.

Empezó a lavarme inocentemente, pero había un brillo en sus ojos que me decía que no había nada inocente en su mente. La esponja se movió de mi cuello a mis hombros, y luego a mi pecho en círculos lentos.

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que estés limpia. Podría jurar que he visto suciedad aquí antes. —Me rodeó el pezón izquierdo con la esponja, dejándola raspar con suavidad sobre la punta de vez en cuando.

—Sí, creo que tienes razón. Me revolqué con mis pezones en el polvo antes. —Intenté usar un tono de broma, pero mi voz salía demasiado jadeante.

Roman se lamió los labios, sacudiendo la cabeza con los párpados a media asta. Los músculos que trabajaban para mover la grácil columna de su garganta eran lo único que traicionaba el hecho de que no se sentía tan fresco y tranquilo como su voz lo hacía parecer.

—Chica tonta y sucia —dijo.

Jadeé cuando la esponja rozó la punta de mi pezón endurecido otra vez.

—¿Así me llamarías en una porno? ¿Chica sucia?

Asintió solemnemente.

—Lo que estamos a punto de hacer va a ser como de una película porno, ¿de acuerdo? Pero no habrá nada cursi en ello.

Un hormigueo de necesidad me atravesó.

—¿Alguna vez te he dicho que me encanta cómo hablas tan sucio y con tanta confianza?

Una sonrisa burlona tocó sus labios, pero soltó la esponja y la dejó flotar.

—No lo has hecho, pero puedes decírmelo ahora.

—¿Qué tal si te dejo sentirlo en su lugar? —Alcancé su mano y la puse entre mis piernas, dejándole sentir mi sexo bajo el agua y rozando mi duro clítoris con el dorso de sus dedos.

Roman maldijo, liberando otro gemido.

—Diablos. De verdad estás tratando de matarme, ¿no?

—¿Por qué haría eso? —Mis ojos se quemaron en los suyos. Me sorprendió la profundidad de la necesidad que vi acechando en ellos. De repente me di cuenta de que era la única que había encontrado algún tipo de liberación, por lo que me acerqué y le envolví el pene con mi mano—. No te mataría antes de conseguir al menos unos cuantos orgasmos más de ti.

—¿Ah, sí? —Todo rastro de humor se desvaneció de su expresión. Su mandíbula estaba apretada mientras pasaba mi pulgar por su punta. Dejó que lo acariciara en silencio unos minutos más antes de agarrarme la muñeca—. Tenemos que hablar.

—¿Qué? —Me quedé en una especie de shock, aunque no impidió que mi mano se moviera—. ¿Ahora?

—Sí —siseó, haciéndome saber lo cerca que estaba del límite. Mis dedos aún estaban a su alrededor, y sentí cómo palpitaba bajo ellos.

—¿De qué podrías necesitar hablarme ahora mismo? —pregunté, sintiendo que mi propia necesidad aumentaba de nuevo. Apreté mis dedos alrededor de su eje, saboreando el aliento estremecido que liberó—. ¿No preferirías que me ocupara de esto?

—Por eso tenemos que hablar —me dijo, la urgencia se mezclaba con cada palabra que decía—. Quiero… No, necesito follarte ahora mismo, pero los condones están en mi habitación. Deberíamos haber hablado de esto antes, pero no lo hemos hecho, y bueno, aquí estamos.

Sin que él tuviera que decir las palabras, entendí a lo que se refería.

—Estoy limpia y tengo un Diu.

Tuve que hacer que me pusieran uno en Harvard para regular mis calambres mensuales porque empezaba a afectar mis estudios, pero no era el momento de decírselo. La sonrisa de Roman se vio

tan aliviada, que se me escapó una risita antes de que pudiera detenerla.

—¿Esto es divertido para ti? —preguntó, con su voz áspera. El agua salpicaba los bordes de la bañera mientras me deslizaba sobre su regazo. Sacudí mi cabeza, y mi risa resultó cortada abruptamente por la sensación de su erección de acero entre mis pliegues—. Podemos reírnos de nuevo más tarde, pero ahora mismo, estoy usando esta boca sucia que aparentemente te gusta tanto para decirte que voy a cogerte y duro. Voy a hacerte gritar tan fuerte que mis vecinos seguramente se quejarán por el ruido. Va a ser rápido y duro, y tú lo vas a soportar. Esto es para mí, ¿entendido? Antes fue para ti, pero esta vez es para mí.

Asentí, tan excitada por sus palabras y la mirada en sus ojos que no me importó que esto fuera para él. Estaba a unos segundos de la combustión espontánea.

—Yo también estoy limpio, para que conste —susurró, y luego levantó mi cadera e hizo todo lo que prometió que haría.

Acabó con un rugido atronador, cortando palabras casi incoherentes sobre lo bien que me sentía sin nada entre nosotros.

Como le dije que quería hacer, nos quedamos en la bañera hasta que el agua se enfrió y nuestra piel se arrugó. Terminamos entre él colocándome en el borde de la bañera y bajando sobre mí, haciéndome ver las estrellas; hasta que casi me derriba cuando me quedé sin fuerzas luego de acabar otra vez.

Eso fue cuando Roman decidió que la hora del baño había llegado a su fin y me envolvió en una toalla esponjosa mientras me llevaba a su dormitorio. Desapareció por unos minutos y regresó con helado y dos botellas de agua. Empezamos a ver una película en la televisión de su habitación, tumbados uno al lado del otro en su cama mientras recuperábamos fuerzas.

Entonces, empezó a dibujar patrones con su dedo índice en mi muslo desnudo, y terminamos en un montón de miembros enredados en la cama mucho antes de que terminara cualquier película que empezamos a ver. Las botellas de agua se vaciaron y el helado sobrante se derritió en su recipiente en el suelo.

Finalmente, envolví mis brazos alrededor de su cintura y puse mi cabeza sobre su pecho. Empezaba a oscurecerse afuera, con las luces de los edificios que podía ver desde las ventanas de su dormitorio iluminado la ciudad.

—Entonces, ¿ayudé a despejar tu mente o qué?

El sonido de su voz me asustó, pero me recuperé enseguida.

—Sí, hasta que dijiste eso.

Se rio, acariciando mi cabello.

—Lo siento, solo dame unos minutos, y te ayudaré a aclararlo todo de nuevo.

—¿En serio? —pregunté, con mi incredulidad sonando en su tranquila habitación—. ¿Honestamente serías capaz de hacerlo de nuevo después de las últimas horas?

Sentí que se encogía de hombros.

—¿Cuándo vas a dejar de dudar de mí?

—Eres una máquina, ¿lo sabes? —Me sentí tierna por todas partes, y más satisfecha de lo que nunca había estado en la vida—. Tendrás que alimentarme y darme al menos una hora antes de que pienses en volver a tocarme.

—La juventud de hoy —dijo en broma—. Pero está bien. Iré a buscar la comida y el tiempo.

Se agitó debajo de mí para levantarse, pero yo apreté mi agarre.

—Antes de que te muevas, ahora que me recordaste todo lo que necesitaba despejar de mi mente, quería preguntarte algo. ¿En serio Lucas está orgulloso de mí?

—En primer lugar, nunca más digas su nombre mientras estemos desnudos —se quejó, dejando que un exagerado temblor recorriera su cuerpo—. En segundo lugar, nunca te he mentido antes, y no empezaré ahora. Pero no me preguntes a mí. Ve a escucharlo de él.

Mis labios se elevaron en una sonrisa ante su respuesta, que escondí en su pecho y sujetándolo un poco más antes de que esta burbuja que creamos para nosotros mismos en su dormitorio tuviera que estallar.

En ese momento, no sentí que estaría tan sola en Nueva York una vez que Regina se fuera.

Capítulo Treinta Y Seis

ROMAN

—Gracias a Dios que ya casi es fin de semana —dijo un tipo cuyo nombre no recordaba, arrastrando las manos por su pálido rostro y por su irregular intento de barba—. Esta ha sido la semana más larga, y todavía queda un día y medio para terminar.

Estaba parado en el patio de mi vieja oficina, con un círculo de jóvenes banqueros de inversión a mi alrededor. A algunos de ellos los conocía mejor que a otros. Todos me habían informado hasta hace un par de semanas, excepto el tipo pálido que hablaba, que no sabía cuándo había empezado.

Fue una sensación extraña, no tener más el dedo en el pulso. Extraña y liberadora.

Le sonreí al chico nuevo, feliz de ser uno de ellos ahora. Ya no tenía que jugar con ninguna regla más que con la mía. No tenía que mantener ninguna distancia profesional entre los empleadores y los empleados. Podía relajarme y bromear con ellos como lo hacía ahora, y no tener que preocuparme por nada.

—Es este edificio, hombre —me compadecí—. Te absorbe y se olvida tu vida.

—Amén a eso —aceptó, sacudiendo su flojo cabello rojo—. He dedicado más horas en la última semana que en casi todo el mes pasado en mi anterior trabajo.

Dougie, un antiguo recluta que era el doble de grande que el nuevo, resopló.

—No es de extrañar que no duraras allí. Tampoco durarás aquí si crees que puedes volver a ser un holgazán.

—Afloja —dije, solo porque ahora podría decir cosas así—. Trabajar aquí está sobrevalorado de todos modos. Confía en mí. No querrás estar aquí por mucho tiempo.

Adam sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Lo sabías, ¿verdad? No te ofendas, hermano, pero no puedo esperar hasta que yo también pueda irme.

—No hay problema —le aseguré—. Sé que este lugar se siente como una prisión la mayoría de los días.

El chico nuevo asintió con entusiasmo.

—Incluso mi asistente me miró como si quisiera encadenarme a mi escritorio cuando fui a orinar el otro día.

—Tu asistente puede encadenarme a lo que quiera —bromeó Stan, haciendo movimientos de empuje con su cadera.

Los tipos a su alrededor se rajaron y asintieron. No sabía cuál de las asistentes había sido asignada al chico nuevo, pero realmente no me importaba.

La única persona a la que consideraría permitir que me encadenara era Lia. Mi pene se movió al pensar en ella, y los recuerdos del último domingo me hicieron querer gemir en voz alta. Volví a sintonizar la conversación en la que estaba ocupado para evitar una erección aquí en la oficina.

Los chicos habían dejado de bromear y estaban debatiendo una nueva estructura de comisión de la que habían sido alertados esta mañana.

Adam estaba sacudiendo la cabeza, con la voz baja pero furiosa.

—Es porque los putos directivos son un montón de idiotas que no saben cómo funciona a nivel del suelo.

Los ojos de Stan parpadearon hacia los míos, pero le hice un gesto de bienvenida. Tenían todo el derecho de insultar a la gerencia si querían. Ya no era parte de ese equipo. Me importaba un carajo.

Dougie asintió su acuerdo con Adam.

—Es porque solo se preocupan por el resultado final, no por nosotros o el negocio real. La mayoría de ellos no diferencian el trasero del codo cuando se trata del trabajo real que hacemos.

—Eso es verdad —me encontré de acuerdo sin pensarlo en realidad. Lo que decía era cierto. Si mi padre supiera una sola cosa sobre lo que realmente hice por la compañía cada día, nunca habría sido capaz de acusarme de no hacer mi trabajo—. Los incentivos y las evaluaciones de desempeño no deberían estar ligados así. Son unos ignorantes.

Los demás estuvieron de acuerdo de todo corazón. Estaba a punto de abrir la boca cuando sentí, en lugar de oír, a Lia

acercándose por detrás de mí. El calor se extendió a través de mi cuerpo, y sentí mi propia piel siendo electrificada.

Me volteé para mirarla con una sonrisa, pero se congeló cuando vi la expresión asesina en su rostro. Sus ojos escupían fuego en los míos, ardiendo con un calor totalmente diferente al de hace unos días. Su mandíbula estaba apretada y su espalda recta.

—¿Por qué no estás en la oficina? —dijo, con sus ojos fijos en los míos.

Me encogí de hombros, preguntándome qué se le había metido en el trasero.

—Solo estaba hablando con los chicos. Estaré allí en un rato.

—Estarás allí ahora. —La baja demanda sonaba como una orden. Levanté la ceja. No era mi jefa, estaba aquí para ayudarla. Lia era inquebrantable en su mirada, moviendo la cabeza hacia su oficina—. Sígueme.

Hice lo que me pidió, pero solo porque no quería hacer una escena delante de los chicos. Ella y yo teníamos que aclarar algunas cosas si quería que siguiera ayudándola. No era el tipo de conversación que sería adecuada para toda la oficina, pero planeaba recordarle algunas cosas. Tampoco me oponía al sexo de reconciliación o a una mamada de disculpa.

Marchó a mi antigua oficina y abrió la puerta de un tirón, estrechando sus ojos sobre los míos mientras esperaba que yo entrara y luego cerró la puerta detrás de ella. Me detuve cuando lo escuché, listo para aceptar cualquier favor sexual que estuviera a punto de ofrecerme para compensarme por hablarme así cuando solo estaba aquí por ella.

—¿Qué carajo fue eso? —preguntó en un tono mordaz, plantando las manos en su cadera.

Fue tan inesperado, que me tomó unos segundos para volver a pensar en lo que ya había pasado. Fantaseaba con levantar esa falda de lápiz tan apretada, doblarla sobre su escritorio, y cogérmela por detrás.

Cristo, ¿estar dentro de ella otra vez sin nada entre nosotros?

Mi pene empezó a endurecerse detrás de mi cremallera, esforzándose por repetirlo. Me puse tan duro, que...

—Espera, ¿qué?

—¿Por qué hablas mal de la compañía de esa manera? —preguntó, con un fuego indignado en los ojos.

—¿Me estás preguntando qué carajo fue eso? —le respondí, mientras todos los pensamientos sobre cogerla volaban de mi mente—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí? —Sus ojos se convirtieron en rendijas, con su boca presionada en una línea dura—. No hice nada. Tú, por otro lado, hablabas de una compañía para la que ya no trabajas.

—Exactamente —dije, como si fuera la cosa más obvia del mundo. Así era para mí, de todos modos.

Inclinó la cabeza y me observó como si estuviera esperando que me brotaran cuernos.

—¿Exactamente? ¿Exactamente qué, Roman? Solo porque te vayas no significa que puedas decir lo que quieras.

—¿Por qué diablos no? —Fruncí el ceño, echando los brazos a los lados.

El desafío ardía en sus ojos, pero dejó caer las manos de su cadera y caminó hasta su escritorio. Extendiendo los dedos, se arrimó a su lado y puso la punta de sus dedos en la tapa de cristal.

—Tú te vas de la Corporación Burnett. Yo no. Todavía tengo que trabajar con esta gente todos los días. Tienen que confiar y respetar en mi autoridad. ¿Crees que eso va a pasar si saben que la persona a la que estoy sustituyendo, la persona que me entrega y me entrena, no me respeta ni a mí ni a mi posición?

Su tono ya no era mordaz. Era más suave. No era una súplica, sino más bien un suave pinchazo buscando mi comprensión. Sus palabras jugaron en mi cabeza, y pensé en las bromas con los chicos, imaginándomelo desde su punto de vista.

La vergüenza me golpeó justo en el pecho. Se veía mal. Su antiguo jefe estaba de acuerdo en que la administración era una porquería, y en cómo no sabían lo que estaba pasando.

—Lo siento —dije tan pronto como el cuadro estuvo completo—. No estaba pensando en ello de esa manera. No volverá a suceder.

Sus ojos se suavizaron, y sus hombros se relajaron.

—Gracias.

—No hay que...

Me cortó la puerta de su oficina al ser abierta de golpe. Mi estómago se hundió cuando mi padre entró por ella.

—Oh, bien —dijo con brusquedad—. Los dos están aquí. Los quiero a ambos en mi oficina en cinco minutos.

Ladeé la cabeza, levantando una ceja.

—Sí, no estaré allí.

Papá cruzó los brazos, enfrentándose a mí y mirándome con tanta decepción y desafío como siempre.

—Mientras estés en este edificio, trabajas para mí, y harás lo que yo diga.

—En ese caso —respondí, lanzándole a Lia una mirada de disculpa—. Dejaré el edificio.

La ira se cocinó en los ojos de mi padre, pero su mano se levantó y señaló.

—Ahí está la puerta. No dejes que te golpee en el trasero al salir.

Saliendo a zancadas de la oficina, maldije en voz baja y juré que nunca volvería allí. Llegué al estacionamiento antes de notar el ruido de los tacones detrás de mí y de oír la voz de Lia.

—¡Roman! Espera, por favor. ¡Roman!

Levantando mi mirada, solté una respiración contenida y traté de apisonar la rabia al rojo vivo que corría por mis venas.

—¿Qué?

—Mira, yo...

Levanté una mano, queriendo que se ahorrara las palabras.

—Me voy. Terminé con esta basura. Es todo.

La sangre se drenó de las mejillas de Lia.

—Todavía te necesito, Roman. Por favor. —Empecé a sacudir la cabeza, pero no me dejó hablar antes de continuar—. Tómate el resto del día libre. Hablaré con tu padre. Todo estará bien. Por favor, vuelve mañana.

Me miró con tanta esperanza en sus ojos que no pude resistirme a ella. Si me hubiera preguntado si podía estrellar mi Bugatti contra un muro ahora mismo solo para ver qué pasaba, también habría dicho que sí. Probablemente habría resultado en menos desgracia de

la que esta situación insostenible estaba destinada a ser, pero de todos modos me encontré asintiendo.

—Bien, te ayudaré. Pero ya terminé con mi padre. Ya no lo ayudaré más.

Me sentí aliviado al ver que asentía.

—Está bien —dijo, caminando hacia adelante hasta que estuvo lo suficientemente cerca para tocarme. Extendió la mano y me dio un ligero apretón en el antebrazo, pero tuvimos que dejarlo así. Como si pudiera leer mi mente—. Te llamaré esta noche. Adiós, Roman.

Mientras caminaba hacia mi auto, parte de mi ira se disipó. Le prometí a Lia que la entrenaría, y que mantendría mi palabra, pero me hice un nuevo voto a mí mismo mientras me deslizaba en el asiento del conductor.

Estar enfadado con mi padre era una pérdida de tiempo y energía. No le importé un carajo antes, y no lo haría ahora; pero a partir de este momento me mantenía alejado de él. Lo que haría de aquí en adelante sería por Lia; no por él, y no por la Corporación Burnett.

Esperaba que de esa manera viera lo valioso que yo había sido para su compañía.

Capítulo Treinta Y Siete

LIA

La puerta de la oficina del señor Burnett estaba abierta de par en par. Un terrible sonido de desgarramiento y arcadas venía de adentro. Miré por la rendija abierta, golpeando con suavidad.

Estaba sentado detrás de su escritorio, con su mano agarrándose el pecho mientras la otra le cubría la boca. El sonido venía de él, la tos era peor que antes.

—¿Puedo entrar? —pregunté, sin querer interrumpirlo.

Claro, él había pedido verme, pero parecía que ahora no era un buen momento.

Asintió al toser, levantando la mano del pecho para hacerme un gesto antes de coger un vaso de agua y vaciarlo. Aclaró su garganta una vez que dejó el vaso, y la tos finalmente terminó.

—Siéntese, señorita Vang. Me disculpo por eso. Un poco de agua bajó por el camino equivocado.

—Odio cuando eso sucede —dije, tomando el asiento que me ofreció y doblando las manos sobre mi regazo—. ¿Quería verme?

—Sí. —Se enderezó en su silla, transformándose de nuevo en el dueño todopoderoso que era y que yo conocía—. Quería hablar con usted sobre su trabajo.

Mi corazón se apretó, el pánico se elevó en mi estómago.

—¿Mi trabajo, señor? —Mi voz salió una o dos octavas más alta.

—Su posición como Directora Financiera —aclaró—. ¿Cómo le va con eso?

El alivio extinguió el pánico, dejándome todavía con una sensación de nerviosismo, pero más confiada y relajada. Por un segundo, pensé que me iba a decir que mi trabajo no era lo suficientemente bueno.

Hablé con Roman lo suficiente como para saber que su padre no regalaba ningún golpe. Podía pelear como la mejor, pero no creía que pudiera soportar un puñetazo ahora mismo. No después de lo que le hice a Roman.

Ya fue bastante difícil intentar que todos me respetaran y me tomaran en serio. Ser una recluta de veintitrés años que de repente se disparaba al puesto de Director Financiera no era algo que mucha gente entendiera. Demonios, ni siquiera estaba segura de entenderlo yo la mayoría de los días.

Encontrar a mi amigo, amante, y aliado más poderoso hablando tonterías sobre un equipo de dirección del que formaba parte, socavó mi autoridad. No podía creer que Roman me hiciera eso, hasta que me di cuenta de que probablemente no estaba pensando en cuánto daño podría causarme.

Me costó tener que explicárselo, pero me alegré de que entrara en razón. Su disculpa fue sincera, y le creí cuando dijo que no lo haría de nuevo, así que estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¿Estás lidiando con la carga de trabajo? —La voz del señor Burnett me hizo volver a la conversación que se suponía que tenía con él.

Asentí.

—Todavía tengo mucho que aprender, pero es más un juego de personas en este momento que cualquier otra cosa.

—Me alegra saber que te estás adaptando —dijo con energía—. No creo que te quede tanto por aprender como lo que tú crees. Han pasado unas semanas, y por lo que he visto, lo estás haciendo muy bien. He estado vigilando tu progreso y la documentación que sale de tu oficina, y estoy satisfecho con los resultados.

El cumplido hizo que mi corazón se tambaleara, con una sonrisa luchando por liberarse. Apenas logré mantener la compostura en lugar de levantarme y hacer un baile de la victoria que se parecía mucho al Gangnam Style en mi cabeza.

—Gracias, señor —dije, orgullosa de mí misma por ser capaz de mantener la voz tranquila. Sus elogios significaban aún más por el hecho de que Roman me dijera que el hombre nunca le daba a nadie el reconocimiento que se merecía. Y hablando de cierto rubio de ojos azules...—. Todavía necesito a Roman cerca. Ha sido de gran ayuda para mí hasta ahora.

Los labios del señor Burnett se retorcieron de insatisfacción.

—No creo que te quede nada que aprender de él. Te ha enseñado lo que ha podido. Confía en mí. Estarás bien por tu cuenta a partir de ahora.

Sabía que aún podía aprender de Roman, tenía mucho que aprender de él antes de que saliera del nido para siempre.

Además, no estaba lista para dejarlo ir. Todavía no. Trabajar con él todos los días era una red de seguridad y ruedas de entrenamiento sin las que sabía que fallaría. La bicicleta se caería y mi cabeza se abriría contra el asfalto.

Yo era inteligente, lo sabía. Aprendía rápido y podía hacer este trabajo a pesar de mi falta de experiencia y mi edad. También era realista, y la realidad era que había sido catapultada a esta posición, arrancada de la oscuridad del piso de entrenamiento y lanzada a un foco para el que aún no estaba preparada. Quería subir la escalera corporativa y aprender lo que pudiera en el camino. En cambio, ahora me encontraba en uno de los peldaños superiores con nada más que aire libre esperando a saludarme si me caía, que fue donde Roman entró.

A pesar de lo que pensaba el señor Burnett y su obvio mal humor cuando se trataba de su hijo, tuve que defenderme.

—Con todo respeto, señor, no avanzaré hasta que Roman me enseñe todo lo que necesito saber para estar bien equipada para tomar las riendas. Aún no hemos llegado a ese punto. Seguiré trabajando con él, o no lo haré en absoluto.

El señor Burnett levantó una ceja de sal y pimienta, impulsada por mis palabras. A mí también me sorprendió. ¿En serio acababa de darle un ultimátum a Paul Burnett?

Sí lo hice. Oh, Dios mío.

Quería enterrar la cabeza en mis manos o correr para encontrar un mando a distancia y rebobinar hasta hace un par de minutos cuando me dijo lo bien que lo estaba haciendo. Demonios. ¿En qué estaba pensando?

Mis palabras me golpearon con la fuerza de un tren de carga.

«No lo haré en absoluto...»

¡Claro que iba a seguir trabajando! Aunque tuviera que llamar a Roman a espaldas del señor Burnett cada cinco minutos para pedirle

ayuda, no me iba a alejar de esto. Ni hablar.

—Lo siento mucho, señor. No sé...

—Nunca se disculpe por decir lo que piensa, señorita Vang —dijo, y a menos que mis ojos me engañaran, parecía ligeramente impresionado—. Me gusta que tome la iniciativa, y me gusta saber que se está volviendo asertiva. Ambas son cualidades que necesito en mi Director Financiero.

—Gracias —dije, aturdida por el hecho de que me había enfrentado a uno de los hombres más poderosos de la ciudad y aún tenía mi trabajo.

—Me mantendré fuera de su camino, señorita Vang —me dijo con una sonrisa de aprobación—. Solo para que conste, creo que ha aprendido lo que puede de mi hijo, pero no le impediré trabajar con él si cree que lo necesita.

Abrí la boca para darle las gracias de nuevo, pero otra tos le atravesó.

—¿Está usted bien, señor?

—Estoy bien. —Se las arregló para hablar entre ladridos que sonaban dolorosos—. Ya puede irse, señorita Vang. Estaré en contacto.

Después de dejar la oficina del señor Burnett, me dirigí al piso de entrenamiento. Vivía con Regina, pero pasaba tanto tiempo en la oficina y con Roman que sentí que no la había visto en toda la semana. Como Roman no estaba, no había nadie esperándome para volver a mi oficina y ponerme a trabajar, así que quise ver cómo estaba ella.

La encontré sentada en el mismo asiento que le habían asignado en nuestro primer día, en el cubículo junto al que solía ser mío. Fue una sensación extraña, mirar y saber que el tipo en mi asiento no estaba realmente en mi asiento.

Regina levantó la vista y me vio acercarme, sonriendo mientras se levantaba de su silla, y me encontraba a medio camino.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo?

—Vine a verte. ¿Tienes tiempo para almorzar?

Sus labios se apretaron en una línea de disculpa, y sacudió la cabeza.

—No, pero necesito hablar contigo. Pasé por tu oficina unas cuantas veces esta semana, pero siempre has estado muy ocupada. Tampoco te he visto realmente en casa.

—Lo siento. Quería pasar más tiempo contigo antes de que te fueras, pero he estado muy ocupada. Tal vez la próxima semana podríamos...

—Me voy el lunes —dijo Regina, con la suficiente suavidad como para que solo yo pudiera oírla.

Sus palabras hicieron que mi corazón se acelerara.

—¿El lunes? —dije la palabra tan despacio, que fue como si aún estuviera tratando de aprender a decirla y lo que significaba—. ¿Este lunes?

—Sí. —Ella asintió—. Siento no haberte avisado con más antelación, pero mi nuevo trabajo, mis vuelos. Todo funcionó de esta manera.

Me lancé a mi mejor amiga, abandonando el profesionalismo en favor de un abrazo con una de mis personas favoritas del planeta.

—Está bien. Lo entiendo.

Me dolía el corazón al pensar que Regina se iba, pero ya había hecho las paces con ello. Gracias a Roman y a su estímulo para tenderle la mano a Lucas, una vocecita dentro de mi cabeza me susurró que estaría bien sin ella. Ahora sabía que no estaría sola. De nuevo, gracias a él.

Regina y yo hablamos un rato más antes de que tuviera que volver a su escritorio. Yo hice lo mismo, pero luego miré fijamente la pantalla de mi computadora por un segundo mientras pensaba.

Roman me había animado a tenderle la mano a Lucas, pero aún no lo había hecho, aunque le prometí que lo haría. Regina se iba en tres días. No podía posponerlo más. Si realmente no quería estar sola, tenía que enviarle un mensaje a mi hermano. Le envié un mensaje rápido para preguntarle si estaría libre el fin de semana, esperando el silencio habitual de él.

Cuando mi teléfono sonó un minuto después y su nombre apareció en mi pantalla, mis ojos se abrieron de par en par.

Cuando leí su respuesta, se me cayó la mandíbula.

Lucas: *Claro. ¿Quieres que nos veamos el sábado?*

La emoción se disparó a través de mi cuerpo, iluminándome de adentro hacia afuera. Iba a pasar tiempo con mi hermano el sábado. Habían pasado años desde la última vez que pude decir eso. Al fin, iba a suceder.

Capítulo Treinta Y Ocho

ROMAN

Iba a requerir algo de tiempo para acostumbrarme a despertar un viernes por la mañana sin tener que ir a trabajar. Lo mismo ocurría con cualquier otro día de la semana. Aunque me tomaba un día libre aquí y allá, no era algo que tuviera el hábito de hacer.

La vida siempre había sido muy ocupada para mí. Desde el instituto, fui directamente a la universidad. Después de graduarme en Harvard, tuve tres días para mudarme antes de empezar a trabajar.

No hubo años sabáticos, ni tiempo libre, no hubo nada.

Pasar el rato en casa durante la semana de trabajo no era algo que hiciera. Mirando a la perspectiva de tomar una cantidad indefinida de tiempo fuera del trabajo, no sabía qué hacer conmigo mismo. Claro, le prometí a Lia que seguiría ayudándola, lo que significaba que técnicamente tenía trabajo que hacer, pero no tenía que ir a la oficina para hacerlo.

No tenía ningún interés en estar allí cuando mi padre era tan idiota al respecto. Mi oficina en casa estaba equipada con electrónica de última generación, software que me alertaba de cualquier movimiento en el mundo de las finanzas del que tuviera que ser consciente, y cualquier otra campana y silbato que pudiera necesitar. Podía entrenarla y guiarla fácilmente desde aquí.

Cuando creé la oficina en casa, fue para poder trabajar con facilidad los fines de semana sin tener que ir a la oficina. Nunca imaginé usarla para los propósitos que tendría ahora, pero estaba agradecido de tenerla.

Relajado, con los pies descalzos y los pantalones de pijama, miré el reloj de mi cafetera y me di cuenta de que solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que había comprobado la hora. Los días se iban a alargar sin el ajetreo de la oficina. Pero yo estaba dispuesto a aceptar el desafío. No era nada más que una nueva rutina en la que tendría que adaptarme.

Un chorro de café fluyó de la máquina a la taza que ya había colocado en el lugar designado, y el amargo y terroso aroma llenó la cocina.

Tomé mi taza y la llevé al balcón. Hacía frío afuera, el aire de la mitad de otoño se volvía más fresco con cada día que pasaba. El sonido del tráfico se filtraba desde la calle de abajo, y el sol todavía era una bola naranja en la distancia, luchando en su camino a través de la neblina y las nubes.

Hacía demasiado frío para estar sin camisa afuera, así que tomé una manta del sofá y me la envolví en los hombros. Probablemente me veía como un vagabundo o un sherpa, pero no me importaba.

Suspirando, tomé mi café y dejé que mis pensamientos corrieran libres. Lia estaba cerca de la cima de las cosas en las que pensar. La chica estaba obstinadamente decidida a hacer bien mi trabajo, lo cual era un consuelo. Aunque no me importaba mi padre en este preciso momento, construí el equipo que ella tenía que liderar, y quería que tuvieran éxito.

Iba a ser difícil dejarlos ir, no tocar la base tan a menudo como yo quería o ser a quien acudieran para pedir consejo. Sabía que iba a tener que dejarlos ir, sin embargo. Lia estaba a cargo de ellos ahora, y la respetaba demasiado como para ofrecerle mi ayuda al equipo.

Resoplando, me pasé la mano libre por mi cabello despeinado y me pregunté cómo demonios iba a abstenerme de contactar con mi propio equipo. Iba en contra de todo lo que creía, pero iba a tener que encontrar una manera.

No me había permitido mucho tiempo para pensar en la logística de la situación en la que me encontraba, y aunque había hecho las paces con ella, iba a ser una curva de aprendizaje empinada para descubrir esta nueva fase de mi vida.

Al carajo. Por muy difícil que parecía, sabía que podía hacerlo. Tomar unos meses de descanso iba a ser celestial una vez que me estableciera en mi nueva rutina. Podía viajar por diversión y no porque mi padre me arrastrara de una ciudad a otra. También tendría tiempo para hacer todas esas cosas que siempre quise hacer, pero que nunca pude hacerlas. Lo primero de mi lista era la

navegación. Las vías navegables de Nueva York y sus alrededores me llamaban por mi nombre desde que un amigo nos llevó a Lucas y a mí a su barco, poco después de que empezáramos a trabajar en la ciudad.

Pocas personas se han tomado el tiempo de apreciar la impresionante belleza natural de las aguas alrededor de la isla que llamamos hogar. Tenía la intención de convertirme en uno de esos pocos.

Sintiéndome un poco menos intimidado por la incertidumbre de los meses venideros, volví a entrar cuando oí sonar mi teléfono. Mi estado de ánimo mejoró cuando vi quién llamaba, aunque había una vaga sensación de temor en mi estómago sobre con quién podría estar.

—Buenos días, Lia —dije después de deslizar el pulgar por la línea verde de la pantalla—. He estado pensando en ti. —Mi mente se desvió hacia el sucio sueño que tuve anoche en el que aparecía una cierta chica curvilínea, de cabello negro, con sus ojos verdes oscuros y lujuriosos, mientras sus labios envolvían mi pene. Llevando la palma de mi mano hacia mi entrepierna para presionar la erección que se despertaba con rapidez, me recordé a mí mismo que ella estaba en el trabajo, y probablemente también me llamaba por eso. El recordatorio me hizo memorar los otros pensamientos que había tenido sobre ella antes—. ¿Cómo está mi equipo?

—Estarían mejor si estuvieras aquí —respondió—. Necesito tu ayuda, Roman. Por favor, ven a la oficina hoy.

—No. —Se escurrió mi voz antes de que pensara en su petición—. Te dije que te ayudaría, así que dime lo que necesitas, y lo haré desde aquí, pero no voy a ir a la oficina.

—Te estoy diciendo lo que necesito —dijo, sonando exasperada. Mi corazón se apretó al pensar en tener que negarme cuando me dijo lo que necesitaba de mí, pero no había manera de evitarlo esta vez—. Necesito que vengas a la oficina.

—Lo siento, nena, pero no.

—Roman. —Su voz se suavizó—. Tu padre ni siquiera está en la oficina hoy. No habría preguntado de otra manera.

Mis cejas se juntaron.

—¿No está ahí? ¿Dónde está?

—No lo sé. Todo lo que sé es que recibí un mensaje de Scotty antes de que no vendría hoy. —Un extraño indicio de preocupación oscureció su tono.

Me encogí de hombros. Papá ya no era mi problema. No era yo quien tenía que dar cuenta a los clientes de su paradero.

—No creo que se haya tomado un día libre en las últimas tres décadas por lo menos. No te preocupes. Irá más tarde.

—No lo hará —insistió—. Por favor, ven. No puedo ser la persona con el puesto más alto de la compañía presente en el edificio sin ningún respaldo.

Había una desesperación inusual en su voz que no podía ignorar. Era débil, pero definitivamente estaba ahí. Y era la única cosa en el mundo que podía convencerme de arrastrar mi trasero a través de una ducha y a ese lugar hoy.

—Me necesitas. —No era una pregunta—. Aceptaré acudir si admites que me necesitas.

Hubiera preferido que me necesitara ahora mismo de otra manera, pero tampoco podía decirle que no fuera del dormitorio, aparentemente.

Lia hizo una pausa por un segundo, solo se escuchaba el sonido de la respiración superficial que venía a través del receptor.

—Bien. Está bien, ganas esta ronda. Te necesito. Necesito conseguir algunos documentos de su oficina, y no tengo ni idea de dónde empezar a buscar, pero no quiero preguntarle a cualquiera porque siento que debería saber esto. Hay una reunión programada más tarde con un nuevo cliente potencial, y yo...

Ella siguió, pero no necesité escuchar el resto. Ya sabía lo que estaba sintiendo. También sabía que ella estaría absolutamente bien sin mí allí. Podía arreglárselas, pero había prometido seguir ayudándola por ahora, y era una promesa que cumpliría.

—Estaré allí en una hora —le dije, colocando la última mitad de mi café frío en el mostrador más cercano y dejando que la manta que me rodeaba los hombros cayera al suelo.

Lia me dio las gracias con una voz que me recordaba mucho a cómo sonaba cuando estaba excitada. Lógicamente, sabía que era

porque prácticamente estaba hiperventilando por el sonido de su respiración superficial, pero a mi pene no le importaba. Solo podía concentrarse en las veces anteriores en las que su voz había sonado como lo hacía ahora.

Terminamos la llamada, pero no pude sacarme el sueño de la cabeza otra vez. Había estado nervioso toda la mañana, y como una hora era tiempo suficiente para ducharme y llegar a la oficina, finalmente me hice cargo antes de lavar la evidencia y seguir con mi día sintiéndome considerablemente menos tenso.

El alivio lavó los rasgos de Lia cuando entré en su oficina.

—Viniste.

No tenía ni idea de lo acertada que era su observación. Asentí, con una sonrisa de satisfacción en la comisura de los labios.

—Lo hice. Entonces, ¿dónde está el fuego? ¿Qué te tiene tan alterada que admitiste que me necesitabas en voz alta?

—Admito que te necesito todo el tiempo. —Levantó la barbilla, pero el calor juguetón de sus ojos contrastaba con sus hombros cerrados.

—No, con el trabajo no lo haces. —Sonreí, caminando alrededor de su escritorio—. ¿Qué está pasando?

Se deslizó en su silla, apuntando con un dedo manicurado a la pantalla de su ordenador.

—Necesito esos archivos hoy, pero están todos en la oficina de tu padre para una revisión.

—¿Estás segura de que están allí? —Esperé a que asintiera antes de continuar—. Entonces vamos.

Era raro estar en la oficina de mi padre sin que él estuviera allí. Lia me siguió a los armarios detrás del escritorio de mi padre. No era un punto de vista que tuviera a menudo, el estar a este lado del monstruo de caoba ya que el que controlaba la empresa.

Un ornamentado marco de fotos plateado metido entre su ordenador y su impresora me llamó la atención. La foto en su interior estaba amarillenta por la edad, pero al verla se me derritieron los bordes puntiagudos del corazón.

—Ella es mi mamá.

Incliné la cabeza hacia la foto, viendo la expresión de Lia pasar de decidida a sorprendida.

Sus ojos se entrecerraron en la foto.

—La reconozco.

—¿Sí? —Mis cejas se arquearon—. Era rubia en esa foto.

—Su cabello era más claro allí que cuando la conocí cuando éramos niños en Texas, pero aun así la reconocería en cualquier parte.

Era demasiado fácil olvidar la historia que Lia y yo compartíamos a veces, que ella me conocía desde antes de que me convirtiera en el hombre que era ahora. Era diferente en muchos sentidos, pero también era tan familiar como tener un pedazo de casa a mi lado.

—Siempre te quiso —le dije a Lia, con una suave sonrisa en los labios.

Lia la devolvió, con los ojos alejados mientras se hundía en un recuerdo.

—Era la mujer más amable que existía. Recuerdo haber ido a tu casa una vez para preguntar si Lucas estaba allí. Me dijo que ustedes habían salido, pero luego me invitó a tomar el té con ella mientras esperaba. Sabía que no te alegrarías de llegar a casa para encontrarme allí, pero no pude resistirme. Me enseñó tu habitación y todo, me dijo que usara los pósters de tu pared para molestarte cuando empezaras a molestarme a mí.

Me reí, pero tenía una punzada de nostalgia en el estómago. No hablaba mucho de mi madre.

—La extraño. Nunca supe que te mostró mi habitación, pero parece exactamente el tipo de cosa que haría.

—¿Intentar humillarte con tus embarazosas elecciones musicales? —Se burló, riéndose mientras levantaba las cejas.

Yo fruncí mis labios, dándole una mirada.

—No había nada vergonzoso en mis elecciones de música. Pero no, me refería a tratar de ayudarte a vengarte de mí y de Lucas por ser malos contigo. Siempre estaba tratando de convencerme de que te llevara a lugares.

Sonrió, moviéndose para apretar mi antebrazo.

—Como dije, la mujer más amable que ha existido.

—Sí. —Mis ojos se fijaron en la imagen por otro momento antes de que los arrancara—. De todos modos, deberíamos conseguir esos archivos y salir de aquí antes de que mi padre regrese. Hablaba en serio cuando te dije que no es de los que se pierden todo el día, a pesar del mensaje que Scotty te dio.

—En serio no quieres verlo —observó, con sus ojos verdes en los míos.

Me encogí de hombros, pero ella tenía razón.

—Siempre me hace sentir como un niño, probablemente porque nunca me ve como un hombre. Para él, sigo siendo el mismo niño que fue malo contigo y vivía en una habitación con músicos en las paredes. Después de lo de ayer, no tengo ninguna inclinación a meterme con él otra vez.

La empatía llenó los ojos de Lia. Ella mordió su labio inferior, pensándolo antes de responder.

—Estoy segura de que ve más en ti que solo a ese niño, Roman.

—No sé nada de eso. —Hablar de esto me dejaba un sabor amargo en la boca—. Tomemos lo que vinimos a buscar y salgamos de aquí. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Capítulo Treinta Y Nueve

LIA

Mi madre siempre nos dijo que respetáramos a los demás llegando a tiempo. Por más escamoso que pudiera ser, siempre traté de hacer caso a ese consejo. Mirando mi reloj de imitación de oro rosa, por quinta vez en otros tantos minutos, me di cuenta de que era la única de los hijos de mi madre que prestó atención durante esa lección en particular.

Estaba sentada en una pequeña mesa redonda en el centro del restaurante donde Lucas y yo acordamos reunirnos. Olía a queso fundido y pasteles, sopa de verduras y otros cientos de aromas que me hacían agua la boca y que no podía distinguir.

Mi estómago gruñó, y tomé otro sorbo de mi agua, totalmente insatisfecha con el sabor dado lo delicioso que se veía y olía todo lo demás en el lugar.

Cuando la camarera se me acercó antes, le dije que esperaría antes de hacer mi pedido. Me miraba con simpatía, casi treinta minutos después de que le dijera que estaba esperando a alguien. Obviamente, pensó que me habían dejado plantada y que yo seguía manteniendo la esperanza de que llegara. También era obvio que ella pensaba que no lo haría, pero poco sabía que yo estaba de acuerdo.

Humillada por mi propio hermano.

Cielos, ese fue un pensamiento deprimente. La verdad no era buena para mi autoestima. Por suerte, tenía autoestima de sobra, porque de lo contrario, habría estado en casa siendo una pelota en la cama y estando deprimida porque mi propia familia ni siquiera se molestó en aparecer por mí.

En realidad, no tenía intención de acurrucarme en la cama. Me acurrucaría en el sofá, con una copa de vino tinto decente y una cursi comedia romántica. Toma eso, hermano.

Empujando mi silla, me eché el cabello por encima del hombro y puse un billete bajo mi vaso ahora vacío. Estaba a punto de

levantarme cuando un tipo familiar de cabello negro me llamó la atención.

Mi corazón saltó porque estuve esperando con ansias pasar tiempo con mi hermano, y pensar que no iba a aparecer me dolía más de lo que jamás hubiera admitido. Lucas se abrió paso por las otras mesas con una sonrisa de disculpa.

—Todavía estás aquí —dijo, dándome un abrazo rápido y bastante incómodo, antes de sentarse en la silla frente a mí—. Bien. Esperaba que lo estuvieras, pero no estaba seguro.

—Por supuesto que estoy aquí —le dije, incapaz de contener una sonrisa de alivio al mirar a mi hermano a los ojos por primera vez en semanas—. ¿Dónde estabas? Estaba a punto de rendirme.

Se encogió de hombros, con el material de su camiseta negra de manga larga apretándose sobre sus bíceps cuando se movía.

—Perdí la noción del tiempo en la oficina. Ya sabes cómo es.

Asentí, aunque en realidad no lo sabía.

¿Perdió la noción del tiempo en la oficina? Claro. ¿Pero perder la noción del tiempo cuando sabías que tu única hermana te estaba esperando? No tanto.

—¿Estabas en la oficina un sábado por la mañana?

—Ocurre más a menudo de lo que me gustaría —dijo, moviéndose incómodo en su silla.

Con los jeans y la camiseta ajustada, parecía que Lucas al menos se había cuidado a sí mismo.

La camarera que me había estado mirando con simpatía hace un minuto, ahora estaba lanzando miradas de envidia en mi dirección. Lucas tendía a tener ese efecto en las mujeres. Y Roman también.

Lucas parecía muy inquieto de estar allí conmigo. Supuse que era por la charla que tuvo con Roman no hace mucho tiempo.

Y como si pudiera leer adónde se fue mi mente, dijo:

—Siento no haber podido verte antes. El trabajo ha sido una locura. Escuché que te ascendieron. Felicitaciones.

—Gracias. Y está bien. No te informé exactamente de mis planes de pasar más tiempo juntos una vez que me mudara aquí, ni de mis planes en absoluto.

—Cierto —concedió, ladeando la cabeza antes de suspirar—. Aun así, debí haberme esforzado más por verte.

—También es cierto —estuve de acuerdo. Estaba sonriendo, pero mi corazón estaba haciendo estos extraños ejercicios de salto ahora que Lucas y yo por fin teníamos lo que parecía una conversación real. No sabía por dónde empezar, y como la puerta estaba abierta, tenía que aprovechar la oportunidad—. ¿Por qué no lo hiciste?

La cabeza de Lucas se echó hacia atrás como si se sorprendiera de que le preguntara a quemarropa, pero luego asintió y apoyó los codos en la mesa.

—¿Vamos a hacer esto ahora?

¿De verdad haríamos esto ahora? Lucas y yo habíamos estado eludiendo los problemas de nuestra relación durante años. Incluso antes de que mamá y papá murieran, nunca fuimos tan cercanos. Siempre lo intenté con él y Roman cuando era más joven, pero Lucas se negaba a reconocerme.

Después de que murieron, fue como si la grieta entre nosotros se abriera de par en par, y en cierto modo, perdí a mi hermano el mismo día que perdí a mis padres. Era una chica dura, y me enorgullecía de ello, pero tenía que admitir que me mató perder a toda mi familia en un día.

Durante años, me he preguntado qué haría Lucas si yo saliera y lo confrontara al respecto. Ahora el momento había llegado, y me pregunté brevemente si podía retractarme.

No, nada de retractarse.

—Sí, haremos esto ahora —dije.

Asintió, pidiendo un refresco antes de volver su mirada a la mía.

—Me preguntaba cuándo iba a surgir esto.

—Roman me dijo que te habló de por qué me mudé aquí, así que ya sabes que quiero reconectarme contigo. Lo que no sé es por qué necesitamos reconectarnos en primer lugar.

Una expresión sombría se deslizó en su cara, tan diferente de la habitual apariencia despreocupada que llevaba tan bien.

—Fui un idiota cuando éramos chicos. —Mi cabeza rebotó de acuerdo con él, pero no dije nada. Lucas sonrió, pero la emoción no

le llegó a los ojos—. Eras mi molesta hermanita que siempre nos seguía y quería pasar tiempo con nosotros.

Me dolió oírlo decir eso en voz alta, pero no me sorprendió tanto que se sintiera así conmigo. Los ojos de Lucas se posaron en el refresco cuando la camarera lo entregó. Le puso una pajita y chupó un poco de líquido de gaseosa naranja antes de continuar.

Se parecía tanto al chico que una vez conocí, que me hizo doler el corazón con el anhelo de cambiar nuestro pasado para poder crecer cerca de él. Pero como no podíamos, esperaba que la conversación que teníamos allanara el camino para una mejor relación futura.

Lucas levantó su mirada hacia la mía, continuando una vez que tragó el contenido de su vaso.

—Roman y yo éramos mayores. Siempre estábamos haciendo cosas que sabía que no aprobarías. Nada importante, pero temía que le contaras a mamá y papá y que yo me metiera en problemas.

Consideré lo que dijo.

Antes de empezar a ser quien soy ahora, había muchas posibilidades de que hubiera hecho exactamente lo que dijo.

—Me parece justo.

—Tal vez, pero no es una excusa. De todos modos, me irritaba tener que esquivarte constantemente, solo para poder seguir haciendo lo que quería sin preocuparme de que se lo dijeras a nuestros padres.

—Supongo que lo entiendo, ¿pero qué pasó después de que se fueron?

Ese era el punto principal de esta conversación.

Me enteré de que andaban por ahí, probablemente bebiendo y besando chicas cuando aún era muy joven para entender que lo que sentía por Roman era un enamoramiento.

Sin embargo, fue lo que pasó después lo que todavía me dolía. Ya había superado todos esos rencores y sentimientos infantiles. Ya no era ese adolescente que estuvo esquivando mis llamadas durante el último par de años. No era él quien no se había molestado en ir a verme a Harvard, asistir a mi graduación o ayudarme a establecerme en esta nueva ciudad.

Todo eso lo hizo el hombre que está sentado frente a mí ahora, dueño de sí mismo y en control. Un arquitecto de éxito que, aunque tomar un refresco y una conversación difícil con su hermana le incomodara, había aparecido en revistas de diseño residencial, y destrozado la ciudad que nunca duerme con sus amigos multimillonarios de forma regular. Eso no sonaba como el chico pubescente del que hablaba ahora.

Lucas tuvo el buen sentido de parecer arrepentido. El remordimiento genuino parpadeó en sus ojos.

—Esto es difícil. Está bien. Uhm... La verdad es que no sabía qué decirte o qué hacer contigo.

Sus palabras fueron como el punzón afilado y rápido de un picahielos en mi corazón.

Se me cayó la barbilla.

—¿No sabías qué hacer conmigo?

Lucas hizo un gesto de dolor.

—Sé cómo suena. Juro que no lo dije para hacerte daño. Es solo que antes no éramos unidos. Entonces, pasó lo peor que podía pasar. No sabía qué hacer conmigo mismo, y menos con una hermana menor, que de repente paso a ser mi responsabilidad. Honestamente, en ese momento, pensé que era mejor para ti si me mantenía alejado.

—Pensaste que era mejor si solo... —Me tragué el bulto que saltó a mi garganta, arrastrándose para controlar mis emociones—. No fue mejor, Lucas. Ni por asomo.

—Ahora lo sé —dijo con suavidad—. Lo siento, Lia. Para cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. No sabía cómo cambiarlo.

Aunque me dolía ponerme en sus zapatos, traté de imaginar lo que habría hecho si hubiera estado en su lugar. Me gustaba pensar que lo habría hecho mejor, pero no podía asegurarlo.

—Eres la única familia que me queda, Lucas.

El dolor se le acrecentó en los ojos.

—Y no soy mucho. Nunca he sido el hermano que debería ser para ti.

Si los ojos eran la ventana del alma, lo que vi en la suya me dio la esperanza de que las cosas podrían mejorar entre nosotros. Si

todavía le preocupaba el daño por lo que había hecho, significaba que aún se preocupaba por mí. Podría trabajar con eso.

—No es demasiado tarde.

—Supongo que no —dijo las palabras despacio, como si se le ocurrieran por primera vez.

—¿Así que estamos de acuerdo en que ambos vamos a tratar de ser mejores de ahora en adelante? —pregunté, atrapándome a punto de aguantar la respiración mientras esperaba su respuesta.

Una amplia y esperanzadora sonrisa se extendió por su rostro.

—Sí, vamos a tratar de ser mejores de ahora en adelante.

—Bien —dije, con la dulce felicidad calentando mi pecho. Por primera vez desde que puedo recordar, miré a mi hermano y vi a un posible aliado. Alguien a quien podría acercarme. Fue la mejor sensación que tuve en mucho tiempo—. Entonces empecemos por ponernos al día. Tenemos un par de años que cubrir.

Lucas se rio y se acomodó en la silla con su refresco en la mano. Hablamos sin parar durante casi dos horas, y la distancia entre nosotros se hacía cada vez más pequeña con cada palabra que decíamos.

Finalmente, llegamos al capítulo de mi vida en Nueva York, y una extraña preocupación se deslizó en los ojos de Lucas cuando le conté sobre el trabajo con Roman y cómo me estaba entrenando para tomar el relevo.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿De qué te preocupas?

—Roman —dijo—. Ten cuidado con él, ¿de acuerdo? Tiene mucho en su plato ahora mismo, y no necesita que le compliques las cosas más de lo que ya están.

Sentí que mis fosas nasales se encendían.

—Soy tu hermana. ¿No deberías tratar de protegerme a mí en vez de a él?

Al inclinar la cabeza, me dio una larga mirada que no pude descifrar.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Bueno, diablos. ¿Qué se suponía que debía hacer con eso?

Capítulo Cuarenta

—¡Corre, cabrón! —le grité a mi pantalla de televisión, deseando tener palomitas de maíz para tirarle.

El tipo del uniforme azul, llevando la pelota en un campo a docenas de metros de distancia, ignoró inmediatamente mi consejo haciendo la más breve de las pausas, lo que le llevó a recibir un hombro en el estómago.

—Te lo mereces —murmuré, bebiendo mi cerveza. Ya estaba en mi ritual del domingo por la tarde, el olor de un filete en la parrilla de mi balcón se dirigía a mi nariz con una ligera brisa, hasta donde me sentaba en el sofá y veía el partido—. Te dije que corrieras, no que te detuvieras.

El jugador aceptó la mano que un compañero le tendió para ayudarle a levantarse, sin haber sido seriamente herido. Eso fue algo bueno, ya que ellos jugaban en el equipo que yo estaba animando por este partido. Me estiré en el sofá, pasando el brazo por el cuero mientras esperaba que se reanudara el juego.

El fútbol no había sido una parte muy importante de mi vida hasta que nos mudamos a Texas. El juego era una religión allí, y en algún momento como un niño prepuberto, me uní a su iglesia.

No era tan fanático como algunas personas que conocía, pero era el orgulloso propietario de una camiseta del equipo firmada por todos los jugadores de los Houston Texans, y la atesoraba por encima de la mayoría de mis posesiones. Si se producía un incendio en mi apartamento, sería lo primero que salvaría.

También había un pequeño santuario para el equipo en mi bar, lleno de recuerdos decorados con acero azul profundo, rojo batalla y blanco libertad, los colores del equipo. Bien, y también había una bandera del equipo fijada en el techo detrás de mi barra. Pero eso era todo… Aparte de la taza en mi cocina, la gorra en mi armario, y un par de otras cosas que he recogido a lo largo de los años. La última vez que se suponía que iba a ir allí, yo...

—Diablos. —Me senté cuando recordé la última vez que quise verlos.

Recordé el firme apretón de manos que confirmaba el encuentro al que juré que iría.

Agarrando mi teléfono, comprobé la fecha y gruñí cuando me di cuenta de que tenía razón. La reunión que había organizado hace meses sería en menos de 24 horas, y en Houston.

—Carajo.

No podía creer que lo hubiera olvidado. Se suponía que mi ayudante iba a...

Me desplomé en el sofá, con el cuero liso y caliente bajo mi espalda.

Mi asistente no me lo recordó, porque ya no tenía asistente. El cliente que se suponía que iba a firmar mañana ya no sería mío.

Como Lia no había mencionado que tenía que volar a Texas, asumí que mi antigua asistente había borrado las reuniones de reclutamiento de mi calendario, ya que no podía concretar más clientes para la firma.

Pero no podía faltar a esta reunión.

El cliente era un pez gordo en un estanque más grande. Sería una tremenda captura para cualquiera que lo pesque con carrete.

Los grandes ojos verdes de Lia brillaban en mi mente. No podíamos perdernos esta reunión.

Sacando mis contactos favoritos, marqué su número.

—¿Hola? —respondió en el tercer timbre—. Sinceramente, espero que esto no sea una llamada para tener sexo. Afuera es pleno día.

—Ojalá lo fuera. —Habría sido una forma mucho más preferible para mí de pasar la tarde—. Desafortunadamente, es trabajo.

—Es domingo por la tarde, Roman. ¿Puede esperar hasta mañana? —El tono resignado de su voz me dijo que ya sabía que no llamaría si pudiera esperar.

—No puede ser, porque tú y yo tenemos que tomar un vuelo en la mañana. Si no, no llegaremos a tiempo a la reunión con el cliente.

Ella suspiró.

—¿Tengo que ir contigo? Tengo un horario muy apretado mañana. No puedo irme con tan poco tiempo de aviso.

—Todo esto es parte de tu trabajo, gatita —le dije—. Vas a tener que despejar tu agenda, hacer las maletas, y traer ese trasero sexy a mi casa en tiempo récord.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —le confirmé—. Tenemos mucho que preparar para la reunión, y será mejor que empecemos. Hay algunos puntos vitales que necesito repasar contigo hoy. Podemos afinarlos en el vuelo, pero tenemos que hacer lo básico.

Cambiando al modo de negocios, aceptó hacer lo que le pedí.

—Estaré allí, pero me debes por no haberme avisado con más antelación.

—Si esta reunión va bien, no te deberé nada. Sin embargo, tú me deberás el resto de tu vida. Cuelga ahora antes de que cambie de opinión.

Se rio.

—No me interesa estar en deuda contigo por el resto de mi vida. Cualquier cosa que pueda hacer que suceda, me inclino a querer evitarla.

—No puedes evitar esto. —Si lo hacía, estaría perdiendo una gran oportunidad, y no iba a dejarla hacer eso—. Pero empieza a pensar en formas de pagar tu deuda conmigo. Me gustan los helados, el whisky y las mamadas.

Lia todavía se estaba riendo cuando colgó.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba en mi puerta haciéndome desear que estuviera aquí para un encuentro de sexo en lugar de negocios. Se veía preciosa con pantalones de yoga y una sudadera de Harvard gris y roja. Su cabello estaba recogido en un moño desordenado y tenía puestos unos zarcillos que enmarcaban su hermoso rostro.

Me gustaba verla así, cómoda y casual. Las faldas de lápiz y los tops ajustados que usaba en la oficina también eran sexys, pero algo de su aspecto relajado me llegó. Me hizo sentir más como si fuéramos solo ella y yo, y menos como si hubiera todas las complicaciones que rodeaban a quienes somos.

—¿Lista para empezar? —pregunté mientras la dejaba entrar, alejando los pensamientos sucios sobre lo que me hubiera gustado

hacerle primero si esto fuera una llamada para tener sexo.

Me siguió hasta mi sala de estar, dejando su maleta con ruedas justo en mi puerta.

—Estoy aquí, ¿no? Por supuesto que estoy lista para empezar.

—¿Molesta porque tienes que trabajar un domingo? —bromeé antes de ir a mi cocina para sacar dos cervezas más de la nevera y entregarle una a ella.

Lia suspiró y agitó la cabeza, con una sonrisa burlona fantasmagórica tocando sus labios.

—Muy chistoso, pero sí; porque estaba pasando un momento fabuloso con mi vibr...

—No termines esa frase —le advertí. Dios. No podría estar conjurando imágenes de Lia con un vibrador ahora mismo—. Tenemos que ponernos a trabajar. No puede esperar lo suficiente.

Puso los ojos en blanco.

—Estaba bromeando, Roman. Estaba leyendo, en realidad. Informes de la unidad de negocios del último trimestre.

—Ahora lo estás arruinando todo —gemí, cerrando los ojos.

Se rio.

—Creí que no teníamos tiempo para que pensaras en eso.

—No, no tenemos, pero era mucho más agradable que imaginarte con los informes de la unidad de negocios.

Con la cerveza en la mano, se acercó al sofá y se hundió en él.

—Bueno, ¿qué es tan importante?

Me senté a su lado.

—Reclutar clientes es una parte del trabajo que tienes que hacer ahora. Este cliente en particular es uno que no quieres perderte en absoluto.

Inclinó la cabeza de manera inquisitiva.

—¿Por qué este cliente en particular?

—Es grande —le dije—. Uno de los más grandes. La cosa es que reclutar clientes de fuera del Estado siempre es mucho más difícil que los de aquí.

—¿Porque no pueden ponerle cara al nombre de la persona a la que le confía su negocio?

Levanté la mano, inclinándola de lado a lado.

—Más o menos, pero es más que eso. Lo único que ven son los números. Han oído hablar de nuestra reputación, pero no está en sus caras todos los días. También saben que no pueden irrumpir en nuestras oficinas de un momento a otro si no están contentos con algo.

—Bien. —Los ojos de Lia ahora eran brillantes y agudos. La versión juguetona y burlona de antes se había desvanecido como la niebla ante el sol—. Háblame de estos clientes.

Respiré hondo, tratando de alejar los malos recuerdos de lo que estaba a punto de confesarle.

—Antes de hacerlo, deberías saber que he cometido algunos errores con ellos. Vas a tener que tener mucho cuidado.

Con los ojos estrechos, tomó un sorbo de su cerveza y me estudió con atención.

—¿Por qué me dices esto y me recuerdas una reunión como esta si según tú ya no te importa la compañía? Aparentemente, has cometido algunos errores. Ni siquiera sabía de esta reunión. ¿No hubiera sido mejor y más fácil para ti dejar pasar esto?

No tenía ni idea de cuánta razón tenía.

—Hago esto por ti, no por la compañía. No me queda nada que dar si la compañía consigue otra ballena o no. Por otro lado, sé que a ti sí te importan las ballenas.

La intensidad de su mirada no disminuyó. Mantuvo sus ojos fijos en los míos, y los engranajes de su cerebro funcionando.

—No, no creo que eso sea todo. Creo que este encuentro significa más para ti de lo que estás dejando ver.

—¿Quieres conseguir un gran cliente mañana o no? —Esa era la única pregunta cuya respuesta debería interesarle. El resto era asunto mío. Yo no la arrastraría a ello.

Finalmente, apartando sus ojos de los míos, miró su cerveza y asintió.

—¿Adónde vamos mañana de todos modos? ¿Dónde están estos clientes? Mencionaste que teníamos que tomar un vuelo y que los clientes estaban de fuera del estado.

Respiré profundo, aliviado por la dirección en que iban sus preguntas ahora.

—Vamos a Houston.

—¿A Houston, Texas? ¿Nos vamos a casa?

Sonreí, tomándome un momento para apreciar la ironía de estar genuinamente feliz de tenerla conmigo yendo allí, cuando la última vez que ambos estuvimos en ese estado juntos, Lucas y yo pasábamos todo el día ignorándola y esquivándola para poder pasar nuestra última tarde juntos a solas en vez de con ella.

—Sí, nos vamos a casa, nena.

Capítulo Cuarenta Y Uno

LIA

—Nunca antes había volado en primera clase —le dije a Roman mientras subía al avión. En la cabina, me quedé boquiabierta mientras lo admiraba todo—. Por favor, dime que pronto tendremos que hacer un vuelo mucho más largo.

Cuando la gente a mi alrededor hablaba de volar en primera clase, nunca pensé que llegaría a experimentarlo yo misma. Siempre me pareció un desperdicio, pagar tanto de más para llegar al mismo destino, al mismo tiempo que la gente en clase turista.

Le protesté a Roman cuando vi nuestros boletos de avión y noté que había reservado nuestros asientos en primera clase, pero él sonrió y respondió que pronto lo entendería. Además, había dicho que le gustaba viajar con estilo, y no había razón para que nos atiborráramos en pequeños asientos y esperáramos en largas filas.

—¿Qué pasa si me gusta atiborrarme con mi vecino, y charlar con él mientras tanto? —bromeé.

Roman puso los ojos en blanco.

—Puedes acercarte a mí en primera clase cuando quieras.

Nuestra conversación se vio interrumpida por nuestra llegada al aeropuerto. Ni siquiera habíamos puesto un pie en el lugar cuando comenzó la lujosa experiencia. Aparentemente, la gente rica tampoco necesitaba aparcar su propio auto o cargar su equipaje a mitad de camino desde el aparcamiento hasta la terminal.

Un aparcacoches nos saludó y se llevó el auto de Roman. Nuestras pequeñas maletas fueron entregadas a un portero elegantemente vestido. El cielo no permita que tuvieras que llevar tu propia equipaje.

Nos llevó al aeropuerto un representante de la aerolínea con un traje hecho a medida, que nos hizo pasar rápido por el control y la seguridad. Nos llevó a la sala de espera, que tenía un diferencial que rivalizaba con cualquier comida y hotel en el que me hubiera hospedado, y nos dio a cada uno una copa de champán francés.

A pesar de lo costoso que debía ser su precio, apenas logré pasar el primer trago. Roman se rio de la forma en que arrugué la cara y pidió un refresco para mí en su lugar, que fue celestial después del asqueroso champán.

Cuando llegó el momento de abordar el avión, el tipo del traje había vuelto, y nos llevó por una pasarela de terciopelo forrada de cuerda, dejándonos solo una vez que estuvimos en el avión.

Una alegre azafata nos mostró nuestros asientos, que habríamos sido perfectamente capaces de encontrar nosotros mismos ya que solo había ocho asientos en toda la cabina, y ahora estaba charlando con Roman con una sonrisa coqueta en su cara.

—Disfruten su vuelo —dijo cuando volví a verla después de que mi momento de "Oh Dios, estoy volando en primera clase" se desvaneciera—. Háganme saber si hay cualquier cosa que necesiten.

La forma en que enfatizó la palabra "cualquier cosa" me hizo tener que luchar contra el deseo de poner los ojos en blanco de forma exagerada. En lugar de eso, me dejé caer en mi cómodo asiento y le sonreí dulcemente.

—Fantástico, tomaré un zumo de naranja y un tentempié, por favor.

Sus ojos se dirigieron hacia los míos, y fue como si se diera cuenta de que había alguien con Roman por primera vez.

Frunció sus labios rojos pintados y asintió.

—¿Algo más?

—No, gracias —le respondí, y me agaché para sacar el teléfono de mi bolso. Había wifi a bordo del avión. Normalmente no era del tipo de chica lujosa, pero estaba haciendo una excepción por esta ocasión. Incapaz de resistirme, tomé la mano de Roman e ignoré la vil mirada que me gané de la azafata, quien aún rondaba a su alrededor—. Entra en la foto, guapo. Tenemos que grabar este momento.

La mujer recibió claramente el mensaje de que ya no la necesitaban y finalmente fue a buscar mi jugo, mientras Roman se hundía en el asiento junto al mío, con una sonrisa burlona en la comisura de sus labios.

—¿Guapo?

Me encogí de hombros, guiñando un ojo juguetón.

—Solo intentaba salvarte de las garras de la señorita Entusiasta.

—Me gusta cuando estás celosa. Es adorable. —Su brazo rozó el mío mientras se inclinaba para la foto.

Bajé el teléfono y lo miré con ojos brillantes.

—No estoy celosa. Le estaba haciendo un favor a un amigo de la infancia.

—Lo que digas, gatita —respondió de esa manera que usa la gente cuando trata de complacerte—. ¿Vas a tomar la foto?

—Sí, pero ya no contigo.

No era un castigo adecuado para su acusación de que yo era celosa, pero funcionó en un apuro. Tomé una rápida decisión y guardé mi teléfono, buscando la revista del vuelo.

Roman me miró con una sonrisa engreída en sus labios besables.

—Para que conste, no tienes nada de lo que estar celosa, Lia. Eres la única chica de este avión con la que tengo interés de hacer algo.

—¿Solo en este avión? —Mi voz era ligera y burlona, pero el mero hecho de pensar que había alguien más a quien quería en cualquier lugar, provocó una punzada de celos que sabía que no tenía derecho a sentir.

No éramos exclusivos. Ni siquiera teníamos una relación. Aunque nunca habíamos discutido abiertamente sobre lo que hacíamos el uno con el otro, había un acuerdo tácito de que éramos casuales. Yo quería concentrarme en mi carrera, y Roman era Roman. Empecé esto con él sabiendo que era un mujeriego y que no iba a cambiar.

Estaba de acuerdo con eso, o al menos, solía estarlo. Cuando nos rendimos por primera vez a la química entre nosotros, pensé que lo estábamos sacando de nuestros sistemas, y eso sería todo. Nuestra relación, si podía llamarla así, había cambiado desde entonces.

Ahora pasamos tiempo juntos sin trabajar o coger activamente, lo que significaba que el tiempo para "sacarlo de nuestros sistemas" había pasado. Mi corazón se apretó al pensar que pronto podría haber alguien más a quien quisiera sacar de su sistema o que yo eventualmente iba a salir de él.

Basta. Te estás divirtiendo y estás teniendo algunos orgasmos con el tipo. Nada más.

Roman tomó mi mano y la dobló con suavidad en la suya. La forma en que me miraba no parecía ser de diversión y orgasmos.

—No hay nadie fuera de este avión con quien tenga interés en hacer algo, gatita. Solo estás tú.

Pestañeé y mis cejas se levantaron por la sorpresa.

Oh querida, esto es definitivamente más que diversión y orgasmos.

Mi corazón se aceleró con sus palabras, al igual que una sonrisa que no permití que se extendiera en mis labios. Me iba a derretir en un charco de mugre si seguía diciendo cosas como esa con sus ojos azules tan intensos y sinceros en los míos.

Encogiéndome de hombros ante el torbellino de emociones que estaban causando estragos en mi interior, luché por mantener la calma en el exterior y cambié el tema por algo más seguro.

—¿Estás emocionado por volver a casa?

Roman tomó el cambio de tema con calma, aparentemente sin darse cuenta del efecto que sus palabras habían tenido en mí. El tipo era demasiado genial para su propio bien, o para el mío.

—No lo había pensado realmente, pero sí, será bueno estar de vuelta. Incluso si es solo por un par de días. ¿Y tú?

—Lo mismo. —Imaginé el aeropuerto en el que aterrizaríamos en un par de horas, con una pequeña ráfaga de placer pasando a través de mí—. ¿Lo has extrañado mucho?

Él inclinó su cabeza de lado a lado.

—A veces lo hago. Fue un gran lugar para crecer. Además, fue donde los conocí a ti y a Lucas. Esos recuerdos siempre serán especiales para mí.

Sus palabras me estaban haciendo sentir cosas que definitivamente no debería sentir.

—¿Te refieres a los recuerdos de lo imbéciles que fueron conmigo?

Se rio, poniendo los ojos en blanco.

—¿Alguna vez me perdonarás por eso?

—El tiempo lo dirá —dije solemnemente, pero luego le guiñé un ojo para hacerle saber que estaba bromeando—. Sin embargo, tienes razón. Fue un gran lugar para crecer.

—Una parte de mí siempre se preguntará qué hubiera pasado si me quedaba; si mamá y papá no estuvieran envueltos en una batalla por la custodia y ella no muriera. Houston fue solo un capítulo de mi vida, ¿sabes?

—Supongo que es lo mismo para mí —dije.

Me dolía el corazón al pensar en mi ciudad natal de esa manera, pero Nueva York era mi hogar ahora. A diferencia de Regina, no tenía intención de volver al lugar de donde venía de forma permanente.

De mutuo acuerdo y en silencio para dejar las cosas pesadas, Roman y yo pasamos a discutir los pros y los contras de tener una cafetera en casa, y hablamos hasta que las ruedas del avión besaron el suelo de Texas.

Al igual que con el proceso de embarque, el desembarque se produjo de forma rápida y fácil. Antes de que me diera cuenta, atravesamos las puertas corredizas y chocamos contra un muro de calor y humedad que podía convertir hasta el cabello más liso en una bola de frizz.

—Demonios, alguien olvidó bajar el sol.

Roman echó la cabeza hacia atrás y se rio, sacando un par de gafas de sol de aviador de su bolso de mano.

—Había olvidado que era así de malo. Es como que dificulta la respiración, ¿no? Siento como si estuviera respirando media taza de humedad en mis pulmones cada vez que inhalo.

—¿Solo media taza? —Sacudí la cabeza, sacando una liga de mi bolso y recogiéndome el cabello mientras subíamos al auto de alquiler—. Estoy bastante segura de estar inhalando una taza llena, tal vez incluso dos.

Pusimos el aire acondicionado y Roman nos sacó del aeropuerto.

Se veía demasiado guapo con las mangas de su camisa blanca arremangadas y un codo apoyado en la puerta mientras que su otra mano, con un súper sexy reloj porno, se apoyaba en el volante.

Estaba sentado en su asiento, con el cabello rubio brillando al sol y sus gafas de sol protegiéndole los ojos de sus brutales rayos. Su perfil era delicioso.

Para distraerme de comerlo con los ojos, estudié el paisaje a lo largo de la interestatal y me maravillé de lo extraño que se sentía estar de vuelta en casa.

—¿Adónde vamos?

—A conseguir una barbacoa adecuada —respondió. No pude ver sus ojos, pero debió haberme mirado y visto el confuso surco de mi frente—. La reunión en sí no es hasta mañana, pero tenemos que asegurarnos de llegar a tiempo. No quería arriesgarme, por eso reservé el vuelo para hoy.

—Empiezo a sentir que inventas excusas para pasar más tiempo conmigo —bromeé—. Primero me haces hacer las maletas ayer para pasar la noche en tu casa. Ahora estamos aquí, y la reunión es solo mañana.

Sonrió.

—Sí, me inventé una reunión con un cliente a cientos de kilómetros de casa para pasar tiempo contigo. La próxima vez, te invitaré a cenar.

—Pero entonces, ¿cómo conseguirás que me quede dos noches en lugar de un par de horas para cenar?

—Fácil. —Se encogió de hombros y la comisura de su labio se levantó—. Serás mi cena las dos noches. No hay manera de que te vayas entonces.

Tenía un muy buen punto. Por más que lo odiara, Roman tenía una lengua muy talentosa. Siempre que la empuñaba, no paraba hasta que yo estaba deshuesada y flotando en una nube de felicidad orgásmica que yo conocía mejor que el camino hacia mi casa.

—Esas son palabras fuertes, Burnett.

—Estoy dispuesto a probártelo cuando quieras —dijo, todavía con esa media sonrisa.

No le respondí por miedo a preguntarle si empezaría a probarlo tan pronto como llegáramos a nuestro alojamiento. Antes de Roman, pensaba que tenía un impulso sexual bastante normal; pero desde

que nos conocimos, he estado en un estado semi-permanente de preparación para él.

Secuestró mi impulso sexual, pero de alguna manera estaba de acuerdo con ello. Descubrí que estaba de acuerdo con la mayoría de las cosas mientras estuviera con él. Mi mente se aturdía cuando eso pasaba.

El restaurante al que me llevó era un auténtico asador tejano, con un toro mecánico, fosos con costillas de ternera gigantescas de la era jurásica y música swing del oeste que sonaba por los altavoces.

Sentí como si hubiéramos retrocedido una década en el tiempo, saliendo a cenar con mis padres. Era raro pensar que no se unirían a nosotros. Roman parecía estar pensando lo mismo mientras miraba alrededor, acomodándose en su asiento.

—Volver adonde todo comenzó.

—Estamos cerrando el círculo —estuve de acuerdo—. ¿Alguna vez pensaste que volveríamos a estar aquí juntos?

—Nunca —admitió. Sus ojos se ablandaron cuando se encontraron con los míos—. Pero me alegro de que estemos aquí.

—Yo también.

Me sorprendió que fuera verdad, y más aún que se lo hubiera dicho. Pero el cambio en nuestra relación era cada vez más pronunciado, cada día que pasaba.

Nuestra conversación durante la cena de costillas y falda del tamaño de un dinosaurio fue cómoda, y casi doméstica. Cuando llegamos al hotel de cinco estrellas que Roman nos reservó, nos pareció la cosa más natural del mundo meternos en la cama juntos, dejando la segunda cama de la habitación vacía.

Puse la cabeza en su pecho desnudo, con mi mente volviendo a la razón por la que estábamos en Texas.

Trazando patrones en su piel con la punta de mis dedos, confesé:

—Estoy nerviosa por mañana.

—No lo estés. —Su voz era fuerte y firme, completamente confiada y segura—. No tienes nada de qué preocuparte. El cliente te va a amar.

Capítulo Cuarenta Y Dos

ROMAN

Era otro día abrasador, caluroso y húmedo en Houston mientras nos dirigíamos a la dirección del cliente. En el calor sofocante, había un espejismo en la carretera que hacía que pareciera que la superficie estaba mojada.

Lia retorcía los dedos en su regazo, respirando profundo una y otra vez, claramente estaba nerviosa. Estuve atento a las señales después de su confesión anoche, y aunque sus respiraciones eran más profundas de lo normal, no eran tan obvias.

—Vas a estar bien —le aseguré, extendiendo la mano para apretar su rodilla.

La piel debajo de mi mano estaba desnuda y caliente. Se veía hermosa y profesional en su vestido blanco de manga corta, con escote recatado y el dobladillo rozando la parte superior de sus rodillas cuando estaba de pie. Lo había emparejado con lo que me había informado esta mañana que eran "tacones de empoderamiento" rojos y había sujetado su cabello oscuro en una especie de moño elegante.

El maquillaje que usaba resaltaba sus ojos verdes con un delineado negro alrededor de ellos, y sus labios untados con algo rosado y brillante. Los hombres que íbamos a ver no iban a saber qué les golpeó cuando ella entrara en la habitación.

Iban a quedar impresionados por ella, y cuando se dieran cuenta de lo inteligente que era además de su aspecto, era seguro que iban a firmar en la línea punteada del acuerdo de cliente que tenía en mi maletín.

—Es por aquí —le dije cuando el sistema de navegación nos dijo que el destino estaba a la derecha.

Busqué aparcamiento, pero la cara de Lia estaba presionada contra la ventana, y su cuello sonó cuando entramos en el edificio al que íbamos.

—Es realmente impresionante —dijo—. Es enorme.

—Es más grande que el nuestro, eso es seguro. —Asentí—. Pero no dejes que te intimide. Ya lo tienes.

Nos recibió en el vestíbulo un joven con jeans azules oscuros, camisa blanca abotonada y botas de vaquero marrones. Lo reconocí de una reunión anterior; era el hijo del dueño, de unos años más joven que yo. Sabía que aún no tenía mucho que decir sobre las inversiones de la empresa, pero a largo plazo, probablemente recibiría mi puñetazo en la cara por la forma en que miraba a Lia.

Un sentimiento desconocido, y muy parecido a los celos se agitó en mi estómago mientras le veía estrechar su mano, sosteniéndola por un segundo más de lo estrictamente necesario.

—Jack Chernin Junior. Es un placer conocerlos.

—Jack, me alegro de verte de nuevo. —Saqué mi mano, necesitando que él dejara de tocar la suya—. Ella es Lia Vang, nuestra nueva Directora Financiera.

La sorpresa apareció en los ojos de Jack, pero sabiamente, decidió guardar silencio al respecto. Aún no era de conocimiento común que Lia me estaba sustituyendo, y las razones para ello definitivamente no lo eran. Papá y yo siempre habíamos presentado un frente unido al mundo por el bien de la compañía. Dejemos que explique su jodido razonamiento a los clientes cuando empiecen a hacer preguntas. Y lo harán, porque yo había hecho las cosas bien para todos y cada uno de ellos.

—Papá y algunos de los miembros de la junta están esperando en la sala de conferencias de arriba —informó Jack, pasando a la seguridad que esperaba en los torniquetes para pasarnos.

Tres hombres y dos mujeres mayores estaban sentados alrededor de la brillante mesa de conferencias cuando llegamos. Se levantaron para que hiciéramos las presentaciones, intercambiando una ronda de ellas.

Un ritmo tenso pasó entre Jack Senior y yo. Sin duda estaba pensando en el error que cometí, pero hizo una moción para que tomáramos asiento de todos modos. Era el único vestido tan informal como su hijo, con sus ojos marrones de acero sobre los míos.

—Gracias por venir a vernos, señor Burnett. —Jack padre inició la reunión, convenientemente sin incluir a Lia en su agradecimiento.

—La señorita Vang y yo estamos felices de estar aquí —le dije, asegurándome de mencionarla específicamente—. ¿Están listos para empezar?

Una serie de asentimientos vinieron de alrededor de la mesa. Asegurándome de hacer contacto visual con cada persona mientras hablaba, permití que mis labios se deslizaran en una sonrisa confiada y me puse a trabajar. Si había algo que sabía de reuniones como esta, era que había que venderle al cliente la idea de invertir con la compañía haciéndole creer que realmente no había otra opción.

Además, no les hacía perder el tiempo. Lia y yo estábamos preparados para esto, teníamos los hechos y las cifras, pero al final, sería la impresión que tuvieran de nosotros la que tomaría la decisión por ellos. Si confiaban en nosotros, los teníamos. Si nos encontraban incompetentes o inseguros de nosotros mismos, si les quitábamos demasiado tiempo, o si dejábamos ver que había alguna animosidad entre papá y yo sobre mi posición, estábamos acabados.

—Déjenme comenzar con algunos antecedentes sobre la Corporación Burnett para que sepan con qué tipo de compañía tratarán —dije, sin necesitar las notas que Lia preparó meticulosamente para nosotros mientras planeábamos la reunión el domingo.

—La compañía se fundó hace más de tres décadas por mi padre, Paul Burnett. Sigue siendo el CEO y revisa personalmente los perfiles de los clientes cada año. Lo que él construyó es una compañía pionera, y emplea solo gerentes de fondos intelectualmente rigurosos con una orientación al cliente orientada a los resultados.

Habíamos acordado que tomara esta parte de la reunión porque el cliente era una empresa familiar como la nuestra. Jack Junior se haría cargo algún día, como se suponía que debía hacer yo. Ignoré el pozo que se formaba en mi estómago y me concentré en venderle a Jack padre y a sus secuaces.

Cuando terminé mi canción y bailé sobre cómo papá seguía ahí todavía involucrado, y todavía poniendo su sello personal de

aprobación en la cartera de cada cliente al menos una vez al año, Lia procedió a explicar los servicios que podíamos ofrecer y siguió desde ahí.

—Nuestro equipo, el equipo que trabajará para usted, utiliza los datos recopilados durante más de treinta años, y la tecnología para obtener los más altos niveles de perspicacia financiera. Hemos identificado los atributos perdurables de los valores y mercados con mejor rendimiento, y los aplicamos de forma consistente de todas las maneras posibles de acuerdo con las necesidades y el mandato de cada cliente.

—¿Trabajará en nuestras inversiones personalmente? —Jack Junior preguntó, con su mirada fija en Lia.

Ella asintió.

—Absolutamente.

Deslizando mis ojos hacia los suyos, la animé en silencio a que se encargara de ello. Mi parte estaba hecha, en lo que a mí respecta. Esta era una experiencia de aprendizaje para ella, y con suerte para cuando nos fuéramos, tendría un nuevo cliente.

Tal como esperaba, tomó sin problemas las riendas que le entregué y no dudó ni una sola vez.

—Nuestra empresa tiene un sólido historial en la identificación y estructuración de soluciones de financiación de la deuda y el capital social, así como en el asesoramiento en operaciones de fusión y adquisición. Tenemos una amplia experiencia en un amplio espectro de industrias, como la salud, los bienes raíces, los deportes y el entretenimiento, la infraestructura, y la tecnología y el transporte.

La pasión fluía de Lia mientras hablaba, y combinado con su extraordinario conocimiento de la empresa para alguien que había estado allí relativamente poco tiempo, era impresionante verla. Aquí había una chica que conocía su trabajo y amaba lo que hacía.

El cliente estaría loco si no firmaba con nosotros después de esto. Una hora más tarde, me enteré de que no estaban locos. Lia los envolvió, y Jack padre le sonrió radiante, su cara rayada se veía más feliz de lo que nunca lo había visto.

—Estoy extremadamente satisfecho con lo que tienen para ofrecer —le dijo a Lia. A medida que la reunión avanzaba, noté que

le prestaba cada vez más atención a ella, aunque no la hubiera reconocido antes. Obviamente, se lo había ganado—. Dejen el papeleo conmigo. Haré que mis abogados lo revisen, y luego nos pondremos en contacto con ustedes.

—Excelente —respondió Lia. Saqué el contrato de mi maletín y se lo pasé, pero le dejé la charla a ella—. Por favor, no duden en contactarnos si desean más información o si necesitan claridad sobre alguna de las disposiciones del contrato.

—Te lo haremos saber. —Jack padre le dio la mano, sonriéndole mientras se excusaba para ir a otra reunión.

El resto de los miembros de la junta lo siguieron, pero Junior se quedó atrás para acompañarnos. Se puso al lado de Lia, charlando con ella sobre sus planes mientras estaba en la ciudad, y probablemente reuniendo el valor para invitarla a salir.

Sobre mi cadáver.

Aunque no pondría en peligro la posibilidad de que firmaran como clientes y sabía que Lia podía cuidarse sola, me encontré entre ellos con el pretexto de darle una palmada en la espalda.

—Fue bueno verte de nuevo, Jack. Esperamos con interés trabajar contigo.

—Lo mismo digo —respondió, pero estaba bastante seguro de que no era yo con quien quería trabajar.

Nos despedimos, y con una última mirada de anhelo a Lia, también se despidió.

Ella sonreía de oreja a oreja cuando salimos del edificio.

—Vaya. Eso fue increíble. Tan estimulante.

Recordaba tan bien esa sensación, el apuro de salir de tu primera reunión con un cliente sabiendo que sacaste la bola del parque.

—Me alegro por ti, de que sientas lo mismo que yo. Ahora estás en las grandes ligas, gatita. Si no te sintieras así ahora, habríamos tenido problemas.

También me alegró que no pareciera que se había dado cuenta del coqueteo de Jack, pero no lo mencioné. El monstruo dentro de mí se tranquilizó al notar la actitud apática de Lia respecto a sus avances.

—Así que —dijo, subiendo al auto y abrochándose el cinturón de seguridad—. ¿Qué hacemos ahora?

—Eso es fácil. —Arranqué y le mostré una sonrisa que, según me dijeron, debilitaba las rodillas de las mujeres y les mojaba las pantis—. Ahora, celebraremos.

Capítulo Cuarenta Y Tres

LIA

Después de terminar la reunión, mi corazón seguía latiendo como un tambor. Sentía como si alguien me hubiera administrado una inyección de adrenalina pura, y que con cada latido que daba, gritaba de alegría.

Había oído el viejo adagio de que nunca trabajas un día en tu vida si haces algo que te gusta, pero nunca lo creí. Hasta ahora. ¿Qué posibilidades había de encontrar algo que te gustara tanto que pareciera más un hobby que un trabajo?

Pues, aparentemente me las arreglé para encontrar un oficio que amaba tanto que lo haría gratis si pudiera permitírmelo.

El funcionamiento de las cosas en la oficina se me daba bien, y lo disfrutaba, pero interactuar con los clientes y reclutarlos era el sueño. Y sentarse en un bar oscuro a celebrar con Roman después de la reunión era solo una jugosa cereza encima.

Levantó su cerveza.

—Felicitaciones, Lia. Estuviste fantástica hoy.

El calor inundó mi corazón y mis mejillas.

Con cada bebida que tomábamos insistía en felicitarme, una y otra vez.

—Si sigues así, voy a tener una gran resaca mañana.

—Entonces disfrútalo ahora. —Sonrió, tomando un sorbo de su cerveza artesanal—. Está justificado. Tienes un talento natural para los clientes. Ellos te aman. Estoy seguro de que habrían caído de rodillas y te habrían rogado que los aceptaras como clientes si quisieras.

—Todo es gracias a ti —dije honestamente—. No solo porque los encontraste y organizaste la reunión, sino porque no habría podido pasar mi primera reunión de reclutamiento sin tu ayuda. Aprecio todo lo que has hecho por mí. De verdad.

La esquina del bar donde estábamos sentados era demasiado oscura para saberlo con seguridad, pero podría jurar que Roman se sonrojó.

Después de tragar otro sorbo de cerveza, dijo:

—De nada. Si alguien tiene que reemplazarme, me alegro de que seas tú.

—¿Has pensado más en lo que vas a hacer cuando termines de entrenarme?

No era algo de lo que habláramos muy a menudo, pero no creía que su plan de tomarse un tiempo libre fuera a funcionar para él a largo plazo. Roman era demasiado bueno en lo que hacía, y le encantaba la emoción de su trabajo como para dejarlo atrás para siempre. Deseaba que hubiera una manera de que pudiéramos seguir trabajando juntos, pero sabía que no era una opción.

Se encogió de hombros.

—Aparte de tomarme un tiempo libre, no he pensado en ello. Cruzaré ese puente cuando llegue allí. —No había tristeza en su voz, solo resignación. Tal vez incluso aceptación. Me sorprendió que pudiera estar tan tranquilo al respecto, pero había una tranquilidad en él que me decía que estaba de acuerdo en dejarme su trabajo—. ¿Quieres otro trago? —preguntó después de vaciar su vaso.

Yo asentí, y él se levantó, caminó hasta el bar, y charló con el camarero mientras esperaba. Incluso desde el otro lado de la habitación, sentía esa extraña atracción hacia él. Una atracción que iba más allá de lo físico, y era más seria que el enamoramiento que solía tener con él.

Su cabello rubio era amarillo bajo las tenues luces del techo sobre la barra. La camiseta que se puso después de la reunión lo hacía parecer más joven y relajado que con su ropa corporativa habitual.

Se movía con la fácil gracia y confianza de alguien que había sido criado para gobernar el mundo. Bueno, había sido criado para gobernar el imperio que su padre creó, de todos modos. Llevando mi pulgar a la boca, me mastiqué la uña y me pregunté cómo habíamos llegado a este punto.

Parecía imposible que solo unos meses atrás no sabía nada de su vida, no lo había visto en años y ni siquiera pensaba en él. Se estaba preparando para seguir como director financiero sin saber que su padre estaba a punto de degradarlo.

De alguna manera, a pesar de nuestra distancia anterior y del desconcertante giro de los acontecimientos cuando fui ascendida a su puesto, habíamos conseguido estar muy cerca. En este momento, sentía que Roman era mi mejor amigo en el mundo, así como mi amante.

Le sonreí cuando se dio la vuelta y trajo las cervezas a nuestra mesa. Ladeando ligeramente la cabeza, frunció el ceño con una expresión divertida en los ojos.

—¿Por qué fue eso?

—Solo por ti —respondí simplemente—. Gracias por la cerveza.

—No hay problema. —Se deslizó de nuevo a su asiento—. Probablemente deberíamos ir a cenar pronto. ¿Te apetece una barbacoa otra vez?

—Estamos en Texas. —Sonreí—. Nos vamos mañana, y entonces ¿quién sabe cuándo tendremos la oportunidad de nuevo?

—Puede que vuelvas más pronto que tarde. Si se apuntan con nosotros, probablemente tendrás que venir al menos una vez al año.

En el fondo de mi mente, una voz susurró que si regresaba, sería sin él. El pensamiento dolía más de lo que quería admitir, así que lo aparté.

—He querido decirte que vi a Lucas el fin de semana.

Sus cejas se levantaron.

—¿En serio? Eso es genial. ¿Cómo les fue?

—Creo que fue genial, en realidad —le expliqué la conversación que tuve con mi hermano y que habíamos prometido pasar más tiempo juntos en el futuro.

Como el mejor amigo de Lucas, Roman tenía una idea de la mente de mi hermano que yo no tenía. Me escuchó con atención, sonriendo cuando terminé.

—Estoy muy aliviado de que al fin hayan sacado todo a la luz. No pudo haber sido fácil tener esa charla, pero creo que va a valer la pena. Sé de hecho, que Lucas quiere conocerte mejor. Solo que no sabía cómo hacerlo. Tenías que dar el primer paso, pero estoy bastante seguro de que él dará el siguiente.

—Espero que sí. Me sentí bien al tener a mi hermano de vuelta, aunque solo fuera por un día. —Se sentía tan natural hablar con

Roman sobre todo lo que pasaba en mi vida. Él sabía de la situación con Lucas de todos modos, pero yo quería contarle cosas—. ¿Qué crees que va a hacer si alguna vez se entera de esto? —Apunté a mi pecho y luego al suyo—. ¿Crees que se asustará, o que estará bien con ello?

Roman levantó los hombros.

—No importa. Su reacción será la que sea. Pero todo ha valido la pena, aunque me golpee o me grite.

Me estremecí.

—¿Crees que haría eso?

—Espero que no lo haga. —Sonrió, haciendo mímica y lanzando un puñetazo—. Pero puedo cuidar de mí mismo. No te preocupes por mí.

—No lo estoy —dije, intentando y fallando en mantener una cara seria—. Solo me preocupa mi hermano.

La mano de Roman voló hasta su corazón.

—Auch. Aquí estaba pensando que tu preocupación por una posible pelea era toda por mí.

—Lo siento. —Agité la mano con desdén—. Como dijiste, puedes cuidar de ti mismo.

Mirándome, vi que el humor juguetón del intercambio se desvanecía en su expresión.

—También puede Lucas, gatita. En serio, estará bien.

Aunque últimamente había visto mucho más del lado cariñoso y compasivo de Roman, su preocupación por mí aún se las arreglaba para sorprenderme a veces. Y esta fue una de esas veces. Después de todos esos años que pasé tratando de que uno u otro se fijara en mí (por razones muy diferentes, por supuesto), era muy raro que ahora ambos se preocuparan por mí por causa del otro.

Decidiendo que necesitábamos alejarnos de este tema, me agarré a lo primero que se me ocurrió.

—¿Alguna vez vas a dejar de llamarme “gatita”?

Con el arco de una ceja, Roman respondió a mi pregunta incluso antes de seguir con su palabra.

—No.

—¿Por qué? —me quejé—. Tengo un nombre que me gusta. Podrías usarlo en su lugar.

Sería una mentira decir que no me gustaba que tuviera un apodo cariñoso para mí, pero me hacía sentir que había algo más entre nosotros. Los apodos eran cosas que las pareja se daban el uno al otro. O amigos, supongo.

—Si de todas formas tienes que llamarme de otra manera que no sea mi nombre, ¿podemos cambiar "gatita" por "asesina"? Ya sabes, porque maté en esa reunión.

Estrechando sus ojos en una contemplación fingida, finalmente sacudió la cabeza.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Si hubiéramos pensado en "asesina" antes de "gatita", aun así lo habría cambiado a gatita. Todas las mañanas que me despierto a tu lado, te estiras así. Es adorable.

—No soy adorable —refunfuñé, pero por dentro, mi corazón se estaba volviendo pegajoso otra vez.

Estar cerca de Roman se estaba volviendo malo para mi salud cardíaca.

Después de las cervezas, encontramos otro lugar de barbacoa y comimos el mejor bistec que jamás había probado. Y cuando volvimos al hotel, estaba exhausta.

Ambos nos estábamos haciendo profesionales en envolvernos uno alrededor del otro a la hora de dormir, metiéndonos en la cama con los dientes recién cepillados, la piel hidratada y en pijama casi al mismo tiempo.

Mientras me acomodaba en sus brazos y apoyaba mi cabeza en su pecho, él me acariciaba el cabello. La habitación estaba oscura y silenciosa, con solo el sonido de nuestra respiración y el zumbido del aire acondicionado en la habitación.

Para un tipo que tenía tantos músculos duros como él, era una almohada sorprendentemente cómoda.

Después del día que tuvimos, empecé a dormirme casi inmediatamente, acurrucada felizmente en sus brazos. Y antes de que el sueño pudiera reclamarme como suya, Roman habló.

—Hay algo que necesito hacer antes de que nos vayamos mañana. Saldré temprano. Debería regresar con tiempo suficiente para el vuelo.

—Bien —murmuré. Mi curiosidad se despertó a pesar de mi somnolencia—. ¿Puedo ir contigo?

Se puso tenso debajo y contra mí. Su mano se congeló en mi cabello, y ya no parecía que respirara. Después de estar callado tanto tiempo, me pregunté si se había dormido o si me estaba ignorando.

Luego susurró:

—Claro, me encantaría.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

ROMAN

El sol brilló a través de las ventanas de nuestra habitación de hotel, con cielos azules y claros que se extendían por kilómetros sin una nube a la vista. Iba a ser otro día muy caluroso en Houston, pero nosotros volveríamos a Nueva York en unas pocas horas.

Soltando un suspiro tranquilo, giré la cabeza para que descansara sobre la de Lia y acaricié la suave piel de su espalda. El dulce aroma de su champú se elevó desde su melena oscura extendida sobre mi pecho y hombro. Respiré profundo, deseando poder quedarme en Houston para poder seguir despertando a su lado cada mañana.

Volver a Nueva York significaba volver a nuestros hogares separados, y yo no quería eso. La idea me golpeó como un puñetazo en el estómago, pero no lo hizo menos cierto. No era del tipo que pensaba en mudarse con una chica o despertar a su lado cada mañana durante los próximos sesenta años.

Pero estar en la cama con Lia durmiendo pacíficamente a mi lado, con su pecho elevándose contra el mío con cada respiración que tomaba, era todo en lo que podía pensar. Tuve la repentina necesidad de despertarla y pedirle que se mudara conmigo, de rogarle hasta que dijera que sí.

No lo hice, por supuesto, porque ayer tuvimos un gran día y una noche larga, pero eso no significaba que el pensamiento no me quemara el cerebro. Se apoderó de cada centímetro de mí y superó toda rima y razón.

Quería eso con Lia; ir a casa con ella todas las noches y despertarme con ella todas las mañanas. Hacer todas esas cosas de pareja como discutir sobre qué hay para cenar y quién elige la película.

Mirando hacia abajo, a las largas y arrolladoras pestañas de tinta que descansaban en la parte superior de sus mejillas, me di cuenta de que por primera vez en mi vida adulta, no solo quería hacer un par de cosas con ella. Quería tener una relación; una de verdad, en

la que trabajáramos en nuestra convivencia y diferencias para nunca irnos a la cama enfadados.

Todas esas cosas que nunca pensé ni por un segundo que realmente querría, lo quería tanto con ella que prácticamente podía saborear lo dulce que sería la vida a su lado en la parte de atrás de mi lengua.

Cielos, y lo peor de todo fue que no me entró el pánico. El golpe en las tripas que recibí cuando empecé a pensar en ello pareció no ser más que una reacción instintiva al darme cuenta de que no me faltaba el gen que hacía que la gente quisiera encontrar pareja.

Mientras Lia fuera esa compañera, lo deseaba más de lo que quería tomar mi próximo aliento. Siempre pensé que me sentiría incómodo con pensamientos como este, pero con ella acurrucada en mis brazos, se sentía como si esos pensamientos siempre hubieran estado ahí. Simplemente habían estado esperando pacientemente para llegar al frente de mi mente de tal manera que no me alarmara.

Dejando caer un beso en la parte superior de su cabeza, me pregunté qué significaba todo esto; lo que me llevó a otro pensamiento. La realización se hizo presente con un tranquilo susurro que se fue haciendo cada vez más fuerte hasta que supe sin sombra de duda que era verdad.

Estaba empezando a amar a la chica que estaba en mis brazos.

Nunca, ni una sola vez, había tenido un pensamiento como ese. No de la forma en que lo sentía ahora, como si invadiera cada uno de mis nervios y sentidos. Quería gritarlo desde los tejados y tenerlo conmigo el resto del tiempo.

Lia eligió ese momento exacto para abrir sus hermosos ojos, y una sonrisa adormecida se extendió en sus labios.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Sobre qué? —Tragué, de repente inseguro de qué hacer.

No podía decirle que estaba empezando a amarla. Ni siquiera estábamos realmente en una relación. Pero como era todo lo que quería decir, mantuve mi boca bien cerrada.

—Tienes una mirada muy extraña en tu cara —dijo, mientras su voz resucitaba del sueño—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Planté un beso casto en sus labios ignorando el aliento de la mañana, y rodé de la cama—. Deberíamos pedir algo de desayuno y empezar el día.

Se apoyó en sus codos, bajo la tela blanca y nítida que cubría casi cada centímetro de piel. Una parte de mí quería arrancársela y hacerle el amor.

Sí, esta vez sería hacer el amor. Había terminado de coger con ella. Terminé con el simple hecho de tener sexo, lo cual solo se trataba de liberación sexual.

Cuando la volviera a tocar, estaría haciendo algo que nunca había hecho. Estaría mostrándole cuánto la amaba, cuánto adoraba su cuerpo curvado con todo lo que yo era: cuerpo, corazón y alma.

¿Cómo carajos estaba pensando estas cosas sin asustarme? No lo sabía, pero no era el momento de averiguarlo. Lia me miraba con preguntas en los ojos y la cabeza inclinada hacia un lado. No estaba listo para responder a esas preguntas, así que forcé una sonrisa alegre y me incliné para darle un golpecito en la cadera.

—Será mejor que metas ese trasero sexy en la ducha, o nunca saldremos de esta habitación de hotel.

Puso los ojos en blanco, pero las preguntas en ellos desaparecieron cuando se levantó y se envolvió con la sábana.

—Tenemos un vuelo que tomar, así que debemos que salir de la habitación.

—Exactamente mi punto. Pediré el desayuno, y mientras, tú ve a ducharte.

Lia asintió y se dirigió al baño, dejando la puerta abierta solo una rendija detrás de ella. Era casi increíble lo cómodos que nos habíamos puesto el uno con el otro en tan poco tiempo.

Compartir una habitación e incluso un baño con ella no era un problema para mí, sino exactamente lo contrario.

Durante los siguientes treinta minutos, hice todo en piloto automático mientras los pensamientos sobre Lia, lo que tenía que hacer hoy y cómo iba a manejar el regreso a mi apartamento dominaban mi mente. Las emociones que hacía tiempo que había dejado de permitirme sentir, me invadieron: el dolor, la esperanza, la ansiedad, la duda, e incluso el miedo; hicieron su aparición.

Ordené nuestro desayuno, me duché, me vestí, e hice una pequeña charla con ella hasta que el servicio de habitaciones nos entregó la comida. Tocino y huevos para mí. Tostadas francesas con jarabe de arce para ella.

—En serio —dijo mientras nos sentábamos a desayunar—. ¿Qué te pasa hoy?

—Nada. —Me encogí de hombros, suspirando cuando ella entrecerró los ojos y sacudió la cabeza—. Supongo que me siento un poco melancólico por lo que haremos esta mañana.

—¿Qué haremos esta mañana? —preguntó con suavidad, sabiendo por la forma en que actuaba y sin tener que preguntar que era un tema delicado para mí.

—No he vuelto a Houston desde que mi madre falleció —dije finalmente, ganando la pena entre las emociones que habían estado luchando por el reconocimiento en mi pecho—. La última vez que estuve en su tumba fue en su funeral. Quiero ir a verla.

La empatía y la simpatía inundaron los ojos de Lia, brillando tanto como las lágrimas que intentaba combatir.

—Por supuesto. No sabía que no habías vuelto. Lo siento, Roman. Sé lo mucho que duele cada vez que te permites volver a pensar en el funeral y la tumba. No importa cuánto tiempo haya pasado, el dolor regresa tan real y tan crudo como cuando ocurrió.

Asentí. Tener a alguien alrededor que realmente entendiera estos sentimientos y lo que yo estaba haciendo sería invaluable hoy. Podría andar por ahí como si no me importara nadie ni nada, y por lo general era así. Pero las cosas y la gente que me sí, me importaban profundamente; con pasión, con todo lo que tenía en mí.

Mi madre había sido una de esas personas. Perderla fue lo peor que me pasó en la vida. También fue lo único que dejó una herida supurante en mi alma que instintivamente sabía que nunca se curaría del todo.

Lia y yo terminamos nuestro desayuno en un cómodo y agradable silencio. Ella ofreció la comodidad con pequeños toques casi constantes. Un roce de su mano o rodilla contra la mía, un apretón de mi brazo, y finalmente una vez que estuvimos en camino, con su cabeza apoyada en mi hombro.

Debió ser muy incómodo para ella sentarse así, pero levantó la cabeza por primera vez solo cuando me detuve afuera de una pequeña florería. Flores de colores brillantes en cubos de plástico llenaban la acera y las escaleras de madera que tenía contra la pared exterior.

—¿Cuáles eran las favoritas de tu madre? —preguntó, tocando una hortensia rosa.

Miré alrededor de las ofrendas de la escalera y caminé hacia una olla llena de margaritas rojas, naranjas y amarillas de Gerbera.

—Estas. Solía decir que le recordaban a las más bellas puestas de sol.

Lia sonrió con suavidad, caminando para meter una mano en la mía y alcanzar las flores con la otra. Seleccionó una variedad de colores y las sostuvo.

—Le llevaré estas.

Incapaz de resistirme, deslicé mi dedo bajo su barbilla y la levanté suavemente para darle un dulce y prolongado beso en sus labios.

—Le habría encantado saber que estás aquí conmigo y que le llevas flores.

—Ella lo sabe —insistió Lia, con sus ojos elevados hacia el cielo—. Nos está mirando desde arriba, sonriendo porque estamos aquí juntos. Sabe que vamos a verla y que lo estamos haciendo juntos.

Tan pronto como dijo las palabras, supe que eran ciertas.

—Es increíble lo bien que la conociste y la recuerdas, aunque haya sido hace tanto tiempo.

—Lo dije una vez y lo diré de nuevo, era una mujer especial. Única en su clase. La quería. Por supuesto que la recuerdo.

Mi corazón se hinchó con sus palabras. Después de darle otro beso, hice mi selección, y llevamos las flores a la caja registradora para pagar.

Una vez que estuvimos en el cementerio, Lia me rodeó el brazo con sus manos y caminó cerca de mi lado mientras íbamos hacia el verde parche de tierra que era el lugar de descanso final de mi madre. Mi padre había elegido su lápida, una ostentosa losa de

granito en forma de rosa con las fechas de su nacimiento y muerte grabadas en ella.

Parado a su lado, me encontré con un aluvión de recuerdos que hicieron que una extraña presión se acumulara detrás de mis ojos. Habían pasado tantos años desde la última vez que lloré, que casi no pude identificar la sensación de las lágrimas que se acumulaban hasta que se formó una en el rabillo de mi ojo.

Pestañeé y tragué hasta que la sensación disminuyó, luego me agaché para colocar mi ramo contra la lápida. Lia siguió el ejemplo, y cuando terminamos, nos quedamos en silencio durante unos minutos y recordamos a mi madre.

—La extraño —admití, con un rollo de recuerdos destacados jugando en mi cabeza—. Ella era la única que podía ablandar a mi padre, ¿sabes? Era tan buena persona que ni siquiera él podía ser un imbécil con ella. Incluso hasta cuando se separaron.

Lia me sonrió, besándome el hombro.

—Es bueno saber que tiene un lado más suave.

—No esperes verlo pronto. —Me reí sin humor—. No ha aparecido desde su muerte. No espero que lo haga hasta la suya.

—Tal vez —reflexionó, pero no dijo nada más.

Después de un par de minutos, mi teléfono sonó en mi bolsillo, y supe que era la alarma que había puesto para hacernos saber cuándo teníamos que ir al aeropuerto.

—Es hora de que volvamos a la realidad.

—Demonios. —Lia suspiró—. Bien, estoy lista cuando tú lo estés.

El viaje al aeropuerto pasó con rapidez. Otro aparcacoches se reunió con nosotros y me dijo que devolvería el auto de alquiler a salvo. Después de desearnos un vuelo seguro, se marchó, y seguimos al portero hasta la puerta de facturación. El proceso fue rápido y sin problemas.

Antes de que me diera cuenta, estábamos en el avión con Texas desvaneciéndose a nada más que casas de juguete y autos muy por debajo. Lia apoyó su cabeza en mi hombro de nuevo, sosteniendo mi mano mientras veía un episodio de una comedia popular en la pantalla frente a ella.

Me rompió el corazón pensar que me despediría de ella pronto. Claro, solo pasarían un par de horas hasta que la volviera a ver, pero de alguna manera, eso no importaba. Amaba a esta chica. No iba a cuestionar eso ni ninguna de las otras cosas que ella me hacía sentir.

La amaba, y eso era todo lo que había.

Capítulo Cuarenta Y Cinco

LIA

—Nueva York, Nueva York. —Sonreí cuando las ruedas del avión aterrizaron en la ciudad que ahora llamaba hogar.

Estaba dividida entre estar triste y estar emocionada por volver al trabajo, ahora que sabía cómo era el trato con los clientes.

No conocía a todos los clientes a cargo todavía, pero estaba deseando reunirme con ellos. El viaje me ayudó a entender que los nombres de los archivos que trataba en la oficina no eran solo nombres; pertenecían a personas reales como las que conocimos.

Era extraño, siempre supe que los nombres pertenecían a clientes, pero habiéndome reunido con ellos fue como si de repente se hicieran reales y personales. Definitivamente, la reunión había cambiado un poco mi perspectiva, como si hubiera sido un giro de los prismáticos enfocado todo con nitidez.

Por muy emocionante que fuera saber que me lanzaría a mi trabajo con renovado vigor y comprensión, estaba triste por haber vuelto porque Nueva York no era la misma que cuando la dejé.

Me faltaba una parte vital de la ciudad, un latido entre los millones de personas que ya no estaban allí. Regina había vuelto a Seattle el lunes, y de esa manera, Nueva York nunca sería lo mismo para mí.

Todo se sentía un poco menos vibrante, un poco más solitario. Incluso cuando al fin entramos en el aire fresco de la noche, ya podía sentir el vacío dejado por la ausencia de mi mejor amiga.

A pesar de mi reciente conversación con mi hermano sobre ser mejores el uno con el otro, todavía no lo conocía realmente. Regina había sido mi pilar durante años, y aunque ahora sentía que Roman era como un mejor amigo para mí, jamás sería de la misma manera.

—¿Qué pasa? —preguntó Roman, llevando nuestras maletas a su auto. Le hizo señas al portero y le dijo que quería hacerlo él mismo. No tenía ni idea de por qué—. ¿Qué te preocupa?

—Regina se fue —dije, sin necesidad de explicar cómo me sentía al respecto—. Regresó a Seattle el lunes.

Deteniéndose de inmediato, dejó las bolsas y me tomó en sus brazos, con su aliento moviendo mi cabello.

—Cielos. Sabía que se iba, pero con todo lo que está pasando, no me di cuenta de que ya lo había hecho.

—Ya se fue.

Y con esas palabras, un profundo sentimiento de pérdida y tristeza se asentó en mi corazón, agobiándolo.

El día que supe que Regina y yo habíamos sido aceptadas como reclutas en la misma empresa fue uno de los mejores días de mi vida. Recordé lo emocionadas que estábamos, cómo decidimos mudarnos juntas de inmediato, y cómo empezamos a planear tomar la ciudad para nosotras. Estábamos riendo, brindando con vasos de plástico llenos de champán malo y planeando el dominio total de la industria financiera.

Eran las divagaciones ingenuas y esperanzadoras de estudiantes a punto de graduarse que no tenían ni idea del mundo real, pero que estaban empeñadas en tener éxito. Ambas nos habíamos dado cuenta muy rápido de que la realidad del mundo laboral no nos permitiría cambiarlo tanto o tan rápido como quisiéramos, pero yo tenía la esperanza de que algún día lo haríamos.

Y ahora, iba a tener que hacerlo sola. No más Regina con quien hablar en el trabajo o en casa, no más café con caramelo cuando me despertara, y no más charla de chicas hasta la madrugada.

—Vas a estar bien, gatita —me susurró Roman con tranquilidad al oído—. No estás sola. Tienes a Lucas y me tienes a mí. Siempre estaré ahí para ti; mañana, tarde o noche. Puedes llamarme cuando quieras, ¿de acuerdo?

—Está bien —acepté, sintiendo que sus palabras ya estaban curando las grietas que empezaban a aparecer en mi corazón al pensar en mi amiga.

Era difícil creer que Roman se había convertido en esta persona para mí: Una roca. Un confidente. Un mentor. Un amante.

En Houston, pensé en lo mucho que habían cambiado las cosas entre nosotros. Empecé a darme cuenta de que la dirección que tomaba nuestro trato se parecía mucho al amor.

De pie, envuelta en sus brazos, con sus palabras de consuelo en mi oído y mi corazón lleno de ellas, me di cuenta de que me estaba enamorando de este hombre. El mismo chico del que me había enamorado hacía más de una década y que nunca pude olvidar, era ahora el hombre que esperaba que me sostuviera cuando fuera a caer.

¿A quién quiero engañar? Ya estoy cayendo, duro y rápido. Solo espero que no me deje golpearme la cara contra el suelo.

El pensamiento me hizo liberarlo y alejarme de él. Miré sus ojos azul marino y luché contra el impulso de decirle lo que sentía. Pero no pude.

Necesitaba resolver esto por mí misma primero. Roman no me había prometido nada, y no podía soltar ninguna palabra que me hiciera perder otro mejor amigo esta semana. Así que en vez de decir las palabras sentadas en la punta de mi lengua, sonreí.

—Gracias, Burnett. Te llamaré si te necesito, pero vámonos a casa.

—Al menos tendrás buenas noticias para darle a mi padre cuando lo veas mañana, así que eso es un poco de luz de esperanza —dijo de camino a casa.

Estábamos en su lujoso Bugatti, sus asientos de cuero eran tan suaves como la mantequilla debajo de mí, junto a un panel de control que rivalizaba con los de una nave espacial en la consola.

—¿Qué quieres decir con que tendré buenas noticias? Querrás decir que "tendremos". ¿No quieres estar ahí cuando se lo diga?

—No. —Ni siquiera se tomó un tiempo para pensar en ello—. Es tu logro, gatita. No el mío.

Roman me dejó en mi apartamento vacío. La ausencia de Regina era obvia en todo, desde lo oscuro que estaba dentro cuando llegué hasta que los cojines de girasol de los sofás que se fueron. Me paré en nuestro vestíbulo, mi vestíbulo ahora, y miré el espacio.

Se veía casi igual que cuando me fui, excepto por algunos pequeños cambios como el lugar vacío en el mostrador de la cocina donde la cafetera de Regina solía asentarse, y los sofás que estaban desnudos.

Suspirando, dejé mi bolso junto a la puerta y anduve sin rumbo por el apartamento. Después de pasar los últimos días con la constante compañía de Roman y de haber vivido con Regina durante meses, fui dolorosamente consciente de lo sola que me sentía de repente. Encendí la tetera y preparé una taza de té, luego encendí la televisión para que no hubiera tanto silencio.

No ayudó. Nada lo hacía. Entre la comprensión de mis verdaderos sentimientos por Roman, el día cargado de emociones que tuvimos al visitar la tumba de su madre, y la ausencia de Regina, mi mente era un caos. Peor que un aula de jardín de infantes al final del día, o un estadio en los segundos posteriores al Súper Tazón.

No podía quedarme quieta.

Por capricho y desespero por sentirme cerca de Regina a pesar de que había unos cinco mil kilómetros entre nosotras, saqué mi teléfono del bolso y marqué su número.

—¿Cómo estuvo Houston? —preguntó a modo de saludo, con su suave voz como un bálsamo para mi alma solitaria.

Cerré los ojos y me dejé imaginar que estaba sentada aquí en el sofá conmigo mientras hablábamos.

—Fue genial —le dije, recordando el apuro de dirigir mi primer encuentro—. Hablé con mi primer cliente. Fue un subidón, Regina. Honestamente, es increíble. Me sentí como si estuviera caminando entre margaritas por el resto del día.

—Me lo imagino —dijo, sonando feliz y relajada—. Mi jefe me dijo que me reuniré con mis primeros clientes la próxima semana. Tendrás que darme algunos consejos.

—Lo haré a primera hora de la mañana —le prometí—. ¿Cómo va todo allí? ¿Te estás adaptando a estar en casa?

—Sí, lo estoy. No me di cuenta de lo nostálgica que estaba hasta que volví aquí. El trabajo es bueno. Es raro estar de vuelta con mis padres, pero es solo temporal hasta que encuentre un lugar. Estaré buscando algunos apartamentos durante el fin de semana.

—Este apartamento te extraña.

Se rio suavemente.

—Solo el apartamento, ¿eh? Yo también extraño al apartamento. No te preocupes. —Hablamos un par de minutos más antes de que la conversación volviera a mi viaje a Houston—. Aparte de la reunión con los clientes, ¿cómo estuvo Houston? Solo me hablaste del trabajo antes.

—Estábamos allí por el trabajo.

Intenté cubrirlo, pero sabía que no funcionaría.

—Sí, solos tú y Roman. ¿Cómo te fue con él? —Sonaba curiosa y entusiasmada al mismo tiempo—. ¿Compartieron una habitación de hotel, o consiguieron habitaciones separadas? Quiero detalles, chica. Y explícitos.

Me reí por lo que sentí como la primera vez hoy.

—Compartimos una habitación. Fue diferente a lo que me hubiera imaginado que sería. No se sentía como si fuera la primera vez que compartíamos un espacio como ese. Las cosas son tan fáciles con él, como si me hubiera lavado los dientes en el lavabo junto a él miles de veces.

—No suena como si ustedes dos fueran solo amigos con beneficios, o lo que sea que se digan a sí mismos que son. Suena como si fueran en serio.

Me burlé.

—No nos estamos poniendo serios. Ni siquiera hemos hablado de lo que somos, no importa si vamos en serio el uno con el otro.

—Tal vez no hayan hablado de eso, pero eso no cambia la forma en que se sienten —dijo Regina pacientemente, usando ese increíble sexto sentido suyo para viajar a través del teléfono y llegar directamente al corazón del asunto—. Esa es la cuestión, ¿no? ¿Te has detenido a considerar lo que en realidad sientes por él?

Suspiré.

Me tenía contra las cuerdas.

—Estoy enamorada de él.

Regina no pareció ni un poco sorprendida.

—¿Se lo has dicho?

Sí, directamente al corazón del asunto.

—No.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó—. Por si sirve de algo, creo que deberías.

Mi corazón se saltó varios latidos al imaginar las muy diferentes posibilidades de cómo podría reaccionar a la noticia. Era un soltero dedicado, un mujeriego de toda la vida que amaba el juego.

—Sí, no sé si estoy lista para ese paso todavía.

Y no sabía cuándo iba a estar lista para ello, o si lo estaría en absoluto.

Capítulo Cuarenta Y Seis

ROMAN

El ático estaba oscuro cuando llegué a casa después del viaje. Me dirigí a mi habitación, encendiendo las luces mientras entraba. Me sorprendió lo silencioso que estaba todo, me había acostumbrado tanto a tener a Lia en los últimos días que estar sin ella, especialmente ahora que estaba en paz con mis sentimientos, se sintió muy mal.

No ayudaba que estuviera cansado como una cuba y que no quedara mucho en mi nevera o en el bar. Mi humor empeoró cuando sonó el teléfono y lo saqué para ver la cara de mi padre brillando en la pantalla.

No, gracias.

No tenía nada que decirle. Presionando el botón para silenciar la llamada, lo ignoré y tiré mi teléfono en el sofá. Tomando asiento a su lado, agarré el control remoto de la televisión y lo encendí, navegando por un canal tras otro sin encontrar nada que me interesara.

Mi teléfono empezó a sonar de nuevo, y maldije suavemente, pensando que era mi padre llamando de nuevo. Lo alcancé para poder silenciar la llamada una vez más cuando vi que no era papá, sino Lucas quien llamaba.

Sonriendo, deslicé mi pulgar a través de la pantalla y lo presioné contra mi oreja.

—Lucas, estaba empezando a pensar que te habías caído de la faz de la tierra.

—El trabajo ha estado agitado —dijo, con los sonidos del tráfico en el fondo—. Apenas acabo de salir de la oficina. Estoy jodidamente cansado.

—Conozco la sensación, hombre. Acabamos de volver de Houston hace un par de horas.

—Oh, sí. Olvidé que irían para allá. Así de golpeado he estado. ¿Cómo fue?

—Estuvo bien. —No le di todos los detalles de por qué estuvo tan bien, pero ahora que sabía que amaba a su hermana, era inevitable que tuviéramos que tener esa conversación alguna vez—. Lia dirigió su primer encuentro. Es una súper estrella. No hay duda de que van a firmar con nosotros.

—¡Es una noticia increíble! —exclamó Lucas, aunque también podría haber estado levantando la voz para hablar sobre el repentino sonido de las bocinas en su extremo—. Me alegro de que lo haya hecho bien. Quiero decir, sabía que lo haría, pero de todas formas es bueno escucharlo.

—Puedes estar orgulloso de ella, hermano. Sabes que no ando por ahí dando cumplidos a cualquiera.

—Lo sé —respondió—. Gracias por tomarla bajo tu ala. Me dijo que le has estado enseñando mucho. Sé que no es fácil para ti, pero gracias.

—No hay problema. —Arrastré mi mano por el cabello, dejando que mi cabeza cayera en el respaldo del sofá—. Deberíamos tomar una cerveza en estos días.

—Claro. ¿Mañana o viernes te viene bien? No quiero posponerlo. Si lo hacemos, pasarán semanas antes de que ambos tengamos tiempo.

—Cierto. ¿Hablamos mañana? Tal y como me siento ahora, puede que duerma todo el día. —Cerré mis ojos cansados.

—Me siento igual. Hablaremos mañana, amigo. Adiós.

—Nos vemos.

Terminamos la llamada, y dejé el teléfono en la mesa de café frente a mí. Sabía que tenía que levantarme e irme a la cama, pero me costaba encontrar la energía para hacerlo, tal vez me echaría una siesta en el sofá. Pero entonces unos golpes en mi puerta me hicieron gruñir de frustración.

Lo ignoré al principio, sin embargo, quienquiera que fuera persistió. Los golpes eran muy suaves pero definitivamente estaban ahí. No podía saberlo solo por un golpe, pero de repente pensé que podría ser Lia.

La energía que no había sido capaz de reunir para llegar a mi dormitorio tuve que forzarla a salir para impulsarme fuera del sofá e

ir a la puerta principal. La abrí y sonreí cuando descubrí que tenía razón.

—Sabía que podrías ser tú.

Lia llevaba un jersey verde suelto y unos jeans. Se veía cómoda y hermosa, pero empezaba a pensar que se vería bien usando hasta una bolsa de patatas.

Me sonrió, me rodeó y entró en mi apartamento.

—Dijiste que si te necesitaba por la mañana, por la tarde o por la noche, estarías para mí.

—Lo estoy. No hay duda de ello.

—No quería quedarme sola después de haber estado contigo estos últimos días —dijo, completamente tranquila al admitirlo—. Así que decidí aceptar tu oferta de estar ahí cuando te necesite.

—Me alegro de que lo hicieras. —Me alejé de ella para empezar a apagar las luces de mi vestíbulo y de la sala de estar—. Me siento de la misma manera, así que vamos a la cama. Estoy muy cansado, y estoy seguro de que tú también, después del día que hemos tenido.

—Dije que te necesitaba, Roman. —Su voz era más baja ahora.

Mis pensamientos se dispersaron cuando me di la vuelta para ver su ropa golpeando el suelo.

El jersey ya estaba en una pila junto a sus pies, sus zapatillas de deporte se pusieron en marcha junto a él, y estaba bajando sus jeans. Mi boca se secó, mi corazón empezó a latir como un tambor, y el cansancio de los huesos de repente se esfumó.

Mirándome fijamente, se salió de sus jeans. Plantó sus manos en su cadera, parándose frente a mí con un juego de ropa interior de encaje rosa pálido.

Mis ojos rogaron que recorriera todo su cuerpo, pero seguían cautivos por ella. La intensidad de su mirada iluminaba el aire entre nosotros. La electricidad generada por la lujuria y el deseo corría por las corrientes de aire, pero faltaba la habitual urgencia apremiante.

La tensión entre nosotros era diferente. El deseo estaba ahí, pero algo más estaba pasando también. Quizás era porque acababa de darme cuenta de que la amaba, pero sentía que la misma emoción también se desprendía de ella.

Parecía que la urgencia había desaparecido porque, al menos por esta noche, no sentíamos que tuviéramos que apresurarnos. El tiempo que pasábamos juntos no parecía estar limitado o ligado a una cuenta regresiva como antes. Ahora sentíamos que teníamos todo el tiempo del mundo, como si ambos hubiéramos llegado a la conclusión de que estaríamos haciendo esto juntos para siempre.

Solía odiar la expresión para siempre. Las pocas veces que mis amigos se habían comprometido con alguien para siempre, me quedaba preguntándome por qué.

¿Por qué cambiarían voluntariamente una vida de coger con quien quisieran y cuando quisieran por una sola mujer para el resto de sus vidas? ¿Por qué seguirían con el compromiso, sabiendo que tendrían que explicarle su paradero a alguien para siempre?

No solo me preguntaba por los chicos… ¿Por qué las mujeres dirían que sí para siempre? Había un número infinito de tipos buenos con miembros grandes por ahí, así que ¿por qué comprometerse con uno solo? ¿Por qué estar dispuestas a quedarse con un chico cuando podrían estar bailando con sus amigos o tomando cócteles con sus amigas?

Y para ambas partes, me preguntaba por qué se arriesgarían. Si le dabas tu corazón a alguien prometiendo aferrarte a él o ella para siempre, ¿por qué asumirías esa responsabilidad? El corazón es muy frágil, fácil de romper y difícil de reparar.

Confiar en que alguien más no te rompiera el tuyo y tener su frágil órgano en tus manos me parecía un gran riesgo. Por eso, a una edad temprana, cuando vi a mis padres romperse el corazón y a ninguno de ellos repararse, construí muros alrededor del mío y nunca dejé que nadie se acercara.

Estaba bien con los riesgos, e incluso me encantaban. Vivía para arriesgarme y celebrar mi éxito después, o averiguar por qué había fallado esa vez y trabajar incansablemente para asegurarme de que tendría éxito la próxima vez. Pero eso era solo en lo profesional.

En lo personal, solo en la medida en que mi corazón no fuera lo que estuviera arriesgando. No había riesgos calculados que valiera la pena tomar cuando un corazón roto fuera el precio que había que pagar.

Demonios, arriesgaría felizmente todo el dinero de mi cuenta bancaria, incluida la de mi fondo fiduciario, si eso significara no tener que pasar nunca por lo que vi a mis padres pasar, ni lo que yo pasé cuando se separaron.

Y aun así mi corazón estaba irrevocable, innegable y completamente centrado en Lia. Peor aún, estaba feliz por ello. Todavía no estaba ahí afuera, huyendo de ello, o haciendo algo estúpido como ir a un bar y recoger a la primera chica que viera para cogerla y convencerme de que no me sentía así con Lia.

Viéndola desenganchar el sostén y desnudarse ante mí sin un ápice de timidez, me enamoré de esta chica hermosa, audaz, descarada, divertida, e inteligente como el carajo, frente a mí.

Una vez que enganchó los pulgares en su panti y se la quitó, no pude mantener mis ojos en los suyos. Rompí el contacto visual para bajar la mirada a su cuerpo, y trazando la suave curva de su cuello y las líneas de sus clavículas. Respiré hondo cuando llegué a sus pechos, donde sus pezones estaban duros, de color rosa oscuro y arrugados.

Se me hizo agua la boca con el deseo de chupar uno, pero aún no había terminado de buscarla. No podía alejarme de ella por más tiempo, así que mis pies empezaron a llevarme hacia ella mientras mis ojos se daban un festín con la chica desnuda más hermosa y sexy que jamás habían visto. No importaba cuántas veces la había visto así antes. Nunca tenía suficiente.

El montículo entre sus piernas todavía estaba desnudo, y su sexo era rosa y atractivo.

Mi pene ya estaba tenso contra mis jeans cuando la alcancé. Con mi mano izquierda alcancé la liga que soportaba su cola de caballo y luego vi cabello caer en cascada sobre sus hombros. Mi derecha se dirigió a su mejilla, con mi pulgar acariciando justo debajo de su ojo mientras nuestras miradas se cerraban una vez más.

—¿Te he dicho hoy que eres la mujer más hermosa que el planeta ha tenido el placer de sostener en él? —murmuré, con mis labios a un pelo de distancia de los suyos.

Se separaron para mí, pero mi chica no era de las que se dejaban tentar sin tener la última palabra.

—No lo has hecho, pero te perdonaré si me besas ahora.

Así lo hice, porque tener la última palabra no me importaba en ese momento. Lo único que me importaba era darle todo lo que pudiera, todo lo que era y tenía, y lo que alguna vez tendría. Rezaría para que el hecho de darle mi corazón a ella fuera un riesgo que no me arrepintiera de tomar. Un riesgo que no dejaría la cáscara rota y destrozada de un hombre cuando ella terminara conmigo.

Capítulo Cuarenta Y Siete

LIA

Roman trajo sus labios a los míos en un beso tan suave, tan gentil, que no se parecía a ninguno de los miles que habíamos compartido hasta el momento. Nuestras bocas se movían juntas en un ritmo sin prisas que me dejaba sin aliento, y a mi corazón derretido sobre su propio charco.

Lo besé con cada gramo de intensidad y emoción que me mostró, vertiendo mi realización tácita de amor en él y esperando, contra toda esperanza, que lo sintiera, que me dijera que él también me amaba y que no corriera gritando por las colinas.

En el tiempo que lo conocí, Roman Burnett había sido muchas cosas. Idiota, amigo, protector, mentor, rompecorazones, mujeriego, e imbécil. Pero nunca había sido un novio. El tipo era tan alérgico al compromiso que temía entrar en un *shock* anafiláctico si pensaba en comprometerse.

Al menos, solía estarlo. Después de colgar con Regina, pasé un tiempo pensando en lo que significaba estar enamorada de él. Aunque estaba aterrorizada por perderlo si alguna vez se enteraba de cómo me sentía, también me encontré preguntándome si seguía siendo ese tipo. Si quizás había superado su alergia a las relaciones.

Cuanto más lo pensaba, más creía que él podría haberlo hecho. Considerando la forma en que había estado conmigo durante las últimas semanas, siempre ahí y confiable, hablando, riendo y bromeando conmigo. Por lo que yo sabía, no se había acostado con nadie más y yo tampoco.

Nos quedábamos juntos y felices la mayoría de las noches, y cuando salíamos, siempre encontraba la manera de tocarme. Dijo que le gustaba cuando me ponía celosa de él el otro día, y no me perdí lo posesivo que se puso conmigo bajo la mirada lujuriosa de Jack Junior.

Independientemente del hecho de que nunca habíamos tenido la charla, de que nunca definimos la relación o acordamos expresamente ser algo para el otro; estábamos en una relación, y

Regina tenía razón. Se sentía muy serio. Una vez que llegué a esta conclusión, ya no podía sentarme sola en mi apartamento. No solo mi cuerpo me gritaba que viniera aquí y lo hiciera realmente mío, sino que mi corazón no podía dejar de anhelarlo, y mi cerebro no podía dejar de pensar en él.

Después de una hora de debate interno y dos cambios de ropa, no pude mantenerme alejada. Ni siquiera seguí intentándolo. Lo amaba. Necesitaba estar con él, y como me había dicho que estaría allí en cualquier momento, decidí aceptar su oferta.

Perdida en sus besos, en la sensación de su lengua bailando con la mía, y su gruesa erección presionada contra mi abdomen, pensé que era la mejor decisión que había tomado. Sobre todo considerando lo que sea que había pasado entre nosotros mientras me desnudaba para él... otra vez. Literalmente no podía mantener mi ropa puesta alrededor del tipo.

Era como si mi cuerpo hubiera decidido que su apartamento tenía permanentemente una hora sin pantalones, y decidió entonces que sin pantalones significaba sin ropa, y así llevó a cabo esas decisiones casi antes de que mi cerebro tuviera la oportunidad de ponerse al día.

Por fortuna, a Roman no pareció importarle. De hecho, cada vez que lo hacía, respondía con más entusiasmo que la última vez. Esta vez, sin embargo, fue de lejos la mejor hasta ahora.

La forma en que me besaba lograba hormigueos en mi columna vertebral que viajaban por mi cuerpo y causaban fuegos artificiales de alegría que salían disparados por mi corazón. Mis brazos estaban enrollados alrededor de su cuello, con mi pecho presionado contra el suyo.

El aire frío besó mi cuerpo, haciendo que el área entre mis piernas se sintiera aún más caliente de alguna manera. La sensación me hizo temblar.

Roman se alejó de mí al instante, haciendo que todo mi cuerpo gritara en protesta por la pérdida.

—Dios, soy un idiota. Debes estar congelándote.

Sin decir una palabra más, me recogió y me llevó a su dormitorio, pero esta vez no al estilo del hombre de las cavernas

como lo había hecho antes, sino en el modo que se lleva a una novia en su primera noche de luna de miel. Nuestras miradas se fijaron y se mantuvieron hasta que me acostó con suavidad sobre su cama.

—Dame un segundo —dijo, alejando su fino trasero hacia la esquina de la habitación.

Se agachó y me pregunté qué hacía durante una fracción de segundo hasta que vi una chimenea que no había visto antes.

Estaba pintada del mismo color que las paredes y se mezclaba bien. El pequeño salón de su habitación que nunca habíamos usado juntos, yacía alrededor de la chimenea a gas de diseño que estaba en la esquina.

Solo podía verlo ahora porque estaba sentada y mirándolo. Encajaba con la masculinidad moderna del resto del lugar, con una funcionalidad de líneas elegantes. Solo una vez que el fuego se encendió se hizo evidente que estaba allí.

Las llamas bailaban detrás de un panel de vidrio, creciendo mientras Roman jugueteaba con algo. Cuando terminó, se volvió hacia mí y comenzó a despojarse de su ropa camino a la cama.

—Deberías calentarte rápido con eso.

—Ya estoy caliente de otras maneras también.

Observé los movimientos lentos y deliberados de sus manos mientras trabajaban en su ropa. Una mano fue a su nuca y le arrancó la camiseta en un suave tirón.

Sus dedos se juntaron por un instante al desabrochar el botón de sus pantalones, y luego se separaron de nuevo para empujarlos y sacar su ropa interior. Sus pies ya estaban descalzos cuando llegué, así que ahora estaba completamente desnudo, sin nada más que una sonrisa sexy cuando mis ojos viajaron de vuelta a los suyos.

—Íbamos a calentarnos así de todos modos. Solo estaba devolviendo el favor que me hiciste antes. —Se detuvo en el borde de la cama, envolviendo sus grandes manos alrededor de mis tobillos y tirando de mí hacia él.

Cuando mi trasero estuvo justo en el borde del colchón, me soltó y se inclinó para darme otro largo y prolongado beso que hizo que me dolieran los pezones y que mi clítoris palpitara para llamar su atención.

Empujando suavemente mis hombros hacia la cama, murmuró:

—No te muevas, ¿de acuerdo?

—¿Qué estás haciendo? —Me las arreglé para preguntar. Mi respiración ya se estaba volviendo dificultosa—. ¿Por qué no debería moverme?

—Para responder a las dos preguntas en una, quiero mostrarle a esta linda gatita algo de amor, y si te apartas, nos vas a arruinar a los dos.

Registré vagamente que dijera la palabra amor, pero no pensé que significara nada en el contexto en que la usaba. Mi corazón se perdió ese memorándum y se adelantó a saltarse un latido solo porque dijo la palabra en voz alta de todos modos.

—Bien, no me moveré —acepté con brusquedad.

Esperando que se arrodillara y se acercara a mi centro como lo había hecho antes, me sorprendí al sentir la inclinación del colchón a mi izquierda cuando su rodilla lo golpeó, con el calor de su cuerpo flotando sobre el mío, y la suave presión de sus labios sobre mi boca.

Me besó profusa y apasionadamente. Mis manos se deslizaron por los tonificados músculos de su espalda y su suave cabello, y mis gemidos desaparecieron en su boca.

Cuando dejó de besar mis labios para prestar atención a mi cuello, mis hombros, mi oreja y mis pechos, jadeé cuando su boca caliente rodeó un pezón. Trazó lánguidos círculos a su alrededor con su lengua, haciendo que mi espalda se arqueara buscando la manera de que tomara más.

Con la mano en mi otro pecho, imitaba los movimientos de su lengua con los dedos. Me estaba volviendo loca de necesidad, pero al mismo tiempo, no quería que se detuviera.

Finalmente, no pude soportarlo más.

—Roman, por favor. —Mi aliento salió implorante, mi voz jadeaba de necesidad.

—Sí —siseó, y aunque no articuló más, sabía que no iba a burlarse de mí hoy. Iba a darme lo que quería, lo que necesitaba, sin preguntas ni juegos.

Y por mucho que me gustara jugar con él, no eran lo que quería en ese momento. Esto se sentía demasiado, como si me amara, y estaba lejos de ser un juego.

Deslizándose de la cama, se hundió hasta las rodillas y abrió mis muslos con sus manos para dejar espacio a sus amplios hombros. Inhaló profundamente, maldiciendo antes de inclinarse hacia adelante y darme una lamida abrasadora a través de mis pliegues.

—Sabes tan bien, gatita. Si tuviera que elegir una cosa para saborear el resto de mi vida, sería esto.

Mis oídos se animaron, y mi estúpido corazón se saltó otro latido.

¿El resto de su vida?

Contexto totalmente equivocado. *Sé realista, Lia. Lidia con eso.*

Entonces sus labios golpearon mi clítoris, y rápidamente decidí dejar de pensar en exceso y simplemente sentir, para estar completamente presente en el momento con él.

Tras dos orgasmos alucinantes y devastadores más tarde, Roman volvió a la cama y me besó como si su vida dependiera de ello. No me desanimé al saborearme en su lengua. Cualquier cosa sabía bien en él, incluso yo.

Alcanzó mis manos y juntó nuestros dedos justo por encima de mis hombros mientras se posicionaba en mi entrada.

Capté una leve expresión en sus ojos antes de que me empujara.

—Dios, Lia. —Exhaló, con su cabeza en mi cuello—. Tú... no puedo...

Entendí exactamente cómo se sentía. Incluso con la puntuación del orgasmo del día en 2 a 0, sentirlo dentro de mí disparó una gama de sensaciones tan intensas que sabía que estaría lista cuando él lo estuviera.

—Lo sé, cariño —murmuré, apretando sus manos y girando mi cabeza para poder besarlo. Nuestras bocas se fusionaron mientras nuestros cuerpos se unían una y otra vez. Nuestras manos se agarraron y nuestros corazones se aceleraron. Sabía que el suyo también lo hacía, porque podía sentirlo contra mi pecho—. Llename, Roman. Estoy contigo. Siempre estaré contigo.

Liberó un gemido bajo, y sus músculos se tensaron mientras su pene se movía dentro de mí. La sensación de su orgasmo, el sonido

de los gemidos, y tener sus labios hambrientos en los míos me hizo perder el control también. Me rendí al exquisito placer que él había acumulado en su interior, y fui arrastrada por una marea de felicidad.

Cuando recobramos la cordura, nuestros cuerpos aún estaban entrelazados, y Roman se aferraba a mí con fuerza.

No intercambiamos ningún tópico sobre lo que acababa de pasar entre nosotros. No era necesario. Había sido fácilmente el mejor sexo de mi vida. Si Roman no sentía lo mismo, no quería saberlo. Lo que lo hizo ganar por un margen tan grande fue que se sintió como mucho más que solo sexo. Se sentía como si hubiéramos hecho el amor.

Incluso sin las palabras, nuestros cuerpos habían hablado por nosotros. Una vez leí en el Diccionario Urbano que hacer el amor era sobre el "nosotros". Se trataba de conectar, explorar, crear tensión sexual juntos, y liberarla igualmente juntos. Recordé haber leído que hacer el amor era una conexión fuerte y seria que no se podía fingir.

Y a menos que estuviera muy equivocada, eso era exactamente lo que acabábamos de hacer. El pensamiento hizo que mi corazón se acelerara, y una sonrisa imparable se extendió en mis labios.

—¿Por qué esa sonrisa? —preguntó Roman, irrumpiendo en mis pensamientos. Su cabello rubio estaba despeinado por mis dedos, y sus ojos azules claros y saciados.

—Por ti —dije honestamente.

—¿Sí? —Su voz estaba más relajada ahora, lo que me llevó a mirarle a los ojos donde lo mismo que vi antes parpadeaba con libertad—. Lia, yo... cielos. Tú también me haces sonreír.

Hice un puchero, le pinché en el brazo.

—¿Qué ibas a decir?

—Lo que dije. —Me empujó contra su pecho de nuevo, cortando nuestro contacto visual.

Nos quedamos en silencio hasta que finalmente recordé por qué estábamos tan cansados cuando aún era relativamente temprano.

—Oye, ¿Roman?

—¿Si?

Respiré hondo, esperando no romper el ambiente de la noche hasta ahora.

—Deberías venir conmigo mañana para contarle a tu padre lo del cliente.

De nuevo, ni siquiera lo pensó.

—No, lo siento. No voy a ir.

Demonios, bueno, valió la pena intentarlo.

Por fortuna, no sentí que arruinara el ambiente. Roman me abrazó hasta que me dormí para pasar otra noche en los brazos del hombre que amaba.

Capítulo Cuarenta Y Ocho

ROMAN

Me encantaba el sexo. Adoraba coger. Era uno de mis pasatiempos favoritos, y no me importaba si eso me convertía en un puto o algo así. No lo hacía más a menudo que la mayoría de los solteros, razonablemente atractivos de esta ciudad.

La razón por la que obteníamos tanto de ella es porque Nueva York tenía igualdad de oportunidades. Las mujeres amaban el sexo, y posiblemente en algunos casos más que los hombres. Si sabías dónde buscar y cómo jugar tus cartas, el lugar era un verdadero antro de jodida iniquidad.

Como resultado, no había habido escasez de sexo en mi vida. Claro, a medida que crecía, me cansaba del juego y lo jugaba menos frecuencia, pero eso era por elección. Simplemente estaba por encima de la típica conexión.

Cuando era joven, el juego era casi adictivo. ¿Tomar unas copas después del trabajo, buscar posibles conexiones, llevar a casa a la mujer de esa oportunidad? Era una habilidad muy refinada desarrollada a lo largo del tiempo, casi un rito de paso para los miles de jóvenes profesionales que inundaban la ciudad después de la graduación.

Pero después del primer par de años, perdió su brillo para mí. Puede que solo haya trabajado aquí durante cinco años, pero eso se puede contar como mucho tiempo en una ciudad como ésta.

No buscaba sentar cabeza, y no estaba castrado ni nada de eso. La emoción de la persecución dejó de atraerme. Perdí el deseo de engancharme con cualquiera y prefería pasar mis noches fuera poniéndome al día con Lucas o el resto de los chicos.

De vez en cuando, todavía participaba, pero en cierto modo, crecí. Lo superé y lo dejé atrás sin pensarlo demasiado.

Sin embargo, lo que pasó entre Lia y yo no se pareció a nada que haya conocido antes. Fueron las mismas acciones, el mismo objetivo final, pero todo en ello se sintió diferente.

La conexión que sentí con ella estaba fuera de este mundo. Todo se sentía cien veces más intenso, como si nos hubiéramos conectado a nivel espiritual cuando ni siquiera estaba seguro de creer que eso fuera posible.

Cada beso, cada caricia, cada sonido, y cada empujón se sentía como si estuviera en otro plano. No sabía que era posible que se sintiera así.

Y aunque todo lo que quería era sentirla de nuevo, también quería cuidarla de otras maneras. Aún era temprano, pero sabía que tenía una reunión con mi padre esta mañana y que querría llegar a la oficina mucho antes de que empezara para asegurarse de estar preparada.

En lo que a mí respecta, él era el que probablemente no estaría preparado para ella, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que iba a querer llegar temprano para prepararse, aunque recordara todo lo que había sucedido en la reunión de reclutamiento con vívidos detalles y entrara en su oficina en el momento exacto en que estaba previsto que comenzara la reunión.

Quería ser parte de lo que iba a ser otro gran día para su carrera asegurándome de que empezaba de la mejor manera posible. Presionando un suave beso en su cabello, me saqué de debajo de ella con suavidad y agarré unos pantalones de pijama antes de ir al baño.

Mientras me lavaba los dientes, le preparé un baño caliente y me aseguré de que la chimenea de la habitación estuviera encendida. Entonces, como el tonto enamorado que era, localicé una bomba de baño con gas que me dieron como parte de una cesta de regalo una vez y la tiré al agua.

En segundos, toda la habitación olía a jazmín y vainilla. Lo aspiré, decidiendo que olía lo suficientemente bien como para que yo mismo pudiera usar una uno de estos días, especialmente porque ese olor ahora me recordaría para siempre a esta mañana. Entonces fui a buscar mi gruesa bata blanca y una toalla limpia y esponjosa.

Al dar un paso atrás para admirar mi trabajo, quedé lo suficientemente satisfecho como para dejar el vapor bailando en la superficie de la bañera y me fui a la cocina para preparar el

desayuno. Como mi nevera estaba deprimentemente vacía, iba a tener que improvisar.

Aunque no era un chef, tampoco era un completo inútil en la cocina. Mamá me enseñó a hacer panqueques una vez, pero no podía recordarlo exactamente. Después de tomar mi teléfono del sofá donde lo dejé caer tras mi llamada con Lucas y de olvidarlo completamente después, saqué una receta de panqueques de internet.

Un rápido examen del contenido de mi despensa me dijo que podría ser capaz de lograrlo. Sonriendo, saqué los ingredientes que necesitaba y me puse a trabajar.

Los panqueques fueron mucho más rápidos de lo que había previsto al principio y, para mi sorpresa, no fueron un completo desastre. Ahí fue donde recuperé el tiempo. Había pensado que podría necesitar el factor tiempo para desechar un lote y comenzar otro.

Me metí en mi creación, tomé el jarabe de arce y la crema batida que encontré en la parte de atrás de mi nevera después de comprobar que no habían caducado, y me llevé el desayuno de mi chica a la cama. Lia estaba empezando a moverse cuando entré, haciendo uno de esos estiramientos con los que se había ganado su apodo, y luego abrió los ojos con pereza; tal cual un gatito.

—¿Me engañan mis ojos o Roman Burnett me trae el desayuno a la cama? —Sonrió, sentándose con la sorpresa en su mirada.

—Tu vista está bien. —Le entregué el desayuno, los cubiertos y un vaso de agua. Luego me instalé a su lado con mi comida—. Si hubiera planeado esto mejor, estaría acompañado con jugo. Pero alguien se presentó y me sorprendió anoche.

—El agua está perfecta —dijo, inclinándose para darme un rápido beso en la mejilla. Para un tipo que no creía en el concepto de la felicidad doméstica, me encantaba esto—. ¿Qué hice para merecer esto?

Hiciste que te amara.

—Quería empezar bien el día para ti. Tienes esa gran reunión con mi padre más tarde.

—Podrías venir a la reunión —dijo de nuevo, pero yo sacudí la cabeza.

—No, lo siento. Todavía no hay nada. Si quisiera hablar con él, habría contestado el teléfono cuando me llamó anoche. —Mi humor se desplomó cuando recordé haber visto su nombre en mi pantalla—. No quería hablar entonces, y tampoco quiero hacerlo hoy.

—¿No tomaste su llamada? —preguntó, levantando una ceja inquisitiva.

Suspirando, me bebí la mitad de mi vaso de agua y terminé mi panqueque.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó entre bocados, mirándome por el rabillo del ojo.

La miré, frunciendo mi ceja.

—Sabes exactamente por qué.

Lia terminó su desayuno, sacudiendo la cabeza. Cuando terminó, insistió en lavar los platos, pero luego le revelé su siguiente sorpresa.

—No puedes. No tendrás tiempo de hacer eso y bañarte.

—Saltaré por la ducha cuando termine —dijo, llevando nuestros platos a la cocina. La intercepté en el pasillo y le quité los platos de las manos.

—Eso sería el desperdicio de una bomba de baño que ya puse en la bañera para ti.

Con los ojos más abiertos de lo que nunca había visto, me miró como si tratara de determinar si había sido víctima de un ladrón de cuerpos.

—¿Quién eres tú?

—Roman Burnett —dije, alegre—. Si aún no has recibido ese mensaje alto y claro, he estado haciendo algo mal.

Girando los ojos, se adelantó para plantar un beso en mis labios antes de salir a prepararse para el día. Se quedó en la bañera todo el tiempo que pudo sin correr el riesgo de llegar tarde porque, como yo esperaba, quería llegar temprano.

Cuando estuvo vestida con un elegante atuendo azul marino (que trajo en una bolsa de lona y que no me di cuenta de que la llevaba anoche, probablemente porque me distraje con toda la ropa volando), vino a despedirse de mí en la cocina.

—Buena suerte con tu reunión, gatita —murmuré después de darle un beso que me hizo desear que no tuviera que correr al trabajo.

Lia sonrió, alejándose de mí y alisando su traje.

—No necesito suerte, cariño. Pero gracias.

Probablemente tenía razón.

—Vas a sacarla del parque. Va a estar encantado contigo. No tienes nada de qué preocuparte.

Con una brillante sonrisa, dijo adiós con los dedos.

—Te haré saber cómo va todo.

Se estaba girando para irse cuando las siguientes palabras se me escaparon de la boca como si fuera la forma habitual de despedirme de ella cada mañana.

—Te amo, gatita.

Se sintió como si el mundo se detuviera de repente. Hubo un sonido de prisa, zumbido y martilleo en mis oídos, y mi corazón estaba a todo galope en mi pecho.

¿Qué carajo fue eso?

Si me escuchó o no, no lo sabía. Se congeló a mitad de la vuelta pero siguió caminando. De cualquier manera, no me respondió. Hundido en uno de los taburetes de la cocina, oí mi puerta delantera cerrarse de golpe detrás de ella.

Era la primera vez en mi vida que le decía esas palabras a una mujer que no era mi madre, ¿y así fue como las dije? ¿Por qué diablos había hecho eso?

Capítulo Cuarenta Y Nueve

LIA

Pasó una eternidad entre el tiempo que estuve en la cocina de Roman y mi llegada al trabajo. Cuando me detuve frente al gigantesco edificio de la corporación estaba aturdida, confundida y medio convencida de que había algo muy malo en mi oído, o mi cabeza, porque no había manera de que pudiera haber escuchado esas palabras. No había manera de que Roman me dijera que me amaba, mucho menos en la forma en que lo dijo.

Dios, sonó como si fueran las palabras más fáciles y naturales que había dicho.

Sabía que lo que había pasado entre nosotros durante la noche resultó ser intenso y todo eso, pero ¿hacerlo decir esas palabras, traerme el desayuno a la cama, y prepararme un baño que olía a tienda cara? No sabía ni por dónde empezar a entenderlo todo.

Fue como si me hubiera despertado al lado de un hombre completamente diferente al que estuvo cuando me dormí. Un hombre que creía en los chocolates y el vino, aunque para ser honesta prefería los tacos y el tequila…

Sea como sea, Roman no era así.

Y los panqueques también los hizo desde cero. Había harina y tazas de medir y todo tipo de pruebas esparcidas por los mostradores de su cocina.

Se despertó antes que yo, se tomó la molestia de prepararme un baño y hacerme panqueques, y tuvo que medir los ingredientes por sí mismo.

Si alguien me hubiera pedido que apostara sobre si Roman tenía o no tazas de medir, habría respondido un rotundo ¡No!, pero sí las tenía. Y aparentemente, incluso sabía cómo usarlas.

Los panqueques no estuvieron mal, aunque no quería saber por qué guardaba una lata de crema batida en su refrigerador. Me estremecí al pensar que la compró para lamer el perfecto y delgado cuerpo de una híbrida supermodelo. Por lo que aparté tanto el pensamiento, que casi me doy un latigazo mental.

Si tal cosa existiera, lo cual obviamente no era así. O tal vez sí… No lo sabía.

Al carajo con eso, Lia.

Mi mente era un desorden, un caos de pensamientos que no podía descifrar. Era como si no fuera capaz de responder a las preguntas más básicas si me las hicieran en ese instante. Por ejemplo, ¿cómo me llamaba y adónde iba?

Respira hondo y sube a tu oficina, Lia.

Bien. Demonios. Yo soy Lia Vang. Y estoy en mi oficina para darle una gran noticia a mi jefe.

Mi jefe, que también resultaba ser el padre del increíble hombre que acababa de decirme que me ama.

Y eso fue todo lo que se necesitó para enviarme en una espiral de nuevo. ¿Qué demonios estaba pasando en mi vida ahora mismo?

Roman no podría haberme dicho esas palabras. Era, en muchos sentidos, el anti-novio. El chico más genial de la escuela que tenía tantas chicas lanzándose a sus pies que sabía que nunca tendría que elegir solo una.

Si se inclinaba a elegir solo una, no sería la chica divertida, inteligente y con sobrepeso que había pasado por alto toda su vida, a pesar de que estuvo delante de sus narices todo ese tiempo.

¿O sí?

No. No, no lo haría.

Pero en realidad, ¿por qué no? Me miraba como si fuera la única estrella que quedaba en el cielo a veces. Se reía de mí y conmigo. No éramos las mismas personas que solíamos ser. Yo había cambiado, ¿era imposible que lo mismo fuera cierto para él, por difícil que fuera de creer o de entender?

Porque había estado tranquilo en esa cocina con solo nosotros dos, con el ruido de la ciudad apagado por los cristales de millones de dólares instalados en su castillo en lo alto del cielo. No había música o vecinos discutiendo en la casa de al lado, ni perros ladrando, ni camiones retrocediendo o cualquier otro ruido.

Era más que suficiente para que sus palabras sonaran fuerte y claras. No había ningún error en esas palabras. Tenía que haberlo

escuchado bien. Definitivamente dijo "te amo". No había razón para que dijera algo aleatorio como "te ano" o "te mamo", ¿verdad?

Todavía podía oír su voz en mi cabeza, con sus palabras pegadas en un bucle constante.

«Te amo, gatita».

Y ahí estaba, atado en un pequeño lazo con su apodo para mí clavado en el extremo. Sin dudas no había dicho "te ano, gatita".

Eso sería ridículo.

Cálmate, Vang.

Sacudiendo la cabeza con rapidez, traté de despejar la neblina y los pensamientos divagantes que corrían por mi mente al entrar en el ascensor.

También funcionó. Mi mente se despejó un poco de la rutina banal de ver los números de la pantalla electrónica subiendo a mi piso. Fue extrañamente reconfortante, algo familiar en un mundo que se sentía al revés de repente. Todo era igual, y sin embargo nada lo era.

Los colores eran más brillantes y vívidos, pero el sonido se ahogaba de alguna manera. Miré mi interminable reflejo en los espejos del ascensor y finalmente me obligué a respirar profundo otra vez. Observé los números e intenté hacer lo mejor para ahogar la avalancha que pasaba por mi mente.

Mientras estaba allí, concentrada en los números y viendo miles de mí reflejadas en los espejos de la cabina del ascensor, milagrosamente vacía, empecé a calmarme. Todos mis pensamientos y preguntas se desvanecieron hasta que solo quedaban dos. Y fueron, desafortunadamente, las más confusas de todas.

¿Por qué yo no lo dije?

¿Por qué no me detuve a reconocer las palabras?

Era una locura, absurdo; incluso para mis estándares, lo cual era decir algo.

Las mismas palabras estaban en la punta de mi lengua desde que me di cuenta de lo que sentía por él. Bien, no había pasado mucho tiempo desde eso, pero me pareció una pequeña eternidad, sobre todo cuando constantemente tenía que evitar soltarlas.

Escucharlas de él era exactamente lo que yo deseaba, una señal de que no correría y lo daría por perdido si las decía primero. Escuchar esas palabras por primera vez, de cualquier hombre que no estuviera relacionado conmigo, seguramente debería haber provocado una respuesta más apropiada.

Solo se podía sacar una conclusión de todo esto: Algo estaba mal en mí. Cualquier otra chica se habría dado la vuelta, corrido hacia él, y abrazado al hombre hermoso e increíble que le dijo que la amaba por primera vez, para luego decirle que ella también lo amaba.

De hecho, reaccioné de la misma manera que temía de él lo hiciera si yo lo decía primero. Me di la vuelta y corrí.

Culpé de mi reacción a mi imaginación hiperactiva. Ya estaba a medio camino de la calle cuando me di cuenta de que no había imaginado lo que dijo. Para entonces, era demasiado tarde.

Olvidando que primero debía pasar por mi propia oficina, marché directamente a la oficina del señor Burnett. Estaba tan fuera de mí, que ni siquiera me di cuenta de que todavía llegaba diez minutos antes.

Solo una vez que mi mano estuvo en la manija de plata pulida de la puerta, pude recuperarme al fin.

Durante los siguientes treinta minutos, tuve que ordenar mi cabeza y ser toda una profesional. Una directora con una importante reunión con su jefe.

No podía ser una niña pequeña, con los ojos llenos de estrellas porque un chico le dijo que la amaba. No importaba quién era ese chico o cuánto tiempo había esperado para escuchar sus palabras.

No. Nada de eso. Sé una profesional.

Respirando profundo, dejé ir a la risueña adolescente Lia dentro de mí que estaba haciendo torpes volteretas por la emoción y me centré en ser adulta, la Directora Financiera Lia que tenía una reunión que cumplir.

Solo una vez cumplido mi objetivo, giré la manija, golpeando antes de abría la puerta.

—Señor Burnett. Sé que llego unos minutos antes, pero ¿puedo entrar?

—La puntualidad dice mucho de una persona —dijo, saludándome—. Tome asiento, señorita Vang.

—Gracias. —Me senté en el mismo asiento de siempre, frente a su escritorio y manteniendo los tobillos cruzados. Lo último que necesitaba era que pensara que yo era una perezosa distraída—. ¿Cómo está, señor...?

Mi pregunta fue cortada por una tos fuerte y chisporroteante que parecía y sonaba francamente dolorosa. Los ojos del señor Burnett se cerraron por la fuerza de la misma. Su mano se agarró al pecho. La otra voló para cubrir su boca, y cuando finalmente cesó, vi gotas de sangre cubriendo su pálida y arrugada palma.

En ese momento exacto, sus ojos se dirigieron a los míos. Me vio mirando su mano, inclinó ligeramente la cabeza, y al mismo tiempo, cogió un pañuelo y se limpió las manchas de color rojo brillante de su pálida piel.

—Por eso quería reunirme con usted esta mañana, señorita Vang. Antes de que lleguemos a eso, ¿cómo le fue en Houston?

No me sorprendió que supiera adónde habíamos ido, aunque la reunión ya no estuviera formalmente en los libros.

—Estuvo bien. Creo que van a firmar con nosotros. Si no le importa que pregunte, ¿está bien?

No debí haber preguntado, era grosero y muy directo de mi parte, pero no pude evitarlo. Mis párpados se abrieron tanto que mis ojos se secaron.

Suspirando profundamente, sacudió la cabeza y presionó sus labios en una línea firme.

—No estoy bien. Sin embargo, me alegro de que le haya ido bien en Houston. Solo sirve como una prueba más de que mis sospechas sobre usted eran correctas. Por muy improbable que haya sido su elección como Directora Financiera, usted era la indicada... —Percibí que un pero venía tras su sentencia, y no tuve que esperar mucho tiempo antes de que continuara—. Pero no fue por eso que le pedí que nos reuniéramos hoy. Sé que ha notado signos de mi enfermedad en nuestras últimas reuniones, y aunque esperaba tener más tiempo, me temo que no puedo esperar más para decírselo.

Me incliné hacia adelante en mi silla, sintiéndome repentinamente mareada y como si una guillotina estuviera a punto de caer sobre mí.

—Tengo cáncer de pulmón terminal —continuó, con tono plano y completamente desprovisto de la emoción que hubiera esperado que acompañara a una revelación como esa—. La ascendí al puesto de Directora Financiera para que Roman tuviera tiempo de entrenarla adecuadamente, antes de que llegara el momento en que él tuviera que sustituirme como Director General.

Pestañeé, congelada por segunda vez hoy, ante la impactante declaración de otro hombre Burnett.

—¿Él lo sabe?

Tan pronto como la pregunta salió, me di cuenta de que ya sabía la respuesta.

Roman no sabía sobre la enfermedad de su padre. Habíamos hablado unas cuantas veces sobre sus planes para el futuro, y ni una sola vez incluyó cualquier tipo de posición en la Corporación Burnett como parte de sus planes, y mucho menos la más importante que había.

Demonios, mi mente se dirigió a nuestra conversación en la cama esta mañana sobre la llamada que perdió de su padre. Me preguntaba por qué llamaría a su hijo de la nada a altas horas de la noche, considerando la hostilidad y animosidad entre ellos. Y ahí tenía mi respuesta.

El señor Burnett confirmó mis pensamientos con un breve movimiento de su cabeza.

—Él no lo sabe y no puede decírselo, señorita Vang.

Mis hombros se desplomaron, mientras los ojos azules del señor Burnett me miraban con firmeza.

—Por supuesto que no, señor.

—Bien. —Asintió—. ¿Tengo su palabra de que no se lo dirá?

—Sí, señor.

El hombre que amaba tenía un padre que estaba gravemente enfermo y, con toda probabilidad, se moriría más pronto que tarde. Y ahora, acababa de prometer que no se lo diría.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

Capítulo Cincuenta

ROMAN

Después de que Lia prácticamente salió corriendo por mi puerta, me quedé en la cocina durante mucho tiempo. Al principio, tenía la intención de correr tras ella. Decidí no hacerlo solo porque ella era un miembro económicamente productivo de la sociedad y tenía una reunión con su jefe.

Su carrera superaba mi *lapsus linguae*. Hablando de tiempo inconveniente.

Suspirando, finalmente me levanté y me acolché en mi dormitorio. No iba a revolcarme en la desesperación porque ella no dijo nada.

No era el tipo de cosa que se podría esperar que alguien dijera sobre la marcha, literalmente en su camino a una reunión. Obsesionarme con su reacción, o la falta de ella, no me iba a llevar a ninguna parte.

Lo que necesitaba era un plan.

El agua caliente roció mis hombros en la ducha mientras intentaba pensar en el siguiente paso lógico. Puede que se me haya escapado, pero eso no significaba que no fuera cierto. La amaba.

Iba en serio con lo de Lia y estaba seguro de lo que quería con ella. Pero, si por su parte no sentía lo mismo que yo, entonces sería quien ella necesitara que fuera. Podría cerrar la boca y no volver a pronunciar esas palabras o esperar a que me dijera que estaba lista para oírlas.

Si quería concentrarse en su carrera, como me dijo cuando todo esto empezó, podía seguir haciendo lo que estábamos haciendo hasta que decidiera que estaba lista para algo más. Nunca sería capaz de ser casual con ella de nuevo porque lo que sentía, era todo lo contrario. Lo que podía hacer era mantener las cosas ligeras y fáciles, como hasta ahora.

Nuestra relación podría progresar a cualquier ritmo con el que ella se sintiera cómoda. Nunca la presionaría, sabía cómo me sentía,

y eso iba a tener que ser suficiente por ahora. Extrañamente, estaba bien con eso.

Mi madre solía decir que un hombre debe amar a la mujer de su vida más de lo que ella lo ama a él. No estaba seguro de por qué lo decía, pero durante su divorcio, fue algo que me dijo que recordara. Atribuyó el fracaso de su matrimonio al hecho de que ella amaba a papá más de lo que él la amaba a ella, porque su primer amor era su compañía y no ella.

Hace unos años, incluso hace unos meses, pensé que nunca tendría nada ni nadie que valorara más que a mi trabajo. La empresa se había convertido en mi primer amor también, y una parte de mí se alegró de que mamá no estuviera allí para verlo.

Ahora lo sabía mejor. La compañía ya no era mi primer amor. Lia lo era. Haría lo que fuera necesario para probárselo, para hacerla feliz, y para mantenerla en mi vida.

Ya habíamos superado el enigma del lugar de trabajo, pero seguíamos manteniendo nuestra relación en secreto. Había una barrera que aún no habíamos roto y que sabía que pesaba mucho en la mente de Lia. Y desde que me di cuenta de que mis sentimientos hacia ella ya no eran casuales, era algo en lo que pensaba más y más a menudo también.

Lucas.

Los hermanos Vang estaban tratando de reparar su relación. Entrar en ella con un secreto de esta magnitud no iba a hacerles ningún favor a ninguno de los dos. Cuanto más tiempo le ocultáramos a Lucas lo que estaba pasando, más difícil sería mantenerlo en secreto.

Lia estaba aterrorizada de perder la poca relación que tenía con su hermano. Desde que Regina se fue, sintió que iba a estar sola en la ciudad. Sabía que no lo estaba, porque me tendría sin importar lo que pasara entre nosotros, pero sabía que sería un enorme alivio para ella saber que Lucas estaba bien y verdaderamente a bordo.

Por el momento, tener que mantener este asunto entre nosotros era solo una razón más para que ella sintiera que la iba a descartar cuando se enterara. Aunque ella no me había dicho mucho, sabía que le preocupaba que él le diera la espalda de un momento a otro.

Y que descubriera que se acostaba con su mejor amigo era mucho a considerar.

No pude hacer nada para que Regina se quedara, pero podía hacer las cosas más fáciles con Lucas para ella.

Los dos éramos más como hermanos que como amigos, siempre lo habíamos sido. Había sido un hermano mucho mejor para mí de lo que había sido para Lia. Nuestra relación siempre fue mucho más cercana que la de ellos. Si alguien merecía llevarse la peor parte de esto, era yo.

Si hablaba con él, podía soportar cualquier golpe metafórico o literal que sintiera necesario dar. Podría salvarla del estrés de su descubrimiento y de tener este secreto rondando entre ellos por más tiempo.

Además, era mi mejor amigo, y acababa de decirle a una mujer que la amaba, solo para que me dejara. Él siempre había sido mi primera llamada cuando algo bueno o malo ocurría en mi vida. No vi ninguna razón para que eso cambiara ahora.

Cuando mis padres se separaron, llamé a Lucas. Mamá se estaba muriendo, Lucas. Mamá se había ido, Lucas. Cuando me aceptaron en Harvard, Lucas. Cuando me ascendieron a un equipo al ser solo un recluta más, y luego cuando me nombraron Director Financiero. Cuando firmé mi primer contrato, mi primer cliente, y tuve mi primera gran pérdida. Finalmente, cuando le dije a mi padre que se pudriera y me alejé del único futuro que había conocido.

Lucas, Lucas, Lucas. Lucas.

Fue lo mismo para él. Todo lo que pasaba, hablábamos con el otro primero. Era la única persona con la que realmente hablaba. No chismorreábamos ni compartíamos como las personas que sentían la necesidad de expresar cada sentimiento que tenían cuando lo tenían, pero esas veces que cualquiera de los dos quería hablar, hablábamos con el otro.

Y ahora mismo, quería hablar.

Se lo debía a Lia, a mí mismo, e incluso a Lucas, ser el que tuviera esta discusión con él. Nunca me perdonaría de otra manera. Lo conocía mejor que Lia, y como ella era su hermana pequeña, yo era el que lo traicionaba al no decírselo.

Lo que significaba que por una multitud de razones, era la hora de la verdad. Terminé en la ducha, me puse un par de jeans, una camiseta de manga larga y mi chaqueta de cuero, luego tomé mi teléfono y salí por la puerta.

Le envié un mensaje de texto de camino al aparcamiento para preguntarle si tenía tiempo para un café. Respondió casi inmediatamente con un emoji de pulgar hacia arriba, diciéndome que se había tomado la tarde libre.

Nos encontramos en una cafetería cerca de su oficina. Llegué allí primero, ya que él todavía estaba terminando en el trabajo, y ocupé una mesa en la esquina de atrás. Era la mesa más privada que pude conseguir, ya que íbamos a necesitar al menos algo de privacidad mientras teníamos esta conversación.

Lucas llegó unos veinte minutos después que yo, con su cabello oscuro azotado por el viento y sus mejillas teñidas de rojo por el clima cada vez más frío. Sonreía con los ojos verdes brillantes, y sin duda se sentía aliviado de tener el día libre en el trabajo hasta que vio la expresión de mi cara.

Deslizándose en el asiento frente al mío, sus cejas se juntaron.

—Te ves terrible, amigo. ¿Qué pasa? Tuviste un desfase horario por un vuelo a Houston.

—Nada de eso.

No he dormido mucho porque estuve despierto media noche haciéndole el amor a tu hermana, y me levanté temprano para mimarla.

Jesús. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Siempre iban a haber detalles que no podría compartir con él, lo cual estaba bien para mí. No era el tipo de hombre que lo dice todo, pero mirándolo a los ojos y sabiendo lo que estaba a punto de decirle, sabiendo todo lo que iba a tener que ocultarle; me golpeó más de lo que pensaba.

—Quería hablar contigo de algo. —*Demonios, qué comienzo tan poco convincente*—. Algo por lo que te vas a enojar, pero te voy a pedir que me escuches antes de que digas nada, ¿de acuerdo?

Sus ojos se entrecerraron.

—Soy yo el que se va a enojar, pero ¿me pides algo a cambio antes de que sepa lo que estoy aceptando?

Asentí.

Lucas suspiró e hizo un movimiento de rotación con su dedo índice.

—Bien, empieza.

¿Por dónde comenzar? Carajos.

Pensé en la decisión de finalmente decirle la verdad.

Debí haber pensado en cómo confesárselo.

—Estoy enamorado de tu hermana.

—Ah, eso. —Una sonrisa aliviada se extendió en sus labios mientras sus hombros se desbloqueaban—. Carajo, amigo… En serio me preocupaste por un segundo. Creí que ibas a decirme que ibas a desmantelar mi empresa después de una adquisición o algo así.

Me desplomé en la silla, con las cejas subiendo por mi frente.

—¿Qué quieres decir con "ah, eso"? ¿Cómo es eso menos golpe que el que yo desmonte tu empresa?

Girando los ojos, se rio y tomó un sorbo de café que yo había pedido para él antes de que llegara.

—Ya lo sabía. Pero parecías tan serio, que pensé que iba a ser algo completamente fuera de lugar.

—¿Te lo dijo Lia?

Si lo hizo, yo no lo sabía.

Lucas sacudió la cabeza.

—No tenía que hacerlo. Amigo, desde que ella llegó a la ciudad, durante cada conversación que tuve con cualquiera de ustedes, pasaron la mitad del tiempo hablando del otro. Puedo hacer matemáticas. Sumé dos y dos hace semanas. Esperaba que te hicieras hombre y me lo dijeras, pero de todas formas iba a preguntarte sobre eso pronto.

—Lo sabías —repetí lentamente, tratando de procesar lo que decía. Me miró con una sonrisa de satisfacción, orgulloso de sí mismo por estar un paso adelante—. Entonces podría contarte lo de hoy. Le dije que la amaba por primera vez esta mañana, ¿y sabes lo que me respondió? —Sacudió su cabeza mientras yo colgaba la mía—. Nada. No dijo ni una palabra. Solo se fue a trabajar como si nada hubiera pasado.

Lucas hizo un gesto de dolor.

—Eso apesta, hombre. Pero también es algo genial porque sigue siendo mi hermana y eso es muy malo de su parte. De todas formas, no creo que necesites enloquecer por eso.

—No estoy enloqueciendo —protesté—. Simplemente no sé qué hacer.

—Deja que ella vaya hacia ti —respondió—. Ha estado enamorada de ti desde que éramos niños. Estoy seguro de que nada ha cambiado. Solo dale algo de tiempo para que lo procese.

Asentí porque, francamente, no tenía ninguna idea mejor. Mi planificación anticipada terminó con decirle lo que estaba pasando. Lucas y yo terminamos nuestro café y finalmente nos fuimos por caminos separados.

Después de hacer algunos recados, fui a casa y traté de no pensar en Lia. Lo que fue una causa perdida, pero me dije que funcionaría hasta que ella llamó.

—Estaba esperando saber de ti.

—Yo también necesito hablar contigo —dijo, con un extraño trasfondo en su voz que no estaba seguro de que me gustara—. ¿Estás en casa?

—Sí.

—Voy para allá.

Terminó la llamada y entró por mi puerta unos minutos después.

Me acerqué a ella y empecé a disculparme.

—Lo siento por...

—No lo sientas. —Sus ojos verdes estaban ardiendo. No dejó de caminar hasta que se ubicó contra mí y sus brazos se enrollaron alrededor de mi cuello—. Yo también te amo, Roman.

¡Boom!

Supe en ese momento que mi vida nunca volvería a ser la misma. El mundo se inclinó sobre su eje, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba en equilibrio. Todo era perfecto y exactamente como debería ser, todo porque ella también me amaba.

Después de reclamar sus labios por el beso más significativo que había compartido con alguien, apoyé mi frente contra la suya.

—Lamento la forma en cómo te lo dije. El momento pudo haber sido mejor. Lo sé. Simplemente no podía ocultarlo más. No quería hacerlo. Hoy hablé con Lucas. Sabe lo nuestro, y aparentemente, lo supo desde hace un tiempo. —Abrió la boca, así que la besé de nuevo. Cuando rompí el beso varios minutos después, la miré profundamente a los ojos—. No quería que hubiera más secretos entre nosotros. De ahora en adelante, no habrá más secretos entre nosotros.

Capítulo Cincuenta Y Uno

ROMAN

—¿Recuérdame otra vez por qué estamos despiertos al amanecer de un sábado? —Acostado en la cama con los brazos enganchados detrás de mi cabeza, vi a Lia preparándose para el día con una perezosa sonrisa en mi cara.

Lia rebotó sobre sus pies, tirando de un par de jeans ajustados que emparejó con una de mis camisas de vestir color púrpura real. Hizo su atuendo más femenino añadiendo un collar y unos pendientes de plata que hacían juego con el color de la camisa. Se veía muy sexy. Me encantaba verla con mi ropa.

Al mirarme, se abrochó el botón de los jeans.

—Te lo dije. Tengo que ocuparme de algunas cosas.

—Mírate, toda una Directora Financiera exitosa —bromeé, sentándome en la cama y pasándome una mano por el cabello despeinado—. Demasiado ocupada para pasar el día con tu novio.

Se quedó quieta, con las manos en el aire mientras se quitaba el cabello de la parte de atrás de la camisa.

—No estoy... Es solo... —Sus ojos encontraron el suelo, y su cabello cayó sobre los hombros mientras movía sus manos a los lados.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que estaba evitando mis ojos.

—¿Estás bien?

—No, quiero decir, sí. Estoy bien. —Finalmente suspiró, sin mirarme, antes de agacharse y buscar algo en su bolso—. Es solo el trabajo.

—Ya has visto todas las facetas del trabajo —comenté, dejando de lado la sensación en mis entrañas de que algo no estaba bien con ella—. ¿Qué opinas? ¿Todavía lo disfrutas?

—Absolutamente —su respuesta fue demasiado rápida. No de la manera que me dijo que no necesitaba pensar en ello, sino en una que hizo que mi instinto se encendiera de nuevo—. Es mucho que asimilar, ¿sabes? Está empezando a sentirse real ahora. Hay mucha responsabilidad que viene con ser la segunda al mando.

—Cierto. —Incliné la cabeza, levanté mis rodillas y apoyé los brazos en ellas mientras consideraba lo que decía. Había mucha responsabilidad en ser la segunda al mando. Conocía muy bien esa sensación. Sin embargo, el Director General seguía siendo el capitán de la nave. Solo si algo le sucedía o si no estaba allí, se sentía la presión; y papá no iba a ir a ninguna parte pronto. Si lo conociera, seguiría al timón dos días después de su muerte, cuando su fallecimiento llegara—. Sé que es difícil, pero no dejes que te afecte. Estás haciendo un gran trabajo. Todavía estoy cerca para ayudarte cuando me necesites, y no es probable que papá se retire pronto. Si lo hace, puedes estar segura de que como su sucesora estarás preparada y lista para todo antes de que llegue el momento.

Lia hizo un pequeño ruido en el fondo de su garganta, chisporroteando mientras rociaba el perfume, que la golpeó en la cara en lugar de caer en su cuello. Estuve fuera de la cama como un tiro, agarrando una toalla del baño y mojándola para ayudar a limpiarla.

Me quitó el paño de las manos, frotándoselo sobre los ojos y bajo la nariz.

—Cielos, esa cosa huele increíble, pero sabe horrible.

—Lo cual es probablemente el motivo por el que lo hicieron para hacerte oler bien, no para usarlo como spray para el aliento. ¿Estás bien? ¿Qué te pasó? —Envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, le acaricié el cabello—. Aunque hueles muy bien.

Era un aroma fresco y vigoroso que ya había olido en ella antes. Le gustaba cambiar sus perfumes de vez en cuando. Siempre pensé que olía increíble, pero me gustaba especialmente este olor. Echando un vistazo a la botella que había tirado en mi cama, tomé nota mental de la larga botella de cristal esmerilado con forma de barra. Era un gran fan de dar regalos a la gente que me importaba. Tenía la sensación de que el perfume iba a estar en mi lista de regalos para ella en un futuro próximo.

Lia no se relajó en mi abrazo como solía hacerlo. Su espalda permaneció recta, y sus manos descansaron en mi pecho en vez de girar alrededor de mi cuello.

—Me muero de hambre. Vayamos a desayunar. —Se alejó de mí y empezó a tomar sus cosas de la habitación y a meterlas en su bolso.

Me gustaba ver sus cosas esparcidas por mi espacio, y me hizo sentirme mal el verla empacar todo.

—¿Sabes? Podrías dejar algunas cosas aquí... Puedo despejar un poco de espacio para ti. Así no tendrás que cargar con tus cosas todos los días.

Esperando un comentario ingenioso o una frente arqueada sobre mi mención de que estaba en mi casa todos los días, o de cómo un soltero juramentado estaba ofreciendo un cajón, entrecerré los ojos cuando se encogió de hombros. Fue entonces cuando me di cuenta de que también había dejado pasar el comentario del novio anterior.

Subiendo la cremallera de su bolso, miró alrededor de mi habitación como si estuviera catalogando mentalmente el espacio.

Levantó la correa sobre su hombro.

—Entonces, ¿desayuno? No me importa agarrar algo por mi cuenta, si prefieres volver a la cama.

—De ninguna manera. —Me moví para quitarle el bolso, dejándolo en el suelo cerca de la puerta de mi dormitorio—. Saldré en un segundo. Déjame darme una ducha rápida y te llevaré a desayunar. Hay un restaurante a la vuelta de la esquina que hace una pila de panqueques y una hamburguesa de huevo y tocino por la que venderías tu alma.

—Prefiero aferrarme a mi alma, gracias —murmuró, metiendo un mechón de cabello suelto detrás de su oreja antes de dar un paso hacia la puerta—. Te veré en la sala de estar cuando estés listo.

Correr solo a través de una ducha, no era exactamente como me imaginaba pasar mi primer fin de semana con Lia después de que nos dijéramos cómo nos sentíamos. Decirnos te amo había sido un momento liberador, aterrador y brillante en una semana difícil; después de Houston, luchando con mis crecientes sentimientos por ella y llegando finalmente a la conclusión de que la amaba. Todo eso mientras seguía estando en las afueras con mi padre y sin tener ni idea de lo que iba a hacer cuando mi tiempo en la Corporación Burnett llegara a su fin.

Estaba deseando pasar el fin de semana con ella. Pensé que pasaríamos un tiempo decente en la cama, pero también quería ser perezoso; salir a hacer la compra y cocinar juntos, o llevarla a explorar algunos de los lugares menos conocidos de la ciudad.

No sabía muy bien qué nos desvió de esos planes. Después de que ella vino a casa y dijo las palabras más gloriosas que he escuchado de la boca de alguien, pensé que la incomodidad y el evitar hablar de lo que realmente estaba pasando con nosotros había terminado. Pero parecía que me equivocaba, porque algo definitivamente la molestaba. Y a pesar de habérselo preguntado dos veces, seguía insistiendo en que solo era el trabajo.

No pensé que fuera eso, sin embargo. No tenía razón para dudar de ella, sabía el estrés que acarreaba su puesto en la corporación, pero mi instinto seguía gritando que había algo más. Aprendí por experiencia a confiar en mi instinto. Era un cabrón perceptivo.

Al cerrar el agua de la ducha, cogí una toalla y me sequé el cabello antes de anudármela a la cintura. Algo le pasaba a mi chica, y necesitaba averiguar qué era. Se me formaba una fosa en el estómago; porque aunque me dijo que también me amaba, quizás en la brillante luz de la mañana se había arrepentido de haber dicho palabras que no quería decir.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron, pero me obligué a aflojarlos. Me negaba a creer que no quiso decir eso. Era solo mi mente jugándome trucos, proyectando viejas inseguridades sobre que ninguna mujer me amaría después de que mi madre muriera en una situación no relacionada.

Lia fue honesta y sincera cuando dijo que me amaba. Sus ojos verdes eran abiertos y expresivos. Vi la emoción que brillaba en ellos cuando lo dijo. Lo que sea que la estaba molestando, no podía ser eso.

Me vestí rápido, escuchando las noticias que venían del televisor de la sala y de repente ansioso por asegurarme de que Lia seguía aquí. Dios, no sabía qué haría si salía y me encontraba con que ella se había ido. Cualquier otra mañana, me lo habría tomado con calma, pero no esta. Ella era demasiado importante para mí. Las

palabras que intercambiamos sobre nuestros sentimientos y lo que pasó entre nosotros después, significaron mucho para mí.

Más que demasiado, era todo.

—¿Estás lista? —pregunté mientras entraba en la sala de estar.

El sol que entraba por mis ventanas era cálido y amarillo, más débil al final del otoño que durante la primavera y el verano, añadiendo un brillo dorado a la silueta de Lia sentaba en el sofá sorbiendo un vaso de agua mientras miraba distraídamente las noticias.

Se puso de pie de un salto, haciendo que unas gotas de agua cayeran al suelo por el movimiento que realizó.

Aclarando su garganta, asintió.

—Me asustaste.

Tomé al hombro su bolso que le traje desde mi dormitorio, recogí mi teléfono, mi cartera y mis llaves, y me dirigí hacia la puerta.

—¿Un centavo por tus pensamientos?

Ella simplemente sacudió la cabeza y me precedió a salir, sin decir una palabra más mientras apretaba el botón del ascensor, y bajamos en silencio igualmente.

Deposité su bolso en el maletero de mi auto y le abrí la puerta. Me miró de forma extraña e inquisitiva, pero permaneció en silencio.

Cuando llegamos a la cafetería, todavía no había dicho mucho. Se sentó en una típica cabina cubierta de cuero con una mesa ligeramente pegajosa y pidió un café y un muesli. Otra señal de que algo no iba bien.

Antes de que pudiera mencionarlo, mi teléfono sonó. Me puse a mirar la pantalla antes de silenciarlo y volver a meterlo en mi bolsillo.

Lia frunció el ceño.

—¿No vas a contestar?

—No, es mi padre. No tengo nada que decirle.

Palideció, moviéndose con los dedos en su regazo.

—Deberías hablar con él, Roman. Podría ser importante.

—No estoy interesado en hablar con él. Ha tenido años para hablarme de lo que podría ser tan importante. Probablemente me está llamando para decirme lo decepcionado que está. Confía en mí.

—Sí, confío en ti —comenzó, soltando un pesado suspiro. Sumergiendo su barbilla, respiró hondo y pasó sus manos por su cabello grueso y sedoso—. Seguramente, debes tener buenos recuerdos de él... ¿No vale la pena hablar con él aunque solo sea por eso?

—No. —No entendía por qué estábamos hablando de esto, pero si tenía alguna esperanza de conseguir que se abriera conmigo sobre lo que le estaba molestando, supuse que era justo que yo me abriera primero—. Bien, tengo buenos recuerdos de él. Son débiles y ocurrieron hace tanto tiempo que apenas los recuerdo, pero nos llevó a mamá y a mí a Six Flags una vez. Fue divertido.

Se inclinó hacia adelante, sus ojos se fijaron en los míos mientras apoyaba sus codos en la mesa.

—Siempre he querido ir allí. Debe haber sido el paraíso para ir de niño.

—Lo fue. —Asentí, pensando en un fin de semana en el que no había pensado en años—. Papá fue conmigo en todos los paseos que quise hacer. A mamá no le gustaban las atracciones del parque de diversiones, así que insistió en guardar todas nuestras cosas y tomarnos fotos en vez de acompañarnos. Consiguió unas fotos muy divertidas.

—¿Gritaste en las montañas rusas? —preguntó, con una pizca de diversión en sus ojos.

Me reí entre dientes.

—Puede que lo haya hecho, pero papá definitivamente lo hizo.

—Habría pagado un buen dinero por ver eso. —Sonrió, y sus ojos se achicaron en las esquinas—. ¿Qué otros buenos recuerdos tienes de él?

Tuve que cavar hondo, pero se me ocurrieron unas cuantas veces más en las que mi padre y yo pasamos tiempo juntos y no nos peleamos. Lia me escuchó con mucha atención, y me pidió que le diera más información sobre los buenos momentos y que me saltara los arrebatos que mencioné que papá tenía de vez en cuando, incluso cuando nos divertíamos juntos.

Se me ocurrió que ella estaba tratando de pintar un cuadro completamente diferente de él, ponerlo en una luz donde no era un

villano sino un héroe para su hijo. No lo entendía, pero tampoco le pregunté.

Cuando el desayuno terminó, pagué nuestra cuenta y tomé la mano de Lia mientras salíamos.

—¿Estás segura de que tienes tantas cosas que hacer que no podemos salir por un rato hoy? ¿Esta noche incluso?

—No puedo —dijo, soltando mi mano. Me dejó sintiéndome desprovisto de su calor, y confundido—. Tengo mucho trabajo que hacer antes del lunes. Lo siento. Pero te llamaré más tarde, ¿de acuerdo?

—Bien.

Trabajar durante el fin de semana era algo que entendía muy bien. Tal vez solo estaba preocupada con todo lo que necesitaba hacer.

Rechazando que la dejara en la oficina, tomó su bolso del auto y se despidió, dándome un suave beso que terminó demasiado rápido. Cuando se fue, me paré al lado de mi vehículo y miré su espalda alejándose por la acera.

Tenía sentido para mí que estuviera distraída por el trabajo, pero mi instinto no creía que fuera todo lo que estaba pasando. Estaba actuando demasiado raro de repente. Había algo más allí. Solo tenía que averiguar qué era.

Capítulo Cincuenta Y Dos

LIA

Ocultarle la verdad a Roman iba a matarme. Mi corazón palpitaba muy erráticamente en su presencia ahora, y mi cerebro seguía fallando. Cuando estaba a su alrededor, no podía concentrarme en nada más que lo que le estaba ocultando.

Sentada en mi sofá el domingo por la mañana, envolví mis dedos alrededor de mi taza de café caliente y miré por la ventana de la habitación. No tenía mucha vista, todo era el edificio de al lado y una pizca de paisaje urbano, pero de todas formas no lo veía.

Estaba demasiado metida en mi cabeza, pensando en todo lo que estaba pasando. Rechazar a Roman durante todo el día fue duro, especialmente porque no quería nada más que estar con él. No quería que pensara que me arrepentía de haberle dicho que lo amaba. Realmente lo amaba. Más que a nada.

Sin embargo, no sabía cómo mirarlo a los ojos ahora. Pude dejarlo de lado el viernes por la noche, centrándome solo en él y en mí, y haciéndole saber lo que sentía al respecto. Había sido fácil entonces, ya que la necesidad apremiante de decirle que yo también lo amaba me consumía.

Después, cuando me llevó a la cama y me hizo el amor durante horas, lo último que pensé fue en su padre y en el secreto que me hacía guardar. Pero el sábado por la mañana lo cambió todo.

Una vez liberada de la burbuja de amor que me envolvía el viernes por la noche por la cálida luz de la mañana, el secreto era todo en lo que podía pensar. Estaba en la punta de mi lengua para decírselo. Al carajo la promesa que le hice a Paul. Supuse que le debía a Roman decirle la verdad. No quería nada más.

Pero al final, no pude hacerlo. No era mi lugar. La enfermedad de Paul era grave, y algo que le competía a él contárselo a su hijo. Esto era entre él y Roman. Me arrepentía más que nada de no haberme preocupado por esa tos persistente.

Esperaba que el hecho de que Roman sacara a relucir los pocos buenos recuerdos que tenía de su padre le animara a devolverle la

llamada, pero no fue así. No me sorprendió, dado a que tenía tan pocos buenos recuerdos que pudimos cubrirlos todos en el lapso de un desayuno.

Tan pronto como terminamos de comer, supe que tenía que salir de allí. Mi corazón quería tanto quedarse con Roman, pero no podía hacerlo. Si lo hubiera hecho, sabía que se lo habría dicho. Simplemente no sabía qué hacer. Me rompí el cerebro para obtener una respuesta durante la noche, pero se me ocurrió nada.

Estaba totalmente fuera de mi elemento, y peor aún, no tenía a nadie que me ayudara a nadar. Con Regina fuera, no tenía a nadie con quien hablar excepto por Roman. Y él era la única persona con la que no podía hablar de esto.

Supuse que todavía tenía a Lucas, pero ir a él con esto se sentiría raro. No podía decirle la verdad y esperar que se la ocultara a su mejor amigo, pero no sabía cómo manejar la situación.

Mi café se enfrió, pero apenas me di cuenta. Eventualmente, decidí un curso de acción. Me iba a volver loca si no hablaba con alguien sobre esto, y como Lucas era mi única opción, ahí era donde iría.

Los hermanos mayores debían aconsejar a sus hermanas pequeñas de todos modos, ¿no?

Suspiré. La verdad era que no sabía cómo era una relación normal entre hermanos. Todo lo que sabía era que estaba a punto de cambiar la cara de la nuestra. Nunca habíamos tenido ese tipo de relación en la que buscara el consejo de Lucas sobre las cosas que pasan en mi vida, pero ya estaba decidida. Iba a hacerlo esta vez.

Me despojé del pijama de camino a la ducha; una de las únicas ventajas de no tener ya una compañera de habitación. Recogí mis pensamientos con el agua caliente, tratando desesperadamente de lavar la culpa que se aferraba a mí por haberle ocultado algo de esta magnitud al hombre que amaba.

También existía la clara posibilidad de que este secreto arruinara nuestra relación en ciernes, y ese pensamiento me rompió el corazón. Las lágrimas rodaron por mis mejillas, pero las restregué y cuadré mis hombros. No podía preocuparme por eso ahora. Tenía

que idear un plan, y luego tenía que seguirlo. Era todo lo que podía hacer.

Y cuando Roman se enterara, tendría que lidiar con las consecuencias entonces. Seguramente entendería por qué se lo oculté para honrar los deseos de su padre de decírselo él mismo. Tenía que hacerlo.

* * *

Lucas se sorprendió al verme, la emoción se grabó en su ceño fruncido y vi su cabeza inclinada.

—¿Lia? ¿Qué estás haciendo aquí?

Pasé a su apartamento sin que me invitara a entrar.

—Dijimos que íbamos a empezar a hacer tiempo para el otro. El domingo por la mañana parece un buen día para empezar. Además, Regina se fue, y necesito alguien con quien hablar.

—Déjame buscar una camisa —dijo, lo que me llevó a notar por primera vez que no llevaba una.

Las chicas solían adular a mi hermano en el instituto, y era fácil ver por qué. Lucas tenía mis profundos ojos esmeralda y mi cabello oscuro, casi negro, pero ninguna de mis suaves curvas. Estaba tan desgarrado como Roman. Lo noté mientras caminaba hacia su dormitorio y salía un segundo después, aún en proceso de ponerse una camisa arrugada.

Por un minuto, me olvidé de la razón por la que estaba aquí y me pregunté por mi hermano. Era un extraño para mí en muchos sentidos, incluyendo la razón por la que todavía estaba soltero.

Hablando objetivamente, aunque no pensaba en él de esa manera, era muy guapo. Claramente tenía un gran cuerpo, era inteligente, divertido y amable, al menos eso creía. También era un arquitecto de éxito con una prometedora carrera por delante. Debería tener chicas haciendo cola alrededor de la manzana, pero no parecía que lo hiciera.

No había rastros en su apartamento que sugirieran que había invitado a una chica anoche, o que había una escondida en su

dormitorio. De hecho, su apartamento estaba sorprendentemente limpio y ordenado.

Era la primera vez que estaba allí, y me sorprendió ver no solo el tamaño aparente del lugar, sino lo impersonal que era. Aparte de una foto enmarcada de nuestros padres con nosotros en una feria cuando éramos pequeños, había algunos recuerdos deportivos que podía ver, pero eso era todo.

Los muebles parecían sacados de un catálogo de "Vida masculina", todos de cuero oscuro, madera y acero inoxidable, y con electrodomésticos relucientes en la cocina abierta.

Era sorprendente que mi apartamento, que habíamos alquilado completamente amueblado, tuviera más toques personales después de unos pocos meses, que el de Lucas después de años. Me preguntaba si me dejaría decorar...

—¿Lia? —El sonido de mi nombre me arrancó del examen del espacio vital de mi hermano—. ¿Dijiste que necesitabas hablar? ¿Quieres un café o algo así? Tuve que decir tu nombre tres veces antes de que volvieras del planeta en el que estabas.

—Por favor. —Sonreí, arrastrándome detrás de él hasta la cocina—. Lo siento. Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que estoy en tu casa.

—¿Eh? —Miró hacia arriba después de insertar la capsula de café en su cafetera de una taza—. Eso es raro. Supongo que ya era hora entonces. Bienvenida a mi humilde morada.

—No es nada humilde. —Hice un gesto hacia los techos altos y el amplio espacio de vida alineado con enormes ventanas que daban a un parque o a un jardín privado—. Tu sala de estar es más grande que mi apartamento.

—Mentirosa. —Sonrió—. Bueno, quiero decir, vas a tener que invitarme a tu apartamento alguna vez para que pueda verlo por mí mismo, pero creo que puedes estar exagerando.

Bromear con mi hermano de esta manera no me era familiar en absoluto, pero se sentía bien. Lo hacíamos mientras él preparaba nuestro café y lo llevaba a los sofás de cuero oscuro, pero cuando llegó el momento de hablar con él sobre por qué estaba allí, se volvió incómodo en cuestión de un segundo.

—Eh, una amiga mía tiene este problema y me pidió ayuda, pero no estoy segura de qué decirle…

¿En serio, Lia? ¿La clásica de "es para una amiga"? Bah, ¿no podrías haber inventado algo más convincente?

—Cuéntame. —Lucas se acomodó, sosteniendo su taza con ambas manos y soplando vapor por la superficie mientras esperaba que yo hablara—. Soy todo oídos. En realidad, soy muy bueno escuchando.

Me sorprendió descubrir que realmente lo era. Hablar con él como amigo me parecía raro, pero estaba bien.

—Esta amiga mía trabaja para la madre de su novio.

—Eso parece un potencial campo minado. —Lucas sonrió—. Pero espera, tú sabrías todo eso, ¿no?

Me quedé helada, pero me lo sacudí antes de que pudiera ver mi reacción. Al hacerlo con una sonrisa forzada y ligera, doblé mis piernas debajo de mí en el sofá y seguí adelante.

—Resulta que su madre está enferma, tiene una enfermedad terminal, pero su novio no lo sabe. Están pasando por una mala racha, así que su madre ha intentado decírselo, pero él sigue ignorándola. Y por eso hizo que mi amiga jurara no decírselo.

—Entonces, ¿por qué se lo dijo a la novia? —Levantó una ceja, sacudiendo la cabeza mientras sorbía—. Me parece injusto que ponga a tu amiga en esa posición.

—Lo es —dije en voz baja. Aunque para ser justos con el señor Burnett, él no sabía que Roman era mi novio—. Pero lo sabe, así que, ¿qué puede hacer mi amiga ahora? Está dividida entre guardar el secreto y decir la verdad.

Lucas frunció los labios mientras giraba la cabeza de lado a lado, considerándolo.

—Vale, bueno, tal y como yo lo veo, tu amiga tiene dos opciones. Si se tratara de uno de nuestros padres muriendo, habría querido saber sin importa la mala racha por la que pasemos. Sabemos lo que se siente al perder un padre de repente, de forma inesperada. ¿Puedes decirme honestamente que no darías tu brazo derecho y tu pierna izquierda por haber sabido que esas últimas semanas que tuvimos con ellos iban a ser las últimas?

Las lágrimas me picaron la parte de atrás de los ojos de repente.

—No lo había pensado así.

—Por otro lado… —continuó, con la voz más áspera y profunda.

Me di cuenta de que hablar de la muerte de nuestros padres aún le afectaba tanto como a mí. Era un recordatorio de lo que pasamos juntos, un camino compartido que ambos habíamos hecho lo posible por olvidar y que tratábamos de superar.

Lucas se alejó, muy pensativo.

—¿Por otro lado? —Llamé su atención hacia mí, sin querer entrar en nuestro propio dolor en este momento. No podía lidiar con profundizar en nuestro dolor también.

Lucas suspiró profundo, arrastrando una mano sobre su mandíbula.

—Por otro lado, en realidad no es el lugar de tu amiga contarle eso, ¿verdad? No creo que sea su rol en absoluto. —Lucas se encogió de hombros—. Me parece que tu amiga está atrapada entre una roca muy grande y un lugar muy duro. De cualquier manera, su novio puede echarle una gran culpa. Esa relación tendría que ser bastante fuerte para soportar y sobrevivir a todo eso.

Bueno, demonios. Nada de eso me ayudaba en absoluto. En todo caso, me hizo sentir aún peor. Si antes no sabía qué hacer, ahora estaba totalmente a la deriva. Y no había un ancla a la vista.

Capítulo Cincuenta Y Tres

ROMAN

Tres días desde la última vez que vi a Lia, y estaba empezando a preocuparme. A pesar de lo odioso que era ir allí, dejé mis sentimientos a un lado y conduje hasta la Corporación Burnett. Todavía tenía un lugar para aparcar, aunque mi entrenamiento con Lia estaba llegando a su fin.

Podría haber llamado y pedido verla más tarde, pero algo me hizo volver a la oficina. Sabía que ya no me necesitaba, pero aun así quería ver cómo estaba y asegurarme de que estuviera bien. Si me necesitaba, quería estar ahí para ella. ¿Y si no lo hacía? Bueno, todavía quería pasar tiempo a su lado.

No quería que nuestro entrenamiento terminara. No podía soportar la idea de no verla más durante el día, perderme esas veces que sus ojos se iluminaban cuando lo hacía muy bien en el trabajo o descubría algo nuevo, o se le ocurría un gran plan. Había cientos de momentos cada día que no quería perderme con ella.

Trabajando juntos fue como finalmente nos encontramos después de todos estos años. Me hizo verla como realmente era en lugar de ser solo la hermanita de Lucas. Era una conexión que compartíamos y que no quería cortar.

Y sin embargo, era inevitable. Pronto, ya no me necesitaría aquí. No me había pedido que viniera ningún día de esta semana, y no había sabido nada de ella ni ayer ni esta mañana. Iba a la oficina a verla y a ayudarla, pero al final, era probable que no me quisiera allí.

Ese pensamiento me dolió más de lo que esperaba.

Golpeando ligeramente con los nudillos en la puerta de su oficina, una acción que aún se sentía rara ya que fue mi propia puerta durante tanto tiempo, esperé a que me dijera que podía entrar antes de abrirla. Lia estaba encorvada sobre su escritorio, con los dedos volando sobre su calculadora mientras garabateaba furiosamente en un bloc de notas a su lado.

No quería interrumpir sus cálculos, así que me apoyé en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y simplemente la

miré.

Cuando eventualmente levantó la vista, hizo una doble toma.

—Roman, ¿qué estás haciendo aquí?

Entré en su oficina, caminando hacia una de sus sillas.

—Vine a ver si me necesitabas. Sé que nuestro entrenamiento está casi terminado, pero siento que todavía tengo algo de sabiduría que impartir.

—No necesitas estar aquí hoy —dijo, con un tono casi agudo. Había algo acechando en las profundidades verdes de sus ojos que me inquietaba—. Solo estoy repasando algunos números. Estarías perdiendo el tiempo aquí si te quedas. No hay nada que puedas hacer.

Levanté una ceja.

—¿Nada? ¿Estás segura? Porque parece que estás empantanada. Podría quitarte algunos de esos archivos de las manos y comenzar a hacer correr esos números.

—No es necesario —respondió de inmediato, con los ojos pegados a la carpeta que tenía delante.

A regañadientes, pude ver que no estaba ayudando al estar allí. La estaba perturbando, y estar en el camino no era mi estilo.

—¿Qué tal si te llevo a cenar más tarde?

—Esta noche no puedo. —Todavía no había mirado el archivo y frunció el ceño a la calculadora como si la hubiera ofendido mortalmente—. ¿Podemos hacerlo más tarde en la semana?

Solo asentí, aunque ella no me estaba mirando en absoluto. Tentado a rodear su escritorio y darle un beso de despedida, desesperado por sentir sus labios contra los míos, apreté los puños y me fui. Por muy bien que se sintiera decirle que la amaba, si hubiera sabido que las cosas entre nosotros iban a ser así después, me habría hecho un agujero en la lengua para no decirlo.

Preocupado por Lia y enojado por desperdiciar un viaje a la oficina con el tráfico de pesadilla, fui a saludar a un par de tipos del piso superior antes de irme. Mientras caminaba hacia el ascensor para ir a mi auto, pasé por la oficina de mi padre.

Su puerta estaba abierta una grieta, y su voz se filtraba por la abertura.

—Por favor, solo devuelve mis llamadas. Necesito hablar contigo. Es urgente.

Mi ritmo se redujo. No pude ver su cara, pero su voz tenía un toque emocional que no pude ubicar. Por unos breves segundos, consideré entrar, pero decidí no hacerlo cuando empecé a girar. No estaba en el estado mental adecuado para lidiar con él hoy, así que seguí caminando.

Parado en el ascensor hablando con una de las mujeres mayores de la administración, me preguntaba qué hacer con el resto de mi día. Era casi la hora del almuerzo, pero no quería molestar a Lia otra vez invitándola a almorzar. Además, había dejado claro que estaba demasiado ocupada para mí hoy.

No se lo reprochaba. No era uno de esos tipos que iba a seguir buscando más rechazo con la esperanza de que cambiara de opinión. Además, sabía exactamente lo que se sentía al estar donde ella estaba, al tener tanto trabajo que te olvidas de comer y empiezas a sentirte débil.

En esa nota, le envié un mensaje rápido a su asistente y le pedí que ordenara el almuerzo para Lia si no lo hacía ella misma a una hora razonable. Incluso si no podía estar allí con ella, todavía quería cuidarla.

A menudo me perdía en la montaña de papeleo de mi escritorio, y mi asistente en ese momento se había ocupado de mí ordenando comida para llevar si no había comido nada a las cuatro.

No se trataba de si alguien podía o no cuidarse a sí mismo. Se trataba de estar allí de todos modos cuando estaban demasiado ocupados cuidando a sus clientes como para pensar en ellos mismos. Satisfecho de que al menos mi chica estuviera bien alimentada, decidí hacer lo mismo por su hermano.

Lucas levantó la vista cuando entré en su oficina, la expresión de su cara tan similar a la de Lia me hizo extrañarla con una fuerza que amenazaba con dejarme sin aliento. Cielos, amar tanto a alguien era difícil. No era de extrañar no haberlo hecho cuando era más joven.

Solía pensar que enamorarse era para maricas. Ahora sabía que era exactamente lo contrario. No enamorarse era para maricas. Todo esto de enamorarse sería un infierno para un hombre con un

estómago débil. No era fácil para mí, y no era una falta de modestia decir que tenía un estómago bastante fuerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Lucas preguntó, sonriendo mientras se levantaba para darme la mano y darme un abrazo de un solo brazo—. ¿Mi hermana ya te está dando problemas? Porque tú, mi hombre, pareces preocupado.

Saqué mi teléfono del bolsillo y fingí revisarlo para tener algo más que hacer que mirarlo a los ojos mientras esperaba una respuesta a esa pregunta. Si lo hacía, me exigiría que me sentara y le contara todo.

Cuando mi pantalla se iluminó, vi que tenía otra llamada perdida de mi padre. La hora coincidía con la de cuando pasaba antes por su oficina. Un pequeño sobre estaba en la esquina, avisándome de un mensaje de voz. Como ya sabía lo que dijo porque estuve ahí, guardé el teléfono sin escucharlo y me dirigí a la ventana de Lucas.

—Vine a ver si querías almorzar.

—Por suerte para ti, me muero de hambre —respondió mientras abría su cajón para tomar su propio teléfono—. No tengo otra reunión hasta dentro de un par de horas, así que el placer de mi compañía es todo suyo.

Puse los ojos en blanco, con una sonrisa en la comisura de los labios a pesar de mi humor tormentoso.

—Ya me estoy arrepintiendo de haber venido aquí. El placer de hoy es todo tuyo. Confía en mí. Pasar tiempo contigo es una tortura.

Lucas se rio, levantando su dedo medio para rascarse entre las cejas.

—En ese caso, la tortura debe ser lo tuyo. —Se apretó la nariz, sacudiendo la cabeza con fuerza—. Pensándolo bien, no respondas a eso. Si la tortura es lo tuyo, no quiero saberlo ahora que mi hermana es la que posiblemente está siendo torturada. Espera. No la estás torturando, ¿verdad? —Se llevó las manos al cabello y se tiró de las puntas—. No respondas a eso. De verdad. Esto es tan jodidamente confuso.

Me reí.

—No la estoy torturando. Deberías conocerme mejor que eso.

—Gracias a Dios. —Los hombros de Lucas se relajaron, antes de cerrar la puerta de su oficina detrás de nosotros y tomar camino a nuestro bar favorito para almorzar—. Y oye, te conozco mejor que eso, pero no es como si yo supiera si tienes alguna de esas manías.

Alcé una ceja.

—¿Es esa tu manera de preguntarme si yo...

—Detente ahí mismo, Roman. Cambiemos el tema. Esto es demasiado raro. Quiero decir, estoy feliz por ustedes dos, pero vamos a tener que encontrar una manera de que nunca tenga que hablar con ustedes sobre esto.

—Pero, ¿y si quisiera...?

Me dio un puñetazo en el brazo a mitad de camino antes de abrir la puerta.

—No me importa lo que ibas a decir que querías hacer. No hablaremos de eso. Nunca.

—El protector hermano mayor Lucas es entretenido de ver. —Me reí entre dientes, siguiéndolo hasta nuestra mesa en la esquina del oscuro interior—. Si lo hubiera sabido, le habría pedido a tu hermana que saliera conmigo hace años.

—Y si sigues así, dejaré tu lamentable trasero solo en este lugar. —Estudió el menú que ambos nos sabíamos de memoria—. Así que por favor, déjalo y dime qué es lo que te preocupa.

—No puedo dejarlo y decírtelo porque lo que me preocupa la involucra a ella —confesé.

Todos los rastros de humor huyeron de los ojos de Lucas.

—¿Ya? Eso se acabó rápido. ¿No fue la semana pasada cuando le profesaste tu amor eterno?

—No diría que le profesé mi amor eterno. Pero sí, eso pasó la semana pasada. Y esto es de esta semana.

Suspiró profundamente.

—Bien, ¿qué ha pasado esta semana?

—Hay una distancia entre nosotros que no entiendo. —Fue difícil poner en palabras la vibración que recibía de ella, pero la distancia era una forma de decirlo.

Lucas se rascó la barbilla y los ojos se entrecerraron mientras pensaba.

—Tiene una amiga que está pasando por cosas bastante malas en este momento. No te preocupes. Lia siempre ha sido esa amiga que se preocupa por los problemas de sus amigos como si fueran los suyos propios. Añade la alta presión del nuevo trabajo, y no me sorprende que se muestre tan distante. Estoy seguro de que todo irá bien una vez que lo supere.

No tenía mucho sentido para mí que no supiera que una amiga suya estaba pasando por un momento difícil. Solía hablarme de Regina todo el tiempo, pero supuse que en el espíritu de reconectar con Lucas, ella podría haber hablado con él sobre eso. No podía culparla.

—Tal vez esa es la otra cosa que me molesta —le dije, decidiendo por ahora aceptar su explicación sobre el comportamiento de Lia—. Ella tiene un nuevo trabajo de alta presión, y está pateando traseros en él. Pero yo, por mucho que quisiera tomarme un tiempo para mí mismo lejos de la industria, no tengo la primera idea de qué hacer conmigo mismo ahora.

Asintió sabiamente.

—He estado esperando esto, para ser honesto. No creí que tomar tiempo libre te resultara fácil o natural, así que lo he pensado. ¿Por qué no te vas de viaje? Ha pasado mucho tiempo desde que te alejaste de todo, y creo que sería bueno para ti.

—Hacer un viaje, ¿eh? —No podía imaginarme irme sin Lia, pero era una idea a considerar—. Es buena idea. Podría hacerlo, gracias.

Dejamos las cosas pesadas atrás después de eso y solo charlamos durante el almuerzo. Una vez que nos separamos fuera del bar, esperé a que Lucas estuviera a la distancia antes de sacar mi teléfono y llamar a Lia. Me pregunté qué pensaría ella de hacer un viaje juntos, pero parecía que no me enteraría pronto ya que no contestó la llamada.

Lo que sea, hablaría con ella sobre eso más tarde.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro

LIA

Vi la cara de Roman sonriéndome desde la pantalla del teléfono. Era doloroso no responder, pero no podía hablar con él ahora mismo. Ocultarle un secreto tan grande se estaba volviendo cada vez más difícil.

Ni siquiera pude mirarlo antes cuando vino a mi oficina, sabiendo que si pasaba demasiado tiempo mirando esos profundos ojos azules, iba a derramar mis tripas sin pensarlo dos veces. Odiaba no poder ser honesta con él. Iba en contra de cada fibra de mi ser.

Y mantenerme alejada era igual de difícil, pero no podía pasar tiempo con él y mentirle en la cara. Lo extrañaba tanto que no podía soportarlo. Me había acostumbrado tanto a estar a su lado, que pasar tiempo separados era más doloroso de lo que jamás hubiera imaginado. Saber que él también lo sentía y no poder hacer nada al respecto era aún peor.

Echaba de menos su risa, su sentido del humor, su forma de estar allí y de conseguirme incluso cuando yo misma no me conseguía. Extrañaba la forma en que las comisuras de su boca se movían cuando luchaba con una sonrisa, y la forma en que mi alma parecía en paz cuando estaba conmigo.

Ya no tenía su pecho debajo de mi cabeza cuando me dormía, ni sentía que se movía a mi lado por la mañana. Echaba de menos ver cómo sus ojos cambiaban de tormentosos a lujuriosos, y luego a felices, con el azul vibrante y de repente oscureciéndose. Había tantas cosas que extrañaba de él que ni siquiera podía pensar en todas ellas. En general, solo lo extrañaba.

Suspirando, me obligué a centrarme en el trabajo. Mi mirada aterrizó en un montón de papeleo con notas de colores que sobresalían donde necesitaba la firma de su padre.

Decidiendo dejar de aplazarlo solo porque no quería añadir estrés y trabajo extra a la carga de trabajo de un hombre que ni siquiera debería estar en el edificio, recogí los archivos y los llevé a su

oficina. La tristeza me inundó el corazón cuando entré, viendo su palidez gris y marchita detrás de su escritorio gigantesco.

Era increíble cómo podías ver a alguien deteriorándose ante tus propios ojos. Era devastador ver cómo sucedía.

El señor Burnett me llamó la atención.

—No me mire así. No necesito su lástima, señorita Vang.

—No es lástima, señor —respondí al instante, pero luego me sentí mal por mentir.

Le compadecía. Sentía una profunda tristeza que no podía ocultar al saber que estaba luchando contra una enfermedad que sabía que no podía vencer.

—Sea lo que sea entonces, deténgase —ordenó, cerrando la puerta firmemente detrás de nosotros—. Supérelo, señorita Vang. Yo lo estoy haciendo. Ahora, ¿qué tienes para mí hoy?

Levanté los archivos.

—Solo necesito su firma en estos. Son los acuerdos de crédito y algunos planes de adquisición para la captación de clientes de los nuevos reclutas del último trimestre.

—Muy bien.

Los alcanzó antes de que su mano volara a su pecho y la tos le oprimiera todos los músculos de su cuerpo. Su cara se puso roja y noté que empezó a balancearse ligeramente. Apenas pude dejar los archivos en su escritorio antes de que estuviera a su lado, tratando de ayudar a estabilizarlo.

El ataque de tos no se detuvo. El peso del señor Burnett se hizo más insistente a mi lado, y me di cuenta de que sus rodillas estaban cediendo. Estaba jadeando entre las violentas ráfagas, incapaz de respirar correctamente.

Doblando mis propias rodillas, lo bajé con suavidad. No podía sostenerlo, pero tampoco podía dejar que se cayera.

Sentada de rodillas en el suelo, esperé a que el ataque disminuyera antes de ayudarlo a levantarse.

—¿Puedo traerle un poco de agua, señor?

—Por favor. —Su voz era débil. Me permitió ayudarle a subir a su escritorio, una señal segura de que estaba mucho peor de lo que dejaba ver, y se tragó el agua que le di—. Gracias.

En ese momento, no se parecía en nada al intimidante y despiadado CEO de una compañía entre las más exitosas del mundo. Sus manos temblaban cuando bajó la botella vacía, sus ojos se enrojecieron por la tos, y revolotearon cerrados como si cada respiración le causara dolor, lo cual me di cuenta que probablemente era así.

Queriendo ayudar más que nada, me encontré divagando en un intento de distraerlo y empecé con una historia.

—Cuando era niña, solía odiar los panqueques. Mi hermano y yo siempre competíamos los sábados y los domingos por la mañana para despertarnos primero y conseguir que nuestra madre hiciera nuestros favoritos. Siempre quise sus huevos revueltos. Él siempre quería panqueques. —El señor Burnett no dijo nada, pero sus ojos se encontraron los míos, y vi que se despertaba el interés en ellos, así que seguí adelante, animada—. Desafortunadamente, nunca he sido una persona madrugadora, y Lucas siempre lo ha sido, o al menos solía serlo. No sé tanto sobre ahora, pero él se me adelantaba la mayoría de las mañanas. Solo llegaba primero a ella como una vez al mes.

—Siempre llegas temprano —comentó, pero luego me hizo señas para que continuara.

Asentí.

—Me cansé tanto de la competencia, que consideré renunciar y desayunar panqueques todos los fines de semana. —Riendo, sacudí la cabeza ante mi joven yo—. Eso no duró mucho tiempo. Eventualmente, empecé a poner mi alarma y a esperarla fuera de la habitación de mis padres para ser la primera a quien viera cuando se despertara.

—¿Y no volviste a comer panqueques? —Se rio, su color regresaba poco a poco.

—Comimos panqueques todas las mañanas por los próximos dos meses —le dije, viendo las preguntas entrar en sus ojos—. Le dije a mamá que me levantaba temprano para ayudarla con el desayuno porque no era justo que siempre lo cocinara sola, lo cual era cierto. Pero también aproveché la oportunidad para poner un poco de sal

extra en la masa. Solo un poco cada semana, hasta que ya nadie pudiera soportarla.

Me miró fijamente y ladeó la cabeza.

—No creí que tuvieras esa maldad dentro de ti.

Me encogí de hombros.

—No le estaba haciendo daño a nadie. Simplemente estaba jugando el juego lento. Al final, hasta Lucas estuvo rogando por huevos revueltos en su lugar.

—Calculadora —dijo, con aprobación brillando en sus ojos.

—Prefiero pensar que es estrategia.

—Nunca pierdas esa cualidad —dijo finalmente—. La vas a necesitar un día de estos.

Dudé por un minuto, considerando mi pregunta antes de hacerla finalmente.

—¿Cuál es su mayor arrepentimiento? Esa historia que acabo de contarle es el mío. No por el tiempo extra que pasé con mamá cada mañana del fin de semana, sino por lo que me impulsó a hacerlo. Debí haberme esforzado para de verdad estar con ella.

La comprensión se le metió en los ojos. Me preguntaba si me iba a regañar, pero en vez de eso, asintió despacio.

—Como la suya, se trata de pasar tiempo con la familia. En mi caso, la persona con la que debería haber pasado más tiempo es mi hijo, Roman. He pasado mucho tiempo con él, pero siempre ha sido sobre el trabajo, sobre prepararlo para que tome el control. Cuando al fin vino a trabajar para mí, pensé que tal vez podríamos pasar tiempo juntos fuera del trabajo también. Tal vez ir a un juego o algo así. —Mi aliento se enganchó. Sabía lo mucho que significaría para Roman oír a su padre decir que quería pasar más tiempo con él fuera del trabajo, que era su mayor arrepentimiento incluso—. Por desgracia, ya era demasiado tarde —confesó finalmente—. La brecha entre nosotros se había convertido en un abismo que no sabía cómo salvar.

Era la primera vez que veía al Paul Burnett derrotado, en lugar del todopoderoso CEO. Podía oír el arrepentimiento, amargo y espeso en su voz, la emoción que amenazaba con romperlo.

—Terminamos yendo a un juego —agregó.

—¿En serio?

Fue un resquicio de esperanza que agarré con ambas manos.

El señor Burnett se rio, pero no tenía ningún sentido del humor.

—En nuestro camino de regreso a la ciudad después de una reunión con un cliente en algún pueblo a un par de horas de aquí, pasamos por un partido de la pequeña liga en una escuela local. Estábamos en mi auto en medio de la nada, así que vi la oportunidad de obligarle a ver un partido conmigo y la aproveché. No era como si pudiera irse. —La tristeza y la pena se combatían en sus ojos—. Hice que mi chofer se detuviera y nos llevara unos refrescos y bocadillos, y nos instalamos para ver el partido.

—¿Y qué sucedió? —Mi voz estaba apenas por encima de un susurro.

—Roman sacó su laptop y se pasó todo el tiempo trabajando. Cuando le pregunté por qué no podía tomarse un descanso conmigo solo para el juego, me miró como si me hubieran crecido dos cabezas y me dijo que lo había amenazado con castrarlo si no terminaba a tiempo los acuerdos que estaba redactando, que le gustaban bastante sus pelotas, y luego siguió trabajando. —Mis ojos estaban tan abiertos como podían, pero no se me ocurrió nada para responder a eso. El señor Burnett suspiró, colgando la cabeza—. Desearía poder decirle que no era verdad. Presioné tanto a ese chico que terminé empujándolo a través del abismo que existe entre nosotros ahora. ¿Quieres saber lo más gracioso?

—Claro. —Respiré, aunque dudaba que lo que iba a decir fuera gracioso.

—Pensé que lo estaba ayudando. Solo quería que fuera mejor hombre de lo que yo fui. Pensé que si lo entrenaba para el trabajo al que estaba destinado antes, podría ser un buen marido y padre con más tiempo para su familia después. Pero nunca necesitó ser presionado. Siempre ha sido mejor hombre que yo. Ahora lo veo, y ha logrado tanto. Estoy tan orgulloso de él, que siento que a veces podría reventar.

Estaba aturdida.

—¿Por qué no se lo dice?

—Lo he intentado, pero como dije, el abismo es tan grande ahora, que temo que no me escuche.

Pensando en las pocas interacciones que había presenciado entre ellos, pude entender por qué Roman no lo escuchaba. El señor Burnett nunca me había parecido orgulloso de su hijo.

—Déjeme decirle lo que está pasando, señor. Mencionó que es un buen hombre, y realmente lo es. Querrá saber, y querrá escuchar. Yo lo sé.

Sacudió la cabeza.

—Quiero decírselo yo mismo. Si alguna vez puedo comunicarme con él. —Estaba a punto de pedirle que me dejara ayudar cuando dijo—: No sé si sabes que se puede subir al tejado de nuestro edificio. Subo allí todas las noches. Miro a la ciudad y me pregunto qué luz es la de la habitación en la que está. Le pido que me devuelva las llamadas, pero sabiendo que no lo hará, me pregunto cómo trataré de persuadirlo para el día siguiente. Pero se me acabaron las ideas, señorita Vang.

Y ahí estaba, la respuesta que había estado buscando finalmente. Sabía adónde iba el padre de Roman por la noche cuando la oficina estaba tranquila.

Solo tenía que averiguar cómo llevarlo allí.

Capítulo Cincuenta Y Cinco

ROMAN

Una llamada a mi puerta rompió el festival de aburrimiento que había en mi apartamento. Estaba sentado en mi sofá viendo repeticiones de un reality show documentando ridículas renovaciones en casas de celebridades. La basura en la que la gente gastaba el dinero me dejó atónito, pero eso no significaba que me interesara.

Había paquetes vacíos de bocadillos a mi alrededor. Las tazas de café y las botellas de agua llenaban la pequeña mesa y el suelo. No esperaba a nadie, pero eso no importaba. Cualquier visitante era bienvenido después de que pasara todo el día en casa solo. Al menos me había duchado, aunque solo al mediodía.

Iba a tener que encontrar algo que me mantuviera ocupado, e iba a tener que hacerlo pronto, pero por ahora, con gratitud, dejé la televisión y el sofá detrás de mí y fui a abrir la puerta. Abriéndola, mi sonrisa se extendió cuando vi quién estaba allí.

—¿Gatita? Esto es una sorpresa. —Mi corazón se aceleró al verla. Había revisado mi teléfono hace un par de segundos y no había ningún aviso de ella, lo cual estaba bien a menos que estuviera allí para decirme que se había terminado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Con una sonrisa vergonzosa, levantó una bolsa de papel marrón.

—Traje la cena. Dijiste que deberíamos cenar esta semana, y yo estuve de acuerdo, ¿recuerdas?

No sabía por qué dudaba en dejarla entrar cuando estaba tan profundamente feliz de verla, pero la aparté y me dejé llevar por el instinto de abrazarla. Si ella trajo la cena, era poco probable que viniera aquí para romper conmigo.

—Ven aquí.

Lia me rodeó con sus brazos, viniendo voluntariamente a mí cuando la rodeé con los míos y la acerqué. Su cabello olía como el perfume de la otra mañana, junto al aroma de la comida tailandesa impregnando el aire a nuestro alrededor.

Me aferré a ella con más fuerza, sin querer soltarla. Se sentía como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que la

sostuve así. En realidad solo habían pasado unos pocos días, pero no podía cambiar lo que sentía. Nos aferramos el uno al otro, respirando como si fuera la primera vez en días que cualquiera de nosotros pudo llevar oxígeno a nuestros pulmones.

Eventualmente, el sonido de uno de nuestros estómagos refunfuñando me obligó a liberarla.

—¿Tienes hambre? —preguntó, sonriéndome.

—Muero de hambre. —Le tomé la mano y la acompañé a la cocina. Había comido todo el día, pero no ingerí nada sustancioso. Me preguntaba si ella sentía lo mismo—. ¿Y tú?

—Lo mismo. —Ella me sonrió, enroscando sus dedos alrededor de los míos.

La vista de su sonrisa hizo que mis rodillas se sintieran débiles, un fenómeno extraño pero entrañable que solo ella podía hacerme sentir.

Tenerla a mi lado me hizo sentir fuerte de nuevo; mis anteriores sentimientos de aburrimiento, inutilidad y falta de dirección se evaporaron tan rápido que apenas los recordaba cuando llegamos a la cocina.

Por muy incómodo que fuera, mantuve su mano en la mía mientras recuperaba platos y cubiertos, y Lia tampoco se soltó ya que sacó los contenedores de comida de la bolsa y los sirvió con su mano libre.

—Supongo que será mejor que nos soltemos ahora, ¿no?

—Supongo que sí. —Inmediatamente eché de menos la sensación de su mano en la mía cuando nos sentamos, escarbando en el delicioso satay de pollo y la ensalada de papaya verde que trajo—. ¿Cómo va tu semana? Siento como si no te hubiera visto en absoluto.

—Lo sé. Lo siento. Es que he estado ocupada.

Dio unos cuantos mordiscos más y luego se levantó de la mesa y se sirvió un vaso de agua, alcanzando un segundo vaso y llenándolo para mí.

No se me escapó que tomar un trago significaba no tener que mirarme a los ojos, otra vez.

—¿Ocupada o evitándome? —pregunté, decidiendo que ya era momento de dejar las cosas en claro.

No podía soportarlo más. Si no quería estar conmigo o se arrepentía de haberme dicho que me amaba, necesitaba saber por qué. Me metí más comida en la boca, pero no la probé más. También podría haber estado comiendo polvo.

Lia parpadeó, pero vi la verdad en el verde de sus ojos antes de que me evitara.

En verdad lo había estado haciendo.

—¿Qué quieres decir?

Suspiré, apuñalando un trozo de pollo con mi tenedor.

—Sabes exactamente lo que quiero decir, gatita. Te has estado distanciando de mí. ¿Por qué?

Con los ojos abiertos, puso ambos vasos de agua en el mostrador y se acercó a mí.

—No estoy tratando de distanciarme de ti, Roman. Lo siento mucho si así es como te hice sentir. No fue mi intención. Lo último que quiero es distanciarme de ti.

Como para probar su punto, se paró entre mis rodillas y me pasó los dedos por el cabello. Ladeé la cabeza, negándome a ceder a su toque y apoyándome en sus manos para saber exactamente lo que estaba pasando.

—¿Por qué se siente así, entonces?

Sus ojos se cerraron y su cabeza giró hacia atrás, abriendo los ojos en el techo antes de bajar a los míos.

—He estado muy ocupada en el trabajo. Hay algunas cosas que están pasando allí de las que no puedo hablarte. Quiero hacerlo. No tienes idea de cuánto quiero, pero no puedo.

—¿Confidencialidad?

Asintió, con la cautela bailando en sus ojos.

—Te amo, Roman Burnett. Por favor, confía en mí cuando te digo que no quiero que haya ninguna distancia entre nosotros.

—Hablé con Lucas —dije, pensando en nuestra conversación en el almuerzo del otro día.

Cosas confidenciales en el trabajo las podía entender, pero aun así no parecía que fuera la historia completa. La naturaleza de

nuestro trabajo era tal que teníamos que guardar nuestros secretos para nosotros mismos, mantener nuestras cartas de juego cerca de nuestros pechos.

No culpaba a Lia por tener que alejar sus cartas de mí. Era una consecuencia natural de no trabajar más juntos, pero necesitaba estar seguro de que eso era todo.

—Me dijo que una de tus amigas está pasando por un momento difícil. ¿Quieres hablar de ello?

Sacudió su cabeza, y sus dedos apretaron su agarre en mi cabello.

—No. No ahora.

Sus uñas raspaban mi cuero cabelludo, y sus ojos no se apartaban de los míos mientras el deseo y la necesidad quemaban en ellos. Gruñendo, dejé de intentar luchar contra su toque. Era inútil de todos modos. Apoyando mi cabeza en sus manos, rodeé su cadera con mis brazos y la acerqué a mí. Nuestra comidas se estaba enfriando, pero no me importaba.

—Te he echado de menos, gatita —murmuré, con mis manos viajando a sus lados y a su cabello suelto, tan suave y sedoso—. He extrañado estar contigo. He echado de menos hablar contigo. Echaba de menos que fueras tú.

Cerrando el último tramo de distancia entre nosotros, bajó la cabeza y puso sus labios sobre los míos, besándome suave pero apasionadamente. Cuando se separó, sus labios aún se movían contra los míos.

—Ya no tienes que echarme de menos, cariño. Estoy aquí.

—Pero, ¿lo estás? —Odiaba tener que hacer la pregunta, pero no la tocaría si no estaba al cien por cien aquí. Si solo estaba para unos pocos orgasmos, la complacería con gusto, pero necesitaba saber en qué me estaba metiendo—. Dime la verdad. ¿Te arrepientes de haberme dicho que me amabas?

Mi voz era tranquila y pareja, medida y controlada. No me sentía así por dentro.

Los ojos de Lia se llenaron de un horror indescriptible.

—Por supuesto que no. Dios, Roman, no. Te amo. Te amo tanto, y lo diré todos los días por el resto de mi vida si me lo permites. No

me arrepiento. Nunca podría.

Fue la mirada en sus ojos más que sus palabras lo que me convenció. Mi agarre de ella se apretó mientras me acercaba al borde de mi taburete, tirando bruscamente de su cadera para que se encontrara con la mía.

—Bien, porque yo también te amo, y me ha estado matando que me lo dijeras y actuaras rara desde el día siguiente.

—No quise hacerlo —prometió, dándome suaves besos en la boca mientras hablaba. Casi como si no pudiera dejar de besarme una vez que empezó—. Solo he estado ocupada. Preocupada. Lo siento. Lo siento mucho.

—Te perdono. —Mientras lo decía, me di cuenta de que era verdad.

Esos sentimientos ya estaban detrás de mí, enterrados más y más profundamente por cada suave roce de sus labios contra los míos. Disfruté cada escalofrío que la atravesaba bajo mis manos y cada pelo levantado en sus brazos mientras me inclinaba y plantaba besos a lo largo de la columna de su garganta.

Mientras tuviera a Lia en mis brazos, con el amor brillando en sus ojos y sus dulces labios en los míos, no podría estar preocupado. No podía guardar rencor porque no me dijera lo que estaba pasando o me ocultara cosas.

Solo estaba ella. No quería perder ni un minuto más en esa otra cosa. Nada de eso importaba.

—Olvídalo, ¿sí? Yo lo olvidaré ahora. Te perdono. Te amo.

No respondió con palabras, solo con un beso feroz que borró toda duda en mi mente sobre lo que sentía por mí. El mundo se enderezó después de haber estado fuera de sí durante los últimos días, y de repente, necesité estar dentro de ella más desesperadamente de lo que nunca antes había estado.

Por la forma en que me besaba y movía sus caderas contra las mías, y aplastaba su jugoso sexo contra mi pene palpitante, diría que se sentía justo igual. No era exactamente el reencuentro amoroso que tenía en mente, pero no podía esperar más.

La había oído decir que me amaba otra vez. La oí decir que no se arrepentía, y vi la verdad en sus ojos. Pero ahora necesitaba sentirlo,

y solo conocía una forma de hacerlo.

Capítulo Cincuenta Y Seis

LIA

Roman y yo nos rasgamos la ropa, desnudándonos en tiempo récord. Después de días sin verlo ni hablarle, lo necesitaba tanto que me dolía. Solo por estar con él, por sentirlo cerca, ser sostenida y amada por él.

El apogeo de todas esas cosas era hacerle el amor, y yo quería eso más que cualquier otra cosa en la vida en este momento. Se trataba de algo más que el placer o el sexo. Se trataba de la conexión de cuerpos, corazones y almas. Era una conexión que anhelaba con desespero. Una que necesitaba para tranquilizarme y permitirme creer que realmente me había perdonado.

Y también porque había una pequeña parte de mí que estaba deseando su atención, que quería el placer que yo sabía que solo él podía darme. Después de meses de que me diera ese placer cada vez que podía, me sentía hambrienta tras casi una semana sin él.

Lo que pasaba con Roman era que despertaba y animaba cada parte de mí. Cuando hablábamos, era mi cerebro. Mi mente siempre trabajaba horas extras para alcanzar la suya, para trabajar y bromear con él, y desafiarlo de la manera que a ambos nos gustaba.

Cuando estábamos tranquilos o compartiendo nuestras esperanzas y sueños, miedos y vulnerabilidades, era mi alma.

Sin embargo, cuando nos tocábamos, era mi cuerpo. Cada terminación nerviosa estaba atenta, lista y rogando por su toque.

Supongo que nuestro amor era tan nuevo, que teníamos esta insaciable necesidad del otro. Y esperaba que nunca cambiara. Estar con él así, desnuda y expuesta en todo el sentido de la palabra, era increíble. Lo que me hacía sentir trascendía el simple placer del cuerpo. También lo sentía reverberar en las profundidades de mi alma. Incluso mi mente estaba involucrada, pero solo en la medida en que la necesitaba para las palabras, y para averiguar cómo hacerle sentir tan bien como él me hacía sentir.

Sus dedos hicieron su magia en mí, alcanzando mis pliegues. Usando su mano libre, me dio la vuelta para que estuviera de pie

con la espalda hacia su pecho. Todavía estaba sentado en su taburete, pero ahora me tenía medio en su regazo, con su mano ocupada trabajando entre mis muslos abiertos.

Giré la cabeza hacia atrás para apoyarla en su amplio hombro. Mis labios se separaron en un gemido. Alcanzando detrás de mí, lo encontré duro y firme como una roca. Se le escapó un silbido bajo mientras mis dedos rodeaban su longitud, acariciando firmemente hasta que ya no pude seguir mis propios movimientos.

Me estaba haciendo sentir demasiado bien, demasiado salvaje para que la liberación se centrara en otra cosa. Sus brazos rodeaban mi cadera, los dedos de una mano estaban enterrados en mi interior mientras que usaba la otra para estimular mi clítoris. Con la boca en mi garganta, mi hombro, mis oídos, usaba su lengua para llevarme más alto, más cerca.

—Roman. ¡Sí! —Mi voz sonaba estrangulada, tensa por la necesidad.

Escuchando y sintiendo lo cerca que estaba, Roman tiró del lóbulo de mi oreja entre sus dientes, susurrando mientras apretaba los círculos que dibujaba alrededor de mi clítoris. Aumentó la presión de sus dedos y ajustó la velocidad, enviándome al abismo de placer que creó para mí.

—Así es, gatita. Acaba para mí. Déjame oírte. Sí, Lia. Sé cómo te gusta. Justo así. —Sabía que él todavía me susurraba al oído, pero perdí la noción de lo que decía mientras explotaba alrededor de sus dedos, gritando su nombre. Su toque se suavizó, pero no se detuvo hasta que llegué al clímax. Plantó un beso en mi sien empapada de sudor y me susurró—: Te amo, cariño.

—Lo sé —le respondí entre respiraciones rápidas—. Yo también te amo.

—Dicho esto… —Las yemas de sus dedos dibujaron patrones en la parte baja de mi abdomen—. De verdad, necesito estar dentro de ti ahora mismo.

—Por favor. —Exhalé, me di la vuelta para enfrentarlo y lo besé con fuerza.

Roman respondió hambriento, gimiendo mientras sus dedos se agarraban a mi cadera. Se puso de pie y me levantó contra él,

apenas rompiendo nuestros besos mientras me llevaba a su dormitorio.

Mi espalda apenas golpeó el colchón antes de que se arrastrara sobre mí, abriéndome las piernas con las suyas y hundiéndose en mí. Dejó escapar un gruñido bajo, y se calmó por solo un segundo antes de empezar a moverse en serio.

—Demonios. Sí.

Moví mis caderas a tiempo con mis manos sobre su espalda, para acariciar su glorioso y apretado trasero. Sujetándolo hacia mí, levanté mi barbilla para mirarlo. Los ojos de Roman estaban cerrados, sus labios separados, y un delgado pliegue estaba entre sus cejas.

Era tan condenadamente hermoso, caminando por la fina línea entre la euforia y la agonía por tratar de contenerse. Podía mirarlo durante días, pero verlo así era demasiado para mí.

Ya sentía que el familiar nudo de tensión se templaba de nuevo. Cada uno de los empujes de Roman me dio exactamente en la dirección correcta para aumentar esa tensión, para tirar tan fuerte que no tuve más remedio que dejar que se desenredara. Gemí cuando los últimos hilos se rompieron y un placer tan intenso que me hizo derramar lágrimas, iluminó el mundo en un blanco brillante mientras mi cabeza se clavaba en la almohada y mis músculos temblaban.

—Sí. Gatita. —Roman tembló contra mí, con sus empujes erráticos y perdiendo su perfecto ritmo al encontrar la liberación.

Nos besamos y nos balanceamos en nuestros clímax hasta que nos quedamos exhaustos, sudorosos y saciados en los brazos del otro.

Con mi cabeza en su pecho y sus dedos en mi cabello, finalmente me sentí en paz por primera vez en días. Aquí era donde pertenecía, con Roman. No había olvidado la promesa que me hice de reunirlo a él y a su padre, pero me quedé ahí un rato, disfrutando de estar de vuelta en sus brazos.

La cena fue tensa al principio. No podía creer que Roman pensara que me arrepentía de haberle dicho que lo amaba. Aunque pensando en todo, no fue una suposición irrazonable.

—Te amo, Roman —murmuré ahora, queriendo tranquilizarlo de nuevo.

No era frecuente que viera la vulnerabilidad de él, pero lo vi claro como el día en su cocina antes. Su voz era fría, pero sus ojos no podían ocultarme lo mucho que significaba para él oírme decirle que lo amaba y que no me arrepentía.

Dibujando patrones en la piel sobre su corazón, añadí:

—Te amo tanto. Todo lo que hago es por amor a ti.

Su agarre sobre mí se apretó, casi me aplastó a su lado mientras me daba un beso en los labios.

—Yo también te amo, gatita.

Y fue por eso, porque lo amaba tan ferozmente como lo hacía, y porque sabía que él también me amaba, que tenía que hacer lo que estaba a punto de hacer.

Tal y como estaban las cosas, estaba traicionando su confianza. Estaba hiriendo su corazón porque lo estaba evitando y ganándome su odio en lugar de su amor. Si algo le pasaba a su padre, nunca me lo perdonaría a mí misma, pero podría vivir con eso. Con lo que no podría vivir era con que Roman no me perdonara.

Puede que se enfade conmigo cuando descubra lo que hice, pero valdría la pena si mi plan diera resultado. Era una gran oportunidad que tenía que aprovechar.

—¿Quieres acompañarme a un lugar mañana por la noche, cariño?

—Claro —dijo fácilmente. Me apretó el corazón que estuviera dispuesto a dejar atrás todo lo que pasó a principios de semana y reunirse conmigo sin dudarlo—. ¿Dónde quieres que me encuentre contigo?

—En el techo que me mostraste en la compañía. Dejaré la llave en la recepción para ti. Tengo una extra que se hizo para mí ya que nadie sabía que me diste la tuya.

La mentira se me escapó de la lengua con demasiada suavidad. Sabía que era porque lo decía por las razones correctas, pero aun así me hizo sentir un estallido de dolor. Como si alguien me pellizcara la cavidad torácica desde dentro.

Roman dejó de acariciar mi cabello, incluso dejó de respirar.

—¿Quieres que nos encontremos en el lugar especial de mi padre?

Asentí, convenciéndome en silencio de decir con suerte la última mentira que tendría que decirle. Si mi plan funcionaba, juré que sería la última. Nada ni nadie podría obligarme a volver a mentirle.

—No estará en la oficina. Está en un viaje de negocios por el resto de la semana. Solo su auto sigue ahí.

Después de un momento, lo sentí asintiendo con la cabeza.

—Sí. Bien. Estaré allí. Envíame un mensaje de texto cuando termines de trabajar.

Cerré los ojos, pidiendo y rezando a cada deidad por una pizca de misericordia para no tener que mentirle nunca más, y para que me perdonara cuando se diera cuenta de que todo lo que le había dicho era una mentira descarada.

Excepto por la parte de amarlo. Eso no podía ser más cierto. Sin embargo, solo esperaba que fuera suficiente.

Capítulo Cincuenta Y Siete

ROMAN

Todo estaba bien en mi mundo ahora que Lia y yo estábamos juntos de nuevo. Anoche nos quedamos despiertos la mitad de la noche hablando, y al final volvimos a la cocina para terminar la cena. Después de eso, tomamos un par de copas de vino en el balcón antes de volver a la habitación y hacer el amor otra vez.

La alarma de Lia nos despertó solo unas pocas horas después de que nos fuimos a dormir. Salió de la cama en un instante, recordando que tenía que pasar por su apartamento para vestirse ya que no había traído una muda de ropa.

No hubo tiempo de hablar con ella sobre el cajón que le ofrecí de nuevo, pero tendría mi oportunidad pronto. Más tarde ese día, me envió un mensaje para decirme que casi había terminado en el trabajo, así que me estaba preparando para ir a verla.

Me puse un par de jeans oscuros y una camisa azul claro abotonada, me abroché los puños cuando terminé y estaba listo para salir.

No pensé que conducir hasta la Corporación Burnett, sabiendo que no iba a trabajar, dejaría de sentirse raro alguna vez. Era casi como si el mundo se hubiera puesto patas arriba por conducir hasta allí mientras el sol se ponía en vez de salir.

Para cuando llegara, la mayoría de los empleados se habrían ido por el día. Todo estaba mal, pero iba a tener que acostumbrarme. Era probable que Lia siguiera trabajando allí durante años, y como planeaba quedarme con ella al menos ese tiempo si me aceptaba, volvería a hacer el viaje fuera de horario muchas veces.

El tráfico para llegar al edificio fue una pesadilla, pero no una sorpresa. Al menos aún tenía mi lugar de estacionamiento. Pronto, eso se convertiría en un problema. No me quedaban dudas de que mi padre tenía ganas de quitar mi nombre de esa pared de una vez por todas. Probablemente ya se lo había prometido a alguien, una vez que su hijo bueno para nada se hubiera ido para siempre.

Pensar en mi padre me hizo hervir la sangre a fuego lento. En el transcurso de la semana pasada, él siguió tratando de llamarme, y yo seguí sin contestar sus llamadas. No tenía ni idea de por qué intentaba contactarme, pero no me importaba. Si buscaba un archivo que no podía encontrar, podía hacer que uno de sus ayudantes se lo buscara. Si era porque supuestamente yo había jodido algo más, bueno, él podría cocinarse en sus propios jugos por un tiempo.

Una de las únicas ventajas de alejarme de la Corporación Burnett era que ya no estaba a su disposición. Durante años, me había visto obligado a tomar sus llamadas solo para recibir todo tipo de abusos. Ya había terminado con eso.

Lo que sea que quisiera cagar en mi cabeza, iba a tener que superarlo. Mantuve mi boca cerrada y tomé sus llamadas durante todos esos años solo porque tenía que hacerlo. Como ahora estaba libre, no planeaba tomar una llamada de él a corto plazo. Si es que alguna vez lo hacía.

Necesitaba cortar lazos con la Corporación Burnett si quería seguir con mi vida. El único lazo que no podía y no quería cortar era Lia. En cuanto al resto de ellos, incluido mi padre, lo mejor era romperlos limpiamente.

Nunca sería capaz de seguir adelante si seguía atendiendo sus llamadas, teniendo su respiración en mi cuello y reiterando que era una decepción y que no era lo suficientemente bueno.

Encendiendo mi intermitente, esperé a que la luz cambiara antes de girar a la derecha en el aparcamiento. Después de bajar dos rampas, vi el auto de mi padre aparcado en su sitio justo al lado del ascensor.

Mi estómago se convirtió en piedra. Sin embargo, Lia me advirtió que estaría allí aunque él no estuviera, pero no pude evitar sentir la misma sensación de temor que solía tener cada mañana al conducir hasta aquí y ver su auto, sabiendo que probablemente ya estaba pensando en nuevas estrategias para decirme que no era lo suficientemente bueno ese día.

El auto de Lia estaba aparcado al lado del suyo en mi antiguo sitio, con mi nuevo sitio vacío al lado del suyo. Aparqué, suspiré

profundamente, y me recordé a mí mismo que mi padre no estaba en el edificio. Estaba allí para ver a mi chica, y a pesar de la ubicación, estaba deseando verla.

Me detuve en el camino para comprarle unas flores, y las tomé antes de correr la corta distancia hasta el ascensor y pulsar el botón del último piso. Parado en la cabina, me preguntaba si recordaría que las margaritas de Gerbera eran las flores favoritas de mi mamá. Le compré a Lia un ramo de ellas, esperando recordarle el tiempo que pasamos en Houston.

El viaje fue la semana pasada, pero ya parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces. Todavía estaba pensando la idea de Lucas de hacer un viaje yo solo, pero quería que Lia fuera conmigo. Le compré las flores para recordarle lo genial que había sido nuestro viaje de trabajo con la esperanza de que le hiciera sentir curiosidad por lo genial que podría ser un viaje personal.

Era otra cosa que planeaba discutir con ella esta noche, además de la oferta permanente del cajón vacío y la sección de mi armario que quería que llenara con sus cosas.

Sonriendo cuando el golpe bajo anunció mi parada, salí del ascensor y encontré la maceta en la esquina donde Lia dejó la llave de la azotea para mí.

Solo tuve que cavar alrededor de las hojas de seda por un par de segundos antes de que mis dedos se cerraran alrededor de plástico duro, y extraje la tarjeta-llave. Sentí como si Lia y yo estuviéramos jugando a un juego.

Una amplia sonrisa me partió la cara. Tener una novia era realmente divertido, al contrario de lo que crecí creyendo.

Pasando la tarjeta por el lector, subí las escaleras de dos en dos y acuné las flores en mi brazo para protegerlas. Una vez que llegué a la cima, abrí la puerta de golpe y contemplé la posibilidad de esconderme de Lia a la vuelta de la esquina, todo en nombre del juego.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que casi me pierdo el amplio par de hombros que giraban para enfrentarse a mí. Aunque nunca hubiera completado ese giro, habría sabido que era mi padre.

Mi corazón golpeó furiosamente contra el interior de mi pecho, mi sangre se enfrió por el shock y luego se calentó con rabia, todo en el espacio de unos pocos segundos que me llevó comprender a quién estaba mirando.

Lia se equivocó. Mi padre no estaba de viaje. Su auto estaba aquí porque él lo estaba. Lo que llevó a la pregunta: ¿estaba equivocada, o me mintió?

Quería darle el beneficio de la duda. Realmente lo hacía, pero hubo varios hechos irrefutables que tuve que enfrentar. El primero y más evidente fue que había recibido su mensaje no hace ni noventa minutos. Si mi padre estaba en el edificio ahora, tenía que haber estado aquí para entonces.

Lia era su mujer de confianza. No había forma de que él estuviera aquí y ella no lo supiera. De hecho, aunque hubiera entrado hace cinco minutos, ella podría haberme mandado un mensaje para decirme que había vuelto de su viaje... si es que de verdad hubiera existido tal.

El hecho número dos era que ella sabía que este era su lugar especial y que él lo frecuentaba la mayoría de las noches. Se lo dije yo mismo la primera vez que la traje. Lo que hizo difícil de creer que ella no supiera que él estaba aquí arriba en este mismo momento.

Por último, ella sabía exactamente lo que yo sentía por el hombre y que no quería verlo en absoluto. Y sin embargo aquí estaba, mirando los fríos ojos azules de la última persona del planeta que quería ver.

—¿Roman? —La sorpresa tiñó la palabra, pero había un inusual tipo de alivio incrédulo en sus ojos—. Te he estado llamando. Me alegro de verte, hijo.

—¿Es bueno...? —Me alejé, sacudiendo la cabeza—. Ahora, de repente, ¿se supone que debo creer que es bueno verme? —Abrió la boca, posiblemente para responder, pero no le dejé decir ni una palabra. Había estado embotellando tantas cosas durante tanto tiempo, que era como si las compuertas se abrieran de golpe, y no podía hacer que se cerraran. Las palabras salieron de mí como un arroyo. Ya no había forma de retenerlas, no había forma de detener las cosas que debí haber dicho hace mucho, mucho tiempo—. Es un

poco falso esperar que crea que es bueno verme. Ni siquiera sé por qué me dirías algo así. En cuanto a tus llamadas, tampoco sé por qué me sigues llamando. En caso de que no hayas recibido el mensaje, no quiero hablar contigo.

Varias emociones cruzaron los rasgos de mi padre. Una de ellas se parecía sospechosamente al arrepentimiento, pero estaba bastante seguro de que no era más que mi imaginación. La palabra "arrepentimiento" no estaba en su vocabulario.

—Me tuviste cerca durante años —continué—, pero nunca quisiste hablarme entonces. A menos, claro, que fuera para decirme que no era lo suficientemente bueno. Que nada de lo que hacía lo sería. —Las palabras seguían llegando, mi boca se movía con la siguiente antes de que incluso formara completamente el pensamiento que quería expresar—. Entonces, ¿por qué quieres hablarme ahora, eh? ¿Extrañas tenerme cerca para lanzarme insultos? Noticia de última hora, papá, debiste haber pensado en eso antes de degradarme; que tu saco de boxeo probablemente se iría si hacías lo que planeabas hacer. —Con mis puños apretados a los lados, las gotas de sudor se formaban en mi frente a pesar del aire fresco de la tarde—. Pero esa es la cuestión, ¿no? Nunca pensaste que yo valía algo, así que degradarme no significaba nada. Al fin me he liberado de ti, ¿y ahora quieres hablar? Entonces vas a tener que encontrar a alguien más con quien hablar; porque ya he terminado de escucharte, papá.

Seguí con mi diatriba, interrumpiendo a mi padre cada vez que intentaba decir algo. No podía mantener nada dentro por más tiempo. Años de embotellar tus sentimientos tendían a causar una erupción tan imparable como la lava de un volcán una vez que empezaba a salir.

—Todo lo que siempre quise era que estuvieras orgulloso de mí, pero luego cometí un error, y desde entonces más estuve a la altura de tus expectativas. Ya lo sé, papá. No tienes que seguir llamando para asegurarte de que lo entiendo. Lo dejaste jodidamente claro cuando ascendiste a una recluta a mi posición. Ya terminé con esto, papá. Con todo. Ya no me siento inferior, ya no me siento lo

suficientemente bueno, y ya no busco tu aprobación. Simplemente... terminé.

Con el pecho levantado, tiré el ramo de flores en el techo y marché hacia la puerta.

Casi estaba allí cuando le oí gritar detrás de mí.

—Te amo, hijo. Siempre te he amado.

Hice una pausa, lo suficiente para que las palabras me bañaran. Entonces sacudí la cabeza y volví al ascensor. ¿De dónde diablos sacó que me dijera eso ahora, totalmente de la nada?

El auto de Lia no estaba en el aparcamiento cuando llegué allí. No sabía si había subido al techo y presenciado una parte del enfrentamiento o si había planeado que lo hubiera, pero obviamente, en algún momento, había tomado la decisión consciente de dejarme con mi padre.

¿Por qué demonios me haría esto?

Capítulo Cincuenta Y Ocho

LIA

Después de una noche de vueltas y vueltas, llegué a la oficina el viernes por la mañana con gafas de sol casi tan grandes como mi cabeza y llevando un café aún más grande. Tenía la taza más grande y fuerte, pero aun así me quedé sin gasolina.

Dos noches seguidas de poco sueño hicieron de mí una mujer muy agotada, y que aún no había sabido nada de su novio, aunque habían pasado más de doce horas desde que llegó a la oficina y con suerte encontró y habló con su padre en el tejado.

Doce horas, cuarenta y siete minutos para ser exactos. Pregunté a seguridad discretamente esta mañana a qué hora había entrado en el aparcamiento, y ahora estaba contando. Supuse que si aún no sabía nada de él cuando llegáramos a la marca de las catorce horas, lo estaría llamando.

También revisé los registros con seguridad para ver si el señor Burnett había estado en el techo anoche, y confirmaron que sí. En estas circunstancias, fue bastante seguro de que Roman y su padre se habrían encontrado.

La pregunta era si habían llegado a hablar, y si lo habían hecho, cómo manejó Roman las noticias. Seguía esperando que mi teléfono sonara, pensando que llamaría para que lo ayudara a procesarlo. No llamó, no envió mensajes de texto, no me envió mensajes por las redes sociales, ni envió una paloma mensajera. En algún momento de la noche, saqué mi trasero privado de sueño de la cama para estar segura. No hubo ninguna paloma con un pergamino atado al cuello en el alféizar de mi ventana.

Si el señor Burnett le hubiera dado la noticia a Roman, mi corazón sangraría por ambos. No tenían una relación fácil, y darse cuenta de que tal vez no tenían suficiente tiempo para arreglarlo debía ser devastador. Solo imaginar tener que enfrentar la inminente desaparición de tu padre era igualmente aniquilador. Mi corazón habría sido destruido. Eso era seguro.

Quería estar ahí para él. Ni siquiera conocía bien al señor Burnett, y se asomaban lágrimas en mis ojos cada vez que me cruzaba con él en el pasillo. No dejaba de mirarme con mala cara, pero no podía evitarlo.

Si me sentía tan triste, no podía imaginarme cómo se sentiría Roman. Lo que me trajo de vuelta a la pregunta original que había estado pensando en mi camino a la oficina, que era la razón por la que no había oído de él.

Nos amábamos. Seguramente, parte de darle a una relación real una oportunidad honesta era trabajar en cosas como esta con la otra persona. Tenía que ser así. Roman era el que se seguía refiriendo a sí mismo como mi novio, y desde nuestras mutuas y múltiples declaraciones de amor, supuse que estábamos de acuerdo sobre el deseo de permanecer juntos y estar en una relación real.

Me puse las gafas de sol en la cabeza cuando entré en el ascensor y me froté los ojos cansados. No tenía la energía para todos estos juegos de adivinanzas hoy. Necesitaba hablar con Roman. Que se fuera al carajo el esperar la marca de las catorce horas. Fue una idea estúpida de tener en primer lugar. Lo llamaría en cuanto llegara a mi oficina.

Varios de mis colegas se me unieron en el ascensor cuando subía. Mary, una rubia con un problema de chismes, hablaba tan alto que todos los que estaban alrededor podían oírla.

—El señor Burnett no está en la oficina hoy. Creo que es la tercera vez que se toma el día libre desde que empecé aquí hace casi una década.

—¿Crees que está bien? —preguntó otra chismosa igualmente bocazas, con un ceño fruncido muy poco sincero que le estropeaba los rasgos.

—Espero que sí. No sé qué haríamos aquí sin él.

Señora, pronto lo descubrirá.

Me mordí la lengua durante el resto del viaje, queriendo decirles a todos que se callaran porque no sabían de qué estaban hablando. Sabía lo que íbamos a hacer sin él aquí cuando llegara el momento. Íbamos a seguir a otro excelente líder Burnett.

Siempre que ese líder estuviera dispuesto a volver, y no odiara tanto a la compañía y a todo lo que representaba que se negara a ser nombrado Director General. No parecía muy contento con la empresa hace un par de semanas cuando lo escuché hablar con algunos de los gerentes de inversión.

Sin embargo, el diagnóstico del señor Burnett lo haría regresar. Estaba segura de ello. Explicaba por qué lo había removido como Director Financiero en primer lugar, y ese fue el movimiento que hizo que Roman se quebrara.

Roman.

Cuanto más pensaba en él, más urgente era mi necesidad de hablarle. Cuando llegamos a mi piso, sentí que había un elefante sentado en mi pecho. Necesitaba escuchar su voz para asegurarme de que estaba bien, más de lo que necesitaba respirar.

Tan pronto como cerré la puerta de mi oficina, dejé mi bolso en el suelo y me agaché a su lado para buscar mi teléfono; ni siquiera esperé hasta que pudiera hacerlo todo en la comodidad de mi escritorio. Una vez que tuve la cosa en la mano, saqué su número y lo sostuve en un puño mortal contra mi oreja.

Sonó tres veces. Perdí la cuenta después de eso, pero pronto me quedó claro que no iba a responder.

Cuando al fin escuché el hermoso y melódico sonido de su suave y profunda voz, era su buzón de voz diciéndome que dejara un mensaje. No lo hice. Este no era el tipo de temas que puedes dejar un mensaje.

Recogí mis cosas del suelo en un pesado suspiro y me instalé detrás de mi escritorio. Pero por mucho que lo intentara, no pude terminar el trabajo. Eventualmente, me di por vencida. Si intentaba trabajar en algo ahora, lo iba a arruinar. Y los errores en esta industria costaban millones, si no miles de millones. Obviamente, era preferible no hacer nada, así que cogí el teléfono y llamé a Regina en lugar de costarle a alguien millones de dólares.

Ella respondió después de los primeros timbres.

—¡Mee! Mi Directora Financiera favorita. ¿A qué debo el placer de una llamada en horas de trabajo?

—¿Puedes hablar?

Por favor, di que sí. Por favor, di que sí.

—Seguro. —*Gracias a Dios*—. ¿Qué pasa? Suena como si tuvieras un colador en la garganta. ¿Qué está pasando por allá?

Me mordí el labio inferior, preguntándome cómo describir la situación de la mejor manera.

—Creo que la embarré. De verdad.

—Oh, amiga. —Suspiró, y oí una puerta que se cerraba—. Háblame, ¿qué hiciste?

—Veamos. ¿Quieres la historia larga o la versión para la prensa?

—Hmm. —No dudó más de un latido—. La larga. Cuéntamelo todo. Ya me quité los zapatos y cerré la puerta de mi oficina. No tengo otra reunión en horas. También tengo una taza de té llena, así que dime.

Agradeciendo a mis estrellas de la suerte por tener a una mejor amiga como Regina, me lancé y le conté todo. Una vez que derramé mis tripas y estuvieron tiradas, rotas y sangrando en el suelo, Regina se aclaró la garganta.

—Así que déjame entender esto. Descubres que el padre de tu novio se está muriendo, pero tu novio no lo sabe, y no se lo dices. En vez de eso, orquestas una reunión para ellos en un lugar que ambos tienen sagrado cuando sabes que no habla con su padre, ¿y ahora esperas que no se hayan matado el uno al otro?

—Más o menos. —Me senté en mi silla, dándole vueltas para mirar el horizonte de la ciudad y deseando que los teléfonos aún tuvieran cables para tener algo que envolver alrededor de mi dedo. O mi cuello—. Cuando lo dices así, suena muy mal. Debí haberle animado a devolver las llamadas de su padre, ¿verdad?

—Probablemente. Pero por otro lado, noticias como esa tienen que ser entregadas cara a cara, por lo que tendrían que haber terminado en la misma habitación en algún momento. Además, tal vez Roman no te ha llamado y no contesta tus llamadas porque se reconciliaron y está con su padre.

La esperanza se elevó hasta mi corazón.

—¿Tú crees?

—Es una posibilidad.

Mi puerta se abrió una grieta, y la cabeza de mi asistente entró.

—Tu hermano está aquí para verte.

Así como así, la esperanza murió y se marchitó, sintiéndose como una piedra que se forma en mi estómago.

—Voy a tener que llamarte luego, Regina. Lucas está aquí.

Le dije a mi asistente que lo dejara entrar y, con la promesa de llamar a Regina con cualquier noticia que Lucas me diera, terminé la llamada con ella.

—¿Qué pasó con Roman ayer? —preguntó mi hermano, entrando en la habitación con una expresión tormentosa en sus usualmente brillantes ojos verdes.

Conocía bien esa expresión, era la misma que veía en el espejo cuando estaba muy enojada y buscaba a alguien a quien culpar.

—¿Qué te dijo? —Levanté la barbilla, negándome a ser intimidada o culpada.

Hice lo que creí que era mejor, un intento desesperado de hacer que Roman mirara a su padre a los ojos para que supiera que su tiempo estaba llegando a su fin. Quizá había mejores maneras de hacerlo, pero me mantendría firme en mi decisión. Estaba de acuerdo con Regina. Este no era el tipo de cosas que se discuten por teléfono.

Lucas cruzó sus brazos sobre su pecho, estirando su traje sobre los bíceps que realmente eran notables para alguien que pasaba todo el día trabajando en una oficina. Tenía que averiguar qué hacía para mantenerse en forma.

—Me dijo que no quería ver a su padre, y tú le obligaste a hacerlo de todas formas —reclamó Lucas—. Aparentemente, lo engañaste para que lo hiciera. ¿Qué carajo, Lia?

—¿Está molesto conmigo?

Mi corazón palpitaba. Odiaba lo pequeña que era mi voz, pero él confirmó mis peores temores.

—¿Qué crees tú? —tronó, echando las manos a los lados—. Por supuesto que está molesto, y es tu culpa. El hombre ha hecho de su vida un infierno durante años, y ahora que finalmente se ha liberado de todo eso, su propia novia lo engaña para que vuelva a un ring de lucha en el que no tenía ningún interés en estar.

Con que así era el sentirse como una absoluta basura.

—No quise engañarlo. Bueno, quiero decir, lo hice...

Lucas se desplomó en el asiento frente a mí.

—¿Qué pasó? Pensé que lo amabas.

—¡Lo amo! —exclamé—. Es exactamente por eso que lo hice. ¿Recuerdas la amiga de la que te hablé el otro día? No es una amiga que descubrió que la madre de su novio está enferma, Lucas. Descubrí que el señor Burnett está enfermo. Tiene cáncer de pulmón. Está muriendo, y Roman no lo sabe porque se niega a hablar con él.

Lucas palideció visiblemente, la ardiente lucha se drenó de él a un ritmo asombroso.

—¿Paul se está muriendo?

—Sí. —Asentí—. No sabía qué más hacer. No quería que sintiera que lo había engañado. Solo quería ponerlo cara a cara con su padre para que le dijera lo que estaba pasando.

Sus ojos se entrecerraron mientras pensaba.

—Si no hablabas de una amiga, ¿significa que Paul te pidió que no se lo dijeras a Roman?

—Quiere ser él quien se lo diga, y no me corresponde a mí decirle cuándo me hizo prometer no hacerlo. —Mis hombros se desplomaron—. No sabía qué más hacer. No quería hacerle daño, Lucas. Te lo prometo. Lo amo.

—Bien, mira —dijo después de hacer una pausa de un minuto. Apoyando los codos en sus rodillas, juntó las manos entre ellas y me miró fijamente a los ojos—. Entiendo que estabas en una posición imposible, no estoy molesto contigo; pero Roman sí, y entiendo por qué se siente así. Así que si lo amas, tendrás que arreglar las cosas con él, hermana.

—Lo haré —susurré—. No sé qué le diré porque no sé si su padre le dio la noticia después de todo, pero lo arreglaré de alguna manera. Lo prometo.

Lucas asintió, yendo a darme un abrazo inesperado antes de caminar hacia mi puerta.

—Sé que lo harás. Eres una buena persona, Lia. Buena suerte. Siento tener que irme, pero tengo una reunión en el edificio de al

lado que empieza en unos diez minutos. Llámame más tarde si me necesitas.

Asentí en silencio y lo vi irse.

Me desplomé en mi silla, y recuperé mi teléfono del escritorio donde lo había puesto cuando Lucas irrumpió. Presioné el botón para llamar a Roman, escuchando como sonaba y sonaba, y seguía sonando.

No respondió.

Parecía que me había unido a su padre en su lista negra, y eso me rompía el corazón.

Capítulo Cincuenta Y Nueve

ROMAN

Cerrando la tapa de mi maleta mediana, la llevé hasta la puerta de mi apartamento mientras me desplazaba por los vuelos en mi teléfono. Lucas tenía razón; necesitaba unas vacaciones, necesitaba escapar. Pensaba planificar un viaje con Lia, pero ahora mismo, necesitaba alejarme de ella.

De ella, de mi padre, y de Nueva York. Solo necesitaba alejarme.

Apenas pegué un ojo después de llegar a casa la noche anterior. La conversación con mi padre se repetía una y otra vez en mi cabeza. Bueno, llamarla conversación fue probablemente una exageración ya que no le dejé decir ni una palabra.

Pero no podía dejar de pensar en todo lo que le dije, casi deseé haberlo dejado responder para saber lo que tenía que decir en su defensa. Aunque era muy improbable que dijera otra cosa que no fuera cómo mi arrebato demostraba su punto sobre mí. Que era inmaduro y que debería haber sido capaz de enterrar todos esos sentimientos que tenía como un hombre que era.

Enterrar, mi trasero.

En mi opinión, a los hombres también se les permite sentir cosas. No éramos todos unos bastardos sin corazón como todos los de su generación parecían serlo. Bueno, para ser justos, probablemente no todos. Solo mi padre y todos sus amigos.

Además, lo mantuve enterrado el tiempo suficiente. Era hora de que saliera, y ahora que lo hacía, me preguntaba por qué demonios había esperado tanto tiempo.

Repetí mi arrebato una y otra vez en mi cabeza, recordando otras cosas que debí haber añadido y deseando que hubiera una forma de volver a decirlo todo.

Sin embargo, fue sobre todo Lia la que me mantuvo despierto. Me mintió. Todavía no sabía por qué lo había hecho. En el transcurso del día me llamó un par de veces, pero no quería hablar con ella.

Me mintió por razones aún desconocidas, pero la amaba de verdad, y no quería decir algo de lo que me arrepintiera después.

Tan enojado y confundido, no había decidido aún qué hacer al respecto.

Una relación construida sobre mentiras estaba condenada al fracaso. Si así era como actuaba en las relaciones románticas, no quería continuar en una con ella. Por otro lado, conocía a Lia; la conocía mejor que a nadie sobre la faz de la tierra, excepto quizás a su hermano, y sabía que tenía un buen corazón. Por encima de todo, Lia Vang no era una mala persona... A menos que me hubiera engañado todo este tiempo.

Generalmente me enorgullecía de ser un buen juez de carácter. ¿Era posible que la lujuria y el amor nublaran tanto mi juicio que la malinterpretara por completo? Supuse que podía serlo, dado lo mucho que la deseaba al principio y lo mucho que la amaba ahora.

Sacudiendo la cabeza, decidí no obsesionarme más con ello e ir a algún lugar con cócteles y una playa. Eso era lo que necesitaba ahora mismo. Quizás Florida o California. O incluso Hawai.

Forzado en mantener mi atención en el teléfono para poder encontrar un vuelo a la playa, vi uno directo a Hawaii que partía en unas tres horas. Perfecto.

Era suficiente para conseguir un Uber, llegar al aeropuerto y tomar un par de copas en el salón antes de embarcar. Eso sonaba como el cielo.

Con mi asiento reservado, abrí la aplicación Uber y pedí un vehículo de lujo. Derrocharía un poco. No era algo de lo que tuviera costumbre, pero me sentía bien haciéndolo ahora. Había pasado por un tumulto de locura las últimas veinticuatro horas, así que quería sentarme, relajarme, y no tener que preocuparme por cosas menores como la logística o el auto averiado.

Guardando el teléfono en el bolso de mi portátil, me fui a la acera de mi edificio. Cuando levanté la vista, había un auto familiar justo delante de mí. El de Lia.

Por lo que parecía, acababa de aparcar. No pareció haberme visto todavía, pero en cuanto salió, sus ojos se posaron en los míos. Su mirada estaba concentrada, intensa, preocupada.

Mi columna vertebral se endureció. Conocía esa mirada. Era su mirada de "vamos a hablar de ello ahora mismo".

Desafortunadamente para ella, hablar de ello ahora mismo era lo último que quería hacer.

Cruzando mis brazos, levanté mi barbilla desafiante y no dije una palabra mientras la veía marchar hacia mí. Parecía como si estuviera esperando que yo abriera los brazos, pero no lo hice, así que terminó deteniéndose a un par de metros.

—¿Estás bien? —preguntó sin dudarlo, a pesar del desafío que sabía que veía en mi expresión. Cuando no le respondí, sopló un aliento exasperado—. ¿Así que así es como va a ser ahora? ¿Tendremos la ley del hielo?

—No tengo nada que decirte. —Claro que sí lo había, pero existían muchas posibilidades de que terminara diciendo algo de lo que me arrepintiera, y el propósito de mi viaje sería arruinado—. Y si estoy o no bien, no es de tu incumbencia.

Al endurecerse la mandíbula, su mirada se dirigió a la maleta con ruedas que estaba a mi lado.

—¿Vas a alguna parte?

—No, simplemente disfruto empacando algunas de mis cosas y arrastrándolas por la ciudad conmigo. —Bueno, ahora estaba siendo un idiota. Las lamentables palabras que no quería decir ya estaban saliendo. Soltando un suspiro superficial, me recompuse—. Solo me iré por un par de días, ¿de acuerdo? No es gran cosa. Lucas lo sugirió, y creo que es una buena idea.

—¿Ibas a decírmelo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Para ser honesto, probablemente no.

Lia levantó sus ojos a los míos.

Hasta este momento, ella no había planeado ceder ni un ápice, lo vi tan pronto como salió del auto.

Sin embargo, también vi el momento en que cambió de opinión.

—Solo escúchame, por favor. Prometo que puedo explicarlo.

—Me mentiste. —Me puse en ello, sintiendo la misma puñalada de traición que sentí cuando vi a mi padre en el tejado anoche—. Y eso es todo lo que necesito saber.

—Entiendo por qué te sientes así. De verdad lo entiendo. Pero hay cosas que no sabes. Circunstancias atenuantes, si quieres verlo

así. Tenía que llevarte a él. Me habló de ti el otro día en su oficina. No contestabas sus llamadas, y realmente necesita hablar contigo.

Me reí sin humor.

—No te creo. Si hablara de mí, sabrías que solo necesitaba hablar conmigo para recordarme lo decepcionante que soy para él. No ha conseguido su dosis en un par de semanas.

—No es así —protestó, levantando las manos para frotarse la cara—. Me... Me contó que solía invitarte a ver un partido de fútbol con él todo el tiempo. No dejabas de decir que no, así que finalmente te arrinconó diciéndole a su conductor que aparcara fuera de un partido de la liga infantil cuando volvían de una reunión.

—Eso nunca... —Me detuve cuando mi cerebro se puso al día—. ¿Cómo te enteraste de eso? Solo mi padre y yo lo sabíamos.

—Por él —respondió con suavidad—. Me lo contó. ¿Podríamos por favor no tener esta conversación en la calle? Deja que te lleve a cenar. Te contaré todo lo que dijo. Solo... por favor, ¿ven conmigo?

Me quedé callado durante un largo minuto antes de que finalmente me decidiera.

—Solo tengo una hora antes de que tenga que llegar al aeropuerto para mi vuelo.

El fantasma de una sonrisa tocó su cara.

—Puedo trabajar con eso.

Fuimos a un lugar mexicano cercano y encontramos una mesa tranquila en un rincón oscuro antes de pedir nachos y cerveza a una camarera de aspecto tenso.

—Enseguida.

Lia se inclinó hacia adelante mientras la camarera se retiraba, haciéndome desear poder llamar a la mujer de nuevo. No estaba listo para hablar, pero había decidido escucharla. Si iba a pasar los próximos días intentando superar lo sucedido, me ayudaría tener su versión de la historia.

Empezó a contarlo en voz baja, casi como si no estuviera exactamente segura de qué decir. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría pensado que se lo estaba inventando sobre la marcha, por lo cuidadosa que era al elegir sus palabras y lo lento que las decía, pero ella no era una persona cualquiera.

Era Lia, mi gatita. La mujer que amaba.

—Hace unos días, estuve en la oficina de tu padre. Estábamos hablando, y entonces empezó a hablarme de ti. De lo orgulloso que estaba y de cómo solo te presionaba porque quería que fueras un hombre mejor que él.

Sus palabras me golpearon más fuerte que un tren de carga fuera de control, a toda velocidad impactando directo en mi pecho.

—No puedes hablar en serio.

—Lo estoy —insistió, implorándome que le creyera—. Quería reconectarse contigo, como yo quería hacer con Lucas. Tú me ayudaste con él, y yo quiero ayudarte también. Tu padre dijo que no sabía cómo hacerlo, así que pensé que tal vez podría ayudar.

—Me ayudaste engañándome para que lo viera, cuando nunca fui nada más que honesto contigo y con Lucas. Salí del armario y les dije a ambos lo que estaba pasando. —No era una pregunta—. Pero entiendo lo que dices. La situación te golpeó, y sentiste que no tenías elección.

—Exactamente —susurró Lia, y una sonrisa genuina se extendió en su cara mientras alcanzaba mi mano, pero cayó como una piedra cuando me alejé de su alcance. Simplemente no estaba allí todavía.

—Entiendo eso, pero voy a necesitar algo de tiempo, ¿de acuerdo?

—Bien —aceptó, aclarando su garganta y parpadeando cuando la camarera entregó nuestro pedido.

Me comí la mitad del plato. Lia solo picó de la otra mitad, mirándome atentamente todo el tiempo.

—Tengo que irme o perderé mi vuelo —dije, sonriendo con disculpas mientras tomaba una servilleta, me limpiaba la cara y sacaba mi billetera del bolsillo.

El pánico se apoderó de sus rasgos.

—No. No puedes irte, no ahora.

—¿Por qué no? —Había algo en la forma en que se veía, algo en lo salvaje de sus ojos y la desesperación en su voz. Prometió que me lo contaría todo si venía a cenar con ella. Claramente, me había vuelto a mentir—. ¿Qué pasa, Lia? ¿Qué más estás manteniendo en secreto?

Abrió y cerró su boca como un pez fuera del agua. Justo cuando parecía que finalmente había formado una frase coherente, mi teléfono sonó con un número desconocido. Manteniendo mis ojos entrecerrados en los suyos, lo apreté contra mi oído.

—¿Hola?

—Sí, ¿habla el señor Roman Burnett? —preguntó una voz recortada sobre lo que sonaba como un pitido de monitor de signos vitales al fondo.

El miedo llenó mi estómago de la nada.

—Él habla. —Mi voz se puso tensa.

Instintivamente, supe en ese momento que algo estaba muy, muy mal.

—Llamo del Hospital Metropolitano de Nueva York —dijo la voz—. Tenemos a un tal señor Paul Burnett aquí. Usted está listado como su contacto de emergencia. Es imperativo que llegue al hospital tan pronto como pueda, señor. Me temo que algo le ha pasado a su padre.

Capítulo Sesenta

LIA

La mirada en la cara de Roman mientras escuchaba lo que le decían por teléfono no se parecía a ninguna que yo le hubiera visto antes; lo cual decía mucho, ya que había estado estudiando cuidadosamente sus reacciones desde que era preadolescente, y recién comenzaba a darme cuenta de que los chicos no tenían piojos.

Pasó de la ira, a la molestia y la sospecha sobre qué más podría haberle ocultado, a la conmoción, la aprensión y, lo peor de todo, el miedo. La combinación dejó una máscara en blanco en su lugar que me asustó mucho.

Era casi como si hubiera sentido tantas cosas en tan poco tiempo, que simplemente se apagó. Y eso, más que nada, me hizo conectar los puntos.

Paul.

Algo había sucedido, y esa llamada era para que Roman lo supiera. Mi corazón palpitaba, sus esporádicos latidos golpeaban en mis oídos. De repente sentí como si alguien tuviera sus manos alrededor de mi cuello, asfixiándome y cortando mi suministro de aire.

No importaba lo mucho que lo intentara o lo profundo que tragara, sentía que mis pulmones se negaban a expandirse. Viajé una década atrás, hasta la noche en que recibí la misma llamada que él acababa de recibir. Los recuerdos volvieron con rapidez, amenazando con hundirme.

No me permitía pensar en esa noche muy a menudo. Nunca terminaba bien para mí, y de todas formas no ayudaría en nada. Claro, pensaba en mis padres todo el tiempo, en todas las veces que hice el desayuno con mamá los sábados, y en el sonido del auto de papá cuando volvía a casa cada noche.

Pensaba en el millón de risas que compartimos, los recuerdos que hicimos, e incluso las peleas que tuvimos; pensaba en ellos vivamente. Sin embargo, nunca pensaba en la noche en que nos

enteramos de que ya no estaban, o en la llamada que recibimos del hospital diciéndonos que teníamos que ir. Esos recuerdos eran demasiado dolorosos.

Mirando a los ojos de Roman, no podía dejar de sentir ese dolor. Estaba sentado justo delante de mí, sin el brillo habitual en sus ojos. Quería mirar hacia otro lado. Por mucho que jurara que nunca me cansaría de mirar a esos ojos, no quería ser parte de ello esta noche.

Pero no podía apartar la vista.

Su dolor era mi dolor, y lo sentía tan agudamente como si fuera mi corazón el que acababa de ser arrancado y destrozado ante el conocimiento de que nada volvería a ser lo mismo.

Cuando bajó el teléfono, parecía aturdido.

—¿Qué pasó? —pregunté, pero ya le estaba haciendo señas a la camarera para que nos diera la cuenta y me levanté. Le pagaría al salir.

Roman miró fijamente al frente, sus movimientos bordeaban lo robótico mientras se ponía de pie.

—Era del hospital. Es mi padre. Tengo que ir allí. Ahora.

—Voy contigo.

Estaba preparada para una discusión al respecto, dada la conversación que tuvimos hace dos minutos, pero nunca llegó. En su lugar, Roman asintió y me tomó la mano, solo paró un momento para que pudiera pasarle a la camarera el pago, prácticamente al salir por la puerta.

El hospital olía exactamente igual que el de Texas la noche que Lucas y yo atravesamos las puertas para recibir las peores noticias que cualquiera de los dos había recibido. No había vuelto al hospital desde entonces. Por fortuna, no me enfermaba muy a menudo, y cuando me enfermaba de gripe, iba al consultorio del doctor. Evitaba los hospitales como la peste, incluso los que estaban en estados completamente diferentes.

La prisa por llegar a la habitación de Paul resultó en un borrón de pasillos blancos estériles y máquinas que sonaban en algún lugar a la distancia. Las enfermeras se apresuraban a pasar, y el olor del

café rancio, la comida preparada a granel, y el simple hospital penetró en mis sentidos.

Solo nos detuvimos una vez que estuvimos frente a una puerta blanca anodina con un número de habitación. La mano de Roman, la que no estaba todavía agarrada a la mía, descansaba en el marco de la puerta. Esta tenía que ser la habitación de Paul.

No podía entrar ahí. No me correspondía estar en esa habitación, mucho menos con todo lo que había entre nosotros en este momento: la mentira, mi secreto, el engaño…

—Te esperaré aquí.

Se giró inclinando la cabeza, sus ojos golpearon los míos con un millón de preguntas.

—Dijiste que vendrías conmigo.

Bueno, tenía razón. Yo dije eso. Quise decir que iría con él al hospital, pero no podía dejarlo solo ahora. No si realmente me quería con él, lo cual parecía que hacía.

—Está bien.

Sin decir una palabra más, abrió la puerta y me tiró con él. Respiré hondo ante la vista que nos esperaba al otro lado.

Paul estaba acostado en una cama de hospital, con una pared de monitores detrás y alrededor de él. Tan grande como era, estaba empequeñecido por la cama y las máquinas que lo rodeaban. Había tubos que salían de lo que parecía ser cada parte de su cuerpo, conduciendo desde su frágil y pálido cuerpo a la multitud de aparatos electrónicos que aparentemente lo mantenían vivo.

Roman también se detuvo. Un sonido entre un gemido de dolor, indecisión e incredulidad se le escapó.

—¿Qué carajo?

Su murmullo bajo hizo que un hombre con un abrigo blanco parado al lado de la cama mirara hacia arriba. Ni siquiera lo había notado parado allí por todo el equipo que lo rodeaba.

Aclarando su garganta, extendió su mano hacia Roman.

—Usted debe ser el hijo del señor Burnett. Soy el doctor Christie, el oncólogo de su padre.

—¿Su... oncólogo? —La voz de Roman estaba ronca, apenas un graznido—. ¿Por qué tiene un...?

En el momento en que se dio cuenta de la verdad, sentí que el agarre de hierro que había mantenido en mi mano se aflojó por solo una fracción de segundo antes de que se apretara más que nunca. No lo podía ver, ya que estaba a mi lado; pero podría jurar que lo sentí tambalearse ligeramente cuando le llegó la noticia.

—¿Cuál es su pronóstico? —Casi susurró, mirando al doctor a los ojos.

Si el doctor Christie se dio cuenta del tamaño de la bomba que había arrojado sin querer sobre Roman, no lo dijo.

Se pasó una mano por el cabello canoso, pero no hubo nada de casual en el gesto. No conocía al doctor, pero reconocía las señales cuando las veía. Delante de mí había un hombre que estaba a punto de dar una noticia muy mala. Las líneas de su rostro parecieron profundizarse ante mis ojos, una exhalación raída y una suave sacudida de su cabeza confirmaron mis temores.

—Su padre está en soporte vital —dijo. Al menos tuvo la decencia y probablemente los años de experiencia que permitieron que su voz se mantuviera firme y que su mirada se fijara en la de Roman. No iba a darle falsas esperanzas, o a hacer promesas que sabía que no iba a poder cumplir—. Por el momento, estas máquinas es lo único que lo mantienen vivo.

Esta vez, definitivamente sentí que se balanceaba. Me agarró la mano tan fuerte que parecía que se iba a caer. El doctor lo miraba expectante, pero Roman no dijo una palabra.

Finalmente, intervine.

—¿Podemos tener un minuto?

—Por supuesto. —El doctor Christie sonrió amablemente—. Tómense el tiempo que necesiten. Volveré para las rondas más tarde y otra vez por la mañana. La estación de enfermeras tiene mi número por si necesitan contactarme antes. ¿Y señor Burnett?

Roman lo miró con una mirada aturdida y totalmente incrédula en sus ojos, pero aun así no dijo una palabra.

El doctor Christie le alcanzó el hombro y lo apretó.

—Siento lo de su padre. De verdad. Desearía haberle dado mejores noticias ahora que lo conozco.

Roman solo asintió, pero pude ver que se había aferrado a las mismas palabras que yo.

«Ahora que lo conozco».

El señor Burnett debió hablarle al doctor Christie sobre su hijo, como lo hizo conmigo. El conocimiento se hundió en Roman, causando que se hundiera en una silla cercana como si sus rodillas no pudieran sostenerlo más. Recordé lo que se sentía, y sabía que era mejor no preguntar.

Durante lo que pareció una eternidad, Roman luchó con algo. Cuando sus ojos al fin se encontraron con los míos, estaban llorosos y teñidos de rojo.

—En el techo la otra noche, me dijo que me amaba. Yo no le respondí nada.

Demonios.

Me giré para poder mirarlo desde el asiento de al lado, asegurándome de que me escuchara.

—No es demasiado tarde para decírselo ahora. No es demasiado tarde para decirle todo lo que quieras que sepa. Quizá no pueda responder, pero puede oírte, Roman. Hay miles de estudios que lo dicen. No es demasiado tarde.

Asintió, pero no parecía que me creyera.

Dando un apretón de manos antes de soltarlo, me levanté.

—Voy a buscar un café. Volveré pronto, ¿de acuerdo?

Volvió a asentir, sin moverse en absoluto. Cerré la puerta detrás de mí y busqué una señal que me indicara la dirección de una cafetería o una máquina de café, aunque no necesitaba tanto la cafeína como una excusa para darle un tiempo con su padre.

Vi lo que se parecía sospechosamente a una de esas máquinas que pueden hacer casi cualquier bebida caliente que haya existido, ubicada al final del pasillo. Me dirigí hacia ella, pero me detuve abruptamente junto a la ventana de la habitación de Paul cuando vi a Roman sosteniendo la mano de su padre, sus labios moviéndose y una sola lágrima cayendo por su mejilla.

Una triste sonrisa se extendió en mis labios. Lo que le dije fue en serio. Creía plenamente que no era demasiado tarde. Solo deseaba que no hubiera llegado a esto.

Después de tomar dos cafés, encontré un asiento cerca de la puerta y esperé a que Roman saliera, sin querer interrumpirlo.

Unos minutos después, la puerta se abrió y Roman salió, mirando de un extremo a otro del pasillo hasta que me vio. Levanté el café que serví para él, y lo tomó hundiéndose en la silla junto a la mía.

—No puedo dejarlo ir, gatita. No ahora, no de esta manera. Simplemente... no puedo.

—Bien —respondí simplemente. Sabía lo que tenía que hacer, recordando lo que había necesitado en sus zapatos—. Voy a ir a tu casa y te conseguiré algunas cosas para pasar la noche aquí. También haré que las enfermeras te traigan un catre. No tienes que dejarlo ir ahora mismo, y tampoco tienes que ir a ningún sitio.

Silencioso otra vez, Roman apoyó su cabeza en mi hombro por un momento. Después de darme un suave beso en la clavícula, volvió a la habitación y cerró la puerta tras él.

Me puse en modo de negocios. Necesitaba hacer lo que había que hacer, y luego tenía que volver aquí para estar con él. Para apoyarlo y acompañarlo en lo que necesitara. Por fortuna, todavía era sábado, y lo que fuera que tuviera que pasar en el trabajo podría esperar al menos otro par de días.

Primero lo primero.

* * *

El apartamento de Roman estaba oscuro cuando llegué, arrastrando su maleta de ruedas detrás de mí. Dejé el contenido en su cama, notando que había empacado para la playa. Me rompió el corazón pensar que hace unas horas se habría ido de vacaciones y ahora estaba en el hospital esperando que su padre respirara por última vez.

Apagué los pensamientos, si me dejaba por ellos, nunca volvería al hospital. Cuadrando mis hombros, me acerqué a su cómoda y cogí unos cuantos pares de jeans que sabía que le gustaban.

En el fondo del cajón, mis dedos rasparon algo brillante. Levantando los jeans, vi una fotografía de Roman y su padre de

hace años. Era amarilla y vieja, mostrándolos junto a un lago con cañas de pescar.

Mi corazón se hundió hasta mis pies. A pesar de lo que Roman dijo de su padre, aparentemente su relación con él le importaba mucho más lo que yo pensaba.

Capítulo Sesenta Y Uno

ROMAN

La mano de mi padre estaba helada en la mía. Su pecho se elevaba y caía en respiraciones simuladas, y su piel era de un gris enfermizo bajo las luces de la habitación. Las máquinas zumbaban y sonaban, pero yo apenas estaba consciente de los sonidos.

Durante veintisiete años, el hombre que estaba en la cama delante de mí había sido mi martirio. Me presionó cada segundo de cada día, y nunca aceptó un "no" o un "estoy cansado" como respuesta. Si obtenía el ochenta por ciento en un examen, me preguntaba adónde se fueron los otros veinte. Si quedaba en segundo lugar en el debate, me decía que me enfocara con la preparación la próxima vez. Era lo mismo con todo lo demás.

Sin importa lo que hiciera, o lo bien que lo hiciera, parecía que nunca era lo suficientemente bueno. Nunca cumplí sus expectativas. Siguió presionando y presionando, y finalmente, empecé a retroceder.

Fue así durante años. Desde mucho antes de que fuera a Harvard o viniera a Nueva York a trabajar para él. En muchos sentidos, parecía que siempre había sido así. De vez en cuando, había un alto al fuego, pero eso era todo lo que era. Una pequeña ventana de tiempo en la que hacíamos una pausa y nos tomábamos un momento para recuperarnos antes de volver a la guerra.

A pesar de todo eso, el hombre que estaba en la cama del hospital delante de mí también era mi padre. Siempre lo había sido, y siempre lo sería. A pesar de los empujones y la constante guerra de palabras entre nosotros, iba a echarle de menos cuando se fuera.

Cuando se fuera...

Jesús. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Cómo carajo habíamos llegado aquí? ¿Cómo estaba tan enfermo que las máquinas a mi alrededor eran lo único que lo mantenía vivo cuando yo ni siquiera sabía que estaba enfermo?

No tenía sentido, excepto porque intentó hablar conmigo tantas veces durante las últimas semanas. Las llamadas, el ser convocado a

su oficina, lo del tejado… Demonios.

Agarrando su mano, luché contra el agudo escozor de las lágrimas que había detrás de mis ojos.

—Siento no haber contestado a tus llamadas, papá. En el tejado la otra noche, siento no haberte dejado hablar. Siento haber vomitado toda esa basura que ahora parece tan mezquina a la luz de lo que obviamente querías decirme. Sé que no hago ninguna diferencia ahora, pero lo siento muchísimo.

Una parte de mí esperaba que abriera los ojos, que respondiera, que me dijera que estaba bien. Pero no lo hizo, y no lo haría. Si lo que el doctor dijo era correcto, nunca volvería a abrirlos.

—Cielos, papá. Ojalá pudiera tener otra oportunidad de hablar contigo en el tejado, pero sé que no la tendré. El doctor dice que estás muy enfermo. Siento no haber dejado que me lo dijeras. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto solo. No tengo ni idea de cuáles son tus deseos, pero no creo que pueda dejarte ir. Todavía no. Solo lucha por mí, ¿de acuerdo? El Señor sabe que ya has pasado suficiente tiempo luchando conmigo, como yo lo he hecho contigo. Ahora te pido que luches por mí.

Seguí hablando con él, diciéndole todo lo que se me ocurría. Le hablé de Lia y de lo mucho que la amaba. Le dije que me pasaba el día sin hacer nada y que lo odiaba. Incluso le hablé de Hawai. Seguí hablando, esperando que algo que dijera lo trajera de vuelta a mí.

Un tiempo después, oí una ráfaga de voces fuera de la puerta. Sintiéndome rígido y lento cual anciano en un geriátrico, me puse de pie para ver lo que estaba pasando. El doctor Christie estaba afuera, hablando con un montón de enfermeras y doctores. Recordé vagamente que dijo algo sobre las rondas.

Era difícil de creer que todavía era sábado. Solo había estado aquí en este lugar olvidado por Dios durante unas horas, pero parecían días, semanas.

El doctor Christie me vio parado en la puerta y me saludó.

Salí, cerrando la puerta con firmeza detrás de mí antes de cortar lo que estaba a punto de decir.

—Háblame de mis opciones. Tienen que haber opciones.

Suspirando, sacudió la cabeza cansadamente.

—Me temo que ya no quedan más. Su padre dio una buena pelea, joven.

—No. —No había forma de que nos quedáramos sin opciones. Mi padre tenía más dinero que la mayoría de los países pequeños en un año. Simplemente no había manera. Solo porque yo era un "joven" no significaba que iba a dejar que me dijera eso—. El dinero no es un problema, doctor. No me importa cuánto se necesite, solo haga lo que se necesite hacer.

Mi voz era plana, pero mis ojos seguramente me delataban. El doctor Christie vio mi enfadado despliegue de macho alfa con simpatía en sus ojos.

—No se trata de dinero, Roman. Nunca se trató de eso. Su padre no va a salir de esto. Solo hay dos opciones. Puede quitarle el soporte vital ahora o después.

—No le voy a quitar el estúpido soporte vital. —Me enfurecí al ver que este hombre tenía el valor de pararse frente a mí y decirme que no teníamos opciones—. Se le ocurrirá algo más, o haré que lo trasladen a otro hospital donde los doctores sean lo suficientemente competentes para hacer algo por sus pacientes.

El doctor levantó las manos con las palmas en alto, y se alejó de mí. Un hombre inteligente. Mis respiraciones venían duras y rápidas, tenía mis manos en puños a mis lados, y estaba bastante seguro de que mis fosas nasales incluso se habían abierto.

—Voy a tener que pedirle que se calme, señor Burnett. Sé que esto es...

—Usted no sabe nada. —Mi voz salió más fuerte y dura de lo que pretendía. Varias enfermeras de la estación y algunos de los otros doctores con los que había hablado antes se voltearon para mirarnos. No me importaba nada de eso—. No me diga que me calme. Mi padre se está muriendo, y usted se niega a tratarlo. ¿Cómo se supone que me voy a calmar con eso?

—No me niego a tratarlo. No hay nada más que la medicina humana pueda hacer por él. —El doctor Christie habló pacientemente, como si estuviera hablando con un niño—. Así que de nuevo, por favor cálmese, y podemos hablar de esto. Hay consejeros...

—No necesito un estúpido consejero. —Sentía que estaba a segundos de meterle el puño en su estúpida cara—. Lo que necesito es...

—Si no se calma, me veré obligado a llamar a seguridad. Esto es un hospital, hijo. No podemos tener a la gente enfurecida cuando otros están tratando de dormir y curarse.

Los bordes de mi visión se volvieron rojos.

—¿Curarse? ¿Me está jodiendo?

Me distraje con un suave, familiar y reconfortante toque en mi brazo.

—¿Roman? —Lia caminó a mi alrededor, deslizando su mano en la mía.

Así de fácil sentí la furia salir de mi cuerpo. Había sido tan absorbente que era todo lo que podía hacer para no derrumbarme cuando se fue.

—Gatita.

Mi voz era áspera, como si hubiera estado gritando durante horas.

Demonios, tal vez había necesitado calmarme.

Lia no se acobardó ante lo demente que seguramente me veía. No se alejó ante el sonido de mi respiración agitada ni ante la visión de que estaba a punto de perder el control.

Le dio al doctor una sonrisa suave.

—Lo siento, doctor Christie. Puede imaginarse el shock que esto ha sido para Roman. Por favor, no llame a seguridad. Vamos a ir a buscar un trago de agua y lo encontraremos más tarde.

El doctor Christie asintió una vez y luego se dio vuelta y fue a reunirse con la enorme multitud de gente en la estación de enfermeras.

Lia los ignoró, y se centró solo en mí.

—Ven, vamos.

Me tomó de la mano, me entregó una botella de agua y caminó conmigo en silencio. Dimos vueltas en el piso en el que estaba mi padre unas cuantas veces.

—Estoy segura de que Lucas te hablaba de eso en ese momento, así que probablemente ya lo sepas, pero mi madre estuvo con

soporte vital durante casi un año —dijo, y el dolor de su voz me atravesó—. Mi padre ya se había ido cuando llegamos al hospital, pero mi madre seguía allí. O eso creíamos. —Respiró profundo, apoyándose con su cadera en una pared junto a una ventana y mirando hacia fuera mientras seguía hablando—. La verdad es que ella ya se había ido cuando llegamos allí también. Nos negamos a creerlo. Nos dijeron que no había nada más que pudieran hacer, que ella ya no estaba realmente allí, pero nos mantuvimos firmes.

Apreté su mano y luego le envolví el brazo alrededor de los hombros. Pero ella no necesitaba que yo dijera nada; no podía decir nada de todos modos.

—Escuché algo de lo que el doctor Christie te dijo, Roman —continuó—. No hay nada más que puedan hacer por tu padre. La decisión de quitarle el soporte vital no va a ser más fácil. Todo lo que sucederá es que lo verás marchitarse ante tus ojos, manteniéndolo atrapado aquí cuando debería seguir adelante.

Se escuchó un gemido bajo y doloroso. Me llevó un segundo darme cuenta de que había salido de mí. Lia puso su brazo alrededor de mi cintura, inclinando su cabeza para mirarme a través de sus pestañas gruesas y negras.

—Quiero que hagas lo que es mejor para ti, pero tu padre sabía que ya era hora.

La verdad de sus palabras me golpeó como un pez mojado justo entre los ojos. Era jodidamente imposible de ignorar.

Seguimos caminando por otro par de minutos. Y antes de que me diera cuenta de adónde íbamos, estaba frente al doctor Christie. Estaba claro que el doctor me guardaba rencor por lo que había pasado antes; sin embargo, me miró atentamente, esperando con paciencia que dijera lo que había que decir.

Con un profundo y tembloroso suspiro, y un dolor cegador que me atravesaba el corazón, me enfrenté a una realidad que nunca esperé que fuera la mía.

—Bien, doc. Apaguemos las máquinas.

Capítulo Sesenta Y Dos

LIA

—Ha pasado una semana, Lucas. Una semana, y apenas lo he visto o he sabido de él. Estoy preocupada. Sé que dijiste que le diera espacio, pero no estoy segura de cuánto más puedo darle.—Sentada en la cocina de mi hermano, lo vi revolver huevos en una cacerola.

Cuando me invitó a desayunar, vine pensando que íbamos a salir. Nunca imaginé que quería decir que cocinaría para nosotros. Ni siquiera sabía que sabía cocinar.

Los dos nos fuimos acercando poco a poco, pero de forma segura. Esta semana, nos enviamos más mensajes de texto que nunca. Claro, fueron en su mayoría acerca del padre de Roman. Le hacía saber a Lucas lo que estaba pasando en el hospital, y luego fueron sobre el funeral. Nos mantuvimos al día y ayudamos a Roman sin verlo mucho. Pero seguía siendo comunicación, que era más de lo que podía decir de Roman esta semana. Y no es que lo culpara, por supuesto.

Lucas terminó con los huevos, poniéndolos en panecillos tostados con tiras de salmón ahumado y cebollino. Se me hizo agua la boca cuando tomó un plato y me lo entregó con una mirada contemplativa en sus ojos.

—Está de duelo ahora mismo. Eso es todo. Recuerda cómo era, necesitabas a la gente pero no sabías cómo llegar a ellas. Todo mientras que al mismo tiempo deseas que todo el mundo te deje en paz y te deje caer en el olvido.

Asentí, pensando en la época oscura que siguió a la muerte de mis padres.

—Lo recuerdo. Ojalá supiera qué hacer para ayudarlo.

—No hay nada que puedas hacer, excepto estar ahí para él —dijo Lucas, sonando más viejo que sus veintiocho años. Para ser justos, sin embargo, habíamos vivido un infierno en nuestras relativamente cortas vidas—. Hablando de eso, va a necesitar que le ayudes a superar esto. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Cómo puedo estar ahí para él cuando se niega a contestar el teléfono? No puedo aparecer en su puerta en un momento como este.

Lucas suspiró, sacudiendo la cabeza mientras tragaba un bocado.

—Conociendo a Roman, ni siquiera estoy seguro de que sepa dónde está su teléfono ahora mismo. Probablemente no lo ha tocado desde que necesitó hacer los arreglos. No es de los que se abren camino en las redes sociales tratando de sumergirse en las vidas de los demás como un escape temporal de la suya.

Mi mandíbula podría haber caído si mi boca no estuviera llena.

Engullendo apresuradamente, tragué un poco de agua.

—¿Cuándo te hiciste tan sabio para hablar de la gente que se sumerge en las redes sociales como un escape temporal de sus propias vidas?

Me echó una mirada.

—Tengo un cerebro, y vivo en este siglo.

Me reí alrededor de otro bocado y comí en silencio mientras reflexionaba sobre lo que había dicho.

—¿Así que crees que debería aparecerme en su casa?

—No sería la primera vez —dijo Lucas, y luego hizo un gesto de dolor como si recordara algo desagradable o doloroso—. No me digas lo que sea que harás para ayudarlo a superarlo, ¿de acuerdo?

Giré los ojos, frunciendo los labios.

—Está de luto, imbécil, como tú señalaste. No voy a ir allí a saltarle a los huesos.

Otro gesto de dolor.

—Por favor, no digas cosas como esas.

—Tú sacaste el tema —murmuré.

Lucas bebió a sorbos su agua.

—Solo porque he tenido que recordarles en repetidas veces que no me cuenten cosas sobre ustedes.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Te habló de... —Ni siquiera pude decir las palabras delante de Lucas.

Sacudió la cabeza rápido, con sus ojos tan abiertos como los míos.

—No le dejé. No te preocupes. Basta con decir que sé mucho sobre cuanto has llegado a significar para él, hermana mía. Así que termina tu desayuno, y ve allí. Tu novio te necesita.

Menos de una hora después, estaba en la puerta de Roman mirándolo a los ojos. Y entonces supe que Lucas tenía razón. Me necesitaba, y demasiado.

—¿Puedo entrar? —pregunté, después de que me mirara por más de un minuto completo. No era capaz de hablar por lo borracho que estaba, o no creía que yo estuviera realmente allí.

Mi voz pareció asustarlo, aunque me estaba mirando directamente.

—Claro.

La palabra fue bastante mal pronunciada. Cuando pasé junto a él en su apartamento, pude ver por qué. El lugar era un desastre total. Parecía que se había hecho una fiesta de mil personas por todas las botellas vacías que había.

Era evidente que nadie había limpiado todo lo que bebió después de la muerte de su padre. Estaba segura de que habría comida regada por todas partes, si hubiera una pizca de evidencia de que había comido algo desde la última vez que lo vi...

—Has estado bebiendo demasiado —comenté, girándome para encontrarlo tropezar mientras caminaba a su sala de estar.

Me mostró lo que yo creía que era una sonrisa burlona.

—Se llama olvido. Ahí es donde voy y ahí es donde he estado.

Dándole una larga mirada, mi corazón se rompió en un millón de pedazos una vez más. Esta semana, sentí que cada vez que lograba juntar los pedazos del órgano y lo arreglaba con la peor cinta adhesiva del mundo, algo sucedía para romperlo de nuevo.

Roman estaba pálido, sus rasgos lucían demacrados. Sus ojos parecían antinaturalmente brillantes, incluso más rojos y acuosos. Andaba sin camisa, pero en vez de notar sus sexys músculos, solo veía que había perdido un par de kilos desde la última vez que lo vi medio desnudo.

Mi hombre, normalmente sólido como una roca, se balanceaba de pie, agarrándose a un taburete de bar que yo estaba segura que

era lo único que le impedía derrumbarse. Caminando hacia él, puse mis manos en sus mejillas e intenté que se concentrara en mí.

—Está bien, grandulón. Está bien que hayas estado ahí, pero ahora te vamos a traer de vuelta. ¿Estás de acuerdo con eso? —Sacó el labio inferior y sacudió la cabeza, pero me siguió hasta el sofá cuando lo tiré en esa dirección—. Solo siéntate un rato. Voy a traerte un poco de agua y un café. Tómatelo mientras yo limpio un poco.

Roman cumplió, aunque noté que le agregaba whisky al café que le traía. Puse los ojos en blanco, pero no dije nada ni le llevé más café. Este proceso tenía que suceder paso a paso. Yo lo sabía mejor que nadie. El primer paso era limpiar para que no se enfrentara a la evidencia de lo mal que se habían puesto las cosas cuando por fin lograra que estuviera sobrio.

—El funeral fue un espectáculo de circo. —Lo escuché murmurar desde el sofá.

Llevando una bolsa de basura a donde estaba, seguí limpiando aunque me quedé cerca.

—Fue hermoso. ¿Por qué dices eso?

—Fue hermoso —accedió casi distraídamente, como si hubiera olvidado lo que dijo antes—. Gracias a ti y a Lucas por ayudarme, fue hermoso.

—Solo cumplimos sus órdenes, capitán —le recordé—. Me encantó el panegírico que diste. Fue tan sincero.

—Fue una cagada —murmuró oscuramente—. Todo esto es una cagada. La muerte de papá, el funeral, todo.

—Se siente así. —Era inútil discutir con él—. Pero no se sentirá así para siempre. Lo prometo.

Roman suspiró con pesadez, dejándose caer de espaldas en el sofá. Por un momento, el único sonido eran botellas y latas tintineando mientras golpeaban el fondo de mi bolsa.

Luego habló.

—Tengo una reunión con los abogados el lunes sobre su testamento.

Demonios. Eso no me dejaba mucho tiempo para ponerlo en forma. Dos días para ponerlo sobrio, librarlo de lo que seguro era la

madre de todas las resacas, alimentarlo un poco y, lo más difícil, tratar de prepararlo para esa reunión.

—Estaremos listos —le dije al final, pero sus ojos estaban cerrados y respiraba profundamente.

Pensé que estaba durmiendo, pero luego sentí sus dedos cerrarse alrededor de mi muñeca cuando limpiaba la mesa de café.

—Apesto —susurró, abriendo un ojo.

Asentí, ayudándolo a sentarse.

—De verdad que sí. ¿Quieres que me duche contigo? Creo que limpiarte es un trabajo de dos personas.

Esa sonrisa que tanto extrañaba apareció en su rostro.

—Siempre quiero que te duches conmigo, pero puede que esta vez tengas que hacer el trabajo pesado. Mi equilibrio está un poco mal.

Arqueé una ceja.

—¿Un poco, dices?

Asintió, poniéndose de pie.

Una vez en el baño, nos desnudé a los dos y esperé a que subiera el vapor en la ducha antes de entrar y tirar suavemente de él.

No tuve el corazón para decírselo antes, pero no habría que hacer ningún trabajo pesado durante esta ducha. No se trataba de sexo. Se trataba de estar ahí para él.

Roman cerró los ojos y se paró bajo la cascada de agua caliente, apoyándose contra la pared. Me enjaboné las manos y lo lavé de pies a cabeza, con cuidado de no acariciar ninguna parte que pudiera hacerle recordar el trabajo pesado que había mencionado. Luego le lavé el cabello y finalmente proclamé que estaba limpio.

En su habitación, le di un par de calzoncillos limpios que descartó rápidamente, pero aceptó el par de pantalones de pijama limpios y se los puso.

Me subí a su cama con mi ropa interior y una camiseta de manga larga. Era lo suficientemente larga como para cubrir mi trasero y era un pijama aceptable en estas circunstancias.

Apoyando mi espalda contra sus almohadas, le hice señas a Roman. Recostó su cabeza en mi pecho, en una posición

completamente distinta a la de dormir, y puso su brazo sobre mi estómago.

—Te amo, gatita.

Su voz estaba cansada y no articulaba bien, pero pude oír lo mucho que querían decir sus palabras. Acariciando con mis dedos su cabello mojado, me incliné para plantar un suave beso en su sien.

—Yo también te amo, Roman. Duérmete ahora, cariño. Estaré aquí cuando despiertes.

Capítulo Sesenta Y Tres

ROMAN

Las oficinas de Mooka, James y Kent estaban situadas en lo alto a un par de cuadras de la Corporación Burnett. La firma estuvo manejando los asuntos legales de mi padre por décadas, así que no era la primera vez que estaba allí.

Aunque eso no hacía que sus oficinas fueran menos impresionantes. Tenían amplias vistas, y los pisos estaban cubiertos de una gruesa y lujosa alfombra en la que mis pies se hundieron de camino a la oficina del señor Kent. Las paredes estaban revestidas de madera oscura, y el aire olía a café caro, colonia y jabón.

Había cientos de personas que trabajaban en sus oficinas, pero la insonorización de cada caja de cristal hacía que el espacio fuera casi totalmente silencioso. Todo lo que podía oír eran murmullos bajos de algún lugar, y al recepcionista del piso dirigiendo a alguien a la oficina que buscaba.

La oficina del señor Kent no era la más grande del edificio, pero estaba seguro de que tenía más libros que una biblioteca. Sus paredes estaban alineadas con estantes sobre estantes de volúmenes encuadernados en cuero marrón con una banda roja en la parte posterior de los lomos que mostraba su nombre en letras doradas.

Se puso de pie cuando abrí la puerta, estrechando mi mano con un firme apretón. Sus gafas redondas colgaban de una cadena anticuada alrededor del cuello, y sus rizos grises se alzaban en todas las direcciones. Si alguien tuviera que interpretar el papel de un genio, él encajaría perfectamente.

A pesar de todos los libros que tenía, nunca lo había visto consultando uno. No importaba lo complicado que fuera el problema que le presentáramos, siempre sacaba una respuesta de su cabeza.

—Roman, mi querido muchacho —dijo mientras me liberaba de su control—. Por favor, acepta mi más sincero pésame por tu pérdida. Tu padre era un hombre brillante. Se le echará de menos.

—Gracias.

Mi estado de la semana pasada desapareció gracias a Lia, a varios galones de café que me hizo tragar, a unas cuantas duchas más y mucho sueño. Cada minuto que dormía, Lia se había quedado conmigo. Si se iba de la cama, volvía unos momentos más tarde después de usar el baño, tomar un poco de agua o coger el teléfono o el cargador.

La voz del señor Kent me trajo de vuelta a su oficina, para hacer lo último que quería hacer.

—No me andaré con rodeos. Debes ser un hombre muy ocupado, especialmente en estos días.

En realidad, no lo estaba. Era la primera vez desde el funeral que salía de mi apartamento.

—Gracias. Apreciaría si pudiéramos hacer esto rápido.

—Lo comprendo. —Barriendo con gracia su mano hacia la silla del visitante, se hundió en la suya y comenzó a desenredar una correa de cuero elegante alrededor de una carpeta de cuero. El tipo definitivamente tenía algo con el cuero—. Como sabes, eres el único heredero de tu padre.

—Sí.

Bueno, al menos no había hijos ilegítimos con los que tuviera que lidiar además de todo lo demás.

Kent se puso las gafas en la cara, y sus ojos se magnificaron casi cómicamente cuando me miró.

—Como tal, has heredado todo. Las propiedades, la compañía, su cartera de inversiones, y muchas otras cosas. Hay varias donaciones sustanciales hechas a unas pocas organizaciones benéficas, pero aparte de eso, es todo suyo.

Genial. Lógicamente, sabía que debía estar más emocionado. Con esas cifras, mi patrimonio neto era tanto que incluso los estudiantes de último año de contabilidad tendrían problemas para anotar la suma, pero eso no me movió ni un pelo.

No me devolvería a mi padre, y no me permitiría escuchar lo que sea que quería decirme en ese estúpido techo, si lo hubiera dejado hablar. Renunciaría a toda mi herencia solo para saber lo que quería decir, aparte de lo obvio, por supuesto.

¿Me habría regañado y me habría dicho lo decepcionado que estaba, o finalmente habríamos cerrado la brecha?

Me dolía el corazón al pensarlo. El tequila y el escocés habían adormecido el dolor durante días, pero ahora que estaba bien y adecuadamente sobrio, me dolía tanto que mi pecho se sentía como si estuviera a punto de partirse en dos. El arrepentimiento siempre llegaba demasiado tarde.

—¿Algo más? —Odiaba lo frío que sonaba, pero si me permitía sentir algo, temía que mi pecho se abriera de par en par. Me desangraría por todo lo que estaba envuelto en cuero y arruinaría la alfombra.

El señor Kent no parecía molesto por mi tono. De hecho, ni sabía si se había dado cuenta. Aclarándose la garganta, empujó sus lentes a lo alto de su nariz y procedió a extraer algo de la carpeta.

—Tu padre era consciente de la gravedad de su enfermedad. El doctor Christie también le informó cuando llegaron los últimos resultados de las pruebas en las que su pronóstico no era bueno. El día antes de su muerte, grabó un video para ti. —Tomé el pendrive de su mano extendida, mirándolo como si estuviera a punto de morderme la mano—. Tengo una reunión informativa que comienza en un minuto en una de las salas de conferencias. Está programada para durar el resto del día. —Agitó la mano con desdén—. La preparación de un juicio. Ya sabes. En cualquier caso, la razón por la que te digo esto es porque eres bienvenido a usar mi oficina para ver eso. Sé que debes estar ansioso por saber qué hay en él. Te garantizo completa privacidad en mi oficina, y puedes quedarse todo el tiempo que quieras. —Ofreciéndome una sonrisa amable, se acercó a su puerta y la abrió, antes de hablarme por encima de su hombro—. Si prefieres llevártelo contigo, está bien. Mi asistente está justo afuera si necesitas algo. Adiós, muchacho, y buena suerte.

—Gracias de nuevo, señor Kent. Adiós.

Apenas pude decir las palabras antes de que saliera por la puerta con un último gesto de despedida. Había una computadora en su escritorio que estaba encendida, y asumí que la dejó así para que yo la usara.

Pasando mi pulgar por la carcasa de plástico de la unidad, consideré su oferta. Tenía razón en que estaba ansioso por ver el video que papá grabó.

Era injusto, dada la forma en que lo había tratado las últimas semanas de su vida, que esperara que me dejara un mensaje que me permitiera escuchar al fin lo que quería decirme esa noche y en todas esas llamadas que no acepté. Pero había una semilla de esperanza en mi corazón que no podía matar. Sin saberlo, nunca conseguiría un cierre. No merecía un final, y lo sabía, pero no podía evitar esperar conseguirlo de todas formas.

Por otro lado, si me llevaba el auto a casa y lo veía allí, estaría mejor preparado para manejarlo si el vídeo no era más que una última reprimenda. Una última puñalada con un giro a través de mi maltrecho corazón. Tenía que haber al menos una botella más de tequila en mi bar. Si eso era lo que el video contenía, al menos podría hundirme en el olvido, aunque sea por un tiempo más.

Los minutos pasaron mientras estaba allí, los dos lados de mi argumento interior se desahogaron. Finalmente, decidí aceptar la oferta de Kent de ver el video en su oficina. No podía hundirme en el olvido, no podía hacer que Lia me encontrara así dos veces.

La semana pasada, tuve la excusa del shock por la muerte de papá y del funeral. Esta semana, sería un cobarde si me ahogaba en el alcohol de nuevo. Era el momento de ser un hombre y enfrentar mi situación.

La cara de papá llenó la pantalla unos segundos después de que inserté el disco y le hice clic en él. Dios, se veía mal. Su color estaba casi tan apagado como lo había estado en el hospital 24 horas después, su cara estaba pálida. ¿Cómo no me di cuenta de lo enfermo que estaba?

Inclinó la cabeza al toser, luego aclaró su garganta y miró directo a la cámara. A mis ojos por última vez. Solo deseaba haber sido lo que él había visto en lugar de una estúpida lente.

—Si estás viendo esto, supongo que estiré la pata y tú fuiste a ver a Kent —comenzó. Acercándose a su escritorio, tuve una vista privilegiada de su fosa nasal derecha antes de que ajustara la cámara y doblara los brazos sobre la superficie—. Si ese es el caso,

hijo, no quiero que te molestes por cómo dejamos las cosas. Asumiendo que no tenga la oportunidad de hablar contigo cara a cara antes de encontrarme con nuestro creador, necesitaba decir algunas cosas, y esta parecía la mejor manera de hacerlo. —Otra tos lo interrumpió—. Sé que me amas, Roman. No te lo dije la otra noche para que me lo respondieras. Lo dije para que lo escucharas de mí. No lo he dicho lo suficiente, y eso, lo lamentaré eternamente.

Mi aliento estaba atrapado en mi garganta, mi corazón golpeando en mi pecho, incluso mientras las lágrimas me picaban los ojos. De alguna manera, papá sabía que aún me importaba lo que tenía que decir, aunque me comporté como un idiota con él la última vez que lo vi.

—Sé que fui duro contigo. Te estaba entrenando para que asumieras mi posición en la compañía, y solía pensar que cualquier medio justificaba el fin, pero me equivoqué. Debes saber que estoy muy orgulloso del hombre en que te has convertido, y quiero que dirijas la compañía de aquí en adelante como creas que es mejor. Confío en ti, hijo. Confío en tu juicio y en tus instintos. Sé que mi legado está a salvo en tus capaces manos.

Una lágrima se filtró de mi ojo izquierdo, y en la pantalla, lo mismo le pasó a papá.

De tal palo, tal astilla.

—Bien, eso es el negocio fuera del camino en lo que a mí respecta. En lo personal. Cuando veas esto, sé que estarás de duelo. Te conozco mejor de lo que crees, Roman. Así que quiero que dejes de castigarte ahora mismo. ¿Me oyes? —Le dio a la cámara una mirada de que hablaba en serio antes de sonreír—. Hace tiempo que sé lo que me espera, y he hecho los arreglos necesarios, y he puesto gente para que se ocupe de la compañía hasta que vuelvas de tus vacaciones.

Mi frente se arrugó. ¿Cómo supo de Hawaii? Ni siquiera sabía que iba a ir hasta el día en que murió. Cuando continuó, recibí mi respuesta.

—Qué vacaciones, puedes preguntarte. Bueno, quiero que te tomes una semana. Los arreglos que hice serán entregados en tu

apartamento el día de la reunión con el señor Kent. Todo lo que pido es que te lleves a Lia contigo.

Se me cayó la mandíbula, y todos los pelos de mi piel se erizaron.

Papá le sonrió a la cámara.

—Sí, sé que hay algo entre ustedes dos. No soy estúpido, y además, la miras como yo solía mirar a tu madre. Cuídala, hijo mío. Es una chica maravillosa. Hazla feliz y cuídala siempre. Sé que ella hará lo mismo por ti. Te amo, Roman. Siempre serás mi hijo, sin importar lo que haya pasado entre nosotros.

Cerró los ojos por un momento, sonriendo cuando miró a la cámara por última vez.

—Nunca olvides que siempre te he amado. Ahora deja de castigarte y ponte en marcha. Tienes que tomar un avión.

Cuando la pantalla se volvió negra, la miré fijamente durante un largo minuto. Sus palabras se sintieron como la salvación, como la absolución. El peso aplastante que había estado llevando durante más de una semana se levantó en su totalidad.

* * *

De mejor humor, prácticamente corrí todo el camino hasta la oficina de Lia. Ella levantó su mirada cuando entré, con sus ojos parpadeando de sorpresa.

—Roman, cariño. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es hora de que nos vayamos —le dije con alegría, caminando para tenerla en mis brazos en un enorme abrazo de oso.

—¿Adónde vamos? —preguntó, con la voz apagada por mi pecho—. Estamos a la mitad de un lunes por la mañana.

Soltándole solo lo suficiente para mirarla a sus preciosos ojos, le dije:

—Mi padre nos preparó un viaje.

Mientras procesaba mis palabras, una amplia sonrisa le partió la cara y me dijo todo lo que necesitaba saber.

Capítulo Sesenta Y Cuatro

LIA

—Guau. —Roman se detuvo en la puerta de mi apartamento, sus cejas se levantaron mientras sus ojos se deslizaban por el espacio.

—¿Guau? —Pasé junto a él, tirando mis llaves en la cesta sobre una mesa pequeña en el vestíbulo—. ¿Qué tiene de sorprendente? No tiene ni de lejos el tamaño del tuyo.

—Cierto, pero debe tener al menos el doble de cosas. —Lo sentí entrar detrás de mí—. ¿Vino sin armarios?

Girando para echarle una mirada por encima de mi hombro, intenté ver el lugar a través de sus ojos cuando entré en mi sala de estar. Regina y yo nos enamoramos del apartamento la primera vez que lo vimos en las fotos en línea, y nuestro amor por él solo creció una vez que nos mudamos.

Para los estándares de Roman era un lugar pequeño, pero era más que suficiente para mí. Los techos eran altos, había mucha luz natural aunque no tuviera vista, y el ladrillo y las vigas expuestas, combinados con algunas paredes de colores brillantes, le daban una sensación industrial y chic.

Mirando alrededor, me di cuenta de lo que quería decir cuando me preguntó si no tenía armarios. El lugar estaba un poco desordenado con Regina fuera, y después del caos de la última semana.

Los abrigos y bufandas colgaban de los respaldos de las sillas en mi comedor, y un jersey que llevaba hace unos días estaba en el sofá.

Los cojines de dispersión hacían honor a su nombre y estaban esparcidos por la alfombra del área frente al televisor. Varios vasos de agua vacíos y tazas de café estaban en la mesa de café, y las mantas que puse debajo mientras me ponía al día con algunos programas durante el fin de semana estaban arrugadas en el sofá.

—Ha sido una semana larga —le dije, encogiéndome de hombros—. He estado preocupada por mi novio y la limpieza no

estaba exactamente en la cima de mi lista de cosas por hacer.

—¿En serio me estás culpando por esto? —Deslizó sus brazos alrededor de mi cintura, sosteniendo mi espalda al frente y dejando caer un beso en mi hombro—. Regina seguro era la que limpiaba, ¿eh?

—Mira quién habla. —Me giré en el círculo de sus brazos y le sonreí—. ¿Viste tu apartamento antes de que limpiara tu desastre?

Roman se encogió de hombros.

—Tienes un punto.

Al soltarme, retrocedió y se dirigió hacia la cocina.

—Voy a tomar un café. Ve a empacar. Nuestro vuelo sale en unas cinco horas.

—Cinco horas. —Puse los ojos en blanco—. No necesito cinco horas para empacar.

—No —respondió, contento—. Tal vez no, pero puede que necesites al menos tres para encontrar tus cosas.

Riendo, le saqué la lengua.

—¿Debo empacar para el clima cálido o frío?

—Cálido.

Al pulsar el interruptor de la tetera, empezó a buscar tazas y las encontró casi de inmediato. Era una maravilla que el hombre supiera moverse en una cocina en la que nunca había estado, pero parecía manejarse bien.

Miré por un segundo mientras alcanzaba las tazas, su camisa subía lo suficiente para mostrar su trasero en esos jeans ajustados, pero no lo suficiente para mostrar nada de piel. Lástima.

Como si sintiera mis ojos en él, se volvió hacia mí con una media sonrisa tirando de la comisura de sus labios, y sus océanos azules se iluminaron con diversión.

—¿Vas a hacer las maletas o vas a seguir mirando?

—No estaba mirando —empecé a replicar y luego decidí no hacerlo. En cambio, me acerqué a él, me alcé con los dedos de los pies y le di un beso en la comisura de sus labios—. Bien, tal vez estaba mirando fijamente. No puedo evitar pensar que mi novio está bueno.

Sonriendo, sus manos se enrollaron en mi espalda y en mi cabello.

—Tú tampoco estás tan mal, gatita. En realidad, creo que mi novia es la chica más hermosa del planeta, pero si sigues mirándome, tendré que hacer algo al respecto.

—Eso no me suena tan mal. —Envolví mis brazos alrededor de su cuello, besando un camino por su mandíbula hasta su garganta.

Roman tragó, recuperando su aliento.

—Estaré feliz de mirarte toda la semana, y de que tú también lo hagas una vez que lleguemos a nuestro destino, pero si sigues así perderemos el vuelo.

Suspiré, soltándolo de mala gana y alejándome de su calor. Por mucho que quisiera pasar cada minuto que teníamos tocándolo, sabía que tenía razón. Si no lo dejaba ir y empacaba mis maletas, íbamos a terminar perdiéndonos el uno en el otro, y de verdad no quería que eso pasara en nuestro primer viaje de placer.

—Vuelvo enseguida.

* * *

Poco más de una hora después, estábamos sentados en el tráfico de camino al aeropuerto. Roman estaba al mando de su auto, con un codo doblado en la ventana y su mano apoyada en el volante de cuero; mientras que la otra estaba en mi muslo.

Con gafas de sol oscuras, tocaba el ritmo de una canción de rock que sonaba suavemente en la radio con su pulgar sobre mi pierna. Por primera vez desde esa mañana cuando le pedí que se reuniera conmigo en el tejado, parecía relajado y feliz.

Su mandíbula no estaba apretada, sus hombros no lucían tensos, y sus labios no estaban presionados en una línea delgada. Esa noche fue el comienzo de la primera tormenta que tuvimos que enfrentar juntos, y durante unos momentos de debilidad, me pregunté si sería la última. Por fortuna, no parecía que lo fuera.

Había otra tormenta que se dirigía hacia nosotros. Todavía no le había dicho que sabía de la enfermedad de su padre.

Aunque no parecía que ahora fuera el momento adecuado para decírselo.

En cuanto se presentara un momento, se lo diría. Sabía que tenía que hacerlo. Su padre me hizo prometer que no lo hiciera, solo para que él mismo se lo dijera a Roman. Ahora se había ido, y yo iba a tener que decírselo en algún momento.

Por ahora, solo quería que fuera lo más feliz posible en estas circunstancias. Había pasado una semana infernal. Decirle ahora no sería por él, sería por mí. Así no tendría que cargar más con el peso del secreto. Pero no podía hacerle eso ahora mismo, no era tan egoísta.

Lo llevaría todo el tiempo que tuviera que hacerlo. Cuando llegara el momento, se lo diría. Hasta entonces, lo guardaría en algún lugar profundo y valoraría el tiempo que pasaba a solas con él. Muy pronto, este pequeño descanso terminaría, y tendríamos que volver a la realidad.

Una nueva realidad sin Paul al timón de la Corporación Burnett, donde sabía que Roman estaría, o al menos, sabía que era donde Paul quería que estuviera. Con eso en mente, me aclaré la garganta y uní mis dedos con los suyos.

—Dijiste que tu padre nos enviaba de viaje, pero luego dijiste que me lo explicarías todo más tarde, una vez que empacara y estuviéramos en camino. Hice las maletas y ahora acá estamos.

Roman me apretó los dedos, mostrándome un destello de blanco nacarado mientras sonreía.

—Me parece justo. —Nos detuvimos en un semáforo en rojo, y puso el intermitente para salir de la ciudad y, con suerte, lejos de la mayor parte del tráfico—. Cuando fui a ver al abogado de papá esta mañana, discutimos el testamento. Resulta que papá también hizo un video para mí. Lo dejó con el señor Kent, quien me lo dio y me dijo que podía verlo en su oficina. Después de verlo, fui a mi casa a recoger unas cosas y a hacer los arreglos. Luego fui directamente hacia ti.

—¿Un video? —Mis ojos se abrieron más.

Moviéndome en mi asiento para estar de cara a él, estudié con cuidado los matices de sus rasgos. Si su padre le dejó un video, ¿le

dijo que yo lo sabía? Si lo hizo, Roman no parecía enojado por eso.

Sin embargo, tenía que saberlo con seguridad.

Yo no me entrometería más en el último mensaje que recibió de su padre. Si quisiera decírmelo, podría hacerlo. Todo lo que quería saber era si él y yo todavía estábamos bien.

—¿Qué dijo?

—Más o menos lo que quería decirme esa noche en el tejado. —Su voz adquirió una cualidad que no había escuchado antes. Una gratitud mezclada con nostalgia—. Dijo que puso en marcha el procedimiento para que yo dirija la empresa. —Me apretó los dedos y me miró, aunque no pude ver nada más que sus gafas de sol—. Y tú vas a ser mi mano derecha.

—¿Vas a tomar el mando?

Asintió despacio.

—Sí, creo que sí. Toda mi vida me estuvo preparando para tomar el control. Nunca quise que fuera de esta manera, pero no puedo defraudarlo.

Una lenta sonrisa se extendió en mis labios.

—Entonces, ¿vamos a trabajar juntos de nuevo?

—Eso parece, querida Directora Financiera. —Sonrió, girando en la rampa de entrada hacia el aeropuerto—. ¿Tienes algún problema en trabajar para tu novio?

—Junto a mi novio —lo corregí, todavía sonriendo.

Resopló un falso aliento exasperado.

—Preferiría tenerte debajo de mí, pero supongo que tendremos que dejar eso para después de las horas de trabajo.

—Después de las horas de trabajo, prefiero estar encima de ti —bromeé, levantando su mano para plantar un beso en el dorso de la misma.

Encogiéndose de hombros, inclinó la cabeza de lado a lado.

—Bien, tú ganas. Puedo vivir contigo estando en la cima después de algunas horas.

Me reí.

—Trato hecho.

Roman nos acercó al aeropuerto, guiándonos pensativamente a la zona designada para la primera clase.

—Va a ser algo a lo que acostumbrarse, ¿no?

—Lo será, pero estaremos bien —le aseguré cuando llegamos a una parada junto a la estación de aparcamiento—. Ya sabemos que trabajamos bien juntos.

—Cierto.

Dejando el motor en marcha, Roman le entregó sus llaves a un joven con una chaqueta roja, con quien intercambió algunas palabras antes de unirse a mí.

—Por ahora, dejemos el trabajo atrás y concentrémonos en nosotros y en disfrutar. ¿Te apuntas? —comentó.

—Definitivamente. —Sonreí, volviendo a meter mi mano en la suya.

Fuimos llevados a través del control y la seguridad con la misma velocidad y eficiencia que cuando fuimos a Houston.

El salón de primera clase era exactamente tan lujoso como lo recordaba. Era difícil de creer que solo habían pasado unas pocas semanas desde la última vez que estuvimos aquí. Habían pasado tantas cosas en el medio, que mi cabeza daba vueltas.

Tomamos un par de copas y comimos queso y galletas mientras esperábamos nuestra llamada de embarque, y luego fuimos al mostrador para presentar nuestros boletos e identificaciones.

Sobre el mostrador había una pantalla que anunciaba nuestro destino. Por primera vez, supe adónde íbamos.

Sin querer, solté un pequeño chillido.

—¡Florida! Nunca he estado allí, pero siempre he querido ir.

—Será nuevo para los dos, entonces —dijo, entregando nuestros documentos al representante de la aerolínea.

—¿Quiere decir que usted, señor Viajero del Mundo, nunca ha estado en Florida? —Arqueé una ceja, siguiéndolo por la rampa hacia el avión.

Roman se rio, presentando nuestros boletos a la azafata que esperaba en el frente de la cabina.

—De alguna manera, me las he arreglado para perdérmelo hasta ahora. Podemos explorar todo por primera vez juntos.

Asentí, agradeciendo en silencio a Paul por lo que había planeado. Una vez que Roman y yo volviéramos a la oficina, las

cosas se pondrían agitadas. También habría una nueva dinámica entre nosotros.

No tenía miedo o incluso ansiedad sobre cómo iba a ser. Conocía a Roman, conocía su estilo de gestión, y estaba deseando ser su mano derecha. Pero, aun así, estaba agradecida de que pudiéramos tomar un pequeño descanso juntos antes de saltar allí.

Nos acomodamos en nuestros asientos, hablando tranquilamente mientras esperábamos que el resto de los pasajeros embarcaran. Cuando el avión empezó a rodar, puse mi cabeza sobre el hombro de Roman y vi como el paisaje se volvía borroso antes de que nuestras ruedas se levantaran del suelo. Al despegar, sentí a Roman besar la parte superior de mi cabeza, mientras el avión nos llevaba hacia el primer destino que visitaríamos como pareja.

Capítulo Sesenta Y Cinco

ROMAN

Nuestra habitación era blanca con diferentes tonos de azul, pero sorprendentemente, el tema de ambos colores era donde terminaba la típica decoración de la costa. No tenía ninguna parafernalia náutica en las paredes. Papá nos reservó en un exclusivo resort justo en la cima de una de las playas más aisladas de Tampa. El resort tenía su propio tramo de playa privada, a la que nuestra habitación tenía vista desde una de las suites del último piso.

Una enorme cama de cuatro postes con cortinas de gasa blanca estaba en el centro de la suite, con un baño a un lado y una sala de estar y un bar en el otro. Un amplio balcón con un jacuzzi en la esquina se extendía a lo largo de todo el frente de la suite, proporcionando una magnífica vista de las verdes palmeras que se mezclan con los azules del cielo y el océano.

—Así que esto es Florida, ¿eh? —Lia estaba de pie en el balcón de nuestra habitación, mientras una suave brisa levantaba algunos mechones de su cabello y hacía ondear el vestido de sol blanco que llevaba puesto. Se veía hermosa con el telón del brillante océano azul de fondo, el cielo sin nubes y las verdes palmeras que se mecían en la playa.

Siempre me pareció hermosa, pero con su cabello recogido en un moño desordenado, con solo unos zarcillos que se escapaban con la brisa, el vestido y las gafas de sol de color rosa con los pies todavía desnudos, era realmente impresionante.

Salí al balcón para besarla, enjaulándola contra la barandilla con un brazo a cada lado.

—Esto es Florida.

—Es precioso. —Presionó sus suaves labios contra los míos, fundiéndose contra mi pecho por un momento antes de alejarse y volverse hacia la vista—. Nunca había visto una playa como esa.

Señalando hacia la playa privada de nuestro resort, inclinó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra mi hombro.

—Definitivamente debemos pasar algo de tiempo allí esta semana.

—Lo que quieras. —Al dar un paso al costado, me apoyé en la barandilla—. ¿Pero qué quieres hacer primero? Podemos ir a la playa hoy si quieres.

Lia sacudió su cabeza y sus dientes se hundieron en su labio inferior. La emoción iluminó sus ojos de repente, haciéndome inclinar la cabeza con curiosidad.

—¿Qué es? ¿Qué quieres hacer?

—Disney. —La palabra salió sin aliento, casi reverentemente.

—¿Disney? —Mis cejas se levantaron—. Nuestro primer día en Florida, ¿y quieres ir a Disney?

Asintió con entusiasmo, con los ojos verdes abiertos y brillantes.

—Honestamente, no hay nada que prefiera hacer primero. Soy algo fan de Disney.

—¿En serio? —Sonreí, dejando que mis manos fueran a su cadera—. ¿Me estás diciendo que la recluta súper estrella, y Directora Financiera de una compañía multimillonaria se va a casa, saca un cepillo de cabello y empieza a cantar Let it Go?

Sus mejillas se ruborizaron, andes de darme un golpecito en el bíceps.

—No saco un cepillo de cabello y canto.

—¿No? —Pasé mi mano por su mejilla enrojecida—. Porque estoy bastante seguro de que ese rubor significa que di en el clavo.

Se burló.

—No lo hiciste.

—De cualquier manera… —La agarré de la muñeca y la tiré contra mí, amando la sensación de su piel contra la mía. El otoño podía ser mi temporada favorita en Nueva York, pero ahora que estábamos juntos, definitivamente estaba disfrutando la calidez de Florida—. Vamos a ir a Disney.

Una sonrisa que solo podría ser descrita como encantada se deslizó en sus labios.

—Gracias. Ahora vámonos.

De repente, Lia se puso en movimiento. Me dio un beso en la mandíbula y luego se salió de mi alcance, y prácticamente corrió a

nuestra habitación. Me reí, siguiéndola adentro.

No pensé que mil caballos salvajes o una manada de vaqueros pistoleros pudieran distraerla o alejarla de su misión de prepararse para el día que se avecinaba. Antes de que entrara en nuestra habitación, mi chica ya tenía las dos mochilas en la cama y se movía entre el baño, nuestras maletas y su bolso.

Empacó protector solar, carteras, nuestros teléfonos, gorras de béisbol y botellas de agua reutilizables que compramos en el aeropuerto. Supuse que ahora sabía por qué insistía en tenerlas.

Todo el tiempo, habló con entusiasmo sobre lo que quería ver y hacer. Luego sacó mi portátil de su bolso y reservó nuestras entradas en línea. Cuando terminó, apagó la computadora, la empacó y sonrió con satisfacción.

—¿Ya estás listo para irte?

—Hace apenas cinco minutos decidimos que íbamos a ir, pero claro, estoy listo cuando tú lo estés.

Me dio una larga mirada con el dedo apoyado en el lado de la boca, como si tratara de decidir si mi short, chanclas y camiseta azul eran dignos de Disney.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Ese calzado es cómodo? —preguntó finalmente—. Porque si no lo son, vamos a tener que conseguirte unos nuevos en el camino.

Caminando hacia ella, le ofrecí mi mano y la puse de pie. Después de darle un suave beso en su deliciosa boca, puse mis manos sobre sus hombros.

—Estaré bien. Respira Vang.

Sacando la lengua hacia mí, se inclinó y echó al hombro su mochila.

—Tú no volverás a respirar si no nos vamos ahora.

Me reí, agarré mi mochila y la seguí antes de que me dejara atrás en su prisa y emoción por llegar a Disney. Tenía las llaves de nuestro auto alquilado en su mochila, así que era muy posible que siguiera adelante sin mí si no le seguía el ritmo.

—¿Dónde recogemos los boletos? —le pregunté, luego de programar el GPS de mi teléfono para que nos llevara al parque de atracciones.

Lia rebotó un poco en el asiento a mi lado, su obvia euforia hizo que mi propio corazón latiera más rápido.

—Cuando lleguemos allí. No te preocupes. Sé adónde ir.

—Creí que no habías estado allí antes —comenté, comprobando la ruta antes de salir del aparcamiento del complejo.

—No he estado allí en la vida real —dijo, sonriendo—. Pero he hecho una extensa investigación, y he procrasti-viajado mucho. He visto muchos videos de turistas y...

—Espera un segundo —le espeté, con mi ceño fruncido—. ¿Procrasti... qué?

—Procrasti-viajé —repitió, un poco más lento esta vez—. Es como postergar cosas, pero haces un viaje mientras procrastinas.

—Así que en lugar de trabajar, ¿te vas de viaje?

Se rio, encogiéndose de hombros.

—Bueno, no lo he hecho recientemente. Solía hacerlo mucho cuando tenía que estudiar. La gente encuentra muchas cosas que hacer cuando debería estar estudiando. Para mí, solía buscar lugares a los que quería ir e investigar como si realmente fuera a ir. Es una gran manera de soñar.

—¿Te motivó a estudiar para poder permitirte ir eventualmente?

Aunque había tenido mucho tiempo libre desde que dejé la Corporación Burnett, solo habían pasado un par de semanas desde que mi entrenamiento a Lia había terminado efectivamente.

Antes de eso, no recordaba la última vez que tuve suficiente tiempo libre para poder planear viajes falsos. Nunca hubo tiempo de aplazar el trabajo, y mientras estaba en Harvard, o estudiaba o salía con Lucas y los chicos.

Era una idea interesante, sin embargo. Era algo que no me importaría hacer con Lia alguna vez, aunque solo fuera para ver qué planeaba primero y así poder reservarlo para nosotros de verdad.

A mi lado en el auto, ella sacudió la cabeza.

—No, no me motivó a hacer nada más que tomar el siguiente tour virtual. Pero ahora le estoy dando un buen uso, ya que sé exactamente adónde ir a recoger nuestras entradas.

—¿Qué más has aprendido? —pregunté, preparándome para el viaje.

Según mi teléfono, llegaríamos en poco menos de una hora. Estacionar iba a ser un desafío, pero cruzaríamos ese puente cuando llegáramos a él.

Lia se giró de lado en su asiento, reajustando su cinturón de seguridad para acomodarse a su nueva posición.

—Oh, vas a lamentar haber preguntado eso.

Si ella fuera cualquier otra persona, lo habría hecho. Pero como podía escuchar su voz durante horas sin cansarme, me concentré en la carretera y la escuché hablar sin parar hasta que llegamos a nuestro destino. Encontramos aparcamiento y cogimos uno de los trenes para ir a la zona de recogida de billetes.

Fiel a su palabra, Lia marchó al lugar exacto para recoger nuestros pases y unió su brazo al mío mientras nos dirigíamos hacia el interior. En un gesto de barrido con su mano libre mientras pasábamos por debajo de la estación de tren en la calle principal, sonrió la más amplia de las sonrisas, que jamás había visto.

—Bienvenido a Magic Kingdom, cariño. Aquí es donde los sueños se hacen realidad, y la realidad se convierte en un sueño.

Su entusiasmo era contagioso. En pocos segundos, mi sonrisa coincidió con la de ella, y sentí el torrente de adrenalina en mis venas.

—¿Adónde vamos primero?

—Bien. —Me arrastró hacia adelante, pero sus ojos se desviaban de un lado a otro mientras esquivábamos a otros turistas—. Esta es la calle principal. Está llena de tiendas que venden mercancía y comida, así que podemos comer algo si quieres antes de empezar los paseos. Está pensada para modelar la América de las pequeñas ciudades de principios del siglo XX. Se inspiró en la infancia de Walt Disney y en La Dama y El Vagabundo.

—Guau, en serio eres fan de Disney, ¿no? —Me reí, pasando mi brazo por sus hombros y abrazándola a mi lado—. Definitivamente no necesitaremos un guía.

—De nada. —Sonrió, señalando un edificio un poco más adelante—. Es el Ayuntamiento. Contiene el vestíbulo de Relaciones con los Huéspedes. Los miembros del elenco proporcionan

información allí, pero no creo que necesitemos eso tampoco. Podemos conseguir un mapa.

—Dirige el camino —le dije con confianza—. Este es tu programa. Yo solo estoy para el paseo.

—En ese caso, vayamos primero a The Emporium. Tiene una variedad de recuerdos de Disney como juguetes, alfileres de colección y sombreros de Mickey. Necesitamos sombreros de orejas de Mickey.

Una vez que cada uno de nosotros tenía un juego y nuestras mochilas estaban cargadas con otras compras, todas ellas muy caras pero que valían la pena por la expresión de la cara de Lia, nos adentramos más en el parque. Pasamos el día explorando todo lo que pudimos del Magic Kingdom.

No bromeaba cuando dijo que era fanática de Disney, y no tenía miedo de demostrarlo. Me encantó cada segundo, disfruté viéndola en su elemento tanto como en el parque icónico. Exploramos tierras extranjeras en Adventureland, que tenía como tema las remotas selvas de África, Asia, Oriente Medio, Sudamérica y el Pacífico Sur.

Una vez que terminamos allí, fuimos a Frontierland y Tomorrowland, montamos en la Splash Mountain y la Space Mountain y un par de otras atracciones antes de ver los fuegos artificiales para terminar un gran primer día de nuestras vacaciones juntos.

En el hotel, ninguno de los dos estaba cansado. Los dos estábamos muy animados por nuestro día, todavía cabalgando en lo alto de los fuegos artificiales y todo lo que habíamos visto.

Sentados en nuestro balcón bebiendo botellas de agua fría y repasando nuestras partes favoritas del día, Lia se levantó de repente. Pensando que iba al baño o algo así, me sorprendió cuando la oí decir mi nombre un par de minutos después.

Llevaba puestas sus orejas de Minnie Mouse y una bata blanca de hotel. Tenía el cabello suelto alrededor de los hombros, y una expresión sensual en su cara mientras me señalaba con el dedo.

—¿Te gustaría verme usando solo las orejas?

Caminando de espaldas a la habitación, hizo un pequeño gesto juguetón con la bata, fingiendo abrirla antes de darse la vuelta y

mostrarme un indicio de la parte superior de sus muslos. Luego desapareció de la vista.

Cualquier agotamiento que mi cuerpo sintiera después del largo día caluroso, fue inmediatamente olvidado cuando entré en la habitación tras ella, alcanzándola cuando estaba a solo un par de metros de nuestra cama.

Agarrándola por la cintura, la arrojé a la cama y le hice un nudo suelto para mantener la bata en su lugar. Ella se acostó riendo en la cama, enganchando sus piernas alrededor de mi cadera mientras me arrastraba sobre ella.

—Bueno, ¿qué te parece si me retracto de mi declaración anterior sobre mi parte favorita del día? Tengo la sensación de que mi parte favorita está empezando, porque ni siquiera Disney se compara con verte así.

Capítulo Sesenta Y Seis

LIA

Las mejillas de mi hombre estaban un poco enrojecidas por el sol, y sus pupilas se dilataban mientras flotaba sobre mí. Mi aliento se quedó atrapado en mi garganta por sus palabras. Todavía no podía creer que alguien como Roman pudiera mirarme de la forma en que lo hacía, la misma forma en que lo había estado haciendo durante meses. Como si yo fuera todo lo que él siempre quiso en la vida y más. Como si yo fuera su parte favorita del día, lo cual me acababa de confirmar.

No fue porque estuviera cohibida que no podía creer que me mirara de esa manera. Era porque nunca me habían mirado de esa manera. Ni siquiera creía que fuera posible ver tanto amor, deseo y aceptación absoluta en los ojos de alguien.

El hecho de que fuera Roman quien me miraba así lo hacía mil veces mejor, cien veces más intenso y diez veces más improbable. Era el tipo que toda mujer que se encontraba en su vecindario quería, y me había elegido a mí. Al igual que yo lo elegía a él todos los días y lo estaba haciendo de nuevo ahora.

Sentada en el balcón hablándole, tuve la repentina necesidad de hacerlo mío de inmediato. Necesitaba reclamarlo para mostrarle cuánto lo amaba; sentir que estaba conmigo de nuevo después de todo lo que habíamos pasado en la última semana.

Además, me gustaba sorprenderlo. Me encantaba la forma en que sus fosas nasales se abrían y sus ojos se ponían oscuros y hambrientos cada vez que lo hacía. Desnudarme al azar delante de él me había beneficiado unas cuantas veces desde que nos conocimos, y estaba ansiosa por ver si todavía lo hacía.

Seguía llevando el mismo short que llevó puesto todo el día. La tela era tan fina que ya podía sentirlo duro y listo contra mi núcleo.

Me desnudé en el baño, me puse la bata y las orejas de Minnie, y fui a llamarlo. Yo estaba desnuda bajo la bata, pero él no lo sabía todavía. La tela de toalla raspaba mi piel expuesta, mordiéndome bajo el peso de Roman y su rápida erección.

Ahogué un gemido, luchando contra el impulso de doblar mi cadera para recibir la fricción extra por la que estaba tan desesperada. Solo pensar en lo que estaba a punto de hacer me había mojado en el baño. A estas alturas, estaba empapada y deseosa, con mi clítoris dolorido por su toque y mis pechos insatisfechos por el simple hecho de ser presionados contra su pecho.

Mi cadera se balanceaba contra él por sí misma, y el gemido que intentaba sofocar se liberó cuando las primeras briznas de placer corrieron a través de mí.

Roman también gimió, empujando sus caderas contra las mías.

—Cielos, gatita. ¿Qué te pasa?

—Tú. —Le miré a los ojos, con mis manos agarrando el borde de su camiseta—. Con suerte, pronto te meterás en mí.

Se rio con un sonido bajo.

—Muy pronto.

—Eso no es suficiente.

Agarrando su camisa la levanté, sacándola sobre su cabeza y tirándola en algún rincón lejano de la habitación donde esperaba que no la volviera a encontrar. Que Roman estuviera sin camisa por el resto de la eternidad sería terrible para la productividad femenina, pero ¿quién necesitaba ser productiva de todos modos?

Extendiendo mis piernas con sus rodillas, se sentó y jugó con la faja de mi bata. Sus dedos ágiles hicieron un trabajo rápido, y pasó una mano desde mi garganta hasta mi montículo antes de dejar que la túnica se abriera para exponerme a él.

Le oí aspirar una bocanada de aire antes de maldecir.

—¿Cómo es que te sigues poniendo más sexy? Eres más guapa cada vez que te veo desnuda.

—Es tu imaginación.

Las palabras salieron en un suave gemido cuando alcancé su short, agradecida por lo fácil que fue abrirlo. Después de que desaté el nudo y liberé su pene, los pantalones y los calzoncillos se deslizaron con un movimiento suave.

No importaba cuántas veces lo hubiera visto desnudo a estas alturas. Ver a Roman de esa manera siempre me hacía agua la boca,

me apretaba las entrañas y mi corazón se aceleraba al doble. El hombre era una obra de arte.

Sabía que hacía ejercicio por las mañanas y a veces después del trabajo, pero tenía que tener genes superiores o algo así. Los mortales ordinarios no podían comer y beber como él, trabajar las horas que él lo hacía, y aun así lucir de esa manera.

Era todo músculos tonificados y bordes rasgados, nada demasiado voluminoso, pero te hacía sentir que estaba a punto de partirte como a una ramita. Mientras que yo sentía lo mismo que la mayoría de las mujeres acerca de los genitales masculinos (que eran prácticos, pero no hermosos) Roman era una excepción a la regla.

De repente, desesperada por él, le empujé los hombros hacia el colchón y besé un camino por esos abdominales, lamí las líneas formadas por los huesos de la cadera y disfruté cada temblor y estremecimiento que me dio.

—Demonios, Lia. Sí. —Su voz era poco más que un silbido, y sus manos se enrollaban en mi cabello.

Roman, a diferencia de muchos otros tipos, resistía el impulso de tirar de mi cabello ahora que tenía sus manos sobre mí. Simplemente me agarraba la cabeza con su palma y me dejaba hacer lo que quisiera. Me encantaba que confiara en mí lo suficiente como para cederme el control de vez en cuando.

Decidiendo prolongar su placer como tantas veces lo hizo conmigo, me hundí entre sus rodillas y me jugué la lengua a su alrededor. Mis manos amasaron sus muslos, y dejé que mi cabello le hiciera cosquillas en la parte baja de su estómago. Los músculos se apretaban, y los de sus muslos temblaban cuando pasaba la punta de mis dedos por encima de ellos.

—¿De verdad tienes ganas de torturarme? —Finalmente gimió. Su cuello se arqueó sobre el lado del colchón y su pene se movía justo delante de mí.

—En realidad no. —Le sonreí antes de meterme la punta en la boca, y con las manos clavadas a los lados de sus caderas comencé a chupar toda su longitud.

Sus gemidos enviaron escalofríos de placer hasta mi corazón.

—¡Oh nena! ¡Sí! ¡Dios, sí!

Envolví mi mano alrededor de su eje, mientras la otra masajeaba sus bolas y mi lengua se enroscaba en su punta.

Instintivamente, empezó a retorcerse debajo de mí. Me levantó por los hombros con mucha más suavidad de lo que probablemente hubiera logrado en esas circunstancias, y ahí fue cuando me detuve.

Roman respiraba con dificultad cuando me senté a horcajadas en su regazo, sintiéndolo caliente y casi palpitando en mi entrada.

—No voy a durar mucho —le advertí, robando las palabras que a veces me decía.

—Me quitaste las palabras de la boca —gimió mientras me posaba sobre él, metiéndolo lentamente pero con seguridad—. Dios. Si tuvieras alguna idea de lo bien que te sientes ahora mismo...

—Digo lo mismo de ti. —Me sostuve con mis manos en su pecho.

Luego empecé a moverme de arriba a abajo con lentitud, golpeándome de nuevo contra él hasta que establecí un ritmo que me hizo ver las estrellas. Roman también se empujaba dentro, manteniendo ese mismo ritmo a la perfección.

Su hueso pélvico presionaba mi clítoris en cada golpe, mientras su pene hinchado acariciaba cada parte sensible de mi interior. Mis paredes se apretaron involuntariamente, ordeñándolo por todo lo que yo valía.

Los suaves sonidos de placer que hacía me volvieron loca de necesidad, haciendo que mis propias ráfagas de placer se dispararan a través de mí, hasta que todas se combinaron y se enrollaron en una sola. Mi clímax tronó a través de cuerpo, sacudiéndose en cada fibra de mi ser hasta que no estaba segura de si era un todo o millones de partículas indiscernibles que formaban lo que tenía que ser el séptimo cielo.

Roman se metió en mí por última vez antes de que su frente se arrugara y soltara un gruñido profundo. Sentí que derramaba su liberación en lo profundo de mí. Su cadera se movía erráticamente, y sus músculos vibraban debajo de mí.

Cansada y saciada, me desplomé sobre él. Sus brazos me rodearon de inmediato, sosteniéndome fuerte antes de bajarme a la cama y colocarme en mi posición favorita, con mi cabeza sobre su corazón.

—Estoy muy feliz de tener algo de tiempo contigo después de todo, y antes de que tengamos que volver al trabajo.

—Sí. —Su mano estaba en mi cabello y la otra entrelazaba nuestros dedos—. Yo también.

Al presionar un suave beso a su lado, sentí que hacía lo mismo besándome en la parte superior de mi cabeza. Sonriendo, me acurruqué a su costado y dejé que los recuerdos de nuestro día me bañaran mientras me dormía.

Cuando le dije que quería ir a Disney esa mañana, esperaba que me tomara el pelo hasta el final, ya que sabía que podía ver lo emocionada que estaba. En vez de eso, excepto por cuando dijo que cantaba con un cepillo (lo que en realidad hacía de vez en cuando para desahogarme), siguió adelante con todo lo que yo quería hacer, felizmente.

En algunos momentos del día, podría jurar que se estaba divirtiendo más que yo. Fue refrescante ver este otro lado de él. Roman se relajaba en su casa en Nueva York y no en sus vacaciones. Era un lado de él que no había visto antes, y verlo de alguna manera me hizo amarlo aún más. No creía que era posible amarlo más, pero los últimos dos días me demostraron que estaba equivocada.

No fue tanto porque no había ningún estrés involucrado, sino por la forma en que estaba totalmente presente en el momento. La forma en que se entregaba a lo que estaba haciendo, cómo me mantuvo cerca de él durante todo el tiempo, y cómo abrazaba todo lo que se le presentaba; fue lo que hizo que mi corazón se hinchara y amenazara con explotar.

Acariciando la suave piel de su torso, no pude evitar apretar mi agarre. Tenerlo en mis brazos era increíble. Pude haberme enamorado de él cuando era adolescente, pero no tenía ni idea de quién era en realidad en ese momento. Ahora que lo sabía, lo amaba más de lo que nunca había amado a nadie. Más de lo que solía pensar que era posible amar a alguien, y más de lo que podría amar a alguien más.

Capítulo Sesenta Y Siete

—¿Ya es la hora de la playa? —le pregunté a Lia después del desayuno.

Ella estaba de nuevo en esa bata blanca que me había sacado de mí hacía menos de doce horas, y yo llevaba la que hacía juego, que tomé del gancho detrás de la puerta del baño.

Para el servicio de habitaciones, probablemente parecíamos un matrimonio no tan viejo, y para mi sorpresa, me encantaba. El nivel de domesticidad que Lia y yo habíamos alcanzado me hubiera hecho reír hace un año, pero ahora era nada menos que natural.

Le pedimos al camarero que trajo nuestra comida a la suite que nos consiguiera algunos periódicos, y juntos intercambiamos las secciones financieras y de negocios una vez que terminamos de leerlas. Mientras tanto, comimos panqueques esponjosos y tocino crujiente.

Hacía un calor infernal; pero apagamos el aire acondicionado, abrimos las puertas de los balcones y disfrutamos del calor. Incluso la humedad que me golpeó en la cara cuando llegamos aquí era bienvenida ahora, como un recordatorio para disfrutar de todo lo de Florida mientras durara.

La sonrisa de Lia me sacó de mis pensamientos, así como la forma elegante en que desplegó su cuerpo desde la silla acolchada en la que estaba sentada.

—Totalmente. Es tiempo de playa. Voy a prepararme. Te veré en unos minutos.

Al oír el agua de la ducha corriendo me sentí tentado a unirme a ella, pero ya habíamos pasado bastante tiempo anoche en eso y yo no quería tentar a la suerte. En total, solo habíamos dormido unas horas entre las rondas de amor, las charlas y las risas.

Mi resolución se debilitó cuando salió del baño con un bikini de hilo gris que resaltaba sus ojos y su piel blanca. De alguna manera, a pesar de todas las veces que la había visto desnuda, aún se las arreglaba para dejar algo a la imaginación.

Y mi imaginación estaba muy activa.

—¿Estás tratando activamente de provocarme un paro cardiaco? Porque no podré soportar lo que llevas puesto todo el día si no puedo ponerte las manos encima.

Lia se rio, plantando las manos en su cadera y haciendo un giro lento.

—¿Esta cosa vieja? ¿Por qué? Me la acabo de poner.

Me levanté, caminando hacia mi armario en un intento relativamente obvio de ocultar mi creciente problema que solo se agravaría por el traje de baño que estaba a punto de ponerme. Y luego decidí que se jodiera. Estábamos de vacaciones.

No había prisa.

Me quité la bata, me acerqué a ella y empujé a mi novia risueña de vuelta a la cama. Solo teníamos unos días antes de que volviéramos al trabajo todo el día, todos los días. Podríamos perder unos minutos tonteando antes de salir y unirnos a la multitud en la playa.

Dos horas después, extendimos nuestras toallas en tumbonas acolchadas con impermeabilizantes de color azul profundo.

Un paraguas blanco nos protegía del sol, y una mesa de madera rodeaba su poste, sosteniendo los cócteles que ordenamos en el camino. Un Mai Thai servido con piña para Lia y un Mojito lleno de menta para mí.

La arena estaba caliente bajo nuestros pies, pero no lo suficiente como para quemarnos todavía. Era otro día sin nubes, el cielo se mezclaba con el océano en el horizonte para mostrar todos los increíbles tonos de azul de la naturaleza, todos enrollados en la vista perfecta.

Detrás de nosotros, la música resonaba desde la piscina del hotel y el bar, con una canción pop que Lia cantaba en voz baja.

Se balanceó mientras intentaba alcanzar el protector solar en la mesa junto a su cóctel.

—¿Quieres que te cubra la espalda? —pregunté, ya alcanzando la botella amarilla.

Ella asintió, tirando del dobladillo de su encubrimiento y revelando lentamente el bikini que honestamente me embobaba

tanto que olvidaba mi propio nombre. Por un segundo, también olvidé que estábamos rodeados de niños jugando en la arena y de sus padres leyendo y observando a la gente.

Solo podía mirar fijamente a mi preciosa chica, preguntándome cómo diablos me había llevado tanto tiempo verla de verdad. Si fuera más listo, la habría hecho mía en la escuela, y ya estaríamos casados con un par de niños.

Ese pensamiento me tranquilizó y me hizo darme cuenta de que era la primera chica con la que podía imaginar ese tipo de cosas. La única chica con la que quería despertarme hasta el día en que no volviera a despertarme. Ya había tenido pensamientos como este sobre ella antes.

Quería que se mudara conmigo, pero ¿matrimonio e hijos y todo eso?

No sabía en que momento empecé a querer eso con tanta pasión, pero de repente sentí la necesidad de salir corriendo de la playa y encontrar una joyería.

—¿Vas a dejar que me queme, o vas a cubrirme la espalda? —La voz de Lia se filtró en mis pensamientos, y una sonrisa de satisfacción se extendió por sus labios rosados—. No es posible que vuelvas a estar excitado. Acabamos de llegar.

—Eso no era lo que estaba pensando —protesté débilmente. Me encogí de hombros—. Bueno, quizás sí, un poco.

Puso los ojos en blanco, y subió sus gafas de sol para que yo pudiera ver el movimiento.

—Eres insaciable.

—Solo por ti. —Guiñé un ojo, levantando mi propia copa para devolverle el favor—. Ahora acuéstate y déjame cubrirte la espalda antes de que te quemes.

—Ya era hora —dijo, cayendo en su tumbona—. Asegúrate de que también le pones al área debajo de las correas. Siempre es una putada cuando crees que estás cubierta, y entonces la correa se mueve, y acabas pareciendo una langosta a rayas.

—Aquí no hay langostas rayadas.

Una mujer que pasaba por delante de nosotros en ese preciso momento demostró que estaba equivocado, haciéndome reír y que

Lia mirara hacia arriba para ver por qué. Enterró la cara en su codo torcido en la tumbona para reprimir sus propias risas.

—Bien —dije—. Aunque tal vez haya un par de langostas a rayas aquí, tú no te convertirás en una.

La cubrí adecuadamente con el protector solar, luego me puse un poco y traté de mantenerme bajo control cuando me puso las manos en la espalda, justo pasando la cintura de mis pantalones. Cuando terminó, sacudí mi cabeza hacia el océano.

—¿Te echo una carrera hasta allá? —Esperé a que se diera cuenta de lo que estaba hablando antes de despegar, con la arena salpicando detrás de mí mientras clavaba los pies y corría la corta distancia hasta la orilla.

Lia gritó de risa detrás de mí, y la oí chillar cuando llegamos al agua. Era sorprendentemente cálida, casi tibia. Las olas no eran más grandes que suaves crestas, y el agua era tan clara que podía ver mis dedos y la arena que los cubría.

—Esto es una locura. —Lia se rio detrás de mí, señalando a sus pies cuando me di la vuelta y me sacudí el cabello de los ojos—. Puedo ver las conchas en los dedos de mis pies. ¿Alguna vez has visto el agua tan clara?

—Nunca —respondí honestamente—. ¿Alguna vez pensaste en el buceo? Apuesto a que este sería un lugar increíble para aprender.

Los ojos de Lia eran brillantes y casi tan entusiastas como lo estuvieron en Disney.

—Siempre he querido hacerlo. ¿En verdad crees que podríamos aprender aquí?

Me encogí de hombros, con mi ojo escudriñando la playa en busca de posibles vendedores turísticos.

—Tal vez no aquí en el resort, pero si realmente quieres, estoy seguro de que podríamos encontrar un lugar.

Al final encontramos un sitio, pero nos dijeron que el curso de buceo para principiantes, llamado curso de aguas abiertas, llevaba días de empezado. Además, ninguno de los dos quería pasar el resto de sus vacaciones estudiando. Jurando que tomaríamos el curso pronto, optamos por el esnórquel ofrecido por el resort.

Aunque no estuviéramos sumergidos en el agua, el mundo bajo la superficie era completamente nuevo, y tan colorido y adictivo que nos quedamos hasta que nuestra piel se parecía a las ciruelas y mi estómago gruñía.

Lia se sentía de la misma manera.

—¿Qué te parece un almuerzo tardío? —le pregunté.

—Esa ni siquiera debería ser una pregunta ahora mismo. ¿Qué tal una pizza o unos mariscos?

—Mariscos —respondí casi de inmediato—. No hay manera de que su pizza pueda vencer a nuestros lugares en Nueva York. Además, apuesto a que pueden cocinar buenísimos mariscos por aquí.

Pedimos una bandeja para compartir en uno de los restaurantes del complejo. Había una enorme pecera que formaba una pared entera del lugar, mientras que la cubierta en la que estábamos sentados daba al sol que empezaba a caer sobre el océano.

—Es el paraíso. —Lia levantó su bebida de piña fresca contra mi cerveza, chocándola antes de chupar la pajilla entre sus labios—. Este lugar es increíble. Tenemos que volver aquí algún día.

—Estoy de acuerdo. —Tomé un sorbo profundo de mi bebida. Las burbujas de la cerveza local me quemaban mientras bajaban por mi garganta—. Tenemos que venir a hacer ese curso de buceo, ¿recuerdas?

—Por supuesto. —Dejó su piña, extendiendo su dedo meñique sobre la mesa—. Prométeme que sin importar qué, volveremos y haremos nuestro curso de aguas abiertas juntos.

Enrollando mi dedo con el suyo sin dudarlo ni un segundo, asentí.

—Lo prometo.

Tomamos nuestras bebidas en silencio por un rato después de eso, viendo las olas en el agua rompiendo hacia la orilla y las familias empacando por el día. Alcancé la mano de Lia, con mi mente vagando por lugares a los que no había podido ir desde antes de que me reclutaran en la empresa de mi padre.

—Si pudieras vivir en cualquier parte del mundo, ¿dónde sería?

Una línea de luz apareció entre sus cejas, con su cabeza inclinada un poco.

—No importa a dónde vayamos. Lo que importa es quién está a nuestro alrededor.

Sintiendo una sonrisa en mis labios, me encontré de acuerdo con ella.

—Supongo que tienes razón.

La verdad es que seguiría a esta chica hasta el fin del mundo. Si ella quisiera hielo y nieve, me pondría una parka y un par de esquís. Si ella eligiera el sol, el buceo y el esnórquel, colgaría todos mis trajes de sastre en favor de un traje de neopreno. No había nada que no haría por ella.

Una vez que terminamos con nuestro almuerzo tardío, era casi la hora de la cena. Pagué nuestra cuenta antes de dar un paseo por la playa con la mano de Lia en la mía. Había una heladería de aspecto antiguo más adelante, y en cuanto la vio, empezó a tirar de mí hacia ella.

—Tenemos que comprar un poco de helado. Es básicamente una regla de las largas caminatas por la playa. Debes conseguir una o cuatro cucharadas de helado de chocolate. Estamos a cientos de kilómetros del frío que soportaremos durante meses. Merecemos disfrutar de alguna deliciosa heladería mientras aún hace calor.

—Por supuesto que sí. —Le levanté la mano para besarla, algo que me sorprendía haciendo cada vez más a menudo—. Lo que quieras, gatita, todo es tuyo.

Capítulo Sesenta Y Ocho

LIA

Cielos, este hombre...

La sensación de sus labios contra mi piel mientras estábamos dando un paseo por la playa observando al sol ponerse; fue como vivir mi propia versión personal de las comedias románticas de las que me gustaba reírme y por las que me desmayaba en secreto.

Sus palabras se reproducían en un bucle en mi mente mientras la arena caliente cubría mis pies en cada paso, de camino a la heladería.

«Lo que quieras, gatita, todo es tuyo».

Mi corazón hizo una cosa palpitante que me hubiera preocupado de ocurrirme con alguien más. Con Roman, sin embargo, me estaba acostumbrando a ello. Mi corazón no funcionaba como el de un humano normal cuando estaba a su alrededor. Y yo estaba perfectamente bien con eso.

—¿Quieres conseguir una mesa o comer y caminar? —preguntó mientras pisábamos la arena de nuestros pies en la alfombra de bienvenida.

—Comer y caminar —acepté, soltando su mano en nuestro acercamiento al mostrador.

El salón era pequeño y estaba decorado en rosa suave y azul celeste. Solo había unas pocas mesas, decoradas con los mismos colores junto con algunos remolinos de amarillo sol y blanco. Había un menú pintado en verde menta en un pizarrón detrás del mostrador con varias representaciones de conos en luces de neón montadas en las paredes.

La servidora era una joven con coletas rubias. Probablemente era solo unos años más joven que yo. Sus mejillas se cubrieron de rosa al mirar a Roman. Quise poner los ojos en blanco ante su reacción por él, pero no pude. Ya era hora de aceptar el efecto que tenía en las mujeres.

—¿Qué puedo ofrecerles? —preguntó cuando nos detuvimos frente a ella, hablando más con Roman que conmigo.

Él me miró para pedirme una respuesta y yo le rodeé el brazo por la cintura, tanto para mostrarle a la chica que estábamos juntos, como porque lo amaba mucho más por dejarme elegir primero.

—Un remolino de fresa y vainilla, por favor.

—Que sean dos de esos —dijo Roman—. En conos de azúcar.

Le sonreí.

—Me quitaste las palabras de la boca.

—Parece que últimamente nos hacemos eso el uno al otro —comentó.

Si no supiera a qué se refería, habría asumido que era un comentario totalmente inocente por la forma indiferente en que lo dijo.

Pero como sabía de qué hablaba, sentí que mis mejillas se calentaban.

—Es un cono de azúcar. ¿Quién no pediría uno de esos?

—Bastante gente, en realidad —nos dijo la servidora, recogiendo los conos y llenándolos en la máquina que estaba detrás de ella—. ¿Quieren chispitas?

—Caramelo de dulce de leche —le dije de inmediato, solo para oír a Roman pedir lo mismo al mismo tiempo.

Lo notó al mismo tiempo que yo, apretándome más fuerte a su lado.

—Los tontos nunca difieren, ¿eh? —me burlé.

—Prefiero decir que las grandes mentes piensan igual.

—Si tú lo dices.

Él sonrió, tomando ambos conos de la servidora mientras ella los entregaba. Después de envolver el mío en una servilleta, me lo pasó.

—¿Cuánto es? —le preguntó a la chica, pero le entregué un billete antes de que pudiera pagar de nuevo.

Me echó una mirada, pero sabía que no debía discutir.

De vuelta en la playa, caminamos al lado del otro mientras devorábamos nuestro postre. Roman miraba la luna, repentinamente menos juguetón.

Le di un ligero codazo, frunciendo el ceño al ver la tristeza que se le venía encima.

—¿Qué pasa?

—Mi papá. —Suspiró después de una breve pausa—. Estoy tratando de no pensar demasiado en él, ¿sabes? De vez en cuando, sin embargo, se escabulle.

—Es completamente normal —le aseguré, con mi corazón de repente queriendo salir de mi pecho y entrar en el suyo para consolarlo—. Yo solía hacer lo mismo. Cuanto más intentes no pensar en él, más encontrará una forma de entrar.

Se quedó callado durante un par de minutos mientras caminábamos. El agua se agitaba en la orilla cercana, y la playa estaba bastante vacía ahora. Solo había un par de adolescentes haciendo una hoguera delante de nosotros y otras parejas dando un paseo al igual que nosotros.

El cielo se estaba volviendo azul profundo mientras la luz se desvanecía, y una media luna se hacía visible en la distancia. Cuando Roman rompió nuestro cómodo silencio, su voz fue casi sombría.

—Después de la forma en que estuvimos juntos, no puedo creer que se haya ido.

—Conozco la sensación.

Mi propio padre se había ido tan rápido que a veces era difícil creer que se había ido de verdad. Era demasiado fácil creer que estaba en Texas, hasta que recordaba que Lucas y yo vendimos nuestra casa de la infancia hace años y una encantadora pareja, los Baldaccis, vivían allí con sus hijos ahora.

—Una parte de mí esperaba que viviera para siempre. Sé que los hijos deben enterrar a sus padres, pero siempre se siente tan lejos. Un mal sueño que nunca se hará realidad.

—Como un día que nunca va a llegar —estuve de acuerdo—. Hasta que llega y te quedas con los "y si" y los "tal vez" en tus manos.

—Exactamente. —Asintió, con sus ojos en el océano y la luna elevándose sobre él—. Siempre pensé que habría alguna escena épica entre nosotros antes de que llegara el momento. Un tiempo antes de que se enfermara o envejeciera donde nos sentábamos y enterrábamos el hacha de guerra.

—No hubo un hacha para él —dije tan honestamente como pude, sin revelar todo lo que Paul me había dicho.

Todavía estaba buscando ese momento perfecto, pero no era éste. Roman lloraba por su padre, la pérdida de un hombre con el que nunca supo hablar. Decírselo ahora solo aumentaría ese dolor.

Era la misma posición en la que me encontré tantas veces desde que murió. Querer descargar mi secreto para aliviar mi propia culpa y querer estar ahí para Roman. Sabía que la culpa me pesaría hasta que me sincerara, pero no podía hacerlo. Aún no le diría.

Habría un momento en el que sería inevitable decírselo, y yo asumiría las consecuencias cuando llegara. Solo que no podría ser ahora.

Con la luna y el sol saludándose, ambos brillando sobre nosotros a su manera mientras el otro se despedía, no me atreví a decírselo.

En cambio, terminé mi cono y tomé su mano, ofreciéndole una silenciosa muestra de apoyo.

—Después de todo lo que pasamos, no puedo creer que todo se haya reducido a un video. Es una pesadilla que haya pasado por todo eso por mí. —No sonaba amargado por ello, solo resignado—. Que pasó por todo eso para poner todo en su lugar y asegurarse de que yo supiera lo que quería decir, incluso después de que lo rechazara con tanta tequedad tantas veces.

—Era tu padre por encima de todo, cariño. Te amaba mucho, y estaba increíblemente orgulloso de ti. —Tiré de su mano para que se detuviera un momento. Frente a él, a la débil luz de la luna, le levanté la mano hasta la mejilla—. Tienes que creerlo.

—Sí —dijo tan silenciosamente, que supe que las palabras le sorprendieron tanto como a mí—. No lo habría dicho en su último mensaje si no fuera cierto.

Había lágrimas en sus ojos mientras lo decía. Era tan raro ver a Roman mostrando cualquier rastro de vulnerabilidad, que ver sus lágrimas me hizo llorar a mí también.

Respiró de forma escalonada, soplando despacio.

—La cosa es que nunca esperé que me perdonara. Hizo algunas cosas bastante malas a lo largo de los años, pero siempre hizo lo que pensaba que era mejor para la compañía. Todo lo que hacía,

podía decir que lo hacía por el bien de la compañía. Entonces llegué yo y casi le costó todo por lo que había trabajado tan duro.

Fruncí el ceño, enrollando mis brazos alrededor de su cintura.

—¿De qué estás hablando?

Roman suspiró con pesadez, sacudiendo la cabeza antes de que las comisuras de su boca se cerraran.

—Papá y yo nunca tuvimos una gran relación, como ya sabes. Hubo un tiempo en el que las cosas empezaron a mejorar. Quería demostrarle que valía la pena el tiempo y el esfuerzo que estaba poniendo en mí. Fui tras un gran cliente, una ballena que sabía que había estado en los libros durante mucho tiempo, pero nadie había sido capaz de pescar todavía. —Se alejó, cerrando los ojos como si recordara algo doloroso—. Resultó que el cliente estaba en nuestro libro de personas para reclutar, pero había una razón por la que nadie lo había reclutado aún, y no era porque no pudieran. Era porque el cliente había quedado en segundo plano a la espera del resultado de varios cargos de malversación de fondos en su contra.

Aspiré un aliento fuerte.

—Oh, Roman.

Asintiendo, una expresión amarga se posó en su rostro.

—Yo no lo sabía, pero todos los demás sí. Aparentemente, era de un conocimiento común que me perdí de alguna manera. Había estado trabajando muchas horas, y supongo que se me escapó de las manos.

—¿Así que lo firmaste?

Mi corazón sangró por él, ya que estaba bastante segura de que sabía lo que se avecinaba. Los clientes acusados de malversación de fondos eran veneno para cualquier gestor de inversiones. Inevitablemente, las autoridades investigaban a la empresa y a sus dueños por conspiración y complicidad.

—Lo firmé —confirmó mis peores temores, con un dolor tan punzante en sus ojos—. Papá intervino, pero no antes de que fuera demasiado tarde. Casi lo perdió todo por mi culpa. Nunca me perdoné del todo, y no creí que él tampoco lo hiciera. Y ahora, al oírle decir que estaba orgulloso de mí de todas formas...

Tomando un momento para inhalar una respiración profunda, traté de reunir mis pensamientos. Solo podía imaginar lo devastador que debió haber sido el golpe, lo avergonzado que debió haberse sentido. Pero también sabía que su padre estaba realmente orgulloso de él. No me mencionó nada sobre este error en ninguna de nuestras conversaciones. Roman fue el único que hizo referencia al error que cometió.

Los tópicos y el decirle que fue en el pasado no lo iban a ayudar ahora. Pude ver lo mucho que todavía le perseguía. Sentía que no merecía que su padre estuviera orgulloso de él después de lo que pasó. Pero no era cierto.

El señor Burnett estaba increíblemente orgulloso de él, por una buena razón. Y yo también. Solo necesitaba verlo, para demostrarse a sí mismo que iba a seguir adelante.

—Tu padre veía todo como una curva de aprendizaje. Fue más duro contigo que con nadie más porque sabía que podías tomarlo y aprender de él. Así que aprende de ello. La pregunta entonces se convierte en, ¿qué vas a hacer ahora?

Se quedó en silencio otra vez, pensando.

Apoyó su frente contra la mía, cerró los ojos, y respiró profundo varias veces. Cuando los abrió de nuevo, había una resuelta determinación ardiendo en sus casi incoloros lirios bajo la luz.

—Vamos a llevar a la compañía a nuevas alturas, tú y yo. Vamos a hacerlo juntos, y a hacerlo exactamente como queremos hacerlo. No vamos a defraudarlo.

—Así es —estuve de acuerdo—. No lo defraudaremos.

Sonrió, con la alegría genuina iluminando sus rasgos.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres ser mi mujer de confianza?

—Nada me gustaría más. —Le devolví la sonrisa, en el sentido de cada palabra.

Me gustaba el sonido de eso, el llevar la compañía a nuevas alturas al lado de Roman. Siempre habíamos formado un equipo formidable, y por mucho que me gustara el tiempo que pasábamos juntos, no podía esperar a ver lo que vendría después.

Capítulo Sesenta Y Nueve

ROMAN

De pie en la oficina de mi padre, mi oficina, miré la ciudad desde las alturas. La mayoría de los edificios estaban oscurecidos por nubes bajas y el clima era gris y miserable, pero parecía encajar de alguna manera.

Era mi primer día como CEO de la Corporación Burnett. Los papeles fueron firmados, la tinta estaba seca, y como no hubo disputas ni objeciones a que yo ocupara el puesto de papá, ya era oficial.

Mientras Lia y yo estábamos en Florida, Scotty, que ahora era mi asistente, había reorganizado la oficina de papá y la había preparado para mí. El escritorio gigante seguía ahí, pero también todas mis pantallas, una nueva computadora, dos monitores nuevos y una impresora a color que no usaba.

Scotty dejó el bar, la sala de estar y la mesa de conferencias de papá sin tocar, pero me dijo que podía hacer que lo quitaran todo en cualquier momento. Le dije que no se preocupara por eso. En cierto modo, esta sería siempre la oficina de papá. Ahora solo la dirigía para él.

Además, había una buena razón por la que papá tenía cada una de esas características en su oficina. No era porque bebiera solo durante el día, tomara siestas en los sofás o doblara a sus secretarias sobre la mesa de conferencias.

Había una estrategia, y yo había aprendido lo suficiente de él para saber que no había que meterse con lo que funcionaba. Era algo surrealista estar aquí de nuevo, especialmente porque me sentía como en casa. Una gran parte de mí esperaba que papá irrumpiera en cualquier momento. Aunque extrañamente, esa misma parte no esperaba que gritara cuando lo hiciera. Era más bien como si estuviera esperando tomar un café con él, lo cual era una ridiculez ya que nunca me digné a acompañarlo a tomar un café casual en su oficina.

Estaba empezando a comprender que tenía mucho que trabajar para empezar a lidiar con la muerte de papá. Fue demasiado repentino, demasiado inesperado, y las cosas entre nosotros terminaron con demasiada hostilidad. Lanzando el sorprendente y amoroso video a la mezcla, no sabía qué hacer con las cosas.

Fue bastante fácil olvidarme de todo en Florida, dejarlo atrás y concentrarme en el futuro; uno que incluía que pasara mis días y mis noches con Lia.

Estar en la oficina de papá y saber que yo tomaba oficialmente las riendas ahora, hacía más difícil olvidar que algo pasó aquí; y el lidiar con mi dolor, mi culpa y arrepentimiento.

Considerando todas las cosas, sin embargo, estaba bien. En gran parte gracias a Lia, y por saber que estaba en algún lugar del edificio apoyándome. Scotty era un campeón también.

Mientras me preparaba la oficina, también me hizo notas sobre lo que papá había estado trabajando antes de que pasara lo peor, y puso entradas en el calendario para las próximas reuniones que no podía perderme o reprogramar.

Era un salvavidas y una estrella de rock. Hice una nota mental para recordar todo lo que había hecho por mí cuando llegó el momento de las primas anuales.

Un suave golpe en mi puerta me llamó la atención. Me giré para encontrar a Lia entrando y cerrando con firmeza la puerta detrás ella.

—¿Cómo va todo aquí?

—Todo bien —respondí, caminando para plantar un beso casto en sus labios.

De mutuo acuerdo, íbamos a mantener las cosas tranquilas y privadas en la oficina por ahora. Solo sería cuestión de tiempo para que nuestra relación saliera a la luz, y cuando lo hiciera, estaría listo.

Sin embargo, ambos sentimos que era mejor dejar que el polvo se asentara antes de volver a balancear el barco anunciando que la Directora Financiera y el Director General se veían y pasaban la mayoría de las noches en la cama juntos.

Como la puerta estaba cerrada al igual que las persianas de la ventana, y no había ojos curiosos alrededor, me imaginé que era

seguro besar a mi novia como saludo. Ella sonrió contra mis labios, llevando una mano a mi cuello y metiendo sus dedos con gesto suave en el cabello de mi nuca.

—¿Por qué fue eso?

—Solo estoy saludando.

Puso en blanco sus preciosos ojos, pero de todas formas brillaron con amor y diversión.

—Me acabas de ver hace una hora. Llegamos juntos a la oficina esta mañana, ¿recuerdas?

Me di un golpecito en el costado de la boca.

—Recuerdo vagamente que alguien me deseó suerte un poco antes, pero tal vez necesites recordarme cómo lo hiciste.

—No puede ser. —Se rio, sosteniendo un archivo que había llevado a mi oficina—. Estoy aquí por tu firma, no por tus genitales. Además, quería comprobar cómo te iba con todo.

Mi tono juguetón se escabulló con la entonación seria de Lia. Me alejé de ella y enganché los pulgares en los bolsillos de mis pantalones.

—Están bien, en verdad. Estoy bien.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza casi hasta el hombro.

—De verdad —le aseguré, encontrando su mirada frente a mí—. No es tan difícil estar aquí como pensé que sería.

—Es bueno saberlo —respondió, aparentemente tomando una decisión antes de abrir el archivo y sacar un pequeño bloque de madera cuadrado—. Tengo un regalo para ti.

Me entregó el bloque de madera al revés. Las pinzas en la parte posterior de la misma insinuaban que era un marco de fotos, pero no estaba preparado para la foto que tenía. Era una de papá y yo pescando cuando era niño.

Una foto que atesoraba y que a menudo me molestaba por darme la esperanza de que algún día podríamos ser como el padre y el hijo de la foto. Una foto que sabía que estaba guardada en lo profundo de uno de los cajones de mi casa.

—¿Dónde la encontraste?

—Mientras empacaba tus cosas el otro día, la vi en tu cajón —admitió, con una sonrisa esperanzada tirando de sus labios—. La

hice enmarcar para que puedas colocarla en tu escritorio. Pensé que te gustaría tener el recuerdo contigo mientras te instalas en la oficina.

—¿Así que revisaste mis cosas? —Arqueé una ceja, intentando sin éxito parecer incrédulo y decepcionado.

Apoyando una mano en su cadera curvada, me devolvió la expresión.

—Sabías que iba a hacerlo. Te dije que iba a hacer las maletas por ti.

—Sabía que empacarías para mí, no que hurgarías tanto en mis calzoncillos como para encontrar algo que no había visto en meses.

Me sacó la lengua, desafiante.

—Eso te muestra lo poco que prestas atención. Estaba justo ahí. Ni siquiera estaba enterrada en lo profundo.

—Ahora que lo pienso… —Entrecerré los ojos—. Quizá se deba a algo que me ha distraído últimamente en mi habitación.

—¿Ah, sí?

Asentí solemnemente.

—Hay una hermosa chica con la que me he estado despertando cada vez más a menudo. La mayor parte del tiempo mientras me visto, también intento echarle un último vistazo antes de que se cubra para siempre por el día.

Lia se rio. No era un sonido que escuchara muy a menudo, pero me encantaba cuando lo hacía.

—Será mejor que te diga que dejes de distraerte tanto. Obviamente, estás usando la misma ropa una y otra vez. La gente empezará a hablar.

Levanté mi mano hasta la frente de forma dramática.

—Cualquier cosa menos eso. Debo evitar que la gente hable de mis elecciones de moda.

—¿Llamas a eso moda? —Lia se burló, las esquinas de sus ojos se arrugaron con una risa reprimida—. De todas formas, podrías agradecerme la advertencia.

—Gracias —dije sinceramente, dejando de lado el acto y acercándome para darle un abrazo envolvente—. Te lo agradezco, de verdad.

Acariciando mi pecho, abrazó mi cintura y apoyó su oído sobre mi corazón.

—Quería una relación contigo tanto como tú la querías una con él. Lo supe después de que me hizo prometerle que no te diría que estaba enfermo. Quería decírtelo él mismo, para ver si podían arreglar las cosas entre ambos antes de que ocurriera lo inevitable.

Lia se quedó en mis brazos al mismo tiempo que todo mi cuerpo se congeló, la conmoción me llevó a algún lugar en mi memoria mientras intentaba procesar lo que acababa de decir. Por la forma en que salió y su reacción después de que lo hiciera, estaba dispuesto a apostar que se le escapó.

—¿Lo sabías? —pregunté en voz baja. Después de una breve pausa, sentí que ella asentía contra mi pecho. Fue entonces cuando me di cuenta de que todavía la tenía en brazos. Soltándola tan rápido que cualquiera que nos viera podría haber pensado que me había mordido, di un paso atrás y la miré directamente a sus horrorizados ojos—. ¿Lo sabías y no me lo dijiste?

—Yo… —Por una vez, Lia estaba sin palabras. Sus ojos se abrieron de par en par antes de que sus hombros se hundieran y asintiera—. Sí.

Parpadeando, repetí las últimas semanas en mi mente. La forma en que me engañó para subir al tejado y me animó a contestar las llamadas de mi padre, así como también la noche en que el hospital me llamó, estaba empática y devastada, pero no sorprendida. Tantas pequeñas cosas que ella dijo o hizo o mencionó que él le dijo.

No sabía qué pensar o qué sentir. Ella lo sabía, y no me lo dijo. Tantas emociones se estrellaron en mí, que no sabía qué hacer con todas ellas. Shock, sorpresa, traición, comprensión.

—Déjame solo —dije en voz baja, alejándome de ella y caminando hacia la ventana.

Necesitaba procesarlo, y no quería hablar más con ella sobre eso. No ahora.

—Roman, yo...

—Por favor, Lia —supliqué, con mi voz apenas por encima de un susurro—. Solo vete, por favor.

Sentí su vacilación desde el otro lado de la oficina. Después de un par de minutos tensos y silenciosos, la oí expulsar una suave ráfaga de aire y luego la puerta se cerró detrás de ella.

Con la vista puesta en la ciudad pero sin verla realmente, traté de darle sentido a lo que acababa de enterarme. Mi novia, la mujer que amaba y que decía que también me amaba, sabía que mi padre se estaba muriendo y no me lo dijo.

Era demasiado para procesar en mi cabeza. No me lo dijo antes de su muerte, y esperó tanto tiempo para decírmelo después. Estuvimos juntos en Florida durante una semana, por el amor de Dios. Pudo haber encontrado un par de segundos para decirme la verdad.

Quería rabiar, pero no podía reunir la energía. Solo podía pensar en el tiempo que había perdido. Si me lo hubiera dicho, habría tenido tiempo de hablar con mi padre. De arreglarlo todo.

Capítulo Setenta

LIA

Así que esto era lo que se sentía cuando todo se iba al infierno. Mi corazón se hundió tanto cuando Roman me dijo que me fuera de su oficina, que se sentía como si estuviera en las plantas de mis pies.

Las lágrimas me picaban los ojos, amenazando con caer con cada paso que daba. Mantuve la cabeza baja cuando salí de la oficina, permitiendo que mi cabello formara una cortina protectora mientras me apresuraba a la escalera. No podía enfrentar al ascensor en este momento.

Siempre había alguien que quería hablarme de algo, y si abría la boca, el nudo en la garganta se desintegraría por las vibraciones de mi voz, y yo me convertía en un desastre desordenado y llorón.

Golpeando con mis puños la puerta que lleva a la escalera, irrumpí en el rellano de hormigón y me desplomé contra la pared fría.

Una hora antes, Roman y yo habíamos llegado juntos a la oficina, felices y enamorados; saciados en una mañana en la que le deseé suerte por su primer día y él insistió en que yo necesitaba algo de suerte propia. Ahora, ni siquiera estaba segura de que me iba a hablar de nuevo.

¿Cómo pudieron cambiar tanto las cosas en tan poco tiempo?

Cerrando los ojos, apoyé la cabeza contra la dura pared detrás de mí. Tan pronto como los cerré, no pude evitar las imágenes de su mirada cuando me dijo que lo dejara solo.

No podía soportar ver esa mirada ahora mismo, así que abrí los ojos de nuevo. Había mucho dolor en ella, tanta traición y dolor.

Aunque no lo había dicho, había una parte de mí que quería creer que ya lo sabía. Que el señor Burnett se lo había dicho en ese video. Él fue el que me hizo guardar el secreto porque quería ser quien se lo dijera. Creía que le había confesado que yo lo sabía antes de enviarme a una semana de vacaciones con su hijo.

Aunque debí haberlo sabido. Debí haber tomado uno de esos momentos en Florida y preguntarle a quemarropa si su padre se lo había dicho. Hubo tantos momentos en los que me convencí a mí misma de que no era el momento adecuado, pero lo era. Cualquier momento habría sido mejor que este.

Al menos allí estábamos atrapados en la misma habitación de hotel, no habría podido enviarme lejos como lo hizo ahora. Lo peor de todo fue que ni siquiera había sido malo con eso. En todo caso, sentí que lo hizo para protegerme de él; de lo que pasaba por su mente y de lo que podría decir, como consecuencias del indescriptible daño que le causé.

Quería estar allí para darle respuestas a las preguntas que debía tener, pero estaba claro que no me quería cerca. Siendo realista, tuve que enfrentarme a la posibilidad de que nunca más me quisiera allí en otra calidad que no fuera la profesional.

Hace un par de semanas lo engañé para que subiera al tejado, solo un par de semanas desde la última vez que pensó que yo no era más que una embaucadora, una gran mentirosa. Y así fue exactamente como me vio una vez más: alguien que mentía sobre todo.

Lo gracioso es que nunca mentía, ni siquiera para encubrir mi propio trasero cuando era pequeña. Si fui yo quien rompió un jarrón, lo confesaba. Sin embargo, aquí estaba, pareciendo la mayor mentirosa del mundo. Atrapada en una red de mentiras que seguían lastimando a la última persona en el planeta que quería lastimar.

Bueno, ni siquiera eran mentiras. Se trataba de un secreto que estaba causando todos estos problemas, todo este dolor y devastación. Un gran secreto que solo guardé porque seguía los deseos de un hombre que quería más que nada arreglar las cosas con su hijo antes de que respirara por última vez.

Sabía que el motivo no importaba en este momento. Le había ocultado algo muy grande, algo que cambiaría mi vida y de lo que nunca podría retractarme, ni arreglar. Pero lo había hecho por las razones correctas, lo que hacía todo aún más desgarrador.

Guardé el secreto porque lo amaba, porque quería lo mejor para él, y pensaba que la oportunidad de que se lo dijera su padre era lo

mejor. Guardé el secreto porque respetaba a Paul por ser mi jefe, pero más que eso, respetaba que era un padre. Un padre moribundo que quería arreglar las cosas con su hijo en sus propios términos.

No me correspondía interferir en ese tipo de deseos, o ir en contra de ellos. Al menos eso era lo que me había dicho a mí misma en ese momento. Ahora no estaba tan segura.

Tal vez debí haber ido en contra de los deseos de Paul. Debí haberlo hecho, pude haberlo hecho, y lo habría hecho... Pero al final no lo hice.

Y ahora ya estaba hecho. Se acabó.

Puede que me haya costado mi relación con el hombre que amaba más que a nada en el mundo. Si él se sentía lo suficientemente ofendido, puede que incluso me cueste mi trabajo; no es que me preocupara por eso, no ahora mismo.

Si quería, podía despedirme o desterrarme de Nueva York para siempre. Pero eso no me importaba, no cuando lo que más me dolía era perderlo a él.

Demonios. No podía creer que estuviera en esa posición otra vez. Ni siquiera había tenido tiempo de ir más despacio y pensar en cómo me sentí la última vez que miré fijamente el barril de la pérdida de Roman, y ya estaba apuntando en mi dirección otra vez.

Y todo por la misma situación.

Todo era culpa mía.

De repente, sentí que no podía respirar. El aire en el espacio de la escalera parecía rancio, como si ya no tuviera suficiente oxígeno. Mi garganta se secó por completo, me raspaba cada inhalación, y mi cabeza empezó a tambalearse.

No podía quedarme más tiempo allí. No podía quedarme en el edificio más tiempo, sabiendo lo que le había hecho a Roman; cuánto lo había lastimado.

Finalmente, me estaba ahogando en mi propia culpa, me estaba cortando el suministro de aire, asfixiándome.

Agarrando la barandilla de acero a mi lado, me quité los zapatos y los cargué mientras corría por las escaleras, tan rápido que todo a mi alrededor se redujo a un borrón. Solo las parpadeantes señales

rojas que indicaban la salida se burlaban de mí, me hacían creer que estaba a punto de escapar cuando no era así.

Después de cada piso vino otro, y otro, y otro más. Seguí adelante, mientras mi respiración se hacía cada vez más superficial con cada piso que dejaba atrás. Ninguna distancia que pusiera entre nosotros hacía que Roman se enojara menos conmigo. Era como si sus sentimientos se hubieran filtrado por todo el edificio, envenenando el aire que me rodeaba.

Cuando al fin llegué al vestíbulo, mi respiración se hizo profunda. Estaba jadeando, no había bajado tantos tramos de escaleras en tanto tiempo... No, nunca había subido o bajado tantos tramos o escaleras tan rápido.

Me tomé solo un segundo para alisar mi cabello y mi falda lápiz, y deslizarme en mis zapatos de nuevo para cruzar el vestíbulo. Pero una vez afuera, un toque de consciencia me hizo darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Estaba huyendo, como solo lo hace un cobarde, un culpable.

No sabía adónde iba, pero no podía quedarme quieta, así que empecé a caminar.

Después de lo que podrían haber sido minutos u horas, me encontré fuera de un edificio familiar. La oficina de Lucas. Sin pensar que podría estar ocupado, que Roman era su mejor amigo, o que me había dicho más de una vez que no quería que lo pusieran en el medio si alguna vez peleábamos, empujé las puertas y apenas le di mi nombre a su recepcionista antes de correr hacia su oficina.

Dando dos golpes rápidos en su puerta, empujé el marco de esta y entré. Por fortuna, Lucas estaba solo. Pero estaba en una llamada.

La oficina de mi hermano era tan grande como la mía, pero estaba mucho más llena. Tenía modelos de edificios en cada superficie, y una mesa de dibujo en una esquina con una pila de planos.

Sentado detrás de su escritorio con el teléfono fijo en la mano, tenía la camisa arremangada y hacía girar un lápiz grueso entre los dedos.

Dejó de hablar cuando irrumpí en su oficina, con una ceja alzada.

—Tendré que llamarte luego, Rob. Hay una emergencia de la que tengo que ocuparme.

El teléfono estaba apenas en la cuna antes de que cruzara el suelo hacia mí y me abrazara, con el tipo de abrazo de oso fraternal que no había sentido desde que tenía seis años, cuando lloraba porque había perdido uno de mis dientes.

Fue el abrazo lo que desencadenó el repentino arrebato de lágrimas. Corrieron por mis mejillas y empapaban su camisa, pero no me dejó ir.

—¿Qué pasa, hermana? ¿Qué demonios pasó?

Su fuerza era lo único que me sostenía en ese momento. Mis piernas y rodillas estaban gelatinosas y entumecidas por mi salida de la oficina y todo el camino hasta él, pero no estaba segura de que mi espíritu fuera lo suficientemente fuerte para evitar que se doblaran de todos modos.

—Roman —susurré en el pecho de Lucas—. Él lo sabe. Sabe lo de su padre.

—¿Sabe que lo sabías? —Lucas se dio cuenta de inmediato, apretando su agarre a mi alrededor—. ¿Cómo?

—Se lo dije antes en su oficina —dije con un nuevo sollozo—. Le di una foto que encontré de él y su padre. Yo solo...

—Lo sé, hermanita —susurró tranquilamente, usando exactamente las mismas palabras que me había dicho hace tantos años. Excepto que entonces, habían sido seguidas por "sé que duele".

Dios sabía que preferiría estar luchando con el dolor de perder un diente de leche de nuevo en lugar de esto. Eso fue doloroso, pero esto era destructivo para el alma.

—Roman significa todo para mí, Lucas. —Solté otro sollozo—. Absolutamente todo, y ahora ni siquiera sé si volverá a mirarme a los ojos. Ni siquiera puedo volver a mostrar mi cara en mi propia oficina. No sé cómo.

—Shh. —Me acarició la espalda—. No te preocupes por eso, ¿de acuerdo?

—¿Cómo puedo no preocuparme por eso? —Lloraba tanto que ahora tenía hipo.

Lucas se alejó, se agachó para mirarme a los ojos mientras me llevaba las manos a los hombros.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de esto. Nunca fue tu culpa. Me ocuparé de ello, hermana. Solo no te preocupes.

—No, Lucas. Yo…

No esperó a que yo terminara la frase. Simplemente me dio un beso en la frente, giró sobre el talón de su zapato y salió por la puerta.

Me quedé boquiabierta en su oficina, con las lágrimas fluyendo con libertad ahora que las compuertas se habían abierto, y preguntándome una vez más qué demonios estaba pasando en mi vida.

Capítulo Setenta Y Uno

ROMAN

La cabeza me daba vueltas, sentía náuseas y mi estómago se retorcía mientras trataba de enfocar la pantalla frente a mí. Intentaba sacar todo lo referente a Lia de mi mente y conseguir hacer un poco de trabajo, pero estaba resultando más difícil de lo que pensé que sería.

A pesar de todo, no quería decepcionar a mi padre. Claro, le dijo a mi chica que se estaba muriendo y no a mí, pero...

—Demonios —murmuré, arrastrando las manos por mi cabello. Me estremecí al pensar en cómo lucía a estas alturas.

Al menos nadie me estaba molestando.

Scotty mantenía su distancia, y la mayoría de la gente probablemente se iría pronto. Me dieron el día para instalarme, lo que fue una bendición ya que no tenía ni idea de cómo podría manejar las reuniones o tomar grandes decisiones en esas circunstancias.

Había comenzado mi mañana muy optimista, decidido a hacer que todo funcionara sin importar nada. Estaba tan seguro de que tenía esto bajo control, que iba a entrar como Director General y que las cosas se arreglarían.

Estaba preparado para trabajar duro, para dedicar las horas necesarias en ponerme al día con todo lo que tenía que hacer. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para llevar a la Corporación Burnett a nuevas alturas, para lograr todos los sueños que mi padre tenía para la compañía.

Suspiré, metiendo una mano en mi desordenado cabello y manteniéndola ahí. Para lo que no estaba preparado era para descubrir que Lia me había ocultado un secreto como ese. Saber que pude haber tenido más tiempo con mi padre, suficiente tiempo para hacer las paces con él, si solo hubiera sido honesta conmigo.

¿Cómo demonios se supone que iba a pensar en otra cosa?

Llamaron a mi puerta con fuerza. Antes de que pudiera pedirle a quien fuera que volviera otro día, la puerta se abrió y entró mi mejor

amigo.

Lucas no se disculpó por no esperar antes de que le dijera que entrara, y no me preguntó qué me pasaba, aunque sabía que me veía terrible. En vez de eso, entró directamente, pareciéndose más a un estudiante universitario de hoy en día con jeans y zapatillas, que al exitoso arquitecto que era.

Podría lucir como mi amigo de toda la vida, pero la expresión de su cara era una que nunca había visto dirigida a mí. Era atronadora y decepcionante, juro que casi vi fuego ardiendo en sus ojos.

—Lucas, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté, sentándome en mi silla y cruzando los brazos—. Nunca te he visto salir del trabajo tan temprano un lunes.

—Tenemos que hablar —soltó, con un tono muy agudo—. Lia fue a verme. Me contó todo lo que pasó. Incluyendo que la echaste de tu oficina.

Mi columna vertebral se enderezó. En el fondo, sabía que estaba aquí por eso. A pesar del hecho de que en estos meses había estado más cerca de Lia que él durante años, seguía siendo su hermano mayor, y por la mirada en sus ojos y tensión en su mandíbula, sabía que estaba mirando a la cara de un hermano mayor protector y no a mi mejor amigo.

—No la eché de mi oficina —me burlé, estrechando los ojos. Si así era como quería jugar, que así fuera—. Esto es entre ella y yo. No tiene nada que ver contigo, así que no te metas en esto, amigo.

—Mentira —dijo Lucas, con una calma que se deslizó en su tono antes de apoyar los codos en sus rodillas, y solo me miró durante un largo segundo—. Tiene todo que ver conmigo. Es mi hermana, y fue a mi oficina llorando a mares. Eres mi mejor amigo, y no te molestes en decirme que no estás tan destrozado. Puedo ver a través de ti.

Rechiné mis dientes tan fuerte que me envió una punzada de dolor a la cabeza.

—Ella me mintió.

—No fue su culpa —dijo Lucas—. Tu padre, su jefe, le ordenó que guardara el secreto. Le exigió prometerle que no te lo diría.

—Me miró a los ojos por solo Dios sabe cuánto tiempo, y no me dijo que mi padre se estaba muriendo —dije las palabras que me

habían estado estrangulando—. Jesús, Lucas. Sé que prometí no hablarte nunca de esto. Teníamos...

—No termines esa frase. —Lucas se estremeció, levantando una mano—. No necesitas deletreármelo. Lo entiendo. Han estado juntos, se aman, y ella no te lo dijo. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Levanté mi barbilla, desafiando silenciosamente su declaración—. ¿De verdad?

—¿Y tú lo entiendes, Roman? —Me lanzó mi propia pregunta, dando todo lo que tenía. Era un talento particular de Lucas el sostener el espejo cuando pensaba que la gente estaba siendo santurrona—. ¿Realmente lo entiendes?

Mirando a los ojos de Lucas, sentí la necesidad de gritar: ¡Sí! Pero la verdad es que no lo entendía. Por mucho que lo intentara, no podía entender por qué Lia me había ocultado algo tan delicado, e incluso días después de la muerte de mi padre. Me miraba a los ojos cada día y no me lo decía. Me hacía el amor y no me lo decía, ni siquiera en esos suaves momentos en la oscuridad una vez que nuestros cuerpos se calmaron pero permanecieron pegados.

Todas esas noches que durmió sobre mi pecho y me desperté con ella en mis brazos. Todas esas veces que hablamos de todo y nada. Durante todo ese tiempo, ella sabía lo que estaba pasando con papá y no dijo nada.

—No, no lo entiendo.

A su favor, Lucas no parecía engreído ni satisfecho con mi admisión. Solo suspiró, y su expresión se suavizó por primera vez desde que entró en mi oficina.

—Hizo exactamente lo que cualquier otro hubiera hecho en su situación. Incluso vino a mí por eso. ¿Recuerdas que te dije que tenía una amiga que estaba pasando por una pésima situación? —Asentí en silencio, y Lucas se encogió de hombros—. No era una amiga. Era ella. ¿Sabes lo que le dije? Que me alegraba de no haber estado yo en esa situación. Que habría hecho cualquier cosa para saber qué le sucedería a nuestros padres, pero que no le correspondía a ella interferir. Aposté en mantener la promesa de tu padre. —Los hombros de Lucas se desplomaron de forma muy similar a como lo hicieron los de su hermana antes—. Al final ella me

lo confesó. Para que lo sepas, yo también lo sabía. No por mucho tiempo. De hecho, solo me enteré el día antes de que él...

Aturdido por el silencio una vez más, solo podía mirar a mi mejor amigo.

¿Cómo carajo lo supo todo el mundo menos yo?

Porque no escuchaste a nadie...

La voz apareció en mi cabeza sin ser invitada. Antes había pensado en cómo Lia había intentado animarme a tomar sus llamadas, cómo se esforzó en engañarme para que subiera al tejado. Debí haber escuchado… Pero no lo hice. Me negué a hablar con cualquiera sobre mi padre, me negué rotundamente a considerar la posibilidad de hablar con él.

Mi mente iba a un millón de kilómetros por hora, recordando cada llamada que ignoraba, cada vez que Lia me suplicaba que atendiera sus llamadas. Lo preocupada que estaba después de nuestra no-conversación en el tejado. Hizo todo lo que pudo para hacerme saber que algo andaba mal sin traicionar la confianza de mi padre cuando le confió el mayor secreto de su vida.

¿Habría hecho algo diferente de haber estado en su lugar?

Tan pronto como escuché el consejo que Lucas le dio, supe que yo habría dicho lo mismo: "Deberías contarlo, pero tampoco deberías hacerlo, no es tu lugar".

Y vaya que era un lugar muy jodido en el que estar. En especial considerando que tenía que mirarme a los ojos todos los días, trabajar conmigo y dormir en mi cama.

De la nada, recordé lo distante que había estado por un tiempo. Ella me estaba evitando, y yo había sacado conclusiones precipitadas sobre el por qué. Ni una sola vez consideré que lo hacía porque le era demasiado difícil estar cerca de mí.

Dios, incluso le hice prometer que dejaría de evitarme. La presioné aún más profundo en el rincón imposible en el que ya estaba. La hice mirarme a los ojos y dormir en mi cama, incluso cuando no podía hacerlo, y ahora estaba enojado con ella por hacer exactamente eso...

Gemí en voz alta, dejando caer mi frente en el escritorio.

Como si Lucas pudiera escuchar mis pensamientos, dijo:

—Ella te ama, Roman. Te ama más que a nada en el mundo. Eres todo para ella. Créeme cuando te digo que nunca quiso hacerte daño. Estuvo atrapada en el purgatorio por esto durante semanas.

Levantando la cabeza solo lo suficiente para ver sus ojos, fruncí el ceño.

—¿Esta es una charla de hermano mayor? Porque no creo que pueda soportar una de esas ahora mismo.

No podía soportar oírle decir cuánto me amaba después de la forma en que actué. Claro, estaba sorprendido, y ella no debió haber hecho lo que hizo, pero honestamente, no sabía qué más podía esperar que hiciera bajo las circunstancias.

Incluso si lo hiciera, ¿cómo habría reaccionado al tener que enterarme por ella en vez de por mi propio padre?

No tenía la respuesta a esa pregunta, pero me estaba quemando un camino ardiente a través de mi cerebro en ese momento. Porque, a decir verdad, estaba bastante seguro de que me habría sentido traicionado por ella de todos modos. También me habría sentido traicionado por él. Existían todas las posibilidades de que pudiera haber hecho las cosas aún peor para él en sus últimas semanas. Sin embargo, nunca lo sabría, porque no solo no tenía tiempo para arreglar las cosas, sino que tampoco había tenido tiempo para joderlas aún más.

—Puede que sea una charla de hermano mayor, pero no significa que no sea verdad —respondió Lucas—. Quiero lo mejor para Lia, y tú lo eres, amigo. Eres lo mejor para ella. Por mucho que me duela decirlo, es verdad. También quiero lo mejor para ti, y como yo lo veo, esa es Lia.

Diablos. Sabía que tenía razón. Odiaba que tuviera razón, y me encantaba; todo al mismo tiempo. Era lo mejor para mí. Había sido más feliz con ella de lo que había sido antes. Nada se comparaba con estar con ella. Incluso los momentos más pequeños e insignificantes a su lado eran mejores que los más grandes sin ella.

—La cagué —susurré, y la medida en que lo había hecho se volvió repentinamente clara como el cristal.

Me levanté tan rápido que casi volqué mi escritorio, y tomé mi chaqueta y mi teléfono.

—Tengo que irme.

—No puedo creer que esté a punto de decir esto, ¡pero ve a por ella, amigo! —Lucas vitoreó, aunque parecía un poco confundido al respecto, cuando salí corriendo de mi oficina.

No dejé de correr hasta que estuve frente a la puerta de su apartamento, esperando que se abriera después de golpearla tan fuerte que me picaba la mano. Lia la abrió, con el ceño fruncido, un pijama de franela rosa y su cabello en un moño desordenado sobre su cabeza. Sus ojos estaban llorosos y con los bordes rojos, y su nariz mostraba los signos de alguien que había usado un pañuelo de papel durante horas.

Y aun así, seguía siendo la mujer más impresionante que existía.

—Lo siento, gatita. Dios, lo siento muchísimo.

—No lo entiendo. —Su voz era áspera—. ¿Por qué lo sientes?

—¿Tengo que decírtelo mientras estamos en tu puerta? —pregunté, con mis manos doliendo con la necesidad de alcanzarla. Me costó todo lo que tenía el mantenerlas a mis lados. No tenía ningún derecho a tocarla, no hasta que aceptara mis disculpas. Si es que las aceptaba.

El pensamiento por sí solo fue suficiente para que me recorriera un sudor frío. Mi corazón ya sentía los ecos de estar destrozado. Si no aceptaba mis disculpas, si no podía perdonarme, "destrozado" ni siquiera empezaría a describirlo.

Lia se hizo a un lado de mala gana, haciéndome señas para que entrara.

—No. No tenemos que hablar de esto aquí.

Una vez que su puerta se cerró detrás de nosotros, necesité una fuerza sobrehumana para no tirar de ella a mis brazos y rogarle que me perdonara. Necesitaba intentar explicarle primero, pero si eso no funcionaba, no tenía ningún reparo en suplicarle a toda costa.

—Lo siento, Lia —repetí—. Nunca debí haberte dicho eso. No debí haber reaccionado así. Debí haberte dado la oportunidad de explicarte, de decirme exactamente lo que pasó. Debí haber intentado ponerme en tu lugar y de escuchar cuando me lo dijiste.

—Roman, lo siento mucho. Debí habértelo dicho. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y pude ver que luchaba contra un labio

tembloroso.

Al carajo. No podía contenerme más. No tenía esa fuerza sobrehumana. Solo era un hombre. Cerrando la distancia entre nosotros más rápido que el espacio entre los latidos de mi corazón martillado, la envolví con mis brazos.

—No tienes que disculparte, gatita. Lo comprendo. De verdad que sí. Hablé con Lucas, y lo entiendo. Siento no haberte escuchado, y siento que tuvieras que estar ahí para mi padre al final cuando debí haber sido yo. Así que en ese sentido, no solo te debo una disculpa, también necesito agradecerte. Fuiste buena con él cuando necesitó que alguien lo fuera. Al final, fuiste la única que estuvo ahí para él. Nunca podría agradecerte lo suficiente por eso, nunca. Te amo, Lia Vang. Te amo muchísimo.

—Yo también te amo —susurró, posando sus brazos alrededor de mi cuello e inclinando su cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos—. Yo también te amo, Roman Burnett.

Capítulo Setenta Y Dos

LIA

Cuando los labios de Roman chocaron con los míos, fue con tal pasión y fervor que una nueva ola de lágrimas brotó detrás de mis ojos. Lágrimas diferentes esta vez, lágrimas felices. No podía creer que él estuviera ahí, que estaba en mis brazos y me besaba de la forma en que lo hacía.

Hace una hora, estaba convencida de que nuestra relación estaba acabada. Y cuando no supe nada de Lucas, pensé lo peor; pensé que Roman estaba tan enojado conmigo, que había convencido a Lucas de que tenía razón, y de que yo estaba equivocada.

Era difícil tener fe en la gente cuando te sentías tan culpable y tan mal como yo. En mi defensa, esos no eran sentimientos con los que tuviera mucha experiencia, y ahora que los había sentido en toda su gloria, no tenía intención de volver a encontrarme en una posición como esa nunca más.

A partir de ahora, iba a volver a la honestidad. Todavía me arrepentía de la forma en que manejé las cosas con el señor Burnett, pero también había aprendido de ello. Con los labios de Roman moviéndose contra los míos, decidí tomar la lección y seguir adelante.

Así que eso fue exactamente lo que hice. Asimilé mi culpabilidad, mi angustia, mi ansiedad, y cualquier otro sentimiento negativo que tenía en la puerta; y luego los solté. Allí en los brazos de Roman, no podía imaginarme haciéndolo de otra manera.

Me besaba como si fuera lo mejor que había probado, y se aferraba a mí como si fuera su tesoro. Vertiendo esas mismas cosas que él me hacía sentir, ensarté mis dedos en sus sedosas hebras y me tragué cada gemido bajo que hizo.

—Lia. —Su voz era ronca y sin aliento—. ¿Estamos bien?

—Estamos bien —respondí sin dudarlo ni un instante. En mi corazón, sabía que ambos teníamos mucho que curar, pero también

sabía que lo haríamos. Realmente estaríamos bien—. Estamos bien, cariño.

—Gracias a Dios —gimió, devolviendo sus labios a los míos. Despacio, muy despacio, nos hizo retroceder hasta que mis rodillas tocaron la tela lisa de mi sofá. Nos separamos de repente, mirándonos a los ojos como si no hubiera nada más en la habitación con nosotros. Nadie y nada en el universo excepto nosotros—. Quiero hacerte el amor ahora —dijo, llevando sus manos a mis caderas, pero sin hacer ningún otro movimiento para tocarme o desnudarme—. Sé que fui un imbécil antes, y no quiero hacer ninguna suposición, así que a pesar de que me devolviste el beso y de que sientes que me has perdonado por la forma en que actué, voy a seguir preguntando. ¿Puedo hacerte el amor ahora?

—Sí. —La palabra salió en un ruego susurrado de mis labios. Un acuerdo reverente para hacer lo que yo quería también—. Yo también quiero hacer el amor contigo.

Aunque no lo pregunté como él, Roman vio la pregunta en mis ojos y respondió.

—Sí.

Deshaciéndose de la chaqueta negra a rayas que llevaba puesta, la tiró en el sofá de un solo asiento detrás de él, pero no se molestó en comprobar dónde había aterrizado. Nuestras miradas se fijaron en el otro mientras se aflojaba su corbata con una mano y lentamente, empecé a desabrochar la camisa de mi pijama de franela.

Dios. Ese era por lejos el momento más intenso de mi vida, y yo llevaba un pijama de franela de color rosa brillante con magdalenas y unicornios.

Mis manos se aceleraron. Tenía que salirme de esa estúpida prenda. No podía dejar que arruinara el momento más de lo que ya lo había hecho.

Para mí, de todos modos.

Roman seguía mirándome como si hubiera colgado la luna, ensartado las estrellas y encendido el sol. Mi blusa golpeó el suelo junto a su corbata, y mis ojos cayeron de los suyos a sus largos

dedos cuando empezó a quitarse la camisa. Luego ambos empezamos a quitarnos los pantalones.

Los mías eran fáciles de quitar, ya que solo había una banda elástica en la cintura. El traje de Roman era un poco más complicado, pero tuvo el cierre y la cremallera desabrochados en un instante, y empujó sus calzoncillos y sus pantalones al mismo tiempo.

Tomando un largo momento solo para mirarnos, podía sentir el calor de sus ojos mientras exploraban mi piel como una caricia invisible que me erizaba a su paso, incluso aunque sus manos estaban firmemente a sus lados.

Con los ojos de Roman sobre mí y su cuerpo desnudo a centímetros de distancia, mi estado cambió casi instantáneamente a lo opuesto. Mis pezones llegaron a su punto máximo y mi piel se calentó.

Una conciencia lánguida comenzó entre mis piernas, pero se volvió más insistente con rapidez. Roman siempre estaba listo para hacerlo, pero esta vez también fue diferente para él. Lo vi alargarse y crecer, endureciéndose hasta la erección completa que normalmente solo sentía una vez que ya estaba allí.

Nuestros ojos exploraron al otro, ambos tomándonos nuestro tiempo y empapándonos del momento hasta que mis manos se movieron por cuenta propia para tocarlo. Cuando noté un ligero temblor en sus dedos también, me adelanté y deslicé mis manos en las suyas.

Gemí cuando se acercó y pude sentir su miembro caliente y duro presionado contra mi estómago desnudo. Su tacto me humedeció enseguida, pero nos quedamos ahí por mucho tiempo solo besándonos y tomado de la mano.

Por mucho que mi cuerpo empezara a doler por el suyo, con mi centro anhelantemente vacío, y mi clítoris palpitando por su tacto; habría estado feliz de besarlo así durante días y días. Su corazón latía contra mi piel, y su pecho subía y bajaba tan rápido como el mío empezaba a hacerlo.

Eventualmente, mis caderas se movieron sin que un pensamiento consciente les ordenara hacerlo. Roman hizo un ruido bajo en la

parte posterior de su garganta, y se empujó hacia mí. Continuamos esos pequeños movimientos durante tanto tiempo, que empecé a preguntarme si podría salir de ellos sola.

Él pareció sentirse de la misma manera. Abriendo sus manos despacio para liberar mis dedos de los suyos, los llevó a mi cara y me besó profundamente mientras nos daba la vuelta y se sentaba en el sofá. Yo lo seguí poniéndome a horcajadas y continué besándolo mientras levantaba mis caderas y lo introducía poco a poco en mí.

Centímetro a centímetro, con una lentitud gloriosa, lo llevé adentro hasta que estuvo enterrado hasta la empuñadura, y las chispas de placer ya empezaban a dispararse desde mi núcleo hasta mis dedos de las manos y los pies. Sin romper nuestro beso, con mis manos en su cabello y su alternancia entre mis pechos, mi cintura, mis muslos y mi clítoris, nos abrimos camino hasta el borde juntos.

Mis músculos comenzaron a contraerse, y mis paredes internas se apretaron a su alrededor cuando sentí los reveladores empujes erráticos que reemplazaban su ritmo perfecto. Con mi propio clímax acercándose con rapidez, levanté mis labios de los suyos para verlo desmoronarse debajo de mí.

Ver a Roman en la agonía del orgasmo, con sus ojos luchando por permanecer abiertos en los míos y esos ruidos increíblemente sexys derramándose desde algún lugar muy profundo dentro de él; me empujó los últimos pasos que necesitaba para ir volando a la estratósfera con él.

Nos apoyamos el uno en el otro, atravesando nuestros orgasmos antes de desacelerar para traer a cada uno a salvo y con suavidad de vuelta a la tierra. Me incliné para besarlo por última vez mientras las últimas olas de placer disminuían, y luego me hundí en sus brazos.

¿Cuánto tiempo estuvimos así? Ni yo lo sabía. El tiempo se me fue de las manos, y cuando abrí los ojos de nuevo estaba muy oscuro afuera. Mi respiración y mi corazón acelerado finalmente se habían calmado lo suficiente como para poder pensar de nuevo.

—Lo siento mucho, Roman. Sé que dijimos...

Me puso un dedo en los labios.

—No hay nada de qué disculparse, gatita. ¿De acuerdo?

—Bien —hablé alrededor de su dedo y añadí—: Te amo.

Sonrió la más radiante y hermosa sonrisa que jamás había visto. No se parecía en nada a su sonrisa confiada o a su sonrisa de conocimiento. Nada como su sonrisa burlona o la pequeña media sonrisa que hacía a veces.

Parecía que la alegría salía de su corazón y llegaba a sus ojos, a sus labios.

—Yo también te amo, Lia.

Capítulo Setenta Y Tres

ROMAN

—Si considera que empezamos a armar esto para usted la semana pasada, creo que apreciará el crecimiento a pesar de haber iniciado hace tan solo unos días.

Estaba hablando con nuestro nuevo cliente potencial, una mujer mayor de cabello teñido de negro y tirado hacia atrás en un moño severo.

Era la Directora General de un grupo hotelero que empezaba a aparecer por todas partes. La compañía tenía solo unos pocos años, pero se estaba expandiendo a un ritmo impresionante, y Lia y yo queríamos firmar con ella.

—Podemos hacer grandes cosas juntos, Carol —añadió Lia, pulsando un botón del mando en su mano para pasar a la siguiente diapositiva que habíamos preparado para ella—. Nuestras dos compañías han mostrado un crecimiento exponencial en los últimos seis meses, y juntos, creo que podemos mantener esa trayectoria.

Podía sentir la emoción de Lia saliendo de ella en oleadas desde donde estaba sentada a mi lado en una mesa de conferencias de caoba, en uno de los hoteles del grupo de Carol. El grupo tenía dos nuevos hoteles boutique en Manhattan, y estábamos en el de Brooklyn.

Estábamos en el segundo piso, las ventanas panorámicas de piso a techo formaban una pared entera de la sala de conferencias con vistas a un bar moderno, un puesto de vaporizadores y una pizzería. El verano en la ciudad significaba un calor sofocante afuera, y las mesas en la acera se llenaban con la gente que cenaba temprano bajo las sombrillas a cuadros rojos y blancos en la pizzería.

Los penetrantes ojos ámbar de Carol estudiaron la siguiente diapositiva que Lia le mostró, con las manos elegantemente cruzadas en su regazo. La mujer no había hecho ni una sola nota hasta ahora. De hecho, ni siquiera había entrado en la reunión con un bloc, un bolígrafo o cualquier tipo de dispositivo electrónico para tomar notas.

Lia y yo intercambiamos una mirada al principio, preguntándonos si era porque solo nos seguía la corriente al tomar la reunión cuando en realidad no tenía ningún interés en firmar con nosotros. Pero cuanto más avanzábamos, más me daba la idea de que la mujer simplemente no necesitaba ningún ayudante.

Parecía estar absorbiendo toda la información que le dábamos, interrumpiéndonos para hacer preguntas y estudiando cada diapositiva con tal intensidad que no me parecería raro si la pantalla del proyector se arrugaba y se escondía en un rincón.

—Los números de su compañía han crecido bastante en el transcurso de los últimos meses —acotó Carol, deslizando su mirada de la pantalla a la de Lia—. Ustedes dos parecen estar trabajando bien juntos. Se muestra en el crecimiento de la compañía.

Aunque no habíamos tocado ni dicho o hecho nada inapropiado o poco profesional, la forma en que nos miraba dejaba claro que sabía que éramos más que colegas. Lia presionaba de vez en cuando su pierna contra la mía bajo la mesa, algo que se estaba haciendo habitual en nuestras reuniones, pero no había forma de que alguien pudiera verlo.

Si se sorprendió o se puso nerviosa por su comentario, no lo demostró.

—Roman es un fantástico CEO. Hemos hecho algunos cambios desde que se hizo cargo, y están dando excelentes resultados hasta ahora. Si se une a nosotros, ambos seremos parte activa de su equipo. Nuestros acuerdos pueden ser más de supervisión y asesoramiento, pero puedo asegurarle que ambos estaremos con usted en cada paso del camino.

Carol nos miró largamente antes de asentir una vez, y sus labios se convirtieron en una sonrisa que suavizó sus ojos.

—En ese caso, estoy feliz de unirme a la familia Burnett.

Mi corazón dio vueltas, y un estallido de energía fluyó por mis venas. A pesar del gran número de nuevos clientes que Lia y yo habíamos firmado recientemente, era imposible no sentir la adrenalina que significaba enganchar uno. Un cliente como Carol y su grupo era una gran victoria para nosotros, haciendo que la emoción fuera aún más potente.

Mis labios se extendieron en una amplia sonrisa, y extendí mi mano hacia ella.

—Bienvenida a la familia, Carol. Cuidaremos bien de usted. Estamos felices de tenerla a bordo.

Estrechó mi mano con firmeza, pero la de Lia la estrechó con más suavidad cuando se levantó de la silla.

—Ya que somos familia ahora, ¿puedo decir que ustedes dos hacen una maravillosa pareja?

Sí, por supuesto que lo sabía.

Aunque tratábamos de no alardear de nuestra relación de ninguna manera en el trabajo o frente a los clientes, no estaba dispuesto a negarlo ahora que ella lo sabía.

En cambio, le devolví la sonrisa.

—Gracias. Somos muy felices juntos.

Lia asintió con alegría, y yo puse mi mano en la parte baja de su espalda mientras caminábamos hacia la puerta. No era un movimiento que solía hacer durante las reuniones, pero Carol ya lo sabía, y como Lia no me alejó, supuse que sentía lo mismo que yo por no negar nuestra relación.

Los ojos de Carol cayeron brevemente a mi mano y se estrecharon por unos breves segundos antes de que volvieran a la de Lia.

—¿De cuánto tiempo es tu embarazo, querida?

Mis cejas saltaron en mi frente y mis ojos se abrieron de par en par a pesar de mis mejores esfuerzos por no verme afectado. ¿Esta mujer no había oído que no se debe preguntar a la gente si está embarazada a menos que se pueda ver un bebé real saliendo en el momento en que se pregunta? Por Dios.

Lia no pareció ofenderse, pero sabía que muchas mujeres lo habrían hecho.

Me reí, moviendo la cabeza al abrir la puerta y hacerles señas para que me precedieran.

—En realidad, no estamos embarazados.

Una débil línea apareció entre las cejas de Carol antes de que aliviara su expresión, estrechando mi mano libre de nuevo.

—Estaremos en contacto pronto, supongo. Si pudiera enviar por correo electrónico el papeleo a mi asistente, el mismo que organizó esta reunión, haré que los abogados lo revisen y lo envíen de vuelta.

—Estará en su bandeja de entrada antes de que acabe el día mañana —prometió Lia.

La conocía, y sabía que ya estaba planeando enviarle un mensaje a Scotty tan pronto como estuviéramos fuera de la vista de Carol.

Lia y yo compartíamos a Scotty como nuestro principal asistente ahora. Cada uno de nosotros tenía un segundo asistente trabajando bajo la dirección de Scotty, pero él era nuestro hombre de confianza y el que organizaba a nuestros respectivos segundos asistentes. Era un sistema que funcionaba muy bien para nosotros.

Una vez que estuvimos en mi auto, la miré antes de poner mi mano en su reposacabezas y de salir del estacionamiento.

—¿Ya le pediste a Scotty que le enviara los documentos?

Sonrió, sosteniendo su teléfono para mostrarme el texto que estaba escribiendo.

—Estaba justo a punto. Le estoy pidiendo que envíe los contratos estándar por ahora. Si quieren negociar términos específicos, podemos hacerlo una vez que sus abogados hayan revisado los términos estándar.

—Suena bien —dije, pulsando el indicador y facilitándonos el tráfico—. ¿Ya tienes hambre? Pensé que podríamos ir a cenar antes de ir a casa. No tiene sentido volver a la oficina ahora. Es demasiado tarde para hacer algo.

En casa. Todavía era raro referirse a mi casa como nuestro hogar, pero lo era. No oficialmente todavía. Lia todavía tenía su apartamento, pero el contrato de arrendamiento se terminaba a fin de mes, y no planeaba renovarlo.

Estaba extasiado cuando me dijo que pensaba en dejarlo para siempre. No quise presionarla para que lo hiciera, pero eso no me impedía añadir la palabra "casa" cada vez que se presentaba la oportunidad en nuestras conversaciones.

No sabía si los mensajes subliminales funcionaban, pero valía la pena intentarlo si eso significaba conseguir que se mudara oficialmente conmigo.

—Tampoco esperaba que la reunión se prolongara tanto —dijo—. Pero no tengo nada urgente que hacer esta noche, y sí, me muero de hambre.

Sonreí, puse mi mano en el lugar de su pierna en el que me gustaba apoyarla mientras conducía, y conduje a un pequeño lugar mexicano que nos gustaba mucho. Siempre había mesas disponibles sin reservación, y la comida era divina. Era uno de los secretos mejor guardados de mi vecindario, sin embargo, el dueño nos dijo unos días atrás que pronto estarían apareciendo en un blog de comida.

Estaba bastante seguro de que nuestros días de entrar, tener una mesa con algo de privacidad, y no tener que preocuparnos por ceder nuestro espacio tan pronto como terminábamos la comida, estaban contados. Esta noche, sin embargo, seguíamos siendo solo nosotros y un par de otros comensales.

Lia y yo tomamos nuestra mesa habitual cerca de la ventana en la esquina del bar. No había otras mesas alrededor, haciéndonos sentir como si fuéramos los únicos en el comedor poco iluminado. Una vela parpadeaba en la mesa entre nosotros, causando que las sombras bailaran sobre su hermoso rostro.

—Por nosotros —dije, levantando mi vaso de agua sobre la mesa—. Otra reunión exitosa, otro gran cliente.

Tocó su vaso contra el mío.

—A este ritmo, tendremos que duplicar nuestro número de reclutas en otoño.

—Probablemente. —Asentí—. La compañía está creciendo a pasos agigantados. Papá estaría encantado.

—Sí. —Ella sonrió.

Una punzada viajó a través de mi corazón al pensar en mi padre. A pesar de que hizo que Lia me ocultara un secreto tan grande y que hiciera tantas otras cosas con las que no estaba de acuerdo, lo echaba de menos.

—Habría estado tan orgulloso de ti —agregó.

—De nosotros —la corregí con suavidad, sintiendo que mis ojos se arrugaban con una sonrisa—. El crecimiento de la compañía es por nosotros, no por mí.

—En gran parte por ti —discutió, pero luego inclinó su barbilla—. Pero me llevaré parte del crédito.

—Carol te adoró —dije, fijando mis ojos en los suyos—. Puedes tomar todo el crédito por ella. Ella me escuchó, pero todo fue sobre ti.

Se encogió de hombros.

—Tal vez se sienta más cómoda con las mujeres. —Todos los miembros de la junta directiva de Carol eran mujeres, al igual que la gran mayoría de los empleados en puestos de dirección. También dirigía un programa en el que reclutaba a mujeres de refugios para personas sin hogar para trabajar en su empresa, y se centraba en el desarrollo de sus habilidades y el crecimiento personal—. Ella es bastante notable, en realidad. No puedo esperar a empezar a hacer una propuesta de incentivo de empleados para ella. Creo que le va a encantar.

—¿Puedes creer que te haya preguntado cuánto tiempo tienes de embarazo? —Puse los ojos en blanco, agarrando un nacho del aperitivo que estábamos compartiendo—. Quiero decir, en serio. Incluso yo sé que se supone que no debes preguntarle eso a la gente. ¿Por qué demonios pensaría que estás embarazada de todos modos?

Lia me aclaró la garganta, bajó el agua y dejó caer la mirada en su regazo.

—Así que, eh, sobre eso...

Me quedé quieto, con las preguntas cayendo en mi cabeza mientras arqueaba una ceja y sentía que mi corazón se aceleraba.

De repente se puso rara. ¿Qué estaba pasando?

—¿Sí?

—Hay algo de lo que he querido hablarte. He estado esperando encontrar el momento adecuado para decírtelo.

Capítulo Setenta Y Cuatro

LIA

Durante cuatro semanas, había estado esperando encontrar el momento adecuado para hablar con Roman sobre esto. Nunca parecía haber suficiente tiempo. Aunque prácticamente vivíamos juntos y teníamos oficinas contiguas ahora, también estábamos ocupados y corriendo por el trabajo.

Mi corazón golpeaba tan fuerte en mi pecho que casi me dolió cuando me incliné hacia adelante, obligándome a mirarlo a los ojos. No tenía ni idea de cómo se iba a tomar la noticia. Teníamos tantas cosas sobre la mesa en nuestras vidas, y nunca habíamos estado ni cerca de hablar sobre algo así.

Cada palabra que sabía desapareció de repente de mi cerebro mientras miraba sus preciosos ojos, con preguntas que los oscurecían mientras esperaba que le dijera lo que había estado esperando para hablar con él.

Aferrándome a las palabras, a cualquier palabra en este punto, terminé soltándolo.

—Estoy embarazada, tengo cuatro semanas.

Roman palideció. Sus ojos se volvieron enormes, su mandíbula se aflojó, y su garganta se trabó.

Oh, Jesús.

Esta era exactamente la reacción que me temía.

Me pateé mentalmente por no esperar hasta que llegáramos a casa. Quería esconder la cabeza bajo la mesa o salir corriendo.

—No te lo estaba ocultando —empecé a explicar, todavía desesperada en búsqueda de las palabras adecuadas—. Por favor, no te enfades conmigo. Hemos estado tan ocupados, y no quería distraerte de…

La mano de Roman atravesó la mesa, cerrándose sobre la mía como una prensa de la que no habría podido salir si lo hubiera intentado. No me causaba dolor, al contrario, me hacía saber la intensidad de lo que sentía al tocarme así.

—¿Enfadarme? —repitió la palabra en un tono que la hizo sonar como si nunca la hubiera escuchado antes. Concentrándome concretamente en sus rasgos por primera vez desde que las palabras salieron de mí, me di cuenta de que su expresión había cambiado mientras saqueaba mi mente en busca de palabras y me regañaba por no esperar a decírselo—. ¿Por qué iba a estar enfadado?

—Tenemos tantas cosas en marcha y… —me callé cuando noté la ridícula sonrisa que se extendía por su cara, y sus ojos se encendieron de una manera que nunca antes había visto—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—¿Hablas en serio? ¿Vamos a tener un bebé? —Había una reverencia en su voz que coincidía perfectamente con la luz de sus ojos—. ¿De verdad estás embarazada de cuatro semanas?

Asentí despacio, tratando de entender lo que estaba pasando.

Estaba tan segura de que iba a enloquecer, en parte porque nunca habíamos hablado de si queríamos tener hijos, así que honestamente no esperaba otra cosa; mucho menos… ¿la euforia?

—Lo estoy, sí. Estamos embarazados de cuatro semanas —le dije, respondiendo a sus preguntas mientras buscaba en sus ojos las respuestas a las mías—. ¿En verdad estás de acuerdo con esto?

—¿Que si estoy de acuerdo? —Se echó hacia atrás en su silla y rodeó la mesa, alcanzando mis manos y tirando de mí en sus brazos—. Esto es lo mejor que alguien me ha dicho nunca. En la vida. ¿Por qué no estaría bien con esto?

—Para empezar, porque tenemos una empresa que dirigir y ampliar —le expliqué, mi voz se apagó por lo fuerte que me estaba sujetando—. Voy a tener que estar fuera de la oficina por lo menos un par de meses y...

—Y la compañía seguirá —me aseguró tranquilamente, doblando sus rodillas para estar a mi altura. No había nada más que absoluta alegría y certeza en sus ojos. El azul era tan brillante, chispeante y hermoso, como una piscina bien iluminada desde abajo por la noche—. No hay nada más importante que esto, gatita. ¿Me oyes? Nada.

—Pero la compañía...

—Estará bien —repitió, con sus dedos escarbando en la carne de mi cadera—. Lo prometo. No tienes que preocuparte por nada. En mi cabeza tengo al menos a tres personas cualificadas para sustituirte durante el tiempo que necesites. Te tendrán en marcación rápida, y podrás dar órdenes e instrucciones directamente, todas las mañanas.

Mi cerebro se sintió nublado de repente, luchando por ponerse al día con todo lo que estaba pasando. Roman, por otro lado, no parecía tener ningún problema con el procesamiento. Ya estaba planeando la logística y preguntándose en voz alta cómo Carol podría haberlo sabido, citando la intuición de las mujeres como algo mucho más avanzado de lo que nunca podría haber imaginado.

Para alguien que no había tenido ni cuatro minutos para procesarlo, me preguntaba cómo me llevaba ventaja cuando yo tenía cuatro semanas de saberlo. Aunque si fuera completamente honesta, no me había parecido real hasta el momento en que le dije las palabras a Roman.

Era la primera vez que las decía en voz alta, y de repente me di cuenta de que estaba embarazada y que estaba llevando a su bebé mientras hablábamos.

—Oh demonios.

Roman dejó de decir lo que sea que estaba diciendo mientras yo estaba dando vueltas a todo esto en mi mente, y la preocupación se deslizó en su expresión.

—Sí. Demonios. Pero en el buen sentido, ¿no?

Asentí, enfocándome en su cara para evitar que mi mente deambulara de nuevo.

—Es que... no puedo creer que estés feliz con esto.

—No estoy feliz —dijo seriamente antes de volver a abrazarme—. No hay palabras lo suficientemente poderosas para describir cómo me siento ahora mismo. La felicidad definitivamente no lo cubre. Tampoco lo hace el éxtasis, la euforia o cualquier otra cosa que se me ocurra. Esto es más que estar feliz, más que estar emocionado.

Las mariposas me llenaron el estómago y empezaron a hacer zumbidos a la velocidad de la luz. Mi corazón se apretó con más

amor del que jamás pensé que los humanos tenían la capacidad de sentir.

—Te amo, Roman.

—Yo también te amo, gatita. Eres el amor de mi vida, y la madre de mi bebé. —Sus ojos se abrieron de par en par de nuevo, y su boca no dejaba de sonreír—. Cielos, la madre de mi bebé. Me encanta cómo suena eso. Espero que él o ella tenga tus ojos, y tu cabello, y tu sonrisa. Solo quiero un mini-tú, la verdad.

—Estaría más que feliz con un mini-tú —le aseguré, permitiendo finalmente que una sonrisa se liberara.

El alivio y la felicidad burbujeaban a través de mí, haciéndome sentir ligera como el aire.

Así era como imaginaba que se sentiría este momento, la alegría corriendo por mis venas ahora que el estrés de decírselo había terminado. Por mucho que todavía se sintiera surrealista, ahora sentía que podría permitirme soñar con todo, con un niño pequeño con los ojos azules de Roman o una niña pequeña con su cabello rubio. No me había permitido pensar en ello antes porque estaba demasiado preocupada por lo que iba a decir, demasiado ocupada perdiéndome en el trabajo para no tener que pensar en eso.

En cierto modo, enterré mi cabeza en la arena durante los últimos días, pero eso ya había terminado. Sin embargo, había hecho algunos ajustes para mi cuerpo, incluso cuando mi cabeza estaba enterrada. Desde el momento en que esas dos pequeñas líneas aparecieron en la varita de plástico que cambió mi vida para siempre, no había tomado ni un sorbo de alcohol.

Roman y yo estábamos tan ocupados que no nos habíamos sentado a tomar un trago durante semanas, así que no creí que se diera cuenta cuando rechazaba el trago ocasional que me ofrecía por la noche o los fines de semana. Tampoco sabía si se había dado cuenta de que llenaba la nevera con comida sana y que había estado bebiendo mucha más agua.

También había estado durmiendo más, me acostaba más temprano y me quedaba en la cama hasta lo más tarde posible. Aunque todavía no había hecho ninguna investigación sobre el embarazo, sabía que el alcohol no estaba permitido, pero el agua era

importante. También sabía que tenía que comer bien y descansar. A mi manera, había estado cuidando a nuestro pequeño frijol aunque no me permitía pensar en la realidad de él o ella.

—¿Ya lo sentiste moverse? —Roman preguntó, arrastrando su silla a mi lado de la mesa para estar junto a mí—. ¿Y deberíamos comer comida mexicana? ¿No es demasiado picante?

—Lo pedí suave —le recordé—. Pero no creo que comer comida mexicana sea un problema. El sushi es probablemente un no para mí hasta que llegue el bebé, sin embargo.

Asintió, y prácticamente pude ver que añadía la información a una especie de lista de control mental.

—No me dijiste si ya lo habías sentido moverse.

—Todavía no —dije honestamente—. Está muy pequeño para sentirlo moverse.

—¿Cuándo crees que lo sentirás? —preguntó insistente, ladeando la cabeza y volviendo a su silla para hacer espacio para sacar el teléfono de su bolsillo.

Levanté los hombros, sacudiendo la cabeza.

—Ni idea, no lo sé. Tal vez pronto.

Con unos pocos golpes de sus dedos, descargó una aplicación de embarazo y me la mostró con orgullo.

—Dice que puedes empezar a sentir al bebé en cualquier momento desde las dieciséis hasta las veintiún semanas.

—Cualquier día de esos, ¿eh? —Me deleité con ese pedazo de información, y mi mano automáticamente alcanzó mi vientre.

Roman asintió con entusiasmo.

—No puedo esperar hasta que pueda sentirlo también. Es una noticia increíble, gatita. Pásame tu teléfono para que pueda instalarte esta aplicación. Podemos rastrear el embarazo juntos. Dice que a los cuatro meses, el bebé es del tamaño de un aguacate. ¿Crees que el pequeño será un niño o una niña?

Casi me quedo boquiabierta con él.

—¿Estás hablando en serio ahora mismo? ¿De verdad estás tan emocionado?

Su cabeza rebotó de arriba a abajo mientras extendía su mano.

—Teléfono. Y sí, de verdad. Te lo dije, nunca antes había recibido noticias tan buenas. Sé que no hemos planeado esto exactamente, pero creo que es perfecto. Sé que aún no tenemos ninguno, pero tal y como me siento ahora, creo que deberíamos tener una docena de niños.

—¿Una docena? —repetí, preguntándome por un momento si estaba atrapada en algún tipo de sueño. Con los labios levantados en una sonrisa, sacudí la cabeza—. ¿Qué tal si lo tomamos uno por uno?

—Trato hecho —estuvo de acuerdo—. Pero para este, ¿ya pensaste en un nombre? ¿Y cómo te sientes? ¿Estás bien? No has estado vomitando y esas cosas, ¿verdad? —Sorprendentemente, no parecía disgustado en absoluto al hablar de mí vomitando. Solo había preocupación en sus ojos—. Demonios, lo siento. Debí haberte preguntado cómo te sentías antes.

Alcancé su mano.

—Deja de preocuparte. Estás eufórico, lo entiendo. Te lancé una gran bomba, y te lo estás tomando muy bien, pero no te preocupes por no haber preguntado antes. Estoy bien, de verdad. No he vomitado, y tampoco he pensado en nombres.

—Me alegro de que estés bien. —Levantó nuestras manos entrelazadas y me dio un suave beso en el dorso—. Si eso cambia, por favor dímelo. Quiero saber por lo que estás pasando, y quiero ayudarte en todo lo que pueda. Estamos juntos en esto.

—Sí, lo estamos.

¿Cómo era posible que todas las piezas de mi vida se unieran tan perfectamente? Estaba con el único hombre que realmente amaba, haciendo un trabajo que adoraba, ¿y ahora esto?

Los niños nunca habían sido parte de mi plan a corto plazo. El plan siempre fue primero mi carrera, y en segundo plano crear una familia, pero más tarde en la vida, cuando pudiera permitirme ir un poco más despacio. ¿Pero ahora, sabiendo que podría tener ambas cosas? Mi corazón se elevaba de pura alegría, haciendo que se hinchara a un tamaño antes desconocido.

Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto quería tener un hijo, o hijos, y una vida con Roman en todos los sentidos, hasta este

momento. Era como si cada sueño que había tenido se hiciera realidad.

—¿Qué tal Rayne para una chica? —Roman sugirió—. Rayne Burnett me parece nombre de malvada, y como será tuya, sabemos que será malvada.

—También podría ser un él. —Sonreí, viendo a Roman pensar antes de que se le ocurriera otra sugerencia.

—¿O qué pasa Alex? Me gusta Alex para un chico o una chica. —Me miró expectante—. O, también…

Nunca llegué a saber cuál sería su siguiente sugerencia, porque me incliné y lo silencié con un beso.

Cuando nos separamos, Roman le pidió al camarero que nos trajera la orden para irnos e insistió en llevar a su bebé y a su novia a casa.

Una vez que llegamos allí, descubrí por qué. Me sentó en el sofá y me dio mi comida, pero dejó la suya en la bolsa de papel en la mesa. En lugar de comer, se sentó en el suelo y puso sus manos sobre mi vientre.

—Hola ahí dentro, pequeño —dijo, inclinando la cabeza más cerca como para asegurarse de que el bebé pudiera oírlo—. Soy tu papá, reportándose al deber.

Una sonrisa tonta se extendió en su cara mientras seguía hablando. Mi corazón, y probablemente todos los demás órganos que tenía, se derritieron al verlo así. Iba a ser el mejor padre. Me preguntaba si el bebé sabía que iba a ser la segunda persona más afortunada del planeta, después de mí.

Sin duda, había hecho algo increíble en una vida anterior, como negociar la paz o encontrar la cura para una enfermedad mortal, para tener a alguien como Roman en mi vida, haciendo esto conmigo.

—Te amo mucho, Burnett. Lo sabes, ¿verdad?

Me sonrió.

—Calla ahora. Estoy hablando con nuestro bebé.

Después de darme un beso en la barriga, me miró a los ojos otra vez.

—Yo también te amo, gatita. Tanto que a veces me duele.

Capítulo Setenta Y Cinco

ROMAN

—Todo se ve bien hasta ahora —nos dijo el doctor Kruger, sosteniendo el ecógrafo en el creciente estómago de Lia. Ella pensaba que se veía como una ballena cada día. Y no podría estar más en desacuerdo con ella—. El bebé está creciendo bien, y todo se ve como debería a las veinticuatro semanas.

El doctor Kruger fue el ginecólogo que Lia eligió. Muy recomendado por las chicas de la oficina. Se parecía un poco a Gollum del Señor de los Anillos, con un cabello tan fino que se le veía casi todo el cuero cabelludo, pero había toda una pared de premios en su consultorio que hablaban de su habilidad.

Lia le sonrió, apretando mi mano con fuerza. Sus ojos estaban pegados en la pantalla a su lado, al igual que los míos. Era difícil creer que las manchas blancas y negras que veíamos eran un bebé real creciendo dentro de Lia, pero de vez en cuando, podíamos ver una mano o un pie o algo que nos hacía sentir mejor.

El doctor movió la barra más arriba, exprimiendo más gel de una botella transparente en el estómago de Lia.

—¿Ven eso? Esa es la nariz. —Él ajustó la barra de nuevo—. Esa es la frente y la oreja.

Me incliné hacia adelante en la silla junto a la cama en la que estaba Lia, entrecerrando los ojos para tratar de entender lo que el doctor estaba tratando de mostrarnos. Solo habíamos ido a una visita al médico antes de ésta, la semana después de que Lia me lo dijo, y aunque había pasado horas estudiando las fotos que nos había impreso, seguía siendo imposible identificar las características en el escáner.

El doctor sonrió.

—Miren esos hermosos deditos. Preciosos.

Lia apartó los ojos de la pantalla para mirarme. Le guiñé el ojo, sabiendo que estaba tan perdida como yo.

La semana después de que Lia me diera la primera noticia fue una semana muy ocupada. No solo concertamos nuestra primera

cita con el Doctor Kruger, sino que Lia también dio su aviso oficial al propietario y se mudó conmigo.

Pasamos el fin de semana siguiente moviendo todas sus cosas, y ahora mi casa de soltero se estaba convirtiendo en un hogar familiar. Las cosas de Lia eran coloridas y estaban mezcladas con las mías. Y aunque solo habían pasado unos pocos meses, no podía recordar cómo era el lugar solo con mis cosas.

Parecía un recuerdo lejano que no me importaba recordar. Había cuadros en las paredes ahora, el bar había sido empaquetado, y el espacio que ocupaba en nuestra sala de estar estaba en proceso de ser convertido en un área de juegos.

Lia seguía diciéndome que era demasiado pronto, pero yo argumentaba que aún nos quedaba mucho por hacer, y que hacerlo mientras tuviéramos tiempo tenía sentido. Finalmente, ella estuvo de acuerdo y me ayudó a elegir las baldosas de goma para forrar el suelo.

Habíamos convertido la habitación de invitados junto a mi oficina en una oficina en casa para Lia, y aunque ella no había empezado a usarla todavía, sabía que lo haría pronto. Tenía todo lo que podía necesitar, y estaba deseando que estuviera allí.

Como no planeaba ser un padre ausente, también hice mi propia oficina en casa. Mi padre echaba de menos mi infancia porque estaba construyendo y haciendo crecer la empresa. No tenía ninguna intención de seguir sus pasos de esa manera.

Lia y yo habíamos acordado que dividiríamos nuestro tiempo entre la oficina y la casa, y empezamos a arreglar las cosas con Scotty y el resto de nuestro equipo para asegurarnos de que las cosas funcionaran lo mejor posible cuando llegara el momento.

También estábamos ya en el proceso de selección y reclutamiento para el próximo año, haciendo todo lo posible para aligerar nuestra carga de trabajo durante el tiempo que tendríamos un recién nacido en casa.

Nuestro equipo había sido increíble hasta ahora. Todos estaban tan felices, emocionados y a la espera del bebé. Se sentía como si realmente fuéramos una familia. Todos habían prometido colaborar y

nos ayudaban a hacer planes para que nuestro nuevo sistema de trabajo funcionara sin problemas.

Habría momentos en los que nos necesitarían a los dos en la oficina al mismo tiempo, así que ya había empezado a investigar a las niñeras, y estaba ocupado montando una pequeña oficina en nuestro piso como espacio para el bebé mientras tuviéramos que estar allí.

La habitación de invitados del apartamento entre nuestro dormitorio y las oficinas iba a ser la guardería del bebé. Una vez más, Lia se burlaba de mí por querer empezar tan pronto, pero yo estaba demasiado emocionado para esperar.

Pasé el fin de semana pasado pintando las paredes de un suave tono de azul, no porque quisiera o pensara que el bebé fuera necesariamente un niño, sino porque decidimos mantener el tema de la guardería neutral.

Una vez que la pintura azul se secó, pinté nubes blancas y esponjosas mientras Lia pegaba pájaros de vinilo y un Ford Anglia volador (aparentemente en referencia a Harry Potter) y otra de un globo aerostático.

Al crecer, nunca pensé mucho en tener hijos. En las raras ocasiones en que se me pasó por la cabeza, me balanceaba entre quererlos y no quererlos. El hecho de que mi padre fuera así me asustaba, pero nunca pude convencerme de que definitivamente no quería una familia por su culpa.

De adulto, siempre había estado demasiado ocupado para pasar demasiado tiempo en hipótesis como si quisiera sentar cabeza y tener una familia algún día. Utilicé la protección religiosamente para evitar concebir un hijo con una mujer que no conocía en mis días de juventud, y después de eso, me di por vencido en encontrar una mujer con la que pudiera imaginarme pasando el resto de mi vida y teniendo hijos.

Hasta Lia.

Todo lo que solía querer, preocuparme, pensar o creer, cambió el día en que ella volvió a mi vida. Todavía se burlaba de mi vida anterior, de ser un imbécil o un mujeriego, pero yo apenas podía

recordar cómo era eso. Al igual que con mi apartamento, esos eran recuerdos vagos que no me importaba recordar.

Durante toda mi vida había oído a la gente decir que no se podía cambiar. Yo era la prueba viviente de que esa gente estaba equivocada. Para ser justos, empecé a hacer cambios antes de conocer a Lia, pero el tipo que solía ser no se habría tomado todo el día libre para ir al médico y luego para abastecerse de cosas que necesitaba para terminar la guardería.

No habría pasado los fines de semana acondicionando el espacio del bebé, no voluntariamente, porque simplemente no podía esperar. Y definitivamente, no me habría obsesionado con la mujer que amaba, y a quien quería hacer mía para siempre.

Sin embargo, esas eran las cosas que estaba haciendo todo el tiempo en estos días. Y francamente, no lo haría de otra manera. Me encantaba mi vida, y si los regalos que me daba eran una indicación de que también me amaba a mí.

El doctor deslizó la barra por el estómago de Lia de nuevo, deslizándola de esta manera y de aquella otra antes de que su cara se iluminara con una sonrisa.

—Ya está.

Por mucho que entrecerrara los ojos, no podía ver ni la cabeza ni la cola de lo que él podría haber visto. Sus amables ojos marrones buscaron primero los de Lia y luego los míos.

—El bebé había estado siendo tímido, pero pude ver bien lo que pasa entre esas pequeñas piernas. ¿Les gustaría saber el sexo del bebé?

Mis ojos se deslizaron hacia Lia, y apreté su mano mientras ambos empezamos a asentir. Habíamos hablado de esto en el camino hacia la consulta, y decidimos juntos que lo queríamos saber.

El doctor jugueteó con los botones del ultrasonido y congeló la imagen en la pantalla mientras nos sonreía y señalaba.

—Es un niño. Felicidades, mami y papi, tienen un hombrecito muy sano.

Mi corazón hizo la extraña cosa de apretar/voltear/inclinar/parar. Mis ojos miraban tan fijamente la pantalla que tenía miedo de que se me salieran de órbita. Por supuesto, cuando miré correctamente

el lugar donde el Doctor Kruger estaba señalando, pude ver de qué estaba hablando.

—Es un niño —repitió Lia después del doctor, con los ojos tan abiertos y emocionados como los míos. Sus dedos se agarraban tan fuerte a los míos que podía cortar todo el flujo de sangre hacia ellos, pero no me importó. Estaba asombrado por la imagen en la pantalla. No porque fuera un niño, sino porque podía ver algo ahí.

El doctor asintió hacia Lia.

—Sí, definitivamente es un chico. No hay duda en este caso. ¿Ya han pensado en algún nombre?

Sacudí la cabeza, todavía paralizado por la foto que estaba mirando.

Lia aclaró su garganta, atrayendo mi mirada hacia la suya. Por alguna razón, parecía casi nerviosa de repente.

—Bueno, en realidad, he estado pensando mucho en ello, y ya que sabemos que es un niño ahora, me preguntaba si querías llamarlo Paul. Por tu padre.

Durante varios largos segundos, no supe qué decir. No podía formular palabras, no podía pensar, no podía respirar. Cuando sentí que las lágrimas amenazaban con caer, parpadeé y asentí.

—Me encanta esa idea, gatita. Me encanta absolutamente.

Lia esbozó la sonrisa más radiante e impresionante, y puso su mano sobre su vientre.

—Paul Burnett será, entonces. Me alegro de que te guste.

El doctor sonrió.

—Es hermoso. Saldré un momento, para darles un poco de tiempo. Cuando terminen, pueden venir a la oficina, y fijaremos su próxima cita.

Una vez que se fue, Lia se deslizó sobre la cama en la sala de examen iluminada.

Me senté a su lado, tomando su cara con mis dos manos.

—Nunca he amado a nadie tan ferozmente, tan absolutamente como te amo a ti, y aunque todavía no conozco a Paul, también estoy totalmente enamorado de él. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Gracias, gatita. Gracias por darme lo que mi corazón deseaba, incluso cuando yo mismo no lo sabía. Te prometo que

trabajaré todos los días por el resto de mi vida para asegurarme de hacer lo mismo por ambos.

Las lágrimas se derramaron de los ojos de Lia cuando terminé, acumulándose en la parte superior de mis dedos.

Levantó sus suaves y cálidas manos para cubrir las mías.

—Te amo tanto como tú a mí. Debería agradecerte también, por hacer todos mis sueños realidad. —Luego inclinó la cabeza, y una sonrisa maliciosa se extendió por sus labios—. O tal vez debería agradecerle a Lucas en su lugar. Después de todo, si él nunca se hubiera hecho amigo tuyo, nada de esto podría haber pasado.

Sacudí la cabeza, moviendo mi dedo entre su pecho y el mío.

—Mejor amigo y hermana pequeña, jefe y empleada, o extraños absolutos que se acaban de enamorar, no importa cómo llegamos aquí. Porque tú y yo estábamos predestinados. Siempre íbamos a suceder. No había manera de que yo descansara hasta que pasara, y ahora que sucede, haré que dure por el resto de nuestras vidas.

Fin.